JOHANNES JÖRGENSEN

SANTA CATALINA DE SIENA

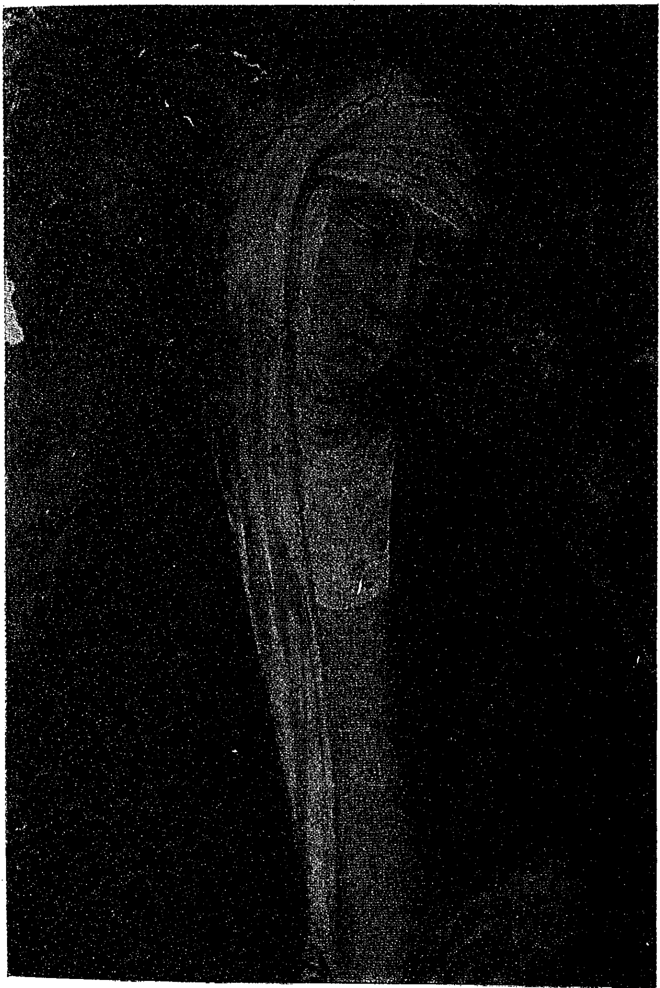


OLECCIÓN SAULO

AÑO D MCMXXIV

EDITORIAL VOLUNTAD CALLE D SERRANO NUMERO 48 MADRID

Santa Catalina de Siena



Capilla delle Volte.—Siena. *Andrea Vanni.*

Johannes Jörgensen

SANTA CATALINA DE SIENA

La mia natura è fuoco

SANTA CATALINA.

MADRID
EDITORIAL VOLVNTAD
Serrano, 48
1924

INTRODUCCION

El autor de esta traducción ha venido estudiando y divulgando desde hace años el espléndido movimiento de renacimiento católico que se ha producido en la literatura francesa contemporánea y que representa, a nuestro juicio, el término lógico y natural de la reacción creciente de los espíritus contra el frío y estéril positivismo que imperó en la literatura en las dos o tres últimas décadas del siglo XIX *y cuyas manifestaciones analizara Brunetière en su célebre conferencia sobre* el Renacimiento del idealismo (1).

El fenómeno producido en Francia se ha dado igualmente en otros países. En todas partes, del seno del positivismo han salido almas inquietas que han buscado ansiosamente en medio de las tinieblas circundantes y que después de largos tanteos han encontrado la paz y la fuente de la acción enérgica y fecunda en las serenas certidumbres de la fe católica. Joergensen ha sido uno de éstos. Su libro Vita Vera (Nuestra Señora de Dinamarca), *no ciertamente el más perfecto, pero sí el más representativo de los*

(1) *Discours de combat.* (1ère série).—París: Perrin, 1900.

suyos, describe las etapas de su laborioso camino de Damasco.

Cuando Joergensen comenzó su vida literaria—es decir, hacia 1886—el positivismo en filosofía, el materialismo en literatura, imperaban sin contradicción. El joven poeta, al igual de Hermann Rouge, protagonista de Vita Vera, *sacrificó en sus nuevos altares. Y como él, después de una época de deslumbramiento, ante la soberbia de la vida, experimentó una amargura de sed no saciada.*

Una mañana purísima, después de una noche de orgía, Rouge entró en la iglesia de un convento católico de religiosas, y las voces «sin alcohol ni amor» que entonaban los Salmos, removieron hondamente el fondo cristiano de su espíritu. Después, la vida de Rouge—¿no es la misma de Joergensen?—fué un duelo a muerte entre la atención católica por un lado, y las objeciones de la incredulidad, del protestantismo y de la vida libre y sedentaria por otro. Esclavo del «espíritu de la hora», que diría Emerson, experimenta Rouge la influencia socialista. Enamorado de todas las abnegaciones, admira sinceramente a aquellos caudillos socialistas de la primera hora, donde alienta el alma ferviente y cándida de los constructores de utopías. Pero el catolicismo, que da satisfacción a su necesidad de disciplina interior, a su necesidad de expansión estética, responderá igualmente a sus aspiraciones sociales, Manning, Ketteler, los grandes maestros del catolicismo social, le presentan las líneas de una construcción social que no representa otra cosa que la realización del reinado de Cristo en la tierra, que no es sólo individual e interior, sino exterior y social,

Tal parece haber sido, a grandes rasgos, la curva seguida por Joergensen en su evolución hacia el catolicismo. Un largo viaje por Italia y por Alemania, cuyos principales jalones describe el admirable Libro de la ruta (1895), *le permitió observar de cerca la vida monástica (recuérdense las páginas dedicadas a la abadía de Beuron) y ponerse en contacto con el espíritu del Serafín de Asís. El catolicismo, visto* de cerca *en algunas de las más admirables eflorescencias de su alma, le hizo dar el paso decisivo un año después (16 de febrero de 1896).*

A su conversión ha seguido un período de fecunda labor. D. Ramón M. Tenreiro cita, en las breves y sustanciosas líneas de introducción que sirven de antesala a su traducción española de San Francisco, Per mortem ad vitam, Beuron, Confesiones *(un tomo de versos),* Imágenes del Norte y del Sur, Parábolas *(de la que conocemos una bella traducción francesa publicada por Perrin),* El Juicio final, Eva, El fuego sagrado, Vita Vera, *ya citada, y, finalmente,* San Francisco, *una de sus obras capitales.*

Una de las características del movimiento de renacimiento católico a que nos hemos referido, ha sido suscitar la aparición de vidas de santos que son a la vez resurrecciones de época, obras de arte y estudios de psicología religiosa. Huysmans en Santa Liduvina de Schiedam, *Luis Bertrand en* San Agustín, *Joergensen en* San Francisco *y en la presente obra, han acometido, entre otros convertidos, esta empresa ardua y difícil por muchas razones. Joergensen, menos personal que Huysmans, sigue, paso a paso, la existencia de los siervos de Dios. Es, principalmente, un cronista*

que afecta con frecuencia el alma ingenua de las edades pretéritas. Pero ese cronista va acompañado por un poeta que acierta a penetrar amorosamente en los estados de alma de sus personajes, acaso modernizándolos un poco y, sobre todo, por un viajero que se complace en describir, con la meticulosidad de un guía, el escenario de sus historias piadosas. El apologista hace también en estos relatos discretas y fugaces apariciones.

Joergensen tuvo la suerte de encontrar en Francia, para la traducción de su San Francisco, *a un espíritu selecto muy versado en el conocimiento de extrañas literaturas, Teodoro de Wyzewa, que hizo del relato de la vida del Santo de Umbría una versión que supera en muchos puntos al original. Ha tenido la fortuna, igualmente, de encontrar en la distinguida escritora católica María Teresa Fourcade una intérprete justa y elegante de su* Santa Catalina.

Concretándonos a esta última obra, diremos de ella que es un digno pendant *de la* Vida de San Francisco *y, en cierto modo, una antítesis, pues la fisonomía espiritual de la enérgica jovencita que tanto influyó en los destinos de su tiempo es completamente distinta y aun opuesta a la del* Poverello, *siempre indeciso y descontento de sí propio. La visión de época, aquí como allí, es admirable, y el carácter de la Santa, como el de su entusiasta corte de discípulos, está trazado de mano maestra. En este libro, como en el* San Francisco, *se revela Joergensen poeta, y poeta de altos vuelos. No hay más que recordar la admirable y sentida descripción de la traslación de la* Testa *milagrosa con que cierra su obra.*

La guerra sorprendió a Joergensen en Italia viviendo «lejos de nuestros días de espíritu carnal y de carne triste», —que diría Verlaine—en comunión con la Santa de sus amores. Allí vino a buscarle el célebre manifiesto de los intelectuales alemanes que le hizo bajar, poseído de indignación, al terreno candente de la contienda. Su libro La cloche Rolland *representó la protesta de una conciencia recta contra el atropello de Bélgica. Acto de valor doblemente meritorio, porque Joergensen contaba buena parte de su público en Alemania y en Austria.*

Tal es, a grandes rasgos, la simpática figura del autor de este libro, que debe interesar por igual a los aficionados a los estudios históricos, a los literatos y a las personas piadosas...

JUAN DE HINOJOSA

A MONSEÑOR SIMON DEPLOIGE

Presidente del Instituto Superior de Filosofía
en la Universidad de Lovaina

PROLOGO

Nella santa memoria
Stefano Maconi.

La obra que presento aquí a los lectores de España es pareja de mi libro, publicado hace diez años, *San Francisco de Asís*. Está, como ese precedente trabajo, basada en el estudio de las fuentes; pero he procurado hacer esto menos fatigoso, y por eso he reunido en un apéndice, al fin del tomo, todas las notas y referencias que sólo ofrecen interés para un público reducido.

Para ser sincero, debo confesar que en un principio experimentaba menos simpatía por Catalina de Siena que por Francisco de Asís. Hay en la naturaleza enérgica de la Senesa cierto espíritu de dominación, un elemento de tiranía que me desagradaba. Con su perpetuo y femenino *Io voglio*, «Quiero», representa un contraste absoluto con el dulce Umbriense que prefería ver derrumbarse la obra de su vida, a usar del poder y de la autoridad «como los Podestá de este mundo». Catalina no temía nunca hacer tal, y he aquí por qué, a lo que pienso, su última hora fué menos apacible que la de San Fran-

cisco de Asís. En este momento supremo le asaltaron algunas dudas; el abogado del diablo en que se convierte la conciencia cuando la luz del mundo de la verdad comienza a brillar en el alma y la eternidad aparece en toda su abrumadora realidad, le sugirió que la obra de su vida entera había sido inspirada por la obstinación y la vanidad. Aquel a quien el himno llama *Franciscus pauper et humilis* no tuvo que defenderse contra semejantes acusaciones.

Mis relaciones con Catalina comenzaron, pues, a decir verdad, en condiciones algo enfadosas; en algún momento casi le tuve miedo. Pero a medida que fuí conociéndola más íntimamente, me aconteció lo que a tantos otros durante su vida terrestre: fuí subyugado por ella y hube de rendirme. Como aquel franciscano que en un principio la criticó violentamente, me convertí en un celoso *caterinato*, y como la mujer del fresco de Andrea di Vanni, en la *Capella delle Volte*, me arrodillé también y mis labios rozaron humildemente las manos pálidas que, sin ningún estigma exterior, estaban traspasadas por el dolor de las llagas de Cristo.

El presente libro tiene una ventaja sobre el que escribí acerca de San Francisco de Asís: ha nacido en la ciudad de la Santa. Ha sido escrito en Siena, a doscientos pasos de la casa paterna de Catalina, al sonido de las campanas de su querido *San Domenico*. Cuando apartaba la mirada de las líneas negras sobre la página blanca, veía a lo lejos, más allá de los campos de olivos, Belcaro, el convento que ella hizo construir sobre

una altura en medio de bosques de pinos cabe la línea azul de la Montagnuola. Y muchos capítulos han sido concebidos, muchas frases formadas paseando por los caminos recorridos antaño por Catalina, o escuchando (como ha dicho un joven poeta senés) «*l'agua che scorre e parla in Fontebranda*».

Al acabar mi trabajo ahora, mi primera acción de gracias es, pues, para la misma Siena—*Sena Vetus, Civitas, Virginis*—. Como dice la inscripción sobre la puerta Camullia, «La ciudad te abre su corazón con más amplitud aún que sus puertas», *cor magis tibi Sena pandit*. Y cómo podré daros bastantes gracias, ¡oh puertas hospitalarias de Siena, oh corazones abiertos de Siena! No quiero mentar nombres que el mundo no conoce, que no conoce aún en todo caso. Pero vosotros, que érais la juventud, habéis acogido entre vosotros al hombre encanecido; otros, que érais los hijos y las hijas de la Toscana de dulce hablar, habéis oído pacientemente al bárbaro que maltrataba vuestra lengua. No mentaré nombre alguno; pero cuando abril retorne, pensaré: «Ahora la hierba verdea de nuevo en el *Corposanto al Pecorile* y cerca de la vieja iglesia románica de Marciano *alla soglia erbosa*, entre los manojos de laureles, se levanta la blanca ermita dedicada a dos divinidades: *Alma Poesis, Beata Solitudo!*»

* * *

Debo después gratitud sincera y cordial a cuantos me han ayudado en mi trabajo cen sus consejos y su con-

curso. Cito en primer lugar a Monseñor Simón Deploige, Presidente del Instituto Superior de Filosofía de la Universidad de Lovaina, actualmente destruída. Después, al señor profesor de la misma Universidad, Armando Thiery. A la Sra. Dugniolle, de Bruselas; a la Srta. M. E. Belpaire, de Amberes, residente ahora en la Panne; a la Sra. Condesa Ursel de Boissieu, y a D. Gabriel Thomas, ambos residentes en París. Doy también las gracias al señor profesor Pietro Rossi, de la Universidad de Siena; al señor profesor Alejandro Bonnucci, de la misma Universidad; al señor doctor Fabio Jacometti, agregado a la biblioteca municipal de Siena; al señor profesor Vigo, de Liorna; a D. Eugenio Lazzareschi, archivero de Lucca; a doña Matilde Fiorelli, de Florencia; al reverendo padre Inocencio Taurisano, O. Pr. en Roma, y al reverendo P. Remigio Coulon, actualmente en filas. Por último, doy las gracias a la Priora de *Stone Convent*, en Inglaterra, que bondadosamente me ha prestado las copias de varios manuscritos.

* * *

Y con estas palabras termino un libro que me ha ocupado mucho tiempo. La paz lo vió comenzar; lo acabo durante la guerra más sangrienta que el mundo haya visto jamás, en medio de un estrépito de armas donde no se deja oir la voz de ninguna santa, y donde ninguna Catalina de Siena se lanza entre los combatientes, proclamando la paz en nombre del Crucificado—*¡pace!*, *¡pace!*—.

El primero de los tres caballeros del Apocalipsis—el que va montado en un caballo rojo—pasa implacablemente sobre Europa, y detrás de él, en las huellas de los cascos del caballo, no hay más que sangre, cadáveres, ruinas. Y allá lejos, en el horizonte oímos, piafar con impaciencia otros dos corceles: el caballo negro que trae el hambre y el caballo pálido que trae la peste...

En semejantes circunstancias me ha sido difícil muchas veces concentrar mis ideas y aprisionar mis sentimientos en el siglo XIV; y he lanzado miradas impacientes hacia el último capítulo de este libro como hacia la puerta que de la biblioteca se abre a la realidad. Estoy ahora en la puerta y en ella me detengo. Un libro acabado, un capítulo de vuestra vida cerrado (¿cuántos faltan todavía?). Nos detenemos en el dintel de la puerta y miramos por última vez el cuarto de trabajo que vamos a abandonar. Por última vez miramos la mesa, bajo la lámpara eléctrica que ha iluminado tantas horas de trabajo, la butaca desde la que tantos rostros amados han reído y hablado; por las ventanas se ve la llanura y las montañas lejanas, tras de cuyas líneas azules en oro y sangre se ha puesto el sol tantas tardes. Todo esto ha pasado, pasado para siempre, como las palabras pronunciadas en este cuarto, como la dicha o el dolor aquí vividos, y así ponemos el último rasgo sobre la última página del manuscrito como se cierra una puerta que nunca se abrirá — *e quello ch'era non sará mai piú,* «lo que fué no volverá nunca jamás».

JOHANNES JOERGENSEN

LIBRO PRIMERO

LA SOLEDAD

Entbildet werden von der Creatur
SEUSE.

Serrati nella casa del cognoscimento di te.
SANTA CATALINA.

I

Una tarde del año 1352 dos niños se paseaban por Siena. Una niña de seis años y un muchacho que podría tener dos años más: Catalina Benincasa y su hermano Stéfano volvían a su casa de la vía dei Tintori, de vuelta de una visita a su hermana casada Bonaventura, que vivía en el otro extremo de la ciudad, allá arriba, cerca de la Torre de San Ansano.

Y una tarde del año 1912, un extranjero como yo anda por Siena buscando en lo posible las huellas de aquellos dos niños, por más que hayan pasado cinco siglos desde entonces. Porque este paseo, a partir de la antigua torre donde el apóstol de Siena, el mártir San Ansano estuvo encerrado, según dicen, hasta Fontebranda, fué para la pequeña Catalina Benincasa un acontecimiento que decidió de su vida entera, desde su infancia hasta el día en que, a la edad de treinta y ocho años, sucumbió bajo el peso de la nave de la Iglesia cargada sobre sus hombros.

Así, pues, pienso en los hermanos que, mano con mano, vagan por las calles oscuras. Tal vez no se dicen nada el uno al otro, pues con harta frecuencia los niños

se pasean juntos sin pronunciar una palabra. Pero piensan, y yo trato de seguir su pensamiento...

Apenas saben nada de Duccio, el gran pintor cuya casa dejan atrás, la casa en que, durante tres años ha trabajado en el cuadro destinado a adornar el altar mayor de la catedral y que, una vez terminado, fué llevado en triunfo a través de la ciudad mientras todas las campanas tocaban a gloria. «Durante todo el día, dice la vieja crónica, se rezó mucho en las iglesias y se distribuyó gran número de limosnas a los pobres para que Dios y su santa Madre nos defendiesen de todo mal y preservasen a Siena de traidores y enemigos».

Sin embargo, Catalina y Stéfano no habían oído hablar de aquel gran día de ochenta años antes. En su hogar, en la tintorería de Fontebranda, se hablaba poco de arte y de artistas. En cambio, la prisión de San Ansano debió producirles gran impresión. Alta, sombría, lúgubre se levanta aún allá arriba en Castel Vecchio, el más antiguo barrio de Siena; allí fué en otro tiempo el Pretorio romano; allí es donde San Ansano confesó la fe ante el gobernador y fué torturado hasta la muerte. Todos los niños de Siena conocían su historia...

San Ansano vivió mil años antes; en aquel tiempo el emperador era pagano y el papa no residía en Letrán, sino en las catacumbas. El padre de Ansano era idólatra; pero siendo cristiana su madre, fué bautizado a la edad de doce años, y poco después comenzó a predicar la fe, primero en Roma, después en Acquapendente y, por último, en Siena... Nadie era cristiano en aquella

época; todo el pueblo era pagano. En el lugar donde se alza actualmente la catedral, se encontraba un templo dedicado a Minerva. Al pie de la montaña, sobre la cual se ha construído después el hospital de la Scala en la dirección de Vallepiatta, se extendían las cavernas y las grutas en que los tintoreros y los curtidores habían establecido sus talleres. En una de estas grutas, San Ansano reunía a los primeros cristianos, celebraba la Santa Misa y predicaba...

Aún en nuestros días, bajo el hospital, existen algunos subterráneos donde la «Cofradía de la Virgen» celebra sus reuniones; allí existió la primera iglesia de Siena. Pero en aquel tiempo Lysias era gobernador romano, y tan luego como oyó hablar de San Ansano, le hizo prender, porque el Emperador había ordenado el exterminio de todos los cristianos. San Ansano fué, pues, condenado a ser arrojado a una caldera de pez hirviendo; los soldados ejecutaron la orden; pero salió sano y salvo del baño ardiente; el gobernador, poseído de violento furor, ordenó decapitarlo lejos de la ciudad, en la orilla del río Arbia —¡no tenía más que veinte años!—. Los cristianos vinieron secretamente durante la noche a buscar su cuerpo, que ocultaron cuidadosamente, y más tarde, cuando todo el pueblo se convirtió, las santas reliquias fueron llevadas con gran ceremonia hasta Siena. La puerta por donde pasó el cortejo se llama aún en nuestros días *Porta San Viene* (el Santo viene), y San Ansano fué proclamado patrón de Siena y protector de la ciudad.

Cuando en nuestros días nos dirigimos desde la vie-

ja Torre a la vía dei Tintori o vía Benincasa, como se llama ahora en honor de Catalina, hay que tomar un camino que se llama *Fossa di San Ansano.* Pese a ese nombre, nada tiene de sombrío ni de fúnebre; es, al contrario, una de las más hermosas vías de Siena. Pasando por bajo del gran hospital de la Scala, bordeamos los elevados muros de este gigantesco edificio, escarpado como una roca, y vemos arriba, con su hábito azul y sus grandes cofias blancas, a las hermanas de San Vicente de Paúl que se detienen un instante sobre los balcones, en el hueco de las ventanas y de las puertas, irregularmente abiertas, antes de entrar de nuevo en las salas de los enfermos. Y, verdaderamente, el espectáculo es digno de ser admirado.

Detrás de un viejo parapeto de albañilería, la Vallepiatta se abre como una gran copa verde llena hasta el borde de viñas y de olivos, de higueras con grandes hojas, y de nogales de follaje dorado, de maíces verdes que resplandecen en la sierra roja entre los troncos rugosos de los olivos. En el fondo del valle, algunas casas descoloridas; encima de ellas, fértiles ribazos, dorados con los higos maduros; verdes, con los maíces jóvenes, y plateados de olivos, y más arriba aún, los graves cipreses, rodeando un monasterio, se dibujan sobre el fondo azul de las lejanas alturas de Chianti.

Aquí, ante este panorama, San Ansano fué sumergido en el horrible baño de pez hirviente. Una placa de mármol incrustrada en el muro lo atestigua. El mármol y la inscripción latina no estaban allí la tarde en

que Catalina y Stéfano pasaron, pero sí su recuerdo: la tradición, el pensamiento de que en este lugar un hombre se había dejado arrojar en una caldera ardiente antes que renegar de Jesús. ¡Cuán amable debe ser este Jesús para que se soporte, por amor de El, un suplicio tan terrible!

El camino continúa por la apacible vía di Valle Piata, costeando los muros rojos del viejo convento de los jesuítas de San Sebastián.

Este monasterio, bastante antiguo, es, sin embargo, posterior a Catalina; fué construído en 1363 o 1364, en el lugar de una de las puertas de la ciudad, Porta San Ansano. En él se reúne actualmente un patronato católico. Por una puerta entreabierta se ve un jardín con filas de limoneros en grandes macetas de tierra cocida, y profusión de laureles, de corolas de púrpura, semejantes a sangrientas heridas...

Aquí el camino va a parar a *il costone*, una larga escalera, bastante áspera, con escalones de ladrillos, y en el sitio preciso donde volvemos por segunda vez para llegar a Fontebranda, descubrimos un antiguo fresco, encuadrado en la piedra, y bajo el fresco, esta inscripción: «Mientras Santa Catalina Benincasa, de edad de seis años solamente, volvía a su casa con su hermano, Cristo se le apareció encima de la iglesia de los dominicos, del otro lado del valle, bajo la apariencia de su representante terrestre, rodeado de los Santos Apóstoles Pedro, Pablo y Juan, y le dió su bendición.»

Contemplando con atención, pueden aún distinguir-

se dos figuras en el fresco: una, arrodillada, con las manos extendidas en actitud de orar: es Catalina; otra, un muchacho de pie: su hermano Stéfano.

Aquí se detuvo Catalina aquella tarde; aquí me detengo yo igualmente.

El camino baja hacia la derecha a lo largo de la tapia de un jardín, por la que sobresalen hojas de higueras y de parras, y en la que la hierba y las flores amarillas crecen entre las piedras. Más allá, en la misma dirección, entrevemos el rincón de Siena, que se llama *Contrada dell'Oca,* con sus viejos tejados descoloridos, sus persianas verdes en las fachadas de rosa pálido, con los desvanes abiertos de los tintoreros y de los curtidores, de los que penden, para secarse, grandes pieles amarillas y oscuras. En el fondo del valle se encuentra Fontebranda y el lavadero público, donde resuenan gritos, risas y golpes de batán; la ropa se seca sobre la hierba. Enfrente se levanta la verde colina de Camporeggi, sobre la que se yergue la iglesia de San Domenico, grande y desnuda, con sus ventanas ojivales abiertas en el muro plano del coro y su torre maciza, que coronaba en el siglo XIV gallarda flecha.

Catalina se detuvo aquí como me detengo hoy, y la inscripción y el fresco atestiguan qué es lo que viera.

Cuenta la vieja leyenda: «Levantando los ojos percibió del otro lado del valle, por encima de la iglesia de los Hermanos Predicadores, un trono magnífico, dispuesto con regia pompa; y en este trono, a Jesucristo, redentor del mundo, coronado con la

tiara y revestido de los ornamentos pontificales. A su lado se encontraban los príncipes de los apóstoles, Pedro y Pablo, y San Juan Evangelista. Al verlo, Catalina se detuvo, paralizada por el asombro, y contempló a su Salvador, que se manifestaba tan milagrosamente a ella para probarle su amor. Entonces dirigió su mirada hacia ella, se sonrió amorosamente, extendió su mano derecha y trazó el signo de la cruz, como hace el Obispo cuando da su bendición. Y fué tan poderosa esta bendición del Eterno, que, encantada, fuera de sí, la niña, que por su naturaleza era tímida, permaneció en la vía pública, con los ojos alzados al cielo, en medio del ir y venir de los hombres y de los animales.

»Sin embargo, su hermano continuaba su camino, creído que le seguía; cuando, de repente, se dió cuenta de que ya no estaba a su lado, vió a su hermana muy atrás, inmóvil y mirando al cielo. La llamó en un principio, pero, como parecía no escucharle, volvió sobre sus pasos, llamándola siempre, hasta que, viendo que de nada le servía—y quien ha oído a los niños italianos gritar con toda la fuerza de sus pulmones comprenderá que el espíritu de Catalina estaba en otra parte—, la cogió por un brazo y le preguntó: «¿Qué haces aquí y por qué no vienes?» Entonces Catalina pareció despertar de un profundo sueño, bajó los ojos un instante y respondió: «¡Ah, si vieras lo que veo, no me interrumpirías así!», y miró nuevamente en el aire; pero la visión había desaparecido, y la niña se

echó a llorar amargamente, reprochándose el haberse dejado distraer.»

Los dos niños tomaron el camino de vuelta, más silenciosos aún que antes, como podemos figurarnos.

Por la vía Fontebranda los carros venían lentamente hacia ellos, tirados por cuatro grandes bueyes blancos, que obstruían casi la calle con sus cuernos amenazadores... Cerca de la fuentecilla, en cuyo pilón profundo cae el agua constantemente, veíanse mujeres que iban y venían bajo la bóveda sombría de los árboles y llenaban sus cántaros de cobre. Un perfume de sarmientos y de piñas quemadas salía de las cocinas, donde las marmitas aparecían suspendidas sobre la lumbre para la comida de la noche. Algunos niños jugaban con los gatitos en el dintel de las puertas. Todo era como de costumbre, como ocurre las tardes de verano en estas calles. Pero para Catalina todo había cambiado de aspecto, porque el Altísimo la había cubierto de su sombra; el Eterno había hablado a su corazón de niña. Había visto el cielo abierto y al Hijo del Hombre sentado en el trono de su gloria, y había extendido la mano y la había bendecido solemnemente, con tres grandes signos de cruz, como el Obispo en la catedral: *In nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti...*

II

Catalina Benincasa nació el 25 de marzo de 1347, cerca de Fontebranda, en la casa del tintorero Giacomo Benincasa y de su mujer, Lapa di Puccio dei Piagenti. El 25 de marzo se celebra la Anunciación de la Santísima Virgen, y, además, el Domingo de Ramos caía este año en el mismo día.

En la catedral de Siena el Obispo bendecía, pues, las ramas de oliva, que los diáconos llevaban después desde el altar a los feligreses, y el pueblo, en pie, conservaba en la mano los ramos, de un gris plateado, mientras que las voces claras de los niños de coro entonaban el alegre hossanna: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor.» Era el saludo de la Iglesia a la más ilustre hija de Siena, a la más amante esposa de Cristo, *Benedicta quæ venit...*

Catalina era la vigésimotercera hija de sus padres. Vino al mundo al mismo tiempo que una hermanita gemela, Giovanna, que murió poco después. Monna Lapa crió por sí misma a Catalina, cosa que no tuvo tiempo de hacer con sus demás hijos, a causa de sus

frecuentes partos. «Catalina—dice la leyenda—vino a poner fin a los alumbramientos de su madre.»

De estos numerosos hijos sólo algunos vivieron. Los más conocidos son: Benincasa, el mayor, Bartolommeo, casado con Lisa, la prima hermana de Giovanni Colombini; Niccola, casada con Palmieri di Nese della Fonte, hermano del dominico Tommaso della Fonte, que, como veremos después, ejerció gran influencia sobre Catalina; Maddalena, casada con Bartolo di Vannino; Bonaventura, casada con Niccolo di Giovanni Tegliacci; Lisa, muerta núbil durante la peste de 1374, y, por último, Stéfano.

Por el matrimonio de Bartolommeo, los Benincasa emparentaron con una de las familias más piadosas de Siena: la de Giovanni Colombini—muerto en 1367—, cuya sobrina, Catalina, vivió hasta 1388.

Inés, hermana de Giacomo, que se hallaba casada con Chele di Duccio, entró en la Orden Tercera Dominicana—*le Mantellate*—después de la muerte de su marido y murió en olor de santidad. El padre de Lapa Puccio dei Piagenti, era colchonero, y hacía versos en sus ratos de ocio; era un hombre piadoso, deseoso de procurarse con sus limosnas una parte de los méritos de las plegarias y de las buenas obras de la orden Dominicana.

Varias influencias religiosas se hacían sentir, como se ve, por diversos lados, pero predominaba, como hemos indicado, la de los Hermanos Predicadores. No parece que los hermanos de la otra gran orden mendicante,

legada por el siglo décimotercero al décimocuarto, los Franciscanos, hayan desempeñado un papel importante en Siena. Su iglesia se hallaba situada fuera de la ciudad, y únicamente, en el siglo décimoquinto, San Bernardino, el elocuente predicador de misiones, consiguió atraer a ella las muchedumbres.

Al contrario, la iglesia de San Domenico dominaba Fontebranda, y era fácil a los Benincasa acudir a ella por las mañanas para oir una de las misas de los numerosos sacerdotes de esta Orden.

En la tintorería de Fontebranda, el más devoto era Giacomo. «Lapa, su esposa—dice Raimundo de Capua—, era una mujer entendida en los negocios domésticos, que no tenía la malicia de los hombres de nuestro tiempo, incapaz, aunque hubiera querido, de decir una mentira.» Más de una vez, en la leyenda, la llama «la muy ingenua Lapa», *semplicissima Lapa*, pero agrega que «no deseaba con ardor los bienes eternos». Habiendo caído gravemente enferma experimentó tal terror de la muerte, que a Catalina, ya crecida a la sazón, le costó gran trabajo tranquilizar a su madre. Lapa se restableció y llegó a una edad avanzada (pasó de los ochenta años); vió sus hijos y sus nietos en torno suyo y se lamentaba de que su alma estuviese de tal modo enclavijada en su cuerpo que no podía salir de él.

La energía de Catalina procedía de Lapa, pero su piedad y su incansable dulzura eran de su padre.

Raimundo recogió de los mismos labios de Lapa numerosos rasgos referentes a la maravillosa paciencia de

su difunto marido, que fué tal vez más estimado después de su muerte que apreciado durante su vida; es raro, en efecto, que una mujer enérgica admire a un hombre pacífico, y, sin duda, el tintorero se hallaba frecuentemente expuesto a oir que no era más que un inútil, y se retiraba entre sus barreños de colores con el corazón herido por las frases punzantes de Monna Lapa. Pero después de su muerte, ante la evidente admiración del dominico que pertenecía a la noble familia della Vigne (un della Vigne fué canciller de Federico II), Lapa se complacía en describir la paciencia sin ejemplo de su marido. Este no permitió jamás a ninguno de los suyos emplear términos violentos o emitir juicios severos sobre los demás. Cuando un hombre, al que había pagado, tiempo hacía, lo que le adeudaba, le demandó y le hizo condenar injustamente, el dulce tintorero no reveló contra él el menor resentimiento, y como Lapa se pusiera tan furiosa como es capaz de estarlo una italiana—nos la figuramos alborotando el barrio con sus clamores—, Giacomo Benincasa le dijo entonces, interviniendo dulcemente: «Ya verás, mujer, cómo Dios traerá a este hombre a mejores pensamientos y reconocerá su injusticia para con nosotros.» «Lo que sucedió después»—añadía Lapa cuando refería esta historia.

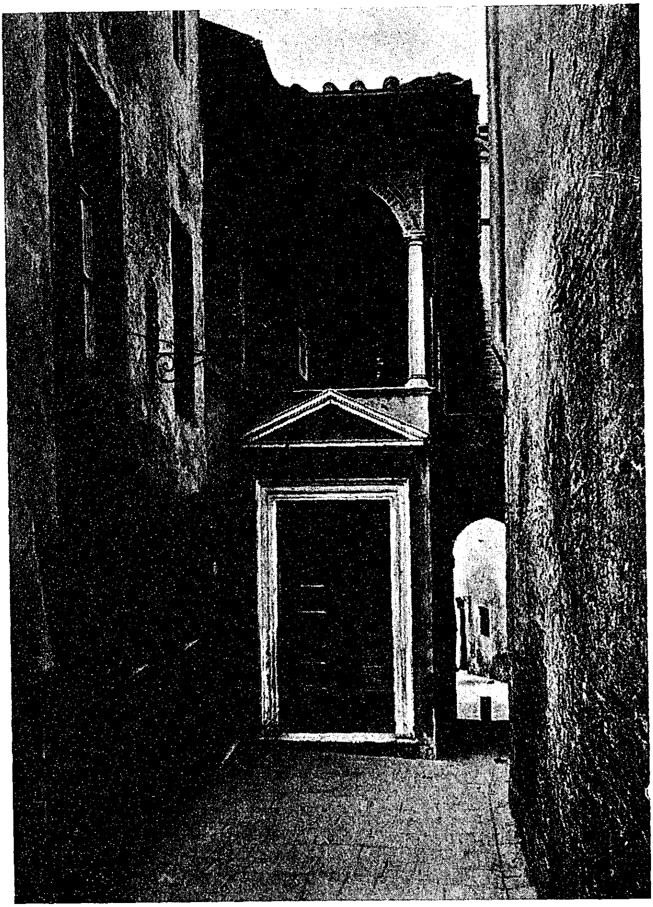
El tintorero no toleraba en su casa discursos impíos ni conversaciones groseras; la atmósfera que se respiraba era pura. Cuando Bonaventura, la hermana preferida de Catalina, se casó, escuchó con asombro y ho-

rror las charlas de su marido con sus jóvenes amigos; tan poco acostumbrada se hallaba a ellas, que cayó enferma. «En la casa de mi padre no me han acostumbrado a este lenguaje—contestó a las preguntas ansiosas de su marido—y, si no quieres verme morir pronto, te suplico que renuncies a esas conversaciones inmundas.»

La familia que se llamaba Benincasa gozaba de una situación holgada. Los hijos mayores ayudaban a Giacomo en sus negocios, que iban viento en popa; algunos meses antes del nacimiento de Catalina, en octubre de 1346, habían podido alquilar a Giovanni di Guezzo, representante *delle Arte della lana*, la vasta mansión, situada cerca de Fontebranda, que habitaban entonces. Poseían, además, a ocho *miglia* al Sur de Siena, una Granja, la *Canonica*, que correspondió más tarde a Lisa, la viuda de Bartolomeo.

Catalina creció, por tanto, en la casa de la vía dei Tintori. Como muchas otras de Siena, esta casa está construída en la ladera de la colina. La tintorería, instalada en el piso inferior de la fachada de la vía dei Tintori, correspondía al sótano por la parte de la vía dei Tiratoio. Una escalera conducía al primero, que era el piso bajo si se entraba por la trasera, donde se hallaban las alcobas; arriba había una terraza con jardín y una gran cocina, que servía a la vez de sala. Allí se comía, allí hilaban, cosían y repasaban las mujeres; todos se reunían por las noches junto al fuego para hacer la *veglia*, como se dice todavía en la campiña italiana; se calentaban antes de acostarse, se charlaba y se contaban cuentos.

Y allí, en el hogar de Giacomo Benincasa, en medio del círculo de la familia, reunida en torno del fuego de ginebra chispeante, se encontraba un joven, que debía ejercer una influencia decisiva en la vida de Catalina: era el hijo adoptivo, Tommaso della Fonte. Niccoluccia Benincasa se había casado con Palmiero della Fonte y, cuando la peste de 1349 (la peste de Bocaccio), dejó huérfano al pequeño Tomasso, que tenía entonces diez años. Giacomo le recogió en su casa. Era entonces un joven que aspiraba al claustro; quería hacerse fraile en los Dominicos de Campo-Reggi. Mientras tanto, pasaba las largas noches de invierno con los Benincasa, refiriendo lo que había leído en la Leyenda Dorada de Jacobo de Voragine sobre los Apóstoles y los Mártires; sobre Santa María Magdalena y San Lázaro, que huyeron de los judíos hasta Marsella, en Provenza; acerca de Santa Inés, Santa Agueda y Santa Lucía, a quienes los crueles romanos sacaron los ojos y arrancaron los pechos con tenazas encendidas; de los santos eremitas en los desiertos y las cavernas; de San Antonio, al que estaba dedicada la iglesia parroquial. Pero hablaba principalmente de Santo Domingo, del piadoso y sabio Tomás de Aquino y de San Pedro Mártir, que, en el instante de morir, y no pudiendo ya confesar su fe con la palabra, se inclinó para escribir con sangre en la arena: «Credo». Tommaso contaba y Catalina escuchaba. Conocía perfectamente a los Dominicos de Campo-Reggi; frecuentemente pasaban por las calles, con sus hábitos blancos y sus capas negras. Blanco y



Siena.—Entrada de la casa de Santa Catalina.

negro, los colores de Siena, los colores de la *balzana* (1), los colores del Campanile. El blanco significa su pureza; el negro significa su humildad. Catalina se recataba detrás de la ventana para verlos pasar, hermosos como ángeles de Dios, con sus perfiles pálidos y puros, fijos los ojos en el cielo, sin volver su mirada a un lado ni a otro hacia las mujeres que suspiraban a las puertas de las casas: *Come è bello!, troppo bello per essere frate; che peccato!*... No, no eran precisamente demasiado hermosos para Dios. ¿Por qué el Señor ha de tener a su servicio sólo a los jorobados y a los cojos? Desde su escondite, Catalina observaba el sitio en que los monjes asentaban sus pies, y, luego que se habían alejado y que las caras ruborosas de las mujeres de negras cabelleras habían desaparecido del marco de las puertas, salía a la calle, para besar las piedras donde los piadosos hermanos habían pisado.

Catalina, por lo demás, era viva y alegre, y tan presta que, en cierto modo, se la veía revolotear por las escaleras. Todos los vecinos la querían; era tan graciosa, que la llamaban Eufrosina, que es el nombre de una de las Gracias.

Raimundo de Capua, que no supone semejante cultura clásica entre los habitantes de Fontebranda, dice a este propósito: «Me inclino a creer que se trata de un apodo que se dió a sí misma, como hacen a veces los niños.» Existe, por lo demás, una Santa Eufrosina, y,

---

(1) Nombre que se daba de antiguo al estandarte de Siena.

más adelante, Catalina consideró como un presagio haber llevado este nombre. En efecto, se refiere de Santa Eufrosina que, queriendo entrar en un convento de frailes en vez de hacerse religiosa, se cortó el pelo y vistió traje de hombre, y ya veremos que Catalina la hubiese imitado en esto de buena gana.

Pero para entrar en religión, ya entre los hombres, ya entre las mujeres, se necesita ser de una gran piedad... Por eso se veía frecuentemente a Catalina en los rincones de la casa, o bien se la oía subir la escalera rezando con su vocecita un Avemaría a cada escalón. Yo me la represento así muy fácilmente, porque he tenido una niñita de seis años que hacía oración a su modo, en una escalera donde había un gran cuadro de la Madona.

Llegó después el día en que la visión se le apareció a Santa Catalina sobre la iglesia de Santo Domenico, «y a partir de esta hora dejó de ser niña» (1).

---

(1) *Legenda minor*, I, 2.

III

El Cristianismo ha sido desde su origen la religión de las revelaciones y las visiones. La literatura cristiana más antigua, los escritos de los Apóstoles y los Evangelios no consienten ninguna duda a este respecto.

A la Crucifixión de Jesús, sucedió la Resurrección, después de la cual el Maestro se apareció muchas veces a sus discípulos. En el jardín de José de Arimatea, Magdalena cae a los pies del jardinero, que la llama por su nombre, y esta palabra basta para inspirarle su alegre *Rabonní*; es *su* voz, así tenía costumbre de llamarla. En Emmaus caen las escamas de los ojos de los dos discípulos en el momento en que se sientan a la mesa con el viajero que encontraran en el camino; así es como El partió el pan, lo bendijo y se lo dió. Y en Jerusalén, el Resucitado se aparece a Simón y a los demás discípulos, saludándolos según su costumbre: *Schalom aleikum*.

Después de la Ascensión, las relaciones continúan entre Dios y los hombres. En la hora de su muerte Esteban ve, en el cielo abierto, a Jesús, a la derecha de su Padre. Saulo, deslumbrado por una luz cegadora

en el camino de Damasco, oye una voz atronadora que le dice: «Soy Jesús, a quien persigues.» Detrás del velo de los fenómenos Jesús se halla siempre presente, y en las visiones y en las apariciones el velo se desgarra.

Como Esteban y Pablo, un Francisco de Asís, una Catalina de Siena, una Brígida, una Juana de Arco, ven el cielo abierto y escuchan indecibles palabras, «pero no saben si están en su cuerpo o fuera de su cuerpo; Dios lo sabe».

Igual que la italiana Catalina, nuestra Brígida escandinava era una vidente. La viuda de Ulf Gudmarsson falleció en Roma el 23 de julio de 1373, sin que la senesa la hubiese conocido; de otro modo, se hubieran saludado como almas hermanas. Pues bien: la Santa sueca ha tratado de describir muchas veces el estado de visión; leemos en la introducción a la regla de su Orden: «En el reino de Noruega, Santa Brígida, absorta en la oración, sentía que las fuerzas abandonaban su cuerpo, pero su alma vivificada podía ver y oir, decir y sentir cosas puramente espirituales, y frecuentemente le acontecía caer en este estado.» Se lee en el prólogo del quinto libro de las revelaciones:

«Un día, cuando se dirigía a Vadstena, habiendo levantado su alma a Dios, fué arrebatada fuera de sí misma y abismada en el éxtasis. Vió y oyó entonces cuanto se refiere en el quinto libro. El Obispo Alfonso de Jaén atestigua que vió con frecuencia a Santa Brígida privada del uso de los sentidos, sin darse cuenta de lo que

ocurría a su alrededor. Y Santa Brígida dice ella misma de este estado: «¡Oh Dios excelente, cuán maravilloso es el modo con que me tratas, porque adormeces mi cuerpo en el sueño mientras despiertas mi alma hasta hacerla ver, oir y sentir las cosas sobrenaturales! Me adormeces cuando te place, no con un sueño corporal, sino con un espiritual reposo, y despiertas mi alma como de un adormecimiento, hasta hacerla ver, oir y sentir espiritualmente.»

Así sucedía con Catalina. Todo cuanto se califica de inspiración va, por lo demás, acompañado siempre de alguno de estos caracteres. El poeta o el artista, absortos por un trabajo intenso, se sienten elevados por encima de las exigencias del cuerpo, entregados a su trabajo, que se realiza fácilmente sin obstáculo y sin dificultad, como si un poder extraño, una personalidad distinta fuera su autor. «No soy más que un instrumento; el Maestro trabaja sobre mí», ha dicho un poeta danés; y Nietzsche, para explicar el estado en que se compuso *Así habló Zarathustra,* escribe estas líneas:

«¿Cabe a fines del siglo XIX formarse una idea clara de lo que los poetas de antaño llamaban la inspiración o debo describirla? Aunque no haya en nosotros el átomo más mínimo de superstición, no podemos apartar el pensamiento de que no somos otra cosa que el portavoz, el *medium* de una influencia soberana. No cabe designar este fenómeno más que por la palabra «revelación», es decir, que súbitamente, con una certeza y una precisión indecibles, algo se hace visible y perceptible, algo que

os conmueve hasta lo más íntimo del ser. No se busca, se oye, se recibe sin preguntar lo que se da; como un relámpago surge un pensamiento claramente formulado. Nunca he tenido que elegir. Ese rapto de una excesiva tensión se funde a veces en un torrente de lágrimas; es una manera de salir totalmente de sí mismo, sintiéndose sacudido hasta la punta de los pies por un hormigueo de extremecimientos; es un abismo de felicidad donde cuanto hay de más sombrío y doloroso no constituye contraste, antes bien, parece necesario, indispensable, como una sombra ineluctable en una superabundante luz. Todo se produce involuntariamente como en medio de una tempestad, con el sentimiento de que se posee en último grado la libertad y la potencia divinas.»

Strindberg ha pintado el éxtasis poético de un modo análogo, calificándolo de «estado que procura una dicha indescriptible, una verdadera beatitud mientras dura la inspiración».

El éxtasis en medio del cual Santa Catalina y Santa Brígida tienen sus visiones y reciben revelaciones no es sino un desarrollo de esta inspiración poética. En ninguna parte aparece esto tan claro como en el célebre místico dominico alemán Enrique Suso, del cual un teólogo católico ha dicho con razón: «Parece como si fuera la naturaleza, pero la naturaleza superior de Suso, la que, revelándose de esta manera, toma y halla el consuelo y la luz. La pureza de las visiones celestes, la dulzura de los cantos angélicos, cuanto le conmueve pro-

fundamente, ¿de dónde viene sino del poeta interior, del cantor secreto que vive en su alma?

En Catalina, como en Brígida, encontramos un sentido poético tan maduro como precoz; pero se añaden a él, tratándose de la Sienesa, algunas particularidades físicas que no se encuentran en la sueca. Sus éxtasis sumergían a Catalina en un estado de insensibilidad y de rigidez tetánica, hasta el punto de que se le podía pinchar el pie con un alfiler sin que lo notase. Y a veces Lapa, «la sencillísima Lapa», desesperada de haber recibido un cisne en su pollada de patos, estuvo expuesta a lisiar a su hija con la buena intención de doblar su cuerpo o sus miembros rígidos.

Catalina poseía aquel genio religioso que mantiene al cuerpo en dependencia total con respecto al espíritu, y al igual que en Brígida, ese genio se manifestó desde la edad más tierna. La tarde de que hemos hablado, Catalina, de edad de seis años, vió a Jesús, y desde aquel día comenzó la lenta transformación de su alma. «El que guarda mis mandamientos y los observa, éste me ama y yo le amaré... y me *manifestaré* a él.» Esta palabra de Jesús es la clave de la psicología de los santos y, por tanto, de la de Catalina. Había visto al Señor, y la voz que en otro tiempo, a la orilla del lago de Genesareth, llamó a los discípulos, sonaba ahora en su alma, dulce y penetrante como un muy lejano tañido de campanas que no descansa hasta que nos hayamos puesto en camino y descubramos de dónde viene el sonido. Y la dulce voz decía al corazón de Catalina: «Ven, sígueme.

Sígueme lejos de tu padre y de tu madre, de tus hermanos y de tus hermanas, de tu casa, de tu hogar, de tu pueblo y de tu patria. ¡Sígueme en el desierto hasta los cuarenta días de ayuno y hasta la tentación del demonio; sígueme cuando subo a Jerusalem; sígueme hasta la columna del suplicio, hasta la flagelación, hasta la corona de espinas, hasta la cruz! ¡Sígueme, no como Pedro me ha seguido, sino como Juan; mantente como María al pie de mi Cruz y mira mi sangre caer sobre ti en gotas ardientes!... ¡Sígueme como los Santos Mártires me han seguido; sígueme como San Pedro Mártir hasta el testimonio de la sangre, como Magdalena en su caverna de rocas y San Antonio en el desierto!»

«Esta visión y esta bendición fueron tan poderosas —afirma Caffarini— que no podía pensar más que en los santos ermitaños y en seguir su ejemplo.»

Había en la casa de Fontebranda varios sombríos escondrijos que Catalina podía transformar en ermitas; en ellos se refugiaba y jugaba a la ermitaña, rezando y ayunando mientras los demás tomaban su colación y flagelándose con una disciplina que ella misma había fabricado.

Poco a poco pareció a otras niñas que el juego era divertido; entonces Catalina se lo explicó y les prescribió ciertas oraciones, revelando en esto su naturaleza dominante. Sin embargo, terminó por cansarse de este simulacro: su espíritu se orientaba hacia una realidad y no hacia una vana ilusión; de suerte que un día abandonó la casa resuelta a irse por el ancho mundo para llegar a

ser una verdadera ermitaña, huyendo por la parte de la puerta de San Sano.

Era la primera vez que Catalina se encontraba fuera de los muros de Siena. El camino descendía hacia Vallepiasta; la población desapareció pronto tras ella y la niña se encontró sola en medio de los árboles...; el valle se abre entre rocas de toba en las que se forman anfractuosidades que a los ojos de Catalina podían pasar por las cavernas del desierto, y penetró en una de estas grutas. Se había provisto de un pan, y así trató de vivir como solitaria. Al ponerse a rezar se encontró de nuevo en aquel extraño estado en que todo desaparecía en torno suyo y experimentó la sensación de flotar en un mundo de luz resplandeciente. Tenía la impresión de elevarse poco a poco sobre la tierra, más alto, cada vez más alto; por último, su cabeza tropezó en la bóveda, lo que la despertó...; se dió entonces cuenta de que había debido permanecer mucho tiempo en la gruta; el sol estaba bajo; las cigarras cantaban en las higueras, y allá arriba, en San Domenico, tocaban a vísperas. Todos sus planes de vida eremítica se desvanecieron de repente, y Catalina pensó tan sólo que estaba muy lejos de su casa y que la puerta de la ciudad se cerraría muy pronto. Además, sus piernas se encontraban tan débiles que nunca podría recorrer el largo camino por el que se sube a la colina...; el vértigo se apoderó de ella, pasó una nube ante sus ojos, una vez más experimentó la sensación de flotar y, sin saber cómo, se encontró de repente más allá de la puerta de San Sano. Con el corazón palpitante, se apresuró a

volver; nadie había sospechado su ida; pensaban que había ido a casa de su hermana, como acontecía con frecuencia.

Catalina no repitió nunca esta tentativa; pero había comprendido allá abajo, en la gruta, que su vida debía estar consagrada al Señor y la enseñanza de la Escritura se le hizo inteligible: «Una mujer sin casar, una virgen, piensa en las cosas que se refieren al Señor, para ser santa de cuerpo y de espíritu; pero la casada piensa en las cosas de este mundo y en los medios de agradar a su marido». Por un lado, el Señor; por otro, e mundo; el alma juvenil de Catalina no vaciló en su elección...; a los siete años se prometió a Jesús ante la imagen de la Madona: «Bienaventurada Virgen María, exclamó, no consideres mi debilidad y concédeme la gracia de tener como esposo al que amo con toda mi alma, tu Hijo santísimo, Nuestro Señor Jesucristo... Le prometo, así como a ti, no aceptar a otro jamás». Así se dió el paso decisivo. Catalina fué la noviecita de Cristo, a ejemplo de su homónima Santa Catalina de Alejandría, a la que vemos en los retablos tendiendo la mano, donde la Virgen coloca la del Divino Niño, que la introduce un anillo en el dedo. En lo sucesivo, como esposa sumisa, Catalina se esforzará únicamente en hacer la voluntad de su esposo. Ahora bien, la voluntad de Jesús es que, ante todo, nos castiguemos a nosotros mismos, que domemos nuestra naturaleza, lo cual la pequeña Catalina había empezado a hacer por sus penitencias infantiles y sus oraciones en la bodega y en los graneros.

Desde entonces se condenó a no comer sino pan y le-



Galería Accademia.—Siena. *Michelino da Bisogno.*

gumbres. Colocaba la carne en el plato de su hermano Stéfano, o bien la tiraba por debajo de la mesa a los gatos, inseparables de las cocinas y comedores italianos.

Hacia esta época un pequeño incidente demostró a Monna Lapa hasta qué punto Catalina se parecía a su padre. Una mañana la envió a la iglesia parroquial de San Antonio para ofrecer un cirio y pedir al párroco que dijese la misa por una intención particular. Catalina desempeñó su misión; pero en vez de volver en seguida, se quedó a oir la misa que había encargado; cuando entró, Lapa estaba muy impaciente por su retraso. Catalina escuchó en un principio tranquilamente sus violentos reproches, y después dijo: «*Monna madre*, castigadme cuando no os obedezca como debiera; pero os suplico no empleéis semejantes palabras y, sobre todo, no deseéis mal a nadie, pues esto no conviene a vuestra dignidad de madre y entristece mi corazón.»

Entonces Catalina no tenía aún diez años. Cuando llegada la noche, Giacomo subió de la tintorería, su mujer le dijo: «Oye lo que tu hija me ha dicho hoy.»

Más tarde, la hija del tintorero de Fontebranda debía decir la verdad a los poderosos de este mundo con la misma entereza y la misma dulzura.

IV

Catalina había cumplido la edad de doce años. No le era ya permitido aventurarse sola en las calles, y su familia pensaba en buscarle un marido. Dos de sus hermanas estaban ya casadas porque, en definitiva, las mujeres están destinadas al matrimonio.

Monna Lapa se dispuso a aderezar a su hija y le ordenó (lo que es bien italiano) que se lavara un poco más a menudo, que peinara sus cabellos lindamente y tratase de agradar a los hombres. Pero Catalina no quería oir hablar de ellos; jamás se ponía a la ventana o en el dintel de la puerta como las otras jóvenes y no entonaba, como ellas, mientras trabajaba, canciones de amor; hasta huía cuando uno de los obreros de su padre penetraba en la habitación en que se encontraba. «Señor, Dios, ni que fueran venenosos», gruñía Lapa; pero su hija huía de ellos como de serpientes.

Sin embargo, gracias a Buenaventura, la hermana predilecta de Catalina, consiguieron hacerla vacilar un poco, y llegó un día en que consintió en ir al baile como las demás jóvenes, con un hermoso atavío, las mejillas pinta-

das y los cabellos teñidos de rubio, como lo exigía la moda.

«En esta época Siena era tan rica de bienes terrestres que había fiesta casi cada día en honor de las recién casadas», refiere el monje Filippo Agazzari, contemporáneo de Catalina, en sus *Historias morales*.

Si creemos a este severo predicador, las jóvenes senesas no eran menos frívolas en el siglo XIV que en el XX. Cita el caso de una joven que cayó muerta durante un banquete por apretarse demasiado, así como el de otra, cuyo rostro fué comido por el afeite que empleaba; y hasta habla de una tercera que fué ayudada en su tocado por el propio Maligno, disfrazado bajo la apariencia de una camarista, y a quien sucedió algo todavía peor... Otros autores aseguran que las damas pasaban días enteros en sus terrazas con los cabellos puestos al sol, para que se volviesen rubios.

Este período mundano de la vida de Catalina parece haber sido breve. De todas suertes, terminó a la repentina muerte de Buenaventura, en agosto de 1362. Cerca del cadáver de su querida hermana, Catalina lloró amargamente, lo que consideró en lo sucesivo como una horrible ingratitud hacia el Señor. ¿No le había hecho don de la apariencia exterior que quiso para ella? ¡Y había tratado de mejorarla, como se estropea la obra de un maestro! ¡Dios la había creado a su imagen, y ella se había atrevido a transformarla en la imagen del diablo!

Muchos años después se acusaba todavía, en sus confesiones, de estos tiempos de infidelidad, y cuando Rai-

mundo trataba de consolarla, exclamaba: «¿Toca a mi confesor disculpar mis pecados?» Estaba convencida de que el infierno hubiese sido su destino si hubiese muerto en este estado de frivolidad.

Animada por un nuevo ardor, Catalina volvió a su vida de penitencia y de oración, buscando la soledad, comiendo poco y durmiendo lo menos posible. Esto no convenía a sus padres, que desde la muerte de Buenaventura estaban más deseosos aún que antes de casar a Catalina, porque en aquellos tiempos las familias eran más poderosas cuanto más numerosas. Acababan precisamente de encontrar un joven de excelente familia, que sería para su hija un marido cabal, y para vencer a la hija rebelde, que desconocía su propio bien, se dirigieron a Tommaso della Fonte, que se había hecho sacerdote y era, además, confesor de Catalina.

El dominico acudió a su llamamiento; Catalina, abriendo entonces su corazón al amigo de su infancia, le reveló que había hecho voto de virginidad y le declaró valerosamente que no consentiría jamás en una alianza terrenal: perteneciendo su corazón íntegramente a Dios, no podía dar asilo a un amor humano. Tommaso, convencido, mudó de opinión, y en vez de persuadirla a que se casase, le aconsejó que se cortase sus cabellos dorados, puesto que por este acto indica la mujer que se consagra al Señor.

Catalina siguió este consejo y colocó un velo blanco, como un velo de religiosa, sobre su cabeza rubia y pelada. No tardó Lapa en admirarse del cuidado

con que su hija conservaba este velo sobre su cabeza; al fin lo levantó y vió...

Siguió a este descubrimiento una hora lamentable; la familia Benincasa se enfureció; todos abrumaron a Catalina a reproches y le aseguraron con toda la fuerza del lenguaje y de los pulmones italianos que, a pesar de todo, se vería obligada a cumplir su voluntad: «Tu pelo volverá a crecer y tendrás un marido, ¡aunque te mueras!»

El consejo de familia resolvió que en lo sucesivo Catalina no tendría una habitación para ella donde le fuese posible entregarse a sus piadosas locuras, después de lo cual fué despedida la criada para que Catalina se encargase de su tarea. Pasó, pues, a ser sirviente, y una sirviente tratada intencionalmente con dureza, con la esperanza de que preferiría cambiar de condición y se casaría. Pero para soportar esta prueba Catalina recurrió a un piadoso artificio: se figuró que vivía en la santa casa de Nazareth: su padre, religioso y bueno, representaba al mismo Jesucristo, y su madre, con un poco de buena voluntad, ocupaba el puesto de la Virgen Santísima, al paso que sus hermanos eran los apóstoles y los discípulos del Maestro. Continuamente se empleaba así en el servicio del celeste Esposo; era su voz la que le llamaba; para El subía y bajaba la escalera, corriendo sin fatigarse; para El preparaba las comidas en la cocina; era a El, a su Madre, a sus amigos a quienes servía en la mesa.

Algún tiempo transcurrió de esta suerte sin que Catalina se rindiera; era dulce, pero inflexible. «Tendremos que desistir», se decían sus hermanos. Como le tenían

prohibido que se encerrase en ningún cuarto, su padre pudo un día, sin que ella se diese cuenta, sorprenderla arrodillada en la habitación de Stéfano, rezando con fervor. Sobre su cabeza se cernía una blanca paloma que desapareció a la entrada de Giacomo. El padre se retiró pensativo. ¿Era posible? Una paloma blanca sobre la cabeza de su hija...; ¿no habría de creer que aquella paloma era el propio Espíritu Santo?

Sin embargo, Catalina acariciaba siempre su antiguo proyecto de imitar a Santa Eufrosina. Ya se había cortado el pelo y no le faltaba más que vestirse de hombre para irse muy lejos y hacerse admitir en un monasterio dominicano. Porque los dominicos seguían siendo su ideal, lo mismo ahora que tenía quince años, que cuando era una niña. Una noche vió en sueños a todos los santos fundadores de órdenes: San Benito, San Romualdo, San Bernardo Tolomeo, San Francisco y muchos otros; pero su mirada sólo buscaba uno: Santo Domingo. También él tenía los ojos fijos en Catalina, y adelantándose hacia ella, le tendió un hábito negro y blanco, diciéndole: «Ten confianza, hija mía, nada temas; llevarás este hábito algún día.» Catalina experimentó tal alegría, que despertó. El hábito que acababa de ver era el que llevaban en Siena las hermanas llamadas las *Mantellate*.

Sin duda alguna, este sueño operó una revolución en el espíritu de la joven: abandonó su vago y fantástico proyecto de entrar en un convento de frailes y persiguió un objetivo más accesible, ya que en cada casa de Siena había de esas mujeres que llevaban los colores de Santo

Domingo y pertenecían a la orden Tercera por él fundada. Su propia tía Inés, viuda de Michele di Duccio, pertenecía a ella. Catalina deseaba, a ejemplo suyo, ser *Mantellata*.

¿Quién no conoce ese instante en que, acabando de germinar en el espíritu un gran designio, nos sentimos impulsados a obrar, cueste lo que cueste?... Todas las dudas, todas las vacilaciones callan; parece que no se podrá realizar nunca con bastante rapidez el nuevo plan. Bajo el imperio de semejante resolución, en la mañana que siguió a su sueño, Catalina reunió a los miembros de su familia y les declaró que «les sería más fácil derretir una piedra que hacerla vacilar en su propósito». «Os aconsejo, pues, dijo, que ceséis en vuestras negociaciones acerca de mi matrimonio, pues en esto me es imposible hacer vuestra voluntad, ya que se debe obedecer a Dios antes que a los hombres. Si queréis conservarme aquí como vuestra sirviente, seguiré de buena gana a vuestro servicio, y si, por el contrario, queréis echarme de casa, sabed que, a pesar de esto, no renunciaré nunca a mi proyecto: tengo un esposo tan rico y tan poderoso, que no me dejará nunca carecer de lo necesario y proveerá a todas mis necesidades.»

Siglo y medio antes San Francisco había dirigido semejantes palabras a su familia, las cuales trajeron una ruptura definitiva entre él y los suyos. Pero Giacomo Benincasa no era un Pietro di Bernardone, y el espíritu que animaba al hijo del comerciante de Asís se había—a través de cinco generaciones—extendido por el mundo entero.

«El ángel que llevaba el sello de Dios vivo» (así es como San Buenaventura designaba a San Francisco) había confirmado a millares y millares de hombres, y Giacomo era de éstos.

Reinó el silencio en la estancia cuando Catalina calló. Entonces, apelando a todo su valor, Giacomo dijo de lo más profundo de su corazón:

«Dios nos libre, querida hija, de oponernos de algún modo a tu voluntad; desde hace tiempo hemos comprendido que no era el tuyo un capricho de niña; vemos ahora que es el Señor quien te guía. Cumple, pues, libremente tu voto y vive según el Espíritu Santo te impulsa a hacerlo. Te suplicamos únicamente que ruegues sin cesar por nosotros, para que nos hagamos dignos de las promesas de tu Esposo.»

Volviéndose después hacia Lapa y sus hijos, Giacomo añadió: «Que nadie se atreva en lo sucesivo a atormentar a mi hija amadísima; que sirva a su Esposo en paz y en libertad, a fin de que interceda continuamente por nosotros. ¿Podríamos nunca encontrar para ella esposo de mejor linaje?»

V

Durante este período de querellas familiares Catalina «había construído en su alma una celda secreta de la que nadie podría expulsarla y que resolvió no abandonar jamás, fueran cualesquiera sus ocupaciones exteriores». Era el mismo refugio secreto que conocía también Francisco de Asís y del que dijo: «Nuestro hermano el cuerpo es una celda y el alma es el ermitaño que en ella habita.»

Pero pronto Catalina recibió la promesa de poseer igualmente una verdadera celda exterior. En la casa de Giacomo Benincasa, justamente debajo de la cocina, había una habitación pequeña que daba sobre el Vicolo del Tiratoio. Catalina, viendo que esta habitación no se usaba, instaló en ella su ermita. Todavía en nuestros días se visita esta celda. El piso se halla exactamente al nivel de la callejuela que pasa por detrás de la casa; la ventana está tapiada actualmente; pero una cruz tallada en la piedra indica que es aquella la habitación santificada por Catalina.

Esta habitación era muy pequeña—cinco metros de largo por tres de ancho—pavimentada con grandes la-

drillos encarnados. No había sitio para muebles: un cofre donde guardaba sus cosas y un banco era todo el mobiliario. El banco, durante el día, le servía de mesa, y por la noche se tendía sobre él, completamente vestida, con un leño a guisa de almohada, o bien descansaba su cabeza en los peldaños de ladrillo que servían para llegar a la ventana. La puerta y las maderas se hallaban cerradas frecuentemente; entonces la pequeña habitación se iluminaba sólo por la lámpara que ardía ante el Crucifijo colgado de la pared.

Allí Catalina, en la oscuridad y la soledad, podía realmente reproducir las penitencias de los antiguos solitarios. Hace tiempo que había dejado de comer carne; se negaba ahora a tomar todo alimento algo delicado, y más tarde llegó a alimentarse únicamente de pan y de hierbas crudas. A partir de los veinte años se contentó con tomar ensalada sin pan, y, con el tiempo, incluso se privó de ese frugal alimento. Su constitución se transformó de tal modo bajo la influencia de este ayuno riguroso, que algunos años después no podía soportar ningún alimento. Se mortificaba de otro modo, llevando un cilicio que cambió después por una delgada cadena de hierro ceñida a su cintura. Caffarini ha visto una de las disciplinas con que se flagelaba Catalina: un gancho de hierro se hallaba fijo a ella y estaba ennegrecido por la sangre seca; ha visto igualmente la cadena guarnecida de pequeñas cruces que llevaba alrededor de su cuerpo.

De la misma manera que su alimento, fué reduciendo

cada vez más su sueño, terminando por dormir media hora en dos días. «Es la mayor violencia que me haya hecho», confesaba una vez a Raimundo de Capua.

Por temperamento, Catalina disfrutaba de una salud floreciente y tenía toda la exuberancia de una joven italiana. Lapa refería que, en su juventud, su hija había subido un saco de trigo desde la calle hasta el granero (lo cual representaba la carga de una mula). «Pero era entonces doble de robusta que ahora.»

Los dominicos han tenido siempre marcada predilección por las penitencias corporales. San Francisco había prohibido a sus hermanos las maceraciones exteriores, y en el Capítulo general de la Porciúncula hizo reunir todos los cilicios y las disciplinas para quemarlas; mientras que, por el contrario, la vida de Enrique Suso, por ejemplo, no fué desde los ocho hasta los cuarenta años más que una sucesión de torturas que se infligió a sí propio, «hasta que hallándose su cuerpo completamente agotado, se vió en la alternativa de cesar en sus rigores o morir. Entonces Dios le hizo comprender que todo esto no era más que una preparación, el aniquilamiento del hombre viejo».

En su habitación solitaria de Siena, Catalina seguía el mismo camino de renuncia y de esfuerzo que el dominico alemán en su convento de Constanza. Hubiera podido en una autobiografía escribir páginas terribles y bellas sobre la «mortificación de la carne» y sobre la «destrucción dolorosa del yo». Pero, a pesar de todo, Catalina no había alcanzado la realización de sus deseos: llevar el

hábito negro y blanco. Sus padres le consentían llevar una vida de oración y penitencia entre las cuatro paredes de la casa; pero no iban más allá en su autorización. En el fondo, Monna Lapa no había abandonado en ningún modo la esperanza de curar a su hija de sus extravagancias. ¿Por qué dormir, por ejemplo, sobre una dura tabla mejor que en una buena cama? Y a veces Lapa se levantaba para llevarse a su hija consigo, y la obligaba a compartir su lecho como cuando era niña. Pero al despertar por la mañana el lecho estaba vacío a su lado: Catalina se había retirado sin ruido, o si se había resignado a quedarse, es que había encontrado el medio de deslizar secretamente una tabla u otro pedazo de madera bajo las sábanas; entonces se tendía sobre él y rezaba en vez de dormir.

Lapa, suspirando, terminó por ceder a la hija desnaturalizada; pero demostró su indignación con gemidos. Un día que habiendo penetrado en la habitación de Catalina, la vió flagelarse de tal modo que la sangre saltaba de su cuerpo, la pobre madre se echó a llorar tan alto, que toda la vecindad la oyó. Lanzaba gritos salvajes: «Hija mía, ¿es que te quieres matar? ¿Qué poder me roba mi hija?» Después (hace observar Raimundo con frío desprecio) «se entregaba a toda clase de actos extraños, como arañarse la cara ó tirarse de los pelos». Raimundo, el monje severo, podía hablar así, porque ignoraba lo que es un corazón de madre. *Semplicissima Lapa*, querías tanto a tu pequeña Catalina, la niña de tu corazón, la última, la que tú habías amamantado por ti misma,

el rayo de sol de tu hogar, la graciosa Eufrosina, y no comprendías por qué se maltrataba así, y sollozabas y te arrancabas el cabello viendo correr su sangre, tu sangre y la sangre de Giacomo, que salía de las venas de Catalina y de la que era cada preciosa gota una gota de juventud, una gota de vida, una gota de felicidad que, una vez derramada, no podría nunca recuperarse. ¡Ah, sencilla y sensible Lapa! Tenemos lástima de ti, te comprendemos, te amamos por tu gran corazón impetuoso, ese corazón que has transmitido a tu hija y que la hacía tan valiente y tan fuerte.

Ni por la violencia ni por la dulzura Lapa había podido convencer a Catalina; intentó como tercer medio las distracciones, y la llevó a Vignone, estación termal muy frecuentada, situada en la montaña al Sur de Siena, á la orilla del río Orcia.

Según los escritos de Simone de Giacomo Tondi, que datan de 1334, las fuentes calientes de Vignone contienen hierro, aluminio, cobre, un poco de oro y un poco de plata; tenían en aquel tiempo la reputación de curar, principalmente, las enfermedades del hígado y del estómago y toda clase de afecciones nerviosas. Esos baños, de los que sólo usan hoy los aldeanos de las cercanías, se hallaban entonces muy en boga; había numerosas hospederías, y en el centro de la plaza pública se levantaba una iglesia. Allí, bajo la vigilancia materna, Catalina debía cuidar su cuerpo, hasta entonces maltratado, y volver a ideas más razonables. Se conformó de grado; pero pidió que le consintiesen bañarse sola, in-

cluso sin su madre, y cuando hubo obtenido autorización, en vez de aprovecharse del agua templada de la bañera, tomó la costumbre de colocarse bajo el chorro ardiente, con riesgo de quemarse.

Estrechada para que explicase su conducta, contestó: «Pensaba en los tormentos del infierno y del purgatorio y rogaba a mi Creador que me perdonase los suplicios eternos y aceptase en cambio los sufrimientos que experimentaba.»

Volvió, pues, Lapa a Siena con su pleito perdido y Catalina reveló por primera vez a su madre su intención de hacerse *Mantellata.* De tal modo insistió, que ésta le prometió ir a ver a la priora de las *Mantellate* y someterle su proyecto. Lapa, sin embargo, volvió muy satisfecha de esta visita: la priora le había contestado que las *Mantellate* no recibían más que viudas, y que las jóvenes de la edad de Catalina no podían ser admitidas.

En estas alternativas Catalina se vió atacada de varicela, particularmente grave en los adultos, y Lapa, desolada, se instaló día y noche a la cabecera de su hija enferma; pero como Catalina rehusaba todas las comodidades que le procuraba su madre, ésta exclamó con desesperación: «¡Ay!; ¿es que no puedo nada contigo?» A lo que Catalina contestó con habilidad: «Si quieres que cure, ayúdame a ser *Mantellata;* de otro modo, estoy persuadida de que Santo Domingo hará de modo que no podáis poseerme bajo este hábito ni bajo otro alguno...»

Lapa volvió entonces a ver a las hermanas, y con el corazón lleno de angustia defendió la causa de su hija.

«Si al menos no fuese demasiado bonita...», insinuó la priora. «Venid y vos misma juzgaréis», respondió Lapa, que también sabía ser diplomática. La priora la siguió y no encontró que Catalina, cuyo rostro se hallaba cubierto de granos, fuera de gran belleza, sintiéndose impresionada, en cambio, por su piedad incontestable. Las otras hermanas fueron consultadas, y es muy posible que Inés Benincasa influyera en la decisión en favor de su sobrina. Sea lo que quiera de esto, Catalina recibió por fin la feliz nueva, tanto tiempo esperada, de su admisión en el número de las *Mantellatas*. La alegría que experimentó fué tan grande, que la enfermedad declinó rápidamente y pudo fijarse el día de su recepción. Poco antes de ese día, tan impacientemente deseado, Catalina hubo de sostener rudo combate. Una vez curada, se sustrajo a los cuidados de Lapa y tomó posesión de nuevo de su celda austera.

Una noche se hallaba en oración ante un Crucifijo. Era a la caída de la noche, a la hora en que el alma se encuentra llena de deseos que la acosan, deseos que no se atreven a salir al sol, deseos que se desvanecen en cuanto se encienden las lámparas, pero que adquieren impulso en los confines del día y de la noche—semejantes a sombríos pájaros crepusculares—, recuerdos melancólicos, sueños peligrosos... Esta misma tarde, en su pequeña y tenebrosa celda, recibió Catalina la visita de esos huéspedes tentadores. ¿Oyó la voz de su difunta hermana Buenaventura? ¿Es que recordaba la felicidad de la joven madre rodeada de sus alegres niños? ¿Fué

tal vez el recuerdo de una fiesta? ¿Volvió a ver las banderas graciosamente agitadas por los jóvenes y esbeltos *Alfieri*? ¿Volvió a ver a la multitud, en traje de gala, reunida en el *Campo*, bajo el sol de julio, y los estrados adornados con colgaduras rojas, ocupados por damas elegantemente vestidas?

«—Tú también, Catalina, podrías ocupar un puesto junto a ellas—murmuraba una voz a su oído—. ¿Por qué has cortado tus hermosos cabellos dorados? ¿Por qué llevas un cilicio sobre tu cuerpo delicado y vas a vestir dentro de pocos días el traje grosero de las hermanas? Mira, ¿no es mucho más bonito este traje?» Y, en el resplandor declinante de la tarde, Catalina creyó ver delante de ella un joven esbelto y hermoso como un paje de la *Contrada dell'Oca*, que le presentaba un rico vestido. No había visto nunca nada más encantador: era un traje de seda ondulante, bordado de oro y cargado de piedras preciosas... Como hechizada, Catalina dirigió una mirada al traje deslumbrador y al hermoso joven, que tomando su silencio por consentimiento iba ya a vestirla con él...

Entonces, Catalina pareció despertar de un sueño; comprendió claramente lo que iba a hacer y, con un rápido ademán, rechazó al seductor y su espejismo. La visión exterior desapareció, pero persistió la tentación interior. Era como si hasta aquel día hubiese vivido sin tener conciencia de las realidades de la vida. Había seguido sus inclinaciones, preocupada sólo de lograr su fin. ¿Qué bienes se le procuraban en el momento de

llegar a él? Cuando se había prometido a Jesús en su infancia, ¿sabía lo que prefería? ¿No había escuchado tan sólo el ingenuo deseo de hacer lo que enseñaban los sacerdotes, lo que decían ser agradable a Dios y lo que tantas piadosas mujeres habían hecho antes que ella? Tenía ahora la impresión de que muchos velos se rompían sucesivamente ante sus ojos; veía, tales como son, la vida y la dicha de los hombres, la vida y la dicha de las mujeres y se daba cuenta de que iba a renunciar a ellas para siempre... Nunca, al pie del altar, pondría su mano en la mano de un esposo; nunca abandonaría la Iglesia, llevada por él, dirigiendo a sus padres un grave y alegre saludo... Las antorchas nupciales no se encenderían jamás para ella, y nunca, aun cuando fuese una anciana de blancos cabellos, enseñaría a sus nietos maravillados su antiguo velo de boda, con las flores recamadas de plata...

Invocando toda su energía, Catalina se sustrajo bruscamente al ensueño que asaltaba su corazón de mujer. «Oh, amado mío, mi único Esposo—exclamó cayendo de rodillas ante el Crucifijo—. Tú sabes que no he deseado nunca más que a Ti solo; ven hoy en mi socorro, oh, Salvador mío, fortifícame y sostenme en esta hora difícil.»

El Crucificado no pareció enternecerse; permaneció silencioso, con los ojos sin vista, pero se oyó como el roce de un traje femenino de oro y de seda sobre la pared fría, y ante Catalina apareció la que bendita es entre todas las mujeres, la Patrona de

Siena, la Virgen Santa y la Madre de Dios, *Madonna María.*

Como el tentador, hacía pocos instantes, también Ella traía en su brazo una túnica resplandeciente, bordada de oro y de perlas, deslumbradora de piedras preciosas. «Este traje, oh, hija mía—dijo la Madre de Jesús con su voz dulce y tierna, que hace llorar a todos los que la oyen—, este traje lo he sacado para ti del corazón de mi Hijo; estaba encerrado en la herida de su costado, como en un estuche dorado, y lo he bordado con mis propias manos.» Entonces Catalina, ardiendo de deseo y temblando de humildad, inclinó la cabeza, y la Virgen la revistió con la celeste túnica.

VI

Cuando se entra en la iglesia de Santo Domingo en Siena, se ve inmediatamente, a mano derecha, una puerta que da acceso a una capillita cerrada, situada por encima del nivel de la misma iglesia. Antiguamente, esta capilla estaba abierta; sólo algunas ojivas, de las que se ven algunos restos, la separaban de la nave central; una escalera conducía a ella y, cuando las ojivas fueron tapiadas, se respetaron algunos peldaños, que se hallaban incrustrados en la pared y bajo los cuales podemos leer esta antigua inscripción: «Catalina subía estas escaleras para venir a rezar a Cristo su Esposo.»

Es la *Cappella delle Volte*, de la que con tanta frecuencia se hace mención en la historia de Santa Catalina. Las *Mantellatas* tenían allí habitualmente sus reuniones, y allí, un domingo por la tarde del año 1363, Catalina recibió de manos del P. Bartolommeo Montucci el hábito blanco, el cinturón de cuero, el manto negro y el velo blanco. «Al volver de la iglesia—refiere Raimundo de Capua—se diría a sí misma: he aquí que has entrado en religión; no debes ya vivir como lo has

hecho hasta aquí; la vida secular ha pasado; una nueva vida se abre ante ti; debes ceñirte de una soberana pureza, como lo significa el hábito blanco que llevas; debes, después, morir completamente para el mundo, como tu manto negro lo indica claramente, y, en lo sucesivo, habrás de caminar por la vía estrecha, donde tan pocas almas se aventuran.»

Cuando se encontró sola en su celda, tuvo una visión significativa. Vió un inmenso árbol, cargado de frutos magníficos, al pie del cual se hallaba un zarzal espinoso, tan alto y tan poblado, que parecía difícil acercarse al árbol y coger los frutos. Poco más lejos se levantaba una pequeña colina, cubierta de trigos, que ya blanqueaban para la siega, y de aspecto muy hermoso, pero cuyas espigas, vacías, caían deshechas en polvo apenas se las tocaba. Después vió a una porción de gentes que pasaban por aquel sitio, detenerse delante del árbol, mirar los frutos con deseo e intentar alcanzarlos, pero las espinas les pinchaban y ellos renunciaban prontamente a franquear el seto; entonces, volviendo sus miradas hacia la colina cubierta de mieses, se lanzaban en esta dirección y se alimentaban con el mal trigo, que había de enfermarles y les privaba de sus fuerzas. Llegaban otros, que tenían más valor que los primeros; éstos atravesaban el seto, pero al acercarse al árbol advertían que los frutos estaban demasiado altos y que el tronco era liso y de un acceso difícil, y ellos también continuaban su camino para irse a alimentar del trigo engañoso, que les dejaba más hambrientos todavía. Por último,

llegaron algunos que, decidiéndose a atravesar la mata de espinas y a subir al árbol, cogieron los frutos y los comieron, lo cual les fortificó de tal modo que sentían asco hacia todo otro alimento.

«Catalina—escribe Caffarini—se llenó de admiración al pensar que tantos hombres fuesen lo bastante necios y ciegos para amar y seguir al mundo engañoso más bien que entregarse a Jesucristo, que nos invita y nos llama y que aun en este destierro consuela y regocija a sus servidores. Porque este árbol—lo había comprendido—representaba el Verbo eterno encarnado, cuyos frutos deliciosos son todas las virtudes, mientras la colina, que no produce buen trigo sino cizaña, representa los campos dorados del mundo, que se cultivan, en vano, con esfuerzo. Los que se alejan del árbol, apenas sienten las espinas, son todos aquellos que pretenden ser incapaces de llevar una vida piadosa, y renuncian a ellades de luego. Los que les suceden y se asustan por la altura del árbol, son los que emprenden con energía y buena voluntad la obra de su santificación, pero se desalientan y carecen de perseverancia. Los últimos son los verdaderos creyentes, firmes en la verdad».

Esta visión contiene ya la idea fundamental que Catalina había de desenvolver de manera más amplia y profunda en los años siguientes. Como lo presiente, el hombre se halla colocado entre dos potencias rivales que solicitan su amor. Una de estas potencias es la Verdad, la Vida, la Paz, la Alegría y la Beatitud. Otra

es el Mundo, el Espejismo satánico, siempre engañador, del demonio.

Algunos pretenden que esta doctrina proviene del budismo o de la filosofía de la Grecia antigua y que trae su origen de las enseñanzas de Sakkhyamuni o de Platón y de Plotino. Tiene su fuente en el Evangelio y se encuentra en el Nuevo Testamento. Es ya una convicción confesada en el cristianismo primitivo que hay una eterna enemistad entre Dios y el Mundo, entre los hijos de Dios y los hijos del Mundo. Los discípulos de Jesús no son del «Mundo», y, por eso, el Mundo los aborrece. La fe cristiana «triunfa del mundo». Lo propio de los cristianos es no amar el Mundo ni las cosas del Mundo. El amor del Mundo es la antítesis del amor de Dios: «Si alguno ama el Mundo, el amor del Padre no reside en él.»

La Iglesia Católica ha conservado fielmente a través de los siglos esta doctrina evangélica y apostólica. Es la doctrina de San Agustín sobre las *Dos Ciudades*; es la doctrina del misticismo dominicano sobre los *Dos Amores*; es la doctrina de San Ignacio de Loyola sobre las *Dos Banderas*.

«El alma dotada de razón se hace impura cuando da su amor a las cosas temporales y se entrega a ellas—escribe Santo Tomás de Aquino—, pero se purifica cuando aspira a Aquel que está por encima de ella, es decir, a Dios. Y el principio de esta purificación es la fe.»

Cuando Enrique Suson, el discípulo de Tomás de Aquino, recorría sin cansarse las ciudades, lo verifica-

ba, como él decía, para atraer los corazones del amor temporal al amor eterno, para disgustarlos del amor efímero y hacerles amar el amor sin fin.

En el hombre todo viene del corazón y el corazón no está nunca ocioso. «Ni el Creador ni las criaturas pueden estar sin amor», cantaba Dante. Ignoramos si Catalina había leído a Dante, a quien se estudiaba en el círculo de sus discípulos, pero lo dice en términos casi idénticos: «El alma no puede vivir sin amar».

Todo depende de la elección del amor, «porque hay que amar a Dios o al mundo. Ahora bien, el alma se une siempre a lo que ama y trata de conformarse a ello; pero si el alma ama el mundo, no encuentra más que sufrimientos, puesto que no puede producir más que las espinas aceradas de las tribulaciones... Entonces el alma está siempre triste y se hace insoportable a sí misma. Dios, al contrario, es la eterna suavidad, y el alma que le recibe mediante la gracia halla sus deseos satisfechos, porque no puede ser saciada más que por Dios, que es lo único más grande que ella, mientras que ella es superior a todas las cosas creadas... Por eso el mundo no puede saciar al hombre, porque le es inferior; no hemos sido creados para comer polvo».

Es lo que quería expresar San Agustín con aquellas célebres palabras: «Señor, nos has hecho para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti.» Este sentimiento llenaba ya el alma de Catalina, pero debía fortificarse en ella por la lucha, por la abnegación y por la inmolación de su yo. Consagró tres años de su

juventud a familiarizarse con El, a separar su corazón del mundo para afirmarlo plenamente en Dios. Durante esos tres años vivió en su propio hogar como en un desierto, no hablando a sus prójimos y a su padre espiritual, que era siempre Tommaso della Fonte, más que lo estrictamente necesario, y observando lo mejor que pudo el gran silencio de los Cistercienses, el silencio que, unido a la soledad, ha sido siempre un clima favorable para los progresos espirituales. La palabra distrae y disipa, la palabra hiere y mancha, mientras que el silencio fortifica, recoge y purifica. El silencio cura todas las heridas de la palabra; ampara y restaña...

Catalina callaba, pues, y vivía como solitaria. Todas las mañanas franqueaba la corta distancia que la separaba de San Domenico para ir a oir la misa, permaneciendo después en su cuarto, donde le llevaban el frugal alimento que le era indispensable y que tomaba sentada en su banco, regando su pan con lágrimas de arrepentimiento. Si había pobres reunidos ante su ventana, podían contar con él...

Era una noche en este período de soledad y de silencio. Catalina entró en su celda y cerró la puerta y la ventana. La habitación estaba sólo iluminada por el débil resplandor de la lámpara siempre encendida ante el Crucifijo y las santas imágenes de la Virgen, de María Magdalena y de Santo Domingo... Cansada para rezar, Catalina se sentó frente a ellas en el banco. Volvía de San Domenico, que cerraban después del Ave María; había salido la última, y había tenido que

retirarse porque el sacristán, impaciente por cerrar la iglesia e irse a cenar, agitó de un modo significativo su manojo de llaves... Empezaban a cansarse de ella en San Domenico, y a encontrar que creaba muchas dificultades: en vez de volver a su casa después de la misa, como las otras *Mantellatas*, permanecía en la *Capella delle Volte* recitando interminables oraciones...

La piedad y el recogimiento son, ciertamente, dignos de alabanza; pero Catalina resultaba casi indiscreta cuando, arrodillada en el comulgatorio con las otras hermanas de rostros arrugados, volvía su rostro juvenil hacia el sacerdote, mientras sus mejillas se encendían con un rubor excesivo y su frente se perlaba de finas gotitas... Sucedió también que, después de recibir la Santa Hostia, estallaba en sollozos...

El padre Tommaso le había prohibido estas lágrimas en la iglesia, pero Catalina se había acusado humildemente de no poderlas contener... Muchas veces, arrodillada contra un pilar, con el rostro blanco como la nieve, había permanecido fuera de sí misma, sin ver, sentir, ni oir nada...

Un día, como no recobrase el sentido, como los gritos dados a sus oídos eran impotentes y la pellizcaban los brazos en vano, dos hermanos se apoderaron de ella y la sacaron fuera; los puntapiés que la daban los transeuntes la despertaron por fin, y se encontró tendida en el suelo, ante la puerta cerrada de la iglesia, expuesta al ardiente sol del mediodía.

Y, sin embargo, ¡le hubiera gustado tanto estar en la

iglesia el mayor tiempo posible! Porque la celda donde en otro tiempo encontrara la paz y el consuelo no le ofrecía ya la misma seguridad. El paraíso se había cerrado para ella y el abismo se había entreabierto dando paso a nubes de espíritus malignos...

Catalina tenía diez y seis años próximamente cuando se hizo *Mantellata*, y su vida solitaria se prolongó hasta que cumplió los diez y nueve; a esa edad, en que una italiana es ya mujer hecha y derecha, era imposible que Catalina no lo experimentase. Un nuevo y rudo combate, un decisivo esfuerzo sobre sí misma le quedaba por realizar. Había triunfado de su corazón; le era preciso ahora triunfar de sus sentidos.

Al penetrar en su celda Catalina oyó un zumbido, como cuando por la noche se entra en la cocina y todas las moscas se espantan. Sabía que no eran las moscas, sino los demonios, que habían esperado su vuelta y que agitaban sus alas. Día y noche revoloteaban en torno suyo, importunos, impertinentes, intolerables, como moscas, sin dejarla descansar... Habían recurrido a mil procedimientos para acercarse a ella; tornaban mil veces diferentes para hablarla... He aquí que resonaba en sus oídos un ruido frágil e insistente, como los acordes de una mandolina, que pérfidamente le insinuaba: «Pobre Catalina, ¿por qué hacerte sufrir así? ¿Para qué el ayuno, la cadena de hierro que llevas alrededor de tu cintura, la disciplina con que flagelas tus blancas espaldas? ¿Por qué no duermes, como los demás? ¿Por qué no comes y bebes de un modo regular y sus-

tancioso, conservando un justo medio? ¿Crees, en verdad, que podrás perseverar en este camino? ¿Cuál es tu intención? ¿Quieres ser mejor que los demás? En este caso, eres una orgullosa. ¿Y no has reflexionado que no haces más que matarte lentamente? Cometes, sencillamente, un suicidio, que es un pecado mortal e irreparable... De suerte que no habrás disfrutado de nada en este mundo y la condenación eterna será tu suerte en el otro... ¡Ah! Sigue mi consejo, Catalina; detente antes de que sea demasiado tarde; sin duda te has debilitado con tan numerosas austeridades, pero aún eres bastante joven para que puedas remediarlo. Puedes volver a ser fuerte y sana, como cuando, en tu primera juventud, subías un saco de trigo desde la puerta de tu casa hasta el granero. Vive como las demás mujeres; toma un marido guapo y bueno; ten hijos; sé una esposa feliz y una madre dichosa; esto no te impedirá ser buena y piadosa. Piensa en Sara, piensa en Rebeca, en Raquel, en tantas mujeres del Antiguo y del Nuevo Testamento.» Así la exhortaba la voz benévola, y a su espíritu se ofrecían imágenes familiares: el hogar, la casa, los niños... Recorriendo su celda, Catalina creía descubrir cuán sombría, estrecha y solitaria era... A algunos pasos sólo, al pie de la colina, se encontraba Fontebranda, donde las mujeres descansaban un momento, cerca de la fuente, mientras se llenaban sus cántaros, hablando de sus compras, de los precios en el mercado, de la comida de la noche... Y fuera de la puerta se extendía el valle de Vallepiatta, lleno de canciones de amor, como

lo está hoy en las tibias noches de verano, a la hora en que las luciérnagas danzan en la sombría espesura y sobre los campos de maíz en tinieblas; a la hora en que las ranas verdes entonan, desde el fondo de las praderas, su himno nupcial, claro como un sonido de campanas; a la hora en que las madres están a las puertas de las casas, mientras los robustos pequeñuelos se sientan en el caliente y blanco polvo de la carretera y las muchachas, cogidas del brazo, bajan al valle, donde encuentran a los jóvenes que cantan con voz fuerte y vibrante; ellas les contestan, y uno y otro coro se unen, para entonar un triunfante «*Amore!*, *amore!*»

Visiones semejantes han podido rondar a la joven italiana en la celda sombría y desierta que daba sobre la callejuela mal oliente detrás de la casa de Giacomo Benincasa. Pero Catalina no era sentimental. La voluntad que tenía de su padre dominaba sobre el fuego heredado de su madre, y quería ser fiel a la promesa hecha a su Esposo celestial, aunque hubiese de llevarla al infierno, como lo pretendía el espíritu del mal. Su Salvador había querido vivir en el sufrimiento; ella deseaba imitarlo y seguirle en la Cruz, a fin de poder entrar con El en la gloria. ¿No había oído recientemente una voz del cielo decir a su corazón?: «Si quieres ser fuerte en los combates, es preciso que a tus ojos toda dulzura sea amargura y toda amargura sea dulzura para ti...»

El tentador calló por un momento, pero pronto volvió de nuevo al asalto; el sonido de su voz se hacía cada vez más persuasivo, penetrando hasta los bajos

fondos del ser humano, allí donde se confunde con el animal. Reinó un gran silencio alrededor de Catalina; el aire se hizo en torno pesado y ardiente; ninguna voz se dejaba oir, pero veía, veía, *veía*... A cualquier lado que se volviese, veía delante de ella hombres y mujeres medio desnudos... Catalina cerró los ojos, pero esas visiones la herían todavía tras el velo de sus párpados; desesperadamente, clavó sus ojos en el Crucifijo; las formas aéreas, bailando—como brujas—lo ocultaban a su vista, le hacían ademanes y murmuraban a su oído: «Haz como nosotros.»

Catalina, desesperada, se defendía como podía, pero las obsesionantes imágenes se representaban siempre, y de nuevo la voz diabólica se elevó, dulce y radiosa, soplándole al oído: «¿Qué vas a hacer, Catalina? ¿Crees que podrás resistir más? ¡Y, aunque lo consiguieras, seguiríamos atormentándote hasta el día, hasta la hora de la muerte, hasta que cedas y seas nuestra!...» Y, como Mefistófeles en el Brocken, de un salto, el tentador se lanzó en medio de las jóvenes hechiceras y las arrastró en el torbellino de una danza desenfrenada...

Nunca la joven se había sentido tan próxima al abismo, y experimentaba acaso el vértigo cuando, por un supremo esfuerzo de voluntad, rechazó por última vez al enemigo: «Tus amenazas no me asustan—exclamó—, porque he elegido los sufrimientos para delicias y, aun cuando mi Creador hubiese de condenarme, no quiero dejar de servirle ni un instante; merezco el infierno porque he ofendido muchas veces a Nuestro Se-

ñor, y si me condena a los suplicios eternos no hará más que justicia; le pertenezco en todo y sólo a El quiero servir. Nada puedo por mí, pero pongo mi confianza en Nuestro Señor Jesucristo, *Confido in Domino Nostro Jesu Christo.*»

En cuanto este Nombre, superior a todo nombre, fué pronunciado por Catalina, sintió el terreno afimarse bajo sus pies, y el abismo fascinador desapareció.

Entonces siguió repitiendo el Nombre salvador, ante el que toda rodilla se dobla, aun en el infierno, diciéndolo y repitiéndolo sin cesar, como el soldado que, blandiendo una luciente espada ensangrentada, se abre paso a través de las líneas enemigas. Hubo una fuga desenfrenada de seres invisibles; el aire se hizo leve y puro; una claridad deslumbradora iluminó la habitación y, en una aureola, apareció Nuestro Señor Jesucristo, en su Cruz, cubierto de sangrientas heridas:

«Catalina, hija mía», murmuró. Inflamada de amor, bañada en lágrimas, se prosternó a sus pies. «¡Oh, bueno y dulce Jesús! ¿Dónde estabas cuando mi alma era presa de semejantes tormentos?» «Estaba en tu corazón, Catalina—fué la dulce respuesta—, porque no me aparto más que de aquellos que primero se apartan de Mí.» «¿En mi corazón, Señor, en medio de todas estas tentaciones y de estas visiones impuras?—preguntó la joven asombrada—. Si estabas en mi corazón, ¿cómo no me daba cuenta de ello? ¿Cómo podía estar cerca del fuego sin sentirme confortada por su llama? Yo no experimentaba más que frialdad, desolación y amargura,

y me parecía estar llena de pecados mortales.» «Dime, Catalina—replicó el Señor—, esas tentaciones, ¿te causaban alegría o pena?» «Me horrorizaban y me desesperaban terriblemente.» «¿Y por qué sucedía así? ¿Crees tú que si no hubiese estado en tu alma y no hubiese cerrado todas las puertas de este asilo, esas malas imágenes no habrían penetrado por ellas? Estaba en tu corazón, igual que en la Cruz, padeciendo, y, sin embargo, dichoso. No sentías mi presencia, pero estaba allí con mi gracia, y cuando ofreciste espontáneamente soportar todos los tormentos, incluso la condenación eterna, antes que abandonar mi servicio, te viste libre, porque no me complazco en atormentar a un alma, antes bien, me regocijo cuando por amor mío consiente en sufrir y perseverar en el sufrimiento. Por eso, en lo sucesivo, tendré contigo una mayor intimidad y te visitaré más a menudo.»

Jesús desapareció, y Catalina quedó sola, con el corazón palpitante, en un éxtasis. La noche era profunda; allá arriba, en San Domenico, tocaban a *maitines*; era para Catalina la señal ordinaria de descanso. Desde que era *Mantellata*, le parecía deber suyo velar y rezar mientras sus hermanos mayores, los dominicos, dormían. Y cuando las campanas tocaban así, de un modo consolador y solemne, en la noche oscura, le anunciaban que estaban reunidos en el coro, bajo los cirios encendidos, cubiertos con sus mantos y dispuestos al combate, como una falange de luz que pelease contra las tinieblas...

Y pronto se tendió sobre su duro lecho, con la

cabeza apoyada contra las escaleras de ladrillo. Ya experimentaba un vago sopor, que se apoderaba de ella, y pensaba siempre con indecible gozo en que el Salvador aquella noche la había llamado su hija; sus labios se movían débilmente en su sueño, y con una sonrisa radiante se repetía a sí misma: «*Figlia mia Catarina, figlia mia!*».

VII

Entriamo nella cella del cognoscimento di noi. «Entremos en la celda del conocimiento de nosotros mismos.»

Esta fórmula aparece sin cesar en las cartas de Catalina; tan corta como es, significa cuánto representaba a sus ojos la vida de retiro. «Muchos viven en una celda y, sin embargo, están ausentes de ella con el pensamiento —le dijo un día el Salvador—; quiero, pues, que tu celda sea la del conocimiento de ti misma y de tus pecados.»

El conocimiento de sí misma y el conocimiento de Dios; tal era el doble secreto de la vida celular de Catalina; aprendió a conocerse a sí misma y a conocer a su Dios. Un día declaró formalmente a Raimundo de Capua: «Ningún nombre me ha enseñado nada absolutamente en lo relativo a los caminos de la salvación; es el Esposo amado de mi alma, Nuestro Señor Jesucristo, quien ha sido mi maestro y me lo ha enseñado todo, ya por inspiraciones interiores, ya manifestándose visiblemente a mí y *conversando conmigo como lo hago en este momento con vos*». Esta última frase nada deja que

desear por su precisión y, sin embargo, Raimundo añade que apenas había cerrado la puerta tras sí, Nuestro Señor se le aparecía y se dignaba instruirla en cuanto podía serla útil para su alma.

Así se realizó la promesa, de tener con ella relaciones más íntimas y frecuentes, que el Salvador la hizo después de la victoria que siguió al terrible combate.

«Todas las tardes, cuando comenzaba a hacerse de noche—refiere Caffarini—la virgen se sentía atraída hacia Dios por una fuerza irresistible. Su voluntad y su corazón se acercaban a la voluntad y al corazón de Dios y el mundo exterior se desvanecía para ella.» Pero el mundo interior, el mundo del espíritu, el cielo, el paraíso se abrían para ella. Muchas veces el Señor vino a visitarla en su celda, trayendo consigo a sus amigos: María Magdalena, San Juan Evangelista, los Apóstoles Santiago y Pablo. En ocasiones se encontraba a estos huéspedes celestiales en el jardín, cuando a la hora del crepúsculo se paseaba por las avenidas bordeadas de alhucemas entre las rosas y los lirios. Una tarde se halló tan absorta por su entrevista con el Señor y con María Magdalena, que la noche cerró completamente sin que se diese cuenta. «Maestro—le dijo entonces—, no conviene que permanezca fuera hasta tan tarde; permíteme que me retire.»

«—Haz lo que te parezca, hija mía», fué la respuesta. Y como Catalina se levantase para bajar a su celda, Jesús y Magdalena la siguieron y permanecieron algún tiempo en su cuarto. Los tres se sentaron en el banco

y hablaron juntos, como buenos amigos: Jesús, a la derecha, Magdalena a la izquierda y el ama de la casa en medio, entre sus dos visitantes.

Otra tarde, cuando estaba rezando, Catalina comprendió que Jesús, acompañado de Santo Domingo, estaba a su lado. Experimentó tal alegría, que se puso a cantar en voz alta. Los dos huéspedes celestiales se unieron a ella y los tres cantaron de concierto, como los elegidos ante el trono de Dios. Después la visión se desvaneció y Catalina se halló sola de nuevo con el corazón pronto a romperse en aspiraciones ardientes hacia la patria celestial.

Desde entonces Catalina estaba muchas veces junto a la ventanita de su celda, o bien bajaba al jardín en las noches estrelladas de invierno, y cuando sondeaba así las profundidades del espacio, le parecía escuchar lejos, muy lejos el canto de las milicias celestiales y le era sumamente duro sentirse rodeada de las sombras de la tierra.

El P, Tommaso della Fonte la encontró una tarde de enero en el jardín: «Padre, ¿no oís cómo cantan en el cielo?—le preguntó—; todos no cantan del mismo modo: los que aquí abajo han amado más a Dios, poseen las voces más claras y más hermosas... Padre, padre, ¿no oís cantar a Magdalena? Su voz se eleva por encima de todas las demás.» Tommaso della Fonte nada oía... Veía tan sólo resplandecer la purpúrea Rigel, la azul Vega, y contemplaba el rostro pálido y radiante de su hija espiritual levantado hacia el cielo. De pronto rompió en lá-

grimas amargas rendida por su nostalgia del paraíso.

Al principio, estas apariciones llenaban a Catalina de terror; temía que fueran un espejismo satánico y expuso su temor al Salvador mismo, quien le enseñó entonces a distinguir las visiones: «Las que vienen de Mí—le dijo el Señor—, empiezan por inspirar el terror, y se acaban con un sentimiento de seguridad; provocan primero amargura y terminan con dulzura. Sucede lo contrario con las visiones que proceden del enemigo: comienzan en la alegría, la seguridad y la dulzura, y terminan con la amargura y la angustia. Pero quiero indicarte un signo más infalible y más cierto todavía—continuó el Salvador—; puesto que soy la Verdad, estás segura que de las visiones que proceden de Mí resulta siempre un conocimiento más grande de la verdad; el alma aprende a conocerme y a conocerse a sí misma; me ve y se ve, siguiéndose de aquí que me honra y se desprecia a sí misma. He aquí en qué consiste la humildad. Mis visiones y mis revelaciones hacen al alma más humilde, mostrándole siempre su propia miseria. Las visiones sugeridas por el enemigo producen un efecto contrario: es el padre de la mentira y el rey de los soberbios, y sus visiones procuran cierta estima de sí mismo, cierta presunción, quedando el alma hinchada y llena de viento.» «Podrás en lo sucesivo distinguir tus visiones y saber si proceden de la verdad o de la mentira, porque la verdad hace humilde y la mentira vano.»

Después de haber recibido estas enseñanzas, Catalina

se abandonó sin temor a estas relaciones sobrenaturales. Tommaso della Fonte, que iba frecuentemente a visitarla, la encontraba siempre radiante y alegre como una joven esposa, ya rezando, ya cantando. En el corazón y en los labios sólo tenía a Jesús; por la calle iba al lado de Jesús; su mirada sólo buscaba a Jesús; sólo consideraba lo que podía llevarla a Jesús.

Por la tarde se la oía llorar por sus propios pecados y por los pecados del mundo, o bien tenía largas conversaciones con sus huéspedes acerca del más allá. En este caso se la veía hablar con animación, después callarse, como esperando la respuesta, y tomar en seguida la palabra. «Señor—exclamó un día—, no me admiro de que todos los hombres sean lo que son; has hecho para mí una excepción; has herido mi corazón con tu amor y has preservado Tú mismo mi pureza. ¡Ah, si los pobres hombres ciegos y sensuales pudieran gustar un solo instante de tu amor, estoy convencida de que todos, renunciando en seguida a los placeres carnales, se apresurarían a beber en las fuentes de tu bondad! ¡Oh, Señor! ¿Por qué no los atraes a Ti?»

Después de unos instantes de silencio Catalina habló de nuevo. «Te comprendo, Eterna Verdad—dijo—; si estos hombres tuvieran un juicio recto y considerasen los innumerables beneficios de que los colmas todos los días, estarían llenos de amor hacia Ti.» Sin embargo, las dudas y la inquietud de Catalina no se aquietaban, pues continuó: «Pero, Señor, ¿por qué esos hombres son tan necios que no reconocen tus beneficios para con ellos?»

Tras un corto silencio, la voz solitaria se elevó una vez más: «La verdad es, Eterna Verdad, que su razón es oscura e inculta; no *pueden* comprender tus beneficios y no se preocupan de conocer a su Bienhechor.» El problema que esta noche preocupaba a Catalina era aquél que ningún filósofo cristiano ha resuelto plenamente. El problema de la relación entre la omnipotencia de Dios y el libre arbitrio del hombre, entre el amor de Dios y la condenación eterna: el misterio de la predestinación: ¿por qué hay vasos de honor y vasos de oprobio? Indirectamente Catalina trataba de encontrar solución al problema: «¿Cómo es posible—preguntó—que a pesar de toda su buena voluntad el hombre sea incapaz de salvarse a sí mismo, y que Tú solo, Señor, puedas operar su salvación? No tienes obligación de responderme, Señor—exclamó después, como si, asustada de su propio atrevimiento, se sintiese atada a la tierra por su indignidad—. Sé perfectamente que el infierno es insuficiente para castigar mis faltas sin número, y que todo lo que en mí procede de mí misma merece en rigurosa justicia la condenación eterna.» Y, sin embargo, la Redención era para todos. La gran pecadora de Magdala había encontrado misericordia, ella que, a los ojos de Catalina, era el símbolo viviente de la esperanza, el arco iris de la alianza en el firmamento de la cólera divina... «*Qui Mariam absolvisti.*» Tú que has perdonado a Magdalena, ¿a quién no perdonarás del mismo modo? Sí; pero también Magdalena amaba al Señor con un amor sin límites y caminó siempre sobre sus huellas, siguiéndole por el camino del

Calvario hasta el Gólgota y hasta el Sepulcro oscuro... *Dic nobis Maria...* ¿No es cierto, María? Nunca te volviste para contemplar a Sodoma que ardía detrás de ti; no abandonaste el arado para mirar atrás y considerar con placer tus pecados. ¡Parecerse a Magdalena, seguir al Maestro en la pobreza, en la abyección, en el frío, en la tempestad, en la desnudez y, finalmente, en el sendero espinoso hasta la muerte ignominiosa en la cruz!

Y sumergida por la ola de sus sentimientos, próxima a morir por el Crucificado, Catalina exclamó: «¡Oh, amor que nos has amado el primero; oh, profundidad del Amor Divino; oh, Padre celestial o adorable Hijo de Dios; oh tú, Verbo Eterno, obediente hasta la muerte! Verdad Eterna, ¡Tú eres la vida, Tú eres la puerta por la cual todos debemos pasar para no hacer más que vivir contigo!»

Después volvió de nuevo a su primera pregunta:

«Pero puesto que Tú eres, Señor, el camino y la puerta para todos, ¿por qué tus hijos no vienen a Ti? Por su propia culpa vagan fuera del camino recto y marchan hacia el abismo; su juicio se ha extraviado... ¿Por qué ocurre así?»

El problema se planteaba de nuevo, y esta vez salió una respuesta de los labios de Jesús:

«Quiero revelártelo: en un principio, coloco a los hombres en el buen camino; pero a la mitad del camino, hastiados y cansados, se detienen y buscan el descanso en el mullido lecho del amor a sí mismos, no queriendo aborrecerse con un odio total. Les parece que si per-

sistiesen en sus primeras resoluciones habrían de arrastrar durante muchos años una carga intolerable y les parece imposible practicar siempre las virtudes cristianas. Debilidad y cobardía. ¿Quieres saber su causa? Mi amor se ha entibiado en ellos, y sólo él hace dulce mi yugo y ligera mi carga.»

Aquí Catalina habría podido preguntar por qué Dios no concede a esos viajeros fatigados, a esos desalentados cristianos una renovación de gracia y de amor, puesto que es Dios a la vez quien nos hace querer y obrar y sin El nada podemos hacer. Pero se da de buena gana la razón a aquel a quien se ama, y nos contentamos fácilmente con sus explicaciones, y Catalina amaba a Jesús.

De repente se puso a considerar la cuestión bajo otro aspecto: «Sí, Señor—declaró—, lo que dices es justo; tienes razón; tienes siempre razón. Si tantos seres humanos se encaminan así hacia el abismo, ellos son los únicos responsables, porque siguen obstinadamente la inclinación de su propia voluntad. Pero ahora sé lo que tengo que hacer... Reuniré todos nuestros pecados, todas nuestras transgresiones, todas las miserias humanas en un gran haz, que cargaré sobre mis espaldas, y llevaré esta horrible carga al pie del trono de tu misericordia infinita.» Catalina imploraba la salvación universal. Después de algunos instantes de ansiosa espera, prosiguió: «Pero Tú eres, Señor, quien me inspira este deseo. Dices que no puedes escucharme ahora y concederme mi petición, y, sin embargo, es el aguijón de la gracia lo que me impulsa a clamar a Ti.»

Catalina no recibió ninguna respuesta y, temiendo haber ido demasiado lejos, gimió: «¡Oh, alma maldita! ¿Quién eres para atreverte a levantar tu mirada hacia Dios? Alma miserable, ¿quién eres para que Dios se digne conversar contigo cara a cara? ¿Quién soy, Señor, quién soy? Y Tú, Señor, quién eres?»

Hízose un silencio profundo en la habitación donde aquella grande alma luchaba con su Dios. Y la respuesta llegó lenta y solemne: «Hija mía, tú eres la que no eres y Yo soy Aquel que soy.»

Todas las noches, Catalina velaba así, renovando el combate de Jacob, la oración de Abraham por Sodoma. Sufría constantemente con el pensamiento de que tantos seres humanos se condenarían. Gemía: «Quiero, Señor, que Tú lo tengas *todo* y tu enemigo *nada*.» La existencia del infierno le parecía una pérdida para la causa de Dios y hubiera querido poder colocarse «como una tapadera sobre el abismo» para que ninguno cayese en él. Se ofrecía a Dios para ser condenada si por este medio podía salvar a todos los demás.

Pero su ofrecimiento era rechazado, y no recuperaba la calma más que meditando la antigua sentencia: «Los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos.» No podemos abrazar de una ojeada la obra del Eterno; no podemos penetrar sus misterios ni sus designios, y nos está prohibido juzgarlos. El es el que es, y nosotros somos los que no son. Es el Ser y nosotros somos la Nada. ¿Cómo la Nada podría concebir al Ser?

En lo sucesivo, esta consideración es el fundamento

de la creencia y de la vida de Catalina. Repite más de cien veces en sus cartas: «Nos es preciso entrar en la celda del conocimiento de nosotros mismos y reconocer que nada somos y que todo ser viene de Dios.»

«Soy el que es» es la palabra que Jehová dirigió a Moisés, y «soy el que no es» es, según los comentaristas de la Edad Media, la respuesta de Juan Bautista a los judíos cuando le preguntaron si era el Mesías. Esas sencillas palabras: «No, no soy el que buscáis», son como una definición de la naturaleza del hombre.

En términos equivalentes, Raimundo de Capua ha dicho: «Toda criatura ha salido de la nada y por eso tiende sin cesar a volver a la nada... Por sí misma no es capaz de nada, y cuando obra según su naturaleza, comete el pecado que es la nada... Todas las criaturas así salidas de la nada se mueven hacia la nada y se aproximan a ella por el pecado; és decir, que lo que hacen con sus solas fuerzas es nulo, puesto que la verdad increada ha dicho: «Sin Mí, nada podéis hacer», de donde visiblemente se deduce que la criatura no es nada por sí misma y que en el fondo carece de existencia.»

La conciencia profunda de esta nada es la base de la vida espiritual de Catalina. Todas las virtudes pasivas: la humildad, el propio desprecio, la sobriedad, la templanza, dimanan del conocimiento de sí mismo. ¿Cómo el orgullo puede hallar cabida en un alma que sabe que no es nada? ¿Cómo puede sentirse orgullosa de sus obras cuando siente en lo más íntimo que nada es? ¿Cómo puede despreciar y envidiar a los demás cuando

ella misma se descubre falta de todo valor? ¿Cómo puede poseer algo sabiendo que no se pertenece y depende del Creador? ¿Cómo puede buscar las alegrías sensibles teniendo perpetuamente su nada ante los ojos? El conocimiento de Dios engendra, por el contrario, todas las virtudes activas: «¿Quién puede ser tan inconsiderado que no se someta alegremente a Aquel de cuya mano todo lo recibe?—así es como Raimundo desarrolla el pensamiento de Catalina—. ¿Quién puede dejar de amar al Bienhechor que nos ha dado todo en abundancia y que nos ha amado antes de que existiésemos? ¿Quién no temería ofender a semejante amigo y perder su amor? ¿Quién no tratará de agradarle, de escuchar respetuosamente su palabra, de observar dócilmente y con alegría los preceptos que ha establecido para nuestro bien?» Raimundo escribe de un modo algo retórico, pero expresa bastante bien el pensamiento de Catalina. Podemos comprobarlo según sus propias cartas y su libro el *Diálogo*, y lo sabemos igualmente por una pequeña obrita consagrada a la Virgen Sienense que el fraile agustino inglés William Flete escribió el año 1376. «Nuestra santa madre—dice el bachiller inglés, que era discípulo de Catalina—, me ha confiado que, durante los primeros tiempos de su conversión, había tomado como base de su vida la piedra fundamental del conocimiento de sí misma, que había dividido en tres piedras de menor dimensión.

La primera piedra era la consideración de la criatura para que supiera que, no poseyendo nada por sí, lo re-

cibía todo de Dios, que la había creado, y que, por pura bondad en su misericordia, había siempre provisto a sus necesidades.

La segunda piedra era la consideración de la redención, mediante la cual el Salvador, derramando su sangre por un amor del que no somos dignos, nos ha merecido el retorno a la gracia perdida.

La tercera piedra era la consideración de los pecados cometidos después del bautismo y de la bondad de Dios, que no había permitido que la tierra se abriese y el infierno se la tragase, como lo hubiera merecido.

De estas tres consideraciones nació en su alma tal odio de sí misma que no deseaba nada según su voluntad propia, sino todo según la voluntad del Señor, pues había comprendido que Dios sólo deseaba su bien. De aquí se seguía que las pruebas y las tentaciones eran acogidas por ella con alegría, porque le eran enviadas con permiso de Dios y porque así era castigada según merecía. Comenzaba a experimentar disgusto en lo que antes le parecía agradable y un gran placer en lo que antes la desagradaba. Así, evitaba las caricias de su madre, que en otro tiempo eran su alegría, y se regocijaba con los reproches y las injurias... Y, como conclusión, declaraba formalmente que el amor propio es el principio de todo mal y la ruina de todo bien».

Por amor propio, Catalina entendía no sólo lo que en nuestro tiempo llamamos egoísmo, sino también todas las inclinaciones naturales, todos los sentimientos no sometidos a la voluntad divina. Jesús declara en el

Evangelio que «el que ama a su padre y a su madre, a su mujer o a sus hijos más que a El, no es digno de El».

«Catalina—escribe Raimundo—me hablaba frecuentemente de las disposiciones en que debe colocarse el alma que ama a su Creador, diciendo que este alma no se ve ya a sí misma, no tiene amor para sí misma ni para los demás, no se acuerda de sí misma ni de criatura alguna.» Y como le pidiese que explicara sus palabras, me contestó: «El alma que reconoce su nada y que sabe que todo bien proviene del Creador, se desprende de sí misma con todas sus potencias y todas las criaturas y se sumerge toda entera en el Creador... El se convierte en el fin principal de todas sus operaciones, y ella comprende que ha encontrado en El todo bien, la perfecta felicidad, y le es imposible alejarse de El. Esta visión de amor, cada día más clara, transforma, por decirlo así, al alma en Dios, de modo que su pensamiento, su inteligencia, su corazón, su memoria no pueden tener otro objeto que Dios y lo que es de Dios. No ve ya a las criaturas ni a sí misma más que en Dios. En Dios solamente se acuerda de sí y de los demás, como el que se sumerge en el mar y nada bajo las aguas, sólo ve y siente el agua que le rodea y encierra. Fuera de ese agua, nada ve, nada siente, nada toca; no puede ver los objetos exteriores más que a través del agua, y no de otro modo. He aquí, decía, el amor justo y ordenado que debemos tener hacia nosotros mismos y hacia las criaturas. Amor que no se extravía ni extravía a los demás, porque nada desea fuera de Dios.»

O como dice Catalina en una de sus cartas: «Unicamente el fuego del amor consume todo amor propio, tanto el espiritual como el sensible y, en definitiva, cuanto hay en el alma, salvo la amada voluntad de Dios.»

Dios no era sólo para Catalina el Bien Supremo, sino el único Bien. En cuanto a los demás bienes que de El se derivan, se abandonaba ciegamente a la voluntad de Dios. «Buscad el reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura.» «Piensa en Mí, hija mía, y yo pensaré en ti—le dijo un día el Salvador—; no te inquietes de la salvación de tu alma ni de las necesidades de tu cuerpo, porque sé todo lo que necesitas y proveeré a ello velando por ti solícito.» Las demás preocupaciones de Catalina se hallaban de tal modo absorbidas por su único deseo de agradar a Dios, que todo le tenía sin cuidado con tal de conseguirlo, y logrado este objetivo, todo lo demás se arreglaba por sí mismo. «¿Qué os importan los sucesos?—acostumbraba a decir a sus discípulos—. ¿No creéis que la Providencia vela sobre vosotros y tiene cuidado de vosotros?» No se contentaba con pronunciar estas palabras cuando estaba segura en su celda: las puso en práctica durante la peste que afligió a Sena, durante la revolución de Florencia y en la tempestad que hubo de sufrir a su regreso de Aviñón, durante la travesía de Saint Trospez. Sus discípulos, persuadidos de que iban a naufragar, se hallaban en el colmo de la desesperación, pero Catalina permaneció tranquila y les aconsejó que prosiguiesen el

rezo de su oficio como si nada aconteciera. «La obedecimos—refiere Raimundo—; la tempestad se apaciguó cuando nos acercábamos a la costa, hacia la hora en que acaban los *maitines*, y entramos en el puerto cantando el *Te Deum*.» No era una frase sin sentido para Catalina el decir «que no muere un pajarillo sin la voluntad del Padre celestial» y «que los cabellos de nuestra cabeza están contados». Detrás de todas las contingencias, adivinaba la mano y el corazón de un padre.

«Suceda lo que quiera—recomendaba más tarde a los discípulos—, no penséis que venga de los hombres; pensad que viene de Dios, que es para vuestro bien, y considerad el provecho que de ello podéis sacar.»

Se ha querido hacer de Catalina de Siena, como de Juana de Arco, un instrumento del clero; ni una ni otra lo fueron; por la inteligencia, Catalina se elevaba, no solamente por encima de su primer confesor, el ingenuo Tommaso della Fonte, sino por encima de sus otros guías espirituales; el sabio Raimundo de Capua reconoce lealmente la superioridad de Catalina, y uno de sus otros confesores, Bartolommeo di Dominici, presta el mismo testimonio: «Algunos imaginaban que habíamos sido sus maestros, y era lo contrario.»

A decir verdad, no hay más que una explicación posible: la sabiduría de Catalina era el fruto de su unión con el Señor; hay que reconocer la influencia decisiva de Dios sobre la existencia de Catalina.

El Inmanentismo moderno hablará de subconciencia o del yo trascendental. Pío II proclamó, en su Bula de

canonización, que la ciencia de Catalina era «inspirada de lo alto y no adquirida», y el docto William Flete de Lecceto ha encontrado tal vez la expresión más justa cuando ha dicho, con elegancia, verdad y sencillez, que era el instrumento del Espíritu Santo: *Organum Spiritus Sancti.*

VIII

Al cabo de estos tres años comenzó una era nueva para Catalina; se abrió ante ella un nuevo mundo: aprendió a leer. Tiempo hacía que deseaba adquirir esta hermosa ciencia, generalmente poco extendida en aquella época; veía sin cesar, en la iglesia. los misales y los breviarios que usaban los dominicos, y más de una *Mantellata* poseía sin duda un libro de oraciones para hacer el oficio divino en la *Cappella delle Volte.*

Una de sus hermanas, tal vez Alessia Saracini (perteneciente a una noble familia, y por tanto, instruída), la primera que se cita entre las amigas de Catalina, le procuró un alfabeto, y la joven, de edad de veinte años, se dedicó a aprender las letras en la soledad de su celda.

Los progresos eran lentos y, después de varias semanas de vanos esfuerzos, le pareció que nada adelantaba; entonces se dirigió a Jesús: «Si te agrada, Señor, que pueda leer el oficio y cantar tus alabanzas en la iglesia, ven en mi auxilio. Pero si no es esta tu voluntad, seguiré de buena gana en mi actual ignorancia» le dijo

en su oración. Desde este instante, los progresos fueron rápidos, y Catalina llegó a leer corrientemente. A veces, sin embargo, adivinaba más bien que leía, porque, como afirma Raimundo, cuando se le rogaba que deletrease lo que acababa de leer, era incapaz de hacerlo, porque apenas conocía los letras. Esta observación revela la naturaleza de la ciencia de Catalina, puramente intuitiva y de ningún modo razonada.

Toda poesía, todo arte psicológico, descansa sobre esta clarividencia intuitiva, esta visión profunda que descubre la verdad sin poder presentar sus pruebas. Un gran poeta es rara vez un pensador, lo que no impide al poeta descubrir lo que al pensador se le oculta. Con frecuencia hallamos este genio intuitivo junto a una débil lógica en los grandes inventores e innovadores. Y ¿no ocurre que una lengua extranjera, que sólo imperfectamente poseemos, puede en graves circunstancias hacerse tan perfectamente clara y familiar que tengamos la impresión de haber hablado en nuestra propia lengua?

Sean cuales fueren las causas, Catalina podía leer, y dedicaba a esta tarea horas enteras.

Sus cartas atestiguan un conocimiento profundo del Evangelio y de las Epístolas de San Pablo. El apóstol místico y estático poseía el genio adecuado para entusiasmarla; habla con frecuencia de él, llamándole *il glorioso Pavolo* o *questo inamorato Pavolo.*

Pero el Breviario era su lectura preferida. En los salmos, los himnos y las leyendas de los Santos, su espí-

ritu y su corazón hallaban nuevo alimento. Tenía una predilección especial por ciertas plegarias, por ejemplo, por el versículo con que empieza cada hora: «Dios mío, venid en mi ayuda. Señor, apresuraos a socorrerme.»

«Acontecía con frecuencia—refiere Caffarini—que dijera antes de rezar: «He pecado, Señor, ten piedad de mí», palabras que debía repetir sin cesar en su lecho de muerte. Catalina colgó sobre su cama una hoja de papel con este versículo escrito: «Concede la luz a mis ojos, a fin de que no me duerma en la muerte y que mi enemigo no pueda decir: he conseguido la victoria.» Ya sabía lo que era luchar con «El Enemigo».

El Breviario le proporcionó celestiales relaciones; trabó, en él, conocimiento con todos los cristianos ya muertos, con los mártires y las vírgenes vestidas de blanco que, más allá del río de la muerte, rodean el trono del Cordero: Santa Margarita, Santa Inés, Santa Agueda, Santa Lucía... «He encontrado una luz nueva y hermosa —escribe Catalina en una de sus cartas, haciendo un juego de palabras con la analogía que existe entre *luce* (luz) y Lucía—. Santa Lucía, esa dulce virgen romana, nos la envía. Rogaremos a Magdalena, amante y amable entre todas, que nos inspire ese profundo odio de nosotros mismos que experimentaba; e Inés, que es un cordero (*agnello*, de *Agnes*, otro juego de palabras), de mansedumbre y de humildad, nos alcanzará esas virtudes. Lucía, pues, nos da la luz; Magdalena, el odio a nosotros mismos y el amor de Dios, e Inés, el óleo de la humildad para alimentar nuestra lámpara».

El recuerdo de sus lecturas volvía a su memoria durante sus visiones, que continuaban sin cesar.

Los celestiales visitantes no venían a su encuentro solamente en la soledad de su celda y en el jardín oscuro, sino en la calle y en la iglesia. Un día que se hallaba contristada, Santo Domingo la acompañó desde la iglesia a su casa, consolándola y confortándola. «Me sentí tan dichosa—confió después Catalina a su confesor—que hubiera consentido de buena gana en morir para compartir con él la felicidad eterna.»

Otra vez absorta en una larga oración, y meditando el misterio de la santa humanidad de Jesús, en la iglesia de San Domenico, su alma se inundó de luz: comprendió claramente «que Jesús era más que un hombre y que su ser contenía la plenitud del amor, de la bondad, de la clemencia, de la dulzura y de la felicidad; se desesperaba por no encontrar palabras para expresar lo que había visto, y así le era imposible describir la hermosura y la majestad de la cara de Dios, viéndose obligada a contentarse con estas pobres expresiones: es el Bien, es el verdadero y supremo Bien».

No es, pues, sorprendente que Catalina confesara un día a Fra Tommaso: «No puedo conversar con criaturas mortales, porque siento a mi Salvador atraerme sin cesar a sí.»

Sí, con frecuencia se hallaba distraída y como embriagada enmedio de los demás, con frecuencia experimentaba también la impresión de elevarse como en otro tiempo en su niñez; con frecuencia paseaba con los

ojos cerrados, como una sonámbula. Y, sin embargo, nunca su pie tropezaba en una piedra, porque el Señor la acompañaba siempre; visiblemente, a veces, como aquel día dichoso en que, leyendo su breviario y paseándose por la iglesia, se dió cuenta de que había alguien a su lado, y era Jesús. Como dos jóvenes sacerdotes que rezan juntos su oficio, el Salvador y Catalina anduvieron, uno al lado del otro, sobre el pavimento de ladrillo de la capilla; la doncella pronunciaba las palabras latinas con indecible respeto (las oía apenas a causa de las palpitaciones de su corazón) y, al final de cada salmo, cuando venía el versículo «Gloria al Padre y al Hijo, etc.», modificaba las palabras, e inclinándose profundamente hacia Jesús, decía temblando: «Gloria al Padre, a Ti y al Espíritu Santo, como era en el principio y ahora y siempre y por los siglos de los siglos, amén.»

Catalina amaba a Jesús con toda la pasión de que una mujer es capaz, hasta el total don de sí misma. Un hombre puede amar a Jesús como a un hermano mayor, como a un amigo muy querido, como a un padre muy amado, al que no se desobedece por nada de este mundo, pero una mujer ama a Jesús como a su esposo, como a aquel a quien su vida se halla consagrada. «Heme aquí; tómame; soy tuya; haz de mí lo que te plazca.» «Sabe que eres esposa—escribió una vez Catalina a una religiosa de Pisa—y que Jesús se ha desposado contigo,

Catalina no ignoraba lo que es el amor terrestre. Habla de él con la mayor sencillez y con la mayor pureza: «El hombre no puede vivir sin amor—dice en una de sus

cartas—, porque el hombre ha sido creado por amor. El amor del padre y de la madre da el ser al niño.»

Pero para Catalina, como para San Pablo, este amor conyugal no es más que el símbolo de un amor superior: del gran Sacramento, de la alianza de Cristo y de la Iglesia de Jesús y del alma. Y del mismo modo que en el matrimonio ideal, el grado de esta unión depende de la armonía de los corazones y de la unidad de las voluntades, que finalmente transforma al que ama a semejanza del ser amado, quien comunica cada vez más el espíritu de Jesús a la Iglesia y hace a los cristianos cada vez más semejantes a El.

Este amor tiene también sus primicias y su perfección, sus besos, sus abrazos, sus desposorios y sus bodas. No en vano el *Cantar de los Cantares* forma parte de los libros santos de la Iglesia, y Lacordaire ha podido decir: «No hay dos amores. El amor celestial y el amor terrenal son un mismo sentimiento, con la diferencia de que el amor celestial es infinito.» Si alguno pretende hablar a este propósito de «sensualidad reprimida», contestaremos que los que se escandalizan de la sensualidad reprimida son los que no suelen tener objeciones contra la sensualidad desencadenada.

Catalina leía el *Cantar de los Cantares* con todo su corazón de mujer y repetía sin cesar el gemido de la Sulamita: «¡Que me bese con el beso de su boca!...»

«Un día—refiere Caffarini—, mientras Catalina rezaba en su celda, sin saciarse de repetir los gemidos de amor de la esposa del *Cantar*, Jesús se la apareció y la

dió un beso que la colmó de una dulzura indecible. Se atrevió entonces a suplicarle que le enseñase lo que debía hacer para no serle infiel un solo instante y pertenecerle siempre de corazón, de alma y de espíritu.»

Esto expresa claramente cuál es la esencia del amor místico, y Caffarini continúa: «A veces, parecíale a Catalina que reposaba en los brazos de Jesús y que la estrechaba contra su corazón.» «Si había sido digna de ello, es porque, despreciando las vulgares alegrías de este mundo, sólo aspiraba a recibir la gracia divina en abundancia. Pero, sobre todo, pedía al Señor que le concediese una verdadera y sincera caridad para con el prójimo, una caridad tan perfecta que, en lo sucesivo, se regocijase más del bien que a su prójimo le aconteciera que de su propio bien y se afligiera más de los sufrimientos y las penas de los demás que de las suyas propias.

«Despósame contigo en la fe», suplicaba con insistencia al Señor. Y así llegó el día, largo tiempo esperado, de las bodas místicas de Catalina Benincasa... Era un martes del año 1367, el último día del Carnaval. Siena estaba en plena efervescencia; las máscaras pululaban por las calles; oíanse gritos, risas, canciones acompañadas de acordes de mandolina y de rumores de besos. Los sieneses se divertían. En la vía Garibaldi, enfrente de la vía Magenta, se levanta todavía la *Consuma*, es decir, la casa donde se reunía, en tiempos de Catalina, la juventud alegre de la ciudad, la «brigada gastadora», que encontraba medio de derrochar doscientos veinte

mil florines de oro en el espacio de sólo veinte meses. «¿Hubo nunca hombres más ligeros que los sieneses?», se preguntaba Dante escandalizado. Dante los conocía bien, por haber sido uno de los suyos en el *palio*, la gran fiesta del estío; había tomado parte en sus festines y gustado de sus manjares más delicados, de la deliciosa liebre con ajo y de otras golosinas.

Pero las alegrías del Carnaval no tenían acceso a la celda oscura y solitaria de la vía dei Tiratoio. Catalina estaba sola en la casa; los demás miembros de la familia se divertían en la calle. Y, tal vez en la soledad, la joven experimentó lo que tan bien conocen los cristianos menos firmes: el sentimiento repentino de que el mundo de la fe se decolora y palidece como la llama de los cirios ante la luz del sol, se desvanece y resulta poco real y absurdo ante la evidencia de las poderosas y cálidas realidades de la vida. «¡Que me bese con el beso de su boca!» Sí, pero ahí en la calle, a veinte pasos de aquí, en el torbellino del Carnaval, hay quien, sin más miramientos, ceñiría tu talle para hacerte bailar toda la noche; quien te ofrecería vino dulce de Orvieto o espumoso Asti, y te besaría de buena gana cuanto quisieras; después, llegado el día, te separarías de él con los ojos húmedos, y, pasando el brazo en torno de su cuello, le darías un último beso, a modo de gracias y de definitivo adiós...

¿Se presentó esta imagen a la mente de Catalina como una última llamada de la vida mundana? Lo ignoramos; pero sabemos que en este día de Carnaval

rezó con fervor, repitiendo sin cesar: «Señor, aumenta mi fe.» La vida cristiana entera, la abnegación, las obras de misericordia dimanan de la fe; se hallan soldadas a ella como lo estaban el globo terráqueo y los dioses retenidos por la cadena de oro que mantiene Zeus en su mano omnipotente. Porque ¿de qué me sirve que sea *bueno*, que sea hermoso el ser cristiano si el cristianismo no es verdadero? Ni la estética ni el pragmatismo tienen que hacer aquí. Si el Verbo no se ha hecho carne y si la Virgen no lo ha concebido como lo cantan las campanas del *Angelus* cuando el cielo se convierte en oro detrás de los negros cipreses italianos, es preciso, ¡ay!, que esas campanas callen o que se sepa que no emiten mas que un sonido natural como el canto de los pájaros o el gemido del viento en el ramaje de los olivos. La Verdad es el don más precioso hecho a la humanidad, y nadie tiene derecho a traicionarla por una impresión estética. No podemos imitar a los retóricos y a los poetas paganos que en los últimos tiempos de la antigüedad tenían la pasión poética de los templos desiertos; no debemos compartir el error de los reyes y de los emperadores que conservaban la religión porque la creían indispensable para el pueblo. ¡Para ti, para mí, para el pueblo no hay nada necesario más que la Verdad! Si no lo fuese, ¿cómo podría salvarnos?

Sin una plena convicción a este respecto no hay vida cristiana posible. En todos los momentos decisivos, en todas las encrucijadas de la vida, surgiría la duda: «Lo que creo, ¿es bastante verdadero para que me arriesgue

a conformar mis acciones con mi fe?» Partiendo de una semicreencia, nadie puede obrar plenamente.

«Pero el Señor—dice Caffarini—había decidido servirse de Catalina como de un instrumento para la salvación de muchas almas extraviadas.» Era preciso, por consiguiente, que se viese inquebrantablemente afirmada en la fe, como la casa sobre la roca, y por eso en tal día de Carnaval Catalina no dejaba de implorar: «Señor, concédeme la plenitud de la fe.»

Catalina oraba y su oración fué oída:

«Ya que por mi amor has renunciado a todos los placeres del mundo y no quieres alegrarte más que en Mí solo—le dijo el Señor—, he resuelto desposarme contigo en la fe y celebrar solemnemente nuestras bodas.»

Y mientras el Señor pronunciaba estas palabras, he aquí que aparecen su santa Madre, San Juan Evangelista, San Pablo y el Profeta David, y María coloca la mano de Catalina en la de su hijo mientras David toca el arpa. Jesús sacó entonces un anillo de oro que colocó en el dedo de su Esposa: «Yo, tu Creador y tu Salvador —dijo—me desposo hoy contigo y te doy mi fe, que no vacilará jamás y se verá preservada de todo ataque hasta el día en que nuestras bodas se celebren en el cielo. Nada temas: revestida de la armadura de la fe, triunfarás de todos tus enemigos.» La celeste claridad se extinguió y las formas radiantes se desvanecieron con los últimos acordes del arpa de David.

Pero en la oscuridad de la celda el anillo de desposada brillaba en el dedo de Catalina; lo llevó a sus labios y lo

mil florines de oro en el espacio de sólo veinte meses. «¿Hubo nunca hombres más ligeros que los sieneses?», se preguntaba Dante escandalizado. Dante los conocía bien, por haber sido uno de los suyos en el *palio*, la gran fiesta del estío; había tomado parte en sus festines y gustado de sus manjares más delicados, de la deliciosa liebre con ajo y de otras golosinas.

Pero las alegrías del Carnaval no tenían acceso a la celda oscura y solitaria de la vía dei Tiratoio. Catalina estaba sola en la casa; los demás miembros de la familia se divertían en la calle. Y, tal vez en la soledad, la joven experimentó lo que tan bien conocen los cristianos menos firmes: el sentimiento repentino de que el mundo de la fe se decolora y palidece como la llama de los cirios ante la luz del sol, se desvanece y resulta poco real y absurdo ante la evidencia de las poderosas y cálidas realidades de la vida. «¡Que me bese con el beso de su boca!» Sí, pero ahí en la calle, a veinte pasos de aquí, en el torbellino del Carnaval, hay quien, sin más miramientos, ceñiría tu talle para hacerte bailar toda la noche; quien te ofrecería vino dulce de Orvieto o espumoso Asti, y te besaría de buena gana cuanto quisieras; después, llegado el día, te separarías de él con los ojos húmedos, y, pasando el brazo en torno de su cuello, le darías un último beso, a modo de gracias y de definitivo adiós...

¿Se presentó esta imagen a la mente de Catalina como una última llamada de la vida mundana? Lo ignoramos; pero sabemos que en este día de Carnaval

rezó con fervor, repitiendo sin cesar: «Señor, aumenta mi fe.» La vida cristiana entera, la abnegación, las obras de misericordia dimanan de la fe; se hallan soldadas a ella como lo estaban el globo terráqueo y los dioses retenidos por la cadena de oro que mantiene Zeus en su mano omnipotente. Porque ¿de qué me sirve que sea *bueno*, que sea hermoso el ser cristiano si el cristianismo no es verdadero? Ni la estética ni el pragmatismo tienen que hacer aquí. Si el Verbo no se ha hecho carne y si la Virgen no lo ha concebido como lo cantan las campanas del *Angelus* cuando el cielo se convierte en oro detrás de los negros cipreses italianos, es preciso, ¡ay!, que esas campanas callen o que se sepa que no emiten mas que un sonido natural como el canto de los pájaros o el gemido del viento en el ramaje de los olivos. La Verdad es el don más precioso hecho a la humanidad, y nadie tiene derecho a traicionarla por una impresión estética. No podemos imitar a los retóricos y a los poetas paganos que en los últimos tiempos de la antigüedad tenían la pasión poética de los templos desiertos; no debemos compartir el error de los reyes y de los emperadores que conservaban la religión porque la creían indispensable para el pueblo. ¡Para ti, para mí, para el pueblo no hay nada necesario más que la Verdad! Si no lo fuese, ¿cómo podría salvarnos?

Sin una plena convicción a este respecto no hay vida cristiana posible. En todos los momentos decisivos, en todas las encrucijadas de la vida, surgiría la duda: «Lo que creo, ¿es bastante verdadero para que me arriesgue

a conformar mis acciones con mi fe?» Partiendo de una semicreencia, nadie puede obrar plenamente.

«Pero el Señor—dice Caffarini—había decidido servirse de Catalina como de un instrumento para la salvación de muchas almas extraviadas.» Era preciso, por consiguiente, que se viese inquebrantablemente afirmada en la fe, como la casa sobre la roca, y por eso en tal día de Carnaval Catalina no dejaba de implorar: «Señor, concédeme la plenitud de la fe.»

Catalina oraba y su oración fué oída:

«Ya que por mi amor has renunciado a todos los placeres del mundo y no quieres alegrarte más que en Mí solo—le dijo el Señor—, he resuelto desposarme contigo en la fe y celebrar solemnemente nuestras bodas.»

Y mientras el Señor pronunciaba estas palabras, he aquí que aparecen su santa Madre, San Juan Evangelista, San Pablo y el Profeta David, y María coloca la mano de Catalina en la de su hijo mientras David toca el arpa. Jesús sacó entonces un anillo de oro que colocó en el dedo de su Esposa: «Yo, tu Creador y tu Salvador —dijo—me desposo hoy contigo y te doy mi fe, que no vacilará jamás y se verá preservada de todo ataque hasta el día en que nuestras bodas se celebren en el cielo. Nada temas: revestida de la armadura de la fe, triunfarás de todos tus enemigos.» La celeste claridad se extinguió y las formas radiantes se desvanecieron con los últimos acordes del arpa de David.

Pero en la oscuridad de la celda el anillo de desposada brillaba en el dedo de Catalina; lo llevó a sus labios y lo



Galería Uffica.—Florencia. *Benozzo Gozzoli.*

contempló transportada. Era un anillo de oro con un gran diamante rodeado de cuatro perlas pequeñas; el duro diamante de la fe que nada puede empañar; las perlas de la pureza de intención, de pensamiento, de palabra y de acción. Así lo entendió ella.

En adelante Catalina llevó siempre su anillo nupcial; pero sólo era visible para ella, y a intervalos desaparecía a sus ojos, cuando había ofendido a su Señor y celestial Esposo, ya con una palabra algo viva, ya mirando frívolamente algún objeto mundano. Entonces lloraba amargamente su infidelidad, confesaba su falta y, en cuanto se levantaba del confesonario, el oro, el diamante y las perlas brillaban de nuevo en su mano con vivos resplandores...

LIBRO SEGUNDO

LA IMITACION DE CRISTO

Gebildet werden mit Christo.
SEUSE

Io sono il fuoco, vor le faville.
(Cristo a Catalina)

I

«La ciudad situada en la cumbre de una montaña no puede estar oculta.» Si hay un lugar en el mundo que recuerde continuamente esta palabra de Jesús, es la comarca de Siena. Desde las fértiles colinas que se elevan al norte de la ciudad, desde el ribazo de Belcaro que domina un bosque de encinas y de pinos de quitasol, desde el desierto árido y hondo, que extiende sus ondulaciones de un amarillo anaranjado hacia el Sur, hasta las alturas azules de Monte Oliveto, de Santa Fiora y de Monte Amiata, por do quiera, más lejano o más próxima, se ve a Siena en la cima de sus tres colinas. Siena, con la cúpula azul pálido de su catedral y el *campanile* de mármol negro y blanco, y Siena con las torres de la iglesia *degli* Servi, de San Francesco, del Carmine y de San Domenico; Siena, con la *Torre del Mangia*, que se eleva en el aire azul semejante a un tallo rojo coronado por un lirio de piedra blanca.

«La ciudad situada sobre una montaña no puede estar oculta.» Y lo que era cierto de la ciudad lo fué igualmente de su hija más ilustre: Catalina de Fontebranda.

Se lee con frecuencia, en las antiguas leyendas, que a través de las rendijas de la puerta de la celda de un santo se filtraba una luz extraña; no la luz de las lámparas y de los cirios, sino una luz sobrenatural, emanada del corazón del santo para derramarse por el mundo y disipar sus tinieblas. Esa luz que irradiaba de la habitación de Giovanni Colombina en la vía di Cittá iba a encenderse en la celda de Catalina, en la via dei Tintori y a propagarse en el hogar de Giacomo Benincasa.

Raimundo observa, con intención, que el Salvador, que antes se aparecía a Catalina en su celda, se presentaba ahora a su puerta y la suplicaba que la abriese, no para que El entrara, sino para que ella saliera. Catalina le contestaba entonces con la Esposa del Cantar: «Me he despojado de toda preocupación temporal; ¿debo revestirme con ellas otra vez? He purificado mis pies del polvo terrenal; ¿debo mancharlos de nuevo?» Pero el Salvador le enseñaba que la ley encierra dos mandamientos: uno, que prescribe el amor de Dios; otro, el amor del prójimo. «Quiero que cumplas con esos dos preceptos—le decía—, que hagas el camino con esos dos pies, que vueles al cielo con esas dos alas... ¿Has olvidado tu celo ardiente por la salud de las almas? ¿No te acuerdas de cuando querías ponerte traje de hombre para ser fraile Predicador en país extranjero? Si llevas ahora ese hábito que tanto has deseado, ¿por qué te resistes? ¿Por qué quejarte? Sólo quiero que realices la vocación a que has sido llamada desde tu infancia.» Pero Catalina se defendía: «Soy una mujer ignorante—objetaba—¿qué bien puedo

hacer?» «Para Mí—respondió el Salvador—no hay hombres ni mujeres, sabios ni ignorantes, y sepas que en estos últimos tiempos el orgullo de los pretendidos sabios ha picado tan alto, que he resuelto humillarlos; por eso suscitaré hombres y mujeres ignorantes llenos de la sabiduría divina, que confundirán su imaginaria ciencia, y he decidido enviarte al mundo. Te guiaré en todas las circunstancias y nunca te abandonaré, porque adonde vayas iré siempre contigo.» Entonces Catalina inclinó la cabeza y su corazón se llenó de sumisión: «Soy la esclava del Señor.» Después, como de ordinario, Jesús rezó el oficio con ella; pero al llegar el mediodía le dijo: «Es la hora de la comida de los tuyos; levántate y ocupa tu puesto entre ellos; después volverás a Mí.»

Catalina confundió en lo sucesivo su vida con la de sus prójimos y tomó parte en todos los trabajos domésticos. «Tan pronto esta dulce virgen hubo reconocido —escribe Caffarini—que era voluntad de su Esposo que viviese entre los hombres, resolvió vivir de tal modo que pudiera servirles de modelo», y se empleó en su servicio, no obligada, como antaño, sino libremente, desempeñando de buena gana diversos oficios en la casa. Cuando todos se habían acostado, hacía una ronda por la casa, reunía toda la ropa sucia y pasaba la noche lavándola. Habiendo caído enferma la criada en cierta ocasión, Catalina proveyó a todo: amasaba el pan y lo cocía con tanta presteza, que pensaban en su casa que la Virgen santísima la ayudaba.

El número de los habitantes de la mansión Benincasa

había aumentado: los hijos se habían hecho hombres y los nietos subían y bajaban corriendo las escaleras, como Catalina y Stéfano en otro tiempo. Catalina, que, cual todas las italianas, adoraba a los niños, era una excelente tía. «Si no fuera inconveniente—dijo—pasaría el rato besándolos.»

Se había aficionado particularmente a su hermana política, Lisa Colombini, esposa de Bartolommeo, «mi cuñada, según la carne; pero mi hermana en Cristo», como acostumbraba a llamarla. Ya desde 1352 Lisa era *Mantellata* y dos de sus hijas entraron en religión en las dominicas del convento de Santa Inés de Montepulciano. Más tarde, Lisa acompañó a Catalina en sus viajes y habló de ella a Raimundo de Capua. Ella fué, por ejemplo, la que descubrió que su cuñada tenía el don de segunda vista. Una mañana en que Lisa fué a confesarse sin decir a nadie nada, hizo confesión general en el apartado rincón de una iglesia lejana; pero cuando entró, Catalina salió a su encuentro sonriendo: «Lisa, eres una buena muchacha», dijo; y como su cuñada denotase sorpresa, le dió a entender que se daba cuenta de todo y añadió: «Te quiero con toda mi alma y te querré siempre infinitamente por lo que has hecho esta mañana.»

Otra vez fué menor la alegría que sintió por otro suceso visto a distancia. Era al caer la tarde y acababa de rezar vísperas, cuando de repente sintió un intolerable olor de podredumbre: era el hedor asqueroso mediante el cual el pecado se le revelaba de ordinario y que, más adelante, en la corte Pontificia, debía casi sofocarla. Y

en esto vió a lo lejos a uno de sus hermanos jóvenes disponiéndose a cometer un pecado grave. Catalina esperó su vuelta al hogar y lo acogió con estas palabras: «Sé de dónde vienes y cómo has manchado tu alma»... ¿Fué este u otro hermano el que más adelante se marchó de Siena para buscar fortuna en el Ejército? En todo caso, este último fracasó miserablemente y terminó por encontrarse solo, herido y enfermo en país extranjero, creyendo llegada su última hora. Pero, a lo lejos, la mirada de Catalina velaba sobre él; su plegaria fué escuchada y un día, como el hijo pródigo, vino a llamar a la puerta de la mansión paterna. Tal vez fué durante la alegre comida que siguió al regreso cuando Catalina vió a Jesús sentado a la mesa en medio de todos, bendiciéndolos.

El confesor de Catalina y su amigo de la niñez, Tommaso della Fonte, experimentó igualmente el don de segunda vista que ella poseía. Un día en que estaba enferma, vino a verla por la mañana. «Padre—le dijo ella de repente—, ¿qué hacíais ayer a las tres de la mañana?» «¿Qué podía hacer?»—exclamó el dominico. «¿No queréis decírmelo, pero lo sé: escribíais.» «No»—contestó Tomás, después de algunos instantes de reflexión. «Es verdad —replicó Catalina—, no escribíais vos mismo; pero dictábais a otro.» El dominico convino en ello. «Pues, ¿qué dictaba?»—preguntó. «Apuntábais los favores que, en su misericordia, el Señor se digna conceder a la sierva inútil que yo soy.» El círculo que se formaba alrededor de Catalina se ampliaba poco a poco. El religioso que en esta ocasión sirvió de secretario al confesor de

la joven se llamaba Bartolommeo di Dominici. Pocos días después, el Padre Tommaso della Fonte lo llevaba consigo a casa de su amiga de la niñez. Llegó a ser rápidamente un huésped asiduo de la celda de Catalina. «En la época en que la conocí—refiere él mismo—era joven y su cara parecía dulce y alegre; yo era joven igualmente y, sin embargo, no sentía en su presencia el embarazo que hubiese experimentado delante de otra muchacha, y cuanto más hablaba con ella, más se apagaban las pasiones humanas en mi corazón.»

Bartolommeo di Dominici parece también haber abrigado ciertas dudas con respecto a la facultad de segunda vista de que gozaba Catalina; la puso a prueba, pero triunfó en varias ocasiones. Entre otras, le manifestó un día haberle visto la víspera por la tarde en compañía de otros tres hermanos (que le nombró), en la celda del Prior y precisó el objeto de su conversación, agregando después: «Velo y rezo siempre por vos hasta que la campana del convento toca a maitines, y si tuvierais buenos ojos, podríais verme como yo veo a cada uno de vosotros en particular, como veo dónde estáis y lo que hacéis».

Como todos los toscanos, Catalina tenía marcada predilección por las flores. Todavía hoy en Toscana las grandes fiestas religiosas son a la vez fiestas de flores. En las aldeas más pequeñas, los caminos que debe seguir la procesión están sembrados de ellas y el pavimento de las iglesias desaparece bajo un mosaico de helechos de oro y de amapolas encarnadas que se desta-

can en un fondo de boj verde rodeado de hojas de laurel. Cuando las *contrade* sienesas celebran la fiesta de su santo Patrón, el sacerdote bendice los ramos de flores que se distribuyen durante la misa. En Florencia, el día de la fiesta de San Cenobio, los aldeanos se estacionan en las escaleras del Duomo con grandes cestas llenas de rosas encendidas que compran cuantos entran en la iglesia; todos los altares están llenos de flores y el fresco perfume de las rosas embalsama la vasta catedral: *Santa Maria del Fiore—Santa Maria dei Fiori...*

Catalina tenía también pasión por las flores. En sus sueños veía a los ángeles bajar del Paraíso con guirnaldas de lirios y ponérselas en su cabeza. Cuando vagaba por el jardín, en la terraza de la casa gustaba de reunir, en forma de cruz florecillas que enviaba a las personas piadosas, por mediación del Padre Tommaso, como el saludo de una hermana en Cristo.

Uno de los que recibían así el saludo florido de Catalina, Antonio de Nacci Caffarini, debía colocarse en el número de sus discípulos más celosos y de sus más incansables defensores. Era dos años más joven que Catalina y, como Tommaso della Fonte y Bartolommeo de Dominici, pertenecía a la Orden Dominicana y al convento de la colina de Camporeggi. La conoció personalmente hacia 1366; se sentaba con ella a la mesa en casa del tintorero; comía del pan amasado por ella (del que conservó un pedazo como si fuese una reliquia), y la oía atentamente cuando, en el fuego de su entusiasmo, se olvidaba de comer hablando de Dios. Muchas veces

también, cuando iba a visitarla a su celda, la veía en éxtasis contemplando el mundo sobrenatural y la oía hablar una lengua comparable a la de San Agustín. Cuando Catalina estaba en el éxtasis, ya sonreía, ya las lágrimas saltaban de sus ojos y mojaban sus grandes pestañas negras. Luego que había recobrado sus sentidos, su rostro quedaba dulce y apacible. Es que, a pesar de sus trabajos domésticos y de las exigencias de la vida material, los éxtasis de Catalina se renovaban sin cesar. No eran el resultado de una existencia concentrada y se producían lo mismo en la cocina o en la habitación donde se guardaban las provisiones que en su celda. Lisa encontró una vez a su hermana completamente desmayada sobre las brasas del hogar: el éxtasis se había apoderado de ella mientras daba vuelta al asador. Afortunadamente, Catalina no se hizo daño alguno; como tampoco cierto día en que, hallándose en la iglesia, cayó un cirio de un candelabro sobre su cabeza, donde continuó ardiendo.

No hay que decir que el rumor de estos acontecimientos extraordinarios se extendió bien pronto por los contornos y que Catalina fué objeto de una curiosidad siempre creciente. Eran cada vez mayor el número de los que, por mediación del Padre Tommaso, procuraban verla, con preferencia durante sus éxtasis. El dominico Niccolo de Bindo da Cascina acudió de Pisa y tuvo la suerte, no sólo de ver a Catalina en éxtasis, sino, según afirma Caffarini, la de verla elevarse a varios metros del suelo, con lo que el hermano Niccolo se atrevió a tocar con la punta del dedo una de las manos cruzadas de

la Santa, y durante las cuarenta y ocho horas siguientes aquel dedo exhaló un olor infinitamente suave, un perfume que refrescaba su alma como sus sentidos.

Las mujeres compartían la admiración de los frailes por Catalina, y particularmente las *Mantellatas*, entre las que hallamos sus más íntimas amigas: Lisa, ya citada, Alessia Saracini y Francesca Gori. Alessia llegó a ser la confidente de Catalina, y son muchas las cartas escritas de mano de esta noble señora para la hija del tintorero, que aún no sabía leer ni escribir.

Alessia y Francesca (Cecca, como se la solía llamar), eran viudas. La última,de más edad, tenía tres hijos en la Orden dominicana. Catartona di Gheti, Giovanna di Cappo, Catarina dello Spedaluccio, son otras amigas de la misma época. Desde el principio de las relaciones de Catalina con estas amigas, jóvenes o viejas, se sometieron instintivamente a la doncella por más que fuese menor que ellas, y todas le daban el nombre de madre: «Madre» o «Mamma», cuando adquirieron mayor intimidad.

Catalina confiaba a menudo sus visiones a sus amigas. Un día dos de ellas vinieron a compartir su comida, que fué servida en el banco que durante la noche hacía de cama. «He aquí una santa mesa»—dijo, bromeando, una de las convidadas. «Sí—contestó Catalina—; ¡si supieras quién se ha sentado en ella!» Y refirió la visita de Jesús y Magdalena.

De cuando en cuando las amigas salían juntas de la ciudad, y el término ordinario de su paseo era la antigua

abadía benedictina de Sant'Abbondio y Sant'Abbondassio, comúnmente llamada *Santa Bonda.* Allí, pocos años antes, Giovanni Colombini (muerto en 1367) había tenido entrada libre. La abadesa, Monna Pavola di Foresi, fué su íntima amiga; su hija única, Angiolina, fué religiosa, y él mismo estaba enterrado en el claustro de la iglesia. Sus cartas a Monna Pavola, frecuentemente releídas y meditadas después de su muerte, constituían el más preciado tesoro del convento. Su pariente, llamada Catarina, prima hermana de Lisa Benincasa, era priora de una comunidad de religiosas fundada por él, y situada cerca de la Puerta de San Sano.

Catalina no había conocido personalmente a su célebre antecesor; el tiempo de su apostolado fué corto y su acción se desenvolvió, principalmente, fuera de Siena: en Arezzo, Citta di Castello, Lucca, Pisa, Montichiello...; después había muerto en una época en que Catalina no había salido todavía de su oscuridad. Pero, como Santa Bonda, estaba lleno de su espíritu, había oído hablar mucho de él, cantar sus *Laude* y leer sus cartas. Así, creemos oir a Catalina cuando en las cartas de Colombini leemos estas líneas:

«Todo lo que Nuestro Señor Jesucristo nos pide es un amor puro y sincero; y ¿quién se lo negará? Es tan bueno que debemos amarle tiernamente a causa de su misma bondad, ¡oh, queridísima madre en Jesús!... Os transmito mi último deseo; os comunico mi más ardiente voluntad; este es mi testamento, os escribo mi corazón (*scrivovi il cuor mio*), que sólo está lleno del amor de Je-

sucristo. Nos ha legado el amor, el amor fué su testamento y el que quiera recibir la herencia debe cumplir el testamento. Si alguno busca el amor, ¡que busque a Cristo! Si alguno quiere amar, ame a Cristo. Sed prudentes, desasíos de todo y no os dejéis estorbar por nada, ni aun a pretexto de hacer el bien. ¡Desdichados de nosotros si rechazamos a Cristo y sus preciosos dones! Los que no se desligan de todos los vínculos se encadenan a sí mismos y expulsan a Cristo».

II

En el libro que Catalina dictó hacia el fin de su juventud (que fué, a la vez, el fin de su vida) y donde, a imitación de Colombini, «escribió su corazón», el Señor contesta así a las preguntas de su esposa:

«El alma que me ama verdaderamente ama a su prójimo, porque el amor a Mí y el amor al prójimo son una sola y misma cosa, y la medida de vuestro amor al prójimo es la medida del amor hacia Mí. Ese es el medio que os he dado de probar y ejercitar vuestro amor para conmigo... No podéis serme útil en nada; en cambio, os es posible acudir en auxilio del prójimo. El alma que ama mi verdad no se cansa nunca de prodigarse al servicio de los demás, así en general como en particular».

Por lo demás, antes de la aparición de Catalina, Siena había comprendido el precepto evangélico: «Lo que hagáis al más pequeño de mis hermanos, a Mí lo hacéis.» Ya en 1186 una Bula Pontificia hizo mención del gran hospital de *Santa Maria della Scala*, que la República hiciera levantar frente a la catedral y que comprendía: una enfermería, un asilo de niños expósitos y una hos-

pedería para los peregrinos. Los pobres de la ciudad recibían, además, la comida en este hospital; ahora bien: ni la ciudad ni el Municipio proporcionaban los medios de proveer a esas diversas caridades, ni eran enfermeros asalariados los que servían en el interior de aquellos muros hospitalarios: era una cofradía libre, cuyos miembros consagraban *sus personas y bienes* al servicio de los enfermos.

Esto pinta las costumbres de la Edad Media y el Reglamento de este hospital, que data de 1305 y nos ha sido conservado, merece retener por algunos instantes nuestra atención. Empieza así:

«A la gloria y alabanza de Dios, en honor de todos los Santos y Santas del cielo; a la gloria y exaltación de la Santa Iglesia romana y juntamente de la ciudad y pueblo de Sena, así como para el buen funcionamiento y prosperidad del hospital de Nuestra Señora de Siena, el que se halla situado frente por frente de la catedral; para el rector, los hermanos y el capítulo del dicho hospital y para el alivio de los pobres, de los enfermos y de los niños asistidos por este hospital; he aquí las ordenanzas, prescripciones, decretos y reglas determinadas, coordenadas y adaptadas por el rector y hermanos del dicho hospital. Reglas a que deben someterse los hermanos y las hermanas, así como los legos y subalternos de dicho hospital, reglas según las cuales deben vivir hombres y mujeres, conformando con ellas su existencia.»

Se insiste especialmente sobre el deber supremo «de amar y de honrar a Siena, de servirla con todas sus fuer-

zas y de no defraudar al Municipio de Siena en provecho de dicho hospital». El amor de la patria, de la gran causa común, debe colocarse por encima de cualquier otro interés, aun del de los pobres y los enfermos.

Siguen otras prescripciones que, reunidas, constituyen como el Reglamento de un convento. Un capítulo fija la hora de levantarse los hermanos, estableciendo que todos están obligados a oir misa en la capilla del hospital, llegando, lo más tarde «antes que se haya elevado el Cuerpo de Cristo». Y si alguno de los hermanos deja de asistir sin causa suficiente, sólo se le servirá ese día pan y vino, que habrá de tomar en el refectorio a la hora de la comida de los hermanos, prohibiéndosele comer otra cosa. Los hermanos tienen también obligación de tomar parte en el oficio de la noche y recitar las completas.

Además de la campana de la capilla existe otra que da a los hermanos la señal de servir la comida de los enfermos, «y cada hermano está obligado a llevar consigo un cuchillo destinado a cortar el pan y los demás alimentos de los enfermos». Cuando éstos han terminado su comida, toman la suya los hermanos, bajo la presidencia del rector; ninguno tiene derecho a hablar en la mesa, pero se lee en alta voz. Sin motivo justificado, nadie puede tomar alimento fuera del refectorio, «ni en el dormitorio ni en la cocina... y el cocinero y su ayudante están obligados a denunciar al rector a cuantos coman o beban algo en la cocina, estando ellos mismos únicamente exceptuados». Ningún hermano puede aceptar

regalos sin permiso del rector, para que no haya distinción entre ellos y «todos deben comer y beber las mismas cosas en el refectorio».

Una serie de capítulos trata de las funciones de los dignatarios del hospital que, aparte del rector, son: dos mayordomos que se ocupan del servicio de la mesa y del buen orden de los refectorios; el vicerrector, que, en ausencia de su superior, toma la dirección de los asuntos urgentes; un *infermiere*, cuya tarea consiste en proporcionar «todo lo necesario para luchar contra la enfermedad y devolver la salud»; un *pelegriniero*, que recibe a los enfermos a su llegada y procura que se les otorguen las consideraciones a que los desgraciados tienen derecho; por último, un *camarlengo*, el ecónomo y un secretario, el escribiente encargado de apuntar «todos los beneficios en un libro aparte y todos los gastos en otro». Cada mes el camarlengo presenta un informe al capítulo, compuesto de todos los hermanos reunidos bajo la presidencia del rector, en el que todas las cuestiones dudosas se resuelven por votación. Hay, por supuesto, una porción de empleados secundarios bajo las órdenes de los principales personajes, entre otros: «el hermano encargado de recibir el trigo, la paja y las legumbres de que necesita el hospital y ponerlas en seguridad en los graneros...; debe anotar la procedencia de esa paja, de ese trigo y de esas legumbres y los nombres de los donantes». Y todos los años, por la fiesta de todos los Santos, debe dar lectura de su cuaderno en el capítulo, para que el rector y los hermanos sepan quiénes son los

que durante el año han proporcionado al hospital legumbres y forraje.

Los graneros deben hallarse provistos de dos cerraduras diferentes, a fin de que cada una de ellas pueda abrirse y cerrarse con su propia llave, y dos hermanos del hospital se hallan encargados de guardarlas. De suerte que uno no puede medir el trigo o sacar paja o legumbres sin el otro. Ambos deben medir el trigo o coger la paja juntamente, según las necesidades del hospital, «anotando lo que toman o hacen cargar en el libro que lleva en la caja el camarlengo, como se ha dicho más arriba».

Con la misma ingenua amplitud, la regla da muchos detalles sobre el empleo de la harina, la cocción del pan y el mantenimiento de los animales, caballos, mulas y asnos, prescribiendo, a los que los cuidan y conducen, cuanto hay que hacer para que no exista defecto en las sillas, en las riendas, en los frenos y en las herraduras.

Leyendo estas múltiples ordenanzas entrevemos un mundo sencillo y fuerte en el que todo era profundo, sincero, que dista mucho del reclamo, del oropel y de las apariencias engañosas del mundo moderno.

Lo espiritual no cede en nada a lo temporal. «Todos los sacerdotes serán afectuosamente invitados por el rector y los hermanos para oir las confesiones de los enfermos y darles la absolución y una penitencia. Esos mismos sacerdotes tendrán obligación de dar a los enfermos el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, así como de administrarles todos los sacramentos de la Santa Iglesia,

si lo solicitan y les parece oportuno, y deben desempeñar su ministerio con gran prudencia. Igualmente, los enfermeros no deben dejar de recomendar a los enfermos que confiesen sus pecados y reciban los Sacramentos de la Iglesia». Puede decirse que todo está previsto en los sesenta y un capítulos que componen estos estatutos, desde la hospitalidad y el bienestar que deben proporcionarse a los pobres de la villa de Siena y sus contornos, hasta las prohibiciones a los hermanos de comer y beber fuera del hospital y de sentarse en las casas de los seglares: deben cumplir de pie sus encargos en estos casos. Se les prohibe dejar el hospital sin autorización del rector; «sin embargo, se les permite ir hasta la casa de Viviano d'Arrigo, hasta la de Chele del Travala y hasta la catedral». Los hermanos y las hermanas tenían departamentos separados, no pudiendo los hermanos, «a excepción del sacerdote Hugo», ir a los de las hermanas sin permiso del rector. Sin este permiso ningún hermano podía pasearse por las secciones del hospital reservadas para las mujeres; «únicamente el hermano Lupo tiene derecho a ver a su hija».

El hospital de la Scala se levanta hoy todavía en Siena: su fachada gótica, de piedra y ladrillo, forma uno de los lados de la maravillosa plaza de la catedral, semejante por su tranquilidad y su paz a un amplio claustro. En todas las calles de la ciudad existen casas con la insignia del hospital: una escalera (*Scala*) coronada por una cruz.

La antigua sala abovedada que servía de dormitorio a los peregrinos, está intacta, y los frescos de Domenico

Bartoli, que datan de 1440, nos hacen revivir la existencia de hace quinientos años. Representan a los hermanos del hospital repartiendo limosnas a los pobres y a los peregrinos, recognoscibles por las conchas de sus esclavinas; los enfermos se retiran después de haber recibido su parte; un hombre completamente desnudo se está vistiendo; una mujer, con un niño en los brazos y otro de la mano, recibe provisiones; un hermano entra llevando a la espalda un canasto de niños expósitos. Más lejos se casan unos jóvenes huérfanos, a los que el hospital proporciona su ajuar.

Un fresco muestra una sala donde curan a los enfermos. En el centro del cuadro hay un hombre medio desnudo sentado en un banco cubierto de almohadones; su pierna derecha presenta una llaga asquerosa y profunda. Le están lavando los pies; un hombre de edad, de cara angulosa y fina, arrodillado delante de él, lava su pie izquierdo; otros personajes doctos—por lo menos una media docena—interrogan al paciente con inquietud y deliberan acerca de su caso...

Allá abajo, a la derecha, yace un enfermo acostado; su cabeza se halla vendada y su rostro amarillo y velloso cubierto hasta las orejas por una colcha encarnada con rayas amarillas. Parece como si hubiera sido administrado hace poco; en todo caso, un hermano agustino, que hay próximo a la cama, con un pie en el banco, guarda un libro en su estuche. A la cabecera del enfermo, una mesa llena de cajas de farmacia y de frascos claros; en primer término, un lavabo de metal con una toalla blan-

ca con rayas negras. Por último, dos sirvientes, uno, con un manojo de llaves a la cintura, trae una bandeja en la que hay un objeto cubierto: la comida del enfermo, sin duda.

Al lado izquierdo del fresco, detrás del banco en que se halla sentado el herido, se ve la mitad de una cama; una hermana del hospital, con su hábito blanco y un bonete cuadrado en la cabeza, coloca en el lecho, con precaución, a un enfermo. Dos médicos están de pie y uno de ellos da al otro un vaso con orines para analizarlos.

Las paredes de la sala parecen tapizadas de pieles grises. A través de una hermosa verja de hierro podemos echar una ojeada sobre otra sala donde los médicos inclinan sus pálidos perfiles hacia la cama de los enfermos, o están reunidos en consulta. El conjunto produce una impresión de bienestar. Se ve que se hace cuanto se puede por los enfermos.

En el mundo civilizado pocas poblaciones poseían en 1840 un hospital municipal comparable al de Siena en 1440; y téngase en cuenta que la Scala no era el único hospital de la ciudad. Leemos en la historia de Giovanni Colombini, que su mujer y su amigo Francesco Vincenti le buscan primero en el «Hospital grande», después en otros varios y terminan por encontrarle en un miserable hospicio lejano y, a lo que parece, poco higiénico, donde los enfermos se regalaban con *polenta*.

Las *Mantellatas* eran enfermeras en el hospital de Camporeggi. Fuera de la ciudad se elevaba San Lazzaro, el hospital de Leprosos.

Cuidar a los enfermos y los pobres era, en Siena, vieja costumbre cristiana, y Catalina prosiguió las tradiciones de su ciudad natal.

Desde la ventana de su cuarto, refiere Caffarini, vió un día a un mendigo, medio desnudo, que se había dormido en la esquina de la calle. A la vista de esta desgracia se conmovió profundamente; pero como era precisamente la hora canónica, se quitó de la ventana y se puso a rezar el oficio. Sin embargo, entre las líneas negras de los versículos de los salmos y tras las pequeñas imágenes de los Santos que, destacándose en un fondo dorado, ornaban las iniciales, veía siempre al pobre tendido contra un mojón; y, por último, no pudiendo contenerse, cerró el libro, fué a buscar un pan a la cocina y se deslizó furtivamente en la calle para dejarlo, sin ser vista, junto al durmiente, para que, al abrir los ojos, lo creyese traído por los ángeles. Pero el hombre estaba ya despierto cuando Catalina llegó junto a él, y le preguntó si no tenía alguna ropa vieja para cubrirle. Al pronto Catalina no halló medio de proporcionársela; pero como declaró después en circunstancia análoga, prefería «privarse de su capa a faltar a la caridad para con el prójimo». Por eso dió al desgraciado el *mantello* negro de la Orden Tercera que llevaba con tanto orgullo. Pero a la noche siguiente Jesús se le apareció y le dijo: «Hija mía, hoy has cubierto mi desnudez; por eso te revisto ahora de la plenitud de mi gracia.» Y a partir de esta hora Catalina no experimentó nunca frío, y en lo más crudo del invierno podía salir ligeramente vestida. (Y el invierno es duro

en Siena; escribo estas líneas un día de enero: estamos a cinco o seis grados y todo el mundo va envuelto en pieles con grandes bufandas de lana alrededor del cuello...)

Se refieren una multitud de rasgos de esta clase relativos a Catalina. Una vez le pidió limosna un mendigo en la iglesia, y como no tenía a mano otra cosa que darle, le entregó la crucecita de plata que colgaba de su rosario. Jesús se le apareció por la noche, llevando en su mano la cruz, resplandeciente de pedrería. «Esas piedras preciosas»,—le dijo el Salvador,—significan el amor con que me hiciste limosna de esta cruz. Te prometo que en el último día, cuando el signo del Hijo del hombre aparezca en el cielo, verás *esta cruz* para tu salvación y no para tu condenación.»

Pero Catalina, estimando que no era bastante dar cuando le pedían y no apartar el oído de los que la solicitaban, iba en busca de los indigentes. Mientras todos dormían, iba a dejar a su puerta un pan, un frasco de vino, un saco de harina o una cesta de huevos, como lo hiciera San Nicolás de Bari, y huía sin que nadie advirtiese su presencia. Un día estuvo a punto de ser descubierta, porque experimentó de pronto el dolor de costado que la atormentaba con frecuencia, y fué la crisis tan fuerte que no podía moverse. ¡Los habitantes de la casa despertarían dentro de poco y la sorprenderían ejercitando la caridad! Entonces se dirigió a su Esposo celestial: «¿Quieres que tenga que avergonzarme delante de los hombres? —le preguntó—; ven en mi auxilio para que pueda entrar en mi casa sin ser vista.» Después dijo a su cuerpo: «Es

preciso que te muevas de aquí, aunque mueras.» Y arrastrándose, más que andando, llegó a la casa del tintorero, cerca de Fontebranda...

Su padre la había autorizado para tomar en la casa cuanto quisiera para los pobres; pero los demás individuos de la familia no eran del mismo parecer. Habiendo notado un día que Catalina se había incautado de una camisa que era de la criada, tenían sus cajones cuidadosamente cerrados a sus piadosas investigaciones. Y, sin embargo, la beneficencia de Catalina era visiblemente bendita. El vino que tomaba para los pobres tenía mejor gusto que el otro y rendía más provecho. Hasta hubo un tonel que tardó en desocuparse muchos meses, a pesar de que Catalina y Lapa usaban de él con toda libertad; y cuando llegó el tiempo de la vendimia, faltó dicho tonel para la recogida del vino nuevo. Aún se acuerdan en Siena de aquel barril inagotable, la *botta di Santa Catarina.*

Así Catalina vestía a los miserables, daba de comer a los hambrientos y de beber a los sedientos. Acordándose también de aquella frase: «estaba enfermo y me cuidasteis», frecuentaba el hospital de Camporeggi, situado cerca de San Domenico (donde es actualmente la via del Paradiso) y cuidaba a los enfermos de la *Scala.*

Se detenía a veces por tanto tiempo en este hospital, que le era imposible volver a su casa por la noche. En este caso pasaba la noche en una pequeña habitación que se hallaba en el fondo de un verdadero dédalo: bodegas, corredores, escaleras, criptas, no lejos de la gruta

donde San Sano decía misa para los primeros cristianos. Este era su lugar de descanso. Aún se enseña a los extranjeros una pequeña celda, adornada por una estatua que la representa en la actitud del sueño, ante la que arde perpetuamente una lámpara. En el nicho, sobre la cabeza de la durmiente, brillan varios corazones de plata y estas sencillas palabras expresan el pensamiento de Catalina: «Padre mío: duerma o vele, hable o escriba, soy tuya; no me muevo ni vivo sino en Ti».

Cuando Catalina pasaba la noche en el hospital, lo hacía también para estar lo más cerca posible si la necesitaba. A veces entraba de guardia velando «durante las horas más penosas», dice Caffarini. Cuidaba con particular ternura a los enfermos más graves, sobre todo a los que tenían mal carácter. Entre estos últimos existía una mujer que, después de haber vivido sin fe ni ley por muchos años, acababa de ser recogida en el hospital. Naturalmente, nada era suficiente para ella: se ponía furiosa y se lamentaba por todo, llorando su mala suerte y tirando los alimentos a la cabeza de sus enfermeras. No era prudente hablarle de religión, porque experimentaba todo el odio que una mujer sensual puede sentir hacia Jesucristo. Catalina se acercó a este alma sumergida en la materia. Empezó por preparar algunos manjares para aquella mujer liviana, y habiendo conseguido darle gusto en este punto, procuró lentamente y con precaución reformar las tendencias de su espíritu. Ignoramos lo que la Esposa de Cristo pudo decir a su infortunada hermana en Eva en el hospital de

Siena; pero poseemos una carta enviada por Catalina, en época ulterior de su vida, a una pecadora de Perusa, con la que empleó sin duda el mismo tono. Usa de términos expresivos: «Paréceme que haces como el cerdo que se revuelca en el fango», escribe, y le predice con penetrante insistencia la muerte, el juicio, la horrible eternidad junto al diablo. «Te espera el fuego, el olor de azufre, las lágrimas y el crujir de dientes, un frío glacial, un calor atroz y los remordimientos ardientes de una mala conciencia.»

Pero estos no son más que los preliminares de su carta. Al sonido de las trompetas, la gran predicadora hace seguir otros acentos—*vox humana, vox angelica*—, acentos puros y argentinos que llegan a cumbres de resplandeciente luz y fuerzan al alma más negra, más endurecida a deshacerse en sollozos al escucharlos. Catalina evoca el recuerdo de la pecadora de Magdala, del bálsamo con el que ungió los pies del Salvador en la casa del Fariseo y de la sangre de Jesús que, en recompensa, cayó sobre ella cuando estuvo arrodillada en el Gólgota al pie de la cruz durante las tres terribles horas...

Y después la conduce dulcemente ante el trono de la que amamantó al mismo Dios: «María enseñará a su Hijo el seno que le alimentó y le pedirá gracia para ti... Refúgiate entonces en las heridas del Hijo de Dios, sumérgete entera en el fuego del amor que consumirá todos tus pecados y todas tus miserias. Te ha preparado un baño en su sangre para purificarte de la lepra del pecado y borrar todas tus manchas. Deja de ser un miembro de

demonio, que se sirve de ti como de un lazo para cazar a las criaturas. Ama al Crucificado y piensa que morirás cuando menos lo pienses. Permanece en la santa y dulce dilección de Dios. No digo más; sólo añado para terminar: dulce Jesús, Jesús, amor mío; María, dulce Madre».

Acaso Catalina no consiguió nada de ninguna de estas dos infortunadas; tal vez cosechó sólo el desprecio a modo de gratitud. Ocurre con frecuencia que los enfermos odian a quienes los cuidan, y Catalina lo experimentó más de una vez. Así, en el hospital de los leprosos de San Lazzaro, cerca de la Porta Romana, había una mujer de edad, llamada Tecca, abandonada de todos. Catalina oyó hablar de ella, y con su valor habitual se dispuso a asistirla. Lo que para el alma delicada y poética de Francisco de Asís constituyó el supremo esfuerzo y la victoria sobre sí mismo, causando el florecimiento de una nueva vida, pareció a la esforzada joven de Fontebranda cosa natural.

«Veía a su Esposo en esta leprosa», escribe Raimundo, y por eso la servía con asiduidad y deferencia. Pero aconteció que la enferma se hizo orgullosa e ingrata, lo que pasa con frecuencia a los que no son humildes de espíritu: se ensoberbecen y se hacen exigentes en vez de demostrar reconocimiento. Cuando esta enferma vió a Catalina deshacerse con semejante celo en su servicio, llegó a reclamar como una deuda lo que por caridad se le ofrecía y a injuriar a su enfermera como a una criada cuando las cosas no iban a gusto. Por ejemplo, si Catalina llegaba al hospital después que de costumbre, la

acogía con sarcasmos como éste: «Bienvenida seáis, reina de Fontebranda»; «¿dónde se ha entretenido la reina esta mañana?» «¿Ha sido en la iglesia de los Hermanos?» «La reina ha pasado toda la mañana con los Hermanos.» «¡Parece que la reina no se harta de la sociedad de esos frailes!», etc., etc.

Pacientemente, sin pronunciar una palabra, Catalina iba de un lado a otro por la habitación, ahogada y mal oliente, para preparar un baño, azorada por las burlas de la vieja, que desde el fondo de su cama la seguía con mirada de odio y de befa.

Sin duda contaron a Lapa la poca gratitud que obtenía Catalina por sus obras de caridad, porque trató de interponerse: «Te expones al contagio—gemía la pobre madre—y no podría soportar que cogieses la lepra.» Estas advertencias no tuvieron resultado, y la joven se mantuvo hasta el fin, a pesar de que en sus manos apareció una erupción sospechosa. Cuando murió la anciana Tecca, Catalina amortajó por sí misma su repugnante cadáver y lo enterró con sus propias manos. Pero al levantarse, después de haber arrojado la última paletada de tierra sobre la pobre difunta, la erupción había desaparecido y sus manos estaban hermosas y blancas como nunca.

En nuestros días hay una granja en el emplazamiento del hospital de los leprosos; una lápida de mármol, incrustada en la pared, recuerda que en este sitio se levantaba antaño *Domus Sancti Lazzari*. En diez minutos se llega desde la puerta de la ciudad; pero desde Fontebranda, como hay que atravesar Siena, se invierte media hora,

y Catalina recorría esta distancia para ir y volver dos veces al día... En nuestro paseo dejamos atrás casas, *villas*, antiguas iglesias: Santa Maria degli Angeli, con su hermoso claustro; San Mamiliano, con sus frescos y su retablo de Sano de Pietro; Santa Maria in Betleeme... Al llegar a San Lazzaro la perspectiva se ensancha: del otro lado del valle, cubierto de viñedos, se elevan Santa Bonda, donde un olivo se alza sobre el techo de una iglesia como un penacho sobre un casco, *il Monistero*, con sus torres encarnadas y sus dentadas almenas, y allá abajo, Belcaro, que sobre su colina arbolada semeja una nave hundida. Vemos extenderse el país de Santa Catalina; muchas veces ha recorrido estos caminos vagando por valles y montañas, sola o seguida de un grupo de discípulos y amigos. Y os parece que podríais encontrar a la revuelta de algún camino a una forma ligera con hábito blanco y negro, empleada en el servicio del Esposo y Maestro mirándoos con fijeza, mientras pasa rápidamente, con sus dos grandes ojos negros que resplandecen en su cara pálida. Ya en el soplo de la mañana, ya en la brisa de la tarde, pasa a lo largo del camino, entre los grandes olivos cuyas ramas argentadas se inclinan dulce y solemnemente, y es como si se oyera un débil murmullo: «Bendita la que viene en el nombre del Señor.» *Benedicta quae venit...*

III

El viernes 3 de septiembre de 1260 la república de Siena alcanzó una brillante victoria sobre la república de Florencia en la batalla de Monteaperti. Como quiera que el traidor Bocca degli Abatti atravesó con su espada al gonfaloniero florentino Jacopo Pazzi, que llevaba el estandarte con las flores de lis, los sieneses se aprovecharon de la confusión que produjo dicha caída para lanzarse sobre el enemigo y exterminarlo sin piedad, «como los carniceros matan al ganado cuando la Pascua se acerca», refiere la antigua crónica. Hubo diez mil muertos; «el agua del río Arbia se tiñó de sangre», cantó Dante.

La lucha fué terrible alrededor del carro de guerra florentino—*il Carroccio*—donde flotaban las banderas de los gremios del Municipio y la *Martinella* tocaba sin cesar a rebato. Los hombres más valientes de Florencia, agrupados en torno suyo, combatieron hasta lo último y murieron besando sus ruedas cubiertas de sangre. *Il Carroccio* fué tomado y conducido en triunfo a Siena, donde se ven aún sus timones gigantescos fijados por círculos de hierro a dos de los pilares que sostienen

la cúpula de la catedral. Fué la primera y última victoria obtenida por los gibelinos sieneses sobre los güelfos florentinos. Después de la batalla de Benevento (en 1266) los güelfos de toda Italia levantaron cabeza, y en 1268 se deshacía el poder de los Hohenstaufen.

La noble y poderosa familia de los Tolomei de Siena se había inclinado siempre a los güelfos. Cuando en junio de 1269 el ejército sienés sufrió una derrota decisiva cerca de Colle di Val d'Elsa, Provenzano Salvani, el gran político y gran general sienés que había sido hecho prisionero, fué vergonzosamente condenado a muerte a instancia de su compatriota desterrado Carolino Tolomei, quien, llevando su cabeza en una pica, atravesó así el campo florentino. Desde el castillo de Castiglioncello, situado cerca de Monteriggioni, la noble señora sienesa Sapia Saracini, también desterrada, asistió a la derrota de sus compatriotas y, saciada su sed de venganza, exclamó en un delirio de alegría: «No te temo ahora, a ti que estás allá arriba».

En Siena la derrota de los gibelinos ocasionó la caída del gobierno de los Veinticuatro, magistratura compuesta de tres jueces, ocho consejeros elegidos por los tres barrios de la ciudad: Camollia, Città y San Martino. Los *Veinticuatro* fueron reemplazados por los *Treinta y seis*, gobierno mixto de la nobleza y del pueblo. Pero en 1280 la nobleza, siempre batalladora y dispuesta a armar camorra, fué excluída totalmente de la política y se confió el gobierno a un comité democrático: *Los Quince gobernadores y defensores del Municipio y del pueblo de Siena.*

Cinco años después el número de estos gobernadores quedó reducido a nueve. Estos nueve—*i Signori Nove*—fueron escogidos entre los burgueses acomodados y elegidos, como en Florencia, sólo por dos meses. Durante el período de su regencia habitaron en el Ayuntamiento, a costa de la ciudad; sus partidarios se llamaban *Noveschi* y constituían *il Monte dei nove*, mientras el partido de la nobleza era conocido con el nombre de *Monte dei Gentilnomini*.

Siena alcanzó la cumbre de su prosperidad bajo la regencia de los Nueve, a la que debe cuanto hoy admiramos. Fué la época en que Dante visitó la ciudad. Enfrascado en un libro que acababa de comprar en una librería, y que leía tendido en un banco, delante de la tienda, se olvidó de admirar *Il Palio*, la fiesta estival de Siena, que se verificaba cerca de él y que en aquel tiempo se componía «no sólo de juegos de adolescentes», sino de «danzas de mujeres hermosas». El severo poeta vió, sin embargo, lo bastante para anatematizar a los sieneses y acusarlos de ser aún más frívolos que los franceses, burlándose de que la loba (que figuraba en las armas de la ciudad) se hubiese convertido en perra.

Semejante a un Villon sienés, Ceccio degli Angiolieri celebraba en sus cantos «las mujeres, el vino y el juego de dados», como los únicos tesoros, y glorificaba en sus poemas a la hija del zapatero Becchina, que forma un contraste harto terrestre con la Beatriz del Dante.

En esta misma época la«brigada gastadora» se reunía todas las noches en *la Consuma* y se entregaba por la ma-

ñana a las justas y por la noche a las danzas provenzales. Fonte Gaya, la principal fuente de la ciudad, fué adornada con una soberbia Venus, obra de Lysippos encontrada en 1345 en una excavación de la actualmente llamada Piaza Humberto I, y que fué conducida en triunfo por la ciudad, como se hizo en junio de 1311 con el retablo de Duccio di Buoninsegna. Se hicieron los planos de una nueva y más vasta catedral que había de aventajar a la de Florencia y se comenzó su construcción; los muros exteriores del edificio, que no se terminó nunca, existen todavía, como vestigio de los grandes sueños y proyectos ambiciosos de los sieneses. En *il Campo,* plaza entre las tres colinas sobre las que Siena se halla edificada y de las que toma su nombre plural (*Senae*), y sus tres barrios o *Terzi*, se levantó, entre 1288 y 1308, el edificio del Ayuntamiento, gótico, y entre 1338 y 1348 el campanario que hay a su lado, la *Torre del Mangia:* tan hermoso campanario, que Leonardo vino a Siena únicamente para verlo.

Las salas y la capilla del Ayuntamiento fueron decoradas con las maravillosas pinturas de Simone Martini y de Ambrozio Lorenzetti. Este último, en dos inmensos frescos que adornan la sala donde se reunieron los *Nueve*, ha representado como en un cuadro intuitivo los efectos del malo y del buen Gobierno y las virtudes de que deben hallarse animados los que dirigen un pueblo. No queda de ellos gran cosa; pero se distingue todavía una figura, de mujer muy majestuosa, vestida de blanco; sus abundantes cabellos rubios se hallan coronados por ra-

mas de olivo, y la palabra *Pax* aparece escrita sobre su cabeza; es la imagen de la paz reinante. Se hablaba mucho de paz en los tiempos en que el maestro Ambrozio Lorenzetti manejaba el pincel en el Ayuntamiento de Siena, porque los hombres hablan de buen grado de lo que más desean y menos poseen... Y el estado de paz precisamente no se conoció en la antigua Siena.

«El 16 de abril del año 1314—nos enseña la vieja crónica—tuvo lugar un sangriento combate entre la casa Tolomei y la casa Salimbeni, y la ciudad entera se puso sobre las armas.» Semejantes revueltas eran cotidianas; como en Islandia, todas las grandes familias se hallaban enemistadas: los Tolomei peleando con los Salimbeni; los Maconi, contra los Tolomei; los Sarracini, contra los Scoti; los Piccolomini, contra los Malavolti. Por su parte, las clases inferiores—*il popolo minuto*—no tardaron en rebelarse contra la burguesía reinante, y la vida en Siena presentaba la mezcla permanente de la música de las fiestas y del tumulto de los combates; de las alegrías nupciales y de las lamentaciones funerarias; hoy las campanas tocaban a *stormo;* mañana tocarían a *gloria...*

Con objeto de huir de semejante existencia (blanca y negra, como la *balzana* y como el campanile de la catedral de Siena), cierto día del año 1313 tres jóvenes caballeros, Giovanni Tolomei, Patrizio Patrizi y Ambrozio Piccolomini, dijeron adiós a su pueblo natal y se dirigieron hacia Accona, en el desierto de la *Creta,* al sur de Siena; *Christus pax nostra,* grabaron sobre la puerta de la ermita que construyeron allá abajo, entre colinas

desiertas; y, eligiendo como enseña de la Orden monástica de la que aquel retiro fué la cuna, una rama de olivo, tomaron el nombre de *Olivetanos*.

El año 1348 trajo la peste negra; la epidemia hizo estragos en Siena de mayo a octubre, sucumbiendo más de tres cuartos de los habitantes de la ciudad. «No sonaba campana alguna; no había nadie para llorar a los muertos, porque los supervivientes tenían el mismo destino... El padre no asistía a la muerte de su hijo; el hermano huía de su hermano; la esposa abandonaba al esposo por temor al contagio, pues esta horrible enfermedad podía contraerse por solo el aliento del pestífero. Los cadáveres eran enterrados precipitadamente y sin ninguna solemnidad, y muchos eran desenterrados por los perros, que los devoraban en medio de las calles de la ciudad... Y yo, Agnolo di Tura, apodado *el Gordo*, enterré con mis propias manos a cinco de mis hijos en una sola tumba».

Este año terrible señala un cambio en la historia de Siena. Los *Nueve* cayeron en 1355 y fueron reemplazados por los *Doce*, que no se hallaban animados del mismo espíritu humanitario y renovador. Hacia esta misma época Giovanni Colombini y los Jesuatos atravesaron la ciudad predicando penitencia, y la estatua de Venus que dominaba la fuente Gaya fué derribada y hecha pedazos. Sus restos, refiere Lorenzo Ghiberti, fueron transportados fuera de Siena y sepultados en tierra florentina...

Las querellas intestinas continuaban. Los partidarios de los *Doce* se habían dividido en dos campos: los Canischi y los Grasselli; los primeros se apoyaban en las fa-

milias Tolomei, Piccolomini, Saracini y Ceretani; los otros estaban sostenidos por los Salimbeni. Giovanni di Agnolino di Salimbeni, el más poderoso señor de esta poderosa familia, desempeña por entonces el mismo papel que el representado cien años antes por Provenzano Salvani, el héroe vencido en la batalla de Colli di Val d'Elsa. Cuando, en 1368, el Emperador Carlos IV vino a Italia para ser coronado, fué Giovanni Salimbeni quien, en nombre de Siena, se adelantó a su encuentro hasta Lombardía. Desgraciadamente para la ciudad, durante este viaje Giovanni cae del caballo y muere poco después a consecuencia de la caída.

De acuerdo con los partidarios de los *Nueve*, la nobleza obliga entonces a los *Doce* a cederles las riendas del gobierno y se establece una nueva magistratura. Esta comprende trece cónsules: un miembro de cada una de las grandes familias, cinco hombres elegidos de entre la baja nobleza y tres partidarios de los *Nueve*. Los nuevos gobernadores se apresuran a instruir al emperador del estado de cosas. Pero, entre tanto, los Salimbeni han hecho causa común con el partido de los *Doce*, los cuales han enviado también un embajador a Carlos IV. El 24 de septiembre los Salimbeni, saliendo armados de sus palacios, fueron a juntarse con los partidarios de los *Doce* y abrieron las puertas de Siena al representante del emperador, Malatesta di Malatesta, acampado fuera con ochocientos hombres. En un principio los imperiales hubieron de conquistar Siena casa por casa, llegando, al fin, al Ayuntamiento, que tomaron por asalto. Los nobles hu-

yeron y Malatesta se fortificó en el *Poggio Malavolti* (actual plaza de Humberto I). Los ciento veinticuatro hombres del pueblo llamados *Reformatori*, que se hallaban entonces en el Ayuntamiento, eligieron, con el nombre de los «Doce defensores de Siena», un nuevo Concejo superior, compuesto de cinco representantes de la clase inferior (*il popolo minuto*), de cuatro representantes de los *Doce* y de tres representantes de los *Nueve*. En recompensa del servicio prestado a la democracia, la familia Salimbeni fué democratizada, es decir, llegó a ser elegible para el gobierno, siendo dotada con Massa y cinco castillos de las cercanías.

Apenas restablecido el orden, el Emperador, acompañado por la Emperatriz, llegó el 12 de octubre a Siena. Los *Doce* y los Salimbeni, coronados de flores, con ramas de olivo en las manos, se hallaban reunidos en la Puerta Tufi para recibirles. Se alojó en el palacio Salimbeni, y al siguiente día armó caballeros en la catedral a Reame y Niccolo Salimbeni. Después de una corta estancia dejó la ciudad, prometiendo volver para Nochebuena.

Estuvo de vuelta, en efecto, el 22 de diciembre; pero en su ausencia un levantamiento popular había traído un cambio de gobierno. «Las ordenanzas sienesas hechas en octubre carecen de valor en noviembre», decía Dante, burlándose, no sin razón. El nuevo gobierno se componía de quince *Difensori*.

Como la vez primera, Carlos IV se albergó en casa de los Salimbeni. Habiendo llegado a Siena poco después

el Cardenal de Bolonia, legado pontificio, empezó a circular el rumor de que el Emperador deseaba vender la ciudad al Papa. Esa sospecha se confirmó cuando Carlos reclamó las fortalezas de Massa, Montalcino, Grosseto, Talamme y Casole. El 18 de enero del año siguiente (1369), Niccolo Salimbeni, vestido con su armadura, atravesó la ciudad gritando: «¡Viva el pueblo, abajo los traidores que quieren traer otra vez a los nobles al poder!» Entre tanto, Malatesta y las tropas imperiales invaden la casa Ayuntamiento, invitando a los *Doce* a abandonar las funciones de gobierno. Tocan a rebato: desde la torre Magia *el Campanone* derrama sus ondas sonoras sobre la ciudad y sobre el campo (creeríase oir vibrar la bóveda del firmamento, cuando suena). El pueblo, tomando las armas, acudió precipitadamente al Ayuntamiento, donde su capitán Matteino di Ventura desplegó el estandarte ornado de un león rampante. El Emperador hubo de abandonar el palacio Salambeni. En su huída, llegado a la altura de la *Croce del Travaglio* (adonde van a parar las tres vías principales de Siena), se encontró con los soldados de Malatesta, que huían ante el furor del pueblo. Los caballos tropezaban en las cadenas tendidas a través de las estrechas calles; las piedras llovían de torres, tejados y ventanas, sobre los jinetes, que no podían defenderse. El mismo Emperador, habiendo perdido cuatrocientos de sus hombres, sin contar gran número de heridos, ganó con gran trabajo el palacio Salimbeni. Entonces, en nombre del pueblo victorioso, *il Capitano del popolo* promulgó una ordenanza pro-

hibiendo facilitar víveres de ninguna especie a Carlos, cuya angustia llegó al colmo. Abandonado de todos, declaró, llorando, al enviado del pueblo, que Malatesta, los Salimbeni y los *Doce* le habían engañado; nombró a los *Quince* gobernadores suyos; pidió dinero para su viaje y se apresuró a dejar la ciudad, donde la anarquía aumentó después de su marcha.

A principios de julio se concluyó, por último, una paz que daba a las familias desterradas (Piccolomini, Malavolti, Saracini, Tolomei, Forteguerri, Cerretani) el derecho a volver a Siena, y hasta 1385 el Gobierno siguió en manos de los quince *Riformatori*...

Durante este tiempo, los Salimbeni y los *Doce*, por un lado; los partidarios de los *Nueve*, por otro, mantenían una sangrienta guerra civil. Los Benincasa se afiliaron al partido de los *Doce*. Bartolommeo figuró entre ellos en septiembre y octubre de 1367. Su vida se hallaba a menudo amenazada. Resolvieron un día refugiarse en la iglesia parroquial de San Antonio, con otros miembros del mismo partido. Pero estimando que este asilo no era bastante seguro, Catalina, vestida con su hábito de *Mantellata*, atravesó la ciudad con sus hermanos y les condujo hasta la Scala, sin que nadie osara tocar a un cabello de su cabeza; permanecieron allí hasta que desapareció todo peligro, mientras los que se habían refugiado en San Antonio fueron muertos o hechos prisioneros. Los hermanos de Catalina pagaron sólo una multa de cien florines; Bartolommeo parece haber formado parte del nuevo Gobierno.

Su familia, sin embargo, quedó duramente quebrantada, y en octubre de 1370 los tres hermanos, Bartolommeo, Benincasa y Stéfano partieron para Florencia en busca de fortuna. No fueron afortunados; Catalina hubo de pedir a su bienhechor florentino Niccolo Saderini que viniese en su auxilio mediante préstamos de dinero, y después de la muerte de su hermana contrajeron varias deudas (se ha conservado una demanda contra ellos por una deuda de ochocientos setenta y cinco florines).

La familia que quedó en Siena no disfrutó de mayor prosperidad; hubo de abandonar la casa de Fontebranda, y la vieja Lapa pasó sus últimos años en una casa de la vía Romana.

Catalina (refiere Raimundo de Capua) había deseado siempre la pobreza para los suyos, «porque los bienes de este mundo llevan con frecuencia al mal y no es esta clase de riqueza la que quiero para los míos». Su oración fué, pues, atendida.

Las relaciones entre los hermanos establecidos en Florencia no parecen haber sido siempre inmejorables. En una de sus cartas Catalina les predica el amor mutuo y les recuerda esta sentencia: «El que se humilla, será ensalzado.» «Tú, Benincasa, que eres el mayor, debes aspirar a ser el último de todos; tú, Bartolommeo, debes colocarte por bajo del más pequeño; y tú, Stéfano, te lo pido, sométete a Dios y a tus hermanos.» Otra carta pone de manifiesto los disgustos domésticos de Benincasa. Su hermana le representa la paciencia de Job, que estaba sin

cesar atormentado por su mujer, y en una tercera carta declara al propio hermano que todo se reduce a mantenerse firme un instante: «No sufrimos ni por el trabajo pasado ni por el venidero; sólo padecemos por el momento presente, y los sufrimientos que nos trae no son más dolorosos que el pinchazo de un alfiler.»

Parece que Benincasa esperaba recibir más importantes socorros de la casa paterna. Catalina le reprocha este sentimiento y le exhorta a mostrarse agradecido a sus padres: «Tu madre te ha dado su sustancia, te ha alimentado con su leche y ha pasado grandes trabajos por ti como por todos».

Una de las hijas de Benincasa entró religiosa: Catalina la escribió con esta ocasión una hermosa carta, donde le expresaba su «deseo de verla convertida en una verdadera esposa de Cristo y de huir todo lo que pudiera ser obstáculo a su alianza con el Crucificado»... «Defiéndete, sobre todo, hija mía, le decía, de la alabanza de los hombres, y no muestres nunca avidez por sus galanteos, por que entonces las puertas de la vida eterna no se abrirán para ti.»

Pero antes de producirse estos trastornos patrióticos y familiares el pacífico Giacomo había cerrado los ojos. «Ningún vínculo le ligaba a la tierra y deseaba con ardor pasar a la otra orilla», dice Raimundo hablando del honrado y piadoso artesano toscano. Arrodillada junto a su fúnebre lecho, Catalina rogó al Señor que permitiese al alma de su padre ir derecha al Cielo, sustrayéndose a los tormentos del Purgatorio. «Y si no puede ser de

otro modo, oh, Dios mío, exclamó, envíame los sufrimientos que debiera padecer mi padre, y yo expiaré por él.» Giacomo murió así alentado por la mirada y la sonrisa de su hija amantísima, y en el mismo instante en que entregó su espíritu, Catalina sintió en un costado un dolor a la vez dulce y penoso—*un pici dolce fianco*—que no la dejó en lo sucesivo. Entonces comprendió que su oración había sido escuchada, y mientras los demás sollozaban, una alegría inmensa se apoderó de ella; colocó en la caja el cuerpo de su padre, e inclinada sobre su pálido y flaco rostro de fuertes barbas, murmuró: «¡Ojalá estuviera yo donde tú estás!»

El 22 de agosto de 1368 los dominicos cantaron la misa de difuntos por Giacomo Benincasa, y Catalina «vió su alma saliendo de las tinieblas de su mansión carnal para entrar en la eterna luz».

IV

Hay en el hombre dos amores: el amor de Dios y del prójimo y el amor del mundo. En el hombre hay dos voluntades: la voluntad divina y la voluntad propia. Una de estas dos potencias—el amor al mundo y la voluntad propia—engendra la turbación interior, el pecado, el mal y la condenación eterna. Otra—el amor de Dios y del prójimo—engendra la paz interior, el equilibrio moral, todas las virtudes y la vida eterna.

Tal es el conocimiento fundamental que sirve de base a la vida y a la doctrina de Catalina. Aunque sólo fuese por puro egoísmo, deberíamos despojarnos de nuestra voluntad propia y vestirnos de la voluntad de Dios, porque el mundo que quisiéramos poseer desaparecerá, la vida es frágil como el vidrio, se asemeja al agua que pasa bajo un puente: *tutto passa*. Debemos despojarnos del hombre antiguo y vestirnos del hombre nuevo; despojarnos de Adán y vestirnos de Cristo; despojarnos de la carne y *revestirnos del Crucificado* (expresión más enérgica aún que la de San Pablo, del que procede).

Con estos pensamientos abandonó Catalina la casa paterna deshecha, y ellos reaparecen a lo largo de su exis-

tencia. Su vida entera se halla gobernada por ellos. Es la nueva que trae a la humanidad.

«El servidor no debe seguir otro camino que el amo —declara—, y el camino del placer no es el del Crucificado.» «Nada debe alegrarnos tanto como compartir las humillaciones y sufrimientos de Jesús.»

«Sé crucificada con Cristo crucificado»—escribe en una de sus cartas—; síguele en el camino del Calvario; hazte semejante a El; regocíjate con los oprobios, los sufrimientos, el desprecio, las burlas y las injurias. Persevera hasta el fin, no buscando consuelo más que en la sangre que mana de la cruz.» «No retrocedas cuando lleguen las pruebas, sino sal a su encuentro con rostro alegre, acógelas dichosa, diciéndoles: «Bienvenidas seáis»... «Entonces la amargura se trocará en dulzura y acabarás tus días descansando dulcemente sobre la cruz con Cristo crucificado.»

«Lo mismo que el niño se alimenta con la leche maternal, igualmente el alma que ama a Dios vive de Cristo crucificado y marcha sin cesar sobre sus huellas, siguiéndole por la vía de la ignominia, sin querer alegrarse con otra cosa que con los sufrimientos y las injurias...; el alma se apega fuertemente al árbol de la cruz y lo contempla con santo deseo viendo al amor, ardiente y consumiéndose, que derrama su sangre por doquiera. Este alma sufre con paciencia las contrariedades y renuncia libremente y por amor a todas las consolaciones del mundo; las persecuciones, los tormentos y las penas son sus mejores amigos, porque ha visto vestido con ellas al Hijo

de Dios, que ha elegido, sin duda, el más hermoso traje que haya podido encontrar.» «Revestíos, revestíos de Cristo, del dulce Jesús. Es una armadura tan poderosa, que ni el demonio ni los hombres pueden despojaros de ella si no consentís vosotros. Es la suprema y eterna Suavidad que disipa toda amargura. El alma se fortalece y se sacia en él de tal suerte, que llega a considerar como fango todo lo que no viene de Cristo, y no deseando otra cosa que asemejarse a Cristo crucificado, se regocija de los oprobios y calumnias».

Catalina, predicando aquí la cruz y la sangre, enseña la medula del cristianismo. Quiere beber esa sangre como el niño bebe la leche de su madre; quiere vivir la vida de Cristo, llevar su cruz. La cruz es el puente echado por encima del río turbulento del mundo, el *único* puente; la cruz es el camino recto; la cruz es la puerta, la puerta angosta No hay elección posible más que entre el Gólgota y la Gehenna.

En 1370, llegada a los veinticuatro años, Catalina se halló en plena posesión de su ideal; fué para ella un año decisivo, como el de sus bodas (cuatro años antes) o como el de su estigmatización (cinco años después). «¿No veis que me he convertido en otra?», preguntó a su confesor, el padre Tommaso.

Todos los que realizan progresos espirituales han experimentado ese curioso sentimiento que consiste en considerar al propio ser anterior, como extraño y aun a veces, no se reconoce al hombre de algunos meses, algunas semanas o algunos días antes...

«Si queréis tener el alma en paz—escribía poco después Catalina a sus discípulos—despojaos de vuestra propia voluntad, que es la causa de todos vuestros sufrimientos, para revestiros de la dulce voluntad de Dios, y poseeréis la vida eterna». Cuando escribía algo parecido—lo que ocurría con frecuencia—su pensamiento se transportaba seguramente al estío de 1370, que consagró por completo a revestirse de la voluntad de Dios, del hombre nuevo, de Cristo.

El 17 de julio se celebra la fiesta de San Alejo y Catalina esperaba este día con impaciencia para tomar la Santa Comunión. Encontrándose indigna, sin embargo, suplicó al Señor que la purificase, y tuvo entonces el sentimiento de que, derramándose sobre ella una lluvia de fuego y de sangre, la purificaba hasta lo más íntimo del alma. Muy de mañana fué a San Domenico; pero nada indicaba que su confesor debiese celebrar allí. *La Capella delle Volte* estaba desierta; los cirios del altar no estaban encendidos; el misal, ausente, y Catalina no descubrió ninguno de esos pequeños detalles que hacen adivinar a los fieles que la misa no tardará en empezar. Sin embargo, se arrodilló en su sitio habitual, y poco después apareció el padre Tommaso; celebró el Santo Sacrificio y dió la Santa Comunión a su hija espiritual. En una conversación que tuvieron los dos al día siguiente, el dominico le explicó cómo repentinamente había tenido la impresión de que ella le esperaba en la capilla. «Pero, ¿por qué tu rostro resplandecía y se hallaba perlado de gotas de rocío?»—preguntó el fraile. «Ignoro, padre mío,

el color de mi cara—dijo;—; «pero sé que cuando recibí de vuestra mano la Santa Hostia vi, no con los ojos del cuerpo, sino con la mirada del alma, una Belleza y experimenté una Suavidad que ninguna palabra humana puede expresar. Y lo que así veía me atraía de tal modo, que todas las cosas creadas me producían el efecto de un infecto estercolero... Entonces supliqué al Señor que me retirase mi voluntad y me hiciese don de la suya, en lo que El consintió en su gran misericordia, porque me respondió: «Querida hija, te doy mi voluntad, a la que habrás de conformarte en lo sucesivo de tal modo, que, sean cuales fueren los acontecimientos, no puedan turbarte» (lo que aconteció, añade el Padre Tommaso, refiriendo el hecho, porque a partir de este día Catalina permaneció tranquila, sucediera lo que quisiera). Al día siguiente Catalina confió a su confesor que durante esta visión Jesús le había mostrado detenidamente la llaga de su costado, «como una madre presenta su seno al hijo recién nacido»; y como se hubiese echado a llorar por efecto de un ardiente deseo, la había tomado en sus brazos y aplicado sus labios contra la santa herida. «Mi alma penetró en este asilo, sagrado entre todos, y aprendí en él tantas cosas referentes a la naturaleza divina, que no comprendo que pueda seguir viviendo sin que mi corazón se rompa de amor.» Y la joven suspiraba con la sulamita del *Cantar de los Cantares*: «Señor, has herido mi corazón, has herido mi corazón.»

El mismo día (por tanto, el 18 de julio), Catalina repitió muchas veces en su oración la palabra del Salmis-

ta: *Cor mundum crea in me, Domine* («Cread en mí un corazón puro, ¡oh, Señor!, y renovad en mí el espíritu de rectitud...»), y suplicó ardientemente a su Salvador que le quitase su corazón y le diese el suyo en cambio. Entonces vió a Jesús aparecérsele claramente, tomar su corazón en su pecho y llevarlo consigo. Durante algunos días vivió, pues, sin corazón, como lo reveló a su confesor, y, cuando el Padre Tommaso le dijo que esto era imposible, ella afirmó que era la verdad.

Poco después (el día de la fiesta de Santa Margarita, es decir, el 20 de julio), «encontrándose después de misa en la *Cappella delle Volte*—refiere el padre Tommaso—, vió de pronto al Señor ante ella, teniendo entre sus manos un corazón rojo y resplandeciente, que depositó en su lado izquierdo, diciendo: «Hija mía muy amada, como el otro día te he quitado tu corazón, hoy te doy el mío en cambio.» Desde entonces Catalina dijo en sus oraciones: «Señor, te encomiendo *Tu* corazón», en vez de «te encomiendo mi corazón». Muchas amigas pudieron comprobar una cicatriz en su pecho, en el sitio preciso de donde su corazón fué arrebatado. Y con frecuencia, cuando recibía la Sagrada Comunión, el nuevo corazón de Catalina palpitaba con tal fuerza que era preciso admitir que aquel no era un corazón humano, y las hermanas y el Padre Tommaso escuchaban con asombro las palpitaciones de alegría del Corazón de Jesús, contenido en el seno de la virgen...

Después de este cambio de corazones, Catalina dijo a su confesor: «¿No veis que me he convertido en otra?

¡Si supiérais lo que experimento! No hay corazón, por duro que fuera, que no se sintiera enternecido; no hay corazón tan orgulloso, que no se humillara. Mi alma se halla poseída de tal júbilo que me asombro de que pueda parar en mi cuerpo; mi ardor interior es tan vivo, que a su lado las llamas exteriores me parecen más para refrescar que para quemar, y este ardor produce en mi alma tal renovación de pureza y de humildad, que me parece que vuelvo a ser una niña pequeña; mi amor al prójimo se ha inflamado de tal modo, que sufriría gustosa la muerte por cada hombre en particular.» Catalina trataba así de expresar lo que pasaba en su alma, «pero es imposible decirlo—exclamaba—; haciéndolo, tengo la impresión de sumergir perlas en el cieno».

Poco más tarde, sin duda el 22 de julio, fiesta de María Magdalena, el Maestro se apareció de nuevo a su sierva, acompañado de su Madre y de la gran pecadora convertida, y Jesús le dijo: «¿Qué prefieres, qué eliges: tú o Yo?» A lo que respondió con Simón Pedro: «Señor, Tú sabes todas las cosas, Tú sabes que no tengo otra voluntad que la tuya, otro corazón que el tuyo.» Sin embargo, Catalina consideraba a Magdalena y, pensando que en la casa del fariseo había ungido los pies del Salvador, experimentó hacia ella un inmenso amor. Jesús lo advirtió: «Te doy a María Magdalena por madre—le dijo—, y en adelante velará especialmente sobre ti.» Desde entonces Catalina dió siempre a María Magdalena el nombre de madre y se aplicó a imitarla

en sus penitencias y, en particular, en el ayuno riguroso, llegando a la abstención total de todo alimento...

Las apariciones y los éxtasis se renovaron con frecuencia durante todo el mes siguiente. El 3 de agosto, víspera de la fiesta de Santo Domingo, Catalina se dirigió, según costumbre, a San Domenico. El hermano Bartolommeo, que se hallaba en la iglesia, la llamó en cuanto la vió y se sentó en un banco mientras ella se arrodillaba a su lado. El rostro de la joven irradiaba felicidad como de ordinario, pero más aún aquel día de gran fiesta. «Pareces tan alegre, que traes seguramente buenas noticias», empezó el dominico... Entonces, con expresivos ademanes, como los que usan las jóvenes de Fontebranda, Catalina dijo con viveza: «Padre, ¿no veis a nuestro Padre Santo Domingo? Está allí; lo veo aún más claramente que a vos. Se parece a Nuestro Señor: tiene rostro ovalado, hermosas facciones, la barba y el pelo rubios: *tanto bello!*» Alguien, en este momento, atravesó la iglesia: era Stéfano, el hermano de Catalina; le siguió un instante con la mirada; después se volvió hacia el fraile y rompió en llanto. «¿Qué pasa, Catalina?»—preguntó el último, sorprendido e inquieto. La joven levantó la vista, pero, ahogada por los sollozos, no pudo contestar, y el Padre Bartolommeo salió de la iglesia. Tres horas después volvió para las completas. Catalina estaba aún allí, y esta vez supo la causa de su pesar... Durante su distracción, la visión había desaparecido, y San Pablo, apareciéndosele, la había reprendido severamente. «Sin embargo, sólo un instan-

te quitaste los ojos»—hizo observar el dominico. Pero Catalina no quería ser consolada, y repetía sin cesar: «Soy una gran pecadora.»—Durante los reproches del Apóstol, su único consuelo había sido considerar un dulce corderillo, que le había hecho pensar en Jesús. El Padre Bartolommeo se retiró, inclinando con la cabeza: «Es la característica de los justos», y se decía, repitiendo la palabra de San Gregorio, «descubrir el pecado donde no existe».

El 11 de agosto Catalina tuvo una nueva visión. Su confesor la había conjurado, como otras veces, a que retuviese sus lágrimas en la iglesia, y, para mayor prudencia, la había ordenado que se colocase a bastante distancia del altar para no distraer con sus gemidos al sacerdote que celebraba. Se arrodilló, pues, en el fondo de una capilla, y, no atreviéndose a acercarse a la Sagrada Mesa, murmuró por lo bajo, como un niño que teme y desea a la vez ser oído por sus severos padres: «Quisiera recibir el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo; quisiera recibir el Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo». De nuevo, el Salvador se apiadó de ella; la condujo El mismo al altar y la hizo beber su sangre.

Como consecuencia de todas estas emociones, Catalina acabó por caer enferma, y cuando llegó la Asunción (el 15 de agosto) se hallaba en cama, en casa de su amiga Alessia. Desde la vía del Casato es imposible ver la catedral; pero las campanas fueron echadas a vuelo en tal día, porque la catedral de Siena se halla dedicada a *María Assunta*, la Madre de Dios que sube

al cielo. «¡Ah, si por lo menos, pudiese ver el remate del Campanile!, pensaba Catalina. Y, en una visión, el cimborrio, de mármol negro y blanco, se levantó ante la joven; se encontró trasladada a la plaza de la catedral. Entonces, subiendo la escalera de mármol amarillo, entre doble hilera de mendigos reunidos cerca de la puerta, penetró en la nave y avanzó entre los pilares, bajo las frescas bóvedas. El propio Obispo oficiaba en el altar. Resplandecía un cielo constelado de cirios de oro y el humo de los incensarios inmóviles se elevaba dulcemente en espirales azules. Más arriba de la multitud de aldeanos tostados, de mujeres con grandes sombreros de paja, de niños que jugaban en las escaleras del santuario, de los caballeros vestidos con sus armaduras, de los negociantes con sus capas de seda, el coro cantaba solemnemente el prefacio: *Et te in Assumptione Beatae Mariae*... Después hízose un gran silencio: *Sanctus, sanctus, sanctus*, y el pueblo se prosternó sobre las losas ante el misterio de la Transustanciación.

Durante varios días, Catalina permaneció enferma en casa de su amiga. Casi siempre se hallaba sumida en éxtasis, y por las palabras entrecortadas que salían de sus labios, Alessia comprendía que conversaba con su Esposo celestial. «*O Sposo*—exclamaba—, *o giovane amabilissimo, amatissimo giovane!*» («¡Oh, Esposo; oh, el más amable de los hombres, a quien amo sobre todas las cosas!») «Conversaba así con Dios durante horas enteras—escribe Caffarini respecto de sus éxtasis—, dirigiéndose ya al Padre Eterno, ya a su Hijo Unico, el

Verbo Encarnado. Y durante estas conversaciones, mientras salía de sí misma, su rostro cambiaba frecuentemente de color: tan pronto blanco como la nieve, tan pronto ardiente como el fuego.» A veces se la veía reir dulce y alegremente, como una esposa besada por su esposo, y murmurar dulcemente: «¡Ah, amor, amor, eres lo más suave! ¡Oh, eterna belleza, cuántos siglos has permanecido desconocida y velada para el mundo! Deseo con todo mi corazón, deseo amarte sinceramente para siempre; dame el consuelo de ver los corazones de todos los que aquí están, romperse de santo amor hacia Ti; ¡oh, Señor!, reconozco que no soy sino miseria y bien indigna de implorar semejante gracia, pero, te lo suplico, Señor, ¡abate el muro que se alza entre Tú y ellos para que puedan amarte sin obstáculo! Señor, no te dejaré descansar de noche ni de día antes de que nos hayas concedido las verdaderas virtudes y te hayas dado Tú mismo a nosotros.» A veces, estos éxtasis se terminaban con amargos sollozos, con quejas repetidas. *O Sposo, Sposo! Quando... quando... perché non adesso?* (¡Oh, esposo, esposo! ¿Cuándo.., cuándo... por qué no ahora?) Los que estaban presentes adivinaban que Catalina experimentaba el deseo ardiente de dejar la tierra para ir a reunirse con Cristo.

Más tarde confió a Raimundo que en el curso de uno de estos éxtasis, Cristo, manifestándose a ella, le había reprochado su egoísmo. «Aunque tenía el ardiente deseo de celebrar la Pascua con mis discípulos, esperé la hora

que era agradable a mi Padre—dijo el Salvador—; tú también debes esperar con paciencia la hora en que puedas unirte a Mí totalmente.» «Si es verdad que este miserable cuerpo debe separarnos mucho tiempo todavía—exclamó Catalina—, permíteme al menos, mientras viva sobre la tierra, participar en tus sufrimientos y unirme a Ti de esta manera.» Jesús se lo prometió y desapareció. Pero, a partir de este momento, comenzó a sentir violentos dolores, ya en el corazón, ya en otras partes del cuerpo; creyó poder inferir de aquí que el Salvador no habría sufrido solamente el Viernes Santo y que su vida entera había sdio una larga pasión.

Catalina iba cada vez más lejos en la vía por donde la impelía su amor. El 18 de agosto, fiesta de San Agapito, pudo abandonar el lecho e ir a la iglesia para oir la misa y tomar la Sagrada Comunión. Arrodillándose tras la balaustrada del coro, repitió el *Domine non sum dignus*: «Señor, yo no soy digno de que Vuestra Divina Majestad entre en mi morada, pero decid solamente una palabra y mi alma será salva.» «No, no soy digna» —suspiraba Catalina, con los ojos fijos en la Hostia que el sacerdote levantaba sobre el Copón. «Pero yo sí soy digno de que entres en Mí»—contestó una voz que conocía bien. Era la voz del Maestro, que venía a ella bajo las especies y apariencias de la blanca Hostia consagrada, como un celestial peregrino vestido con un traje inmaculado. Y cuando el Pan de los ángeles fué puesto en sus labios y descendió en ella, Catalina experimentó el sentimiento de que se sumergía en un

Océano sin fondo, cuyas aguas la rodeaban por todas partes, en el que podía moverse como en un elemento natural y del que no hubiera podido salir sin perder la vida, como el pez que, viviendo y moviéndose libremente en el agua, muere si le retiran de ella.

Este sentimiento, que continuó hasta su casa, la abrumaba de tal modo, que debió por un momento buscar descanso en su lecho de tablas. Experimentaba aquella impresión de cernerse que conocía desde su infancia, y pronto el mundo exterior se desvaneció a sus ojos, mientras el más allá le abría sus puertas. Se puso a rezar; primero por sí misma, después por su familia, por su confesor fra Tommaso, sus amigos, aquéllos cuya salvación le interesaba principalmente. «Señor, quiero que me prometas para todos ellos la vida eterna—imploró; y, extendiendo la mano derecha, añadió—: pruébame que me escuchas, Señor, y dame una prenda cierta de que mi oración será escuchada.» Entonces experimentó un vivo dolor y, viendo un clavo de oro que traspasaba su mano, exclamó instintivamente, como acostumbraba a hacerlo cuando experimentaba un sufrimiento físico: «Alabado sea mi dulce, amabilísimo y amado Esposo y Dueño Jesucristo.» «Llevo así en la mano derecha—explicaba a Raimundo de Capua—la herida de Nuestro Señor Jesucristo. Nadie que no sea yo puede verla y, sin embargo, me causa sin cesar un vivo dolor». «Pero después de haber experimentado en su cuerpo los padecimientos de Nuestro Señor—dice el hermano Raimundo—, esta santa virgen comprendió

por ésto mismo hasta qué punto el Salvador la había amado, como a todo el género humano, aceptando por nosotros tan amargos tormentos, y su corazón fué lleno de una dulzura tal que no pudo contenerla sin romperse... Ocurrió, pues, que el corazón de la joven se abrió de arriba a abajo a la vez que sus arterias vitales y que rindió el espíritu».

Fué la muerte mística de Catalina. «Un domingo por la mañana, hacia las nueve, si no me es infiel la memoria—refiere Fra Bartolommeo de Dominici—, me hallaba en el púlpito, en San Domenico, cuando corrió por Siena el rumor de que Catalina se hallaba en la agonía. Terminado el sermón me dirigí apresuradamente a su morada, y me costó trabajo abrirme paso entre la gente que llenaba la casa. Los que allí estaban aseguraban que había entregado el alma algunas horas antes.

Fra Bartolommeo y otro hermano, Giovanni da Sena, se deslizaron hasta la cámara mortuoria. Cerca de Catalina se hallaban arrodillados Fra Tommaso della Fonte, Fra Bartolommeo Montucci y Fra Tommaso d'Antonio Cafarini, así como sus fieles amigas Alessia, Catarina di Ghetto y su cuñada Lisa. Todos sollozaban, y Fra Giovanni, que se hallaba enfermo del pecho, se conmovió de tal modo que tuvo un vómito de sangre. Entonces, lleno de confianza en la santidad de Catalina, Fra Tommaso tomó su mano, flexible todavía, y la aplicó al pecho del hermano enfermo. El vómito de sangre cesó instantáneamente, y en el mismo instante la vida reapareció en las mejillas de Catalina; volvió su corazón

a palpitar; abrió los ojos y dirigió una mirada triste en torno suyo; su rostro expresaba una decepción indecible; después, volviéndose hacia la pared, estalló en sollozos... Sus lágrimas continuaron corriendo por espacio de dos días sin que nadie pudiera sacarle otras palabras que éstas: «¡Qué desgraciada soy!» Al fin exclamó: «*Vidi arcana Dei*» («He visto los misterios de Dios»), y explicó con mayores detalles a su confesor cómo, igual que Dante, había recorrido los tres reinos del otro mundo. Se le habían revelado el horror del infierno y los tormentos del purgatorio; había entrevisto las puertas del paraíso, oído los cánticos de los Santos y por un momento había presentido la eterna beatitud. «Había salido de mi oscura prisión; veía la bienaventurada luz, y heme aquí sumergida de nuevo en las tinieblas. ¿Cómo no gemir y llorar mi desdicha?» «¿Estabas realmente muerta?»—preguntó el confesor, incrédulo todavía. «Mi alma ha estado separada de mi cuerpo durante esas cuatro horas—afirmó Catalina—; pero Jesús, dirigiéndose hacia mí, me intimó la orden de retornar a la tierra para publicar lo que había visto, porque si los pobres hombres pudieran sospechar lo que son el purgatorio y el infierno, preferirían morir diez veces antes que soportar un solo día semejantes suplicios. Vi, en particular, que los que han pecado violando las santas leyes del matrimonio son severamente castigados; tanto desagrada a Dios ese pecado, hasta en los casos en que no constituye una falta mortal. Mi alma se llenó de terror ante el pensamiento de volver al mundo, pero el

Señor me dijo entonces: «La salvación de muchos depende de tu vuelta; no debes vivir en tu celda como lo has hecho hasta aquí; habrás de dejar tu casa y tu pueblo natal por la salvación de las almas; irás en adelante de plaza en plaza y de pueblo en pueblo, pero estaré siempre cerca de ti, te conduciré y aseguraré tu vuelta; te haré don de una sabiduría a la que nadie podrá resistir; te enviaré a los Pontífices y los soberanos, y por ti, que eres débil a los ojos del mundo, confundiré el orgullo de los fuertes.» Y, mientras Dios decía estas palabras a mi alma, experimenté, de un modo imposible de decir, que entraba otra vez en mi cuerpo.»

V

«¡Oh, queridísima hija! ¿No ves que nuestra alma es un árbol de amor, porque hemos sido creados para el amor? Este árbol está tan bien hecho que nadie puede impedir que crezca ni arrebatarle sus frutos, a menos de que él lo consienta. Y Dios ha dado a este árbol para cultivarlo un obrero que es el libre arbitrio... Ese obrero ve con el ojo de la inteligencia (a menos que no se halle oscurecido por el amor propio). Ese árbol debe estar plantado en la tierra de la verdadera humildad (no en la montaña del orgullo, sino en el valle de la humildad). Entonces produce las flores olorosas de las virtudes y en particular la bella flor de la gloria y de la alabanza del nombre de Dios... Dios se reserva esta flor; pero quiere que los frutos sean para nosotros, porque no le falta nada y no necesita de nuestros frutos. Es Aquel que es, mientras nosotros somos los que no son y carecemos de todo. No existimos por nosotros mismos, sino por El; nos ha dado el ser y toda la gracia añadida al ser y no podemos serle útiles en nada. Y como la eterna y soberana Bondad ve que el hombre no vive de flores,

sino solamente de frutos (porque la flor nos haría morir y el fruto nos hace vivir), toma para sí la flor y nos da el fruto. Y si en nuestro orgullo quisiéramos vivir de flores, es decir, atribuirnos la gloria y la alabanza que sólo son debidas a Dios, perderíamos la vida de la gracia y moriríamos eternamente. Pero si nos contentamos con los frutos dejando a Dios las flores, nuestro árbol crece en tierra buena, y se eleva tan alto que ninguna criatura puede ver su copa, porque el alma se halla unida a Dios infinito por el vínculo del amor».

El hombre no vive de flores, sino de frutos. Esta palabra, salida de labios de Catalina, expresa un pensamiento de que se halla impregnada toda su vida. Ya aparece de una manera menos poética, pero igualmente vigorosa en una de sus primeras cartas a su madre: «Glorifiquemos a Dios y trabajemos por el prójimo.» Más tarde tomará como divisa: «Demos gloria a Dios, amemos a nuestro prójimo, aborrezcámonos y despreciémonos a nosotros mismos». Y en el Diálogo—ese testamento espiritual, dictado dos años antes de su muerte—, hace decir al Salvador:

«No podéis hacerme ningún servicio; pero podéis acudir en auxilio del prójimo; y si buscáis la gloria y la salvación de las almas, será ésta la prueba de que habito en vuestros corazones por la gracia. El alma enamorada de mi verdad no se concede jamás reposo alguno, procurando sin cesar socorrer útilmente a los demás. Os es imposible darme el amor que yo exijo; pero os he colocado al lado de vuestro prójimo para que hagáis por él lo que

no podéis hacer por Mí: amarle con desinterés sin esperar de él ninguna gratitud ni ninguna recompensa; considero entonces como hecho a Mí mismo lo que hacéis a vuestro prójimo».

Después de su muerte mística, Catalina probó claramente que sólo estaba en este mundo para salvar a las almas, y si hasta entonces había procurado principalmente socorrer al prójimo con obras de caridad, comprendió desde entonces que debía llegar a las almas. «¿Por qué bien podría el hombre cambiar su alma?» «Nadie se asombre—dijo un día a Raimundo de Capua—de que ame tan tiernamente a aquellos a quienes Dios me ha enviado para exhortarles a convertirse del mal al bien, porque no los he comprado a bajo precio, sino que por ellos he aceptado vivir lejos del Señor..., y nadie se asombre tampoco de que tenga con ellos relaciones tan familiares». «Me has amado mucho, Jesús, dulce amor mío—exclama en una de sus cartas—y me has enseñado en qué medida debo amarme a mí misma y amar a mi prójimo, y el hambre y la sed que debemos tener de la salvación de los demás».

En primer lugar, el celo de Catalina se derramó en su ciudad natal como una lluvia y un benéfico rocío.

Caffarini refiere que por entonces vivía en Sena un hombre distinguido llamado Andrea di Naddino de Bellanti, tan falto de las verdaderas riquezas, que son las virtudes cristianas, como rico de bienes terrenales. Enteramente entregado a las pasiones del juego y de la bebida, no entraba nunca en la iglesia ni aun en los días de grandes fies-

tas, y habían pasado muchos años desde su última confesión. Sus conversaciones se hallaban salpicadas de blasfemias (y es preciso haber vivido en Toscana para saber lo que esto significa). Cierto día, habiendo perdido una importante suma de dinero se enfureció de tal modo, que cogiendo el Crucifijo colgado de la pared lo arrojó al suelo y lo pisoteó, como un *lazzarone* napolitano, cuando la suerte le es contraria, grita contra todos los Santos de que se acuerda, pateando su sombrero con rabia. Siendo este joven de edad de veinte años, cayó gravemente enfermo y como se hallara en la mayor gravedad, su familia llamó cerca de él a uno de los sacerdotes de la parroquia; pero Andrea declaró formalmente que quería morir como había vivido... Hicieron ir entonces al padre Tommaso; pero también en vano. Era justamente el 14 de diciembre, víspera de la fiesta de Santa Lucía; el dominico tuvo la inspiración de dirigirse a Catalina, que tenía gran devoción a esta santa. Fué a verla y la encontró en casa; pero en éxtasis, rodeada de sus amigas, quienes le refirieron que por la tarde Catalina les había confiado que veía en el cielo los preparativos de la fiesta de Santa Lucía y que era una vergüenza que no sucediera lo mismo en la tierra. Ya manifestaba la intención de subir a San Domenico para tocar por sí misma las campanas, cuando de repente, y a pesar de la estación, se desencadenó sobre Siena una tormenta y según costumbre, tocaron todas las campanas de la ciudad. El deseo de Catalina se había realizado así, y cuando los truenos dejaron de sonar y las campanas ca-

llaron, oyó cantos maravillosos en el paraíso... Entre el coro de las vírgenes que cantaban se hallaba Lucía, la más pura y hermosa de todas. Sobre su pecho brillaba el regalo que por su santo le hiciera Jesús: una gran piedra preciosa engarzada en oro puro. Catalina se hallaba todavía contemplando esta visión en el momento en que el Padre Tommaso se presentó en su casa. El sacerdote explicó entonces a las *Mantellate* que había venido en busca de las oraciones de Catalina para un pobre joven que corría grave riesgo de morir en la impenitencia final y se retiró seguidamente.

Hacia las diez de la noche Catalina volvió en sí; en cuanto le comunicaron la súplica de su confesor se abismó de nuevo en la oración, hasta la aurora; «pero apenas amaneció el 15 de diciembre—refiere Caffarini—la noticia de la conversión, del arrepentimiento y de la muerte cristiana de Andrea de Bellanti circuló por todas partes; llegó pronto a oídos del Padre Tommaso, y éste, sorprendido, se dirigió apresuradamente a casa de Catalina para saber si los hermanos la habían transmitido fielmente su encargo. Vió a la joven en persona y la interrogó a este respecto... Contestó que habiéndosele dado el encargo en tiempo oportuno, había pedido por la salvación del enfermo, asegurándole, además, que este desgraciado había obtenido el perdón de sus culpas.» «¿Pero cómo sabes que Andrea de Bellanti ha muerto y que ha escapado del infierno?», interrogó el fraile. «En verdad os lo digo, padre—replicó—. Jesús se ha aparecido a Andrea, quien, lleno de contrición, ha implorado su perdón

humildemente. Pero Jesús, considerándolo con tristeza declaró, como juez, que sus pecados eran demasiado graves y que la hora de la justicia había sonado. Sin embargo, consintió en perdonarle a condición de que otra alma fiel aceptase sufrir en su lugar, y fuí elegida para ser esta alma, porque, no temiendo en modo alguno hacer ese contrato con el Salvador, le dije: «Señor, deseo y quiero que todos los rigores de tu justicia se ejerzan sobre mí para que este pobre hombre sea salvo, y aún estoy dispuesta a ser condenada en su lugar si te parece imposible operar su salvación de otra manera. No me levantaré hasta que me hayas concedido este favor.» Por la misericordia del Altísimo mi súplica fué escuchada: el rostro de Nuestro Señor se iluminó y me prometió enviar a este pecador la gracia del arrepentimiento, evitándole la eterna condenación.» «En el mismo instante en que dejaba de rezar—añade Caffarini—el agonizante iluminado por Dios pidió un sacerdote, al que confesó sus muchos pecados, y poco después rindió en paz el último suspiro.» Todo esto concordaba, y, sin embargo—dice Caffarini—el Padre Tommaso conservaba una duda: podía ser una casualidad, una ilusión o tal vez Catalina había sido informada por otros de lo ocurrido. Para convencerse del todo, le hizo algunas preguntas sobre la disposición de la estancia donde Andrea de Bellanti había muerto, y le describió entonces todo cuanto él había notado durante su infructuosa visita: el aspecto exterior del enfermo, la dimensión de la habitación, el sitio de la cama, el género y color de las cortinas y de las colchas, añadiendo que el

moribundo había declarado, al sacerdote que le oyó en confesión, que había visto claramente al diablo dispuesto a apoderarse de su alma; pero que en aquel instante apareció una virgen vestida de blanco que, después de luchar con el demonio, le hizo huir; «después de lo cual aquella virgen insistió para que me confesara sin tardar si quería escapar al fuego eterno».

El año 1370 se terminó así con la primera obra apostólica de Catalina: la conversión de un gran pecador.

Vino Navidad, después Año Nuevo y la *Befana* (la Epifanía). El invierno hizo su aparición en Siena. Los campos estaban blancos de escarcha todas las mañanas, y un día la nieve se arremolinó en las calles. Los tallos de las vides, suspendidos de árbol a árbol, daban la impresión de guirnaldas de flores blancas; el follaje de los olivos se inclinaba con aquel peso extraño, y bajo sus capas de nieve los cipreses parecían boyas flotantes en la niebla. Era la estación de las noches claras y heladas. Por las mañanas, a la hora de ir a la iglesia, las calles se hallan iluminadas por los rayos azulados de la luna, y las viejas abrigan, bajo sus capas, un *scaldino* ardiendo en el que calientan sus dedos, entumecidas.

Cada una de las fiestas de la Iglesia era para Catalina ocasión de nuevas visiones. Durante la noche de Navidad se reunió con las demás *Mantellatas* en la *Capella delle Volte*, para cantar maitines; pero de sus labios no salió sonido alguno: su alma se hallaba absorta por la contemplación del pesebre radiante ante el cual estaba María arrodillada en oración, adoración y arrobamiento, y

suplicó a la Santísima Virgen que le confiase por un instante el Niño Jesús. María se lo tendió y Catalina lo meció en sus brazos y besó su cabecita sedosa, murmurando a su oído los nombres de las personas que le eran más queridas. Durante la misa vió convertirse a la Sagrada Hostia en un niño tan gracioso que ninguna palabra puede describirlo. Del pecho de este niño surgía (como el retoño de que habla Isaías) un sarmiento cargado de pesados racimos maduros; por todas partes acudían grandes y hermosos perros blancos con pintas negras, que comieron uvas y arrancaron gruesos racimos que llevaron a los perros pequeños, los cuales, no llegando a la viña, tenían que contentarse con lo que dejaban los demás. Catalina comprendió que los grandes perros representaban todos los sacerdotes y en particular sus amigos los dominicos (1), mientras los perrillos figuraban el pueblo fiel, y que esta visión presagiaba una gran reforma en la Iglesia de Dios. Experimentó tan gran alegría que comulgó, no solamente el día de Navidad, sino las fiestas siguientes (San Esteban y San Juan Evangelista) y convenció a las demás *Mantellatas* para que hicieran lo propio.

El día de Año Nuevo Catalina se hallaba otra vez en la *Capella delle Volte* con las hermanas. Cuando, después de la Consagración, se acercó el momento de la Comunión, su emoción fué tan grande, que hubiera caído, si dos manos, fuertes y dulces a la vez, no la hubieran sostenido

(1) *Dómini canes* «Los perros del Señor», tal era en la Edad Media la interpretación general del nombre de la Orden.

por detrás. No se atrevió a volverse para ver quién venía en su auxilio; pero adivinó que era la Virgen Santísima. Según su costumbre, se detuvo largo rato en su acción de gracias, y cuando terminó, se sintió de nuevo tan cansada y tan débil que se preguntó cómo podría llegar a su casa (desde la fiesta de Santa Lucía había vivido en perpetuo éxtasis, sin otro alimento que el Sacramento del Altar). Pero el que había prometido no abandonarla jamás, la esperaba fuera lleno de solicitud. Cuando salió de San Domenico, Jesús salió a su encuentro, y diciéndole: «Hija, apóyate en Mí», la rodeó con su brazo y la besó tiernamente. Los labios de Catalina conservaron varios días el perfume de este beso, y los que vivían a su lado se apercibieron de ello.

Llegó la Epifanía. El Padre Tommaso había ordenado a Catalina que comulgase este día; pero durante la noche estuvo tan mal, que el dolor la impidió casi moverse. Se levantó, sin embargo, para obedecer a su confesor y, más muerta que viva, se arrastró hacia la iglesia. Después de haber recibido la Sagrada Comunión, se recogió profundamente y vió, de pronto, ante sí, una puerta estrecha por la que ninguno podía pasar sin despojarse antes de su voluntad propia. Catalina traspuso esta puerta y vió venir hacia ella un cortejo de Santos: San Juan Bautista, Santo Domingo, Santo Tomás de Aquino, San Pedro Mártir, Santa Inés y Santa Lucía. Todos llevaban en sus manos túnicas blancas; las ofrecieron a Nuestro Señor Jesucristo, que estaba en medio de ellos, y que revistió a Catalina de esas túnicas cuyos nombres

eran: Fe, Caridad, Perseverancia, Celo, Humildad.

Por la noche Catalina rompió su largo ayuno; pero Jesús, tomando el pedazo de pan que se disponía a comer, lo introdujo en la llaga de su costado y se lo devolvió después, adquiriendo entonces un sabor de leche y de miel.

Las visiones sucedían a las visiones, llenas todas de enseñanzas. A veces parecía a Catalina que el altar en que se celebraba la misa ardía como la zarza del monte Horeb y que el sacerdote permanecía sano y salvo entre las llamas, como Sidraoch, Misach y Abdenago, en el horno. Un día se sintió tentada por una duda sobre la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento; el pan es y sigue siendo pan; el vino es y sigue siendo vino; ¿cómo pueden convertirse en carne y sangre por el hecho de que un sacerdote pronuncie sobre las especies las cinco palabras de la consagración? Y en el momento en que el sacerdote dijo estas misteriosas y eficaces palabras, vió a dos ángeles llevando el cuerpo de Cristo en una fina tela de lino, colocarlo sobre el altar. «Señor—exclamó Catalina—esta visión no era necesaria; sin ella hubiese creído.» «No es por culpa tuya por lo que te muestro estas cosas, sino pensando en los que tú afirmarás en la fe» —respondió Jesús. Porque Catalina no sólo servía de apoyo a todas las *Mantellàtas*, sino a muchos otros fieles. Su fe les parecía más viva al lado de la vidente, y eran muchos los que venían a besar las losas del oscuro rincón de la capilla donde ella acostumbraba a estar.

Transcurrió así algún tiempo, hasta la fiesta de la

conversión de San Pablo, el 25 de enero. Catalina, que acababa de dejar el lecho, se arrastró más bien que se encaminó hacia San Domenico. Contra lo ordinario, estaba abatida; una debilidad extraña la paralizaba, se sentía sin fe, sin esperanza, sin devoción, sin amor: indigna de entrar en la casa del Señor. La humildad del publicano, que en alto grado había llegado a ser la suya, la aniquilaba, y en vez de reunirse con las *Mantellatas* en su capilla habitual, se agazapó a escondidas cerca de la puerta, frente a un altar abandonado. Un sacerdote salió de la sacristía para decir misa en la *Cappella delle Volte*. Catalina no se atrevió a seguirle; pero habiéndola visto en un rincón una de las hermanas, vino a buscarla, y cuando llegó el momento de la Comunión se dirigió con las demás hacia el altar. El sacerdote, sin embargo, fingió no verla y pasó delante de ella sin darle la Sagrada Hostia, porque quería evitar una crisis de lágrimas y un éxtasis en la iglesia. Catalina hubo, pues, de volver a su sitio sin tomar parte en el banquete celestial. No fué más favorecida cuando, más tarde, vinieron dos sacerdotes sucesivamente a decir misa en la capilla. El prior del convento, Bartolommeo Montucci, que era a la vez director espiritual de las *Mantellatas*, había prohibido aquella mañana que Catalina fuese admitida a la Sagrada Mesa.

«Pero, rechazada por los sacerdotes, el Señor tuvo piedad de ella»—dice Caffarini. Sin dejarse llevar por la indignación o la cólera ante esta negativa vergonzosa, Catalina permaneció tranquilamente arrodillada en su

sitio, como una oveja negra en medio de un blanco rebaño. De pronto una claridad celestial la deslumbró y vió, destacándose en un fondo de oro (como en un retablo de Sano di Pietro o de Matteo di Giovanni) a Dios Padre y a Dios Hijo, sentados el uno al lado del otro en un trono de gloria, y el Espíritu Santo cerniéndose sobre ellos en figura de paloma. Después, en aquel resplandor apareció una mano de fuego sosteniendo una Hostia de deslumbradora blancura, y una voz dejó oir las solemnes palabras pronunciadas por Nuestro Señor Jesucristo la noche en que fué traicionado, cuando habiendo tomado el pan en sus santas y venerables manos dió gracias, lo bendijo, lo partió y lo distribuyó a sus discípulos, diciendo: «Tomad y comed: este es mi cuerpo...» Bañada por el océano de luz de la Santísima Trinidad, Catalina sintió la Hostia consagrada pasar como un carbón ardiente por sus labios y penetrar en ella como una chispa de fuego....

Al día siguiente fué detenida en Siena una banda de ladrones, dos de los cuales fueron condenados a ser ahorcados en el lugar del suplicio (*Poggio delle Forche*), después de haber sufrido la tortura de las tenazas candentes. En nuestros días, el que baja desde la plaza del Mercado, situada detrás del Ayuntamiento, hacia la fuente vieja y el lavadero público y dirige sus pasos hacia la Via del Sole, pintoresca, aunque sucia, deja a la derecha una calle sin salida. En la Edad Media esta calle, llamada *Via dei Malcontenti*, calle de los Descontentos (se comprende fácilmente por qué), conducía por la *Porta della Giustizia*

a San Stéfano, en Pecorile, donde se hallaba el lugar del suplicio. Este día, 8 de febrero, los dos criminales siguieron este camino, mientras los verdugos, que les acompañaban en el carro fatal, los atormentaban con tenazas encendidas. El lúgubre cortejo pasó así por delante del viejo palacio Sarracini (actualmente *Il Casone*), donde Catalina vivía a la sazón. Alessia, sentada junto a la ventana, llamó a Catalina; pero ésta, en cuanto hubo visto de lo que se trataba, se retiró al fondo de la habitación y se arrodilló para rezar, porque habiendo oído las blasfemias e imprecaciones de los dos sentenciados, había conocido su impiedad y luchaba ahora por su salvación eterna. Los veía rodeados de un ejército de espíritus malignos, esperando el momento propicio para robar sus almas y llevarlas al infierno—demonios amarillos, verdes y rojos, como los que se ven en los retablos de Fra Angélico o en los frescos de Paolo de Neri en el claustro de Lecceto—. Mientras suplicaba a su Esposo que tuviese misericordia de aquellos dos miserables, los seguía en espíritu, como un sacerdote sigue a los condenados a muerte hasta el lugar de la ejecución, conjurando con lágrimas a aquellos dos pecadores a que se convirtiesen. Los demonios se encarnizaron en vano contra ella, en vano la amenazaron con hacerla perder la razón; Catalina resistió y su súplica fué escuchada en el instante preciso en que la carreta llegó a las puertas de la ciudad. Bajo la bóveda de esta puerta, visible para Catalina, como para los dos malhechores, acababa de aparecer Jesús, el Varón de dolores, coronado de espinas,

con los hombros cubiertos por el manto irrisorio, sangrando por todas sus llagas y derramando sobre ellos aquella mirada de aflicción que ha dado Sodoma a su Cristo, en su cuadro de la flagelación. Aquella mirada traspasó el corazón de los dos pecadores, se estremecieron reconociendo su impiedad, y la vista del Salvador les arrancó lágrimas: ¡su resistencia estaba vencida! Dejando enseguida de ultrajar a Dios y a la Madona, entonaron un cántico piadoso y confesaron que por sus crímenes habían merecido un castigo más riguroso que el que se les imponía... Catalina siguió en espíritu la carreta hasta el lugar del suplicio, y no les abandonó sino cuando hubieron exhalado el último suspiro. Entonces volvió en sí murmurando la palabra del Salvador al buen ladrón: «Hoy estarás conmigo en el paraíso».

Pretenderán algunos que semejantes cosas son inconcebibles y que tales relatos no son más que leyendas. Tal vez es esto inconcebible; pero no por eso menos real. Uno de los caracteres de la verdad, ¿no consiste en parecer en ocasiones inverosímil? El don de ubicuidad que poseía Catalina es tan cierto como la facultad de doble vista de que gozaba. ¿Quién dictará leyes a los rayos ultravioleta del corazón del hombre o pondrá límites a la radioactividad de la voluntad humana? Los rayos que emanaban del corazón de Catalina traspasaban los muros más espesos: los de los corazones endurecidos, y curaban las heridas más profundas: las de la conciencia.

El rumor de las conversiones obradas por la hija del

tintorero de Fontebranda se propagó rápidamente por las cercanías, adquiriendo aquélla la reputación de ser una especie de taumaturgo de las almas. Acudían a buscarla en los casos más desesperados de enfermedades físicas o morales, y eran muchas las madres de hijos pródigos, las esposas infortunadas, que venían a buscar un consejo, o un consuelo, por lo menos, en la celda de Catalina. En la misma casa de Alessia necesitaron de ella. El suegro de su amiga, Francesco Sarracini, anciano de unos ochenta años, era tan impío como Andrea de Bellanti; no se había confesado más que una vez en su larga vida en el curso de una enfermedad grave y se mofaba cuando le hablaban de confesión. Todas las súplicas de Alessia resultaban estériles. En su angustia suplicó a Catalina que viniese a pasar el invierno al Palazzo Sarracini, esperando que las relaciones cotidianas con él le darían fácil ocasión de llegar al alma del viejo pecador.

Era precisamente el año en que se rebelaron los hiladores de lana del barrio Bruco, el peor afamado de la ciudad (movimiento revolucionario análogo a la revuelta que estalló en Florencia siete años después). Durante varios días los revoltosos del *Bruco* fueron los amos e introdujeron a siete de los suyos en el Concejo. Con esto, los partidarios de los *Doce*, sostenidos por la familia Salimbeni, se levantaron contra ellos, lo que dió lugar a un sangriento combate en la abrupta *Costa d'Ovile* (30 de julio de 1371).

Según su costumbre, las demás familias aristocráti-

cas fueron contra los Salimbeni, y el partido de los *Doce* sufrió una derrota decisiva; uno de sus jefes, Francesco di Naddi, fué decapitado en la plaza del mercado; otro, Nanni di Ser Vanni, fué condenado a una multa de quinientos florines. Era una época turbulenta y la piadosa Alessia temía que el viejo Francesco Sarracini se viera también comprometido.

Todas las tardes Alessia y Catalina se sentaban junto al fuego con el anciano recalcitrante. Este parece haber sido un anticlerical rabioso. A ejemplo de Folgore de San Gimignano, despreciaba a los «frailes insensatos» y calificaba de mentirosos sus discursos. Con el odio apasionado que encontraríamos hoy en un viejo garibaldino, enumeraba a Catalina los yerros del clero italiano en general y, en particular, los de cierto prior sienés. «No puedo soportarlo y le daría la muerte si lo encontrase en mi camino», era el inevitable estribillo del furibundo anciano. Catalina le contradecía raras veces, porque comenzaba a sospechar la falta de virtud de muchos sacerdotes y la decadencia de la Iglesia; pero desviaba este tema de conversación y se ponía a hablar del Gran Capitán Jesucristo, combatiendo sobre el corcel de la Cruz contra Satanás, y de la sangre derramada por El en el ardor de su amor, que únicamente puede librarnos de nuestros enemigos, los demonios y los vicios... Ahora bien, la Iglesia sólo es la depositaria de esta sangre; únicamente los sacerdotes tienen la potestad de consagrarla, y sin ellos nos es imposible participar de ella. Dejémosles, pues, obrar a su arbitrio; dejémosles convertirse, aunque

sea en demonios encarnados. Son los ungidos del Señor; no tenemos derecho a pronunciar sobre ellos el juicio que Nuestro Señor se ha reservado. La eficacia de los Sacramentos no se amengua por la indignidad de las manos que los dispensan, y debemos respetar a todos los sacerdotes, a los malos como a los buenos.

Así debía hablar Catalina al viejo Francesco Sarracini. Un siglo y medio antes, Francisco de Asís había predicado la misma doctrina: «Quiero venerar y amar a todos los sacerdotes como a mis maestros y no encontrar en ellos ningún defecto, porque del Hijo de Dios sólo veo aquí abajo su cuerpo y su sangre, que únicamente los sacerdotes pueden consagrar y darnos». Continuó Catalina inculcando estos principios al anciano, y llegó un día en que no fué desatendida: «Estoy dispuesto a todo; dime lo que hay que hacer», le dijo entonces. Y la respuesta fué: «Id a reconciliaros con el prior de quien tenéis tan graves quejas y a quien de tal modo detestáis. Perdonadle y Jesús os perdonará.» El viejo Sarracini prometió someterse a esta condición, y con toda la intransigencia de la piedad italiana, empuñó su halcón preferido para regalárselo a su enemigo, y se dirigió a la iglesia que dependía del prior. Pero en cuanto este último le vió, emprendió la huída, convencido de que había llegado su última hora. Francesco Sarracini le envió un sacerdote para asegurarle que había venido, por el contrario, para hacer las paces. Entonces, muy sorprendido y temblando todavía de terror, el prior recibió el halcón, en prenda de amistad, de la mano del

noble sienés que era hacía tantos años su más implacable enemigo. Con el corazón rebosando alegría, el anciano caballero fué en seguida a buscar a Fra Bartolommeo di Dominici para confesarle todos los pecados de su larga vida, y regresó dichoso a su palacio. Durante el año que vivió todavía, se le vió asistir todos los días a una misa matinal en la catedral, teniendo en la mano un rosario, del que rezaba todos los días los cien Padrenuestros y las cien Avemarías.

Probablemente fué después de esta ruidosa conversión cuando otro caballero de la misma familia, Nicolo Sarracini, volvió sobre sí mismo. Se había negado siempre a hablar con Catalina, como se lo pedía su esposa: «¿De qué voy a hablar con esa jovenzuela», objetaba. Y, sin embargo, su pensamiento no podía separarse de ella. Si Francesco se había convertido y comenzaba a frecuentar las iglesias, análoga aventura podía acontecerle... Una noche vió en sueños a Catalina y resolvió ir a visitarla, «nada más que por ver si su sueño se la había representado como era en realidad». Pero al salir de ver a Catalina tomó directamente el camino del confesonario de Fra Tommaso della Fonte....

Es evidente que Catalina tenía el don de conmover a las almas; con respecto a ella no cabía la indiferencia; había que amarla o aborrecerla, seguirla o perseguirla, como lo experimentó uno de los más arrogantes y alegres vividores de la ciudad de Siena, Giacomo Tolomei. Este señor, orgulloso, de ferocidad desbordada y, como el caballero alemán Werner von Urslingen, «enemigo

de Dios, de la piedad y de la misericordia», que se envanecía de tener ya dos crímenes sobre la conciencia, oyó referir, estando en viaje, que la pequeña «beata» de la tintorería de Fontebranda era recibida en el Palacio Tolomei. Su madre, Monna Rabe, era devota desde tiempo atrás. Cosa nada de extrañar, porque era propio de la edad. Pero su hermano menor, Mateo, comenzaba a perder la cabeza, y sus dos hermanas, sus dos elegantes hermanas, se habían dejado convencer, por aquel pequeño monstruo, de que debían cortarse sus hermosos cabellos rubios y arrojar al estercolero sus alhajas y sus afeites, y conseguir luego que las admitieran en el coro balador de las solteronas que se prosternan, reptantes, en las losas de la *Capella delle Volte.* Catalina domó igualmente a este animal feroz y le hizo entrar de nuevo en el aprisco por la puerta estrecha del confesonario. Se convirtió sinceramente y fué un honrado esposo y un excelente padre de familia. Parece ser que a edad avanzada formó parte de la Orden Tercera de Santo Domingo; su muerte ocurrió en Venecia, el 20 de julio de 1406. Su hermano Mateo entró dominico; las dos jóvenes, antaño tan mundanas, morían como mueren los Santos, y «se durmieron en el Señor sonriendo con indecible alegría» refiere Raimundo.

Así transcurrió el invierno que pasó Catalina en el Palacio Sarracini. «A partir del mes de septiembre hasta el principio de la Cuaresma—escribe Caffarini—vivió sólo con un poco de ensalada cruda; pero una vez empezada la Cuaresma, tan escaso alimento se le hizo dema-

siado pesado y devolvía por la noche lo que había tomado por la mañana. Desde el Domingo de Pasión hasta la alegre fiesta de la Ascensión de Nuestro Señor, le fué imposible tomar nada, y durante cincuenta y cinco días se mantuvo con vida y en buena salud sin comer pan ni legumbres ni ningún otro alimento. Y aunque tan continuo ayuno le ocasionaba intolerables dolores, con gran asombro de los que la rodeaban continuaba actuando con el mismo celo que de ordinario; sin embargo, algunos días antes de la Ascensión se sintió tan débil, que le pareció imposible soportar más tiempo sus sufrimientos, y llena de confianza se dirigió al Divino Maestro diciendo: «¿Cuánto tiempo, Señor, deberé aún sufrir este tormento?» Le fué contestado que se vería libre de él el día de la Ascensión. Y mientras las procesiones pasaban por los campos para atraer las bendiciones del cielo sobre las nuevas cosechas, Catalina permaneció tendida en su cama, sin poder ir a la iglesia ni tomar parte en estas piadosas manifestaciones. Pero el Señor se dignó enviarle un ángel vestido de blanco que le trajo el Santísimo Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, «y durante los tres días de las rogaciones no pudo conversar con persona alguna».

La víspera de la fiesta de la Ascensión, Bartolommeo di Dominici y otros cinco hermanos fueron a visitarla al Palacio Sarracini y reconocieron que comprendía la gravedad de su estado, porque les declaró: «Si no muero, lo que preferiría con mucho, tendré que vivir de otro modo en lo sucesivo: de un modo extraordinario.»

Despertándose completamente curada al día siguiente por la mañana, llamó a Alessia en alta voz para pedirle su manto y su calzado, y ambas fueron juntas a San Domenico. El rostro de Catalina resplandecía con una alegría tal, después del Santo Sacrificio, que las hermanas presentes decidieron acompañarla y tomar con ella su colación. Y como Alessia no estaba preparada para recibir a tantos convidados, llevaron de la cocina del convento al Palacio Sarracini una cazuela de habas cocidas.

Catalina se sentó a la mesa y comió y bebió como los demás. Todo el día hubo gran afluencia de amigos y de conocidos, en cuya compañíia llegó hasta tomar un vaso de vino, y, como dice Caffarini, se reveló en todo *l'allegra et festosa Vergine,* la alegre y gozosa Virgen.

VI

«No juzguéis y no seréis juzgados.» Esta palabra del Evangelio es de las que produjeron una viva impresión en Catalina. La encontramos con frecuencia en sus cartas: se sirve de ella como de un escudo y de una espada, y la pronuncia sin cesar contra los que juzgan a los servidores de Dios.

«El que es perfecto—escribe a un cartujo—no juzga nunca a los servidores de Dios ni a ninguna otra criatura; no quiere esto decir que ignore los pecados de los demás, sino que debe considerarlos con compasión sin juzgarlos, remitir todo a Dios y tomar sobre sí las faltas del prójimo. La caridad cristiana nos fuerza a obrar así y nos prohibe imitar a los imperfectos que se hallan cegados por el amor propio. Parece que éstos no viven más que para juzgar a los demás. Muchas personas del mundo juzgan a los servidores de Dios y los desprecian precisamente porque no viven de la misma manera que ellos».

Catalina hablaba con la amargura de la experiencia, porque sabía lo que es ser juzgada. En muchas ocasiones

despertaba indignación en torno suyo; lo que más se le reprochaba era su abstinencia total de alimento y de bebida.

Aquella tarde de la Ascensión pasó, y pronto le fué imposible, como antes, alimentarse de ninguna manera. Las murmuraciones comenzaron. Circuló el rumor de que fingía una comedia: «Habrá que ver lo que coma cuando está sola; parece cosa tan santa poder prescindir de alimento...» Algunas personas, entre otras su confesor el padre Tommaso, imaginando que se trataba de un capricho de la joven, le ordenó que comiese. Obedeció; pero cayó tan seriamente enferma, que hubo de permitirla que vomitase sus comidas, como tenía por costumbre. «Mi estómago es así—declaraba—porque en mi infancia era demasiado ávida de frutas. Dios me castiga ahora por mi glotonería.»

«Durante todo el tiempo que pasé al lado de esta santa virgen, no vivió más que de la Sagrada Eucaristía—asevera Francesco Malavolti, después de la muerte de la Santa—; pero, a fin de evitar el escándalo, tomaba a veces un poco de ensalada o de otras legumbres crudas o frutas y las masticaba, ocultándose luego para arrojarlas. Y si llegaba a tragar una pequeña parte, su estómago no la dejaba en paz hasta vomitarlas. Esos vómitos le eran tan penosos que su rostro se hinchaba... En tales casos se retiraba a escondidas a casa de alguna de sus amigas y se hurgaba en la garganta, ya con una rama de *finocchi*, ya con una pluma de ganso, hasta que se veía libre de lo que acababa de tragar. Es lo que llamaba hacer justicia:

«vamos a hacer el proceso de esta miserable pecadora», acostumbraba a decir.»

Stéfano Maconi, que conoció a Catalina cuatro años antes de su muerte, describe así su modo de vivir: «Tenía horror a la carne, al vino, a los huevos y a las golosinas. Sus amigas le preparaban con legumbres lo que se llama una «ensalada» o bien le proporcionaban, cuando podían, una col aderezada con aceite. No aceptaba nunca más que la cabeza y la cola de la anguila y se abstenía de comer queso, a no ser que fuese muy añejo. A decir verdad, no tragaba nada, contentándose con introducir los alimentos en la boca y masticarlos, desechando lo sólido, y no bebía otra cosa que agua pura durante la comida de los demás. Después se levantaba diciendo: «Vamos a hacer el proceso de esta miserable pecadora.» Cita los mismos hechos que Francesco Malavolti y añade para terminar: «Esto es la pura verdad y varios de nosotros hemos podido comprobar que cuando su estómago contenía algo, aunque fuese un haba, su cuerpo se hallaba enfermo e incapaz del menor esfuerzo».

Las amigas de Catalina se afligían, indignándose al ver que se formulaban contra ella acusaciones hipócritas. Aun después de su muerte, Raimundo de Capua dedica todo un capítulo de la biografía de la Sienesa a justificar su ayuno; ¿qué no se diría durante su vida?

Ella, con todo, prohibía que se tomase su defensa: «Querida hija—escribía más tarde a una de sus amigas—, tengo que reñirte por no haberte acordado de lo que tanto te había encargado: que no te volvieras nunca con-

tra los que hacen manifestaciones injuriosas contra mí. Si en lo sucesivo alguien habla mal de mí, limítate a decirle que más se podría decir aún y ruega a estas personas que experimenten tanta compasión hacia mí como la que expresan con sus palabras, a fin de que pidan a Dios que me convierta y me lleve a una vida mejor». «De todo se puede sacar partido—se complacía en repetir—; suceda lo que quiera, alegrías o tristezas, nuestro primer pensamiento debe ser: lo aprovecharé para mi alma. Si de este modo obrásemos, pronto seríamos ricos.» En esto la Sienesa comparte la opinión del Santo Umbriense, que veía en los que le censuraban a sus verdaderos bienhechores, porque le señalaban sus defectos.

Pero las acusaciones que se elevaban contra Catalina no tardaron en ser mucho más graves. Las habladurías de los devotos encontraban un alimento nuevo, alegremente aprovechado, en las relaciones cada vez más íntimas de Catalina con los dominicos: «¡Cuánto tiempo pasa con ellos en la iglesia!» «¡Y esa comida de medio día proporcionada por el convento!» Muchas de sus hermanas en el Señor sentían el aguijón del escándalo; y las calumnias comenzaron a tomar alas...

Una piadosa viuda llamada Palmerina, que había donado su fortuna a la Casa de la Misericordia, fué la primera en ponerlas en circulación, y una anciana *Mantellata*, enferma, a la que Catalina prodigaba sus cuidados, vino en su apoyo. Adquirieron tal importancia, que la priora hizo llamar un día a Catalina. La joven, al saber

de qué se la acusaba, se arrojó a sus pies: «Por la gracia de Dios, queridas hermanas, soy virgen», exclamó. Las cosas no fueron adelante. Palmerina murió poco después, y Catalina continuó prestando sus asiduos cuidados a la *Mantellata*, que se llamaba Andrea. «Pero en su fuero interno —refiere Bartolommeo de Dominici — Catalina se hallaba preocupada con las acusaciones que se le hacían, y no queriendo creer que se criticase al prójimo por pura malignidad, se imaginaba que había dado pie a la censura»; hizo, por tanto, su examen de conciencia. Ella, que una vez había sollozado durante tres horas arrepentida de haber fijado un segundo la mirada en su hermano Stéfano; ella, que durante tres días se había reprochado amargamente el haber dicho en cierta ocasión a dos dominicos que les acompañaría de buena gana, aunque tal no fuese su intención, podía persuadirse igualmente de que la piadosa Palmerina y la pobre enferma Andrea tenían razón. «¡Ah, Señor!—gemía —, ¡si yo supiera que se me acusa injustamente y que comparto tus sufrimientos, no desearía nada mejor!» Cuando se hallaba sumergida en el dolor, Jesús se le apareció una noche; en la mano derecha llevaba incrustada una corona de perlas y piedras preciosas; en la mano izquierda tenía una corona de espinas. «Estas coronas te están destinadas las dos, querida hija—dijo la voz conocida—; pero es imposible que las lleves al mismo tiempo; elige, pues. Si quieres poseer desde ahora la corona de oro, no la recibirás después; o bien ¿prefieres llevar en este mundo la corona de espinas de sufrimiento y de per-

secución, a fin de que pueda colocar sobre tu cabeza la corona de justicia por toda la eternidad?» Sin vacilar un instante, Catalina tendió su mano hacia la corona de espinas. ¿No había de llevarla de buena gana cuando estaba segura de que venía de El, de que era un signo de amor y no de castigo? Y Jesús incrustó tan fuertemente la corona en sus sienes, que desde entonces sintió siempre las espinas que le traspasaban la frente...

Al día siguiente, radiante como un vencedor y orgullosa como una joven desposada, aunque experimentando crudos dolores, ocasionados por la corona que le diera el Señor, se presentó en casa de Andrea. Los días pasaron; la enferma declinaba, y una mañana Catalina observó que una profunda llaga cancerosa, que exhalaba un olor infecto, acababa de abrirse en su pecho. Cuando la joven volvió a su casa su traje olía a aquella podredumbre. Esto no dejó de enojar a Lapa, siempre de mal genio. «*Maledetta figlia,* maldita chiquilla—vociferó (en la leyenda publicada por Raimundo de Capua se expresa con más mesura; pero Bartolommeo de Dominici es quien está en lo cierto)—; ¿no basta con qué destruyas tu salud, sino que infestas nuestra casa?» Sin embargo, Catalina perseveró en su obra de caridad. A imitación del Samaritano, curaba diariamente la horrible úlcera con vino y aceite, y un día, habiendo recogido en una escudilla la materia que acababa de extraer de la llaga, estuvo a punto de vomitar a su vista. «Entonces —prosigue el viejo relato—presa de un como santo odio contra sí misma», llevó la abominable escudilla a sus la-

bios y bebió el espantoso contenido amarillo y verde...

Habiendo sido referido a Raimundo de Capua, algunos años después, este acto heroico de su juventud, el dominico se estremeció. «¿No era espantoso?,» preguntó a Catalina, sentada a sus pies. «No—murmuró la Sienesa—; no he probado jamás nada más suave.»

Sería menester ver cómo nosotros, hombres de nuestro tiempo, incluso los católicos, estimaríamos una acción semejante. Invocamos nuestros dioses, la higiene y la estética, como los demás, y nos alejamos de Catalina, que bebe una escudilla de pus. Pero Andrea, la perversa enferma, no se alejó de ella: «Hija mía, hija mía—exclamó, llamándola *figlia*, según la costumbre de las viejas italianas—; hija mía, hija mía, ¿es que quieres matarte?» Y de aquel corazón empedernido manaron lágrimas. Pidió a Catalina que la perdonase e hizo buscar a la priora de las *Mantellatas* para desmentir formalmente el mal que había dicho de su joven enfermera. «El amor más fuerte logra la victoria», ha dicho un poeta. Durante la noche siguiente Catalina tuvo una nueva visión. Se le apareció Nuestro Señor y, tomándola por el cuello, la atrajo contra su pecho, y apoyando su boca en la herida abierta de su corazón, Catalina bebió a grandes tragos la sangre del Divino Mártir, y del Divino Héroe con que anhelaba llenar su propio corazón.

Seguramente se refería a esta hora cuando escribía más tarde al prior general de los Cartujos, Guglielmo Rainaudo: «La sangre del humilde Cordero sin mancha es preciosa y gloriosa. ¿Quién será tan insensible y duro

que no tome la copa de su corazón y no vaya, con amor, al costado de Jesucristo, del que esa sangre brota en abundancia?».

«Desde este día—afirma Raimundo de Capua—la reputación de Catalina no hizo sino aumentar», y muchas personas fueron a verla, como hace pocos años algunas personas poderosas iban en peregrinación a Lucca para ver a Gemma Galgani.

Así, Catalina, enferma, descansaba un día en su celda, cuando un «Servidor de Dios», de Florencia, sin duda un eremita u otro religioso, se presentó en su casa, y sin otro preámbulo la abrumó con injurias y reproches. Sin contestar palabra, Catalina se incorporó en su lecho y permaneció inmóvil y muda, con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho. El piadoso visitante, que había querido probar su humildad, se retiró muy satisfecho. «Es como oro puro», manifestó al confesor de la Sienesa, que le acompañó fuera.

El franciscano Fra Lazzarino de Pisa fué un crítico más severo y más difícil de convencer. Era profesor de Teología en el convento franciscano de Siena y se le estimaba mucho como profesor en San Francisco... Impulsado tal vez por la antigua rivalidad existente entre las dos Ordenes, persiguió a Catalina, haciendo circular acerca de ella rumores desfavorables en la ciudad y en el convento, y ridiculizando a las personas con ella relacionadas. Atacó principalmente a Fra Bartolommeo di Dominici, que daba entonces un curso sobre las Sentencias de Pedro Lombardo, tratando de quitarle alumnos,

y resolvió empezar una serie de predicaciones para confundir a Catalina y a sus secuaces. A fin de hallar materia para sus sermones, decidió ir a visitarla, convencido de que se descubriría en seguida durante la conversación, y le haría ver que no era una persona piadosa sino una hereje.

Una noche, era precisamente el santo de Catalina, el 25 de noviembre, hizo irrupción en la celda de Fra Bartolommeo y le rogó que le sirviese de introductor para con la virgen; el dominico, imaginando en su sencillez que el otro reconocía sus yerros, se apresuró a pedir autorización a Fra Tommaso della Fonte; después acompañó muy satisfecho a su rival a la *via dei Tintori*. Ambos penetraron en la celda, invadida por la sombra, donde Catalina les invitó a tomar asiento; el franciscano se instaló en el cofre de los vestidos y el dominico en el banco de enfrente, mientras ella, según su costumbre, se sentó en el suelo, a los pies de Fra Lazzarino.

Reinó silencio algunos instantes; ni Catalina ni el pisano empezaban la conversación. Este último tomó, al fin, la palabra, y Fra Bartolommeo nos refiere lo que sigue:

Fra Lazzarino: «He oído hablar mucho de tu santidad, y sé que el Señor te ha dado la inteligencia de comprender e interpretar la Escritura; he venido con la esperanza de recoger de tu boca una palabra de edificación y de consuelo.»

Ahora bien; la interpretación personal de la Escritura era uno de los puntos en que se podía fácilmente coger a

Catalina y confundirla. Catalina, sospechando el lazo, contestó:

«Es para mí una gran alegría el veros, pues debéis conocer a fondo las Sagradas Escrituras, ya que las comentáis todos los días para hacer de ellas el alimento y la consolación de las almas, y habéis venido sin duda a edificar y fortalecer la mía, como os ruego lo hagáis.»

Aquello era un torneo, y durante algún tiempo cambiaron algunas preguntas, como dos adversarios de fuerza igual que miden sus respectivas fuerzas jugando la espada. Catalina, sin embargo, no se descubrió ante el temible teólogo, y las campanas que tocaron el *Angelus* dieron la señal para la partida de ambos religiosos. «Volveré a una hora más oportuna», dijo el profesor, levantándose.

Seguidamente Catalina lo acompañó hasta la puerta de su casa, y, arrodillándose para despedirse, le pidió su bendición, recomendándose a sus oraciones... Fra Lazzarino dibujó negligentemente la señal de la cruz, agregando, como lo pedía la cortesía: «Ruega también por mí, hermana mía», alejándose después entre defraudado y desdeñoso. No sospechaba que Catalina le había adivinado: «Buena muchacha; pero no muy lista», pensaba haciendo su camino de vuelta. Con esto se fué a acostar, pues al día siguiente debía dar una clase que había de preparar por la mañana temprano. Pero, llegado el día, en vez de hallarse dispuesto, satisfecho de sí mismo y de la existencia, se despertó profundamente triste. Se vistió; pero su mal humor persistía, y de re-

pente, sin saber la causa, prorrumpió en llanto. El profesor aborrecía la sensiblería y secó sus lágrimas con cólera; pero redobló la violencia de su llanto. Ya se paseaba por la celda, ya se apoyaba, gimiendo siempre, en las paredes encaladas. Como hombre razonable que era, Fra Lazzarino se puso a escudriñar la causa de aquellas lágrimas absurdas. En primer término exploró el dominio natural: «Tal vez me he detenido demasiado ayer tarde con los demás hermanos y hemos bebido más de lo justo. O bien he dormido sin ponerme la capucha.» Sin embargo, su conciencia nada le reprochaba en cuanto a la bebida, y a despecho del horror que inspira a un italiano estar descubierto (*tenga in capo* (1) es la primera fórmula de cortesía en Italia), se resistía a creer que un ligero resfriado le pudiera ocasionar semejante dolor. El tiempo pasaba; sus lágrimas no cesaban; la clase hubo de ser suspendida y Fra Lazzarino se resignó a pasar el día entero en su celda. Dirigió sus indagaciones hacia el terreno sobrenatural. Esta aflicción inexplicable podía ser el presagio de una gran desgracia. «¿Habrá muerto mi madre de repente? Mi hermano, ¿habrá sido muerto en algún combate?», se preguntaba. «O bien, ¿habré ofendido a Dios gravemente?»

Pasó el día y Fra Lazzarino seguía inconsolable. Llegó el crepúsculo y le vino a la memoria lo que había hecho el día antes a la misma hora... Vió la pequeña habitación donde una lámpara ardía perpetuamente ante un Cruci-

(1) «Cúbrase usted.»

fijo, y sentada a sus pies, en la estera que cubría el suelo de ladrillo. la joven delgada y frágil, de pálido rostro, que fijaba en él sus ojos escrutadores... Vió sus labios que se abrían para hablar y comprendió cuál había sido su culpa. Comprendió que Catalina, llena de verdad, era la que estaba realmente consagrada a Dios, aquella cuyos actos se conformaban con su fe..., y reconoció que él era un predicador hipócrita, un hombre de palabra ardiente, pero de corazón helado, que en el fondo no creía, no *podía* creer, porque estaba dominado por el amor propio. Dirigió una ojeada en torno a su celda confortable, con su biblioteca bien provista, su buena cama, sus mullidos sillones y recordó que se había atrevido a juzgar a la que, a ejemplo de su Divino Modelo, vivía en la pobreza; a la que tan humildemente se había recomendado a sus oraciones, implorando su bendición mientras él indicaba en el aire con la punta de los dedos una vaga señal de la cruz, lanzando distraídamente un «Ruega también por mí, hermana mía.»

Cuando Fra Lazzarino hubo comprendido todo esto, sus lágrimas disminuyeron, como las de un niño que, después de haber sollozado en el seno de su madre o en las rodillas de su padre, al levantar el rostro ve que los ojos amados vuelven a mirarle risueños. Y, alegre como un niño, el sabio profesor secó sus lágrimas, movido del único deseo de ir en busca de Catalina para confesarle la vanidad y la suficiencia de su alma y suplicarla que le perdonase por haberse atrevido a juzgarla...

Muy de mañana, antes de que la aurora tardía de un

día de noviembre hubiese empezado a apuntar, Fra Lazzarino llegaba a la puerta de la casa de Catalina. Ella misma acudió a abrirle, y al verla se postró a sus pies. Pero la joven, arrodillándose a su vez, le suplicó que se levantase y ambos entraron en la celda. Fra Lazzarino no quiso sentarse esta vez en el cofre, como en una cátedra, y se sentó en la estera, al lado de Catalina. Y allí, en *la celda del conocimiento de sí mismo*, el sabio teólogo abrió su corazón a Catalina: «Hasta aquí no conocía más que la corteza del cristianismo; tú posees su medula», exclamó. Descendió sobre él una gran paz, mientras corrían de nuevo sus lágrimas (lágrimas de felicidad esta vez), oyendo a Catalina, madre de almas, que con dulzura y firmeza le recordaba lo que significaba su traje oscuro, sus pies descalzos, su cuerda de tres nudos y le remitía al guía espiritual que, en su juventud, había prometido seguir y que abandonara y traicionara después: el *Poverello* de Asís. «Es para vos el camino de la salvación—terminó la dominica—; despreciad todos los resplandores del mundo; repartid vuestro dinero y vuestros bienes superfluos; seguid humildemente a Cristo crucificado y a vuestro padre San Francisco.»

Fra Lazzarino volvió al convento—el hermoso y gran convento que es hoy el seminario arzobispal—, reunió cuanto dinero y vestidos de sobra poseía para darlos a los pobres, y sólo conservó algunos volúmenes de su soberbia colección de libros.

Así, una vez más Saulo se había convertido en Pablo; un perseguidor en discípulo. Pero Fra Lazzarino hubo

de padecer mucho con esta brusca transformación. «Ayer atacabas a Catalina; hoy cantas sus alabanzas», le decían mofándose; a tal punto, que acabó por retirarse completamente de su comunidad y se instaló en la ermita de San Colombaio, en el Monte Amiata, que sólo abandonaba para predicar en las cercanías. Pero sus sermones eran mejores que nunca, Catalina le consolaba y confortaba en sus contrariedades y él consideraba como una alegría y un honor oir murmurar a su paso: «Ved al *Caterinato*.»

VII

«Todos los santos de Dios se hallan unidos por el vínculo de la caridad; pero participan de una manera especial en la felicidad de aquellos a quienes han amado más en este mundo. Por este amor crecen en gracia y en virtud, provocándose unos a otros a procurar mi gloria y honrar mi nombre en sí mismos y en el prójimo... Este amor no lo pierden en la vida eterna, lo conservan siempre y él hace más abundosa su felicidad. No quiere esto decir que la copa de su felicidad pueda hacerse más grande o necesite llenarse: está llena y no puede ser mayor; pero experimentan una embriaguez, un contento, un júbilo, una alegría que se renuevan sin cesar en ellos a la vista del bien que el Señor ha operado en sus almas»—dice la Santa en sus diálogos.

Una exultazione, una giocunditá, uno giubilo, una allegrezza, el sonido mismo de las palabras elegidas por Catalina, atestiguan lo que significaba a sus ojos la amistad que existe entre las almas, el recíproco amor de los que se hallan animados de los mismos sentimientos: en el mismo cielo, subsistirá. ¡De cuánto consuelo dulzura, contentamiento y alegría debían serle sobre la

tierra la amistad de sus amigos y el amor de sus discípulos!

Se encontraba perfectamente en medio de su *bella brigata*, como se complacía en llamar al círculo que se formaba a su alrededor. A sus antiguos amigos los dominicos y a sus primeros compañeros: Alessia, Lisa, las dos Catalinas, Francesca Gori, se unieron otros varios, entre los que sólo figura una mujer, Giovanna Manetti, esposa de Nello Cinughi, perteneciente a la familia de los Pazzi, célebres en la historia de Florencia y designados vulgarmente con este nombre de familia. Pero como en italiano *Pazzo* quiere decir «loco», Giovanna fué pronto apodada «Juana la loca,» *Giovanna Pazza*, de lo que se vengaba llamando a Cecca (Francesca) Gori, *stolta Cecca*, «Francesca la tonta», y a Alessia «la gorda Alessia». Las mismas interesadas empleaban estos epítetos afectuosos, y cuando escribían cartas en nombre de Catalina, le daban recuerdos de su parte, firmando entonces *Alessia Grassotta* o *Stolta Cecca*. Alessia termina así una carta dirigida a Bartolommeo di Dominici y a Antonio di Nacci Caffarini: «Alessia se complace en saludaros cien mil veces, desea mucho volveros a ver y le extraña mucho que no hayáis escrito. Dios os lleve a todos a aquel lugar bendito en donde nos veremos cara a cara en la presencia del Señor.» Y añade en una *postdata*: «La inútil Alessia iría envuelta en esta carta de buena gana para reunirse con vos de esta manera.»

Es fácil representarse la clase de influencia que Ca-

talina ejercía sobre sus discípulos leyendo las cartas que les dirigía en el curso de los viajes que la alejaban de Siena. Además del confesor, la Iglesia tiene otro guía de almas, el que se llama el *director espiritual*. Podemos decir que es este último el que se halla encargado de la tarea más delicada, mientras la labor más basta se confía al confesor. Catalina era el *director espiritual* de toda su brigada. «Yo, Catalina, tu indigna y miserable madre—dice en una carta a Alessia—, deseo que llegues a la perfección para que has sido elegida. Paréceme que para llegar a ella hay que caminar con orden y discreción. Hay que hacer todas nuestras obras con mesura y sin medida. Conviene amar a Dios sin medida; el amor que le tengamos no debe conocer límites... Pero, para alcanzar la perfección, debes regular tu vida. La primera regla es huir de la conversación de toda criatura, a menos que la caridad no exija otra cosa; ama a todos los hombres, pero no los busques, y, aun con las personas a quienes ames con amor espiritual, procura guardar la medida... Si no lo haces, vendrás fácilmente a distraer en provecho de las criaturas el amor que sólo a Dios se debe. Amándoles sin freno, dificultarás su perfección... Sé como un vaso que llenas en una fuente y en el que bebes mientras está bajo el grifo de la fuente (1). Supongamos que tu corazón esté lleno de amor de Dios: si no permanece en Dios, estará pronto vacío. ¿Quieres una prueba? Hela aquí:

(1) Catalina pensaba en Fontebranda.

cuando alguna persona amada te causa algún sufrimiento, si sufres por otra cosa que por la ofensa hecha a Dios, esto prueba claramente que tu amor es imperfecto todavía y que bebes fuera de la fuente.

»Me preguntas cómo hacer perfecto ese amor que es imperfecto. Helo aquí: se trata de corregir y castigar los movimientos de tu corazón por el conocimiento de ti misma, por el odio y el desprecio de tu imperfección, es decir, reprochándote por ser lo bastante depravada para dar a la criatura lo que sólo a Dios debes dar; para amar a Dios con medida y a la criatura sin ella. Esfuérzate por amar a toda criatura y a todas las cosas en Dios y por corregir tus afecciones mal regidas. Hazte, hija mía, dos habitaciones: una en tu celda, para no ir a charlar a todas partes, de la que sólo saldrás por necesidad, por obediencia a la superiora o por caridad; después, hazte otra celda espiritual, que llevarás siempre contigo: la celda del verdadero conocimiento de ti misma. Allí encontrarás el conocimiento de la bondad de Dios para contigo. A decir verdad, son dos celdas en una, y si construyes la una has de construir infaliblemente la otra, sin lo cual tu alma se dejaría ir a la inquietud o a la presunción. Si sólo te conocieres a ti misma, caerías en el desaliento; si no conocieras más que la bondad divina, serías tentada de presunción. Precisa, pues, que ambos conocimientos se unan y formen una misma cosa. Obrando así, llegarás a la perfección, pues por el conocimiento de ti misma adquirirás el odio a tu naturaleza sensual, y armada con la

espada de este odio, te sentarás en el tribunal de tu conciencia para ver el proceso de tus sentimientos. De este conocimiento surge también la fuente de la humildad, que te hará soportar con paciencia y alegría las injurias, la pérdida de los consuelos, toda clase de penas, vengan de quien vengan. El alma humilde se siente confortada con las persecuciones y la deshonra le parece una gloria; se regocija de ella porque ve el castigo de su voluntad sensitiva que se rebela sin cesar contra Dios y porque así se hace semejante a Jesús crucificado, que es el camino de la verdad.

»En el conocimiento de Dios hallarás el fuego de la divina caridad. ¿En dónde serás feliz? En la Cruz, con el Cordero sin mancilla, buscando su honor y la salvación de las almas mediante humildes y continuas oraciones. En esto estriba toda nuestra perfección. Hay que hacer otras cosas, pero la oración es la principal, porque recibimos de ella tantas luces que no podemos engañarnos en las acciones que de ella emanan. Regocíjate, hija querida, en compartir los oprobios de Cristo y vela sobre los movimientos de tu lengua, a fin de que no responda nunca a los movimientos reprensibles de tu corazón; antes bien, lo que oculte tu corazón, haz que redunde en odio y desprecio hacia ti misma. Haz de modo que seas la más pequeña entre las pequeñas; sujétate con paciencia y humildad a las demás criaturas, no excusándote, sino diciendo *mea culpa*... Ordena bien tu tiempo y, después de haber concedido a tu cuerpo el necesario reposo, recita los maitines, ve por la ma-

ñana a la iglesia, sin perder el tiempo en vanas conversaciones... Después de la comida de medio día, recógete algunos instantes y dedícate a algún trabajo manual que sea útil... Cuidarás con celo a tu anciana madre, procurándole cuanto necesite: es tu deber. Procura hacer de aquí a mi llegada lo que te prescribo. Permanece en la santa y dulce dirección de Dios. Dulce Jesús, amor mío.».

Catalina es una madre tierna, pero severa; quiere que se haga lo que ordena, y las expresiones de este género: «haced esto, sed así», aparecen sin cesar en sus cartas. Se siente reina nata y tiene derecho a mandar, porque lo que manda es razonable y justo.

En una carta de la misma época, dirigida a Catalina Scetto (o Ghetto) desenvuelve uno de sus temas favoritos: la identidad entre el amor de Dios y el del prójimo. «Concebimos las virtudes en el amor de Dios y las damos a luz en el amor al prójimo—escribe—; amando a tu prójimo sin segunda intención relativa a tu interés espiritual o temporal, serás una verdadera servidora de Dios y responderás al amor del Creador hacia ti con el amor al prójimo. Serás una esposa fiel y no una perjura. Es preciso que, como esposa de Jesucristo, te hagas la servidora del prójimo. No podemos servir a Dios de otra manera ni bajo otra forma; debemos, pues, servir a nuestro prójimo con verdadero y sincero amor.»

Las relaciones entre la esposa mística y Cristo esposo son siempre de esencia puramente moral. El amor de Dios se manifiesta por el amor al prójimo y el servicio

de Dios consiste en servir al prójimo. Tal es la doctrina del Nuevo Testamento: «Sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos; el que no ama permanece en la muerte», dice el apóstol San Juan.

Fué para Catalina una alegría inmensa cuando su anciana madre Lapa se unió al círculo de sus discípulos; los vínculos de la sangre no son suficientes para unir las almas entre sí; tal vez ocurre esto raras veces. Los miembros de una misma familia se hallan separados frecuentemente unos de otros por sus convicciones, sus diferentes maneras de ver y su concepción de la vida. Jesús pensaba en esto cuando declaró que había venido a traer la espada y no la paz. «He venido a separar al hijo de su padre y a la hija de su madre.» «El hombre tendrá por enemigos a los de su propia casa.»

Lapa, tan apegada a la tierra, tan práctica como sobrenatural su hija, era la antítesis de Catalina. Grande fué la desesperación de ambas cuando, en 1370, Lapa cayó gravemente enferma; porque este estado parecía presagiar una muerte próxima, y Lapa no quería dejar esta vida en modo alguno. Catalina le propuso en vano la visita del sacerdote y los Sacramentos. «No quiero oir hablar de esto—murmuraba Lapa—; pero, si eres tan santa como dices, ve a rogar a Nuestro Señor que me cure.» Catalina se alejó con el corazón oprimido, y, mientras se hallaba absorta en su plegaria, el estado de su madre empeoró. Lapa Benincasa exhaló el espíritu ante su nuera Lisa Colombini, Catarina di

Ghetto y otra *Mantellata* llamada Agnola di Vannino.

«¿No me habías prometido, Señor, que ninguno de los míos perecería?», gimió Catalina cuando le trajeron la noticia. Jesús se lo había prometido expresamente el día de la fiesta de San Agapito, el mes de agosto de igual año, y era prenda de esta promesa el dolor que sentía en la mano derecha. Por tanto, luchó de nuevo con el Señor mediante la oración y obtuvo el triunfo. Lapa volvió a la vida y vivió mucho más de lo que ella misma hubiera deseado. Sus hijos y sus nietos murieron antes que ella, así que acabó por encontrarse completamente sola, retirada en su habitación de la vía Romana, lejos de Fontebranda, olvidada y abandonada de todos, incluso de la muerte. «Creo que mi alma se halla como atravesada en mi cuerpo, puesto que no puede salir de él», decía con frecuencia... Pero después de su enfermedad se había operado en ella una gran transformación. Hízose *Mantellata*, se asoció a las obras de su hija y la acompañó en su último viaje a Roma. Las escasas cartas que le escribió Catalina son muy cortas y dos de ellas son claramente respuestas a las quejas de la madre por su soledad. Su hija le remite al ejemplo de la Santísima Virgen que, en vez de retener a los apóstoles en Jerusalén, después de la ascensión, les permitió que se fuesen por el mundo para predicar el Evangelio. Los discípulos hubieran seguido gustosos al lado de María; pero su misión les llamaba a otro lugar. Como verdaderos discípulos del Señor, debemos igualmente negarnos a nosotros mismos y no pensar más que en el honor de Dios y

en la salvación de los hombres: «A esto me ha destinado mi Creador, madre queridísima, y no estoy en la tierra para otra cosa».

A los religiosos y a las mujeres se unieron pronto hombres de mundo, jóvenes o viejos, que formaron un tercer grupo en la «brigada» de Catalina. Uno de los primeros fué Micer Matteo di Cenni Fazi, quien, de acuerdo con su amigo Francesco di Lando, se presentó por pura curiosidad en casa de Catalina para verla en éxtasis. Este espectáculo conmovió tan fuertemente a estos dos hombres y les dió tal impresión del mundo invisible con el que Catalina estaba en comunicación, que decidieron volver para hablar con ella. «Si su vista produce semejante efecto—se dijeron el uno al otro—¡cuántas ventajas no obtendremos de sus consejos!» Los dos, desde entonces, buscaron su compañía y llegaron a ser sus fieles discípulos. Micer Matteo, que había llevado hasta entonces una vida bastante mundana, pero que había sido conducido a mejores pensamientos por William Flete de Lecceto, se consagró a las obras de caridad, como rector de un hospital importante de Siena, *la Casa della Misericordia.*

Neri (Rinieri) di Landoccio dei Pagliaresi era de condición del todo diferente: era un apuesto mozo que leía a Dante, escribía lindos versos y tenía mentalidad de poeta, «tan pronto transportado hasta el cielo, tan pronto triste, con tristeza mortal». De igual modo que Colombini, había encontrado una madre espiritual en Monna Pavola Foresi, abadesa de Santa Bonda; Neri sentía ger-

minar en su alma sentimientos filiales con respecto a Catalina. «Me has suplicado que te adopte como hijo —escribe en la primera carta que le dirige—; y, aunque miserable e indigna, te he adoptado con gran amor, comprometiéndome a responder ante Dios de todas las faltas que hayas cometido y que puedas cometer.»

Sufrir la pena de los pecados ajenos, tal era el más ardiente voto de Catalina; lo promete sin cesar a sus amigos, y Caffarini atestigua que decía frecuentemente a Dios en su plegaria: «De igual modo que tú, ¡oh, Señor!, cargas con los sufrimientos que hemos merecido, quiero expiar las faltas de todos mis hijos espirituales.» «Comenzad una vida nueva—escribe al notario Ser Antonio di Ciolo—y tomaré sobre mí vuestros pecados, que consumiré en las llamas de la caridad divina; después haré penitencia por ellos con lágrimas y súplicas.»

Lo promete igualmente al joven poeta sienés; tiene, pues, derecho a decirle lo que espera de él, a saber, que se aparte enteramente del siglo, porque el mundo es opuesto a Dios y Dios al mundo, y no pueden tener nada común... El Hombre-Dios ha elegido por lote la pobreza, las injurias, los tormentos del corazón, la deshonra, el hambre y la sed; ha despreciado la gloria y los honores humanos, no buscando nunca más que la gloria de su padre y nuestra salvación; ha perseverado hasta el fin en una verdadera y perfecta paciencia, porque no había orgullo en él, sino humildad perfecta... El mundo, por el contrario, busca la gloria, los honores, las delicias, el

orgullo, la impaciencia, la avaricia, el odio, la venganza, el amor de sí mismo, que empequeñece el corazón hasta el punto de no dejar espacio, en él, para Dios y el prójimo.

«Y, sin embargo, ¡cómo se engañan esos insensatos que siguen al siglo maldito! Buscando la gloria, encuentran la deshonra; persiguen las riquezas y sólo encuentran la indigencia, porque carecen de los verdaderos tesoros; buscan la alegría y las delicias y sólo experimentan tristeza y amargura, porque se hallan privados de Dios, que es la alegría suprema. No quieren la muerte ni el trabajo y se ven precipitados en el abismo de la perdición; ambicionan la fuerza y la estabilidad y se alejan de la piedra viva.»

Aquí, como en muchos casos, Catalina se revela como realista inflexible que, viendo la realidad tal cual es, se inclina ante la evidencia. Con el Apóstol reconoce que «la figura de este mundo pasa». Y, según el espíritu del Evangelio, desarrolla la paradoja fundamental del cristianismo: «El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo, la encontrará en la eternidad.» «Los verdaderos servidores de Dios—escribe a Neri di Landoccio—se esfuerzan por apartarse de toda semejanza con el mundo..., queriendo para sí mismos aquello que Cristo prefirió; pero reciben lo contrario. Han elegido la pobreza y el rebajamiento, y son glorificados; la paz, la alegría, y una dicha total constituye su parte. Nada tiene esto de asombroso, porque se hallan transformados por la soberana Bondad y la eterna Verdad, es decir, Dios, que

encierra todos los bienes y satisface todos los santos deseos.»

Neri dejó a su familia y se dedicó a Catalina, a la que sirvió de secretario. Su alma, sumamente impresionable, continuó siendo presa de los sentimientos más diversos. Era víctima de su imaginación, que le representaba las cosas más pequeñas con exageración y diferentes de lo que eran en realidad. Sinceramente piadoso, se hallaba atormentado por dolorosos escrúpulos, y dudaba constantemente de sí propio; como Lutero, un siglo después, se figuraba que era imposible su salvación. Catalina tenía en todo instante que reanimar y consolar este alma, semejante a «una hoja agitada por el viento». Las cartas que le dirigió son casi siempre breves, como un aliento sobre el papel; como hace un amigo cuando sabe que la sola vista de su letra puede ser un consuelo para su amigo. Le da consejos prácticos: «No abandones la oración, toma todos los domingos la Sagrada Comunión». «No te escandalices de nada y acepta de buen grado los sufrimientos corporales».

Una sola vez entra en detalles sobre los combates espirituales del joven: «Deseo que la turbación de tu alma se disipe y desaparezca en la esperanza de la sangre de Jesús y en el fuego de la inefable caridad de Dios... ¿No está El más dispuesto a perdonar que nosotros a pecar? ¿No es El nuestro médico y nosotros sus enfermos? ¿No ha cargado con nuestras iniquidades? La turbación del alma, ¿no es a sus ojos el mayor defecto? Sí, ciertamente, hijo querido. Abre los ojos de la inteligencia a la luz de

la santa Fe y mira cuán amado eres por Dios. No te dejes abatir ni desalentar viendo por un lado su amor, por otro, la fragilidad e insensibilidad de tu corazón... Cuanto con más claridad veas lo mal que correspondes a las gracias que te concede tu Creador, tanto más debes humillarte y decir con santa resolución: lo que no hice hasta ahora quiero hacerlo en lo sucesivo. Sabes bien lo que te he dicho del desaliento: es una lepra que devasta el alma y el cuerpo, paraliza los santos deseos y hace al alma insoportable a sí misma. Agitando sin cesar la conciencia, la priva de la luz sobrenatural y oscurece la luz natural... El alma cae en numerosas infidelidades, porque no conoce la verdadera razón por lo cual Dios la ha creado: la ha creado para darle la vida eterna. Te suplico, pues, que triunfes del demonio por santas aspiraciones, por una fe viva y una firme esperanza en la sangre de Jesús.»

Neri presentó sus amigos a Catalina, llegando muchos de ellos a ser sus discípulos. Tal fué, por ejemplo, el caso de Gabriele di Davino, perteneciente a la ilustre familia de Piccolomini (más adelante un Piccolomini, ascendido al trono pontificio, había de canonizar a Catalina). Su hijo Giovanni di Gabriele se hizo dominico y murió en olor de santidad.

También fué amigo de Neri el noble sienés Francesco de Messer Vanni Malavolti, cuyas relaciones con Catalina fueron una serie ininterrumpida de alejamientos y de retornos. Muchos años después refería él mismo, hablando de su juventud:

«Tenía yo entonces veinticinco años y estaba orgulloso de mi nacimiento y de mi sangre. Los bienes temporales me fueron concedidos con largueza; y bajo la influencia de las pasiones de la juventud, llevé una vida desenfrenada, como si la muerte no hubiera de alcanzarme como a otro cualquiera. No pensando más que en las diversiones mundanas y en los placeres carnales, ninguna consideración me detenía cuando se trataba de obtener una satisfacción sensual. Entre mis muchos compañeros, amigos y contemporáneos, se hallaba un hidalgo llamado Neri di Landoccio di Messer Neri di Pagliaresi, con quien pasaba muchos ratos, porque era amable y culto y yo admiraba los hermosos versos que él componía. Mucho después de comenzar nuestra amistad, Neri oyó hablar de la célebre virgen Catalina, y, sin comunicármelo, fué a verla en varias ocasiones. Yo me asombraba de las extraordinarias transformaciones operadas en él. Pero Neri, que lamentaba mi vida desordenada y que se preocupaba más de la salvación de mi alma que de los placeres de mi cuerpo, me preguntaba con frecuencia si quería acompañarle en sus visitas. Yo le embromaba y no prestaba atención a su ofrecimiento. Transcurrió así algún tiempo; pero como continuase insistiendo en su pretensión, le prometí, por amistad, acompañarle, pensando en mi interior que si Catalina trataba de predicarme o de hablarme de confesión, le contestaría de modo que no le quedasen ganas de volver a la carga.»

Y entonces Francesco Malavolti hubo de reconocer lo que otros muchos habían reconocido antes que él: «que

conquistaba a cuantos se acercaban a ella». Como dijo uno de sus discípulos de los últimos años, el notario pontifical Tommaso di Pietro, «su rostro siempre resplandeciente y su sonrisa angelical tenían la virtud de incitar a todas las almas a hacer la voluntad de Dios». Esto ocurrió con Francesco Malavolti. Entró en su casa, como nos dice él mismo, «como hombre animal y casi satánico»; pero apenas se halló frente a ella, se puso a temblar con todos sus miembros, y a la primera palabra que ella pronunció, sintió—como canta Verlaine—«un corazón joven y bueno palpitar en su pecho». Fué en seguida a confesarse y empezó una nueva vida. A pesar de su matrimonio con una hermosa y dulce joven de noble origen, hasta entonces había rondado como un fauno alrededor de las hijas y de las jóvenes esposas de los aldeanos.

Desde entonces renunció incluso a la vida conyugal y pasó el tiempo en las iglesias o bien sentado a los pies de Catalina en el círculo piadoso de sus amigos, en vez de correr de fiesta en fiesta con los demás jóvenes que componían la *brigata spendereccia.*

Durante la luna de miel de esta conversión aconteció que Francesco Malavolti cayó en un pecado grave. No dice cuál; pero debemos suponer que sucumbió a una de sus antiguas tentaciones. Después de una vida como la suya tuvo que romper varios vínculos, y pudo ocurrir que alguna de las jóvenes que antes trataba le suplicase la concediese una última cita en los campos de olivos solitarios de los alrededores de Siena...

Pero esta vez Francesco torna con la conciencia dolorida. Un gusto amargo ha sucedido en sus labios a los ardientes besos, y esta noche recorre tristemente el camino que lleva a casa de Catalina. Esta, con su mirada maternal, descubre pronto que no es el mismo de la víspera... Nota en torno suyo la atmósfera agitada del pecado. Y, despidiendo pronto a los demás, invita a Francesco a sentarse a su lado. «¿Cuándo te has confesado la última vez?», pregunta en cuanto están solos.

«El sábado», contesta. Y era verdad. Todos los discípulos de Catalina se confesaban los sábados, para comulgar el domingo. Y, sin duda, se había dicho en el fondo de su conciencia que confesaría su falta y que todo volvería a la normalidad...

Pero Catalina no quería que el mal tuviese tiempo para arraigar en él; quería separar en seguida el trigo de la cizaña.

«Vete a confesar sin tardanza, hijo mío», le dijo gravemente.

Francesco resistió, no dándose por entendido.

«Queridísima *Mamma*—dijo—mañana es sábado e iré a confesarme.»

Entonces Catalina volvió hacia él un rostro llameante. «¡Cómo, hijo mío! ¿Crees de verdad que ignoro lo que has hecho? ¿No sabes que mi mirada sigue continuamente a mis hijos en los caminos que emprenden? No podéis hacer *nada*, ni decir *nada* sin que yo no sea informada al punto. ¡Imaginas que podías ocultarme tu mala acción! ¡He aquí lo que has hecho en tal sitio a tal hora! Ve,

pues, a purificarte en seguida de tan gran miseria.»

No fué la única vez que Francesco Malavolti quebrantó sus buenas resoluciones. Hubo, en particular, una época, hallándose Catalina lejos de Siena, en que el joven hidalgo se dejó arrastrar a los senderos del mal. «Queridísimo hijo en Cristo, el dulce Jesús—le escribió—; parece como si el demonio te hubiese encadenado de tal suerte que no puedas retornar al redil, y yo, tu pobre madre, voy buscándote y llamándote, porque quisiera llevarte sobre los hombros de mi dolor y mi compasión para volverte al camino recto. Abre, pues, queridísimo hijo, los ojos de tu inteligencia; sal de las tinieblas y considera tus faltas, no para desesperarte, sino para conocerte a ti mismo y poner tu confianza en Dios. Reconoce que has desperdiciado miserablemente los tesoros de gracia que tu Padre te había otorgado. Haz como el hijo pródigo: había dilapidado todos sus bienes y se encontraba en la miseria; entonces se volvió hacia su padre. Tú también eres pobre y necesitado: tu alma muere de hambre... ¡Ay!, ¿Qué ha sido de tus piadosas resoluciones? ¡Cuán digna de lástima soy! El demonio ha robado tu alma y todos tus buenos deseos. El mundo y los mundanos te han tendido lazos ofreciéndote sus alegrías y sus placeres desordenados. Levántate ahora y busca el remedio; no duermas, consuela mi alma y deja de ser el enemigo de ti mismo y de tu salvación. No te hagas rogar más; no te dejes engañar por el demonio, ni por el temor ni por la vergüenza, y no te alejes de mí. Rompe esa cadena; ven, ven, queridísimo hijo. ¡Bien puedo llamarte

querido cuando tantas lágrimas y angustias me cuestas! Ven, pues, y vuelve al redil.»

Como una buena madre inquieta, Catalina llamaba así a su hijo perdido, y éste volvió confundido, pero dichoso, a sentarse de nuevo a sus pies. Volvió para desaparecer nuevamente; y las *Mantellatas* que rodeaban a Catalina se indignaban con esta inconstancia, esta versatilidad, esta indecisión entre el cielo y el infierno. Sólo Catalina no se escandalizaba ni se indignaba jamás; era siempre la misma *dolcissima Mamma* y contestaba con su dulce sonrisa a los lamentos de sus compañeras: «Es un pájaro salvaje; pero no se me escapará. En el instante preciso en que me crea lejos de él, le echaré al cuello un lazo, del que no podrá deshacerse.» «Las hermanas y yo nos burlábamos de estas palabras», escribe Malavolti. Pero ellas vinieron a su memoria después de la muerte de Catalina, cuando, habiendo perdido a su mujer y sus hijos, se hizo religioso. En su celda de Monte Olivetto comprendió lo que Catalina entendía por el lazo que le quería tender...

No hay que decir que la conversión de Francesco despertó la indignación de sus antiguos amigos. Por una razón tan misteriosa como significativa, ocurre que el que resuelve llevar una vida honesta y regular es casi siempre mal visto por sus antiguos compañeros, a cuyos ojos es más despreciable convertirse que cometer falsedades. Dos de los compañeros de orgía de Francesco no podían perdonarle su defección: Neri di Guccio degli Ugurghieri, del cual los Malavolti eran deudos, y Niccolo

di Bindo Ghelli. Siempre que se presentaba ocasión, tronaban contra Catalina; «y no temeríamos decírselo en su cara», aseguraban. Francesco les ofreció presentarlos a ella, no sin prevenirles que su conversión era inevitable. «Aunque fuera Nuestro Señor en persona, no podría con nosotros», respondieron los dos hidalgos con petulancia. Fueron, pues, a ver a Catalina; se sentaron de cara a ella, que les dirigió la palabra en aquella hermosa lengua pura y clara como el agua de una fuente que se oye aún en nuestros días en boca de los niños y de las mujeres de Siena. Les saludó con una sonrisa, aquella sonrisa de que sus discípulos hacen con frecuencia mención en los escritos dedicados a su memoria y que debía ser irresistible. Sin darse ellos cuenta, los ojos de ambos pecadores se llenaban de lágrimas; Catalina era tan buena y tan pura, y ellos tan malvados y tan impuros... Y ambos cayeron juntamente de rodillas a sus pies: «*Madonna*—balbucieron —, dinos lo que debemos hacer. Iremos en peregrinación a Roma o a Santiago de Compostela para expiar nuestros pecados.» Pero Catalina no les exigió tanto, limitándose a rogarles que siguiesen a Francesco Malavolti a San Domenico, y que confesaran sus pecados a Fra Tommaso della Fonte. Y Francesco los llevó, diciendo para sí: «Decididamente, no hay uno que pueda escaparse de esta santa virgencita.»

Así se ampliaba el círculo de los que aceptaban la tierna autoridad de Catalina. Otros discípulos de esta época son: el joven hidalgo Nigi di Doccio Arsocchi, el hábil comerciante Sano di Maco, a quien Catalina dirigía

con frecuencia, en el curso de sus viajes, las cartas que destinaba a todos sus discípulos; el influyente Tommaso di Guelfaccio, que fué amigo de Giovanni Colombini; el notario Ser Cristófano di Ganos Guidini, que ha dejado unas memorias sobre Catalina; por último, el pintor y político demócrata Andrea di Vanni, al que debemos el fresco de la *Cappella delle Volte,* que representa a Catalina a los veinte años, pintada, según la tradición, en uno de los pilares de la capilla, mientras se hallaba en éxtasis. Los estigmas y la mujer arrodillada fueron añadidos después. El fresco adorna en la actualidad el altar de la capilla. Con el busto que existe en la biblioteca municipal podemos formarnos una idea exacta de la apariencia exterior de la gran Sienesa.

Catalina tenía para sus numerosos discípulos el alma y el corazón de una madre. Tenía el generoso temperamento de Lapa. «Quiero continuar hasta la muerte dando a luz nuevos discípulos», escribe en una de sus cartas. Como alimento quiere darles fuego en vez de leche y los llama sin cesar a su lado «como una madre llama a su hijo para estrecharlo contra su seno». Siempre se separa de ellos con una *santa piccola tenerezza,* y afirma en sus cartas que los quiere más que a su vida.

Cuando viajaba los seguía en espíritu, y con frecuencia, interrumpiendo una conversación, abandonaba el círculo de las *Mantellatas* para irse a rezar, diciendo: «Mis queridos hijos me llaman.» De ordinario, después que uno de ellos había corrido un gran peligro, se sabía que había sido salvado por las oraciones de Catalina. Fra

Tommaso della Fonte y Fra Giorgo di Naddo escaparon así de manos de unos bandidos entre Siena y Montepulciano. Más tarde, en un peligro análogo, Stéfano Maconi recurrió al mismo medio de defensa, pronunciando el nombre de su *Mamma*. Fra Bartolommeo di Dominici, orando en la iglesia de Santa María Novella, en Florencia, era presa de un violento combate espiritual, cuando de pronto el consuelo y la luz acudieron a su alma, gracias a la oración extática de Catalina ante el altar de San Pedro Mártir en Siena.

En el relato siguiente, Francesco Malavolti aduce tal vez el más hermoso testimonio de la protección con que amparaba a los amados de su corazón:

«En el tiempo en que llevaba aún el traje seglar (era al principio de mi conversión), convinimos cierto día mi amigo Neri y yo en ir juntos al monasterio de Monte Olivetto, situado a catorce millas de Siena. Era en cuaresma; proyectamos hacer la colación en un pueblo llamado Asciano, que se encuentra próximamente a los dos tercios del camino. Pero como no teníamos hambre, cuando llegamos a Asciano decidimos continuar nuestro camino y comer en el convento con los hermanos, porque nos parecía fácil estar en ayunas hasta que llegáramos allí. Sin embargo, apenas habíamos andado la distancia de una milla, cuando, sintiéndonos agotados, hubimos de sentarnos. Estábamos tan cansados y tan débiles, que nos parecía imposible ir más lejos aquel día, cosa que nos preocupaba, porque no había ninguna vivienda en las cercanías. Y mientras tratábamos esta cuestión, lle-

gamos, en virtud de los decretos de la Providencia, a hablar de Catalina, la virgen bendita. Apenas pronunciamos su nombre nos sentimos confortados, con lo que nos levantamos, y a pesar de una áspera cuesta, anduvimos una milla más, hablando siempre de la sierva de Dios. Pero, lejos de sospechar, en nuestra ignorancia, de qué procedía aquel aumento de fuerzas, dejamos de hablar de la esposa de Cristo y pasamos a otro asunto; la debilidad volvió a apoderarse de nosotros y tuvimos que sentarnos de nuevo. Pero el Señor, que quería abrir nuestros ojos, trajo a nuestros labios el nombre de nuestra madre; recobramos las fuerzas, lo que nos permitió hacer fácilmente el resto del camino, comprendiendo al fin lo que se nos había ocultado y riendo de nuestra falta de penetración al no adivinar de dónde nos venía el socorro. Y llegamos al término sin la menor fatiga, repitiendo muchas veces el nombre bendito de Catalina.»

El paisaje que se extiende entre Asciano y Monte Olivetto Maggiore es hoy parecido a como era en los tiempos de Francesco Malavolti y de Neri di Pagliaresi; es lo que se llama la *Creta*, país singularmente desierto, erizado de colinas completamente estériles, surcadas por las lluvias y agujereadas por el sol, y cuyos caminos escarpados conducen desde Asciano a la aldea de Chiusure y al antiguo convento. Cerca de Asciano se abre un valle, todavía verde, de trigos y viñas, cubierto en el mes de mayo con una roja alfombra de trébol encarnado. Pero pronto alcanzamos unos collados gris ceniciento que forman una especie de dunas—dunas de arcilla

y no de arena—y que parecen tiendas de campaña hechas con rugosas pieles de elefante. A medida que adelantamos, esas ondulaciones arcillosas se hacen más descarnadas; sus crestas más agudas; el viento que sopla es más frío; el paisaje más desierto; no se ve más que de cuando en cuando, alguna granja aislada entre dos cipreses y un poco de trigo ralo en campos poco fértiles. En el horizonte se alzan Monte Amiata, Monte Cetona, Montepulciano, y si se vuelve la vista atrás, en la lejanía azul, Siena resplandece como una ciudad de ensueño; a pesar de los veintiséis kilómetros de distancia, se distingue el *Campanile* de la catedral y la torre del Ayuntamiento: *Torre del Mangia*...

Me hallaba un día de septiembre en estas alturas solitarias, cara a cara con la inmensa perspectiva de la *Creta*, que se extiende, leonada, hasta las lejanas torres de la ciudad. Las sombras de las nubes empujadas por el viento corrían por la llanura infinita mientras Siena, allá abajo, brillaba inmóvil bajo el sol. Y tuve la clara visión de Francesco Malavolti y de Neri di Pagliaresi llegando a aquel sitio un día de cuaresma: uno, poeta-soñador, con el delgado y triste perfil de Dante, algo encorvado ya; el otro, pájaro salvaje, toscano de ojos azules, ancho de hombros, amante de la vida y de sus placeres; pero al mismo tiempo capaz de inclinarse ante la hermosura y la pureza.

Hablaban con animación subiendo las colinas color de ceniza, y el nombre de Catalina va de uno a otro. El que ama conoce la alegría que se experimenta pronuncian-

do el nombre del objeto amado; sabe que involuntariamente la conversación vuelve siempre hacia el objeto que llena el corazón, y procura pronunciar el nombre bendito lleno de vida y de luz. Ambos discípulos hablan así de la hija de Giacomo Benincasa; cuando uno calla, el otro ha tomado la palabra. Hablan de su alegría constante: siempre está fresca y radiante como una mañana de mayo; nunca triste como los pobres hijos del mundo. Nunca sale de su boca una palabra inútil; siempre el sí y el no evangélicos: sí a Dios, a Cristo, a la Gracia; no al Demonio, al Yo, al Mundo. Su felicidad irradia siempre sobre nosotros y no hay dolor, por grande que sea, que no se olvide a su lado. Nunca hablamos de asuntos frívolos o indiferentes, porque sabe siempre dirigir la conversación hacia Dios y sacar de ella provecho espiritual. No sale de su boca, a despecho de sus sufrimientos, una sola queja, y hasta cuando está muy enferma, si puede ser útil en algo, se levanta de su cama y se pone a trabajar como si nada tuviera... Nunca la hemos visto encolerizada, a no ser contra el mal; no murmura jamás de nadie sino de sí misma, porque se cree la mayor pecadora de la tierra y se acusa de no haber sabido prevenir todo el mal que ocurre. Sólo le afligiría verse privada de sufrimientos. ¿Te acuerdas de que cuando tuvo los brazos y la cara cubiertos de una horrible erupción, se decía sonriendo con alegría: «Son mis flores y mis rosas?»

«Está sobre la tierra; pero su vida es en el cielo—exclama Francesco Malavolti—, y siento vértigo cuando pienso en ello.»

«Pero por eso mismo—contesta Neri di Pagliaresi—, puede ser nuestra venerable, alegre y dulcísima *Mamma*.»

Los dos jóvenes se detienen para contemplar por encima de la llanura las torres de Siena, iluminadas por el sol. Y su pensamiento va hacia la que en este momento recorre las calles lejanas entre la catedral y el Ayuntamiento. Un sentimiento de nostalgia se apodera de ellos, el deseo de trasponer de nuevo la *Porta Sanviene;* pero principalmente el deseo de volver a ver a Catalina, de contemplar su sonrisa, de oir de nuevo su voz, sus palabras y sus consejos. Y lentamente caminan hacia Chiusure, animándose cuando hablan de la que era para ellos lo que Beatriz había sido para Dante y Monna Pávola para Giovanni Colombini: su *venerabile è gioconda è dolcissima Mamma.*

VIII

Las persecuciones contra Catalina y las críticas que de ella se hacían se habían acallado momentáneamente, pero no estaban vencidas, y hacia la época a que nos referimos adquirieron nuevos vuelos, procediendo una vez más de la Orden de los Hermanos Menores, que, a pesar de la amistad oficialmente proclamada, conservó durante toda la Edad Media una actitud de rivalidad hacia los dominicos.

A la sazón (es Francesco Malavolti quien habla) vivían dos religiosos muy reputados a los ojos del mundo. El primero, franciscano, llamado Fray hermano Gabriele de Volterra y doctor en Teología, era considerado como un gran sabio y como el más hábil predicador de toda su Orden, de la que era ministro provincial en Toscana. El otro, fraile agustino sienés, también doctor en Teología, se llamaba Fray Giovanni Terzo (1). Estos dos notables religiosos hablaban con frecuencia y murmuraban contra Catalina, la virgen bendita, diciendo: «Esta

(1) El apellido de familia del hermano Giovanni era Tantucci, y el apodo de *Terzo* se le dió para distinguirle de otros dos hermanos del mismo nombre.

chiquilla ignorante seduce a los incautos con sus falsas interpretaciones de la Sagrada Escritura y arrastra así a muchas almas a su perdición. ¿No sería deber nuestro hablarla para que reconozca su error?»

Partiendo de esta consideración, los dos teólogos decidieron ir al encuentro de Catalina. Un gran número de discípulos de la Sienesa se hallaban precisamente reunidos en torno suyo; Francesco Malavolti cita los nombres de Tommaso della Fonte, Matteo Tolomei, de un tal Niccolo de Mini, llamado Cicerchia, del viejo Jesuato Tommaso Guelfaccio, de Neri di Pagliaresi, Gabriele Piccolomini y, en último término, Monna Alessia, Monna Cecca, Monna Lisa, como también otras varias *Mantellatas*. El franciscano y el agustino penetraron, pues, en aquel círculo, y después de sentarse comenzaron a interrogar a Catalina, planteándole algunas cuestiones, a cual más sutil. «El maestro Gabriel—prosigue Malavolti—vivía en su convento con el mismo boato que si hubiese sido Cardenal. Había hecho tirar los tabiques que formaban tres celdas para hacer una amplia habitación; su cama se hallaba cubierta con un edredón y adornada con cortinas de seda; poseía una biblioteca que valía varios centenares de ducados, y otros muchos objetos de valor. Catalina lo sabía, y de pronto, destruyendo con una palabra cuantos lazos teológicos le tendía el fraile, le echó en cara la vida que el hijo de San Francisco se atrevía a llevar. «¿Cómo queréis comprender algo del reino de Dios—exclamó—vos que no vivís más que para el mundo y que sólo aspiráis a ser bien visto por los

hombres y glorificado por ellos? A despecho de vuestra ciencia, os hacéis poco útil para los demás, perjudicándoos a vos mismo, porque buscáis la corteza y no la medula. Por amor a Jesús crucificado, dejad de vivir así.» Su admonición fué tan eficaz que, tomando de su cintura un manojo de llaves, el sabio franciscano lo tendió a Catalina con estas palabras: «¿Quién quiere ir a mi celda para quitar cuanto hay en ella y repartirlo entre los pobres?» El anciano Jesuato Tommaso Gelfaccio se levantó; ya había asistido a una escena análoga en tiempo de Giovanni Colombini, cuando Fray Cristófano Biagi ordenó a sus compañeros que desocupasen su celda y diesen a los pobres cuanto poseía, dejándosele tan sólo un colchón. Fué con Niccolo Mini al convento de los franciscanos, desmanteló la celda del maestro Gabriel de todos sus libros, dejándole únicamente su breviario, y el docto religioso sufrió una transformación tan completa que poco después marchó para Florencia, donde entró como hermano lego en el monasterio de Santa Croce. El maestro Giovanni Tantucci se deshizo igualmente de todos sus libros, y pobre, pero dichoso, siguió a Catalina a Roma y a Avignon, siendo uno de los tres religiosos que durante sus misiones se hallaba a disposición de los pecadores para oir su confesión. Estas dos nuevas pruebas confirmaron a Francesco Malavolti en la certidumbre de que nadie podía acercarse a Catalina sin hacerse mejor.

Gracias al maestro Tantucci, Catalina entró en relaciones con el antiguo convento agustino de Lecceto, uno

de los centros de vida religiosa de Siena. «En la provincia de Siena, a unas cuantas leguas de la ciudad—dice Fra Filippo Agazzari—, se levanta un convento perteneciente a la Orden de los eremitas de San Agustín. Según he oído referir a los antiguos monjes, cuando entré en esta Orden, el monasterio fué construído más de trescientos años antes de que los eremitas agustinos se reuniesen en una misma obediencia (1), y numerosos solitarios habían vivido en este lugar. Se agregaba que el célebre Messer Santo Francesco había pasado algún tiempo con ellos en su juventud...; pero después de la fusión de las diversas ramas de la Orden se levantó en Siena un nuevo convento. Los hermanos más virtuosos y los más santos continuaron, sin embargo, habitando el convento del bosque, donde observaban las reglas con tal exactitud, que una vez ocurrió lo siguiente:

«Una tarde, a la hora tranquila en que todos los hermanos descansaban en su celda, Fra Bandino de Balcetti da Siena, entonces prior del convento, que no dormía la siesta, se dió cuenta de que un ladrón había robado el asno de la comunidad. Antes que romper el gran silencio o permitir que lo rompiera, toleró que el ladrón se llevara al animal. Pero, dirigiéndose seguidamente a la iglesia, se postró ante la imagen del Salvador y le rogó con insistencia que concediese a aquel pecador la gracia de reconocer su pecado para que salvase su alma. Entretanto, este último iba a salir del bosque, llevando de-

(1) Esa fusión se realizó en el siglo XIII.

lante el asno, que de pronto se paró, negándose a continuar. A pesar de todos sus esfuerzos, no pudo el hombre hacerle atravesar el límite del bosque, y como temía ser sorprendido, resolvió alejarse, abandonando al indócil animal. Pero le fué igualmente imposible abandonar la selva: la atmósfera que le rodeaba perecía haberse convertido en una muralla. Entonces, él se arrepintió sinceramente en su corazón, prometiendo a Dios y a la Santísima Virgen que si le concedían la gracia de salir de aquella penosa situación, volvería sobre sus pasos para restituir el asno, y llevaría en lo sucesivo una vida mejor. Apenas hubo hecho esta promesa, el asno se dirigió por sí solo hacia el convento y el ladrón se sintió aliviado.

Volvió al monasterio y preguntó por el prior, por el santo Fra Bandino, a quien entregó el animal robado; confesó su falta con lágrimas y pidió perdón por ella; después refirió el prodigio que le había convertido. Fra Bandino le concedió su perdón y le entregó una generosa limosna, exhortándole con gran caridad a no proceder así en lo sucesivo y a reformar su vida; el ladrón lo prometió y se fué en paz.

Este es uno de los numerosos relatos que hace Fra Filippo de los frailes de su convento y que prueban hasta qué punto la religión cristiana se hallaba impregnada en Italia en esta época del espíritu de Francisco de Asís. *El glorioso Misser Santo Francesco* hubiera procedido, sin duda, de este modo con un pobre ladrón de un asno.

Tales eran, pues, los nuevos amigos de Catalina. Los dos nombres del convento *Selva del Lago* y Lecceto (*Illecetum*, de *ilex*, encina verde) le vienen del bosque y del lago que le rodean. Hoy mismo hay que atravesar un espeso bosque de encinas situado en la cumbre de una colina al noroeste de Siena. Al pie de la colina hubo un convento más pequeño, San Leonardo del Lago, donde se retiraban los frailes ávidos de una soledad y de una paz mayores que las que podían ofrecerles la vida de una gran abadía. Y es allí, en las orillas del lago, bajo las verdes encinas, donde Micer Giovanni Tantucci reunió a Catalina y al hombre notable que fué después uno de sus más fervientes admiradores, el fraile inglés William Flete, *bachelor of arts* de la Universidad de Cambridge. Flete había hecho, probablemente, sus estudios en Cambridge con Giovanni Tantucci, que recibió allí su título de doctor, y esto es lo que le trajo desde las colinas de Inglaterra a las umbrías de la selva de San Leonardo del Lago. La vida que allí emprendió se parecía mucho a la que llevaron en Italia otros peregrinos ingleses: Beckford, Shelley, Browning... Trelawney refiere en sus Memorias cómo un día, en la *pineta* de Pisa, descubrió a Shelley (*l'inglese malinconico*, como le llamaban los italianos), sentado, solitario, a la orilla de un oscuro lago, mientras su sombrero, sus libros y sus cuartillas estaban esparcidas a su alrededor, «uno de los pinos, minado por el agua, se había caído en aquel sitio, y el poeta, casi enteramente oculto por el tronco, contemplaba fijamente el agua profunda, de tal modo ab-

sorto en su ensueño poético, que no me sintió llegar».

Así vió Catalina por primera vez a William Flete, con la diferencia de que los libros esparcidos por la hierba a su lado eran libros de oraciones y de que no componía versos «de Ariel a Miranda», sino tratados teológicos o ascéticos. En la capillita que se enseña todavía en Lecceto, y donde Catalina acostumbraba a estar durante sus visitas, escribió la «Guía de la vida espiritual», que ella le dictó (1). Es evidente que William Flete necesitaba una dirección espiritual. «Pasa el día casi entero en el bosque—escribe Ser Cristófano di Gano Guidini en sus Memorias—y no vuelve hasta la noche.» Otro documento nos enseña «que habita con frecuencia, en el bosque, la caverna por él mismo habilitada en un lugar aislado; va a ella con sus libros, evitando todo trato con los hombres. Va de la iglesia a la selva y de la selva a la iglesia, y no habla más que cuando la necesidad le obliga». He aquí dibujado el retrato del inglés misántropo, taciturno, atacado por el *spleen*. Llegó a no decir misa en la iglesia para edificación de la Comunidad, sino en una de sus grutas, para su propia satisfacción.»

Catalina, habiendo descubierto en él este egoísmo religioso, procuró sustraerle a los goces de la vida solitaria. «El conocimiento de sí mismo es la verdadera celda—le decía—y lo llevamos con nosotros a todas partes. Sin esta celda interior la celda exterior no nos sirve de nada, y si no habitamos en la primera, la otra es inútil».

(1) El 7 de enero de 1376.

Le predica el amor al prójimo, la indulgencia para con sus hermanos, exhortándole a vivir, no para su gusto y para su propia consolación espiritual, sino para cumplir la voluntad de Dios y hacerse útil a todos. «Os digo de parte de Cristo crucificado—le dice en sus *Cartas*—, que debéis, más de una vez por semana, celebrar la misa en el convento, como quiere el prior, y hasta todos los días, si veis que él lo desea. Perdiendo las consolaciones, no perdéis la gracia; no la recibiréis, al contrario, sino en la medida que renunciéis a vuestra voluntad propia. Es preciso que tengamos hambre y sed por la salvación de las almas; por eso debemos pensar menos en el reposo de nuestro espíritu que en prestar servicio al prójimo y tomar parte en sus sufrimientos; es una gran falta no hacerlo así. Quiero, pues, que oigáis con complacencia las quejas de Fra Antonio cuando os importune; y ruego, a la vez, a Fra Antonio que dé oído de buen grado a vuestras confidencias. Os conjuro en nombre de Cristo y en el mío. Es el medio de conservar en vos la verdadera caridad, sin la cual daríais lugar al demonio en vuestro corazón. Nada más os digo sino que os ruego y os suplico que os injertéis en el árbol de la vida, que es Cristo crucificado, dulce Jesús, amor mío.»

Fra Antonio (de Nizza) es uno de los discípulos que Catalina tenía en Lecceto, al que se unieron dos sieneses, Girolamo Bonsignori y Felice Tancredi de Massa. En cambio, no parece que haya conocido al autor de los *Assempri* antes citados, Fra Filippo Agazzari, aunque vivió en Lecceto de 1353 a 1398, y fué un escritor lleno de

celo; «todaslas celdas de los frailes de Lecceto estaban llenas de sus obras»—dice Carppellini, que las publicó—. Había allí seguramente algunos grupos que continuaban alejados de Catalina, por no decir que le eran hostiles...

Sus esfuerzos para convertir al eremita inglés de las virtudes pasivas a las activas no fueron coronados por el éxito. Alimentaba hacia ella una admiración apasionada, venerando como reliquias sus trajes usados, y se lamentaba después de su muerte escribiendo que nunca más recibiría sus queridas cartas, que no oiría ya su voz en la ermita próxima al lago. Pero cuando durante el cisma, durante el gran conflicto que estalló entre Urbano VI y el Antipapa, le pidió que viniese a Roma para unirse a ella y a los demás *servi Dei* que rodeaban al verdadero Vicario de Cristo; se excusó y permaneció en la soledad de sus bosques. Era un romántico, que es todo lo contrario de un místico.

En nuestros días, Lecceto no es ya un convento. Secularizado en 1810, sirve en la actualidad de estación veraniega a los alumnos del Seminario arzobispal de Siena, pero ha conservado el mismo aspecto que en tiempos de Catalina. En la loggia exterior del convento, algunos frescos de Paolo di Neri, fechados en 1343, representan la vida de los mundanos. La *brigata spendereccia* se dirige a la fiesta del día en un *carroccio* soberbiamente decorado, sobre el cual vuela un amorcillo tendiendo su arco; algunas parejas amorosas se pasean entre las flores o cogen en los árboles frutos de

oro, mientras los jugadores se instalan en las mesas de los dados... Pero no sólo el amor se halla aquí en actividad; varios demonios se ciernen por los aires, realizando por doquiera su faena de muerte. Ese fresco será para el fraile una carta de divorcio con el mundo y un sermón de penitencia dirigido a los mundanos.

El interior del *chiostro*, adornado con frescos de la misma época, cuyo autor ignoramos, forma un contraste manifiesto con el pórtico exterior. La vida monástica aparece aquí pintada como allí la del mundo. La vida religiosa se opone a la mundana; la *vita religiosa* a la *vita mondana*. Varias escenas corresponden a algunos capítulos de las piadosas obras de Filippo Agazzari. Vemos a los frailes rezar, flagelarse, leer, meditar, besar la Cruz. Los vemos morir y subir sus almas al cielo. En uno de los frescos, todos los hermanos se hallan sentados alrededor de la mesa, a excepción de uno solo, que vemos algo más lejos, paseándose por el bosque; y allí, bajo las encinas, encuentra a Jesús, que se adelanta, vestido de peregrino, con una túnica de piel de camello, llevando en su mano un bastón.

Se visita en Lecceto la capilla a donde Catalina iba con tanta frecuencia. Una inscripción dice: «Viajero, detente aquí y considera con respeto el templo que el bienaventurado Giovanni Incontri elevó el año 1330, y donde Catalina, la seráfica virgen de Siena, recibía a Cristo, su esposo.»

Se llega a San Leonardo al Lago, del ermita de William Flete, situada al pie de la montaña, por senderos roco-

sos, atravesando setos de acebo y de *albatrelli,* que se parecen a los laureles. Esta tarde de verano, el sol hiere el follaje brillante. El lago se encuentra casi seco; no queda más que un pequeño estanque; la ermita se ha convertido en una granja y la iglesia, ricamente decorada por Ambrogio Lorenzetti, se halla implacablemente cerrada por su noble propietario, que reside lejos de allí. Es una noble iglesia románica, con un sencillo pórtico de estilo muy puro, coronado por un rosetón. Un muro de piedras grises rodea la plaza verdeante que se halla ante la iglesia cerrada; aquí el peregrino desencantado, que busca las huellas de Catalina, tiene, por lo menos, derecho a detenerse para descansar un instante. La selva de encinas verdes y de *albatrelli* se extiende alrededor, y si es por la tarde, en primavera, se oye el canto del cuclillo.

Catalina se paseaba gustosa por estos bosques que separan Lecceto de Belcaro. Caffarini refiere que una vez, con algunos amigos, los recorrió durante tres días, volviendo luego a Siena calada hasta los huesos, pero alabando a Dios en sus obras.

Seiscientos cincuenta años han pasado, y aquella piadosa y entusiasta juventud descansa, desde hace mucho tiempo, beatificada, en sus urnas. Pero el que escucha atentamente, el que presta oído, inclinado hacia los siglos pasados, se imagina oir como un débil eco de cantos y de liras, un sonido de laúdes, de violas y de cánticos santos que se confunden con el murmullo del follaje de San Leonardo del Lago...

IX

«En nombre de Jesús crucificado y de nuestra dulce Madre María:

»Carísimo y reverendísimo Padre en Cristo, el dulce Jesús.

»Yo, Catalina, la sierva y la esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre con el deseo de veros ligado por los vínculos de la caridad, así como sois legado (1) por nuestro cargo en Italia, según he sabido. Esta noticia me ha causado gran alegría, porque me persuado de que en esta situación podréis hacer mucho por el honor de Dios y por el bien de la Santa Iglesia. Pero, para esto, no basta con ser legado, y por eso deseo veros ligado por los vínculos de la caridad, pues, como sabéis, ningún efecto de la gracia puede producirse en nosotros ni en el prójimo sin la caridad. La caridad es el santo y dulce lazo que une al alma con su Creador; liga Dios al hombre y el hombre a Dios. Esa innegable caridad ha clavado al Hombre Dios en el madero de la Santa Cruz. Ella apacigua las

(1) Catalina usa aquí un juego de palabras intraducible; *legato*, en italiano, significa a la vez *legado* y *ligado*.

discordias, une a los que están separados y enriquece a los faltos de virtudes, porque las engendra todas. Da la paz y acaba con la guerra; da la paciencia, la fuerza y la perseverancia infatigable en las buenas y santas empresas. No se cansa jamás y no se aparta del amor de Dios y del prójimo por las penas, las injurias, los desprecios y los ultrajes. No vacila ante la impaciencia y no busca el consuelo en los placeres del mundo. El que la posee permanece siempre firme, porque descansa en la piedra viva, Cristo, el dulce Jesús, que le ha enseñado a amar a su Creador... Ha leído en El la regla y la doctrina que debe adoptar, porque El es el camino, la verdad y la vida. Por eso el que lee en el libro de la vida sigue el camino recto y busca incesanmente el honor de Dios y la salvación del prójimo; por eso deseo que vos, como su verdadero hijo y servidor rescatado por la sangre de Cristo crucificado, sigáis sus huellas con ánimo viril, no dejándoos intimidar por la pena o por el placer, sino perseverando hasta el fin... Empleaos en evitar todas las injusticias, en extirpar todas las iniquidades y castigar todas las faltas que se cometan en el mundo y ultrajan el nombre de Dios. Sentíos hambriento de su honor y de la salvación del prójimo y haced cuanto esté en vuestras manos para reparar tantos males. Estoy convencida de que, en los dulces vínculos de la caridad, usaréis, como he indicado, de los poderes que habéis recibido del Vicario de Cristo; pero sin este primer vínculo de la caridad, no podréis hacerlo ni cumplir con vuestro deber. Os con-

juro, pues, a que os apliquéis a cultivar la caridad, a uniros a Cristo crucificado y a seguir sus huellas por la práctica de sólidas y verdaderas virtudes; uníos también al prójimo mediante obras de amor.

»Acordémonos, queridísimo padre, de que si nuestra alma no se halla desnuda de todo amor propio y de toda complacencia para sí misma y para el mundo no podrá adquirir nunca la verdadera y perfecta caridad. Porque estos dos amores se combaten el uno al otro y la lucha entre ambos es tan ardiente que el amor propio os separa de Dios y del prójimo, mientras que la caridad os une a ellos. Uno os da la muerte, otro la vida; uno las tinieblas y otro la luz; uno suscita la guerra y otro procura la paz. El amor propio empequeñece de tal manera el corazón que éste nada puede ya contener: ni al prójimo ni a vos mismo; mientras que la divina caridad lo ensancha y le hace admitir a los enemigos, a los amigos y a todas las criaturas razonables... El amor propio es miserable, se aleja de la justicia y perpetra la iniquidad; engendra un temor servil, que le impide cumplir con el deber por miedo a perder su posición. Es el temor culpable que hizo que Pilatos dejara morir a Cristo. Así hacen los que, en vez de vivir según la conciencia y la virtud, siguen la injusticia y el vicio en las tinieblas del amor propio.

»Ese amor es el que quiero ver desterrado de vuestro corazón, a fin de que os afirméis en la verdadera y perfecta caridad, amando a Dios por Dios, porque es digno de ser amado, porque es la soberana y eterna

bondad; amándoos y amando al prójimo por El y no por vuestra utilidad. Quiero que, siendo legado del Papa, os halléis ligado por los vínculos de la sincera y ardiente caridad que mi alma desea ver en vos. No digo más; fortificaos en Cristo, en el dulce Jesús; sed celoso y no negligente, y advertiré que sois un verdadero legado si experimentáis la sed de ver levantarse el estandarte de la Santa Cruz. Permaneced en la dulce y santa dilección de Dios. Dulce Jesús, Jesús amor mío.»

Esta carta fué escrita por Catalina cuando tenía veinticinco años, y aquel a quien se dirige la hija del tintorero sienés (hacia el año 1372) es un noble francés, Pedro d'Estaing, después Cardenal de Ostia, recientemente nombrado legado del Papa en Italia. Pues que esta carta abre la era de la acción política de Catalina, es necesario echar una mirada, antes de seguir adelante, sobre el mundo político en que va a penetrar y que en lo sucesivo—hasta su muerte, ocurrida ocho años más tarde—será su principal campo de acción.

Desde 1305, los Papas se habían establecido en las orillas del Ródano, en Aviñón. Como lo han hecho notar algunos historiadores franceses, no era un hecho nuevo en los anales de la Iglesia ver al sucesor de Pedro residir fuera de Roma.

En el curso del medio siglo que precedió a la «cautividad de Babilonia» de los Papas, la Ciudad Eterna albergó rara vez a los representantes de Cristo en la tierra. Inocencio III se ausentaba con frecuencia de Roma, siempre agitada por las insurrecciones. Hono-

rio III residía en Perusa o en Rieti. Inocencio IV (1243-1254), elegido Papa en Anagni, no hace más que pasar por Roma, de la que huye en 1244, ante Federico II, refugiándose en Lyon, donde permanece siete años, y cuando vuelve a Italia es para quedarse en la apacible Umbría, y después en Nápoles, donde muere. Alejandro IV (1254-1261), teniendo gran predilección por Anagni, pasa poco tiempo en Letrán, y muere en Viterbo. El francés Urbano IV (1261-1264) reside en Viterbo, en Montefiascone y en Orvieto; estas tres ciudades ven instalarse en su recinto a su sucesor y compatriota Clemente IV (1265-1268), quien después se traslada a Perusa y luego a Asís. Ningún acta redactada por este Papa se halla fechada en Roma. Gregorio X (1271-1276) deja Roma por Orvieto, yendo luego a Lyon, donde reúne el décimocuarto Concilio general. Cuando se decide a volver, hace el viaje despacio, deteniéndose en el camino en Orange, en Beaucaire, en Valencia, en Viena; pasa por Suiza, atravesando los Alpes, y muere en Arezzo. Juan XXI (1276-1277) es elegido en Viterbo, donde reina y muere. Nicolás III (1277-1280) fué igualmente elegido en Viterbo, pero coronado en Roma, alterna entre Letrán, Sutri y Viterbo. Martino IV (1281-1285) fué elegido en Viterbo, donde residía entonces la Corte romana, pasando el tiempo de su Pontificado en Toscana y Umbría. Honorio IV (1285-1287) es uno de los escasos Pontífices de esta época que aparece en Roma; fija su residencia en Santa Sabina, sobre el Aventino, y sólo se ausenta para

pasar el verano en Tívoli. Nicolás IV (1288-1292) fué elegido en Roma, pero reside de preferencia en Rieti y en Orvieto. Bonifacio VIII (1294-1303) acude frecuentemente a Anagni, a Orvieto y a Velletri. Su sucesor, Benedicto XI (1303-1304), sólo pasa cinco meses en Roma, después de su elección, y forma el proyecto de trasladar el Trono pontifical a Lombardía; muere en Perusa.

Nadie se sorprendió, pues, cuando Bertrán de Got, Arzobispo de Burdeos, elegido Papa bajo el nombre de Clemente V, se hizo coronar en Lyon y fijó su residencia en Gascuña, ni cuando su sucesor, Juan XXII (el francés Jacques d'Euse) continuó viviendo en Avignon, donde antes había sido Obispo.

Bajo el Pontificado de estos Papas se empezó a motejar a la corte romana errante, con el nombre de Babilonia. En el siglo XIII el gran profeta de Calabria, Joaquín de Santa Fiora, había publicado predicciones anunciando una era nueva, próxima a iniciarse: que el siglo del Espíritu Santo iba a suceder al siglo del Padre y del Hijo; que la reforma de la Iglesia se hallaba próxima, y que cuantos se habían enriquecido en nombre de Cristo serían condenados. Estos puntos de vista y estas ideas hallaron abonado terreno en algunos franciscanos de observancia estricta, como Ubertino de Casale, Pietro Giovanni Olivi y Gherardo da Borgo San Donnino, porque era seguramente motivo de escándalo para los hijos celosos de San Francisco ver al representante de Cristo dejar una herencia de un millón de florines. Ahora bien,

Clemente V reunió esta suma durante los nueve años de su Pontificado, y su testamento acredita que prestó trescientos veinte mil florines a los reyes de Francia e Inglaterra para que se combatieran el uno al otro, y legó doscientos mil florines a su familia.

Bajo el reinado de su sucesor Juan XXII, la Orden franciscana emprendió contra los Papas simoníacos de Aviñón una lucha encarnizada, cuyos principales agentes fueron Angelo Clareno (1260-1337), Liberato da Loro y, sobre todo, el inteligente Ubertino de Casale, ya citado.

En torno de éste gravitaba el movimiento religioso de Italia hacia el año 1300. Nacido en 1259 en Casale del Pó, tomó el hábito de San Francisco en 1273, cuando apenas tenía catorce años. En 1284 ó 1285 fué en busca del antiguo general de los hermanos menores, Juan de Parma, en su ermita de Greccio, y allí, sentado a sus pies, contemplando «su fisonomía augusta», oyó salir de sus labios «venerables» muchos relatos relativos a los grandes desaparecidos, a los ausentes fieles y caballeros intrépidos de la Señora Pobreza que vivieron en el pequeño convento: hermano León, hermano Angel, hermano Rufino, hermano Masseo. Allá en la gruta de Juan de Parma, desde donde la mirada se extiende por el valle de Rieti hasta los Abruzzos, el joven franciscano recibió el bautismo de fuego de un ideal que se imprimió en su alma de modo indeleble y cuya llama debía alimentarse después en las potentes hogueras que irradiaban de las almas de Margarita de Cortona (1247-1297), de An-

gela de Foligno (1248-1309) y de Conrado de Offida (1241-1306).

Ubertino conoció en Siena al piadoso terciario Pier Pettinaro (1289) y en 1305 escribió en el monte Alverne su gran libro: *Arbor vitae Crucifixae* «El árbol de la vida crucificada». Ese libro se convirtió en la biblia de los franciscanos de la estricta observancia, y el ministro general de la Orden, Miguel de Cesena, sostenido por Luis de Baviera, se levantó contra el Papa. Llamado a Aviñón para dar cuenta de su conducta y puesto en prisión el ministro rebelde, consiguió fugarse y murió en 1348, persistiendo hasta el fin en su oposición. Ubertino, por su parte, fué tan lejos, que en 1317 dejó el hábito de los menores para hacerse benedictino; luego abandonó esta Orden, y una Bula pontificia del 16 de septiembre de 1325 lo señala como «un vagabundo que va de un punto a otro por el mundo». Nadie sabe cuándo ni dónde murió

Fueron Ubertino y sus partidarios los amantes y defensores de la santa pobreza, quienes motejaron a la corte papal de las orillas del Ródano con el nombre de Babilonia. En represalias, Juan XXII lanza Bulas contra los «Fraticelli, Mendicanti, Bizocchi y otros hermanos mendigos» (Bulas *Sancta Romana* del 30 de diciembre de 1317, *Gloriosam Ecclesiam* de 23 de enero de 1318).

Los refractarios son perseguidos por la Inquisición, presos y quemados vivos. El 8 de febrero de 1326 sesenta frases de los Comentarios del Apocalipsis, de Giovanni Olivi, fueron condenadas como heréticas.

Esta lucha continuó bajo los Papas siguientes que residieron en Aviñón. Clemente VI (1342-1352) hizo prender a Juan de Rocatallada por haber predicado la doctrina de Joaquín de Santa Fiora, prediciendo el Milenario y por haber condenado la vida fácil y voluptuosa del clero. Inocencio VI (1352-1362) hizo quemar a dos franciscanos en Aviñón por motivos análogos. Pero se levantó una voz muy distinta de las que de este modo eran reducidas al silencio: la de Santa Brígida, llegada a Roma con motivo del jubileo de 1350.

Hízose preceder de una carta que fué llevada por el obispo de Abo y el prior Pedro de Alvastra al Papa Clemente VI, ordenándole en nombre de Cristo negociar la paz entre Francia e Inglaterra y venir a hacer el jubileo a Roma: «Piensa en el tiempo en que tanto me has ofendido—hace decir por Cristo al Papa—; quebrantando tu deber has obrado siempre según tu gusto; pero mi hora se acerca: te juzgué, y si te niegas a someterte, te humillaré tanto como te hube exaltado. Tu lengua orgullosa callará y tu nombre será olvidado por los hombres... Te castigaré por haber adquirido bienes por medios indignos y por los males que has desencadenado sobre la Iglesia durante los días en que tú gozabas en paz. Levántate, pues, antes de que llegue tu última hora; y si dudas del espíritu que te habla, mira en el libro de tu conciencia si no digo la verdad.»

Clemente continuó tranquilamente en Aviñón, y su legado en Roma, Ponzio Peretti, no hizo caso alguno de la vidente escandinava. «La tierra oculta el cielo a estos

Prelados», dijo Cristo a Brígida en una visión que tuvo en la iglesia de Santa María Maggiore, de la que envió un relato al Cardenal Aníbal Gaetani. La Iglesia católica se le representó como un edificio en ruinas cuyos cimientos se hallaban conmovidos, el techo descascarillado, el suelo podrido; si la Iglesia no es restaurada, muy pronto caerá y su caída repercutirá en todo el universo. Hablando de Clemente exclama: «El que debería decir como Cristo: ¡Venid a mí y hallaréis el reposo para vuestras almas!, dice, por el contrario: ¡Venid a admirar mi magnificencia, mayor que la de Salomón; venid a vaciar vuestros bolsillos y encontraréis la condenación! Pero se acerca el tiempo de la cólera en que será castigado por haber dispersado el rebaño de Pedro. ¡Qué castigo le espera!»

El castigo no se hizo esperar mucho. El 3 de diciembre de 1352, en el curso de una tempestad violenta, un rayo cayó en la iglesia de San Pedro, fundiendo las campanas, y en los oídos de Brígida resonaron estas palabras: «El Papa muere; bendito sea este día, pero no el Papa.» Tres días después Clemente exhalaba el último suspiro. Pero Brígida no consiguió nada de su sucesor Inocencio VI (1352-1362). Letrán se quemó en 1361 y Petrarca, que unía sus acentos a la voz de la sueca, escribió en vano al Papa: «Mientras descansas bajo tus doseles dorados a orillas del Ródano, Letrán se derrumba. ¿Cuándo volverás? ¿Prefieres el día del juicio encontrarte entre los grandes pecadores de Aviñón o colocado entre Pedro, Pablo y Celestino?» (Celestino V, el Papa refor-

mador que no reinó más que algunos meses en 1294).

Era, en verdad, empresa ardua la que el sucesor de Pedro había de realizar en el seno de la Iglesia de Cristo. No sólo las ruinas visibles de la ciudad de Roma eran aterradoras—las iglesias se derrumbaban, los conventos estaban desmantelados—, sino que los sacerdotes y los frailes «quebrantan todas las leyes eclesiásticas» (clama Brígida), «llevan el traje corto, disimulando bajo la capa la espada y la loriga y se ruborizan del escapulario; sin el menor recato abrazan a sus concubinas y a sus hijos; las casas religiosas se convierten en centros de perdición: muchos hombres viven y mueren sin haber confesado ni comulgado nunca...; el mundo hormiguea de serpientes cuya ponzoña envenena a las ovejas de Pedro... ¡Oh, Roma, Roma, puedo decir ahora de ti lo que el profeta decía de Jerusalén! En tu jardín las rosas y los lirios se ven ahogados por los cardos; tus paredes han caído; tus puertas están sin centinelas; tus altares, rotos; tus vasos sagrados, puestos en venta, y el humo del sacrificio no se eleva ya en el santo recinto. Los vasos de la Iglesia han sido transportados a Babel; la espada del temor de Dios ha sido desterrada y reemplazada por un enorme saco de dinero; los diez mandamientos han quedado resumidos en un único precepto: dadnos dinero... La simonía se ejerce públicamente y sin rebozo; las indulgencias se han convertido en materia de comercio; como Judas, venden a Cristo... Los sacerdotes son salvajes como lobos; vacilantes como piedras sin asiento, caminan por las tinieblas como ladrones; son ignorantes como as-

nos, descarados como cortesanas, impuros como la pez; manchan cuanto tocan; se alimentan con sus propios excrementos... Está tan seguro el demonio de poseerlos algún día como lo está la ballena de las crías que lleva en su vientre. ¡Malditos el alimento y la bebida que sostienen su cuerpo para los gusanos y su alma para el infierno! ¡Malditos sus ojos, sus oídos, sus bocas y sus manos! ¡Malditos sean por el cielo y por la tierra!».

Una pluma sarcástica y mordaz compuso hacia esta época una misa en honor de «Nuestra Señora Simonía», «que se debe cantar en la casa de Simón Mago, más grande después que la misma iglesia de Santa Cruz de Roma». Esta misa se halla compuesta según el oficio de la Asunción de Nuestra Señora (15 de agosto); pero las palabras de alegría, *Gaudeamus celebrantes*, se convierten en lamentaciones, *Lugeamus lamentantes*, y en la colecta se invoca a Pedro contra Simón Mago, a Eliseo contra Giezi y contra los que venden y compran en el templo. La epístola se halla tomada del Apocalipsis del Apóstol San Juan en el capítulo en que habla de la gran prostituta. Como Evangelio se han elegido irónicamente las palabras de Jesucristo a sus discípulos: «No llevéis oro ni plata en vuestros cíngulos. Habéis recibido el Evangelio de balde; dadlo de balde.» Antes de la oración de la Comunión del sacerdote, se inserta un versículo disfrazado así: «Si no me he hecho culpable de nepotismos, seré hallado justo en todos mis caminos»; y la oración final desea a todos los simoníacos la suerte de Judas. «Esta misa —dice amargamente la rúbrica final— debe ser cantada

al día siguiente de la fiesta de la Cátedra de San Pedro.»

La esperanza que Brígida concibió, al principio, en Inocencio — «este Papa es de mejor metal que los anteriores y digno de ser pintado con colores más bellos» — fué defraudada. En vano fulminaba, amenazaba, suplicaba... El Papa siguiente, Urbano V, el benedictino Guillermo Grimoard de Grisac, fué el primero en emprender el camino de Roma. Ya el nombre que había elegido designaba la ciudad eterna (*urbs*). A pesar de las protestas del rey de Francia y de los Cardenales franceses, Urbano abandonó Aviñón el 30 de abril de 1367; se embarcó el 19 de mayo en Marsella y el 3 de junio, atracando en Corneto, puso el pie en tierra italiana en medio de los transportes de júbilo de la población. El Pontífice dijo la misa al aire libre ante una inmensa y magnífica asamblea, «recibido, no como hombre, sino como Dios mismo», para usar la expresión de Petrarca. Entre la multitud, como enviado de Siena, se encontraban Giovanni Colombini, y sus jesuatos estaban en el muelle con ramas de olivo en la mano clamando en alta voz: «Alabado sea Jesucristo», «Viva el Santo Padre.» «Fué el espectáculo más hermoso y edificante que hemos visto», escribió el anciano misionero seglar a las religiosas de Santa Bonda.

El 16 de octubre Urbano hizo su solemne entrada en Roma, y el emperador Carlos IV fué a hacerse coronar por él el 21 de octubre del año siguiente. Los dos astros, que para la Edad Media eran el sol y la luna: el Pontificado y el Imperio, recobraban su antiguo esplendor.

Pero fué por poco tiempo. Desde 1370 Urbano abandonó de nuevo Italia y murió en Aviñón algunos meses después. Pedro Roger Beaufort subió al Solio Pontificio el 29 de diciembre del mismo año con el nombre de Gregorio XI.

Con cerca de setenta años de edad, Brígida, que acababa de terminar su largo viaje a Nápoles, Amalfi, Salerno, Bari, Montegargano, esperaba mucho de este nuevo y joven Pontífice, a quien había conocido cuando era sólo Cardenal. Le envió por su consejero íntimo el Obispo español Alfonso Vadaterra, de Jaén, una exhortación apremiante para que entrase en Italia «antes de abril próximo» (1372). Una copia del mensaje de Brígida fué remitida al Nuncio Pontificio, el Abad de Marmoutiers, y hecha pedazos a su vista. «Si el Papa—declaraba la vidente—no se halla de regreso en Italia en la época fijada, sus estados se dividirán de la misma manera».

Ninguna amenaza podía ser de más efecto. Bajo Urbano V, y gracias a las victorias del Cardenal legado Albornoz, la Santa Sede había llegado a ser en Italia una potencia importante. Las casas de Aragón y de Anjou reinaban en Nápoles y Sicilia; los estados del Papa se extendían al Norte, comprendiendo siete provincias: la Campania con la Maremma romana; el ducado de Benevento, el propio *Patrimonium Petri*; los Montes Sabinos con las ciudades de Narni, Terni, Rieti, Amelia y Todi; el ducado de Espoleto; las Marcas de Ancona con el ducado de Urbino; la Romagna; y, por último, la ciudad y las cercanías de Bolonia. Las repúblicas toscanas se hallaban enclavadas en

estos vastos Estados. Al norte de Bolonia reinaba el poderoso Bernabó Visconti, tirano de Milán, del que Urbano sólo pudo verse libre en 1364, mediante medio millón de florines. Bernabó y las ciudades libres de Toscana veían el engrandecimiento de los Estados pontificios con una inquietud que fué en aumento cuando, en 1371, el sucesor de Albornoz, el nuevo Cardenal legado Pedro d'Estaing, conquistó Perusa.

Tal era la situación política y tal era el hombre a quien Catalina escribió una carta al principio del año 1372. Se hallaba acostumbrado a semejantes arengas, habiendo tenido en sus manos una copia de las amenazas dirigidas por Santa Brígida a Gregorio XI. Por otra parte, el retorno del Papa a Roma no estaba lejos de su pensamiento ni del de el Santo Padre; durante el invierno del año 1370 a 71 Gregorio manifestaba ya a los que le rodeaban la intención de volver a la ciudad eterna. Como al Cardenal, le parecía necesario restablecer a la Santa Sede en los Estados pontificios, para evitar que éstos fueran de nuevo fraccionados. En su profecía Brígida había, pues, elegido el mejor de los argumentos.

La Santa sueca murió el 23 de julio del año siguiente, 1373; Catalina no la conoció. En una carta de 1374 la llama «la condesa muerta recientemente en Roma»; pero conoció entonces a Alfonso de Jaén y poco después a la hija de Brígida, Karín, cuyo carácter era menos enérgico que el de su madre y el de su homónima italiana. No fué, pues, Karín de Vadstena, sino Catalina de Siena, la sucesora de Brígida, y quien con su mano virginal,

fuerte y blanda a la vez, guiada por un espíritu clarividente y sabio, condujo a Gregorio a Roma. Y con aquella carta admirable por su franqueza, dirigida al Cardenal d'Estaing, coloca su mano en el timón del bajel de la Iglesia.

Cuando Santa Brígida reprendía y amenazaba, era con la certidumbre de ser la mensajera de Dios. Pero no era esta la única causa de su influencia; su posición social entraba por mucho en ello. Era para los italianos *la principessa di Nericia*, de raza real y de sangre noble, que había ocupado una alta situación en la corte de Suecia y jugado un papel importante en la política de su país; era, además, *molto ricca*, y hacía construir monasterios en Suecia mientras viajaba por Italia acompañada de tres de sus hijos (Birger, Karl y Karín) y de una numerosa escolta de capellanes, de cortesanos y de Obispos. Al lado de esta influyente dama, Catalina no era más que la hija de un pobre tintorero de provincia, sin otro apoyo que el de los dominicos, entre los que contaba algunos adversarios. Y esta joven, sin ninguna experiencia de la política, se coloca frente a uno de los más poderosos de sus contemporáneos: el legado de la Santa Sede, diciéndole: «Deseo y quiero que obréis de esta manera y de la otra.» «Mi alma desea que seais así», «quiero»—*voglio*... Este *quiero* se repite cada vez con más frecuencia en las cartas de Catalina. «Es la voluntad de Dios y mi deseo», escribe en algún sitio. Y en otra parte: «Esto desagrada a Dios y me desagrada a mí.» Al Obispo de Florencia le dice sencillamente: «Quiero.» Al rey de Francia: «Haced la

voluntad de Dios y la mía.» Al Papa: «Cumplid con la voluntad de Dios, satisfaciendo el ardiente deseo de mi alma.» Este audaz *voglio* es la varita mágica con la que llama a todas las puertas y a todos los corazones, y si realmente las puertas y los corazones se abren—más o menos, y aun algunas veces para volverse a cerrar en seguida—, esto proviene de la *potencia de verdad* que emanaba de Catalina. No en vano se sentía unida al Dios a quien llamaba, empleando una expresión tierna y abstracta a la vez, *la prima dolce Verità*. De todos los nombres de Cristo, el que más le había llamado la atención es el de Verdad que El mismo se da: «Soy la Verdad.» Para ella los dos amores que pelean en el alma humana se identifican con las dos potencias intelectuales: la verdad y la mentira. Uno, el amor de Dios y del prójimo, se halla en la verdad; el otro, el amor propio, en la mentira. La verdad y la virtud, la mentira y el pecado se completan; son la práctica y la teoría.

«De uno y otro lado nos llega una invitación—escribe Catalina—; dos voces nos dicen: «El que tenga sed, que venga a mí.» Todos tenemos sed; pero se trata de saber con qué agua queremos saciarnos. Si en la fuente que hasta la vida eterna o con *l'aqua morta* bebida en las lamana gunas de la ira y del pecado.» Con la *Vida* o con la *Nada*, diría Ernesto Hello.

Elegir la fuente viva es seguir a Cristo. «El que quiera ir al Padre, que es la vida eterna, debe, aquí abajo, seguir a su Verbo, que es el camino, y el que marcha por este camino no anda entre tinieblas, sino a la claridad de la

fe, e implora: «Señor, concédeme la gracia de ver la luz en tu luz.» El Verbo es la verdad misma, y el alma que abraza su doctrina deja la mentira del amor propio, que ahoga en su alma.»

«El Verbo nos enseña a amarle sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, atestiguando este amor con actos, como nos enseña con el ejemplo... Para con Dios y para con el prójimo debemos mostrarnos fieles a estos preceptos...; todos nosotros oímos este llamamiento. Pero ¿qué almas responden a él? Las que, teniendo hambre y sed de virtud, corren con santos deseos por el camino que Cristo crucificado nos ha trazado... Con esta sed y estos deseos se acercan a la fuente... «Cristo, el dulce Jesús, nos invita a beber agua viva.»

«La otra voz que nos solicita es la del demonio...; lleva en sí la muerte y por eso nos invita a beber agua muerta. Si le preguntaras: «¿Qué me darás si entro a tu servicio?», te contestaría entonces: «Te haré donación de lo que poseo; puesto que vivo sin Dios, te será preciso vivir fuera de él. Estoy en el fuego eterno, donde hay llanto y crujir de dientes; estoy sumergido en las tinieblas y privado de luz; he perdido la esperanza, me hallo en compañía de todos los condenados y de todos los torturados. Eso te daré como recompensa y consuelo...»

«¿Y cuál es el camino que nos invita a seguir? El camino de la mentira. La mentira engendra el miserable amor de sí mismo que te lleva a amar de un modo desordenado el fausto, la magnificencia del mundo, las cria-

turas y a ti mismo sin preocuparte de perder a Dios y la hermosura de tu alma. En tu ceguedad, haces, del mundo, tu dios; como un ladrón te robas el tiempo que debieras emplear para el honor de Dios, la salvación de tu alma y la dicha de los demás; pues lo derrochas para tu propia satisfacción, concediendo a tu cuerpo mayor bienestar y comodidad de la que Dios consiente... Cristo ha escrito su doctrina en su propio cuerpo; ha hecho de sí mismo un libro cuyas iniciales son tan grandes y tan encarnadas que el más ignorante y menos atento puede fácilmente distinguirlas y leerlas... El demonio coloca ante tus ojos el libro de tu propia sensualidad, en el que se hallan grabados todos los vicios y todas las malas tendencias de tu alma: la cólera, la impaciencia, el orgullo, la infidelidad al Creador, la injusticia, la impureza, el odio al prójimo, el amor al pecado y el desprecio hacia la virtud, la grosería, la calumnia, la pereza, la negligencia... Si la voluntad lee todo esto, se impregna de ello y lo pone en práctica, sigue, como una impía, el camino de la mentira, indicado por el diablo, y bebe el agua muerta para su castigo y su eterna condenación.»

He aquí cuál era la ley que Catalina debía comunicar al mundo político como al mundo religioso. Hay dos reinos: por un lado, el egoísmo, el mundo, el pecado, la muerte, las tinieblas, el infierno; por otro, el amor, la renuncia a la propia voluntad, el cumplimiento del deber, la luz, la vida, el cielo. La puerta de entrada del reino de la muerte es el yo, *Ego;* la puerta de entrada del reino de Dios es el Verbo, Jesús. El que viva en el yo, se apega

a lo que pasa y perecerá. El que se fija en Jesús se fija en lo imperecedero y será salvo.

Esta doctrina parecía tan verdadera a Catalina que no dejaba de predicarla a toda hora, a los grandes, a los pequeños, «oportuna e importunamente», como el Apóstol. «Esta mujer — escribe el excelente notario Cristófano Guidini, maravillado—, se preocupaba poco de que lo que decía agradase o no.» Para ella la política era, como todas las obras humanas, un capítulo de moral, y el hombre de Estado debía ser, como los demás hombres, un imitador de Cristo. Se interponía entre las repúblicas beligerantes; penetraba en la Iglesia corrompida, conjurando a los hombres para que depusieran las armas y cambiasen el beso de paz; para que pasaran del nepotismo y de la simonía a la rectitud y a la probidad; del temor de los hombres al temor de Dios: del Yo a Jesús.

El término de *virilidad* reaparece sin cesar en las cartas de Catalina. En su sentir, la virilidad comprende todo lo que era Cristo, y sin consideración a su propio sexo, califica de femenino lo que exige el demonio de nosotros. «Sed un hombre viril», le aconseja al débil e irresoluto Gregorio XI. Habla con severidad de los que «son caritativos y complacientes por amor carnal y llenos de complacencia para su propio cuerpo». Estos son los que no se atreven a obrar bien o castigar la injusticia por temor a descontentar a los hombres o de atraerse su desprecio; lo que domina en ellos es un inmenso deseo de vivir en paz y de tener buenas relaciones con todos, aunque el honor de Dios exija que luchen o combatan.

«Semejantes individuos, viendo pecar a sus súbditos, fingen no verlo para no encontrarse en el trance de castigarlos; o bien, si los castigan, lo hacen con tal blandura que se limitan a pasar un ungüento sobre el vicio, porque temen siempre desagradar a alguien y dar lugar a pendencias. Esto nace de que se aman a sí mismos.»

Catalina demuestra con insistencia cuán opuesto es a la caridad este cobarde y temeroso egoísmo. Cristo no ha venido a traernos un cobarde pacifismo a cuyo favor el mal se desarrolla mejor que el bien. Ha venido con la espada y la hoz; fué el médico que llevó el hierro candente a la llaga del pecado. Y, como su verdadero discípulo, Catalina predica que «querer vivir en paz es con frecuencia la mayor de las crueldades. Cuando el absceso se halla a punto, debe ser cortado por el hierro y cauterizado por el fuego; si ponemos en él únicamente un bálsamo, la corrupción se extiende y da a veces la muerte».

En una carta posterior a Pedro d'Estaing, Catalina desenvuelve estos principios con toda su clarividente psicología, procurando inculcarlos al Cardenal legado. «Deseo ver en vos un hombre valeroso—escribe con su audacia acostumbrada—para que sirváis sin temor a la Esposa de Cristo trabajando espiritual y temporalmente por el honor de Dios, según las necesidades de esa dulce Esposa en las circunstancias actuales, lo que haréis con celo, sin temor y sin negligencia, como lo espero, así que conozcáis sus necesidades. El alma que teme la opinión de los hombres no alcanzará nunca la perfección; todo la turba y no sabe llevar a término empresa alguna.

¡Cuán peligroso ese temor! Paraliza los santos deseos y dificulta su realización; ciega al hombre tanto, que le es imposible reconocer la verdad, porque este temor procede del amor propio. En cuanto la criatura razonable se ama a sí misma, empieza a temer.»

El que tenga alguna costumbre de observarse a sí propio, lo ha experimentado. Mientras el abandono a la voluntad de Dios nos hace intrépidos, la menor tendencia a las satisfacciones egoístas engendra la turbación y la angustia. Dios es únicamente el Bien seguro; los demás pueden perderse. Como hace observar finamente Catalina: «¿Por qué teme ese hombre? Porque ha puesto su amor y su esperanza en cosas frágiles que no descansan en base alguna sólida y pasan como el viento.» ¡Oh culpable amor propio, cuán pernicioso eres para los superiores y para los súbditos! Porque si es un Prelado, no castiga ni reprende jamás a sus subordinados por temor a desagradarles... No tiene en cuenta el derecho, ni la justicia; juzga según su capricho el de las criaturas, de modo que sus subordinados se pervierten cada vez más.

A esta parcialidad, a ese vergonzante egoísmo, Catalina opone el deber íntegramente cumplido por Cristo, que no buscaba sino el honor de Dios y el verdadero bien del prójimo. «Es nuestro Maestro; somos nosotros los discípulos de su dulce escuela.»

Después viene la aplicación práctica de esos principios; la política aparece pronto a través de la dogmática (porque, en definitiva, todo, a los ojos de Catalina, tiene en el dogma su fuente). «Paréceme, carísimo Padre,

que es tiempo de dar gloria a Dios y de trabajar por el prójimo. No es hora de apegarse a sí mismo por el amor propio sensitivo y el temor servil, sino de obrar con amor sincero y sencillo temor de Dios. Héos aquí destinado a lo temporal y a lo espiritual... En lo temporal, obrad con valentía, prosiguiendo en lo posible la paz y la unión en el país.»

Por el «país» entiende Catalina Italia. Como Dante, era una italiana ferviente, y el anhelo de la salvación de su patria se descubre sin cesar en sus cartas y en sus discursos. Alude aquí a la lucha que se proseguía entre Bernabó Visconti y la Santa Sede. En vez de luchar entre sí los cristianos, deberían combatir a los infieles. Con mayor inteligencia de la vocación de la Iglesia que el Papa y los Cardenales mismos, exclama: «¡La paz, la paz, la paz, carísimo Padre! Haced entender al Soberano Pontífice que la pérdida de las almas es más importante que la de las ciudades, porque Dios exige de él antes la salvación de las almas que la conquista de las ciudades.»

Después termina insistiendo en su primitiva idea: «Estoy convencida de que si os halláis revestido del hombre nuevo, de Cristo, del dulce Jesús y os despojáis del hombre antiguo, es decir de vuestra naturaleza sensual, haréis cuanto es preciso, porque os veréis libre de todo temor servil... Dios os ha colocado en un puesto que sólo exige un santo temor; por eso os he dicho que quería encontrar en vos un hombre valeroso y no un cobarde. Espero de la Bondad Divina que os concederá la gracia de realizar su voluntad, vuestro deseo y el mío. Permaneced

en la santa y dulce dilección de Dios, el dulce Jesús, amor mío.»

Además de Pedro d'Estaing la política pontificia se hallaba representada en Italia por otro Prelado francés, el Abad de Marmoutiers, Gerardo du Puy, que, según la antigua divisa, «*Divide et impera*», procuraba sembrar la discordia. Así suscitó una antigua querella entre Arezzo y Castiglion Fiorentino, y se decía que ayudaba secretamente a Cione Salimbeni a pelear contra Siena. Era sobrino de Gregorio XI, cuya confianza poseía y al que sirvió de intermediario con Santa Brígida; después de la muerte de la vidente sueca (julio de 1373) se volvió hacia el nuevo astro: Catalina.

La Santa de Fontebranda le contestó con una carta concebida en términos análogos a la del Cardenal d'Estaing. «Cristo crucificado—le dice—es el camino que debemos seguir para ir al Padre. No existe otro medio de realizar su voluntad que unirse estrechamente a Cristo, y si lo hacemos, veremos que nos hallamos en el *fuego*. El amor de Dios, quemando el alma como una hoguera ardiente, calienta, ilumina y transforma en sí mismo la madera que se halla en medio de las llamas.» Catalina trata aquí de su asunto favorito: la transformación del alma por la conformidad con Cristo, la destrucción de la voluntad propia en el fuego sagrado de la voluntad divina...

«¡Oh, fuego dulce y atractivo—exclama—, tú disipas todas las frialdades del vicio, del pecado y del egoísmo; tú calientas e inflamas la madera seca de nuestra voluntad de suerte que se abrasa y consume en aspiraciones ar-

dientes; amando lo que Dios ama, aborrecindo lo que aborrece...» El alma se purifica de tal modo enesete fuego, que la memoria sólo puede emplearse en recordar los beneficios de Dios y la inteligencia en considerar su bondad, y la voluntad aspira a El, no importándole nada que no sea El.

Después de haber expuesto estas consideraciones teóricas y teológicas, Catalina saca consecuencias prácticas: «He recibido vuestra carta con sumo gusto—escribe—, y ha sido para mí un gran consuelo ver que no os olvidáis de una criatura tan vil y miserable como yo. Contesto así a vuestras tres preguntas: Creo que sería bueno que nuestro dulce Cristo terrestre (es decir, el Papa) se libre de dos cosas que corrompen a la esposa de Cristo. La primera es el afecto excesivo que demuestra a su familia, de la que se ocupa con demasiada solicitud... La segunda es una dulzura excesiva, nacida de una extremada indulgencia. ¡Ay, ay, los miembros de Cristo se corrompen porque nadie los castiga! Hay tres vicios detestables hacia los que Nuestro Señor tiene particular aversión: la impureza, la avaricia y el orgullo que reinan entre los sacerdotes; éstos no piensan sino en los placeres y en las fiestas y se preocupan únicamente de hacer fortuna. Ven sin inquietud a los demonios infernales robarles las almas que les fueron confiadas, siendo ellos mismos lobos voraces que comercian con la divina gracia. Hay que poner orden en esto con mano firme, porque una compasión excesiva constituye a veces la mayor crueldad. Ruego a Dios que el Padre Santo reduzca al

silencio su amor desmedido hacia su familia; no digo que la Iglesia sea por eso menos perseguida; pero tengo fe en el porvenir glorioso que le ha sido predicho. El bien sólo triunfará cuando la corrupción haya llegado al colmo.»

Muchos consideran estas palabras de Santa Catalina como una profecía, y así es, en efecto. Tuvo la Santa clara comprensión de la trabazón de los sucesos y aquel contacto íntimo con la ley de la historia que le permitía entrever y predecir el desenvolvimiento de los siglos venideros. «El bien sólo triunfará cuando la corrupción haya llegado al colmo.» Si hubiese vivido más tiempo hubiese visto al demonio encarnado (*dimonio incarnato*) Alejandro VI sentado en el trono de Pedro; hubiese comprendido que la hora anunciada por ella había sonado. «Vuestra hora es la hora del poder de las tinieblas», en que la esposa de Cristo, como Cristo mismo, se viese, no sólo traicionada por Judas (lo que aconteció muchas veces), sino negada por Pedro: «No conozco a este Galileo.»

Después Catalina contesta a las otras dos preguntas hechas por el abad. Este parece haber hallado correcto darle a entender en su carta que era un gran pecador, que ponía su confianza en la misericordia de Dios, etc... Catalina le toma la palabra. «Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva—le dice para animarle—; y yo, vuestra hija indignísima, tomaré sobre mí la deuda de vuestras culpas y consumiré a la vez las vuestras y las mías en la hoguera del santo amor. Estad

seguro de que Dios, en su misericordia, os ha perdonado; pero procurad en adelante llevar una vida nueva.»

Y de aquí Catalina pasa al tercer punto, relativo a los deberes del abad como confidente del Papa: «Debéis trabajar según vuestros medios con el Santo Padre para arrojar a los malos pastores que son lobos y demonios encarnados que sólo piensan en engordar y poseer palacios suntuosos y séquitos brillantes—escribe—. ¡Ay!, todo lo que Cristo ha adquirido en el madero de la cruz se ve disipado por mujeres perdidas. Aunque hubieseis de perder la vida, os conjuro a que digáis al Padre Santo que ponga fin a semejante escándalo. Y cuando llegue el momento de nombrar a los Cardenales o a otros pastores de la Iglesia, suplicadle que no se deje guiar por la adulación, la codicia o la simonía, ni considere si los interesados pertenecen a la nobleza o a la clase media, porque la virtud y una buena reputación es lo que ennoblece al hombre ante Dios.»

Gregorio XI recibió, seguramente, el mensaje de Catalina; pero no hizo caso de él. El 21 de diciembre creó nueve Cardenales (entre los cuales se hallaba el mismo Gerardo du Puy), todos faltos de las cualidades que exigía Catalina; el mejor de ellos era el español Pedro de Luna, el futuro antipapa Benedicto XIII.

Pero Catalina trabajaba en otras partes, A su alrededor tenía bastante quehacer. El año 1376 fué particularmente agitado. «Parece—dice el viejo cronista Neri di Donato,—que el tiempo se halla bajo la influencia de un planeta que provoca en todas partes batallas y luchas. En el con-

vento de San Antonio (cerca de Bagni di Petriuolo, en los alrededores de Siena), los frailes agustinos asesinaron a su prior. En el *Sagro Convento* de Asís los franciscanos pelearon con armas blancas, resultando muertos catorce de ellos. En la abadía della Rosa (actualmente iglesia de la *Mustiola*, en Siena) se desencadenaron igualmente querellas intestinas que produjeron la salida de seis hermanos. La discordia reinaba entre los cartujos; el ministro general, que vino a restablecer el orden, les arrojó de su ministerio. Y no iba la cosa mejor en las familias... En Siena nadie cumplía su palabra ni en el seno de su partido ni fuera de él. El pueblo se hallaba divorciado de sus jefes; el mundo entero era un valle de tinieblas.»

El viejo cronista no ha exagerado, seguramente; el clero daba al pueblo de entonces un ejemplo belicoso y frívolo. Probablemente por su discípulo Nigi di Doccio degli Arzocchi, Catalina entró en relación con Biringhieri degli Arzocchi, párroco de Asciano, ciudad situada al sur de Siena, al que escribió una carta severísima. Obedeciendo a la inspiración de su naturaleza poética, entraba en materia con una imagen. «Cuando las flores están demasiado tiempo en el agua, se pudren y apestan en vez de derramar su dulce perfume. Vosotros, sacerdotes, sois flores de la iglesia de Dios, flores colocadas en el altar; pero cuando estas flores permanecen en el agua del vicio de la impureza y de la vida profana, exhalan un olor fétido que envenena a los fieles. Despertad, pues, y no durmáis más. Hemos dormido demasiado—para dulcificar el aguijón de sus reproches no se exceptúa Cata-

lina a sí misma—y estamos muertos para la gracia. El tiempo apremia, porque la sentencia está dada y estamos condenados a muerte.»

Y después predice la muerte inevitable, contra la que nada pueden el dinero y la nobleza (alude aquí a la noble y rica familia del sacerdote en cuestión). «¡Oh, cuán miserable será entonces ese alma que habrá buscado los placeres de los sentidos y se habrá sumergido en ellos como los cerdos en el fango! La criatura razonable se ha convertido en animal inmundo, hasta tal punto sumergida en vergonzosa avaricia, que vende codiciosa las gracias espirituales; a quien abruma el orgullo y que gasta en honores, en servidores, en séquitos magníficos lo que convendría dar a los pobres.» Esto se llama pasar el tiempo en servir al diablo; pero habiéndonos rescatado la sangre de Cristo, no nos pertenecemos, «no tenemos derecho a vendernos a nosotros mismos». «Os conjuro por el amor del Crucificado: salgamos de tan vil esclavitud...; mis faltas son innumerables, pero os prometo tomar las vuestras con las mías y hacer de ellas un ramo de mirra que colocaré sobre mi corazón con amargo arrepentimiento.»

El párroco de Semignano, aldea situada en la *Montagnuola* al oeste de Siena, mantenía con otro sacerdote continuas discusiones. Catalina se dirige a él en estos términos: «Me asombro de que un hombre de vuestra condición pueda vivir en el odio. Dios os ha retirado del siglo y hecho un ángel en la tierra por la virtud del Sacramento. Y he aquí que os ocupáis de nuevo de lo que ocu-

rre en el mundo. No comprendo cómo os atrevéis a decir la santa misa y os pronostico que si perseveráis en ese odio y en vuestros demás defectos, la justicia de Dios caerá sobre vos. Dejad de llevar esa vida de pecado y convertíos, pensando en que la muerte llegará y os sorprenderá cuando menos lo penséis... Os suplico que extirpéis de vuestra alma tan viles sentimientos y, sobre todo, el odio... Quiero que hagáis paces. Es vergonzoso que dos sacerdotes sean enemigos; es un verdadero milagro que Dios no mande a la tierra que se abra para tragaros a los dos.»

Vivas querellas estallaban, también sin cesar, entre el párroco decano de Casole di Val de Elsa (a mitad de camino entre Siena y Volterra) y otro eclesiástico del mismo lugar. Catalina les dedica un sermón sobre el único odio que el cristiano tiene derecho a alimentar: el odio al pecado, empezando por demostrarles que el odio a los demás es en realidad el odio a sí mismo, «porque si aborrezco a mi prójimo, mato la gracia en mí, convirtiéndome en mi enemigo más temible»—dice—. «Si se me hiere en mi cuerpo y por la ofensa que se me ha hecho aborrezco a mi agresor, síguese que hiero yo mismo a mi alma y que la mato arrebatándole la vida de la gracia. Debo, pues, experimentar un mayor odio contra mí, que privo a mi alma de la vida eterna, que contra el enemigo que mata el cuerpo, el cual debe morir más tarde o más temprano, puesto que es perecedero y pasa como la hierba de los campos. Su vida y su valor proceden del alma que encierra, y cuando esta piedra preciosa le es

arrebatada, el cuerpo no es otra cosa que un saco lleno de inmundicias que será presa de los gusanos.»

¡Cuán insensato, pues, el que por una ofensa exterior arriesga la vida de su alma! A este odio de sí mismo, irracional y culpable, Catalina opone el odio al pecado, a la voluntad sensual y al yo orgulloso. Este odio verdadero, en vez de movernos a la venganza, nos inclina a la paciencia, al perdón y al amor a nuestros enemigos; los que nos ocasionan contrariedades, no son para nosotros más que instrumentos en la mano de Dios, son los azotes y las disciplinas con que el Señor nos castiga, y es preferible expiar nuestros pecados en este mundo que en el otro. «Tal es la verdadera manera de ver las cosas, no existe otra. Los demás caminos conducen a la muerte. Necesitamos ser perdonados y debemos perdonar. Obrando así permaneceréis en el camino recto, seréis verdaderos mediadores entre Dios y los hombres, y en recompensa gozaréis de la eterna visión de Dios. He tenido compasión de vuestras almas; no he querido que vivierais en las tinieblas y he venido a invitaros a estas dulces y gloriosas bodas... Y como me parece que tenéis obstruído el camino de la Verdad a causa de la enemistad que existe entre vosotros y el camino de la mentira se abre ante vuestros pasos, quiero que hagáis la paz con Dios y el prójimo y que, dejando el camino de las tinieblas entréis en el que lleva a la vida. Os conjuro en nombre de Cristo a que no despreciéis mi súplica.»

A pesar de los ruegos de Catalina en pro de la paz, continuaba la lucha entre la Santa Sede y Bernabó Vis-

conti. Con la esperanza de ganarse a las Repúblicas toscanas, el tirano de Milán les envió un embajador que llegó a Siena en noviembre de 1373. Se hizo presentar a Catalina, a la que llevaba los respetos, no sólo de su señor, sino de su esposa, la frívola y mundana Beatrice della Scala. En enero el Papa había lanzado una bula de excomunión contra Bernabó y Galleazzo Visconti, y es probable que ambos tiranos quisieran hallar gracia cerca del Soberano Pontífice por mediación de la virgen senesa, así como reconciliarse con la opinión pública en Siena y en toda Toscana. En la respuesta dictada por Catalina a Neri di Landoccio da a Bernabó el título de «reverendísimo Padre» y empieza por hablarle de la vanidad y fragilidad de los honores y de los poderes terrenales. «Y si me preguntareis: ¿No hay ningún poder estable en esta vida?, os contestaré: Sí, hay uno: la verdad de nuestra alma. Reinamos en ella y es tan fuerte, que ni los hombres ni el diablo pueden conquistarla si no consentimos nosotros.» Pero, ¿cómo tendremos energía para no sucumbir en la lucha contra la carne y el príncipe del mundo y de las tinieblas? Es la obra de Jesucristo, Cordero sin mancilla. «Por su muerte nos ha dado la vida; padeciendo ultrajes y oprobios nos ha devuelto el honor; sus manos clavadas en la cruz nos han librado del pecado; por su desnudez nos ha vestido de gracia; nos ha salvado por su sangre; su sabiduría ha vencido la malicia del demonio; su flagelación, la flaqueza de nuestra carne; su humildad ha triunfado del orgullo y de las delicias del mundo. Nada tenemos que temer; su mano inerme ha vencido

a nuestros enemigos y nos ha devuelto el libre albedrío.»

Y he aquí que Catalina llega a donde quiere llegar: al capítulo que trata de la *Iglesia*. Pecamos cada día, dice, y todos los días necesitamos recibir el perdón de nuestros pecados por la efusión de la sangre del Cordero en el Sacramento de Penitencia. Ahora bien; sólo la Iglesia administra ese Sacramento, única depositaria de las llaves de la Sangre. ¡Cuán insensato es, pues, el que se rebela y se aleja del Vicario de Cristo, que es el custodio de esas llaves! Y, como San Francisco de Asís en su testamento, añade ella: «Aun cuando el Papa fuese un demonio encarnado, no debería levantar la cabeza contra él, sino inclinarme ante su autoridad y pedirle esa sangre de la que no puedo participar de otro modo. Y por eso (ahora viene la aplicación personal) os suplico que no os rebeléis contra vuestro jefe. Rechazad las investigaciones del diablo que os sugiere ser vuestro deber combatir a los malos pastores de la Iglesia. No le creáis y no tratéis de juzgar lo que no os concierne. Nuestro Salvador lo prohibe; ha declarado que eran sus ungidos y no quiere que ninguna criatura ejerza una jurisdicción que se ha reservado así mismo.» Catalina va más lejos, hasta decir: «Si los sacerdotes nos despojasen de nuestros bienes, deberíamos preferir perder antes nuestros bienes temporales y la vida del cuerpo que los bienes espirituales y la vida de la gracia.» Esta no es la opinión de Lutero ni de Wiclef, ni de los Hugonotes. No es la herejía o la rebelión la que habla así, sino la santidad «dulce y humilde de corazón», «obediente hasla muerte, y hasta la muerte en cruz...»

La carta termina con una exhortación ardiente a la Cruzada. Gregorio había predicado la guerra santa al empezar el año 1373 y Catalina le apoyaba. «¡Qué vergüenza y qué escándalo para nosotros, cristianos, dejar en manos de los infieles lo que nos pertenece de derecho! Os suplico con insistencia, en nombre de Cristo crucificado, que celebréis una paz real y completa con nuestro dulce Padre, el Cristo de la tierra, para luchar contra los paganos. Si lo hacéis, participaréis de la sangre del Hijo de Dios.»

Catalina escribió después a la altiva y frívola Beatriz, llamándola «querida madre y hermana en Cristo, el dulce Jesús». La verdadera grandeza es incompatible con el amor al mundo, declara, porque el mundo es inferior al alma humana y no vale lo que nos apegamos a él. «El alma se transforma en lo que ama; amando el pecado, que es nada, mi alma se aniquila y nada peor puede acontecerme. El pecado procede de que amamos lo que Dios aborrece y de que detestamos lo que Dios ama; es decir, de que amamos los bienes perecederos del mundo y nuestro propio yo... Ni las pompas, ni los esplendores del mundo, ni las criaturas son cosas malas en sí mismas; la afección desordenada que hacia ellas tenemos es lo que constituye el pecado.»

Pero, por fortuna, el amor del mundo es impotente para procurarnos la paz. Si queremos poseerla debemos negarnos a nosotros mismos y seguir el camino real de la Cruz. Parece que este camino está sembrado de espinas; pero esto es una ilusión: las rosas de la pacien-

cia crecen entre las espinas de las tribulaciones. Y, por lo demás, el que está embriagado de la sangre de Cristo no nota en su embriaguez dónde pone el pie. Catalina deseaba esta embriaguez a Beatriz: «No sólo por vos misma, sino porque quiero que seáis para vuestro marido un guía en el camino de la verdad y de la virtud. Conducidle, suplicadle que no se rebele contra el Santo Padre... No quiero que seáis ingratos para con Dios.»

Parece que Catalina tenía el proyecto de ir personalmente a Milán para influir sobre Bernabó. «Desearía probaros con actos mi celo por la salvación de las almas», dice al terminar su carta a Beatriz. Y se desprende de una carta, dirigida el 30 de mayo de 1375 a Catalina por la nuera de Bernabó, Isabel de Baviera, que la Santa era esperada en la corte de los Visconti, porque Isabel se lamenta al saber que la visita anunciada no se verificará.

Gregorio XI y Catalina hubieron de renunciar momentáneamente a sus proyectos de cruzada. En marzo de 1374 Guillermo de Noellet, Prelado francés y sucesor del Cardenal d'Estaing, llegó como legado pontificio a Bolonia animado de las mismas nefastas intenciones que el abad de Marmoutiers en Perusa. Los tiempos eran malos para Italia, así como para la patria chica de Catalina. El caballero bandido Andrea di Niccolo Salimbeni, que desde su castillo de Perolla, situado en la Maremma, saqueaba desde hacía tiempo las cercanías de Siena, fué, al fin, hecho prisionero. Pero el juez supremo, llamado *il Senatore*, Ludovico da Mogliano, no tuvo valor para hacer ejecutar a un ladrón de noble

raza, en tanto los hombres de su banda fueron condenados a muerte. Indignado por tan manifiesta injusticia el pueblo, se levantó contra el susodicho *Senatore;* un sillero llamado Noccio di Vanni usurpó su puesto en el *Palazzo* público y condenó a Andrea a ser decapitado, sentencia que, esta vez, fué seguida de ejecución.

Entre tanto, la poderosa familia Salimbeni, irritada, se lanzó desde sus castillos sobre la comarca desarmada de Siena. Por otra parte, un serio peligro amenazaba a Catalina: fué llamada a Florencia para dar cuenta de su actitud y de su doctrina ante el Capítulo general de la Orden dominicana.

X

Era en Florencia, el día de la fiesta de San Juan, en 1374.

San Juan es uno de los patronos de la ciudad, y todavía en nuestros días se celebra su fiesta con gran solemnidad. El 24 de junio de 1374 la misa mayor fué cantada en su honor en todas las iglesias de Florencia. En Santa María Novella, la iglesia de los dominicos, donde muchos hermanos quedaban después de cerrado el capítulo, Fra Tommaso della Fonte oficiaba en el altar asistido de Fra Bartolómmeo de Dominici y de Fra Raimundo de Capua. Catalina, arrodillada en el fondo de la nave, consideraba con una atención y un interés particulares a este tercer sacerdote, que le era desconocido. Desde tiempo atrás deseaba encontrar un confesor que pudiese comprenderla plenamente y que por su superioridad, como por su situación, pudiese auxiliarla con eficacia. Y de pronto, mediante una revelación, adquirió la certidumbre de que Raimundo era el hombre que buscaba, y le pareció que la Virgen Santísima, apareciendo a su lado, se lo daba como guía y padre espiritual.

Catalina no era, por otra parte, una desconocida para Raimundo. El dominico, que le llevaba diez y siete años, había oído hablar muchas veces de la joven de Fontebranda. Nacido en 1330 en Capua de la noble familia delle Vigne, a la que pertenecía el célebre canciller de Federico II, Pedro delle Vigne, se había ordenado muy joven y había ya desempeñado altas funciones en Roma y Bolonia. De 1363 a 1366 había vivido en Montepulciano, en la montaña al sur de Siena, como director espiritual del convento de dominicos de la ciudad; allí, en su soledad, concibió una biografía de Santa Inés de Montepulciano (cuyo cuerpo se conserva cuidadosamente en dicho convento), así como el comentario del *Magnificat* que compuso. También en Montepulciano recibió la visita del confesor de Catalina, Fra Tommaso della Fonte, al que tal vez rogó viniera con el solo propósito de interrogarle sobre su penitente. «Porque—dice él mismo, con una reminiscencia de Dante en su *Leyenda de Santa Catalina*—pensaba que estábamos en la época de la *tercera bestia* y que se hallaba marcada con el signo del leopardo, que representa la hipocresía.»

La causa de Catalina fué, sin duda, seriamente examinada en el Capítulo de Florencia (celebrado en la *Cappella degli Spagnuoli*), y Raimundo adquirió entonces la convicción de que la joven Sienesa no era «una de esas mujeres que había encontrado con frecuencia que se dejan engañar por el diablo y engañan después a los demás». Ya a petición suya, ya por orden de sus superiores, fué enviado a Siena, a San Domenico, donde pudo

observar de cerca la conducta de Catalina. Durante los cinco años siguientes sus relaciones fueron cada vez más asiduas.

Raimundo no fué el único que conoció a Catalina durante la permanencia de ésta a orillas del Arno. «En mayo de 1374—refiere un autor florentino anónimo—llegó a esta ciudad una tal Catalina, hija del tintorero Giacomo Benincasa, de Siena; llevaba el hábito de las hermanas de la Orden Tercera de Santo Domingo; la considerábamos como una verdadera sierva de Dios. Tres mujeres del mismo hábito la acompañaban por doquiera. Cuando su fama llegó hasta mí, procuré conocerla y adquirí con ella tanta intimidad que me honró con frecuencia con su visita». Este escritor anónimo es tal vez Niccolo Soderini, rico y notable florentino con el que Catalina mantuvo relaciones amistosas y que debía socorrer a los hermanos de la Santa con algunos préstamos en dinero, pues la situación de los tres hermanos en Florencia seguía siendo crítica. Stéfano acabó por emigrar a Roma, y Bartolommeo se decidió a seguir a Catalina cuando ésta marchó a Siena a fines de junio, de modo que Benincasa quedó solo en la mansión del Canto a Soldani. Raimundo se unió probablemente a los viajeros, y debemos suponer que las cuatro *Mantellatas*, el dominico, el valiente artesano y su séquito abandonaron Florencia una mañana de verano por la Porta Romana. La carretera pasa delante de la Certoca di Val d'Ema, recientemente construída, sigue el Val di Pesa, traspone las colinas de Chianti, cubiertas de viñedos. Cerca de Barberi-

no, en Petrognano, se enseña aún una fuente cuyas aguas malsanas fueron purificadas por la bendición de la Santa. Los viajeros se acercan aquí al valle de Elsa, que les es familiar, y ven de nuevo el paisaje de Siena menos grandioso que el de las cercanías de Florencia. El camino pasa ante la antigua Abadía de *Isola* y por bajo de las fortalezas cantadas por Dante, de Staggia y de Monteriggioni, «cuyos muros se coronan de torrecillas». Allí los viajeros debieron pensar en el encuentro, en el purgatorio, de Alighieri y de Sapia Saracini, la que aquí mismo, desde su ventana, asistió con júbilo maligno a la derrota de sus compatriotas y vió clavar en una pica la cabeza de Provenzano Salvani: «Entonces alcé insolentemente el rostro al cielo, exclamando: Ya no te temo.» No era, naturalmente, por estos méritos por los que la noble dama se hallaba en el camino de la salvación cuando el florentino la encontró en medio de las llamas del purgatorio, «Cuando me encontré en el último extremo—le dijo—quise hacer las paces con Dios, pero mi arrepentimiento hubiera sido inútil si Pedro Pettinaro no hubiese venido en mi ayuda, concediéndome el socorro de sus oraciones.» Pedro Pettinaro, piadoso fabricante de peines, misionero seglar y terciario, asistió, en efecto, a esta mujer perversa en su última hora y la hizo pasar de las sombrías llamas del infierno a las de oro del purgatorio.

Llegados luego los viajeros a las alturas del monte Celso, pudieron contemplar a Siena a los rayos del sol poniente. Con sus numerosas torres amenazadoras la al-

tiva ciudad semejaba un nido de aves de rapiña cuyos cuellos desnudos se alzasen vorazmente, y por encima del cual emergía el *Campanile* reluciente de la catedral, como una mano blanca que se alzase en vano para trazar una bendición. Porque todo el país en derredor estaba devastado por las tropas de los Salimbeni; todas las noches, después del *Angelus*, cuando se cerraban las puertas (como se cierran hoy), eran llevadas todas las llaves—inútilmente, ¡ay!—a la catedral y depositadas en el altar de la Virgen, al pie de la ilustre Soberana de la ciudad. Nuestra Señora había dado la victoria en Monteaperti, y los temblores de tierra no osaban conmover la ciudad que cubría con su manto blanco. Pero el feroz Cione di Sandro Salimbeni corría a sangre y fuego la comarca de Montepulciano y Agnolino di Giovanni Salimbeni saqueaba Montalcino, mientras en la ciudad misma reinaba un enemigo más peligroso aún, que no podía ser combatido con las armas. Apenas hubieron atravesado la Porta Camollia, Catalina y sus compañeros, encontraron una carreta cargada de cadáveres, seguida por los hermanos negros *della Misericordia*, quienes llevaban antorchas cuyo resplandor iluminaba cuerpos hinchados y rostros azulados. Los que vivían en 1348, comprendiendo de lo que se trataba, murmuraron estremeciéndose: «¡La peste!»

Siena fué devastada, en efecto, por la implacable epidemia; se calcula que pereció un tercio de sus habitantes. Bartolommeo Benincasa volvió a su ciudad natal para morir en ella. Stéfano murió hacia la misma época

en Roma, donde la peste hizo seguidamente su aparición. La hermana de Catalina, Lisa (que no hay que confundir con su cuñada, la mujer de Bartolommeo, de la familia Colombini), sucumbió, así como ocho nietos de Lapa que vivían con ella. Catalina amortajó por sí misma a estos pequeños cadáveres, diciendo para sí: «Estos, por lo menos, no los perderé»; el mismo pensamiento cruzaba por su espíritu cuando escribía a Alessia Saracini: «Dios quiera que estos niños mueran si no han de llegar a ser hombres honrados.»

Seguida por su fiel amigo Malleo de Cenni Fazi, rector de la *Casa della Misericordia*, y de su nuevo confesor, Raimundo de Capua, Catalina emprendió de nuevo los senderos de la caridad. Era el alma del incansable grupo que ejercitaba las obras de misericordia: cuidar a los enfermos, asistir a los agonizantes, sepultar a los muertos.

El que en nuestros días vaga por las calles sombrías, estrechas y mal olientes del Ghetto de Siena puede formarse una débil idea del horrible espectáculo que presentaban las ciudades de la Edad Media. Aun en tiempo ordinario, la limpieza sólo se hacía por los cerdos de los hermanos de San Antonio, que con tal fin circulaban libremente por toda la ciudad. Entonces, en el período agudo de la epidemia, la gente tenía otras cosas por que preocuparse más que barrer las calles, pero Catalina era valiente, y los olores más infectos no hacían retroceder a la que había bebido el pus de la llaga de su enemiga enferma. Provista de un frasco de olor y de

su linterna (que se ve aún en su casa cerca de Fontebranda), iba, infatigable, de hospital en hospital y subía las escaleras repugnantes de las casas de los pobres.

Siempre se hallaba acompañada por sus leales Fra Raimundo, Fra Bartolommeo de Dominici y el ermitaño Fra Santi. No ignoraban éstos el peligro que corrían; pero contaban con la asistencia de Dios por mediación de Catalina. Raimundo refiere por su parte: «Cuando apareció la peste en Siena resolví exponer mi cuerpo a la muerte por amor a la salvación de las almas y no huir del contacto de enfermo alguno. Es evidente que este mal era contagioso y que viciando la atmósfera amenazaba a cuantos vivían en torno de los apestados; pero consideraba que Cristo es más poderoso que Hipócrates y la gracia que la naturaleza... Por otra parte, estaba obligado a preferir el alma del prójimo a mi propio cuerpo. Y como estaba casi solo, apenas podía descansar en las horas de las comidas y del sueño: tan numerosos eran los enviados de los enfermos que exigían mi presencia... Pues bien, cierta mañana, cuando iba a levantarme para rezar maitines, después de haber descansado algún tiempo, sentí un ligero dolor en la ingle. Y llevando la mano al sitio, pude notar la hinchazón del tumor pestilente. Me atemoricé y; no atreviéndome a dejar el lecho, me puse a pensar en la muerte, deseando que llegase el día para ir en busca de la Santa virgen—Catalina—antes de que mi estado se agravase. Entretanto aparecieron otros síntomas, la fiebre y un

fuerte dolor de cabeza; sin embargo, procuré acabar lo mejor que pude el rezo de maitines.» Sostenido por un hermano, Raimundo llega a casa de Catalina, pero ésta ha salido; le tienden en el tramo de su celda, donde le encuentra a su vuelta, y, arrodillándose a su lado, pone su mano en la frente calenturienta y empieza a rezar en silencio. Esto duró una media hora. Raimundo, siempre acostado, esperaba ver manifestarse otros síntomas alarmantes, como los vómitos, que viera en otros enfermos. Pero nada de esto ocurrió. Mientras Catalina rezaba, una dulce sensación de bienestar se extendía sobre él. «Parece—escribe—como si me arrancasen algo de todas mis extremidades.» Y cuando Catalina se levantó, Raimundo se hallaba completamente curado. Le dió un poco de alimento, le invitó a descansar un momento más y le despidió en seguida diciendo: «Id a trabajar por la salvación de las almas y dad gracias al Altísimo, que os ha salvado.»

Fra Bartolommeo y Fra Santi experimentaron igualmente la influencia de su *Mamma* sobre la salud y la enfermedad; también ellos la vieron como su Señor y Dueño en casa de la suegra de Simón «inclinarse sobre su lecho y amenazar a la fiebre, que desapareció en seguida, lo cual les permitió volver a sus ocupaciones habituales. Micer Matteo, rector de la *Casa della Misericordia*, atacado de la peste, pensaba que le sucedería como a su colega del hospital de *la Scala*, que acababa de morir en su puesto. Sentía ya dolor en la ingle y horrible dolor de cabeza, y el médico había anunciado al afligido Rai-

mundo que no quedaba ninguna esperanza: «los orines del enfermo indican que la sangre fermenta en el hígado, que es el carácter común de esta epidemia—declara—; sin embargo, mañana ensayaremos purgando la sangre con *cassia*». Pero al amanecer, habiendo sabido la triste noticia, Catalina acudió apresuradamente junto a su amigo enfermo. Antes de llegar le gritó desde el corredor: «Levantaos, Micer Matteo, que no es tiempo de descansar en el lecho de la pereza.» Y éste, oyendo su voz fresca y alegre, se levantó en seguida sonriente y lleno de salud.

El hambre vino a unirse a la peste. A esta época corresponde el siguiente relato:

Cociendo Catalina una hornada de pan para los pobres de la casa de Alessia, aconteció que la Santa hizo cinco veces más pan que su amiga con la misma medida de harina, y aunque el trigo era malo aquel año hasta el punto de que Alessia había pensado en tirar la harina, los panes no tuvieron mal gusto. Catalina reveló más tarde a Raimundo «que la Santísima Virgen, los ángeles y los santos la habían ayudado en su tarea, de suerte que todo el honor les correspondía a éstos y no a ella.»

Cuando la peste desapareció por completo, Catalina cayó enferma a su vez. Deseaba con ardor la muerte, pero Nuestra Señora le enseñó en una visión todas las almas que había de salvar y por amor de las cuales era preciso que aceptase la vida. Como se le preguntase, un día, si sería capaz de reconocer a los que había visto en esta visión, contestó afirmativamente.

No hacía nunca Catalina viajes de recreo, pero debió disfrutar alguna satisfacción cuando emprendió el de Montepulciano, en compañía de Raimundo de Capua, de Alessia y de Giovanna Pazzi, en el otoño de 1374. Allí, fuera de los muros ciclópeos de la ciudad, en un lugar desde el que se domina soberbia perspectiva, desde más allá del valle de Chiana hasta Cortona, que forma una mancha rosa en el azul de las montañas lejanas, se halla el convento, perfumado todavía con el recuerdo de la bienaventurada Inés de Montepulciano, donde Raimundo describió su vida. Desde que Catalina oyó hablar de la piadosa dominica, alimentaba hacia ella especial afección. Niña precoz, Inés tomó a los nueve años el hábito de las agustinas, que dejó para hacerse dominicana después de un sueño muy significativo: se le aparecieron tres barcos: el primero llevaba a San Agustín, el segundo a San Francisco, el tercero a Santo Domingo, y un ángel le aconsejó que se embarcase en el último.

Milagros y prodigios la acompañaron durante su vida: en el momento de su nacimiento se vieron antorchas milagrosamente encendidas en la habitación; el pan se multiplicaba en sus manos; un ángel le dió la comunión varios domingos seguidos en la iglesia de Proceno, y cuando expiró, los niños de Montepulciano que no hablaban todavía, se pusieron a gritar: «Ha muerto la Santa.» Catalina había tenido una revelación, según la cual le esperaba en el Paraíso un trono colocado cerca de la difunta Inés—*Agneti Politianæ in coelis compar*—, y po-

demos aún admirar en uno de los frescos del monasterio, actualmente transformado en Escuela de Artes y Oficios, dos espléndidos sitiales dorados, dispuestos en el cielo para Catalina y para Inés.

La estancia de la Santa en Montepulciano estuvo igualmente acompañada por hechos milagrosos. Cuando se acercó al catafalco donde reposaba el cuerpo intacto de Inés y se inclinó humildemente para besar el pie de la difunta, varias de las religiosas presentes vieron a Santa Inés presentarlo ella misma a los labios de Catalina. En una visita posterior que hizo al convento para llevar a su sobrina Eugenia en calidad de novicia, una lluvia de maná cayó sobre Catalina, en oración junto al cadáver de Inés.

El otoño de 1374 parece haber sido por lo demás un período de viajes para Catalina y el pequeño grupo de sus amigos. El paisaje de Siena despierta en el espíritu del espectador un vivo deseo de seguir siempre adelante. Los ojos y el pensamiento se sienten atraídos por la lejanía. Si una luminosa tarde, a fines de otoño o comienzos de primavera, os encontráis al Sur de la ciudad, saliendo de una de las puertas Pispini, Tufi, Porta Romana, ante vosotros se extienden campos de olivos, cuya tierra recientemente labrada es oscura, rojo de sangre o amarillo de oro: *terra di Siena.* Más allá se desenvuelve un terreno ondulado, cubierto de viñas y de olivares, de un verde amarillo, de un amarillo quebrado, bordeado como de terciopelo por surcos profundos, manchado a intervalos regulares por olivos de un

gris plateado. Y hasta lo infinito, nuevas colinas y nuevos campos, filas o macizos de cipreses, granjas blancas, amarillas de ocre o rosa, con persianas verdes y rodeadas de cipreses y de grandes haces de paja en forma de colmenas más o menos encentadas. Aquí y allá capillitas, pequeñas iglesias coronadas por un pequeño campanario; entre las colinas arboladas, verdes, violeta o de un rojo oscuro, aparece un convento. Abrese luego al mediodía el árido y fascinador desierto de la *Creta*, que en un misterioso claroscuro de brumas y de rayos de sol adquiere tintes leonados y cenicientos. El horizonte se halla limitado por montañas azules: la *Montagnuola* al oeste, Chianti al norte y al oeste—las casas blancas resplandecen en las alturas, sobre el camino—; después, muy lejos, hacia el sur, del otro lado de la brumosa Creta, se dibujan los contornos escarpados de Monte Amiata, de Monte Cetona, del Radicofani, solitario y escarpado, que guarda el camino de Roma...

Y os detenéis para contemplar este paisaje. El follaje de los olivos brilla herido por el sol; los aldeanos hablan en los campos, podando sus viñas; la brisa trae de Siena el sonido argentino de una campana que parece venir de una iglesia del Paraíso. Y vuestra alma, dilatada por la belleza del espectáculo que se os ofrece, aspira a mayor belleza. El deseo irresistible, la necesidad infinita de ver más aún se apodera de uno. Allá abajo se levanta una colina coronada de cipreses—querríais llegar a ella. Ese punto blanco que brilla a lo lejos en el campo es una casa—. ¡Quién pudiera vivir en ella! Qui-

sierais trasponer el dintel; sentaros a la mesa con los que la habitan; romper con ellos el sabroso y fuerte *pane casalingo*; beber el vino color de rubí del gran frasco cubierto de paja manchada; oir el relato de sus penas y alegrías; vivir su vida... He aquí lo que os atrae; y sin daros cuenta os dirigís hacia la lejanía.

De Montepulciano, Catalina, Alessia y Giovanna se internaron más en el valle de Orcia. Cerca de la vieja ciudad de San Quirico, donde se alzan tan bellas iglesias lombardas, los franciscanos y los dominicos poseían en común un hospital, convertido después en castillo, pero que lleva aún el nombre de *Ospedaletto*. Desde allí, Catalina escribió a Fra Tommaso della Fonte una carta que poseemos, digna de notarse porque el tono de la autoritaria joven es más dulce que de costumbre. Ella, que tiene por lema «ningún consuelo mejor que la ausencia de todo consuelo; ninguna consolación si no es la cruz», se reprocha el haberse apartado del camino sembrado de espinas. Los días de otoño ¡son tan soleados en el valle de Orcia!; ¡tan deslumbradores los rayos de luna! Los blancos caminos que surcan el campo y llevan muy lejos, a Florencia o a Roma, resplandecen en la noche clara y silenciosa. Y Catalina experimenta como una disminución de su celo por la gloria de Dios; los deseos humanos parecen despertar en el corazón de la joven. Compara su alma con un pozo que contiene agua pura del cielo mezclada con fango. «¡Cuán digna soy de compasión—escribe la Sienesa, a los veintisiete años—por haber pensado tan poco en la doctrina que me fué

enseñada y que consiste en morir a mi propia voluntad! Y esta voluntad perversa no la he sometido al yugo de la santa obediencia, como hubiera debido y podido... No he abrazado generosamente la cruz de mi dulcísimo y queridísimo Esposo Jesús crucificado, sino que he buscado mi descanso por ignorancia y negligencia. Me arrepiento ahora y me acuso ante vos, queridísimo Padre, suplicándoos que me absolváis.» Tal vez fué en la misma época cuando ocurrió lo que sigue: «Un día del mes de septiembre—refiere Caffarini—, Catalina lloraba amargamente sus pecados, cuando, compadecido Jesús de su excesiva pena, la dijo: «No llores más, hija mía; todos tus pecados te son perdonados.» «Dame una prueba cierta—repuso Catalina—, porque mis transgresiones son demasiadas para que pueda creerlo.» Y Nuestro Señor, extendiendo la mano, pronunció sobre ella las palabras de la absolución.»

Durante su permanencia en Montepulciano, Raimundo fué conquistado definitivamente para la causa de Catalina. Su intensa vida sobrenatural le fatigaba, a veces, porque no alcanzaba todavía un tan perfecto desasimiento. Una noche, mientras la Santa, según su costumbre, hablaba con entusiasmo del cielo, del paraíso, de la eterna beatitud, él se durmió sencillamente mecido por las pláticas incesantes. Ella le despertó con indignación: «No es mi intento hablar a las paredes y os sería provechoso seguramente oirme con más atención.»

Raimundo había escrito con fervor la vida de la difunta Santa Inés, pero he aquí que se hallaba en pre-

sencia de una santa viva y joven, cuya doctrina era intransigente y que le imponía inexorablemente su voluntad como si fuese la de Dios. «Si sois realmente la que pretendéis—le dijo un día—, y si vuestras relaciones con Dios son como las describís, pedid a vuestro Esposo celestial que me conceda el mayor bien, es decir, el perdón de mis pecados.» El dominico hablaba sinceramente. «Quiero estar tan seguro de ello—dijo—como si recibiera una Bula de Roma.» Catalina sonrió: «Bueno, recibiréis vuestra Bula.» Era al anochecer; cada cual entró en su casa.

«Pero al día siguiente por la mañana—cuenta Raimundo—mis achaques habituales me obligaron a guardar cama, y uno de mis amigos, el hermano Niccolo da Cascina, de Pisa, muy amado de Dios y de los hombres, acudió a mi lado. Estábamos entonces de viaje, y Catalina, enferma, quebrantada por la fiebre, recibía hospitalidad en un monasterio de religiosas de nuestra Orden, situado no lejos de mi residencia. Cuando supo que estaba indispuesto se levantó, diciendo a la hermana que se hallaba con ella: «Vamos a visitar a fray Raimundo, que está enfermo.» La hermana le contestó que no era preciso y que, aunque lo hubiese sido, Catalina estaba mucho peor que yo. Vino, con todo. y me preguntó: «¿Qué tenéis?» Y aunque mi debilidad me hubiera impedido conversar con el hermano Niccolo, me hice violencia y contesté: «¿Por qué habéis venido? Estáis más enferma que yo.»

«Pero en seguida, según su costumbre, se puso a hablar de Dios y de la ingratitud con que ofendemos a

tan gran bienhechor. Sintiéndome de pronto confortado, y deseando obedecer a las exigencias de la cortesía, dejé mi lecho para sentarme en el banco cercano a la cama, sin pensar para nada en la promesa de la víspera. Y, mientras ella continuaba discurriendo, mi alma tuvo una visión tan clara de mis pecados que tuve la impresión de comparecer desnudo ante mi Eterno Juez y de ser condenado a muerte como los criminales que son llevados al lugar del suplicio.

»Comprendí entonces la clemencia y la bondad de este Juez, que, en lugar de condenarme, no sólo me salvaba de la muerte, sino que cubrió mi desnudez con sus propios vestidos, me daba asilo en su casa y después, tomándome a su servicio, convertía en su misericordia la muerte en vida, el temor en esperanza, el dolor en alegría, la ignominia en honor. Estas consideraciones, o, por mejor decir, estas visiones deslumbradoras hicieron surgir de mi corazón tan duro torrentes de lágrimas, y prorrumpí en tales sollozos que me ruborizo al confesarlo; temí que mi corazón se rompiese en el pecho, pero la prudente virgen, que sólo había venido a buscarme con este fin, se calló y me dejó llorar. Mientras lloraba, me acordé de lo que le pedí la víspera y de la promesa que me hizo y levanté los ojos hacia ella para preguntarla: «¿Es ésta la Bula que os pedí ayer?» «Sí, ésta es la Bula», contestó ella, levantándose para retirarse, y si no me engaño, puso la mano derecha sobre mi hombro diciendo: «Acordaos de los dones de Dios.»

Sin embargo, Raimundo debía dudar de Catalina una

vez más; ocurrió también en Montepulciano. Hallándose Catalina enferma de nuevo, Raimundo estaba a su cabecera. Y como antaño confesaba sus visiones a Tommaso della Fonte, las refería ahora a Raimundo. En la sencillez de su corazón, Tommaso tomaba estos relatos como palabra del Evangelio, y los anotaba fielmente, como Clemente Brentano, en Dülmen, cinco siglos más tarde, escribía las revelaciones de Ana Catalina de Emmerich, mientras que Raimundo, culto caballero, revelaba, a veces involuntariamente, algún escepticismo.

Raimundo se hallaba, pues, sentado junto al lecho de Catalina, contemplando su pálido rostro, sus ojos medio cerrados, rodeados de sombras violáceas, sus pómulos encendidos por la fiebre, su boca de labios delgados y pálidos que se movían sin cesar, enunciando siempre nuevas visiones, nuevas revelaciones, nuevos favores celestiales, hablándole de los besos y de los abrazos de Cristo y de la sangre de su corazón que había bebido. Y, entre estos relatos, insistía en su constante exhortación de amar sólo a Dios, de aborrecernos a nosotros mismos con odio santo, extirpando del corazón el amor a la carne y al mundo, «porque ese es el camino real para llegar a la perfección». Raimundo se daba cuenta de que se hallaba muy lejos de llegar a este ideal, él, que en vez de aborrecerse y de abrazar gozosamente la cruz, procuraba sustraerse a los sufrimientos cuando el deber no le obligaba a ellos formalmente. Tenía los sentimientos de un cristiano vulgar y el absolutismo y la intransigencia de Catalina casi le irritaban. «¿Es po

sible que lo que me cuenta sea verdad?», se preguntaba mirando de nuevo a Catalina. Pero lo que vió entonces le llenó de espanto. No era ya el rostro de Catalina el que aparecía sobre el fondo del velo negro de las *Mantellatas*: era una cara de hombre, cuyos grandes ojos azules, penetrantes, se hallaban fijos en él; un rostro ovalado, rodeado de una corta barba rubia, semejante a la del Cristo bizantino que se admira en el ábside de la iglesia de Monreale. «¿Quién eres tú?», exclamó el dominico aterrorizado. Y la voz de Catalina respondió: «El que es.» La visión desapareció al instante, pero Raimundo se había postrado con el rostro contra la tierra, como Moisés ante la zarza ardiendo o como Tomás ante el Resucitado. «En verdad eres la esposa de mi Dios y Señor y su verdadera discípula.» Y, a partir de este instante, Raimundo se constituyó en el fiel defensor de la virgen, protegiéndola en toda circunstancia, y la permitió lo que ella tanto deseaba: la comunión frecuente y hasta diaria.

En una carta que Catalina dirigió desde Montepulciano a Monna Inés di Messer Orso Malavolti de Siena, escribió: «Bien quisiéramos levantar aquí tres tiendas, porque la vida que hacemos con estas santas religiosas nos da la impresión de estar en el paraíso. Se han encariñado tanto con nosotros que no quieren dejarnos marchar, y lloran apenas hablamos de dejarlas.» Y Francesca Gori, a quien fué dictada esta carta, añade: «Yo, Cecca, me he convertido casi en una novicia y empiezo a cantar el oficio con estas siervas de Jesucristo.»

XI

Esta vida en el Tabor, en la blanca paz de una celda de convento y en la atmósfera pura de las preces canónicas no podía prolongarse. Pronto Catalina se sintió llamada a abandonar las cimas para ocupar de nuevo su puesto entre los hombres «incrédulos y perversos».

Esta vez el llamamiento venía de Pisa:

«Ocurrió en aquel tiempo—refiere Raimundo de Capua—que muchas personas de ambos sexos, y especialmente las religiosas de la ciudad de Pisa, que habían oído hablar de la virgen—Catalina—, se encendieron en un inmenso deseo de verla y de oir sus enseñanzas, que tanto les habían ponderado. Y como muchos de aquellos o aquellas que deseaban verla no podían acudir a su encuentro, le suplicaron en varias ocasiones, mediante cartas y mensajeros, que viniese, y, para más atraerla, le dijeron que con su presencia podría ganar muchas almas para el Señor.

»La virgen, entonces, dirigiéndose humildemente a su celestial Esposo, le suplicó que la iluminase en la duda en que se hallaba. Entre los que la rodeaban, unos le

aconsejaban que hiciera el viaje y otros que no lo hiciera. Y, transcurrido bastante tiempo, aconteció—según me lo confió secretamente—que el Señor se la apareció como de costumbre y la ordenó que se rindiese a los deseos de sus servidores de dicha ciudad. «Porque de este viaje—le dijo—resultará un gran honor para mi nombre y la salvación de muchas almas, como te lo pronostiqué cuando tu alma salió de tu cuerpo y la permití volver a él.»

»Catalina recibió como hija obediente este mandato y, después de comunicármelo y obtener mi autorización, se puso en camino para Pisa; yo mismo y otros hermanos de mi Orden la seguimos para oir las confesiones de los convertidos.»

Las «personas piadosas» de Pisa a cuya instancia emprendió Catalina el nuevo viaje eran probablemente las dominicas de dos conventos pisanos: Santa Croce in Fossa Branda y la Misericordia, situada en la plaza de San Giglio. Acaso su adversario de antaño, el franciscano Fra Lazzarino fué quien habló de ella primero en la gran República marítima; o tal vez fué Niccolo da Cascina, otro fraile pisano que pudo asistir en Siena a uno de los éxtasis de la Santa y que entonces la acompañaba en Montepulciano. Se ha creído equivocadamente que fué el propio Gobernador de Pisa, el prudente y piadoso Pietro Gambacorti, quien invitó a Catalina. Como lo han demostrado Lazzareschi y Zucchelli, la carta de Gambacorti en que suplica a la Santa que vaya a Pisa, sólo puede ser de 1376, es decir, el año siguiente a la ida de Ca-

talina, y debió originarse precisamente por la buena fama que la Santa dejara después de su primera visita a Pisa. Sin duda se habían entablado relaciones en 1375 entre Catalina y la familia de Micer Pietro, cuya hija Tora debía precisamente después, bajo la influencia de Catalina, hacerse religiosa, llegando a ser la beata Chiara Gambacorti. Fué otra familia noble, la de los Buonconti, la que tuvo el honor de recibir a la Santa durante su primera estancia en Pisa.

Con su séquito de *Mantellatas* y de dominicos, entre los que figuraban Fra Raimundo, Fra Tommaso della Fonte y Fra Bartolommeo de Dominici, fué recibida en el palacio de los Buonconti. Este palacio se hallaba situado en el barrio más rico de Pisa, y también el más animado, si juzgamos por el nombre de la calle en que se hallaba; esta calle se llamaba *Chiasso dei Facchini*: callejuela de los descargadores.

El barrio llevaba el nombre de *Kinseca*, palabra árabe importada de Oriente, como los dromedarios que a cada instante pasaban por las calles—y cuyos últimos descendientes viven aún en San Rossore—. Cerca de la casa—actualmente el número 13 de la vía Toselli—se halla, en la orilla izquierda del Arno, junto al muelle, la pequeña iglesia de Santa Cristina, a la que Catalina iba a rezar y cuyo cura, llamado Ranieri, se hizo luego dominico.

La *brigata* de Siena llegó a Pisa en febrero de 1375, y Catalina empezó en seguida su obra de apostolado. Empezó a la vez a experimentar todas las alegrías y los in-

convenientes de la celebridad, pues las críticas eran más violentas a medida que aumentaba su reputación. Raimundo mismo la reprendía por consentir a los que venían a verla que le besaran la mano—según se ve en el fresco de Vanni, en San Domenico de Siena—. Contestaba a sus observaciones que no concedía importancia a estas demostraciones populares y que no comprendía que una criatura conocedora de su nada pudiese sucumbir a la vanidad. Como antes en Siena, y después en Aviñón, Catalina fué puesta a prueba por dos sabios de la ciudad: el doctor en Medicina maestro Giovanni Gutalebraccia y el doctor en Derecho, Pietro, conde Albizzi da Vieo. Ambos procuraron desconcertarla con diferentes sofismas, preguntándole, por ejemplo, si creía que Dios tuviese boca y lengua, puesto que creó el mundo con su palabra y no es posible hablar sin el concurso de estos órganos. Catalina contestó que no se preocupaba de saber si Dios tenía boca y lengua, sino de creer en Jesucristo y de seguirle. Esta respuesta satisfizo plenamente a ambos doctores y les hizo callar.

Pietro degli Albizzi suplicó a Catalina fuese madrina de un niño de que iba a ser padre, y así se lo prometió.

Hacia esta época—o tal vez durante su segunda estancia en Pisa—, el poeta Bianco da Siena formuló una severa censura contra Catalina. Bianco — *il Bianco*, como se le llamaba—había sido uno de los discípulos de Giovanni Colombini. Había nacido en Lanciolina, en el Val d'Arno alto, pero vino pronto a Siena, donde era tejedor. Entonces trabó conocimiento con el gran

predicador y pidió ser recibido entre sus discípulos.

«Pero el hombre de Dios, Giovanni—nos refiere Feo Belcari—viendo que Bianco era un joven delicado, temió que no pudiera resistir la dura existencia de los Jesuatos, y no quiso recibirle entre los suyos.» Entonces el joven tejedor imaginó una treta para lograr su propósito: Giovanni y sus compañeros se presentarían, en Viterbo, al Papa Urbano V. Partieron de Siena y, en el primer alto, encontraron en una venta una buena comida preparada y a Bianco, junto a la puerta, invitándoles a entrar. Se les había adelantado para darles esta agradable sorpresa. «Y cuando los diez pobres hubieron reparado sus fuerzas con esta comida, *il Bianco* se arrodilló ante el bienaventurado Giovanni y los demás Jesuatos y les suplicó que le recibieran con ellos por amor de Jesucristo.

«Y el dulce Giovanni, viendo que el santo propósito del joven era decidido, y considerando el gran honor que por caridad les había hecho, recibió a dicho Bianco entre sus compañeros.»

Después de la muerte del maestro, *il Bianco* partió de Siena y se estableció cerca de Florencia. Desde allí envió a Catalina una epístola rimada, en la que la invitaba a reformar su conducta. El poeta, muy versado en las cosas espirituales, era muy escéptico con respecto a la virgen Sienesa, y encontraba muy sospechoso que no quisiera tomar alimento alguno. «Oigo decir—le dijo—que pretendes ser guiada por el Espíritu Santo. Bendigo a Dios si es así... Pero ten cuidado con los vanos discur-

sos... Ya se te considera como una Santa; si eres verdaderamente esposa de Cristo, huye de las alabanzas de los hombres, que son un veneno para el alma. Si tú caes, muchos perderán la fe; ten cuidado, pobre mujer.»

En un principio, Raimundo se negó a leer a Catalina las admoniciones de Bianco. Pero ésta deseaba ser informada de todo cuanto de ella se decía. Según su costumbre, consideraba como sus mayores bienhechores a los que censuraban sus actos, y queriendo contestar a *il Bianco* le escribió: «Carísimo Padre en Cristo, el dulce Jesús: os agradezco cordialmente el santo celo y la solicitud que para conmigo mostráis. Estoy segura de que sólo os guía el deseo de la salvación de mi alma cuando teméis que sea engañada por el demonio, y no me admira que así lo penséis, porque lo propio me ha ocurrido a mí muchas veces, y entonces tiemblo de espanto. Pero me apoyo en la misericordia de Dios y desconfío de mí misma, sabiendo que nada bueno puedo esperar de mí. Temo constantemente estar en el error, no sólo en lo tocante al alimento, sino respecto de todas mis acciones, porque sé que el demonio, después de su caída, nada ha perdido de su inteligencia, con la cual le sería fácil engañarme, pero me apoyo en el árbol de la cruz y estoy convencida de que si sigo clavada en él por la humildad y el amor a Cristo crucificado nada podrá el demonio contra mí. Me exhortáis también a implorar la facultad de alimentarme normalmente; os declaro ante Dios que he usado de todos los medios imaginables

para comer una o dos veces por día y que he rogado sin cesar al Señor y le suplico aún que me conceda vivir como los demás hombres, si es su voluntad (porque es la mía)...

»No veo ahora otro remedio sino pediros que conjuréis a la Suprema y Eterna Verdad que me conceda—si es para su honra y la salvación de las almas—que pueda tomar algunos alimentos, y tened la seguridad de que Dios escuchará favorablemente vuestras súplicas. Me indicáis también otro remedio saludable; os ruego que me escribáis sobre el particular, porque lo usaré con gusto si es para gloria de Dios. Os intimo igualmente a que no juzguéis con ligereza esta cuestión si no habéis recibido de Dios luces especiales. No digo más. Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios, dulce Jesús, amor mío.»

Il Bianco hubiera deseado que Catalina renunciase a la vida del mundo para vivir, a su ejemplo, solitaria en la oración y la penitencia. Pero Catalina se sentía atraída más que nunca hacia otro ideal y solicitada para tomar parte en las luchas de su país.

En 1373, Gregorio XI había llamado a los cristianos a la Cruzada, y Catalina se había unido con entusiasmo al movimiento. El Obispo español Alfonso de Vadaterra, confesor y amigo de «la Condesa muerta en Roma recientemente» (Santa Brígida), había venido a Siena con objeto de ver a Catalina, para entregarle un mensaje del Soberano Pontífice. «El Santo Padre me decía —escribe—que debía rezar por él y por la Santa Iglesia,

concediéndome como señal una indulgencia. Escribí a Su Santidad suplicándole me permitiese entregar nuestros cuerpos a toda clase de sufrimientos por amor a la dulcísima Sangre. Que la eterna y suprema Verdad nos haga la gracia de inmolarnos a todos (*di bella brigata*) por su santa causa.» Firma esta carta: «Catalina-Marta», indicando con esto que estaba llamada a seguir la existencia de Marta.

Pero antes de entrar en este último y breve período de su corta existencia, como San Francisco de Asís en el *crudo sasso*, entre el Tíber y el Arno, debía recibir los estigmas de Cristo y llevarlos en su cuerpo los pocos años de vida que le quedaban. Fué pocos días después de su llegada a Pisa, el cuarto domingo de Cuaresma (el domingo *Laetare*), que este año caía el 1 de abril. Fray Raimundo dijo la misa en la capilla de Santa Cristina, comulgando en ella Catalina. «Como tenía por costumbre—escribe Raimundo—permaneció largo tiempo enajenada, fuera de sí mientras su alma se alejaba de su cuerpo. Esperamos que volviera para oir de su boca algunas palabras confortadoras, y mientras la rodeábamos vimos su cuerpo frágil tendido en el suelo alzarse de pronto, de modo que quedó de rodillas y con los brazos en cruz, permaneciendo bastante tiempo en esta postura. Sus ojos estaban cerrados, pero su rostro resplandecía; luego se desplomó como herida de muerte y el alma volvió a su cuerpo. Después me hizo llamar y me dijo en voz baja: «Sabed, padre mío, que por la misericordia de Nuestro Señor Jesucristo llevo sus llagas en

mi cuerpo.» Le contesté que lo había sospechado y le pedí que me refiriese el prodigio. Continuó: «Vi a mi Señor crucificado, rodeado de un gran resplandor, bajar hacia mí, y, en mi ardor de lanzarme a su encuentro, mi cuerpo se irguió bruscamente. Cinco rayos sangrientos, procedentes de sus sagradas llagas, se dirigieron hacia mis manos, mis pies y mi corazón, y comprendiendo este misterio, exclamé: «¡Oh, Señor y Dios mío!, te suplico que estas llagas no aparezcan en mi cuerpo; basta con que las lleve invisiblemente impresas en mi carne.» Y cuando aún no había dejado de hablar, antes de que esos rayos me tocasen—su color sangriento adquirió un tinte de oro—se imprimieron en mis manos, mis pies y mi corazón. Pero los dolores que me causan son tan grandes, sobre todo en el corazón, que me parece imposible vivir así mucho tiempo, a menos de un nuevo milagro del Señor.»

Los discípulos condujeron a Catalina, privada casi de sentido, a su cuarto, y durante varios días estuvo suspendida entre la vida y la muerte. Pero el sábado siguiente había dominado la crisis y el Domingo de Pasión se hallaba de nuevo en estado de ir a la iglesia, donde Raimundo la dió la Sagrada Comunión. «*Mamma*, ¿persisten los dolores en tus llagas?», le preguntó seguidamente. «Los dolores son continuos—respondió ella—, pero en vez de atormentarme constituyen para mí una dulzura y un aliento.»

Catalina pensaba, sin duda, en esta hora cuando, dos años antes de su muerte, en su libro *El Diálogo*, escribió

las líneas siguientes sobre los que logran la perfección del amor: «Para esos hijos queridos de Dios el sufrimiento es una alegría, en tanto los consuelos y los placeres del mundo les son una carga. Como mi glorioso heraldo San Pablo, dicen: «Me alegro en las tribulaciones y oprobios de Cristo crucificado» y «lejos de mí el pensamiento de alegrarme en otra cosa que en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo», y también: «Llevo en mi cuerpo las llagas de Nuestro Señor Jesucristo.» Así los que tienen la pasión de mi honor y tienen hambre por la salvación de los hombres se apresuran hacia la mesa de la Santa Cruz. Revelan por sus trabajos o su abnegación y su perseverancia que aman al prójimo; practican todas las virtudes y aumentan su esplendor; de sus cuerpos irradia el amor crucificado.»

Catalina de Fontebranda había llegado a ese estado de perfección cuando iba a lograr la plenitud de los años de Cristo. Caminaba al supremo abandono, a la inmolación definitiva de su vida, traspasada por la dolorosa luz de los estigmas de Cristo.

LIBRO TERCERO

LA CORONA DE ESPINAS

Ueberbildet werden in die Gottheit.
SEUSE

Beata e dolorosa.
SANTA CATALINA

I

«Estoy cumpliendo en mi carne lo que resta que padecer a Cristo en sus miembros; sufriendo trabajos en pro de su cuerpo místico, que es la Iglesia.»

Esta frase del gran Apóstol parece haber sido el lema de Catalina durante el último período de su vida. Su amor a Jesús se dilata, se hace insaciable, infinito, se extiende a todo su cuerpo místico: la Iglesia Católica. En nuestros días esta noción de la identidad que existe entre Cristo y la Iglesia se ve frecuentemente olvidada o deformada; pero la vida de los Apóstoles y de los miembros de la primitiva Iglesia se hallaba impregnada de ella. Según el dogma católico, Jesús de Nazareth no ha muerto, ni ha abandonado la tierra; posee un cuerpo en el que seguirá viviendo hasta el último día, y ese cuerpo es la Iglesia. Su Iglesia es Cristo; su voz, la voz de Cristo; sus preceptos, los preceptos de Cristo; su autoridad, la de Cristo; sus poderes, los poderes de Cristo. En virtud de esta consubstancialidad íntima, la Iglesia realiza las mismas obras que su Señor y Dueño, curando a los enfermos, resucitando a los muertos, y—detestada por el mundo, a causa de sus beneficios—se halla, como El, perseguida, martirizada y crucificada...

De donde resulta que la historia de la Iglesia es, si no idéntica, por lo menos paralela a la historia de Cristo. La Iglesia ha nacido también en un establo; ha sido visitada por los pastores de Palestina y por los últimos sabios de Grecia; la era de las persecuciones ha renovado en sus mártires la matanza de los inocentes en Belén. Se ha retirado al desierto en las ermitas de Egipto y las Lauras de los ascetas, en la gruta de Subiaco de San Benito y en los conventos de los monjes de Occidente. Como su maestro, ha predicado el Evangelio, recorriendo la tierra en el curso de los siglos para llevar la buena nueva hasta Thulé en la noche polar. Ha conocido las luchas doctrinales contra los escribas heréticos y los saduceos materialistas. Ha tenido también sus horas de triunfo, su entrada en Jerusalén cuando la cultura occidental era una ciudad santa cuyas vías embellecían el arte y la poesía; cuando el incienso litúrgico perfumaba las calles estrechas de los Municipios de la Edad Media, mientras el pueblo, arrodillado, cantaba el *Hosanna*: «Bendita la que viene en nombre del Señor.»

Vino después la bofetada de Nogaret en la cara del Vicario de Cristo; se abrió la era de la Pasión. La Iglesia se vió atada a su vez a la columna de la flagelación, expuesta a las injurias y a las burlas de los pueblos que bramaban: «No queremos que reine sobre nosotros. Libradnos de ella y dadnos a Barrabás.»

Pero en la época en que vivía Catalina no se había vuelto aún esta página en la historia de la pasión de la Iglesia. No era aún la víspera del Viernes Santo; la Igle-

sia no había empezado a subir su calvario fuera de los muros de la cultura, llevando la cruz de la ignominia; la hora de la crucifixión, de la agonía y de la sepultura de la Iglesia, con sus tres días de descanso en la tumba, no había sonado todavía... Sin embargo, las tinieblas de la hora sexta se espesaban poco a poco y la Sienesa podía escribir con razón en una de sus cartas: «Ha llegado el momento de llorar y de lamentarse porque la Esposa de Cristo se ve perseguida por sus miembros pérfidos y corrompidos. Por eso os conjuro, hijos e hijas mías, para que os derraméis ante Dios en fervientes plegarias y piadosas súplicas por la Santa Iglesia tan violentamente perseguida.» Y, sin embargo, del bien de la Iglesia depende el bien del hombre; de su exaltación, la exaltación de la humanidad. Porque sólo en la Iglesia puede el alma adquirir la vida. «El que se alza contra la Iglesia se hace enemigo de sí mismo, porque ella es el mismo Cristo y nos dispensa los sacramentos que dan la vida.»

Como no hay salvación más que en Cristo no hay salvación más que en la Iglesia, puesto que ambos constituyen uno solo. «El dulce Jesús que quería ser nuestro Camino, nuestro Maestro y nuestro Guía, pensando sólo en la gloria de su Padre y en nuestra salvación, tomó por Esposa a nuestra Santa Madre la Iglesia y, en el ardor de su amor, se halla tan fuertemente unido a ella y a los que en ella se apoyan y son sus verdaderos hijos, que ningún demonio, ningún hombre, podrá prevalecer contra ella en la eternidad... Y si me decís: pa-

rece que la Iglesia anda hacia atrás y que no puede ayudarse a sí misma ni venir en socorro de sus hijos, os contestaré que esto no es más que la apariencia. Considerad su interior y hallaréis en él una fuerza que no poseen sus enemigos...»

«Sabéis que Dios es el poder y que toda potestad viene de El. Su Esposa goza de la fuerza de que carecen sus enemigos separados de su cuerpo como miembros corrompidos... ¡Cuán necio y ridículo es que el último de los miembros se rebele contra la cabeza, sobre todo cuando sabe que pasarán los cielos y la tierra antes de que pierda su poder.» Y si me objetáis: «Ignoro hasta qué punto es esto exacto, veo que sus miembros separados viven y prosperan—, esperad un poco; esto no puede durar, porque el Espíritu Santo dice en la Escritura: «Si Dios no guarda la ciudad, en vano vela el que la guarda.» Pronto veremos a tales hombres caminar hacia el abismo, pues Dios les ha privado de la gracia que les era indispensable por haberse rebelado contra su Esposa.»

Con razón se ha calificado a Catalina de espíritu reformador. Pero sus tentativas de reforma surgen de fuente muy diversa que la de Lutero o Calvino. El principio en que se fundaba para renovar todas las cosas era una fe inquebrantable en la divinidad de la Iglesia, que, para ella, como para el Apóstol, era el fundamento y el pilar de la verdad. Y esta Iglesia que era, en cierto modo, el primer artículo de su credo, no es, como para los protestantes, una vaga asamblea de amigos del Señor, no; es la Santa Iglesia Católica Romana, aquella cuyo jefe

es el Papa legítimamente elegido: «Cristo en la tierra»: *il dolce nostro Cristo in terra,* como le llamaba la Sienesa. Es inútil que busquemos otro Jesús en la oración o en la Escritura; lo poseemos vivo entre nosotros. «Aunque fuera un demonio encarnado, no debemos levantar la cabeza contra él, sino reposarla con confianza en su seno.»

Este modo de considerar a la Iglesia como la que tiene siempre razón y frente a la cual, en caso de conflicto, carecemos de argumento, es característica de la acción política de Catalina. Si no nos penetramos de este pensamiento, nos engañaríamos completamente con respecto a ella. Léanse las palabras violentas que dirige al Gobierno de Florencia, que se había levantado contra el Soberano Pontífice:

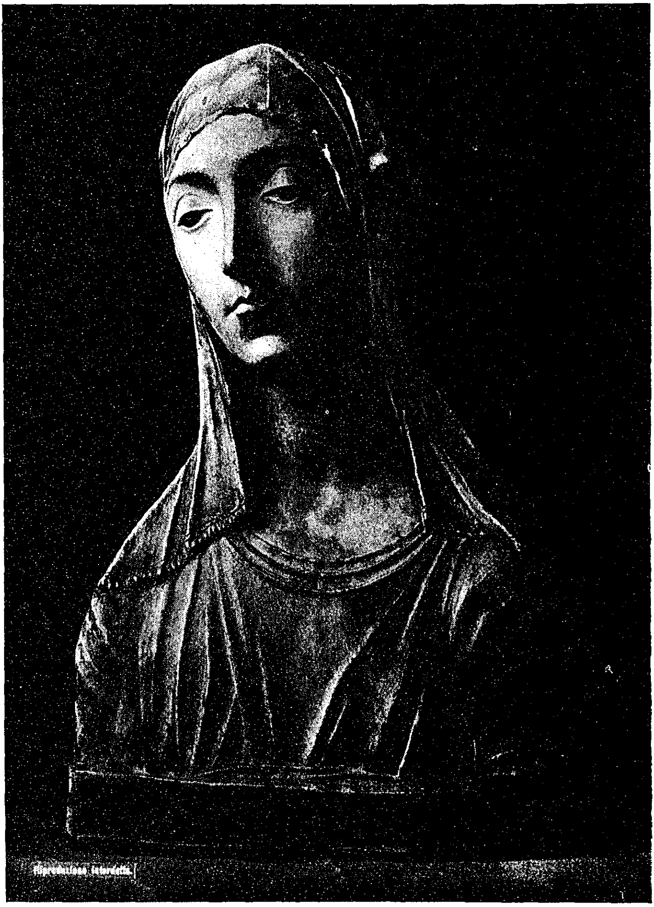
«El que se rebela contra nuestro Padre, el Cristo de la tierra, se halla condenado a muerte, porque lo que hacemos contra él lo hacemos contra el Cristo del Cielo. Honrando al Papa, honramos a Cristo; despreciando al Papa, despreciamos a Cristo. Vedlo bien y creed, hermanos míos, que os lo digo con pena y gemidos. Por vuestra desobediencia y vuestras persecuciones habéis caído en la muerte y en el odio a Dios. Y no podéis llegar a mayor desdicha que veros privados de su gracia. Sé que muchos no creen ofender a Dios y se imaginan más bien servirles persiguiendo a la Iglesia y a sus ministros, y se defienden diciendo: son culpables y hacen mucho daño. Pero os digo lo que Dios quiere y ordena: aunque los pastores de la Iglesia y el Cristo de la tierra

fueran demonios encarnados, deberíais estarles sometidos, no por ellos, sino por la obediencia que debemos a Dios, a quien representan cerca de nosotros.

«Bien sabéis que un hijo no tiene nunca razón contra su padre, por injusto y malvado que sea este último, porque la existencia que ha recibido de su padre es un beneficio tan grande que nunca podrá considerar que le ha pagado. Pensad, pues, que la vida de la gracia, a la que nos ha dado a luz la Iglesia, es tan preciosa que ningún acto, ningún homenaje podrán pagar nunca semejante deuda.»

Catalina, al hablar así, sostiene la Teocracia absoluta. El deber formal de la humanidad consiste en inclinarse ante el Cristo de la tierra y besarle la mano, aunque nos castigue con rigor, como el niño besa las disciplinas que le pegan. Toda potencia y toda autoridad humanas deben hallarse sometidas a esa autoridad suprema que, reconociendo su fuente en Dios, nos impone la obligación de «someter nuestra conciencia al yugo de su fe». Es la misma doctrina que proclamaba San Francisco de Asís en su testamento: «Quiero, aunque me persigan, temer, respetar y amar como a mis maestros a los sacerdotes que viven según la ley de la Santa Iglesia Romana, y no quiero ver en ellos defecto alguno, porque representan al Hijo de Dios y son mis maestros.»

Toda violencia contra la Santa Sede y contra el Vicario de Cristo constituye en tal sentido un sacrilegio: «No somos judíos ni sarracenos, sino cristianos bautizados, rescatados con la sangre de Cristo. No debemos re-



Mino da Fiesole (?) *Siena.—Prop. Palmieri Nuti.*

belarnos contra nuestro Jefe por injuria alguna que recibamos; no debemos pelear cristianos contra cristianos, sino combatir a los infieles, conservando lo que es nuestro y no suyo.»

He aquí los dos principales móviles de la política de Catalina: sostener la infalibilidad del Papa y suscitar lo que llama *il dolce mistero del santo passaggio*, «el dulce misterio de la Santa Cruzada».

Durante los cinco últimos años de su vida su entusiasmo por estas dos grandes ideas fué, sin cesar, en aumento. Quien recorre sus cartas observa cómo su ardor apostólico se hace cada vez más intenso, hasta que muere consumida por su alma, como por una llama. Por entonces la organización de la Cruzada absorbía la mayor parte de su tiempo y de sus fuerzas. Desde Pisa dirigió muchas cartas a extranjeros y amigos: a Juana de Nápoles, la reina cortesana; a Bartolommeo di Smeduccio, tirano de San Severino de la Marca; a la República de Génova; al gobernador de Cerdeña, Mariano d'Oristano. «Levantémonos—exclama en una de sus cartas—; no durmamos en lecho de pereza; ha llegado la hora de hacer buenos negocios. ¿Y qué negocios? Inmolar nuestra vida para la gloria de Dios, para que nuestros pecados sean borrados de su libro.» «Me parece que respiro perfume de flores que empiezan a abrirse, porque nuestro Santo Padre, el Cristo de la tierra, queriendo suscitar una santa cruzada, declara que ayudará con todo su poder a los cristianos que se hallen dispuestos a dar su vida para reconquistar la Tierra Santa. Esto proclama la Bula que acaba

de enviar a nuestro Provincial, al Ministro general de los Hermanos Menores y a Fray Raimundo, intimándoles la orden de asegurarse de la opinión popular en Toscana para que pueda disponer la expedición. Os convido, pues, a las bodas y a la vida eterna, conjurándoos a devolver sangre por sangre y a que hagáis seguir nuestro ejemplo a tantos cristianos como podáis, porque nadie va solo a una boda.»

Catalina estuvo todo el verano en Pisa, desde febrero a septiembre. Pero sus ocupaciones exteriores, la correspondencia y los asuntos políticos no la apartaron de sus antiguas aspiraciones a la vida claustral. Iba frecuentemente a visitar a los ermitaños de Campo Santo (los nombres de dos de ellos: Bartolommeo y Jacopo nos son conocidos); y hay que imaginar con qué sentimiento la Sienesa hollaría la tierra del cementerio, traída de los Santos Lugares por las galeras de Pisa, o se pasearía por el maravilloso claustro gótico en el cual los frescos de Phaurati nos describen la piadosa vida eremítica y en el que Orcagna ha predicado, con el pincel, la misma doctrina que Catalina con la pluma. «*Tutto passa*, todo pasa.» A las violas de amor sucede el toque funeral; a los abrazos gozosos, el sudario y el sepulcro.»

Pero Catalina iba más lejos, completamente fuera de la ciudad. Allá, al pie de las montañas pisanas, al pie de las cuestas arboladas de viejos olivos de espeso follaje, se levanta aún en nuestros días Calci, el convento de Cartujos, denominado entonces *Valle Graziosa*. Catalina era su huésped. Como su sexo le vedaba la entrada

en el convento, no le fué dado admirar el amplio *chiostro* soleado que exhala perfume a boj, y del que en nuestros días sale el agua por el pico de grandes pájaros de bronce; no ha podido penetrar en las casitas de los cartujos ni en los jardincillos inmediatos a cada una, llenos de limoneros en grandes macetas de terracota roja y de vides formando emparrado que van a parar a una *loggia* donde hay dos poyos de piedra, uno enfrente de otro, bajo la arcada encalada. *O beata solitudo!* Pero ha rezado en la blanca paz de la iglesia; el fervor de las solemnes plegarias nocturnas ha penetrado en su alma y, en pleno sol, ha vagado por las alturas del Monte Magno, desde el que por primera vez vió a lo lejos una línea gris de plata, resplandeciente o azulada, que era el mar. Y allá abajo, en el horizonte brumoso como la cima de una montaña sobre una llanura, surgía una isla: ¡Gorgona! La isla de Gorgona, con su monasterio de cartujos, cuyo abad hubo de huir expulsado por los piratas sarracenos y al que, precisamente durante la permanencia de Catalina en Pisa, Gregorio XI acababa de reintegrar en su puesto. Catalina deseaba vivamente ir a aquella isla lejana poblada de frailes blancos, y lo que ella quería se realizaba con frecuencia. Acompañada de su *brigata*, no tardó la joven en emprender el camino. En un navío de velas latinas descendió el Arno, costeando los grandes bosques de pinos por donde los dromedarios iban y venían sobre la hierba; atravesó después Bocca d'Arno y se dejó mecer por las ondas transparentes del Mar Tirreno. En la ribera arenosa, bajo la costa escarpada de

Gorgona, se levanta una torre de vigía, amenazadora para los piratas, cerca de la cual se hallaban los monjes blancos rodeando a su prior, Dom Bartolommeo Serafini, para dar la bienvenida a su visitantes. Y, llegada la noche, condujeron a Catalina y a sus amigas a una hospedería situada a una legua de distancia, mientras recibían a los dominicos en su convento.

Pero al día siguiente los cartujos fueron a buscar a Catalina y el prior le suplicó que les hablase, en lo cual ella consintió después de alguna resistencia. Se ocupó entonces de la vida monástica, de sus condiciones, de sus peligros, y habló tan calurosamente, de modo tan penetrante, que todos la escucharon con religiosa atención y Dom Bartolommeo confesó luego a Raimundo: «Siendo como soy confesor de todos los hermanos, sé que cada uno de ellos ha recibido el consejo que necesitaba.» Catalina volvió incluso al buen camino a un joven religioso que, en su desesperación de verse separado de su familia, pensaba suicidarse. Tal fuerza y tan particular encanto emanaba de la virgen Sienesa que, al partir, Dom Bartolommeo le pidió que le dejase su capa, como Eliseo recibió el manto del profeta Elías cuando fué arrebatado por un carro de fuego.

Durante todo el verano Catalina siguió trabajando activamente por la Cruzada. Escribió, entre otros, a Isabel de Polonia, madre del Rey de Hungría, a quien deseaba ganar para su causa. Pero un acontecimiento imprevisto vino a arruinar bruscamente todas las esperanzas de una Cruzada próxima.

El armisticio firmado el 4 de junio en Bolonia por el legado pontificio Cardenal de Sant'Angelo, Guillermo Noellet y por Bernabó Visconti, tuvo por consecuencia poner en libertad al *condottiero* inglés John Hawkwood y su temible banda de mercenarios; y éstos amenazaron con invadir la fértil Toscana. El legado del Papa declaró hallarse en la absoluta imposibilidad de oponer resistencia, a menos que Florencia consintiese en prestarle sesenta mil florines, y prohibió, además, la exportación de trigo de los Estados pontificios. Esta actitud irritó a los florentinos, que vieron en este modo de obrar un manifiesto atentado contra la libertad de Toscana. «Quieren reducirnos por hambre—dijeron—; después invadirnos y oprimirnos.» A esto vinieron a añadirse los esfuerzos del partido Ricci para derribar al partido Albizzi, que se hallaba en el poder y estaba apoyado por el clero. El espíritu gibelino despertaba entonces en el seno de la República, tan ardientemente güelfa hasta entonces. Los florentinos hubiesen preferido tomar a sueldo a Hawkwood y su bando más bien que enviar al Cardenal la suma pedida, y comisionaron a Spinello Lucalberti y Simone Peruzzi para tratar con el terrible inglés. El día del Corpus (21 de junio) consiguieron comprar la paz por la enorme suma de 130.000 florines de oro, y Hawkwood se alejó. «El 28 de junio—refiere la Crónica—pasó el Arno por Cozano y Mezano; después, costeando las montañas, llegó a Monte Magno, en el valle de Calci, más allá del Castillo. Sus soldados saquearon todo el valle y raptaron a más de doscientas per-

sonas, hombres, mujeres y niños, así como más de mil caballerías mayores y menores. Y, encontrándose en dicho valle, quemaron el burgo de Calci y algunas casas de Monte Magno y de las cercanías de Calci, y quemaron el trigo y el ganado.»

Hawkwood estuvo poco tiempo en las cercanías de Pisa. «El 2 de julio—continúa la Crónica—se convino con dicha compañía en abonarle 35.000 florines, pagaderos en tres veces, determinándose que una vez firmado el acuerdo cada uno podía con toda tranquilidad ocuparse de sus asuntos. Y dos mil hombres de dicha compañía, sin otras armas que la espada, entraron en Pisa para descansar. El día 8, que era un domingo, por la noche, la compañía de Messer Giovanni Autj (!) abandonaba el territorio de Pisa, habiendo obtenido la mitad del dinero prometido, e invadía el territorio de Siena. Había permanecido trece días en el de Pisa.»

Durante esos trece días Catalina intentó audazmente ganar al gran capitán para la santa causa de la Cruzada, predicada recientemente por Gregorio en su Bula de 1 de julio de 1375.

Una hermosa mañana, los centinelas apostados a la entrada del campo del inglés vieron acercarse a dos dominicos que suplicaron con algún temor ser introducidos cerca de *Messer Giovanni Agutto* (los italianos armonizaban así el nombre bárbaro del extranjero). Y cuando los dos religiosos se hallaron en presencia del terrible guerrero, le tendieron un pergamino diciéndole: «Catalina, la sierva y la esclava de los servidores de Jesu-

cristo, te envía esto.» Entonces el inglés leyó o se hizo leer lo que sigue:

«Carísimo y dulcísimo hermano en Cristo Jesús.

»Es tiempo de que entréis en vos mismo y consideréis las penas y los tormentos que habéis sufrido cuando os hallábais al servicio del demonio. Mi alma desea que cambiéis de manera de vivir y que os alistéis vos y vuestros compañeros bajo la cruz de Jesús crucificado para formar una compañía de Cristo y marchar contra los perros infieles que poseen los Santos Lugares, donde la dulce Verdad suprema ha padecido muerte por nosotros y ha sido sepultada. Os suplico, pues, en nombre de Cristo Jesús, que puesto que os gusta tanto pelear, peleéis contra los infieles... Me asombra mucho que queráis hacer aquí la guerra, pues se me había dicho que habíais prometido ir a morir por Cristo en la Santa Cruzada, y ahora resulta que queréis combatir aquí. No es esta la santa disposición que Dios requiere de los que desean ir a lugar tan santo y venerable. Paréceme que deberíais prepararos a vivir una vida virtuosa, con lo que os revelaríais leal y generoso caballero.

»Mi padre y mi hijo Fray Raimundo os entregará esta carta; escuchad sus consejos, porque es un verdadero y fiel servidor de Dios.

»Os ruego, carísimo hermano, que os acordéis de la brevedad del tiempo...; permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Dulce Jesús, amor mío.»

El poderoso *condottiero* a quien un fresco de Paolo Uccello en la catedral de Florencia nos pinta sobre fo-

goso corcel, no sacó la espada para abrir la cabeza al fraile, como lo hizo, imitando la sabiduría de Salomón, con la religiosa de Cesena, que se disputaban dos de sus hombres. Tal vez en un primer arrebato le contestó lo que tenía costumbre de contestar a los franciscanos cuando éstos le dirigían su saludo habitual: «La paz del Señor sea contigo.» Porque replicaba entonces: «Que el Señor os quite vuestras limosnas. ¿He de morirme de hambre? Vivo de la guerra como vosotros de la limosna.»

Pero no podía olvidar que en 1365, bajo Urbano V, había prometido al Pontífice Romano pelear contra los infieles. Y ello es que leemos en la vieja edición Aldina de las cartas de la Santa, que Fray Raimundo no abandonó el campo de Hawkwood «sino cuando todos los jefes y el dicho Messer Giovanni hubieron prometido bajo juramento combatir a los infieles; firmaron esta promesa con su mano y estamparon en ella su sello».

A pesar de tanta solemnidad, Hawkwood no cumplió más fielmente este juramento que la anterior promesa hecha a Urbano. Le veremos, con todo, después acudir en auxilio del Papa contra su principal enemigo, Bernabó Visconti, cuando el rudo guerrero se hallaba de nuevo bajo la influencia de la que le llamó un día «su carísimo y dulcísimo hermano en Cristo Jesús».

La revolución tronaba en Italia, por doquiera; la indignación y la cólera estallaron por todas partes. Milán y Florencia se tendieron la mano contra el Pontífice y concluyeron, el 24 de julio de 1375, una alianza de cinco años.

En Prats se descubrió una conspiración que tenía por objeto entregar la ciudad al Papa, con lo que el pueblo, exasperado, se apoderó de un sacerdote, que fué arrastrado por las calles después de desollado vivo, arrojando a los perros pedazos de su carne arrancados con tenazas encendidas. Pisa, Siena, Lucca y Arezzo fueron invitadas a unirse a la Liga Milano-Florentina. Una nueva autoridad tomó el gobierno de la República de las orillas del Arno: los ocho de la guerra, *gli otto della guerra*, llamados por ironía los «ocho santos». Un impuesto abrumador gravó los bienes de la Iglesia y el clero.

Sin embargo, la guerra no estaba abiertamente declarada, y, después de una corta estancia en Siena, en agosto de 1375, Catalina marchó, según el deseo de Gregorio XI, a Lucca, para prevenir por lo menos la defección de esta República. En su informe al Papa, describe así la situación: «Se hallan en una gran perplejidad porque no reciben de vos ningún socorro, y están constantemente minados y amenazados por vuestros enemigos, que procuran atraerles.» Esas consideraciones son las mismas que los gobernadores de Lucca, *gli Anziani*, los antiguos, expusieron a Catalina. Sin embargo, no parecen ser enteramente verídicas. Gregorio había apoyado ampliamente a esta ciudad, pero, como ha demostrado Lazzareschi recientemente, la pequeña República empleaba un maquiavélico doble juego, con el que llegó a engañar al crédulo Pontífice. La pena y la indignación experimentadas por Gregorio fueron muy vivas cuando descubrió después, que el Gobierno en que tanto con-

fiara se hallaba en convivencia con sus enemigos. No se dió cuenta de ello hasta principios del año siguiente. La misión de Catalina en Lucca tuvo lugar antes. La Sienesa se hizo preceder de una carta, de la que hemos citado parte al empezar este capítulo. Desenvuelve en ella su doctrina política sirviéndose de los términos vigorosos que le son familiares, y describe a los de Lucca, con el espantoso ejemplo de Poncio Pilatos, hasta dónde puede llevar el temor a los hombres. Afirma que es enviada a ellos por Cristo, como Juana de Arco se decía enviada por Dios; pero, como observa juiciosamente Lazzareschi, «hay muchos diamantes verdaderos en la corona de Catalina para que hayan de añadírsele algunos falsos.» La verdad histórica nos dice que la misión política de la Sienesa en Lucca fracasó totalmente. Era cándido suponer que las piadosas exhortaciones pudieran tener algún influjo en los destinos de una República del siglo XIV. Continuando entonces su misión espiritual, Catalina se dedicó exclusivamente a la salvación de las almas.

En septiembre, y acompañada por sus amigos Caffarini, Bartolommeo di Dominici, Neri di Landoccio y, probablemente, Tommaso della Fonte, atravesó la cadena de montañas que separa el valle del Arno del de Serchio, esa cadena que, como dice Dante, «hace que los pisanos no puedan ver a Lucca». La Exaltación de la Santa Cruz era en Lucca un día de gran fiesta; se enseñaba en la catedral el *volto santo*, y Catalina se encontraba seguramente entre los piadosos fieles que, bajo

las bóvedas románicas de la catedral, se inclinaron ante la arcaica imagen del Salvador coronado de espinas. Caffarini refiere que el pueblo afluía a las calles para ver a la Santa, y Neri di Landoccio recuerda la hora dichosa en que, como lo había hecho otras veces, la *Mamma* disipó la turbación de su alma y le devolvió la paz con la brillante promesa de que un día estaría con ella en el paraíso.

Como anteriormente en Pisa, muchas personas piadosas tomaron la dulce costumbre de reunirse alrededor de Catalina; conocemos los nombres de muchas de sus nuevas amigas: Monna Colomba, Monna Lippa, Monna Bartolomea, esposa de un tal Messer Salvatico, Monna Melina, esposa de Bartolommeo Balbani, que tenía una casa de campo en Vicopelago, y en la cual la Sienesa debió vivir durante algún tiempo. Todas estas nobles señoras eran, sin duda, *Mantellatas*, y es verosímil que Catalina toma se parte en sus reuniones en la capilla que les estaba reservada en la iglesia de San Romano y les dirigiera religiosas exhortaciones en la casa próxima, donde varias de ellas vivían en comunidad. Su doctrina era siempre la misma, prescribiendo el retiro del mundo, el renunciar a las fiestas y a las frivolidades para revestirse del amor de Dios, el abrazar la cruz y el apresurarse para obtener el premio (*il palio*).

Un sacerdote de Lucca, que no quería creer en los dones sobrenaturales de Catalina, intentó un día, mientras se hallaba retenida en el lecho por la enfermedad, engañarla, llevándole con gran ceremonia y cirios en-

cendidos, una hostia no consagrada, como si fuese realmente el Sacramento del Altar... Catalina no dió muestras de veneración ninguna, y, cuando el sacerdote le reprendió, ella le contestó, aterrorizándole «¿No os avergonzáis, Padre mío, de traerme un pedazo de pan como si fuese la Sagrada Comunión y de forzarme así a la idolatría?»

Quizá fué en ésta o en otra circunstancia parecida, hallándose Catalina en Lucca, cuando tuvo lugar la siguiente escena, referida por Caffarini: «Aunque violentamente atormentada por la enfermedad, intentó levantarse para ir a la iglesia; pero sucedió, según los decretos de la Providencia, que, a pesar de todos sus esfuerzos, la debilidad le impidió dejar su habitación. Al comprender que esto le era imposible, se puso a rezar en su celda, abandonándose a la voluntad divina. Pero, no bien hubo empezado su oración, se vió transportada en espíritu a un lugar que tenía el aspecto de una iglesia y donde un gran número de fieles se hallaban reunidos para asistir al Santo Sacrificio, solemnemente celebrado por un piadoso Obispo. El altar estaba adornado con candelabros dorados y rodeado de acólitos portadores de antorchas; sonaban melodiosos cánticos... y, de repente, Catalina sintió que el Obispo la llamaba a sí y le presentaba el Cuerpo Augusto de Nuestro Señor, que recibió con profundo recogimiento. Después, la visión desapareció rápidamente; pero cuando la santa virgen hubo recobrado el sentido confesó que había experimentado tanta dulzura espiritual o, como ella decía, *dolcezza,* en

esta comunión mística como cuando recibía del sacerdote el Pan del cielo.»

De Lucca, Catalina volvió a Pisa, pensando permanecer en ella poco tiempo, pero la Providencia lo dispuso de otro modo. En una carta dirigida a Tommaso della Fonte, bajo cuya dirección continuaba, escribe: «Temo verme obligada a permanecer aquí más tiempo del que me habíais autorizado, porque el Arzobispo ha suplicado a nuestro Ministro general que me permita prolongar mi estancia en esta villa. Pedid a ese venerable español (Alfonso de Vadaterra) que implore la misericordia de Dios en nuestro favor para que no volvamos con las manos vacías... ¡Oh dulce Verdad eterna, dadnos buenas tajadas que comer! Padre mío, os invito de parte de Cristo crucificado a que llenéis vuestra alma de la fe y del hambre de las almas.»

Fede e fame—«la fe y el hambre de las almas»—; tales eran los dos sentimientos que llenaban el alma de Catalina. El segundo no era más que la consecuencia del primero: el que cree *sinceramente*, pone instintivamente todos los medios para conseguir a los demás la gracia de la salvación.

Ahora bien, Catalina creía *sinceramente*, y por eso, como dice William Flete, se la oía exclamar con frecuencia: «Tengo hambre.» Tenía hambre de almas, ardía por absorberlas en su personalidad, a fin de unirlas por este medio al Ser Divino en quien sólo se halla la salvación. «Aspiraba a comer espiritualmente a todos los miembros de la Iglesia de Dios y a

masticar al mundo entero por su oración como con los dientes», añade el solitario de Lecceto. Sus cartas expresan sin cesar ese deseo: «Dios haga de nosotros comedores de almas, *mangiatori delle anime*.»

La tarea no faltaba a los que deseaban llevar de nuevo las almas a la Iglesia de Dios. Hacia fin de octubre, llegó a Pisa Donato Barbadori, delegado por Florencia, para decidir a Piero Gambacorti a romper con la Santa Sede. Si la tentativa fracasó, fué esta vez gracias, sin duda, a la influencia de Catalina. En cambio, Catalina tuvo el sentimiento de ver a su ciudad natal, fiel a sus tradiciones gibelinas, aliarse con Florencia contra el Soberano Pontífice. Después de su marcha de Pisa, esta ciudad entró también, el 12 de marzo de 1376, en la Liga antipapal.

Ahora la República de las orillas del Arno se estimaba bastante poderosa para emprender la lucha. En diciembre, y habiendo ultrajado el sobrino del abad de Marmoutiers a la esposa de un distinguido ciudadano de Perusa, ésta, para sustraerse a su persecución, se arrojó por la ventana, matándose en el acto. Irritada por este delito, la población se levantó contra la dominación pontificia. «Mueran los Príncipes de la Iglesia», se gritaba en las calles de la ciudad, y se dispuso, a la entrada del castillo que ocupaban los eclesiásticos franceses, una formidable catapulta, que lanzaba hacia el interior de la fortaleza piedras puestas al rojo y que fué bautizada con el nombre de «el aplastador de los curas».

Cittá di Castello, Viterbo, Gubbio, Urbino, Todi y Forli se levantaron al mismo tiempo. No bajaron de ochenta ciudades las que se sublevaron contra el Pontificado en el espacio de diez días. Como señal de compañerismo, Florencia hizo llegar a cada una de ellas una bandera roja con esta inscripción: *Libertas*. Italia entera experimentó por la libertad un entusiasmo análogo la que Byron y Shelley expresaban en sus versos cuatro siglos y medio después, en la época de la Santa Alianza:

Yet Foeedom, yet thy banner, torn but flying,
Streams like a thunderstom against the wind.

Durante su segunda residencia en Pisa, Catalina permaneció en un hospital situado cerca de Santa Caterina, la iglesia de los Dominicos. Fray Raimundo y uno de sus hermanos en religión, Fray Pietro da Velletri, aterrorizados, fueron en su busca un día—el 2 de diciembre—para comunicarle las tristes noticias. Catalina tomó parte en su dolor, pero se apresuró a añadir: «Es prematuro llorar; guardad vuestras lágrimas para mejor ocasión. Lo que ahora lamentáis es leche y miel si se compara con lo que nos reserva el porvenir.» «¿Qué cosa más mala puede suceder?», exclamó Raimundo, encontrando poco consoladoras sus palabras. «La fe en Jesucristo será públicamente negada–repuso Catalina –. Ahora se rebelan los seglares; pronto le tocará su vez al clero.» Y en términos precisos les predijo el próximo cisma.

Poco después regresó a Siena con sus amigos para pasar la Nochebuena.

II

«He estado en Pisa y en Lucca y les he invitado con todas mis fuerzas a no aliarse con los miembros corrompidos que se han sublevado contra vos... Os ruego que escribáis en términos apremiantes a Messer Piero (Gambacorti); hacedlo afectuosamente y no tardéis. No os digo más.

»He oído decir que íbais a nombrar Cardenales. Paréceme que la gloria de Dios y nuestros intereses exigen que elijáis hombres virtuosos. Obrar de otro modo sería ofender a Nuestro Señor y perjudicar a la santa Iglesia. En este caso, no tendríamos por qué extrañarnos de que Dios nos castigase, obrando en nosotros los rigores de su justicia. Os conjuro a que cumpláis con vuestro deber con valor y temor de Dios.

»He sabido que pensáis elevar a otra dignidad al Ministro general de nuestra Orden. Si es así, os conjuro, en nombre de Cristo crucificado, a que procuréis darnos un Vicario bueno y virtuoso; nuestra Orden lo necesita porque es muy inculta. Podréis tratar esta cuestión con Messer Niccolo da Osimo y con el Arzobispo

de Otranto, a quienes escribiré sobre el particular.»

No era la primera vez que la hija del tintorero de Siena se dirigía al Soberano Pontífice.

Su primera carta, escrita a fines de 1374, o a los comienzos de 1375, después de la visita del Obispo de Jaén a Siena, no nos ha sido conservada. Pero su estilo no debió diferir mucho del de la que acabamos de citar, donde la joven, que contaba apenas veintinueve años de edad, hablaba, casi, al Vicario de Cristo, como una soberana a su súbdito.

El nombramiento de los Cardenales a que Catalina alude había ya tenido lugar el 20 de diciembre de 1375, y el Papa había elegido en esta ocasión siete franceses, un italiano y un español. La crítica de la dominica era, pues, fundada; pero, a primera vista, nos sorprende ver que ella, que exige a los demás una sumisión absoluta con respecto al Papa, le trate con tanta superioridad. Hasta en un asunto de menos importancia, como la elección de un nuevo jefe de la Orden dominicana, ella sabe lo que debe hacerse y con quién conviene hablar. Con esta condición, le promete apoyarle con su influencia: «Escribiré a los interesados acerca de esto.»

En esto difiere totalmente el carácter de Catalina del de un San Francisco de Asís, por ejemplo. Absolutamente segura de sí misma, nunca se le ocurre que pueda equivocarse. Francisco de Asís, que era un hombre, y, por tanto, poseía todo el sentido de un hombre, se hallaba sin cesar dominado por el pensamiento de que la razón podía estar de parte de los demás. Así,

cuando un malicioso dominico le propuso un caso de conciencia personal, no pegó los ojos en toda la noche, y fué al Capítulo general penetrado del sentimiento de su propia incapacidad e indignidad, decidido de antemano a aprobar todas las críticas e irse para nunca más volver. Catalina de Siena, por el contrario, es una mujer y, naturalmente, considera que su opinión es la mejor; de aquí el absolutismo de su voluntad, los resultados obtenidos por ella. Francisco funda una Orden en cuyo seno surgen discordias y cuya unión se halla, por tanto, amenazada en todo momento. Catalina, con su mano firme e intrépida, vuelve a Roma el Pontificado desterrado. Porque a sus ojos sólo hay en el mundo una persona competente, y esa persona es ella misma.

Se ha dicho que esta primera y larga carta al Padre Santo se hallaba animada por una santa insolencia. En nuestros días, semejante misión habría sido difícilmente admitida en el Vaticano, aun cuando estuviese dictada por intenciones igualmente buenas.

La Sienesa comienza con algunas fórmulas de cortesía: «Reverendísimo y amadísimo Padre», y se llama a sí misma «indigna, pobre, miserable». Pero pronto aborda su tema favorito, hablando del respeto humano, que pone obstáculos al cumplimiento del deber y es una forma del amor propio; entonces no hace distinción de personas. «El que se ama a sí propio—escribe—, sea Prelado o subordinado, alimenta en sí ese funesto orgullo, fuente y principio de todo mal. Toda virtud muere en él; se parece a una mujer que sólo da a luz niños

muertos porque no posee la vida de la caridad y sólo procura la alabanza de los hombres y su propia gloria. Así, lo declaro, si manda, obra mal, pues por amor a sí mismo, y por no desagradar a las criaturas, de quienes le hacen esclavo el interés y el amor propio, ahoga en él la santa justicia. Aparenta no ver los defectos y los pecados de los que le están sometidos para no verse obligado a castigarlos, o bien, si los castiga, lo hace con tal blandura y cobardía de corazón que sus reproches son un ungüento pasado sobre el vicio. Y esto porque, amándose a sí mismo, teme desagradar a los demás y crearse enemigos. Pero os digo que esta es una de las mayores crueldades que pueden cometerse, porque si la llaga, cuando es preciso, no es quemada por el fuego y cortada por el hierro, si ponemos sólo en ella bálsamo, se corrompe bajo el bálsamo.» Esto no es más que una consideración general. Pero he aquí que Catalina, dirigiéndose al mismo Papa, le habla sin rodeos, a ejemplo de San Pablo, que «resistía enfrente de Cephas». «¡Ay, ay! ¡Dulcísimo *Babbo mio*—gime—, esto hace que los que obedecen se pierdan en el desorden y la iniquidad!... ¡Oh misericordia humana! Ciego es el enfermo que no ve cuál es su enfermedad; ciego es el pastor que debiera ser médico, pero que no se atreve jamás a usar del hierro de la justicia, ni del fuego de una ardiente caridad. Entonces ocurre lo que Cristo predijo: «Si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el abismo.» Así el enfermo y el médico se precipitan ambos en la sima del infierno. Semejante pastor es un mercenario. ¿Y por

qué? Porque se ama a sí mismo sin amar a Dios y no sigue a Jesús, el verdadero Pastor... Espero, pues, venerable Padre, que ahogaréis este amor propio y no os amaréis más por vos mismo...

»¡Oh *Babbo mio*, dulce Cristo de la tierra, seguid el ejemplo de vuestro homónimo San Gregorio. Podéis hacer lo que ha hecho, pues era hombre como vos y Dios es siempre lo que era entonces; sólo nos falta la virtud y el celo por la salvación de las almas...

»Así quiero veros. Si hasta ahora no habéis obrado resueltamente, os pido con instancia que en lo sucesivo obréis como hombre valeroso y sigáis a Cristo, cuyo Vicario sois. Nada temáis, Padre, de las borrascas que os amenazan... Nada temáis: el socorro de Dios se acerca. Cuidad de colocar en vuestras ciudades buenos gobernadores y buenos pastores, porque son los malos pastores y los malos gobernantes la causa de la revuelta... Apresuraos y poned en práctica las resoluciones que con tan santo celo habéis adoptado, es decir, volved a Roma y emprended la santa y dulce cruzada. ¡Valor, Santo Padre! ¡Basta de negligencia! Venid, sí; venid a consolar a los servidores de Dios, vuestros hijos; os esperamos con ardiente y tierno deseo. Perdonadme, Padre, cuanto os he dicho; la boca habla por la abundancia del corazón.»

El primer día del año 1376, hacia la época en que llegó a Aviñón esta epístola, Perusa cayó en manos de los enemigos de la Santa Sede, y poco después Pisa y Lucca se unieron a la Liga Florentina. Gregorio XI compren-

dió que era tiempo de obrar, y el 6 de enero hizo enviar a los diferentes Estados italianos una circular en la cual afirmaba su voluntad de volver a Roma con toda la Curia, «de vivir y morir entre los romanos y de aliviar las pesadas cargas que les han sido impuestas». Esto, sin embargo, no le impidió dirigir un mes más tarde a los florentinos una intimación conminándoles para que le entregasen todos los jefes de la revuelta, que deberían presentarse en Aviñón antes de fin de marzo. Entre estos personajes así citados se hallaba el excelente Niccolo Soderini, el amigo de Catalina, que había formado parte del Gobierno durante los dos primeros meses de 1376. La virgen Sienesa tomó en seguida la pluma para escribir al Papa en nombre de Niccolo y en el de todos los insurrectos.

«Estamos en vuestras manos, padre mío—le escribió de su parte—; sé y reconozco que han obrado mal y no quiero excusar su pecado; pero les ha parecido imposible obrar de otro modo a causa de los dolores, las injusticias y los daños que padecían por los malos pastores y los malos gobernadores (*rettori*) que, como sabéis, están infectados por el pecado y son demonios encarnados. ¡Gracia! No consideréis, Padre, la ignorancia y el orgullo de vuestros hijos; os lo pido por ellos. Devuelva Vuestra Santidad la paz a estos vuestros desgraciados hijos que así os hemos ofendido. Os lo digo, ¡oh dulce Cristo de la tierra!, de parte del Cristo del Cielo: si obráis así, sin astucia y sin cólera, todos se arrepentirán de sus faltas y vendrán a apoyar la cabeza en vuestro

seno. Entonces os alegraréis y nos alegraremos todos, porque vuestro amor habrá vuelto al redil de la Iglesia a la oveja descarriada. Entonces, ¡oh dulce *Babbo!*, podréis cumplir la voluntad divina y realizar vuestros santos deseos llevando a cabo esa cruzada que en nombre del Señor os invito a emprender lo antes posible. Todos se dispondrán con ardor a dar su vida por Cristo. En nombre de Dios, nuestro dulce amor, levantad pronto, Padre mío, el estandarte de la Santa Cruz y veréis a los lobos trocarse en corderos. La paz, la paz, la paz para que la guerra no ponga obstáculo a esa dulce cruzada. Si tenéis sed de venganza y de justicia, saciadla en mí, miserable, y hacedme sufrir todos los tormentos que os plazca hasta que muera. Creo verdaderamente que la infección de mis pecados ha ocasionado gran número de estas desgracias y discordias. Castigad, pues, como queráis a vuestra desgraciada hijita. ¡Ay!, Padre mío, muero de dolor y, sin embargo, no puedo morir. Venid, venid y no resistáis más a la voluntad de Dios que os solicita... Venid a ocupar el trono de vuestro predecesor, el trono del Apóstol Pedro... Venid... Venid, venid; no tardéis y no temáis nada de lo que pueda sobrevenir, porque el Señor estará con vos. Os pido humildemente vuestra bendición para mí y para mis hijos espirituales.»

Catalina dirigió a la vez, a Niccolo Soderini, una carta ya aludida para reconciliarlo con los partidos adversarios. Predicaba a Soderini el deber de obediencia al Padre Santo, mientras recordaba a Gregorio que

debía ser ante todo un padre y el príncipe de la paz.

Entretanto Bolonia cayó, el 20 de marzo, en poder de los rebeldes; ocho días más tarde las tropas pontificias, mandadas por Hawkwood, tomaron la ciudad de Faenza, y al grito de *Ewiva la Chiesa* mataron a los hombres y violaron a las mujeres.

Tres días después, los enviados de Florencia, Donato Barbadori y Alessandro dell'Antella se presentaron al Papa en Aviñón, declarando en nombre de la República que los jefes citados no se hallaban en estado de comparecer, pues muchos de ellos se encontraban cautivos. Por lo demás, los florentinos, que se consideraban gravemente atropellados por los Gobiernos pontificios, se preocupaban poco de estar en gracia o en desgracia. Gregorio contestó poniendo a Florencia en entredicho y excomulgando a los ocho jefes de la rebelión y a cincuenta y un burgueses notables, entre los que figuraba Niccolo Soderini. Donato Barbadori oyó pronunciar la terrible sentencia, en cuya virtud todos los florentinos, privados de sus derechos, podían ser reducidos a esclavitud: nadie tenía obligación de cumplirles la palabra empeñada; nadie debía tratar con ellos, ni venir de ningún modo en su auxilio, y se invitaba a todos los príncipes a tomar las armas contra ellos y borrarles del número de los vivos. Entonces, volviéndose al crucifijo en cuyo nombre acababa de pronunciarse la terrible sentencia, Donato gimió con el salmista: «Baja tu mirada hacia mí, Dios salvador, y ven en mi auxilio; no me abandones porque mi padre y mi madre me han abandonado.»

Los florentinos sintieron vivamente el peso del entredicho y de la excomunión y comprendieron que sus rivales querían aprovecharse de las circunstancias para arruinar su comercio, capturando sus galeras y absteniéndose de pagar los tratos corrientes.

«En todo el mundo—refiere Raimundo de Capua—los florentinos se vieron embargados y despojados de sus bienes por los Gobiernos de las comarcas donde ejercían su comercio. De tal modo, que se vieron obligados a hacer la paz con el Soberano Pontífice por mediación de algún personaje influyente con el Papa.» Y, naturalmente, pensaron en Catalina, quien, por lo demás, se encontraba ya dispuesta a abogar por su causa y que, para atestiguar su buena voluntad y preparar el camino, envió a Raimundo a Aviñón juntamente con Messer Giovanni Tezzo y Fra Felice da Massa, encargados de una nueva misión de su parte para el Papa.

«Dios os exige principalmente tres cosas—dice en esta carta—: La primera, reformar la Iglesia, arrancar las malas hierbas con sus raíces, es decir, los malos pastores y los malos gobernadores que envenenan y corrompen el jardín, echándolas lejos y plantando en su lugar hermosas y odoríferas flores.» «¡Cuán escandaloso es ver vivir en las delicias, las pompas y las vanidades del mundo, mil veces más que si no hubieran dejado el siglo, a los que debieran ser espejos de pobreza voluntaria, humildes como corderos, padres de los pobres! Muchos seglares deben avergonzarles con su vida buena y piadosa.»

El segundo deber del Papa es volver a Roma, y el ter-

cero, predicar y emprender la cruzada. Pero debe, ante todo, ser clemente. «No os apartéis del camino de la paz por lo sucedido en Bolonia... Os conjuro, Padre, a que oigáis lo que Fray Raimundo y mis demás hijos van a deciros; van de parte de Jesús crucificado y de la mía.»

«De parte de Cristo crucificado y *de la mía.*» Estas palabras son atrevidas; pero nada tienen de excesivo: Catalina era, en verdad, el embajador del Príncipe de la Paz cerca de los representantes sanguinarios de la Iglesia y del mundo. Una nueva visión vino a afirmarla en este sentimiento de unión con Aquel que entró en Jerusalén montado en un pollino.

«Durante la noche que siguió al primero de abril—escribe a Raimundo—Dios me reveló más particularmente sus misterios y me hizo conocer tales maravillas, que mi alma creía haber abandonado el cuerpo; sus delicias eran tan grandes y abundantes, que ninguna lengua acertaría a expresarlas. Recibí la inteligencia del misterio de las persecuciones que sufre actualmente la Santa Iglesia; me fueron pronosticadas su renovación y su exaltación en los siglos venideros. Para hacerme comprender que las circunstancias actuales son permitidas para devolverle su esplendor, la dulce Verdad Primera (la *Prima dolce Verità*) me citó dos frases del Santo Evangelio, a saber: «Es necesario que haya escándalos en el mundo», y luego esta otra: «¡Pero, ay, del hombre por quien viene el escándalo!» Como si hubiese querido decir: «Permito este tiempo de persecución para arrancar

las espinas del cuerpo de mi Iglesia; pero no autorizo los pensamientos culpables de los hombres sobre ella. ¿Sabes lo que hago? Obro lo mismo que cuando, estando en el mundo, hice un azote de cuerdas y arrojé a los que vendían y compraban en el templo, porque la casa de Dios es casa de oración y la habían convertido en una caverna de ladrones. Te digo que ocurre hoy lo propio. Porque he hecho de las criaturas un azote con el que arrojo a los mercaderes impuros, codiciosos, avaros, hinchados de orgullo que compran y venden los bienes del Espíritu Santo...»

»Mientras aumentaba en mí el fuego del deseo vi con admiración a los cristianos y a los infieles entrar en la llaga del costado de Jesús crucificado y, por la puerta del deseo y del amor, entré con ellos en Cristo, el dulce Jesús, acompañado de mi Padre Santo Domingo, de Juan (1) mi amigo predilecto y de todos mis hijos espirituales. Entonces colocaba la cruz sobre mis hombros y el olivo en la mano, que es lo que yo deseaba, mandándome llevarlo a todo el pueblo. Y me dice: «Ve a decírselo: os anuncio una gran alegría...» Y me regocijé y me estremecí de alegría y dije con Simeón: «Ahora, Señor, deja morir en paz a tu sierva...»

»Pero ¿qué lengua podría contar los secretos divinos? No la mía, mi pobre y miserable lengua. Quiero, pues, callar y dedicarme por completo a buscar el honor de Dios y la salvación de los hombres y contribuir a la re-

(1) Quiere decir Raimundo de Capua, a quien Catalina llamaba a veces *Giovanni* (Juan).

novación y a la exaltación de la Santa Iglesia, perseverando así hasta la muerte por la fuerza y gracia del Espíritu Santo. ¡Oh, Dios, mi dulce amor!, realiza pronto el deseo de tus servidores. No quiero decir más y, sin embargo, nada he dicho; muero de deseo; tened compasión de mí; rogad a la divina Bondad y al Cristo de la tierra que pacifique pronto la Iglesia.

»Permaneced en el santo y dulce amor de Dios. Sumergíos en la sangre de Cristo crucificado... Alegraos de vuestras fatigas; amaos, amaos, amaos los unos a los otros.»

Esta visión, que se produjo en la noche del 1 al 2 de abril de 1376, tuvo una influencia decisiva sobre Catalina. Próxima la Pascua escribió al gobernador de Florencia para decirle que consentía en servir de mediadora entre la República y la Santa Sede. De Aviñón, Raimundo le comunicó noticias satisfactorias. A principios de marzo llegó a Florencia, escoltado por Neri di Landoccio, Fra Bartolommeo de Dominici y un nuevo discípulo que debía llegar a ser uno de sus más íntimos amigos, el joven caballero sienés Stéfano Maconi.

Más adelante, siendo prior de la Cartuja de Pavía, hizo el propio Maconi el relato de su primer encuentro con su célebre compatriota. Ambos (nacidos en 1347) eran de la misma edad; pero hasta el principio del año 1376 el joven se preocupó poco de la existencia de la piadosa dominica. «Estaba sumergido en las aguas del mundo», dice, usando una expresión del *Diálogo* de Catalina. Una circunstancia puramente profana le llevó

a trabar con ella conocimiento. La familia Maconi, que por espacio de dos años había tenido diferencias con la poderosa casa Tolomei, deseaba poner fin a estas luchas. Pero el partido adverso se negaba a oir hablar de paz. Por consejo de Pietro Bellanti, uno de los antiguos convertidos por Catalina, Stéfano resolvió al fin recurrir a la virgen de Fontebranda. Esta, en vez de recibirle con reservas, le hizo una cordial acogida, adelantándose hacia él «como si hubiese sido su hermano que volviese de un largo viaje». Después de imponer al joven sus condiciones habituales, invitándole a ir a confesarse y llevar una vida virtuosa, consintió en ocuparse de su causa. Sus gestiones fueron eficaces: las dos familias hostiles prometieron hacer la paz y se acordó que la reconciliación se verificase en la iglesia de San Cristófano. Los Maconi se presentaron a la hora convenida, pero no encontraron a los Tolomei, a pesar de que no tenían más que atravesar la calle para ir a la iglesia. Era, sin duda, una nueva afrenta: los Maconi habían sido engañados. Catalina se puso a rezar entonces, y la fuerza de su oración obligó a la familia recalcitrante a atravesar la plaza para entrar en la iglesia, donde se celebró la paz,

Desde este momento Stéfano fué un *caterinato* entusiasta. Noche y día se hallaba en casa de la virgen, escribiendo sus cartas al dictado, y para él también fué lo que para sus demás discípulos: su venerada, adorada y amada *Mamma*. Todo Siena hablaba de esto; pero ¡qué importaba! Sólo una cosa le preocupaba: el viaje inminente de Catalina, no sólo a Florencia, sino al lejano

Aviñón. Y un día se entabló entre ellos el siguiente diálogo:

«Querido hijo—empezó Catalina—, tengo que darte una buena noticia. Tu más ardiente deseo será realizado.»

«Querida *Mamma*—contestó Stéfano—no sé cuál pueda ser ese deseo.»

Catalina sonrió: «Escudriña tu corazón, reflexiona.»

Y Stéfano: «En verdad, querida *Mamma*, no puedo descubrir en mí deseo más ardiente que el de no separarme de vos.»

«Precisamente se realizará ese deseo», repuso vivamente Catalina.

Cumplió su palabra. Neri di Landoccio hubo de partir de Florencia, precediéndola, hacia Aviñón, portador una carta para el Padre Santo, mientras Stéfano tuvo el privilegio de seguir a su lado.

Esa estancia en la República de las orillas del Arno duró algunas semanas, durante las cuales Catalina sostuvo con energía la teocracia ante el Gobierno florentino. «Los escribas y los fariseos se sientan en la cátedra de Moisés; así, pues, observad y haced cuanto os digan; pero no obréis según sus obras», dice el Evangelio. Catalina estableció la misma distinción entre el sacerdote y su función. «Ya sé—escribe—que muchos creen servir la causa de Dios persiguiendo a la Iglesia y sus pastores y que dicen para justificarse: «¡Los sacerdotes son tan perversos!» Pero, os lo declaro, Dios quiere y ordena que, aunque los pastores de la Iglesia y el Cristo de la tierra sean demonios encarnados—el Papa actual es un pa-

dre dulce y tierno—les obedezcamos humildemente, no por ellos, sino por respeto al Dios de quien son representantes.»

Soderini no formaba ya parte del Gobierno en esta época y el miembro de la *Signoria* sobre quien Catalina ejerció mayor influencia fué Buonaccorso di Lapo. Todos, ya que no por motivos sobrenaturales, por lo menos por razones materiales, deseaban la paz. Las consecuencias lamentables de la excomunión tenían en toda Europa profunda resonancia. A principios de mayo quedaron suspendidos en Florencia todos los oficios religiosos. La desesperación del pueblo era inmensa. Todos los días recorrían las calles procesiones de penitentes, cantando el *Miserere* y flagelándose las desnudas espaldas. Algunos jóvenes nobles bien acomodados formaron una especie de hermandad para practicar en común las obras de Misericordia, y cuando Catalina y sus compañeros llegaron a Florencia, los patronos de todos los gremios estaban en las puertas de la ciudad para recibir a la que únicamente podía socorrerlos.

Durante su corta permanencia, Catalina fué recibida por el Arzobispo de Florencia, Angelo Ricasoli, e hizo otros varios conocimientos. Así entró en relación con Monna Laudamia Strozzi, con Buonaccorso di Lapo, ya citado, con el piadoso sastre Francesco di Pippino y su mujer Monna Agnese, a quienes escribió después con frecuencia. El taller del humilde artesano parece haber sido el lugar de reunión de tan reducido número de devotos, entre otros el noble Bartolo Usimbardi y su mujer Mon-

na Orsa, quienes también se pusieron en relaciones con Catalina. La Sienesa halló igualmente varios amigos abnegados en el seno de la familia Canigiani; los dos hermanos Ristoro y Barduccio se colocaron bajo su dirección, y el menor, que fué su secretario, no la dejó hasta su muerte. Cinco de las seis cartas originales que poseemos de Catalina se hallan escritas por mano de Barduccio Canigiani. Otra personalidad importante que contrajo amistad con Catalina en esta época es el monje valumbrosiano Giovanni delle Celle. Este hombre eminente había sido mucho tiempo religioso en la Santa Trinitá, en Florencia. Emprendió allí primeramente estudios humanitarios del género de los de Petrarca y Bocaccio y luego se dedicó a cultivar la nigromancia. Como el doctor Fausto, podía hacer aparecer al diablo, el cual, sin despertar las sospechas del abad del convento, introducía mujeres en la celda de Dom Giovanni. Sin embargo, estas visitas nocturnas fueron luego descubiertas; el fraile culpable hubo de acusarse y fué severamente castigado a un año de calabozo. Después de haber sufrido este castigo, se retiró a la ermita de Vallombrosa, donde llevó una vida rigurosamente penitente, «abrazando voluntariamente lo que se le había impuesto durante su cautiverio—dice su biógrafo, el valumbrosiano Girolamo—, pues su cama se componía de un poco de paja extendida en el suelo, sobre la que dormía vestido y cubierto con una sencilla manta de lana». El sobrenombre *delle Celle* se le dió por su existencia eremítica. Fué uno de los agentes del mo-

vimiento religioso de aquellos tiempos. Barduccio Canigiani había sido uno de sus discípulos; a otro discípulo, una mujer, aconsejó Dom Giovanni que no se aficionase a la *Catarina Santa*, la cual (según creía, compartiendo un error corriente) había declarado que se uniría a la cruzada y llevaría tras de sí a las demás mujeres. William Flete tomó la pluma para defender a Catalina contra esta acusación. La confusión se aclaró y la aventura terminó con la admisión de Giovanni delle Celle en el círculo de los amigos y admiradores de Catalina.

Después, un día, a fines de mayo, Catalina dejó Florencia acompañada por Alessia, Cecca, Lisa, Stéfano Maconi, Fra Bartolommeo di Dominici y los tres hermanos pisanos Gherardo, Tommaso y Francesco Buonconti. La *bella brigata* compuesta de Dominicos, de *Mantellate* y de *Caterinati* (veintitrés personas en junto) se dirigió hacia el Norte por el camino de Prato y de Pistoya. En Bolonia la gran dominica se arrodilló sobre la tumba de su Padre espiritual, anhelando ser sepultada a su lado en el cementerio del convento. Luego continuó su camino y se dirigió hacia Francia para llevar la cruz y el ramo de olivo a su *dolce Babbo*.

III

«El saco de la avara Babilonia está lleno de la cólera de Dios y se halla cargado de tantos vicios que amenaza romperse. Los dioses que ha elegido esta ciudad no son Júpiter y Palas, sino Venus y Baco.» «La perversa y culpable Babilonia que antaño se llamaba Roma, es una fuente de aflicción, una mansión de cólera, un templo de herejías. Ha sido fundada en una casta y humilde pobreza, y ahora, ¡oh cortesana desvergonzada!, diriges tus cuernos contra tus fundadores.»

En tan violentos términos condena Petrarca a la Aviñón pontificia. Y en la lejana ciudad de Siena, el hedor de los pecados que se cometían en la corte del Vicario de Cristo era más insoportable para la piadosa hija del tintorero que el olor de tenería que en nuestros días llena todavía las calles próximas a Fontebranda. Una tarde de verano (el 18 de junio) llegó a esta Babilonia occidental. La pequeña embarcación que llevaba a Catalina y a sus fieles amigos y amigas avanzaba lentamente, porque iba contra la corriente, remontando el Ródano; los viajeros tenían, pues, espacio para admirar los reflejos nacarados del agua, las praderas verdes de las orillas,

las islas oblongas que semejaban pinazas ancladas en medio del río, las cabañas bajas de los pescadores, cobijadas por altos álamos de hojas relucientes, los niños que jugaban en la ribera alrededor de un barco. Después vieron aparecer a lo lejos las cuarenta torres de la ciudad papal, y tal vez alguno de ellos a quien Aviñón fuera familiar indicase con el dedo los principales santuarios de la ciudad: San Rufo, construído en el emplazamiento donde se reunían los primeros cristianos (San Rufo fué el San Ansano de Aviñón); San Agrícola, del siglo XI; San Pedro, del XII; la nueva iglesia de San Desiderio, de sólo veinte o treinta años de antigüedad; la maravillosa iglesia del convento de los Templarios, aún en construcción; el Monasterio de los monjes Agustinos; la iglesia de Santa Catalina de los Cistercienses; San Martín de la Orden de Cluny; por supuesto, que hay aquí un convento de dominicos, pero es imposible verlo, porque se alza en una isla situada al oeste de la ciudad, entre el Ródano y el Sorga; es un inmenso edificio que ocupa unas tres mil toesas cuadradas...

Alguien, conocedor del país, pudo haber dado estas indicaciones a Catalina y haberle señalado, por último, la roca de los Doms, pico escarpado que domina la ciudad y el río, sobre el que se alza el palacio de los Papas, esa *moles miranda*—como la llamaba Miguel del' Hospital—, que con sus majestuosas torres y pináculos almenados se parece más a un castillo feudal que a la tranquila morada del Príncipe de la Paz... Luego, yendo más lejos, la mirada de la virgen debió posarse en el puente de

San Benezet, que atraviesa el Ródano; el puente cuya construcción comenzó en 1177 el pobre pastorcillo Benezet inspirado por voces angélicas... Al pronto fué la irrisión del pueblo de Aviñón; pero Dios permitió que este niño realizase el milagro de levantar sin ayuda una pesada piedra que un atalaje de cuatro bueyes no había podido mover, y el puente se edificó en doce años en el ángulo derecho, porque en este lugar el Ródano costea bruscamente el peñasco... Las diez y nueve arcadas del puente están cimentadas en el lecho del río, excepto en el medio, donde se encuentra la isla Barthelasse—allí es donde por la noche se baila en las praderas: *Bajo el puente de Aviñón danzan todos...*

El territorio que se extiende más allá del puente no pertenece a los Estados Pontificios. Francia comienza allí y por eso Felipe *el Hermoso* hizo construir en la cabeza del puente una torre de vigía. Este mismo Felipe hizo construir el palacio con grandes torres redondas que se eleva sobre el peñasco. La iglesia de Nuestra Señora que vemos allá abajo es más reciente y el gran convento de los cartujos fué consagrado por Inocencio VI. Una nueva ciudad se formó poco a poco del otro lado del río, donde habitaron varios Cardenales franceses: se llama Villeneuve-les-Avignon...

Catalina debió contemplar, por primera vez bajo este aspecto, la ciudad pontificia de las orillas del Ródano. Y cuando atracó el barco, fué acogida por las fisonomías conocidas de tres amigos muy queridos: Raimundo, Messer Giovanni Tantucci de Lecceto y Neri di Lan-

doccio, cuya melancólica mirada se iluminó un instante con la alegría de volverla a ver. Stéfano Maconi y él, dos antiguos compañeros de escuela, tenían la misma edad y eran ambos discípulos de Catalina; imaginamos que tendrían que comunicarse muchas noticias. Después todos reunidos, abriéndose paso a través de la multitud abigarrada, se dirigieron por estrechas calles hacia la casa preparada para recibir a Catalina y a su escolta. Era un palacio cardenalicio—una *livrée*, se decía en Aviñón—que se había hecho construir al principio del siglo Anníbal Ceccano; sus armas se hallaban aún encima de la puerta. Después había pertenecido, sucesivamente, al Cardenal Gaillard de la Motte, hijo de una sobrina de Clemente V, y al Cardenal Niccolo de Branca, Arzobispo de Cosenza, después de cuya muerte quedara deshabitado. Era una importante construcción de aspecto de castillo, con almenados pináculos.

Tan pronto como el pequeño grupo de viajeros hubo traspuesto la entrada, Catalina se retiró a la capilla del primer piso para rezar...

Porque se encontraba ahora en vísperas del día decisivo: se hallaba en el campo de batalla. Mañana iría al combate, no con armas materiales, sino con la espada de su espíritu y de su voluntad; tendría que luchar, no contra la carne y la sangre, sino contra las milicias del mal espiritual, contra el poder de las tinieblas, contra el príncipe del infierno y sus demonios, los cuales, bajo la apariencia de Cardenales, llevaban la púrpura romana como llevan en los eternos abismos un

manto flameante. He aquí que se hallaba en el campo de batalla, donde al siguiente día debería hacer triunfar la causa de Dios. Allá arriba, sobre el peñasco, se alzaba la fortaleza ocupada por el enemigo que mantenía prisionero al Vicario de Cristo, y ella, Catalina, debía libertarlo como el ángel había librado a San Pedro pasando con él ante los centinelas y bajando con él por la calle hasta la casa donde los fieles oraban por su suerte... A ella tocaba esta empresa ardua; a ella, Catalina di Monna Lapa, Catalina, la hija de Giacomo de Siena, Catalina, que desde su más tierna infancia había bebido en la fuente de Fontebranda de aquel agua que hace perder la razón y nos da una santa locura: la locura del arte, la locura de la poesía, la locura del patriotismo, la locura de la cruz. Tenía que realizar la obra que no pudo terminar la princesa sueca, muerta recientemente en Roma... Sólo ella en el mundo podía emprender semejante misión, como sólo el pobrecito Benezet acertó a construir el puente sobre el río... En vano buscaba por doquiera alguno que quisiese ocupar su puesto y descargarla de la cruz que pesaba sobre sus hombros... Y Catalina debió experimentar el sentimiento de espanto que abruma al alma cuando ve que se halla sola, porque acaba de alcanzar cumbres inaccesibles a los demás, porque habiéndose elevado por encima de todos, no encuentra ya su semejante.

El 20 de junio Catalina compareció ante el Papa. Fué recibida en la espaciosa sala gótica a la que una restauración inteligente ha restituído hoy su esplendor primi-

tivo. La Sienesa se mantenía al pie del trono de Gregorio, y durante las pausas, mientras Raimundo traducía al latín su lenguaje toscano, que el Soberano Pontífice no podía comprender, su mirada contemplaba en paredes y techos los frescos de sus compatriotas. Tal vez leyó las palabras medio borradas que podemos aún descifrar en los papiros de los profetas, la profecía de Ezequiel sobre los huesos secos del pueblo de Israel, las amenazas del Señor a Miqueas: «En mi cólera y mi indignación me vengaré sobre aquellos que se negaron a escucharme»; las palabras de Nahum: «Las montañas tiemblan delante del Señor, las colinas se humillan, la tierra se levanta ante su faz, la tierra y sus habitantes.» Bajo estas profecías amenazadoras se desarrolla la escena del juicio final: Se abren tumbas cuadrangulares, colocadas en el piso enlosado de un cementerio italiano; el Hijo del Hombre aparece en las nubes del cielo rodeado de las falanges celestiales, y, en la luz dorada, entre cielo y tierra, se cierne solemnemente el arcángel solitario e inexorable; contemplándole creemos escuchar la última trompeta: *tuba mirum...*

Catalina hablaba, Raimundo traducía, Gregorio escuchaba. Catalina hablaba, podemos suponerlo, del olivo y de la cruz, de la paz que el Santo Padre, montado en un pollino, debía traer por la dulzura y no por la espada. Podemos representarnos al Papa ligeramente inclinado para escuchar con mayor atención, semejante a aquel Papa que, en el fresco de Lorenzetti en la iglesia de San Francesco de Siena, toma entre sus manos las

manos de Luis de Tolosa. Y cuando calló Catalina, la breve respuesta de Gregorio fué que le confiaba enteramente su causa, considerando que cuanto hiciera estaría bien hecho: «Solamente, no olvides la dignidad de la Iglesia.»

«Por la gracia de nuestro dulce Salvador hemos llegado a Aviñón el 18 de junio de 1376—escribió Catalina a sus amigos de Siena—. He conversado con el Padre Santo y varios Cardenales, así como con otros dignatarios seglares, y la gracia de Dios nos ha ayudado grandemente en el asunto que aquí nos trajo.»

Si no se había concluído la paz entre Florencia y la Santa Sede, la culpa era tan sólo de la República. Los embajadores que los florentinos habían prometido enviar a Aviñón no llegaban, y en una audiencia posterior Gregorio dijo a la pacificadora: «Los florentinos se están burlando a la vez de ti y de mí. O no vendrán, o si vienen no vendrán provistos de los poderes necesarios.» El 28 de junio Catalina escribió a «los ocho de la guerra», censurándoles por haber establecido un nuevo impuesto sobre los clérigos. «He hablado con el Padre Santo —decía—; se halla dispuesto a la paz y ha resuelto obrar como un buen padre que no repara mucho en las faltas de sus hijos... Mi lengua no puede expresar cuánto le complace la perspectiva de una paz próxima. Después de una entrevista de media hora ha terminado diciéndome que se hallaba dispuesto a recibiros como hijos suyos y a hacer lo que sea más conveniente. No digo más. Es imposible que el Padre Santo os dé otra res-

puesta antes de la llegada de vuestros embajadores. Me extraña que no se hallen aquí todavía. En cuanto vengan iré a verlos y volveré a ver al Padre Santo y os tendré al corriente de lo que suceda. Lo habéis echado todo a perder aumentando ese impuesto con ligereza. Poned término a ese abuso por amor de Cristo y en vuestro propio interés.»

Los embajadores florentinos—Pazzino Strozzi, Alessandro dell'Antella, Michele Castellani—se presentaron por último; pero los temores del Papa estuvieron justificados. Desde el 6 de julio había en Florencia un nuevo Gobierno que sólo enviaba embajadores para adormecer las sospechas del Soberano Pontífice, pero que, en realidad, no era partidario de la paz. Los tres enviados rehusaron categóricamente la oferta de intervención de Catalina, pretextando que carecían de mandato para tratar con ella. Con lo que Gregorio confió las negociaciones a dos Cardenales: Pedro d'Estaing y Gil Acelyn de Montégut.

Entonces Catalina se dedicó a las dos grandes causas que eran los objetivos principales de su viaje a Aviñón: la vuelta del Papa a Roma y la organización de la Cruzada. Sin la menor timidez habló al Papa de los pecados que se cometían en la Corte pontificia, y lo hizo con tanta franqueza, que Raimundo manifestó cierto temor. Después, como Gregorio vacilase siempre, usó de su facultad de leer en las almas, recordándole la promesa que hiciera a Dios, cuando aún era Cardenal, de restituir la Silla de Pedro a Roma.

La presencia de la santa italiana en la Corte pontificia despertó, naturalmente, la curiosidad, primero, y la oposición, después. La curiosidad procedía de las damas de la Corte, de las lindas hermanas, sobrinas, amigas y amantes de los Cardenales, convirtiéndose en una de sus diversiones favoritas el asistir a la comunión de Catalina y comprobar sus éxtasis pellizcando y pinchando con alfileres su cuerpo insensible. Elisa de Turena, mujer del sobrino del Papa, llegó a atravesar una vez su pie con una aguja de tal modo, que durante varios días Catalina no pudo sentar el pie en el suelo. La proximidad de estas mujeres mundanas era para la virgen una verdadera tortura moral; volvió resueltamente la espalda a una de ellas, negándose a dirigirle la palabra: «Y si hubierais advertido, como yo, el hedor de sus pecados, hubierais hecho lo propio», declaró a Raimundo de Capua. En Aviñón Catalina reunió materiales para los terribles capítulos del *Diálogo* que tratan de los vicios del clero, y su retrato de los «malos servidores de Dios» se halla trazado con los recuerdos de su residencia en la Corte pontificia:

«Su amor propio ha hecho de su sensualidad una reina a quien han sometido su pobre alma como una esclava... He librado a mis ungidos de la servidumbre del mundo para emplearlos en su servicio, yo, Dios eterno, encargándoles de administrar los sacramentos de la Santa Iglesia. He cuidado de tal modo de su libertad, que no he querido ni quiero que príncipe alguno temporal sea su juez. ¿Sabes, hija mía muy amada, cómo me agradecen

semejante beneficio? Su gratitud consiste en ofenderme sin cesar mediante tantos crímenes de todas clases que la lengua no podría referirlos ni tú tendrías fuerza para escucharlos. Algo quiero decirte, sin embargo, para darte materia de compasión y de lágrimas...

»Deben permanecer, mediante un santo deseo, en la mesa de la Santa Cruz y alimentarse en ella de las almas que salvan por mi honor. Este es, en el fondo, el deber de toda criatura racional, cuanto más el de aquéllos que he elegido para repartir el cuerpo y la sangre de Cristo crucificado, mi único hijo, y para daros ejemplo de una santa y buena vida... Pero su mesa está en las tabernas; allí se les encuentra jurando y perjurando como hombres privados de razón. Sus vicios les han convertido en animales; sus acciones, sus ademanes, sus palabras, todo es en ellos lascivo.

»No saben lo que es el Oficio, y si algunas veces lo rezan, es sólo con los labios, pues su corazón está lejos. Se portan como tunantes y jugadores (*barattieri*). Como han jugado su alma, vendiéndola al demonio, juegan ahora con las riquezas de la Iglesia y sus bienes temporales, disipando así lo que han recibido por virtud de la sangre de Cristo. Por tanto, los pobres no reciben lo que se les debe y la Iglesia, despojada, no posee ni los objetos necesarios para el culto. Se han convertido en templos del demonio. ¡Cómo extrañarse de que no cuiden de mi templo! Los ornamentos con que debieran enriquecer a la Iglesia, los reservan para las casas en que habitan. Y lo que es peor aún, esos demonios encarnados adornan

con los despojos de la Iglesia a la cómplice diabólica de su injusticia y de su impudicia. Sin rebozo alguno la hacen asistir al Oficio mientras celebran en el altar, y no encuentran censurable que esta desdichada lleve a sus hijos de la mano y se presente a la ofrenda con el pueblo.

»¡Oh demonios, más demonios que los demonios!... ¿Es esa la pureza que exijo a un ministro cuando sube al altar? Por la mañana, con el alma manchada en un cuerpo corrompido, se alza del lecho donde yacía en pecado mortal para ir a celebrar. ¡Oh tabernáculo del demonio! ¿Dónde están las vísperas de la noche en la solemnidad piadosa del Oficio divino? ¿Dónde la oración asidua y ferviente?»

¿Cómo dudar de que durante su estancia en la ciudad de los Papas Catalina haya dejado de pronunciar de viva voz palabras semejantes a las que aquí surgen de su pluma? No es, pues, de extrañar que en Aviñón, como antes en Siena, el clero le hiciese oposición. Tres teólogos se presentaron un día al Santo Padre pidiéndole autorización para probar la ortodoxia de la profetisa. Y habiéndolo conseguido, fueron a llamar a la puerta de Catalina. «Era en verano, después de la hora nona», recuerda Stéfano Maconi; los recibió rodeada de Messer Giovanni Tantucci y de otros miembros de su familia espiritual. Los tres sabios empezaron entonces a interrogarla sobre sus éxtasis, sobre sus ayunos continuos, llamándola con desdén *vile donnucciola*, y acabaron por significarle que habían visto a hijos de las tinieblas tomar las apariencias de ángeles de luz. Su visita se pro-

longó hasta la noche; de cuando en cuando Messer Giovanni intentaba contestar por Catalina; pero ésta sabía triunfar por sí sola de las dificultades, y cuando los tres hombres se retiraron, ella había obtenido la victoria. «Pero si Catalina no hubiese dado pruebas de una firmeza inquebrantable ante los tres teólogos, éstos le hubieran procurado una triste suerte», afirmó a Stéfano al siguiente día un compatriota de la Santa, Francesco Cassini, de Siena, médico del Santo Padre. Catalina había corrido el riesgo de la Inquisición. Para terminar, Gregorio aconsejó sencillamente a Catalina que cerrase sus puertas a los tres visitantes si volvían a presentarse en su casa. Los tres inquisidores, uno de los cuales era un Arzobispo franciscano, fueron después fervientes amigos de Catalina. Conoció en Aviñón otras personalidades, como Bartolommeo Prignano, Arzobispo de Acerenza, el futuro Papa Urbano VI y el Cardenal español Pedro de Luna, futuro antipapa.

Entretanto, impelido por las exhortaciones constantemente repetidas de Catalina, Gregorio se disponía a partir para Italia. A fin de distraerle de este proyecto, el rey de Francia envió a su hermano el duque de Anjou a Aviñón, y éste, habiendo descubierto rápidamente que la resolución del Soberano Pontífice había sido inspirada por la virgen sienesa, comprendió que convenía ganársela ante todo. Catalina pasó tres días en el castillo ducal situado en Villeneuve, en la otra orilla del Ródano. El duque no llegó a convertirla; antes bien, fué ella quien le convirtió, hasta el punto de que se hizo partidario en-

tusiasta de la cruzada, prometiendo equipar un ejército a su costa. Además, y a instancia suya, Catalina escribió a Carlos V para ganarle a *il santo e dolce passaggio*. Con una fina alusión al sobrenombre del monarca, *el Sabio*, le exhortó a la verdadera sabiduría, consistente en despreciar al mundo, en practicar la justicia en su reino, en hacer la paz con Inglaterra y Navarra y en levantar en cambio el estandarte de la Santa Cruz contra los infieles. «Así seguiréis las huellas de Cristo crucificado y haréis la voluntad de Dios y la mía».

No contenta con la influencia que de viva voz podía ejercer sobre el Papa mientras estaba en Aviñón, Catalina le dirigió una serie de cartas en las que refutaba las objeciones que hacía valer el partido francés, opuesto a la marcha hacia Roma, y que Gregorio le comunicaba, ya por mediación de Raimundo de Capua, ya por su notario Tommaso di Petra. Sin cesar buscaba los consejos y las oraciones de la Sienesa, y ésta continuaba luchando contra el amor propio del Santo Padre, causa de todas sus indecisiones. «Santísimo y bienaventurado Padre en Cristo, el dulce Jesús: vuestra indigna y miserable hijita Catalina os alienta en la preciosa sangre con el deseo de veros libre de todo servil temor, porque el que es temeroso pierde toda la fuerza de las santas resoluciones y de los buenos deseos. Rogaré, pues, al bueno y dulce Jesús para que os despoje de todo temor servil, dejándoos sólo su santo temor. Que el ardor de la caridad esté en vos para no dejaros escuchar la voz de los demonios encarnados que tratan, según se me asegura, de impedir

vuestro regreso, sugiriéndoos para asustaros, que camináis a una muerte segura. Y yo os digo, de parte de Cristo crucificado, dulce y Santísimo Padre, que nada temáis. Venid con toda seguridad; confiad en Cristo, el dulce Jesús. Si cumplís con vuestro deber, Dios os protegerá y nadie podrá nada contra vos.

»Valor, Padre mío. Sed hombre. Os digo que nada tenéis que temer. Pero si no cumplierais con vuestro deber, tendríais, en cambio, motivos para temer. Debéis ir a Roma; id, pues; id con dulzura, sin temer nada, y si alguien quisiera impedíroslo, decidle audazmente lo que Cristo contestó a San Pedro cuando, por afecto, quería evitarle la pasión. Cristo se volvió a él, diciéndole: «Retírate de Mí, Satán; eres para Mí materia de escándalo, porque no tienes gusto por las cosas de Dios, sino por las de los hombres. Es preciso que cumpla la voluntad de mi Padre.» Haced lo propio, queridísimo Padre; imitad a Aquel cuyo Vicario sois y decid a los que os rodean: «Aunque hubiese de perder mil veces la vida, quiero hacer la voluntad de mi Padre»... Dejadles decir lo que quieran y manteneos firme en vuestra santa resolución. Padre mío: fray Raimundo me ha rogado de parte vuestra que pida a Dios para saber si vuestra vuelta a Roma provocará dificultades. Acabo de hacerlo, antes y después de la Comunión, y no he visto la muerte ni ninguno de los peligros de que hablan algunas personas.»

En una carta de la misma época, próximamente, dirigida a Buonaccorso di Lapo, residente en Florencia, Catalina anuncia la inminente marcha del Santo Padre.

«He aquí que va a reunirse con su esposa, la ciudad de San Pedro y San Pablo—exclama—; id cuanto antes a visitarle; corred hacia él con una sincera humildad de corazón y con el dolor de vuestras faltas. Haciéndolo obtendréis la paz espiritual y temporal. Así procedían nuestros padres, y eran menos probados que nosotros, porque nosotros nos atraemos la cólera de Dios y no tenemos parte en la sangre del Cordero.»

La oración a que Catalina alude en su carta a Gregorio XI ha sido transcrita y conservada por Tommaso di Petra, que, mensajero del Papa en esta ocasión, oyó rezar a la Santa.

Como de costumbre, empezó expresando el sentimiento de profunda indignidad que oprimía su espíritu: «¡Ay, ay, Señor—exclamó—, no soy más que una pecadora, ten piedad de mí. *Peccavi Domine, miserere mei*. ¡Oh, Eterna Bondad!, no consideres mis pecados; antes bien, derrama una mirada misericordiosa sobre la Iglesia, tu única Esposa, y abre los ojos de tu Vicario para que, en vez de amarte y de amarse por sí mismo, te ame por Ti mismo y no se ame a sí propio sino en Ti. Porque si te ama por puro egoísmo, todos nos veremos precipitados en la sima, puesto que nuestra vida y nuestra muerte dependen de él; mientras que si te ama por Ti mismo y se ama a sí mismo en Ti, viviremos, porque, como Buen Pastor, nos dirigirá por el camino recto. ¡Oh, Divinidad suprema e inconmensurable!, he pecado y soy indigna de rogarte; pero está en tu poder hacerme digna. Castiga mis pecados y júzgame según mis faltas, Señor. He aquí

mi cuerpo que te ofrezco en holocausto; he aquí mi carne, he aquí mi sangre. Haz correr mi sangre y despedaza mi cuerpo; entrega mis huesos en favor de aquéllos por cuya salvación te imploro.

»¡Si es tu voluntad, que tu Vicario en la tierra pisotee mis huesos y la médula de mis huesos, con tal de que Tú, Esposo mío, me oigas y permitas que tu Vicario, considerando tu santa voluntad, la abrace y la siga a fin de que no perezcamos! Dale un corazón nuevo; un corazón que crezca sin cesar en gracia; un corazón bastante viril para levantar el estandarte de la Santa Cruz, de modo que los malvados como nosotros puedan participar de los méritos de la pasión de tu único Hijo mediante la sangre del Cordero sin mancilla. ¡Oh Divinidad suprema, eterna, inefable! *¡Peccavi, Domine, miserere mei!*»

En otra ocasión Catalina expresa sentimientos análogos. «¡Oh Divinidad, Divinidad, eterna Divinidad! —gime—; confieso que eres un océano de paz que alimenta el alma que reposa en Ti con amor y confianza; Tú la atraes después al reino del amor para que ajuste su voluntad a tu suprema y eterna voluntad, que sólo tiene por fin nuestra santificación. Y viendo esto el alma se despoja de su voluntad propia para revestirse de la tuya. Paréceme, ¡oh dulce amor mío!, que el carácter distintivo de los que viven en Ti consiste en someterse a tu voluntad según tus miras y no según las suyas. Pero yo, pobre y miserable criatura, he sido indócil, he pecado, he amado el pecado... Señor, castígame por mis faltas; purifícame, Eterna Bondad, indecible Divinidad. Oye

a tu sierva sin considerar mis transgresiones sin número. Te suplico que fijes en Ti el corazón y la voluntad de todos los servidores de la Iglesia para que te sigan a Ti, Cordero de Dios, pobre, dulce y humilde, en el camino de la Santa Cruz, a tu modo y no al suyo. Que vivan como ángeles en la tierra y no como animales faltos de razón, pues son los ministros del Cordero sin mancilla... Únelos y sumérgelos en el apacible océano de tu Bondad; no permitas que tarden más y desperdicien el tiempo propicio, pensando en el tiempo que acaso nunca llegue. *Peccavi, Domine, miserere mei.* Oye a tu sierva, te suplico que escuches mi voz: a Ti clamo, Padre misericordioso. Te pido igualmente por los hijos espirituales que me has dado y a quienes amo en Ti con un amor particular, ¡oh Eterna e indecible Bondad! Amén».

«Pero después de haber proferido estas palabras—escribe Tommaso Buonconti de Pisa, que estaba a la sazón presente—permaneció como antes, silenciosa, inmóvil, rígida y privada de sentido. Sus manos se hallaban extendidas, sus brazos, en cruz, y así siguió por espacio de una hora. Por último, rociamos su cara con agua bendita, invocando el nombre de Jesús, y la sacudimos hasta que, volviendo su alma a la vida, murmuró dulcemente: ¡Alabado sea Dios, ahora y siempre y cada vez más!»

El Papa acató la voluntad de Catalina; pero no así los florentinos. La carta de la Sienesa dirigida a Buonaccorso di Lapo fué infructuosa. En vez de aceptar los avances de paz del Santo Padre, el Gobierno de Florencia envió mensajes al Emperador, al Rey de Hungría y a los

Dux de Venecia y Génova, invitándoles a formar una liga contra el poder temporal del Papa, cuya Sede iba a ser trasladada a Roma.

Queriendo intentar un supremo esfuerzo para retener a Gregorio, los Cardenales franceses encargaron al franciscano Pedro de Aragón, personaje reputado por su santidad, que dirigiese al Soberano Pontífice una carta advirtiéndole que en Roma le esperaba una muerte cierta. Gregorio comunicó a Catalina la misiva y ella se la devolvió con una apostilla inflamada, declarando que aquella era la obra de un *dimonio incarnato*. Aquel hombre piadoso hablaba de los riesgos de un envenenamiento; pero Catalina hacía observar con intención «que hay, seguramente, tanto veneno en Aviñón como en Roma, y que en todas partes pueden proporcionarse ese artículo». No en vano había pasado cuatro meses en la Babilonia de las orillas del Ródano; por lo demás, ella también, sabía, sí, que Urbano V había sido envenenado a su vuelta de Italia. Si hubiese cumplido con su deber quedándose en Roma, hubiera podido vivir muchos días aún. En términos más enérgicos que nunca exhorta a Gregorio: «No seáis un niño tímido; sed hombre y tomad como dulce lo que es amargo.» Expresa el deseo de verle, una vez, antes de su partida.

Esta carta hace comprender lo que dice Caffarini de Catalina, que inspiraba una «especie de terror» a los que entraban en relación con ella. Se la temía y se la admiraba como a la llama. Se adivinaba la voluntad devoradora que animaba a esta joven; se presentía que en su ar-

diente amor a Jesucristo quería, quería, *quería* modelar las almas todas a imagen de su Esposo amado, introducir la corona de espinas en todas las frentes, traspasar todas las manos y los pies con los santos clavos, de modo que les fuese imposible caminar por otra vía que la estrecha y dolorosa de la cruz. Temblaban ante ella, porque comprendían su poder: la beatitud de la crucifixión que emanaba de su ser, incitaba a dejarse vencer por el temible adversario, a matar la voluntad propia, el yo, y a renunciar al mundo para convertirse en mártir de su conciencia y ofrecerse a Dios, como ella, en holocausto. Ignoramos lo que Catalina pudiera decir a Gregorio en esta última audiencia; sólo sabemos que la obtuvo. Y sabemos también que en la mañana del 13 de septiembre de 1376 el Papa traspuso el dintel de su palacio, no para dar un agradable paseo matutino más allá del puente de San Benezet, bajo cuyos arcos se baila tan alegremente en las verdes praderas, sino para emprender el viaje de que no había de volver, para recorrer los caminos peligrosos que conducían a la Roma hostil—*¡vado Romam crucifigi!*—. Inútilmente los Cardenales se deshicieron en sollozos; inútilmente el padre de Gregorio, el viejo conde Guillermo de Beaufort, se tendió en el dintel de la puerta, conjurando a su hijo a que se quedase. Con el alma llena de la energía sobrenatural de Catalina, Gregorio pasó sobre la cabeza gris de su padre, mientras sus labios murmuraban: «Está escrito: Andarás sobre el áspid y sobre el basilisco. *Super aspidem et basiliscum ambulabis et conculcabis leonem et draconem*».

IV

«Carísima Madre en Cristo, el dulce Jesús: vuestra indigna y miserable hijita Catalina os alienta y consuela en la preciosa Sangre del Hijo de Dios. Deseo ardientemente veros, Madre verdadera, no sólo de mi cuerpo, sino de mi alma, sabiendo que si amáis más mi alma que mi cuerpo, todo afecto exagerado morirá en vos. Entonces no sufriréis tanto con mi ausencia y sería para vos un consuelo pensar que se trata del honor de Dios...

»Es la verdad, mi dulce madre, que amando más mi alma que mi cuerpo, estaréis consolada en vez de afligida. Quiero que escuchéis a María, esa dulce Madre, que por el honor de Dios y la salvación de nuestras almas, nos ha dado a su Hijo entregándole a la muerte en cruz. Y cuando subió a los cielos ella quedó con sus discípulos. Pero renunció igualmente al consuelo de vivir con ellos y consintió en dejarles dispersarse por el mundo para la gloria y el honor de su Hijo. Prefirió la pena de su partida al consuelo de su presencia, a causa del amor que tenía al honor de Dios y a nuestra salvación.

»Quiero que os aprovechéis de su ejemplo, mi querida

madre. Sabéis que es preciso que cumpla la voluntad de Dios y sé que deseáis que así sea. Su voluntad era que partiese y esta partida no ha sido sin designios secretos (*mistero*) de su parte, ni sin frutos.

»Si he continuado aquí, es por su voluntad y no por la voluntad del hombre; el que pretenda lo contrario no diría la verdad... Y vos, como mi buena y dulce madre, debéis alegraros en vez de afligiros...

»Recordad que no os oponíais jamás a la marcha de vuestros hijos cuando se alejaban de vos para obtener beneficios materiales; ¡y ahora que se trata de la vida eterna habláis de morir si no contesto en seguida! Esto nace de que amáis más la parte de mí misma que he sacado de vos que la que he recibido de Dios: amáis la carne de que me habéis vestido. Elevad un poco vuestro corazón y vuestra alma a la Santa Cruz que endulza toda pena y no os creáis abandonada por Dios ni por mí. Volveremos pronto, con la gracia de Dios, en cuanto Neri, que ha estado enfermo, esté bastante repuesto para ponerse en camino. Messer Giovanni y Fra Bartolommeo también han estado enfermos... No digo más. Permaneced en el santo y dulce amor de Dios, el dulce Jesús, amor mío.»

Fué poco antes de su regreso de Aviñón, cuando Catalina escribió esta carta a su madre, que gemía por su ausencia. El alma esencialmente independiente de la dominica revelaba alguna impaciencia, casi cólera, hacia todos aquellos que querían acapararla, agarrarse a ella, embarazarla en su marcha o poner obstáculos a su obra,

Se irritaba en ocasiones, por decirlo así, de ser tan querida, y para ceder el puesto a Dios y a su obra, llegaba hasta a rechazar duramente el amor que le ofrecían los hombres. A los que más la querían les suplicaba que renunciasen a ella, contentándose con verla satisfecha. «Amad mi alma—les decía—y alegraos de que trabaje en mi misión y sea feliz.»

Pero había en Siena otra madre que también suspiraba por su hijo: Monna Giovanna de Corrado, madre de Stéfano Maconi. También ella tomó la pluma para reclamar a su hijo, a quien Catalina había llevado a Aviñón. Y la joven, que sabe que el ser humano es todo amor y que de la noche a la mañana cada una de nuestras acciones, cada uno de nuestros movimientos, cada uno de nuestros pasos son una obra de amor, procura guiar el corazón de Monna Giovanna. Sus consejos son siempre los mismos: entra en la celda del conocimiento de sí mismo y del conocimiento de Dios; mantente al pie de la cruz donde el Cordero derrama su sangre; aprende allí la paciencia; aprende a amar verdaderamente el alma de tu hijo; aprende todas las virtudes. «Valor, madre querida, no quiero que durmáis por más tiempo en la negligencia y el amor sensitivo; levantaos con inmenso y ardiente amor, bañaos en la sangre de Cristo, escondeos en las llagas del Crucificado... y decid a Corrado que haga lo propio».

Catalina escribió estas dos cartas desde Génova. El 13 de septiembre, después de haber asistido a la partida de Gregorio para Marsella, desde donde debía embarcar

para Italia, emprendió el viaje de regreso. Rodeada de su pequeña escolta continuó por el camino de Tolón. «Pero llegados a dicha ciudad de Tolón—refiere Raimundo—y una vez en la posada, se retiró, según su costumbre, a su cuarto. No decíamos palabra respecto de ella a los habitantes de la ciudad, pero era como si las piedras hubiesen proclamado su llegada y gritado que la santa virgen se hallaba en la ciudad. Primero las mujeres, después los hombres, empezaron a invadir la posada preguntando dónde estaba la santa mujer que volvía de la corte de Roma. Y como el posadero conocía su presencia, que, por otra parte, no podíamos negar, nos vimos obligados a consentir que las mujeres, por lo menos, entrasen en el cuarto de Catalina.» El Obispo de Tolón vino a visitar a la célebre viajera. Para sustraerse a otros homenajes del mismo género, Catalina resolvió hacer el resto del viaje por mar.

Se embarcó, en efecto; pero el tiempo era tan contrario, que el pequeño navío de la *brigata* cataliniana hubo de buscar un puerto. Quiere la tradición que sea en Saint Tropez donde desembarcó la Sienesa después de haber estado expuesta a naufragar en los escollos de las Islas de Oro. Aquí hay que suponer, sin duda, el episodio narrado por Raimundo. Hallándose el buque a punto de zozobrar, la dominica hubo de tranquilizar a los discípulos asustados. «¿Qué teméis? ¿Estáis, acaso, encargados de velar sobre vosotros mismos?», les preguntó, valiéndose de una de sus expresiones favoritas. Y en cuanto empezó a rezar, la tempestad se calmó, levantándose un

viento propicio, con lo que Raimundo y los demás religiosos reanudaron tranquilamente el rezo «y entramos en el puerto entonando el *Te Deum*.»

Después, la pequeña «compañía» siguió la Vía Aurelia, esa antigua calzada romana que se hallaba en la Edad Media en tan mal estado, que Dante la comparaba con las penosas ascensiones del Purgatorio. Sabemos que Neri dei Pagliaresi era lector asiduo del gran Florentino; tal vez escalando en pos de su *Mamma* los senderos abruptos que bordeaban el mar sobre los acantilados del Esterel recitó:

... fra Lerici e Turbia
la più diserta, la più romita via.

Desierto y solitario, estrecho y difícil era el camino. Siglos debían transcurrir antes de que se descubriera la Costa Azul y de que los automóviles levantasen torbellinos de polvo en el camino que desde los lujosos hoteles de Cannes y de Menton conduce al camino de Monte-Carlo. Pero la mar era, entonces como hoy, de un azul verde donde se estrella contra las rocas rojas, más lejos azul, infinita, reluciente al sol y sembrada de velas encarnadas. El camino sigue serpenteando, el acantilado se esconde entre bosques de pinos y atraviesa barrancos donde florecen dorados helechos. A lo largo de la curva dibujada por la costa resplandecen pueblecitos blancos que recuerdan cada vez más a Italia. Algunos cabos azules avanzan hacia el mar y se distingue a lo lejos una isla: la isla de Lerins, la antigua Lerinum, ahora isla de San

Honorato, con su célebre convento donde rezan aún los monjes blancos, mientras el viento del mar muge entre los pinos y el Mediterráneo se estrella contra los arrecifes.

Es probable que después de haber afrontado el mistral helado de Aviñón y respirado la atmósfera espiritualmente viciada de la Corte Pontificia, Catalina experimentara cierto alivio paseándose con sus amigos por la costa tibia a la dulce claridad del sol de septiembre, y puede suceder que el recuerdo de estos paseos haya dictado a Stéfano Maconi algunas páginas de sus Memorias. «Un día—refiere—nuestra *Mamma* se llenó de entusiasmo a la vista de un prado lleno de florecillas deslumbradoras y exclamó: «¿No veis que todas las cosas alaban al Señor y nos hablan de El? Esas rojas flores nos recuerdan las llagas sangrientas de Jesucristo.» En otra ocasión se detuvo maravillada ante un hormiguero, diciendo a los discípulos que la acompañaban: «Esos ínfimos seres han salido, lo mismo que yo, del santo pensamiento de Dios y no le ha costado más crear a los ángeles que a estos animales o a los árboles floridos.» Fueron éstas, durante la vida de Catalina, las dos únicas ocasiones en que manifestó vivo entusiasmo por la Naturaleza. No poseía el alma de San Francisco de Asís. Dominica verdadera, nunca se detiene en las cosas visibles; para ella el mundo es el símbolo de un mundo superior. «Nunca hablaba más que de Dios y de lo que a Dios se refiere», escribe en el mismo lugar Stéfano Maconi.

La Vía Aureliana, después de haber atravesado los bosques de pinos del Esterel, pasa por Auribeau, Vallau-

ris, Antibes, Cimiez, Eza y entra en Italia cerca de Vintimilla. Este país se hallaba cubierto de una multitud de pequeñas capillas romanas, muchas de las cuales existen aún y constituyen la delicia de los artistas. Y fácilmente imaginamos a la Sienesa rezando en uno de esos pequeños santuarios—blancos entre los cipreses negros—que hallamos a cada instante sobre las colinas: Santa Ana, cerca de San Tropez; San Casiano, cerca de Cannes, o la maravillosa capilla de Nuestra Señora de Vida, cerca de Mongins.

Las tradiciones locales nos presentan a Catalina siguiendo siempre la línea de la costa liguriense. Poco antes de llegar a Vintimilla, pero ya en Italia, se enseñan en la Villa Hambury, en el cabo Mortola, algunos centenares de metros del camino que recorriera y cuyas piedras venerables, descubiertas por recientes excavanes, fueron igualmente holladas por Maquiavelo en mayo de 1511 y por Carlos V en 1536. No lejos de allí, entre Porto Maurizio y Oneglia, existe una vieja torre en la que, según se dice, la apostólica viajera descansó una noche, durmiéndose al rumor incesante de las olas y al chorreo de las perlas de la resaca.

El 3 de octubre, víspera de San Francisco de Asís, Catalina y sus amigos llegaron a la villa de Varazze, situada hacia el Norte de Génova. En nuestros días, Varazze, playa muy frecuentada, es una linda y pequeña población con estrechas calles sombrías, pequeñas iglesias de un rosa pálido, jardines con limoneros e higueras. Elévanse a su alrededor montañas cubiertas de olivos, en

las que, a la hora cálida de medio día, las cigarras entonan incesantemente su canto frágil y penetrante. Catalina encontró la villa asolada por la peste; la hierba crecía en las calles y apenas los viajeros pudieron hallar una habitación para pasar allí la noche. En Varazze nació un hombre a quien Catalina profesaba especial admiración: el beato Jacobo de Varazze, autor del libro más difundido en la Edad Media, la *Leyenda Dorada*. Al día siguiente, antes de emprender el camino de Génova, aconsejó a los habitantes supervivientes que construyesen una capilla en honor de su difunto compatriota, lo que hicieron en cuanto cesó la peste.

Al día siguiente los viajeros llegaron a Génova, siendo recibidos en el Palazzo Scotti, en casa de la piadosa Monna Orietta Scotti. La familia se decía originaria de Escocia, y ya en 1120 se habla de ella en la historia de Génova. El Palazzo Scotti (más tarde Centurioni, con el número 44 actualmente) se alza en la Vía del Canneto, cerca del puerto, a la mitad del camino entre el célebre palacio de la *Compagnia di San Giorgio*—uno de los primeros Bancos del mundo, sede del Gobierno—y la catedral de San Lorenzo. Como lo da Catalina a entender en su carta a Monna Lapa, los viajeros sieneses estuvieron enfermos durante su estancia en Génova, tal vez a consecuencia de la noche pasada en una casa infecta de Varazze. Primero cayó Neri gravemente enfermo. Sólo las oraciones de su *Mamma* le salvaron, según los médicos. Stéfano Maconi se acostó después y de nuevo Catalina hubo de implorar al cielo con sus oraciones.

Stéfano mismo nos refiere que cuando rezaba, la oía decir a veces: «*Quiero* que así suceda.» «Y cuando hablaba en este tono a su celestial Esposo, sus deseos eran siempre atendidos.» Así le rogó por la curación de Stéfano, y la obtuvo. Acercándose a su cama le preguntó que dónde le dolía, contestando aquél que no lo sabía con fijeza. «Oid a este niño—dijo en broma—que no sabe lo que tiene y, sin embargo, padece una fiebre intensa.» Después de lo cual tocó su frente diciendo: «No puedo consentir que hagas como los demás enfermos: en nombre de la santa obediencia, ¡cúrate! Quiero absolutamente que te cures para que puedas asistir a los demás y cuidarlos como has hecho hasta aquí.» Y la fiebre desapareció instantáneamente. Stéfano se levantó e hizo lo que le había ordenado la Santa.

Tal vez el rumor de la enfermadad de Stéfano llegó hasta Siena. Ello es que Catalina hubo de escribir a Monna Giovanna una nueva carta. De nuevo predica a la madre ansiosa la severa doctrina de la negación de sí mismo: «Vestíos el traje nupcial, vestíos de Cristo. Pero nadie puede hacerlo sin despojarse antes del amor sensible hacia sí mismo, hacia sus hijos o hacia alguna otra criatura... Nadie puede servir a dos señores.» Después, adivinando las protestas del corazón maternal, agrega: «Y si ahora me preguntáis: ¿cómo, pues, debo amar?, os contestaré que no debéis amar a vuestros hijos y a las demás criaturas más que por amor del que las ha creado y no por amor a vos misma o por vuestros hijos, y que nunca debéis ofender a Dios por ellos... Y si veis

que Dios los llama, no resistáis a su dulce voluntad. Si los toma de una mano, dádselos con las dos... Alegraos del estado a que Dios los llama. Las madres que aman a sus hijos según el mundo, dicen a menudo: no me opongo a que mis hijos sirvan a Dios; pero pueden servir al mundo al mismo tiempo... Estas quieren imponer reglas y leyes al Espíritu Santo... No aman a sus hijos en Dios, sino fuera de Dios, con amor sensible, y aman más sus cuerpos que sus almas... Amada hija en Cristo, el dulce Jesús, espero que no os sucederá esto y que, como verdadera y buena madre, ofreceréis a vuestros hijos por el honor del nombre de Dios y podréis así vestir el traje nupcial.»

La alternativa se plantea aquí en todo su rigor: si Monna Giovanna exige que su hijo deje a Catalina y el camino que a su lado sigue, no habrá salvación para su alma. Es preciso que renuncie a su hijo, sin lo que le es imposible «vestirse de Jesús crucificado». Y siguiendo llamando «hija mía» a una mujer de más edad que ella, Catalina añade, como para excusarse de haber retenido a Stéfano varios meses en su círculo mágico: «Consolaos, tened paciencia y no os inquiete que haya retenido a Stéfano tanto tiempo, pues he velado tiernamente sobre él. La afección y la abnegación han hecho de los dos una misma cosa y nada malo le ha sucedido a mi lado. Quiero hacer para él y para vos todo lo que pueda hasta la muerte... Vos, su madre, lo habéis dado a luz una vez; yo también quiero daros a luz a vos y a vuestra familia, ofreciendo sin cesar a Dios mis oracio-

nes, mis lágrimas y el deseo de la salvación de vuestras almas.»

En esta carta se contiene la conciencia que de sí misma tenía Catalina. Es reprensible que una madre quiera a su hijo y aspire a conservarlo en su hogar. Que ese hijo ame a Catalina y quiera seguir a su lado, es el llamamiento de Dios, porque en esta afección hallará su salvación. La que él suele llamar su *Mamma* promete darle a luz para la vida eterna. De esta absoluta seguridad de sí misma nacía la potencia apostólica de Catalina. Firmemente convencida de que la voluntad divina y su voluntad eran una misma, trataba de someter a la suya las demás voluntades. En este sentido ejerció su apostolado en Génova, visitó a los benedictinos de San Fructuoso en Portofino, escribió al Prior de la Cartuja de Cervaja, reprendió a un Terciario franciscano «el cual tenía con una mujer una relación espiritual que le hacía padecer mucho». Catalina amonesta severamente a este hombre «que, seducido por la apariencia de la devoción, se ha dejado ganar por el diablo con el anzuelo del amor y que ahora ha perdido a su Dios y el gusto de la oración. Debilitada su voluntad, fortifica a sus enemigos y caerá finalmente en una completa ruina.» Para advertir a este desgraciado usa una comparación que expresa con cruel claridad toda la ley de la decadencia moral. «Has concebido la muerte y pronto llegará la hora de parirla.» Vamos allá donde nos impele nuestro corazón «y en vez de huir de esta mujer como del veneno, buscas su compañía... ¡Ay!, ¡ay! Seamos hombres; ahoguemos en nosotros el placer feme-

nino (*il piaccere femminile*) que ablanda el corazón y lo hace pusilánime».

Catalina *era* un hombre y debía probarlo pronto. No teniendo ya a su lado a su ángel custodio, Gregorio dejó Francia con pesar, después de muchas dilaeiones (el 2 de octubre), «un triste día—no se vieron nunca tantas lágrimas y gemidos, dice el historiador—el Papa sale del claustro de San Víctor de Marsella y se embarca en la galera de Ancona, mandada por el gran maestre de los caballeros de San Juan, Juan Fernando de Heredia. En el instante en que las velas empiezan a hincharse a impulsos de la brisa, la emoción se adueña de él, añora su patria, sus lágrimas corren. Las borrascas obligan a la flota pontificia a detenerse en Port Miou (3 de octubre), en San Nazario, en Ranzels (el 6), en Reneston, en San Tropez (el 7), en Antibes (el 8), en Niza y Villafranca (el 9). Un violento huracán se desencadena frente a Mónaco, obligando al almirante a volver atrás. Los navíos son bamboleados en uno y otro sentido por las olas furiosas; se desgarran las velas; las cuerdas se rompen; ceden las anclas; aturdidos, los marineros temen un naufragio. El 17 de octubre una calma le permite llegar a Savona, y luego, el 18, a Génova».

Allí los viajeros recibieron noticias desastrosas. Roma se hallaba en plena insurrección: los florentinos luchaban con éxito contra las tropas pontificias al Norte y al Este. El Dux de Génova se mostró benévolo; pero deseoso de observar la neutralidad. Se reunió un Consistorio y la mayoría de los Cardenales votó por la vuelta a Aviñón.

Entonces el débil Gregorio vaciló de nuevo. Nada decisivo había sucedido todavía; podía marchar de nuevo... Ya veía en espíritu las dulces colinas de Provenza, y en vez del idioma genovés oía resonar en sus oídos la armoniosa *lengua d'Oc* que mana salpicando alegremente como el Ródano bajo el puente de San Benezet, o como el Salga cuando mueve las grandes ruedas de los molinos. Sólo una consideración le detenía: «Catalina.» ¿Qué diría Catalina si obrase así? Sabía que estaba en Génova; nunca le consentiría volver; y no podría pasar sobre ella recitando un versículo de la Escritura. Si, por el contrario, le autorizaba para volverse, podría hacerlo con tranquilidad de conciencia. Y debía comprender... En todo caso era preciso hablar con ella.

Pero no podía mandarla llamar. Los Cardenales se opondrían. El mismo iría a buscarla.

Y así aconteció que, una noche, sin escolta, vestido como un simple sacerdote, el Soberano de los Cristianos se presentó en el palacio Scotti y preguntó por Catalina. Le introdujeron en un cuarto en el que, sorprendida, abrumada, se prosternó a los pies del Vicario de Cristo. Pero él la levantó, siguiéndose una entrevista que se prolongó en la noche, hasta que Gregorio se retiró «edificado y fortificado». Podemos formarnos una idea de esta entrevista leyendo la oración que Catalina «rezó en Génova para prevenir la marcha del Papa Gregorio, que había sido decretada por el Consistorio a causa de las dificultades que suscitaba el viaje a Roma». Allí compara la venida del Papa a Roma a la venida de Cristo

al mundo. «Y si sus lentitudes te desagradan (las del Padre Santo), ¡oh amor eterno!, castígalas en mi cuerpo que te ofrezco para que lo aflijas y destruyas a tu gusto... Haz, pues, Eterna Bondad, que tu Vicario se convierta en devorador de almas, que arda en celo ardiente por tu gloria y se una sólo a Ti.»

Gregorio volvió al lado de los Cardenales lleno de nueva firmeza. El 29 de octubre hizo vela hacia Liorna, a donde llegó el 7 de noviembre. Fué allí recibido magníficamente por Piero Gambacorti, que no debía unirse a los enemigos del Papa hasta el mes de marzo del año siguiente. «Los gobernadores de Pisa—dice la Crónica—presentaron al Padre Santo cuatro terneras, ocho corderos, cuatro toneles de vino griego, diez sacos de pan, cincuenta libras de azúcar, cien libras de cera, cincuenta pares de capones... y dieron a los Cardenales dos terneras, cuatro capones, cuatro sacos de pan.»

Después de estar una semana en Liorna, la flota papal continuó hacia el Sur, aumentada con una galera pisana mandada por Andrea Gambacorti. El 25 de noviembre llegó a Piombino, y el 5 de diciembre el Papa pudo, al fin, poner pie en el suelo de los Estados Pontificios, en Corneto, donde desembarcó igualmente Urbano V. Como el año estaba muy adelantado, Gregorio resolvió pasar Navidad en dicho sitio. Allí recibió una carta de Catalina impregnada de los pensamientos de Navidad y que terminaba con este deseo: «que por fin, de esta gran guerra, salga una gran paz». «La paz, la paz, Santísimo Padre—recomienda, como antes—; ¡oh *Babbo*,

no más guerra de ninguna clase!... Volved, como conviene, la guerra contra los infieles. Imitad al Cordero sin mancilla, nuestro dulce Jesús, en su paciencia y su mansedumbre; acordaos de que sois su Vicario. Espero de Nuestro Señor que así lo realizará en vos y que cumplirá su deseo y el mío, porque no deseo nada en esta vida fuera del honor de Dios, vuestra paz, la reforma de la Santa Iglesia y el triunfo de la gracia en toda criatura humana.» Excusa a Siena, que en su ausencia se ha unido a la liga formada contra Roma. «Se han visto obligados a ello por la necesidad», dice, y suplica a Gregorio que atraiga a sus compatriotas «con el cebo del amor». «Os conjuro a que vayáis cuanto antes a vuestra ciudad, que es la ciudad de los gloriosos apóstoles Pedro y Pablo.»

Catalina permaneció todavía en Génova algún tiempo, y no fué sólo el Papa quien estuvo para conversar con ella en el Palazzo Scotti. Caffarini enumera a los que subieron aquellas escaleras: doctores en Teología, profesores de ciencia sagrada y profana, hombres de ley, senadores y otras personas notables. A todos acogía con su gracia toscana y con la radiante sonrisa que iluminaba su pálido rostro.

Y todos quedaban asombrados, casi espantados, como si se hubiesen visto en presencia de algo terrible.

Nada tiene esto de extraño, porque el que ve a Jehová cara a cara, muere; el que lo entrevé, tiembla. Y Catalina se parecía a aquella zarza de Horeb abrasada por la llama del Señor, el fuego que es Dios mismo.

Catalina y sus compañeros llegaron a Liorna poco des-

pués de la marcha del Papa. De Liorna ganaron Pisa, donde Monna Lapa salió al encuentro de la añorada hija. Fra Tommaso y otros miembros de la «familia» que dejó en Pisa la acompañaron. Tal vez traían un recado de Monna Giovanna di Corrado. Lo cierto es que Catalina envió a su casa a Stéfano Maconi y permaneció un mes en Pisa con los demás.

Bien a su pesar, el joven sienés emprendió solo el camino del regreso y dijo adiós a su *Mamma*, aunque fuese por poco tiempo. Una carta escrita a su llegada al hogar expresa el deseo ardiente de volver a ver a Catalina. Se halla dirigida a Neri di Landoccio, al cuidado de los frailes de Santo Domingo en el convento de Santa Catalina, y se halla concebida en estos términos:

«Carísimo hermano: La presente te anunciará que el viernes siguiente a nuestra partida, llegamos felizmente a Siena, aunque nuestro viaje no se efectuó sin temor, porque el camino di Peccioli (1) es poco seguro y se acaban de producir en él terribles incidentes. Si hubiese estado prevenido no hubiera seguido este camino; y os prevengo a fin de que seáis prudentes. Pero estoy firmemente convencido de que las oraciones de nuestra dulce *Mamma* nos han socorrido grandemente—por no decir que les atribuyo exclusivamente nuestra salvación—, puesto que nada nos ha sucedido.

»He entregado a Sano (di Maco, en cierto modo gerente del grupo) todas las cartas y demás cosas que me

(1) Entre Pontedera y Volterra.

habías confiado; después he repartido las demás cartas y he cumplido todos mis encargos. Los hijos e hijas de nuestra *Mamma* se han alegrado mucho y la esperan, como yo, con gran impaciencia. Me parece que tarda demasiado.

»Te suplico, en nombre de Cristo crucificado, que no hagas lo que tenías intención de hacer en Aviñón... Antes bien, contribuye con todo tu poder a acelerar la llegada de nuestra amada *Mamma*, porque creo que si seguís mucho tiempo ausente me arrepentiré de haber regresado y tal vez vaya yo mismo a llevaros una carta. No digo más sino que abraces de mi parte a nuestra dulce *Mamma* y le ruegues no olvide lo que la he dicho. Recomiéndame a los Padres Fray Raimundo, Fray Maestro, Fray Tommaso, Fray Bartolommeo, Fray Felice; abraza a Monna Lapa y saluda por mí a mis Madres Monna Cecca, Monna Alesia, Monna Lisa y pídeles que rueguen por mí, miserable. Dios sabe lo que haría si no me consolase el pensamiento de que esta separación será de corta duración».

Esta misiva se halla fechada en 29 de noviembre, y con todo, el 5 de diciembre Stéfano escribió dos nuevas cartas. El 8 le hallamos en su escritorio componiendo una epístola a su querida y lejana *Mamma*. Como de ordinario, está dirigida a Neri: «Saluda mil veces y más a nuestra dulcísima *Mamma* y hazle saber que he realizado su deseo con respecto a *il ridotto*.» Esta carta no es, por decirlo así, más que una enumeración de los nombres del círculo en que tanto tiempo viviera y cuyas voces

suenan aún en sus oídos. A cada instante cree distinguir sus formas y sus rostros en la calle; pero no son ellos. Esta carta es, sobre todo, una salutación a *nostra dolce Mamma, nostra dolcissima Mamma,* y una interrogación llena de deseo: «¿No vendréis pronto?»

En su carta Stéfano alude a un *ridotto* que se ha ocupado en arreglar, «y di también a Monna Alessia que su celda se ha embellecido mucho y está dispuesta a recibirla»; como todos los que esperan, Stéfano procura matar el tiempo trabajando. Su palabra *ridotto* ha dado origen a muchas explicaciones: trátase verosímilmente de la capilla que Catalina había obtenido permiso de Gregorio para abrir en su casa. Porque traía de Aviñón dos bulas pontificias: una consintiéndola para llevar consigo por doquiera tres sacerdotes encargados de oir las confesiones de los que convertía con la palabra (estos tres sacerdotes fueron Raimundo, Maestro Giovanni Tantucci y Fra Bartolommeo di Dominici); otra autorizándola para llevar un altar portátil y celebrar la misa dondequiera que fuese. Se conserva aún en San Domenico, en Siena, este altar, que es una piedra cuadrangular lo suficientemente grande para poner encima el cáliz y la patena. Según la tradición, es este altar un fragmento de la piedra en que Santo Tomás de Cantorbery sufrió el martirio, y fué dado a Catalina por su amigo inglés William Flete.

Hacia Navidad, los viajeros, tan impacientemente esperados, regresaron por fin. Gregorio se hallaba en Corneto. La causa pontificia estaba comprometida. Ascoli

cayó el 14 de diciembre en manos de los anticlericales; Bolsena se rebeló y el ejército de refuerzo enviado por Juana de Nápoles fué vencido por los florentinos. El hermano de Raimundo de Capua, Luigi delle Vigne, fué hecho prisionero en este encuentro. Pero Roma se sometió. El 21 de Diciembre fueron entregadas las llaves de la ciudad a los cardenales d'Estaing, Corsini y Tebaldeschi. La flota papal, habiendo dejado Corneto el 13 de enero, llegó a Ostia tres días después. Y el 17 de enero de 1377, Gregorio hizo su entrada en la ciudad eterna; descendió en San Pablo Extramuros e hizo el resto del trayecto montado en una mula blanca. En torno suyo el pueblo romano se entregaba a bailes alegres; de ventanas, balcones y tejados llovían sobre el cortejo flores y *confetti*, y cuando, hacia el crepúsculo, llegó a la plaza de San Pedro, ésta se hallaba iluminada por ochocientas lámparas. Los mismos Cardenales, acostumbrados al lujo, estaban deslumbrados. «Nunca hubiese imaginado—escribe el capellán del Papa, Pedro Amely d'Alète—que sería testigo de semejante magnificencia.»

¿Y Catalina? ¿Dónde estaba en aquel momento de gloria y de triunfo para ella? ¿Se hallaba entre los bailadores, los flautistas, los trompeteros que rodeaban al Papa? ¿Se la vió adelantarse, como en el fresco de Matteo di Giovanni, llevando el palafrén del Vicario de Cristo, de su *dolce Babbo*?

Catalina estaba sólo en espíritu cerca de Gregorio XI. Vuelta a la mansión paterna, corriendo de nuevo las

calles recorridas en su infancia, de regreso de sus viajes y restituída a las campanadas de San Domenico al correr de la fuente de Fontebranda, a la sombría celda de la Vía del Tiratoio, decía y repetía, rendida por la gratitud, el *Magnificat* y el *Nunc Dimittis*.

V

«Santísimo y reverendísimo Padre en Cristo, el dulce Jesús: vuestra indigna hijita Catalina os escribe con el deseo de veros llegar a una paz perfecta: la paz con vos mismo y con vuestros hijos. Dios exige que hagáis esta paz y que sea lo más completa posible. No me parece que Dios quiera que nos aficionemos al poder temporal hasta el punto de ocasionar la pérdida de almas y los ultrajes a El que acarrean inevitablemente la guerra. Paréceme, por el contrario, que Dios quiere que fijemos la mirada de nuestra inteligencia en la belleza del alma y en la sangre de su Hijo, esa sangre que purifica nuestras almas y cuyo Ministro sois. Por eso os he exhortado siempre a mostraros hambriento de las almas, porque el que tiene hambre del honor de Dios y de la salvación de su rebaño, expone gustoso su vida y más aún sus riquezas para salvarlas del demonio. Me objetaréis, Santísimo Padre, que os halláis obligado en conciencia a defender y recobrar los bienes de la Iglesia. Confieso que es verdad; pero encuentro que hay ventajas más dignas de ser consideradas. El tesoro de la Iglesia es la sangre de Cristo derramada por el rescate de los hombres, y no para ob-

tener para la Iglesia riquezas temporales. Admitiendo que tengáis el deber de reconquistar y conservar las ciudades perdidas por la Iglesia, es mayor obligación vuestra la de restituir al redil un tan gran número de ovejas descarriadas. Vale, pues, más despreciar los intereses temporales que los intereses espirituales. Haced sólo lo que está en vuestro poder y seréis excusado ante Dios y ante los hombres. Obtendréis más con la vara de la clemencia que con los azotes de la guerra. Mi alma, que tan ardientemente desea la reforma de la Iglesia y la dicha del mundo entero, no considera medio mejor que la paz para conseguir este doble fin. Os pido, pues, la paz, ¡la paz, por amor de Cristo crucificado! No miréis la ignorancia, la ceguedad, el orgullo de vuestros hijos... Por la virtud expulsaréis al demonio... Mientras que con todas estas guerras y turbulencias no tendréis una hora de tranquilidad.»

Estas palabras de Catalina alcanzaron a Gregorio poco después de su llegada a Roma. Como de costumbre, le incitaba asimismo a que diese a la Iglesia buenos pastores «y no de esos animales impuros y de esas hojas agitadas por el viento del mundo». La Iglesia ha perdido su influencia por dos motivos: a causa de los vicios del clero y porque éste se ocupa en guerrear. El remedio contra el primer mal consiste en escuchar a los «verdaderos siervos de Dios» (de los que formaba parte el portador de la carta, Fray Jacobo da Padova, prior del convento Olivetano de Florencia) y los males de la guerra serán curados por «la santa paz.»

Catalina misma se dedicó a la obra de la paz, y, según su costumbre, ejerció en Siena una influencia pacificadora. Con ello seguía las tradiciones de la Edad Media. En esta época la paz que, según el Evangelio de San Juan, dejó Cristo a sus apóstoles, no era sólo una paz interior; la paz del corazón, sino la paz exterior; la paz entre los hombres. El cristianismo de entonces era, ante todo, una moral. El catolicismo de los siglos XIII y XIV no conoció los triduos y las novenas de los tiempos modernos, con sus centenares de cirios encendidos y sus interminables oraciones que nadie escucha ni comprende. Pero ponía especial empeño en visitar a los pobres y a los huérfanos. Una carta de Giovanni delle Celle lo da a entender claramente. Habiendo pedido consejos sobre la vida cristiana el rico burgués florentino Guido di Messer Tommaso di Neri di Lippo a Dom Giovanni, el fraile le escribió:

«Dirígete al Evangelio y en él verás como en un espejo cinco ricos (como tú) que eran hombres santos (lo que tú no eres). Aprende, pues, de José de Arimatea a bajar a Cristo de la Cruz y a ir a casa de Pilatos, el Podestá de Jerusalén, para reclamar audazmente su cuerpo. Esto lo harás acudiendo en auxilio de los oprimidos y de los crucificados librándolos con tu influencia, asistiendo en sus necesidades a las viudas y a los huérfanos y alzándote valerosamente contra sus perseguidores. Pero si esto no te conviene, siéntate en la escuela de San Nicodemus, que iba a hablar con Cristo durante la noche y que durante el día procuraba no ser visto junto a él.

Ve con él a ungir el cuerpo de Cristo con ungüentos preciosos. Lo harás yendo secretamente a encontrar a los perseguidos y a los crucificados para curar sus llagas y confortarlos, visitando a los enfermos y presos y consolándolos con actos y palabras. Y si esto no te conviene, considera a Zaqueo, que recibió con tanta alegría a Cristo en su casa. Lo imitarás concediendo la hospitalidad a los pobres peregrinos, dándoles de comer, preparándoles un buen cuarto, recibiéndoles como el mismo Cristo, lavándoles los pies y dándoles agua para lavarse las manos...»

Dom Giovanni delle Celle cita a más como modelo al centurión romano que se hallaba al pie de la cruz y a Cornelio, que dió hospitalidad a San Pedro en Joppe. Mas lo que antecede basta para probar que entonces el cristianismo era, ante todo, acción, y no sólo una ortodoxia y un culto.

«Pero en esta época vivía en Siena un hombre muy versado en las ciencias profanas y encadenado por los vínculos del demonio. Llamábase Nanni di Ser Vanni», refiere Raimundo de Capua. Era el mismo Nanni di Vanni Savini que en 1371 fué condenado a una crecida multa por conspirar contra el Gobierno. Por este u otro motivo pasaba la vida en cuestiones, no pensando más que en el odio y la venganza. No se sabe cómo conoció al monje agustino de Lecceto William Flete; este último le había dirigido apremiantes exhortaciones y obtenido de él la promesa de que visitaría a Catalina y recibiría sus consejos. Ser Nanni cumplió su palabra; pero

procuró elegir una hora en que la Santa no estuviera en su casa. La esperó un momento y luego se levantó para retirarse, diciendo al confesor de la Santa que estaba presente: «Había prometido a Fray Guillermo venir a ver a Catalina y acabo de hacerlo; pero soy un hombre ocupado y no puedo esperar más; tened la bondad de saludarla de mi parte.» Y se acercaba ya a la puerta con la satisfacción del que, libre de un yugo pesado, se evade de nuevo en la deliciosa libertad del capricho. El confesor quiso retenerle, hablándole de sus enemigos. ¿Era imposible negociar la paz?, etc., etc... Ser Nanni contestó: «Sois sacerdote y fraile y Catalina es una Santa. No quiero engañaros: os confesaré francamente que soy yo quien no quiere hacer la paz. Los demás la desean; pero yo no la quiero, y no me prestaré a ella. Ahora que os he hablado sin rodeos, no me importunéis. Es ya mucho que os haya confesado esto.»

En este instante Catalina entró y se puso a conversar con Ser Nanni, «hiriéndole y curándole a la vez», dice Raimundo. Resistió mucho. Por último consintió: «Sea; no quiero ser tan grosero que diga no a *todo* lo que me pedís. Tengo cuatro enemistades; os sacrificaré una.» Dicho esto se levantó para salir. Pero ya le invadían las suavidades del perdón, la paz y la alegría de la bondad. «¡Oh, Dios mío!—exclamó—, no he sentido nunca nada semejante. No puedo irme, nada puedo negaros.» Después, diciendo «has vencido», cayó a los pies de Catalina. Raimundo oyó su confesión y se dijo: «Decididamente esta mujercita hace lo que quiere de todos nosotros».

Poco después sucedió que Ser Nanni, que hasta entonces había triunfado en todas sus empresas, sufrió grandes reveses, y, por último, fué puesto en prisión. Raimundo murmuraba contra Dios: «¿Es esa la recompensa de su conversión?» Pero Catalina miraba la prueba bajo otro aspecto. «Antes era del mundo, y por eso el mundo le amaba. Ahora se ha retirado del mundo, y por eso el mundo lo aborrece. Ese castigo se lo impone Dios para que se sustraiga a los suplicios eternos.» Algún tiempo después, Nanni fué puesto en libertad, y atestigua su afecto a Catalina realizando uno de sus más caros deseos, con la donación de su castillo de Belcaro, situado fuera de Siena, para que pudiese fundar en él una comunidad de dominicas. Ya había recibido la autorización del Santo Padre para esta fundación. El 25 de enero de 1377, el Gobierno de Siena permitió igualmente a «la humilde sierva de Jesucristo, Catalina, hija de Monna Lapa del barrio (*Contrada*) de Fontebranda», transformar dicha plaza fuerte en un monasterio de mujeres, que recibió el nombre de «Nuestra Señora de los Angeles», y fué consagrado con gran solemnidad. El abad de Sant'Antimo, Fray Giovanni di Gano, figuró como representante pontificio en esta ceremonia, y la primera misa fué celebrada por William Flete, que vino de Lecceto.

En nuestros días, Belcaro es un castillo perteneciente a la familia Camaiori, de Siena; en su forma actual data del siglo XVI. Pero, paseándose por la galería superior que rodea las paredes del castillo, se despliega, encima

de las matas de encina verde que forman, en cierto modo, otra muralla más baja y más larga, la misma perspectiva que se ofrecía a los ojos de Catalina y sus amigos. En primer término, los bosques de pinos, campos de olivos y de viñas que cubren las colinas circunvecinas; luego, granjas de color amarillo de ocre o rosa pálido, rodeadas de haces de paja, y una pequeña iglesia románica, con dos campanas en la espadaña. Más lejos, el paisaje se extiende rayado por campos rojos y verdes, salpicados de cipreses; aquí se levantan *il Monistero* y Santa Bonda; allá, Siena, con la torre Mangia, la catedral y San Domenico. Del otro lado, hacia el oeste, aparece Lecceto, con su amenazadora torre cuadrada erguida sobre una escarpada altura, y la *Montagnuola*, la ondulante cadena de montañas que separa la comarca de Siena de la Maremma toscana. Más lejos, hacia el sur, brilla el desierto sienés, el país amarillo de la *Creta*, en cuyos repliegues se oculta Monte Oliveto. Y muy lejos azulea la doble cima de Monte Amiata, y en el camino que lleva a Roma se levanta como un torreón el cono de Radicofani.

Catalina pasó en este lugar casi todo el mes de abril de 1377. Abril, el mes más hermoso de Siena, la época en que canta la *Capinera* y en el que la peonía azul o el verde eléboro florecen en las cuestas soleadas que rodean a Belcaro y en los bosques profundos de San Leonardo al Lago. Pero, ¡ay!, que no era el tiempo de coger flores ni de alegrarse con los amigos del canto de los pájaros ni de la paz primaveral. Terribles aconteci-

mientos se producían en el mundo. Hawkwood y sus tropas, siempre a sueldo de la Iglesia, tomaron a Cesena por asalto y pasaron a cuchillo a ochenta mil de sus habitantes. Las predicaciones de San Bernardino de Siena comunican aún el estremecimiento de espanto que corrió por toda Italia al caer Cesena. «Las mujeres fueron violadas, las casas consumidas, los palacios destruídos, las obras de arte deterioradas, todos los oficios arruinados; lo que no se podían llevar, fué quemado, inutilizado, esparcido por el suelo.» En estos términos pinta el gran predicador franciscano la conducta de las tropas mercenarias. «Nerón no cometió semejantes crueldades—escribe un cronista de la época—. Así ocurre cuando imperan los hombres de la Iglesia», hace observar un gibelino.

«Desde nuestro nuevo monasterio, que se llama *Santa María degli Angeli*», Catalina escribió a Gregorio. Infatigable, exhorta al Vicario de Cristo a que se acuerde del Príncipe de la Paz, en cuyo nombre reina. No habla abiertamente de la sangre vertida en Cesena, pero la palabra *sangre* se encuentra en cada una de las frases que caen de su pluma: «la sangre del único Hijo de Dios», «la sangre de Cristo, que sólo vuestras manos nos pueden dispensar», «la sangre que no existe nunca sin fuego» (como Cesena ardió en fuego y se bañó en sangre). Luego su voz se eleva en una trágica invitación: «¡Oh Santísimo Padre! Os conjuro, por vuestro amor a Cristo crucificado, a que sigáis sus huellas. ¡Ay, ay, la paz, la paz, la paz por el amor de Dios, la paz!...

¡Ay, *Babbo* mío, maldición sobre mi alma miserable, que con sus pecados es la causa de todo el mal que acontece; parece como si el demonio se hubiese convertido en amo del mundo!» Sigue luego repitiendo su grito de paz hasta terminar: «No puedo más; muero sin poder morir. No digo más... Mucho deseo presentarme a Vuestra Santidad, pues había de exponeros muchas cosas. Pero me veo impedida por asuntos buenos y útiles para la Iglesia. La paz, la paz, por amor de Dios, y no la guerra. No hay otro remedio.»

Poco tiempo debía transcurrir antes de que Catalina fuese a Roma e intentase influir sobre los grandes acontecimientos. Entretanto se contentó, según su costumbre, con hacer el bien a su alrededor. Una de las características más salientes de la evolución de las ideas durante los últimos cinco o seis siglos es la diferencia entre la concepción que de las cárceles y de los presos tenían los grandes cristianos de la Edad Media y la manera de ver moderna. En la antiquísima liturgia del Viernes Santo se halla una oración de este tenor: «Roguemos a Dios omnipotente que purgue al mundo de los abusos, nos preserve de las epidemias, nos libre del hambre, abra las cárceles, rompa las cadenas, conceda a los peregrinos la gracia de un buen retorno, a los enfermos la salud y a los marinos mar favorable.» Se imploraba, pues, sencillamente del Señor la libertad de todos los presos, sin ninguna condición: lo que el Estado moderno no puede desear en modo alguno. Pero así sentía la primitiva Iglesia; tal era la opinión de la

Edad Media sobre los que gimen entre los grillos y languidecen en los calabozos. Sentimiento y concepción que traen a la memoria los versos de Oscar Wilde en *The Ballad of Reading goal*:

> *This too I know, and wise it were*
> *if each could know she same,*
> *that every prison, that men build*
> *is built with bricks of shame*
> *and bound with bars, lest Christ should see*
> *how men their brothers main.*

El año 1377, el Jueves Santo cayó en 9 de abril. Este día, rodeada del sol primaveral y del canto de los pájaros de Belcaro, Catalina escribió una carta a los presos de Siena. Les llama «sus queridos hijos en Cristo, el dulce Jesús», y ni una palabra en esta misiva alude a sus delitos y a la justicia del castigo que padecen. Su única preocupación es exhortarles a la paciencia. Y ¿dónde encontraremos la paciencia? En Cristo. Con lo cual traza un vigoroso retrato de la paciencia de Jesús: «Ha sufrido las penas, los oprobios, los malos tratamientos, los ultrajes; ha sido atado, flagelado, crucificado; ha sido colmado de injurias y de afrentas, atormentado y devorado por la sed, sin que se le proporcionase otro refrigerio que hiel y vinagre, ofrecido con duras palabras. Pero ha sufrido todo con paciencia, rogando por los que le crucificaban y disculpándoles.» La aplicación práctica es directa: también los presos saben lo que es ser ultrajados, befados, flagelados y torturados;

conocen el gusto de una comida ordinaria presentada con injurias y no ignoran la angustia de esperar de un día a otro una muerte atroz. Pero Cristo ha soportado suplicios aún más terribles y, como *El* ha resistido, también los presos deben resistirlos. «Fué un caballero combatiente en el campo de batalla... La corona de espinas fué su casco; la carne flagelada, su coraza; los clavos de sus manos, sus guanteletes; la lanza de su costado, su espada, y los clavos de sus pies, las espuelas. Ved cuán bien armado está Nuestro Caballero. Debemos seguirle y buscar en El todo consuelo en nuestras pruebas y tribulaciones.»

Para llevar a un pobre preso los consuelos de Cristo y la compasiva ternura de una mujer, cierto día de primavera, hallándose de regreso en Belcaro, Catalina recorrió el camino, familiar para ella, que lleva a la cárcel de Siena. *Magnifici Domini et Patres Domini Defensores Populi civitatis Senarum*—como se llamaban a sí propio, en términos pomposos, los gobernadores de Siena—, ejercían un régimen severo. Agnolo d'Andrea fué condenado a muerte por haber dado un gran festín sin convidar a ninguno de los miembros del Gobierno. Un joven hidalgo de Perusa, Niccolo Toldo, que estaba al servicio del Senado, o bien del Podestá, sufrió la misma suerte por insulto a los Defensores. Tommaso Caffarini le visitó en su calabozo, donde le halló entregado a la más grande desesperación. «Se paseaba por su celda como un loco furioso y se negaba a confesarse y a oir a sacerdote o religioso alguno.»

Es fácil representarse el estado de alma del joven perusino. ¿Cómo? Morir así, en la primavera; en la flor de la primera juventud, verse llevado en la carreta de los criminales al lugar del suplicio, al *Corposanto al Pecorile;* poner su cabeza en el tajo mientras los prados circundantes estaban blancos de margaritas y las alondras cantaban alegremente en el cielo claro y azuleaban a lo lejos las montañas que ocultan a Perusa: la ciudad natal, el hogar, la libertad, la vida... ¿Quién le venía a hablar de los impenetrables decretos de Dios, de su Providencia, de su amor paternal? Podían charlar cuanto quisieran los sacerdotes ascéticos y los frailes corpulentos; no eran ellos los llamados a morir; no era su cabeza la que el hacha del verdugo cortaría al cabo de pocos días (conocía bien el ruido del acero cortando las carnes y los cartílagos)... *Ellos* podían creer en Dios, amarle si les parecía, puesto que se mostraba misericordioso para con ellos y les dejaba vivir... Pero el Dios que enviaba a la muerte a Niccolo Toldo por una futesa, por algunas palabras inconsideradas pronunciadas aturdidamente bajo el influjo del vino, no era un Dios bueno, un tierno padre; era un diablo, más aún: un diablo *estúpido*... Y el joven estalló en abundantes blasfemias, esas blasfemias que gruñen siempre bajo la piedad popular italiana.

Catalina corrió cerca de este desgraciado joven. Ella misma refiere esta visita en una carta a Raimundo de Capua: «Valor, Padre amado, y no durmamos—escribe—, porque oigo nuevas tan grandes que no quiero

más lecho ni comodidad alguna. He recibido ya *una* cabeza en mis manos y he experimentado una dulzura que el corazón no puede comprender, ni la boca referir, ni el ojo ver, ni el oído oir...

»He ido a visitar al que sabéis, y experimentó tal consuelo y alegría que se confesó y se encontró en las mejores disposiciones. Me hizo prometerle que cuando llegase la hora de la justicia estaría a su lado y he hecho como le prometí. Por la mañana, antes del primer toque de campana, fuí a verle, y recibió gran consuelo. Le llevé a oir misa; recibió la Sagrada Comunión, de que siempre estuvo alejado. Su voluntad se hallaba sometida a la de Dios; sólo temía ser débil en el momento supremo y me decía: «Quédate conmigo; no me abandones, y todo irá bien y moriré contento.» Y descansaba su cabeza sobre mi pecho. Entonces sentí un gozo y un perfume como de su sangre mezclada con la mía, que deseo verter por mi dulce Esposo Jesús. Ese deseo aumentaba en mi alma, y observando su angustia le dije: «Valor, dulce hermano mío, que pronto estaremos en las eternas bodas; irás bañado en la dulce sangre del Hijo de Dios, con el dulce nombre de Jesús, que nunca debe salir de tu memoria, y te esperaré en el lugar de la justicia.» Padre mío e Hijo mío, todo temor se alejó de su corazón; la tristeza de su semblante se trocó en alegría, y decía: «¿De dónde tan singular gracia que la dulzura de mi alma me espere en el lugar santo de la justicia?» Ved la luz que había recibido cuando llamaba santo al lugar de la justicia. Y añadía: «Sí, iré fuerte y

alegre, y me parece que he de esperar mil años aún cuando pienso que estaréis allí.» Y pronunciaba tan dulces palabras, que la bondad de Dios era para hacerme morir de alegría.

»Le esperé, pues, en el lugar de la justicia, rezando e invocando sin cesar la asistencia de María y de Catalina virgen y mártir. Antes de que llegase, me bajé y puse mi cuello en el tajo, pero sin obtener lo que deseaba, y rezaba y clamaba al cielo y decía: María. Quería obtener la gracia de que ella le procurase la luz y la paz del corazón en sus últimos momentos... Mi alma se sintió de tal modo embriagada por la dulce promesa que se me hizo, que no veía a nadie, aun cuando había en la plaza una gran multitud.

»Llegó por fin como un cordero apacible, y al verme se sonrió; Quiso que hiciese sobre él la señal de la cruz. Cuando la hubo recibido, le dije en voz baja: «Ve, dulce hermano; dentro de poco estarás en las eternas bodas.» Se extendió dulcemente, le descubrí el cuello e inclinada sobre él le recordé la sangre del Cordero. Sus labios sólo repetían: «Jesús», «Catalina». Cerré los ojos diciendo: «Quiero», y recibí en mis manos su cabeza.

»En seguida vi al Hombre-Dios, cuya claridad semejaba la del sol... Esa alma entró en la herida abierta de su costado y la Verdad me hizo comprender que aquel alma se había salvado por pura misericordia, por gracia, sin mérito alguno por su parte.

»Y esta alma hizo algo de una dulzura tal que mil corazones no podían contenerlo... Ya empezaba a gus-

tar la suavidad divina; entonces se volvió como la Esposa cuando ha llegado al dintel de la morada del Esposo; miró atrás e inclinó la cabeza para saludar y dar las gracias a los que la acompañaron.

»Cuando se llevaron el cadáver mi alma descansó en una paz deliciosa y disfrutaba tanto con el perfume de esta sangre, que no podía sufrir que lavasen la que había salpicado mis vestidos.

»¡Ay, pobre y miserable! Nada más digo. ¿Cómo podré soportar el seguir viviendo aquí abajo sobre la tierra?»

VI

«Debemos hacer por el honor de Dios lo que hicieron los Apóstoles después de haber recibido el Espíritu Santo: se separaron unos de otros y se despidieron de su dulce Madre María. Debemos pensar que toda su dicha consistía en vivir reunidos y, sin embargo, renunciaron a ella por el honor de Dios y la salvación de las almas... Esa misma regla debemos seguir. Sé que mi presencia os es de vivo consuelo, pero para practicar la verdadera obediencia no debéis buscar vuestro consuelo personal, ni escuchar al demonio que os sugiere dudas acerca de mi amor hacia vosotros... Sí, os amo, pero en Dios y para Dios... Nos une y nos separa según las necesidades del momento. Y ahora nuestro dulce Salvador quiere que nos separemos para su honor...

»Estáis en Siena; Cecca y la «Abuela» están en Montepulciano. Fray Bartolommeo y Fray Mateo han estado e irán allí. Alessia y Monna Bruna en Monte Giovi... Habitan cerca de la Condesa y de Madonna Isa. Fray Raimundo y Fray Tommaso, Monna Tomma, Lisa y yo estamos en la Rocca, en medio de los forajidos (*mas-*

calzoni) y tenemos que comer tantos demonios encarnados que Fra Tommaso pretende que ha enfermado del estómago, y sin embargo no se sacia. Gustan cada vez más de su trabajo, y lo encuentran fácilmente, por lo demás. Rogad a la Bondad divina que les dé buenas tajadas dulces y amargas. Pensad que es un gran consuelo trabajar por la gloria de Dios y la salvación de las almas... No debéis querer ni desear otra cosa. No podéis hacer nada más agradable para el Señor y para mí. Valor, hijas mías, sacrificad vuestra voluntad propia a la eterna y suprema voluntad de Dios.»

La más poderosa de las grandes familias sienesas, la familia Salimbeni, poseía, al Sur de Siena, en el hosco valle de Orcia, al pie del Monte Amiata, un castillo inexpugnable, *Rocca di Tentennano*, que era, por decirlo así, el centro del reino de los Salimbeni, del pequeño Estado que aquella familia enérgica e inteligente había sabido crearse en las posesiones del Estado de Siena. Hemos hablado más arriba de la batalla de Monteaperti en 1260. Fué entonces cuando Salimbeni prestó al Municipio de Siena la enorme suma de cien mil florines de oro para los gastos de la guerra. Para satisfacer esa deuda, el Gobierno de Siena hubo de ceder a los herederos del gran banquero los castillos de Tentennano, Castiglioncello del Trinoro, Montecuccori, la Selva y Montorsaio.

En tiempo de Catalina, la familia estaba dividida en dos ramas: la de Andrea y de Cione di Sandro, acusados de alta traición y desterrados de su ciudad natal des-

pués de la guerra de 1357 entre Siena y Perusa, y aquella cuyo jefe era Giovanni di Angelino, casado en segundas nupcias con Bianchina Trinci, hermana de Trincio y de Corrado Trinci, de la casa señorial de Foligno. De Giovanni di Angelino Salimbeni refiere la crónica que fué, «por decirlo así, durante diez años, dueño absoluro de Siena». Fué enviado por el Municipio en 1362 como embajador al encuentro del emperador Carlos IV; desgraciadamente, murió poco después, a consecuencia de una caída de caballo. Su hijo, Agnolino di Giovanni, continuaba, sin embargo, las tradiciones de la familia; los Salimbeni adquirieron los castillos de Castiglione en el valle de Orcia, Piancastagnaio y de Monte Giovi sobre el Amiata, de Rocca Federighi en la Maremma, de Boccheggiano hacia el Norte en el valle de Mersa. Las alianzas vinieron luego a consolidar la situación de la gran familia sienesa; la hermana de Agnolino, Benedetta o Bandeca, casó con un Farnesio; otra hermana, Isa, fué solicitada en matrimonio por su primo Paolo Trinci.

Pero se produjo una escisión entre ambas ramas de la familia: Cione y Agnolino entraron en cuestiones y después en abierta lucha. Y la dicha de las dos jóvenes condesas se derrumbó a los golpes repetidos de la prueba. Sus esposos sucumbieron. Paolo Trinci y su tío Trincio hallaron la muerte en los movimientos populares que se produjeron en Foligno; poseemos aún la carta de pésame que envió Catalina a la hermana de Trincio, Monna Jacopa d'Este. Una segunda unión de Bandecca fué rota por parecida desgracia: la muerte violenta de su segundo

marido. Entonces las dos hermanas resolvieron retirarse del mundo.

Catalina, a quien comunicara su proyecto, lo aprobó. «Cristo es el único Esposo que nos queda—escribió a Bandecca—; los demás esposos mueren y pasan como el viento, según has experimentado.» Y la invita a venir a refugiarse, como en la tierra prometida, en el nuevo monasterio de Santa María degli Angeli, en Belcaro. A Isa da el mismo consejo. «Esto no os impedirá conservar una gran devoción a nuestro glorioso Padre San Francisco», dice a la joven viuda, que probablemente durante su residencia en Foligno se había hecho terciaria franciscana.

Con el fin de afirmar estas dos fundaciones religiosas y procurar la paz entre ambas ramas enemigas de la familia, Catalina fué durante el verano de 1377 invitada por Monna Bianchina a la *Rocca* de los Salimbeni.

La seguía parte de su familia espiritual (Alessa, Cecca, Lisa, Tomma o Tommasina, Raimundo, Tommaso della Fonte, Bartolommeo di Domenici, Matteo Tolomei, Neri, Pietro di Giovanni Ventura, Gabriele Piccolomini, Francesco Malavolti y otros). Probablemente en pleno verano, bajo un sol ardiente, la *brigata* cataliniana recorrió la antigua *Via Francigena*, que, franqueando la Porta Romana, llega por Malamerenda, Isola d'Arbia, Monteroni y Torrenieri a San Quirico in Ossena, la vieja ciudad de las bellas iglesias románicas.

Como tres años antes, Catalina quiso hacer una peregrinación al sepulcro de su amiga en el cielo Santa Inés

de Montepulciano. Durante su estancia (tal vez por mediación del poeta Neri), Catalina conoció al noble Giacomo del Pecora, poeta también y descendiente del caballero de igual nombre que un siglo antes jugó tan importante papel en la vida de Santa Margarita de Cortona. La Santa Sienesa ganó para Dios el corazón del joven poeta, que más adelante debía celebrarla en dulces poesías y censurar a Siena por no haberla apreciado en su justo valor.

Asimismo, durante la estancia en Montepulciano, es cuando tiene lugar, sin duda, un episodio delicioso que nos hace entrar en la vida íntima de la *bella brigata* de Catalina. Una noche, cuando la *Mamma* daba las buenas noches a sus amigos ante la puerta del convento de Santa Inés, donde vivía, se adelanta uno de ellos, inquieto y entristecido. Es uno de los últimos convertidos, el joven sienés Pietro di Giovanni Ventura. La melancolía de la noche y la tristeza por tener que separarse de la que ama, pesa sobre su corazón, demasiado apegado aún a los consuelos.

«*Mamma*—dice—por amor de Dios te ruego que pienses en mí esta noche, de suerte que experimente algún consuelo en el Señor.» Sonriendo dulcemente, se lo promete: «Rogaré a la Virgen Santísima por ti», dijo. Su oración fué oída. A la mañana siguiente el afortunado *caterinato* pudo contar a los demás que su *Mamma* se le había aparecido en una visión, acompañada de dos hermanos del vecino convento de Mont-Oliveto, y que le había ofrecido una hostia.

Desde entonces, el joven discípulo recibió especiales favores. Vió a Catalina en la iglesia de Montepulciano elevarse extática en el aire y a la hostia consagrada escaparse de manos de Fray Raimundo para volar a los labios de la virgen.

Desde Montepulciano Catalina se dirigió directamente a Castiglioncello del Trinoro, el castillo de Cione di Sandro Salimbeni. La mujer del terrible guerrero (acababa de tomar la villa de Chiusi), Monna Stricca, se hallaba en relaciones epistolares con la Pacificadora. Su misión, así preparada, obtuvo excelente resultado. Cione consintió en hacer la paz con su primo. Portadora de esta buena nueva, Catalina se dirigió entonces a la Rocca di Tentennano, donde la carta que citamos al comienzo de este capítulo nos la muestra instalada allí como jefe de un ejército espiritual dispersado en un amplio campo de batalla.

Cecca di Gori y Monna Lapa («abuela», según se la solía llamar en el círculo que daba a Catalina el nombre de *Mamma*) habían permanecido en Montepulciano, donde la hija de Cecca, Justina, era novicia en el monasterio de Santa Inés. Otros discípulos, Alessia Saracini y Bruna—generalmente ignorada—habían marchado hacia el castillo de Monte Giovi en compañía de las dos condesas Salimbeni, Bandecca e Isa. Pero el cuartel general estaba en Rocca di Tentennano o Rocca d'Orcia; allí se encontraba Catalina con Raimundo de Capua, Tommaso della Fonte, Lisa Colombini, Neri di Landoccio, Francesco Malavolti y otros varios discípulos;

allí se entregaron en común a la ocupación favorita de Catalina: «comer demonios», es decir, convertir a los pecadores. Lo hicieron con tan gran éxito, que Raimundo se quejaba de que no daba abasto para oir todas las confesiones que le procuraba Catalina. Y, sin embargo, no era el único. Con della Fonte y Bartolommeo di Dominici, le ayudaban otros tres o cuatro sacerdotes.

Catalina, en su carta citada, afirma: «Estamos aquí en la Rocca, en medio de forajidos».

La población de Val d'Orcia era, en efecto, una de las más rudas y salvajes; el beato Colombini, que había recorrido la comarca diez años antes que Catalina, se queja amargamente de los corazones endurecidos de sus habitantes. Y Caffarini, llegado de Orvieto para auxiliar a sus hermanos en Santo Domingo, refiere que confesó en la Rocca di Tentennano a pecadores inveterados y obstinados que hacía cuarenta años no recibían los Sacramentos.

Esta lucha contra el poder de las tinieblas revestía a veces formas sobrenaturales. Francesco Malavolti refiere que Catalina no sólo convirtió a los pecadores durante su estancia en casa de los Salimbeni, sino que libertó a los poseídos. Cuando estaba sentada con sus amigos en «la terraza llamada *lo sprone*», acontecía a veces que le llevaban a algún pobre endemoniado atado de pies y manos, echando espumarajos de rabia, al que cuatro hombres robustos sujetaban con dificultad. «¿Qué ha hecho este desgraciado para que así le tengáis encadenado?—exclamaba—. ¡En nombre de Jesucristo crucificado, os or-

deno que lo desatéis!» Ante la orden de Catalina se atrevían a soltar al loco furioso, que en seguida se tornaba dulce como un cordero, y Catalina (que, según su costumbre, estaba sentada en el suelo y no en ningún banco o puesto de honor), apoyaba en su seno la cabeza del infortunado y lloraba sobre él como una madre sobre su hijo. Entonces la enfermadad huía y los mismos piojos que atormentaban al sucio poseso se esparcían por el suelo, de modo que los discípulos presentes exclamaban con espanto: «*Mamma*, ¿no ves que este hombre nos llena de miseria?» Pero ella contestaba con dulce sonrisa: «No os inquietéis; no estarán mucho sobre vosotros.» Y así sucedía.

Catalina consideraba como una revancha del infierno algunas enfermedades que la afligían, algunas desgracias que la ocurrían. «Es curioso decir en nuestro tiempo—escribe Raimundo (en esta época ya «nuestro tiempo» era muy «ilustrado»)—que muchas veces manos invisibles hicieron caer a Catalina para atrás.» Así cayó un día en el fuego; Lisa, Alessia y Francesca acudieron para levantarla; pero no se había hecho daño alguno. Otra vez —era durante un viaje y se acercaban a Siena—el burro que montaba Catalina tropezó y cayó en el barro con la joven. Esta cayó con tan mala fortuna, que una de las herraduras del animal la alcanzó en el costado, en el sitio preciso en que siempre sentía vivo dolor. Pero dijo riendo: «Es *Malatasca*, que hace de las suyas», y por *Malatasca* (expresión que se halla en las cartas de Giovanni Colombini y era, probablemente, usada por las monjas

de Santa Bonda) la Santa quería decir el diablo, el cual es como un saco sin fondo para las almas de los condenados.

Catalina permaneció cuatro meses en el valle de Orcia. Pasó parte de este período en San Antimo, no lejos de a Rocca, cerca de la gran abadía fundada por Carlomagno y cuyo abad, Giovanni di Gano, consagrara poco antes el monasterio de Belcaro. Más afortunada que su antecesor Colombini, supo desplegar una gran actividad misionera. A propósito de esta mansión en el verde valle de Castelnuovo dell'Abate, a la sombra de la maravillosa iglesia románica, escribió Raimundo: «He visto millares y millares de personas, como llamadas por invisible trompeta, bajar de las montañas y acudir de las pequeñas ciudades para ver y oir a Catalina. A su sola vista se llenaron de compasión y se pusieron a llorar sus pecados y malas obras, yendo en seguida en busca de los confesores, de los que yo formaba parte.» Según su costumbre, Raimundo indica vagamente el lugar donde se produjo este milagro de evangelización; Francesco Malavolti lo precisa. Agrega que durante varios días y noches, siete confesores no bastaron para oir las confesiones y que, «como los apóstoles», no encontraban tiempo para tomar alimento.

Entre el número de los convertidos figuraban personajes importantes de las poblaciones cercanas; uno de ellos, el notario y poeta Ser Anastagio de Montalcino, ha apuntado en una poesía, publicada en vida de Catalina, la impresión que le hizo la Santa: «Nunca me fué dado ver en la tierra tan gran maravilla. Esta Bienaventurada di-

ficulta todos los vicios, los pone en huída, porque su santo tabernáculo contiene todas las virtudes; está llena de Cristo de los pies a la cabeza; es la verdadera sierva del Señor que día y noche canta sus alabanzas. Su mirada, fija siempre en el cielo, se vela con lágrimas de piedad... Es tan generosa, que de buen grado diera su sangre por salvar a cuantos con sincero arrepentimiento dicen *miserere*... Es como muro fuerte para todo pecador que en ella se refugia... ¡Oh, querida; oh, dulce; oh, venerable *Mamma!* Tal te veo al pie del altar.»

El poeta montalcinés refiere cómo también ha visto la hostia consagrada volar de manos del sacerdote para entrar «en el santo vaso que es el cuerpo de Catalina.» Conoce su ayuno perpetuo: «Piensa de tal modo en la salvación de los hombres, que no toca a alimento alguno terrenal.» Y, sin embargo, siempre sonríe y no piensa en los padecimientos que «la devoran». Siempre da gracias a su «Cordero sacrificado», y cuando «su graciosa boca pronuncia el Dulce Nombre de María, es como si viéramos a la Santísima Virgen en persona».

«¡Oh, Doncella gentil, alma rápida!—exclama—, fiel esclava de todos los siervos de Dios, conmueves de tal modo a los que a ti se llegan, que todos se emplean en amar con preferencia lo que más detestaron.» Y con expresiones genuinamente catalinianas el poeta termina así las alabanzas de esta nueva Beatriz: «¡Ea, ea, cristianos, preparaos al torneo, conseguid la victoria! Cuanto el mundo puede darnos es fango que mancha. Volvamos los ojos hacia el Hijo de Dios para que seamos elegidos para

formar parte de esa sociedad donde suavemente se canta el *Hosanna* al son de los instrumentos de los ángeles, y en la que estaremos alimentados por el dulce maná de que aquí vive Catalina, ¡oh rosa bermeja, rosa sin espinas!»

Amada, glorificada, adorada así por los suyos, la Santa tenía también detractores y acusadores. El arcipreste de esta misma villa de Montalcino, donde Ser Anastagio acababa de componer su *capitolo in rima* en honor de Catalina, llevaba a Siena una delación contra ella. Ya se habían despertado las sospechas del Gobierno de la República. Los Salimbeni eran en todo tiempo más o menos sospechosos; ¿quién sabe qué conspiraciones se tramaban allá lejos, a la sombra de la Rocca di Tentennano, entre los nobles desterrados y el poderoso abad de San Antimo, el influyente dominico Raimundo delle Vigne? En Montepulciano Catalina había recibido un primer aviso. Se deseaba su presencia en Siena en calidad de pacificadora, pero se negó alegando: «No soy digna de que deseéis mi ida ni queráis confiarme esa obra de pacificación a la que soy indigna de cooperar.» Por otra parte, se halla retenida por asuntos importantes del mismo género. «Tengo algo que hacer por el monasterio de Santa Inés y es necesario que intervenga con los sobrinos de Messer Spinello para que se reconcilien con los hijos de Lorenzo; como sabéis, hace mucho que habéis empezado a tratar esta paz y nunca se ha concluído. No quisiera que fuese comprometida por mi marcha precipitada.»

Durante la estancia de Catalina en San Antimo volvieron a la carga. Un amigo, el joyero Salvi di Pietro, la

advirtió. Ella contestó: «Donde no hay delito, no hay vergüenza ni temor al castigo. Confío *in Domino nostro Jesu Christo* y no en los hombres. He aquí cómo procederé: si me calumnian y persiguen, contestaré con lágrimas y continuas oraciones, y con la gracia de Dios. Quiéralo o no el demonio, emplearé mi vida en el honor de Dios y la salvación de las almas en el mundo entero y especialmente en la ciudad. ¡Qué vergüenza para los ciudadanos de Siena, creer o imaginar que estamos aquí, en las posesiones de los Salimbeni, para celebrar tratados secretos. No lo haríamos aquí ni en lugar alguno del mundo.» «Fray Raimundo, este pobre calumniado, te pide que ruegues a Dios para que sea bueno y paciente.»

Pero «a los Señores Defensores y al Capitán del Pueblo de la ciudad de Siena», escribió en estos términos: «Me han dicho que abrigáis sospechas con respecto a mí y que me reclamáis, así como a mi familia. No sé si es verdad. Pero si me amáis como yo os amo, no consentiréis semejantes pensamientos y cerraréis los oídos para no oir. Yo y los demás, hemos buscado y buscamos siempre la salvación de vuestras almas y de vuestros cuerpos, sin tener en cuenta la fatiga... y no nos haría desmayar, en esta obra, la ingratitud y la ignorancia de mis compatriotas: la continuaremos hasta la muerte. Sentémonos en la escuela del dulce San Pablo que dice: «el mundo nos maldice y nosotros le bendecimos; el mundo nos persigue y nos arroja y lo sufrimos con paciencia». Haremos así, seguiremos su regla. La verdad nos hará libres. Os amo más de lo que me amáis y quisiera tanto como

vosotros ver reinar la paz entre vosotros. No debéis, pues, imaginar que se trame nada contra la paz por mí o por cualquiera de los hijos de mi familia espiritual. Nuestro deber consiste en sembrar la palabra de Dios y recoger en las almas sus frutos... Veo que el demonio sufre con las pérdidas que ha experimentado durante este viaje y que, gracias a Dios, experimentará. No he venido aquí más que para comer almas sustrayéndolas a las manos del demonio. Y si poseyese mil vidas, las sacrificaría todas con ese fin. Por eso partiré o me quedaré, según me impulse el Espíritu Santo. Pietro os dirá verbalmente la principal razón por la que he venido y estoy aquí.»

¿Cuál era esa «principal razón» que tenía Catalina para continuar en el Valle de Orcia y que su embajador Pietro di Giovanni Ventura debía confiar a su regreso a Siena a los Señores Defensores de la Villa? Podemos sospecharlo si reflexionamos que desde el mes de septiembre el gran condotiero John Hawkwood habitaba cerca de San Quirico. Con su compañía de temibles mercenarios ingleses había acampado en las alturas que se elevan entre San Quirico y Corsignano (la actual Pienza). ¿Es posible que la gran Pacificadora no se haya dirigido de nuevo a su «dulce hermano en Cristo» para llegar a establecer la paz universal, la paz entre su *dolce babbo*, su «Cristo de la tierra» y sus adversarios? Un pasaje oscuro de la leyenda de Raimundo se explica con esta hipótesis. El dominico refiere cómo hubo de dejar la Rocca di Tentennano, por orden de Catalina, para presentar al Papa «varios buenos

tratados que hubiesen sido útiles a la Iglesia si se hubieran llevado a término».

Hasta hoy ignoramos cuáles fueron esos tratados. Pero creemos adivinarlos cuando vemos a Hawkwood, en carta escrita en San Quirico el 3 de febrero de 1378, pedir a Siena y Florencia salvoconductos para los embajadores pontificios que debían avistarse con él en San Quirico, y continuar luego sobre Milán. Sin duda el feroz guerrero, bajo la influencia de Catalina, procuró entablar negociaciones entre el Papa y su principal enemigo Messer Bernabó, y si estos esfuerzos no tuvieron éxito, hay que atribuirlo a la malevolencia de los gobiernos a quienes se dirigió el inglés.

La brusca partida de Raimundo y la separación que se siguió—el dominico fué obligado por el Papa a quedarse en Roma como prior del convento de la Asunción—fué una dura prueba para Catalina. Durante los tres años que habían pasado juntos, el sabio dominico había sido su amigo más íntimo, su más seguro apoyo. Había un punto, sobre todo, en que la comprendía perfectamente, acertando a prevenir sus deseos: la necesidad que sentía de recibir diariamente el Sacramento del altar. «A veces deseaba comulgar con tanto ardor—escribe Raimundo—que si se veía privada de la Sagrada Eucaristía aquel día, sufría más en su cuerpo que con una fiebre persistente... Por eso había tomado la costumbre de decirme cuando su alma se hallaba consumida por el deseo de la unión eucarística: «Padre, tengo hambre; por amor de Dios, dad a mi alma su alimento... Recuerdo en particular que

una vez, después de nuestro regreso de Aviñón, fuimos ambos a visitar, fuera de la ciudad, a algunos servidores de Dios para edificarnos mutuamente en el Señor. Volvimos la mañana de la fiesta de San Marcos y había pasado la hora de Tercia cuando llegamos a casa de Catalina. Se volvió hacia mí y me dijo: «Oh, Padre, si supierais el hambre que tengo!» Comprendiéndola, contesté: «Es tarde para ofrecer el Santo Sacrificio; estoy cansado y difícilmente podría hacerlo.» Al pronto guardó silencio; pero pronto volvió a repetirme que tenía mucha hambre. Entonces le concedí lo que me pedía y fuí a la capilla que, con autorización del Soberano Pontífice, había dispuesto en su casa. Revestido con los ornamentos sagrados, celebré en su presencia la misa de San Marcos. Había consagrado una pequeña hostia para su Comunión, y cuando hube consumido las Santas Especies, me volví para rezar, según costumbre, la absolución general. Vi entonces el rostro de la virgen radiante y resplandeciente como el de un ángel. Se hallaba en cierto modo transfigurada, y dije para mí: «Esta no es la cara de Catalina.» Y oí en mi alma una voz que contestaba: «Esta es, en realidad, Señor, vuestra Esposa fiel y abnegada.» Me hallaba lleno de este pensamiento cuando me volví hacia el altar y dije interiormente: «Venid, Señor, a vuestra Esposa.» No sé de dónde me vino esta inspiración; pero apenas mi espíritu hubo formulado esta invocación, la Sagrada Hostia se puso por sí sola en movimiento antes de que la hubiese tocado; la vi claramente venir a mí, atravesando un espacio de tres dedos lo menos, y llegar

así hasta la patena que tenía en la mano... No recuerdo únicamente si la hostia se colocó por sí sola en la santa patena o si fuí yo mismo quien la puso...»

Otras personas vieron parecidos fenómenos. Si creemos a Tommaso della Fonte, la hostia se iba por sí sola a la boca de Catalina: Fray Gregorio de Rimini y todos los presentes lo observaron un día en que dió la Comunión a la Sienesa. Bartolommeo di Dominici sintió igualmente estremecerse de impaciencia la hostia que levantaba entre los dedos, y Francesco Malavolti la vió una vez pasar como una flecha entre los labios de su *Mamma*. Cuando ésta había recibido el Sacramento del altar, su alma no percibía nada de la tierra. A veces el cuerpo, siguiendo la ascensión del alma, se cernía en el aire «el tiempo de rezar un *Miserere*» y se hallaba entonces bastante elevado sobre el suelo para que se pudiera «deslizar las manos en el intersticio». No se trata de un piadoso error, pues la Sienesa ha descrito en el *Diálogo* este estado de cernimiento extático: «Frecuentemente—dice—, en razón de la plenitud de su unión con Dios, el cuerpo se levanta de la tierra, como si se hubiese aligerado. No ha perdido, sin embargo, nada de su peso; pero como la unión que el alma ha contraído con Dios es más perfecta que la unión existente entre el alma y el cuerpo, la fuerza del espíritu fijo en Dios levanta de la tierra el peso del cuerpo.»

El más extraordinario de estos relatos es tal vez el que nos hace Raimundo de Capua de un prodigio de que fué testigo. Celebraba un día la misa en la *Cappella*

delle Volte, y, según el rito, había roto el pan consagrado; pero antes del momento de la Comunión una de las partículas de la hostia desapareció sin que fuera posible hallarla. Raimundo, sumamente turbado, hizo minuciosas investigaciones, en las que fué interrumpido por una visita, después de la cual volvió de nuevo al altar para continuar la busca, pero sin éxito. Por último, descubrió, por una velada confesión de Catalina, que era ella quien, sin dejar su puesto, en el otro extremo de la capilla, había recibido de un modo milagroso la parte de hostia cuya desaparición tanto le inquietaba. Este hecho es largamente referido por Raimundo, y Catalina lo atestigua en el *Diálogo*, en el cual, hablando de sí propia en tercera persona, según su costumbre, relata lo que sigue:

«Esta alma tenía un gran deseo de asistir al santo sacrificio y comulgar en él; pero sus enfermedades la impedían ir la a iglesia a la hora conveniente. Fué, pues, con retraso, y llegó cuando el sacerdote pronunciaba las palabras de la consagración. Decían la misa en un altar colocado a la cabecera de la iglesia; pero ella se arrodilló en el otro extremo... En una viva aflicción se decía a sí misma: «¡Oh, alma miserable! ¿No ves qué gracias has recibido? Estás en el santo templo de Dios y ves a su servidor oficiar en el altar, tú, que por tus pecados merecerías ser precipitada en el infierno.» Pero estas consideraciones no apagaban su deseo, antes se enardecía; cuanto más se sumergía en las profundidades de la humildad, más se sentía elevada sobre sí misma, porque Dios, en su bondad, le hacía comprender que el Espíritu Santo

vendría en su auxilio y contentaría su hambre... Y así sucedió. Antes de la Comunión, cuando el sacerdote parte la hostia, se separó una fracción y, por una disposición de la sabiduría de Dios, esta pequeña partícula (*moccolino*) abandonó el altar para ir al otro extremo del santuario, donde aquella alma se encontraba. Esta experimentó, al instante, que le daban la Comunión; pero creyendo que esto había sucedido por modo invisible, pensó que una vez más, como le había ocurrido otras veces, el prodigio se había operado espiritualmente. No era ésta la opinión del sacerdote; no encontrando aquella partícula de hostia, experimentaba un dolor que hubiese sido intolerable si el Espíritu Santo, en su clemencia, no le sugiriera la idea de la persona que la había recibido. La duda subsistió, sin embargo, en su espíritu hasta que la hubo interrogado sobre el particular.»

Poseemos aquí dos testimonios de primer orden, independiente uno de otro, relativos a un hecho que puede ser materia de reflexión. Para apreciar todo el alcance de lo que referido queda, hay que recordar que en el momento que precede a la Comunión del sacerdote la hostia se divide en tres partes, todas las cuales debe consumir el sacerdote; ahora bien, fué una de estas partes la que, según las disposiciones de Raimundo y Catalina, dejó el altar y, atravesando el espacio, buscó sus labios como la abeja busca la flor.

Después de la marcha de Raimundo, Catalina continuó en el Valle de Orcia hasta la época del Adviento. Las tradiciones locales la muestran visitando los conventos del

Monte Amiata: Montenero, Monte Giovi, Potentino, Seggiano, la ermita benedictina de San Biagio, el convento franciscano de Colombaio, el de los Comaldulenses en Vivo. A su vuelta cerca de Salimbeni parece haber dejado el castillo por algún tiempo, instalándose abajo, en la aldea donde se enseña todavía su casa, y cuya pequeña iglesia, dedicada a San Simeón, la ha visto en oración y en éxtasis.

Es que necesitaba mucho del sostén de la oración y de los consuelos divinos. La separación de Raimundo fué muy dura para ella. ¿No era su discípulo predilecto; *il mio Giovanni singolare*, como se complacía en llamarlo; el amigo íntimo y consejero inteligente que con su autoridad incontestada más la había ayudado a darse a conocer? Era penoso separarse de semejante amigo, y vemos en las cartas de la Santa de esta época cuánto le costó someterse a la voluntad de Dios, «la amarga voluntad de Dios», como ha dicho Claudel.

Pero, heroica como es, la valerosa joven prefiere vivir en este tormento como las almas del Purgatorio piden y eligen la llama purificadora. Con Raimundo había huído la última y tal vez la más viva de las consolaciones terrenales. No le quedaba ya hasta la muerte más que el sufrimiento puro, la corona de espinas, el camino del calvario. Catalina pasó con los Salimbeni el triste mes de noviembre. En las líneas que dirigió, desde la Rocca, a su fiel amiga Alessia Saracini, resuena algo como una enérgica y sombría protesta contra toda primavera y todo deseo de humana dicha.

«Deseo verte seguir la doctrina del Cordero sin mancilla con un corazón libre, verte despojada de la criatura y sólo revestida del Creador...—escribe la Santa Doncella, que contaba entonces treinta años—. Visita todos los días el jardín de tu alma a la luz de la fe para arrancar las espinas que ahogarían la buena semilla y para remover la tierra, es decir, para despojar, cada día, tu corazón.»

Catalina predica aquí lo que ella practica. Pensando en la cruel partida de Raimundo (han huído, huído para siempre las veladas en que, formando un círculo amistoso en *lo sprone*, contemplaban el vasto paisaje que se extiende hasta Siena en la lejanía azul), añade: «Parece como si mi Esposo, que es la Verdad eterna, hubiese querido someterme a una real y dulcísima prueba, y me fortifica de tal modo en ella, que la lengua no puede expresarlo.» Después canta las alabanzas del dolor. Porque en el fondo, ¿qué le queda sino sufrir, sufrir en sus recuerdos, sufrir en sus aspiraciones, sufrir acordándose con desesperación del pasado que no volverá?

«Las penas serán mi alimento y las lágrimas mi bebida... Quiero que las penas me engorden; las penas me curarán; las penas me darán la luz; las penas cubrirán mi desnudez; las penas me despojarán de todo amor propio espiritual y temporal... Alégrate, alégrate conmigo en la cruz. Nuestras almas deben reposar en la cruz como en una cama.»

Las cruces no faltaban a Catalina. En la aislada roca de Tentennano se sintió «como en una isla que los vientos combaten por doquiera» (el que un día de noviembre

ha realizado la ascensión de la roca brava, sabe cuál es allá arriba la violencia de la tempestad). Después de la partida de Raimundo, Monna Rabe Tolomei reclama a su hijo, el dominico Fray Matteo, y Catalina no puede retenerlo.

Peor aún: entre los discípulos se producen defecciones morales. Para comprenderlas hay que pensar en la situación extraordinaria de Catalina, colocada en el centro de un grupo de jóvenes de la misma o menor edad que la suya.

Siendo como era muy viril Catalina, buscaba la sociedad de los hombres. Frecuentemente los que atraía a su círculo eran de índole dulce, casi femenina: el melancólico poeta Neri di Landoccio, el alegre y charlatán Stéfano Maconi, el inconstante y versátil Francesco Malavolti, el dulce Pietro di Giovanni Ventura, que a tal punto experimentaba la necesidad de ser consolado.

En ninguno de estos jóvenes el sentimiento, con respecto a Catalina, pasó de los límites de una afección admirativa y entusiasta. Sin embargo, una obra anónima, los *Miracoli di Santa Catarina,* nos habla de un fraile que, admitido como discípulo de Catalina, «se dejó al cabo de algún tiempo ilusionar por el demonio de tal modo, que el santo celo y la admiración que en él excitaba la piadosa vida de la dominica, se trocaron en un culpable amor y fué totalmente consumido por esta llama impura. Como ella seguía observando una santa vida y sólo le demostraba santos y piadosos sentimientos mientras él se encendía cada vez más, llegó a pensar en asesinarla

en la iglesia. Pero cuando se adelantaba hacia ella Dios permitió que un hombre presente en el santuario fuese advertido de este deseo y evitase el crimen. Poco después este fraile abandonó el hábito religioso y salió de su Orden para volver a su hogar, un castillo lejos de Siena, donde vivió en la más profunda desesperación. Y ella, que lo sabía, pidió a Dios que tuviese misericordia de su alma, pero él persistió en su desesperación y acabó por ahorcarse.»

Los biógrafos de la Santa han forjado hasta aquí mil conjeturas acerca de este discípulo; sabemos ahora su nombre: era Fray Pietro di Maestro Lando. Su muerte ocurrió antes de 1374. Desgraciadamente, no fué el único. Raimundo de Capua cuenta una historia análoga sobre «un desdichado a quien conoció mucho» y que no cabe confundir con el primero, puesto que fué en 1374 cuando Raimundo ingresó en el grupo de Catalina. «Como otro Judas, se ahorcó en el bosque»; lo encontraron estrangulado, sentado al pie del árbol al que había atado la cuerda, y su cadáver fué sepultado en un estercolero, «como convenía.»

El dominico no ha sabido o querido saber si un amor desgraciado era el móvil de este odio, de esta desesperación, de este suicidio. Pero entre las cartas de los discípulos de Catalina, editadas por Grottanelli, hay dos anónimas, que se atribuyen a este infortunado. Datan del otoño de 1377, y están dirigidas a Neri Pagliaresi en contestación a dos cartas de éste. La primera dice: «Me asombra que te acuerdes de mí, pobre miserable,

ya que Dios me ha convertido en un vaso de oprobio. No siento el perfume exquisito de que me alimentaba antaño; estoy fuera del buen camino. Pero sabe que si fuera aún el buen tiempo, los días de antaño, no podría resistir y escribiría más a menudo. ¡Ay! Me avergüenzo de escribirte, como de hacerlo a cualquier otro amigo o siervo de Dios, porque tengo conciencia de mi miseria. Que el Señor os guarde en su Santa gracia a ti y a tu *Mamma*. F. S.»

Esta breve carta se halla impregnada de una desesperación extrañamente pacífica. El que esto ha escrito se siente apartado para siempre del buen camino, por el que hace poco caminaba. Sabe que es un vaso de oprobio y arroja una mirada desesperada sobre la época en que también él creía ser llamado a la salvación. No se muestra rebelde; sabiendo que se halla irrevocablemente condenado, desea a los demás la gracia que no existe para él: «A ti, Neri, y a *tu Mamma*.» (¡Ay, ya nunca la *mía*, jamás la mía; porque la senda que ella sigue lleva al paraíso; la mía, al abismo!)

En la carta siguiente, la tristeza del tono se acentúa: «Desde hace tiempo sé a qué atenerme sobre mi condenación—dice—; estoy borrado y tachado en el libro de la vida... No me llames más tu hermano; no me cuentes en el número de tus amigos y hermanos. No te asombres de que no te haya escrito ni te escriba. Hace tanto tiempo que me he alejado del buen camino, que me parece imposible volver a tomar gusto a lo que constituía en otro tiempo nuestra felicidad y encontrar

la paz en ninguna parte... He sido expulsado de la mesa porque estoy vestido de tinieblas. No experimento sed ni deseo del bien. Esta carta no tiene principio ni fin, porque no hay en mí principio ni fin. No firmo con mi nombre, porque no sé el nombre que llevo. Que Dios te conceda su gracia, la perseverancia y una buena muerte.» Y coloca abajo la dirección: «A Neri di Landoccio, en la Rocca di Tentennano», allí donde *ella* está, donde otros pueden alegrarse con la irradiación de su presencia, a donde él no volverá jamás...

El autor de estas cartas se halla desterrado del reino luminoso de la paz; por su propia falta, se ha convertido en esclavo de la sombría pasión inquieta; se ha entregado, diría Ernesto Hello, a la *pasión de la desdicha*. Es desgraciado, pero no quiere que su desgracia termine. Los manjares sencillos y sanos de la mesa de las virtudes le parecen insípidos y sin gusto. *Quiere* su desesperación, *quiere* su pérdida, *quiere* mantener en sí la turbación perpetua y devoradora que, recorriendo su ser como un río sombrío, impide su trabajo, le roba todo reposo, devasta su existencia, y que le es, ¡ay!, más cara que la salud.

Parece que Gardner tiene razón cuando ve así la firma de las dos cartas: F (ra) S (imone), Fray Simón de Cortona, el discípulo inquieto que, a imitación de Neri di Landoccio, temió siempre no ser del número de los predestinados a la gloria. Otros de los *caterinati* fueron presa del mismo temor: poseemos un trozo de carta en que Fray Lazzarino, el franciscano convertido, confiesa

sus temores a su madre espiritual: «Me parece que me hallo separado de todo lo que es santo; reprobado por Dios, como incorregible.»

Catalina sabía venir en auxilio de estas almas torturadas y salvarlas de esas aguas negras del sentimiento que Angela de Foligno llama «la falsa humildad». En una carta a su «queridísimo hermano *sin nombre*» le hace comprender que «es el demonio quien nos hace creer que nos hallamos reprobados por Dios» y que si corre «a bañarse y anegarse en la sangre de Cristo *tendrá un nombre*».

Fray Simón (*Mone*, como lo llama su *Mamma* en una carta) volvió a la luz, y Catalina pudo escribir a Raimundo: «Alegraos conmigo de que los hijos perdidos hayan tornado al redil y hayan escapado de las tinieblas.»

Pero ¿cuál fué entonces el desdichado en quien pensaba Catalina, diciendo más tarde, en una de sus cartas a Neri di Landoccio: «No temas que Dios permita que ocurra contigo lo que con aquel *otro*?» No lo sabemos. Sabemos sólo que, como el mismo Neri, hubo de luchar contra la ley de su cuerpo, *la puzza delle lege perversa*, como dice vigorosamente Catalina, y que distaba mucho de alcanzar «el océano de paz, donde no temerás verte separado de Dios.»

VII

«A fin de que pueda dilatar mi corazón e impedirle que estalle, la providencia me ha dado la facultad de escribir. No habiendo llegado para mí la hora de dejar las tinieblas de este mundo, esta facultad ha surgido en mí como cuando un profesor enseña a su discípulo lo que debe hacer. Después de vuestra marcha, he tomado lecciones, como durmiendo, con el glorioso evangelista San Juan y Santo Tomás de Aquino.»

Con estas misteriosas palabras termina Catalina una larga carta a Raimundo de Capua. Añade: «Esta carta, y otra que os he enviado, han sido escritas por mi propia mano en la *Isola della Rocca* (es decir, en el castillo de Salimbeni). Si creemos, pues, a la Santa, aprendió a escribir por una especie de iniciación interior con los dos santos por maestros. Le presentaban modelos, y no tenía más que copiar lo que veía. Y esto sucedió en el curso de un éxtasis.

Caffarini nos da más detalles sobre el modo cómo Catalina adquirió súbitamente la facultad de escribir. Encontrando un día en una habitación del castillo un

tarrito de bermellón que se usaba para dibujar iniciales, una pluma y un pergamino, se sentó para ensayarse en ese arte maravilloso, que había visto practicar a sus discípulos. Y, «según debemos pensar, movida por inspiración divina», trazó, «con una letra clara y visible», los versos siguientes, tal vez compuestos por ella, tal vez por simple recuerdo:

¡O Spirto Santo! Vieni nel mio cuore;
per tua potenzia trailo a te, Dio vero,
concedimi carità con timore;
custodimi da ogni mal pensiero,
riscaldami e rinfiamma del tu'amore,
si che ogni peso mi paia leggiero,
Santo mio Padre e dolce mio Signore,
ora aintami in ogni mio mistiero.
¡Cristo amore! ¡Cristo amore!

¡Oh espíritu santo! Ven a mi corazón
Dios verdadero: atráelo a ti con tu poder,
Concédeme el amor y el temor a la vez;
Presérvame de todo mal pensamiento;
Inflámame y abrásame con tu amor
Para que toda carga me parezca ligera;
¡Oh mi Santo Padre y Dulce Señor mío!
Ven en mi ayuda en todas mis obras.
¡Cristo amor! ¡Cristo amor!

«Y no hay que pensar—añade Caffarini—que esta hoja fuese la única escrita de propia mano... Porque el

estimable Dom Stéfano Maconi, que, entre otros varios, le servía de secretario, me ha referido que escribió ella misma a dicho Dom Stéfano una carta donde afirma que es la primera escrita por su mano. La vió igualmente escribir, aparte de numerosos mensajes urgentes, varias páginas del *libro* que compuso en italiano.»

Ignoramos cuál sea la carta que dirigió Catalina a Stéfano Maconi; su propia existencia ha sido puesta en duda. En cambio, conocemos perfectamente el *libro* de que habla el dominico: es el *Diálogo*, y no parece imposible que Catalina comenzase la composición de esta obra durante su estancia en la Rocca de Tentennano. Nada tendría esto de extraño; una carta de Catalina a Monna Rabe Tolomei, escrita hacia esta época, contiene ya la doctrina de los tres grados místicos, desenvuelta con mayor amplitud en el *libro*, y la carta a Raimundo de Capua, ya citada, no es más que un esbozo de esta misma obra. Más tarde, la condesa Bianchina se interesó mucho en este trabajo literario de Catalina; ¿no sería acaso porque ella lo viera nacer?

Como dice la Santa misma, entretenía el tiempo y engañaba su espera escribiendo. Porque se preguntaba ansiosamente si se realizaría su esperanza de una paz general. Sus cartas demandaban noticias al lejano amigo que tenía acceso con el Papa:

«Si ocurre, queridísimo Padre, que veáis a Su Santidad, nuestro Santo y dulce Padre el Vicario de Cristo, recomendadme humildemente a él y decidle que me arrepiento del descuido y de la negligencia de que me

he hecho culpable para con Dios, mi Creador, que me impulsaba a hacerle conocer con todas mis fuerzas, y asistir a su Vicario con mis palabras y mi presencia... De todos modos he cometido faltas innumerables, y creo que se pueden atribuir a mis iniquidades las violentas persecuciones que la Santa Iglesia y él han tenido que sufrir. Si se queja de mí, tiene mil veces razón; y si me castiga por mis faltas, lo hace con justos motivos. Pero decidle que me esforzaré por corregirme y obedecerle mejor.»

Parece, según esta carta, enviada por Catalina a Raimundo en noviembre de 1377, que se había producido una ruptura entre ella y Gregorio XI. No podrá ya dirigirse directamente al que llamaba en otro tiempo *Babbo mio dolce.* Tal vez el Santo Padre lamentaba su vuelta a Roma. No vivía precisamente días dichosos a la orilla del Tíber, y se cuenta que en su lecho de muerte se lamentaba amargamente de haber partido por las visiones de Brígida y de Catalina, habiendo perdido, por su propia culpa, su alegre y tranquilo Aviñón.

Además, es posible que Gregorio considerase como una traición que Catalina lo hubiera abandonado en cierto modo y, en vez de permanecer a su lado y de asistirlo, pasara su tiempo obrando conversiones y reconciliaciones en lugares menos importantes que Roma.

Sea lo que quiera, es lo cierto que sólo por medio de un rodeo podía Catalina hacerse oir del Soberano Pontífice, y que usó de este medio. Una parte de la carta a Raimundo está destinada a ser leída al Papa, y a él

se dirige directamente: «Castigadme—exclama—, pero castigadme según la razón y no con ira. ¿A quién me dirigiré si vos me abandonáis? ¿Cuál será mi refugio si vos me rechazáis? Mis perseguidores me acechan; acudo a vos y a los demás servidores de Dios. Si vos me abandonáis, irritándoos contra mí, me esconderé en las llagas de Jesús crucificado, cuyo Vicario sois; sé que me recibirá, pues no quiere la muerte del pecador, y, cuando me haya recibido, no me rechazaréis, y seguiremos juntos en nuestro hogar, para combatir generosamente, con las armas de la virtud, por la dulce Esposa de Cristo. Allí quiero acabar mi existencia en las lágrimas, los dolores y los suspiros; quiero dar mi sangre y la médula de mi sangre por la Santa Iglesia. Cuando el mundo entero me arrojase, nada me importaría, porque descansaría, llorando y sufriendo, en el seno de la dulce Esposa. Perdonadme, Santísimo Padre, todas las ofensas de que me he hecho culpable para con Dios y Vuestra Santidad. La eterna Verdad me excusa y tranquiliza. Humildemente os pido vuestra bendición.»

Catalina nada tenía, en realidad, que reprocharse con respecto a Gregorio XI. Pero su característica consistía en creerse siempre en falta, por lo que se inclinaba siempre a dar la razón a sus acusadores. Le parecía que, en el fondo, era causa de todo el mal desencadenado en el mundo, porque si en *esta* o *aquella* circunstancia hubiese obrado de otro modo, *esto* o *aquello* no habría ocurrido, y los acontecimientos hubieran tomado otro giro. Cuando consideraba su vida pasada, se le apa-

recía como una serie de ocasiones de hacer el bien perdidas, y perdidas por *ella*, que no había estado a la altura de su misión, que había buscado su propia satisfacción antes que la voluntad de Dios y que, por tanto, era al pie de la letra la *cagion d'ogni male*, la causa de todo el mal del mundo...

Bajo el imperio de este sentimiento, se abismaba siempre en la oración, exclamando: «*Peccavi Domine, miserere mei*: he pecado, Señor, tened piedad de mí.» Y por eso, espoleada por su conciencia, como por una espuela de plata pura, llegó sin motivo a implorar el perdón del Papa.

La expresión del arrepentimiento de Catalina llegó al pie del trono de Gregorio en un momento en que la situación parecía realmente desesperada. La paz con Florencia, que la Sienesa quiso negociar en Aviñón, no llegó a celebrarse. En octubre de 1377, los embajadores florentinos dejaron Anagni, adonde fueron para reunirse con el Papa, pero las condiciones de paz que traían fueron declaradas inaceptables unánimemente. Se votó la continuación de las hostilidades, a la vez que la reelección de los ocho capitanes de la guerra, y se decretó que, caso de no levantarse el entredicho, el clero y las propiedades eclesiásticas serían gravadas con nuevos impuestos. El 18 de octubre se cantó solemnemente la misa en la Piazza della Signoria.

Simultáneamente, Gregorio había roto con la república de Siena, cuyos emisarios habían venido a buscarle con una recomendación escrita de Catalina, a pesar de lo

cual los redujo a prisión, mientras, por otra parte, las tropas pontificias ocupaban el puerto de Talamone y devastaban la Maremma sienesa. El capitán de los ejércitos pontificios, Rodolfo Varano di Camerino—John Hawkwood había dejado el servicio de Gregorio para ponerse de nuevo a sueldo de Florencia—, fué vencido por Bartolommeo di Smeduccio a fines de octubre de 1377. El único apoyo del Santo Padre era la reina Juana de Nápoles, harto comprometida moralmente, a la que dirigía siempre quejumbrosas súplicas.

Un resplandor brillaba, sin embargo, en estas tinieblas, y procedía de Catalina. Poco antes de marchar Raimundo a Roma, el influyente amigo de la joven, Niccolo Sòderini, vino un día a Siena y tuvo con el dominico una importante conferencia. Florencia, afirmaba Soderini, se hallaba dispuesta, en el fondo, a firmar la paz; sólo cinco o seis personajes se empeñaban en proseguir la guerra. Y esos hombres se harían inofensivos si, coaligándose contra ellos los demás, los condenaban al destierro. El florentino citó, como dispuestos a seguir este camino, a los jefes del partido güelfo, *Uffiziali* o *Capitani della Parte guelfa.*

Pero el camino que llevaba a los güelfos florentinos pasaba por Siena. Sólo Catalina podía prestarles ayuda. Raimundo refiere cómo un domingo por la mañana, al bajar del púlpito, recibió orden de presentarse a ver al Papa después de la comida. «Me han escrito—declaró Gregorio al prior de los Dominicos—que si Catalina de Siena fuese a Florencia, la paz se haría inmediata-

mente.» «No sólo Catalina, sino todos nosotros estamos dispuestos a sufrir hasta el martirio si vuestra Santidad lo exige», contestó Raimundo eludiendo la cuestión. «No quiero que vayas a Florencia: te tratarían mal—repuso el Papa—. Pero creo que no se atreverían a ofender a Catalina, porque es mujer y porque la veneran.» La audiencia terminó mediante el encargo expreso hecho al dominico de volver al día siguiente por la mañana con todas las Bulas y demás papeles necesarios para la misión de Catalina.

La Sienesa hizo así, por tercera y última vez, su aparición en la República de las orillas del Arno. Dejó la Rocca de Tentennano, en diciembre de 1377, y ganó Florencia por Siena y Barberino di Val d'Elsa. Su escolta se componía esta vez de pocos miembros: Alessia Saracini, Cecca Gori, Catarina Ghetti, Neri, Stéfano Maconi y, más tarde, cuando éste volvió a su casa, Ser Cristofano di Gano Guidini. «En este año—menciona la crónica florentina del año 1377—llegó a Florencia una mujer llamada Catalina, hija de Jacobo Benincasa, que condenaba a los adversarios de la Iglesia. Los que dirigían el partido güelfo la recibieron con alegría, principalmente Niccolo Soderini, quien le había preparado una habitación en su casa, donde había vivido en otro tiempo, e igualmente Stoldo di Messer Bindo Altoviti, así como Piero Canigiani; la pusieron en las nubes. Es lo cierto que entendía de cuestiones eclesiásticas por don natural y por lo que había aprendido, y que manejaba bien la palabra y la pluma. Piero Canigiani le hizo

construir una habitación al pie de San Giorgio, recogiendo, a este efecto, de los hombres y mujeres de entre sus allegados, dinero, con el cual compró piedras y vigas, que hizo llevar a dicho lugar. Ya por propia iniciativa, ya por instigación de las personas indicadas, Catalina asistía frecuentemente a las sesiones del partido, sosteniendo que era justo *ammonire* (término técnico de proscribir) para poner fin a la guerra... Los miembros del partido la consideraban como una profetisa; los demás, por una mujer hipócrita y mala.»

Catalina llegó a Florencia poco antes de la fiesta de Santa Lucía (13 de diciembre). No había olvidado su antigua predilección juvenil por esta Santa. Fué en la víspera de su fiesta cuando vió, antaño en Siena, el cielo abierto y oyó a los ángeles cantar las alabanzas de Santa Lucía; en medio del coro de vírgenes, se hallaba la Santa, bella y pura entre todas, llevando sobre su pecho un precioso aderezo de esmalte y oro... Tommaso della Fonte se hallaba instruído de esta visión, cuyo relato hace en uno de sus escritos, y a él escribió, después de largo silencio, para confiarle lo que había experimentado en aquella fiesta de Santa Lucía: «El día de su santo me hizo probar el fruto de su martirio. Me encontraba transportada por un ardiente deseo a la mesa del Cordero, que me decía a mí, mísera criatura: «Soy la mesa y soy el alimento que está encima de la mesa.» Y la mano del Espíritu Santo me alargaba este alimento... Veía de tal modo la verdad, que mi alma confiesa ahora no haber amado más que a Dios... Y experimentaba en mí

tal aumento de gracia, que la lengua no lo puede expresar. ¡Ay, ay! No quiero añadir otra cosa sino que suplico a aquella dulce *Luce* que nos obtenga pronto ser inmolados por la causa de la verdad. No os asombréis, Padre mío, porque no acierto a saciarme de sacrificios.»

Animada por tales sentimientos, participaba Catalina en las asambleas del partido güelfo, cuyos jefes comprendieron bien el valor moral que para ellos representaba el nombre de Catalina y que bajo él podrían satisfacer fácilmente sus venganzas personales. El ostracismo güelfo alcanzó, pues, no tan sólo a los cinco o seis hombres enumerados por Soderini a Raimundo. El sentimiento de justicia, tan despierto de ordinario en Catalina, parecía haberse adormecido momentáneamente: dejaba hacer. Lo que le importaba era que los florentinos, como gaje de paz con el Soberano Pontífice, hubiesen empezado a observar el entredicho. En una carta a su amigo William Flete, escribe: «Esperamos que Dios tendrá misericordia del mundo y de su dulce Esposa y que disipará las tinieblas del espíritu humano. Parece que los primeros resplandores del alba empiezan a apuntar y que nuestro Salvador ha iluminado a este pueblo para retirarle de la ceguedad culpable en que cayera, haciendo celebrar a la fuerza los santos misterios. Ahora, gracias a Dios, guardan el entredicho, y son obedientes a su Padre.» En términos parecidos escribe a Monna Alessia: «La aurora ha llegado; las tinieblas de los pecados mortales de los que celebraban y oían públicamente el

oficio divino se disipan; el entredicho se observa. Gracias sean dadas a nuestro Salvador, que no desecha las humildes plegarias, las lágrimas y los ardientes deseos de sus servidores... Valor, pues; levantaos y no durmáis. Haced orar en los monasterios y encargad a nuestra priora (de las *Mantellatas*) que haga orar a todas las hermanas por la paz, para que Dios tenga piedad de nosotros y no vuelva a Siena hasta que la paz haya sido restablecida.»

Durante su estancia en Florencia, como en todas partes, Catalina halló nuevos discípulos, como Giannozzo Sacchetti, un trovador convertido, cuyos *Laude* fueron cantados en las reuniones piadosas que, durante el entredicho, debían ocupar el puesto de los oficios religiosos, y el amable Barduccio, el hijo menor de Piero Canigiani, que durante los últimos años de Catalina fué para ella lo que había sido antes Stéfano: el secretario que la acompañaba a todas partes, el Benjamín de su corazón maternal, como Stéfano había sido su José...

Sin embargo, la política seguía su curso; después de muchas vacilaciones, se acordó la entrevista de todos los representantes de las potencias beligerantes, eligiéndose Sarzana como lugar de cita. El Papa se hizo representar por tres Cardenales franceses; Florencia envió cinco embajadores; Venecia, Nápoles y Francia hicieron lo propio; Bernabó Visconti y Otto de Brunswick vinieron en persona. Pero, entre tanto, Gregorio XI murió súbitamente el 27 de marzo de 1378. La Crónica florentina refiere que en el mismo momento de su muerte,

cuando exhalaba el último suspiro, se oyó llamar a la puerta de San Frediano y una voz que decía: «Abrid pronto a aquel que trae la paz.»

Mas la muerte del Papa suscitaba nuevas luchas. El Congreso de Sarzana se disolvió sin obtener resultado, y el Papa Urbano VI, bajo cuyo Pontificado debía estallar el gran cisma, fué elegido en Roma el 8 de abril.

No entra en mi ánimo referir la historia del cisma. Como es sabido, el Sacro Colegio procedió, bajo la fuerte presión del pueblo romano, a esa elección que colocaba en el Trono de Pedro al Arzobispo de Bari, el napolitano Bartolommeo Prignano. El Cónclave se reunió a una hora adelantada de la tarde del 7 de abril, y del seno de la multitud reunida en la plaza de San Pedro resonó en las celdas de los Cardenales este grito amenazador: «*¡Romano lo volemo!* ¡Queremos un romano!»

Durante la noche, el populacho hizo irrupción en los sótanos del Vaticano «para beber el buen vino del Papa»; otra banda invadió el campanario y se puso a tocar a rebato, al que contestaron desde lo alto del capitolio. La noche era siniestra. Los Cardenales, encerrados en sus celdas, ignoraban los incidentes que se producían en la ciudad. A propuesta del español Pedro de Luna, el Arzobispo de Bari, presente en Roma, fué elegido por trece de diez y seis votos—era un término medio elegir a un italiano—. Pero durante la mañana la excitación del pueblo había alcanzado un grado tal de frenesí que, no atreviéndose los Cardenales a proclamar la elec-

ción, hubieron de recurrir, para salvar su vida, a la jugarreta de revestir con los ornamentos pontificales al viejo Cardenal Tebaldeschi, que era romano. A despecho de las enérgicas protestas del anciano, se hizo la comedia; las campanas tocaron a *gloria* y se entonó el *Te Deum*, después de lo cual, los Cardenales se apresuraron a abandonar el Vaticano. Sólo al día siguiente se notificó a Bartolommeo Prignano que era él y no Tebaldeschi el elegido. Los romanos se mostraron satisfechos de no tener un francés. El día de Pascua, 18 de abril, Urbano fué coronado, y, según la tradición, montado en un caballo amblador, entró en Letrán en procesión solemne.

El nuevo Pontífice era de todo en todo distinto a Gregorio. Si este último había sido débil e indeciso, Urbano era severo y duro. Una de sus primeras medidas fué reprimir el lujo que desplegaban los Cardenales; después envió a sus residencias a los numerosos Obispos que preferían vivir en Roma a administrar sus diócesis, y aplicó una serie de reformas del género de las que debía introducir Pío X mucho después. Era de carácter violento e impetuoso; decía con frecuencia a los Cardenales: «A callar», o usaba términos injuriosos, como *pazzo* o *ribaldo*. Uno de sus sermones sobre el texto: «Soy el buen pastor», fué una vigorosa diatriba contra el alto clero. Se mostraba piadoso con los pobres; pero la nobleza romana se quejaba de no ser recibida por él con las debidas consideraciones. El prior del monasterio de la Cartuja de Gorgona escribía en una carta a Catalina: «El nuevo Papa es, se-

gún se dice, un hombre temible que por sus palabras inspira a todos terror. Parece pone toda su confianza en Dios y no teme a nada; es evidente que sus esfuerzos se encaminan a desterrar la simonía y el amor a las pompas que reinan en la Iglesia de Dios.»

Los meses de mayo y junio pasaron, sin embargo, sin que se elevase ninguna oposición directa contra el nuevo Pontífice. El Sacro Colegio participó la elección a los seis Cardenales que se hallaban en Aviñón y escribió después al Emperador y demás Soberanos católicos. Pero desde que hubo llegado a Roma el eminente Prelado francés Juan de la Grange, Obispo de Amiens, la oposición halló en él un organizador y un jefe. Juan de la Grange se opuso a que el castillo del Santo Angel, ocupado desde la muerte de Gregorio XI por el hermano del Cardenal de Limoges, Pedro de Cros, abriese sus puertas al Santo Padre. Y cuando llegó el calor estival los miembros descontentos del Sacro Colegio dejaron a Roma y se reunieron en número de trece en Anagni.

En vano Urbano, que llegó a sospechar lo que se tramaba, envió a los tres Cardenales italianos Orsini, Brossano y Corsini. Los enviados pontificios vuelven sin haber podido cumplir su misión, y en agosto, los franceses dirigen a Urbano una carta en que le califican de «Obispo de Bari» y declaran haberlo elegido bajo el imperio de la fuerza, es decir, ilegalmente. Esta carta va acompañada de un acta oficial, la *Declaratio*, que refiere los sucesos del 8 de abril y donde atestiguan haber elegido a Prignano para dar satisfacción al pueblo romano y

salvar así la vida. Después de lo cual los trece Cardenales excomulgan a Urbano (el 9 de agosto) como Papa ilegítimo y se ponen bajo el patronato del conde Onorato Gaetani, mortalmente ofendido por el Soberano Pontífice.

Mientras se producían estos acontecimientos Catalina se hallaba en Florencia. El advenimiento de Urbano al trono pontificio no había abierto mayores perspectivas a la obra de paz en que se concentraban todos sus esfuerzos. El prior de Gorgona, que se informaba del hijo de Piero Gambacorti Andrea, regresado recientemente de Roma a Pisa, escribía, por el contrario, en la carta arriba citada: «Nuestro Santo Padre proclama por todas partes que quiere la paz, pero una paz honrosa para la Iglesia; no se cuida del dinero, y si los florentinos desean la paz, precisa que lleguen a él con toda franqueza, sin sombra de doblez. Según lo que dice, hay que esperar antes una gran guerra que descontar la paz.»

En Florencia se preveía una «gran guerra» que estalló sin tardar. Los güelfos, continuando la ley del ostracismo, se atrevieron a condenar a Giovanno Dini, uno de los ocho «capitanes de guerra», así como a otras dos personalidades muy influyentes. En mayo fué elegida una nueva Signoria, en la que Salvestro de Médicis ocupó el cargo de *Gonfaloniere della Giustizia*. Este eminente güelfo intentó poner un freno a los actos arbitrarios de sus amigos políticos, arrancándoles la promesa de que nadie sería condenado al ostracismo, a menos de ser notoriamente gibelino, y que no sería válida una designación si no había sido ratificada por tres votos. Esta promesa

fué violada algunas semanas después cuando, a puerta cerrada, los jefes del partido güelfo repitieron veintidós veces el voto hasta llegar a proscribir a dos de los partidarios de Salvestro.

Esto desencadenó la guerra civil. Salvestro de Médicis levantó al pueblo contra sus colegas y amigos políticos. El 22 de junio los gremios, armados y ostentando sus estandartes, se reunieron en la Piazza de la Signoria y recorrieron la ciudad atacando a los principales palacios güelfos para ejercitar su venganza por la destrucción. El Palazzo Strozzi, situado cerca de la Porta Rossa, así como el Palazzo Albizi, inmediato a San Piero Maggiore, fueron saqueados. Al grito de: *Viva il popolo!*, los revoltosos atravesaron el Ponte Vecchio para ir a la orilla izquierda del Arno, alcanzando la pequeña Piazza Santa Felicita, donde se levanta una columna en memoria, según se dice, de las predicaciones de San Pedro Mártir contra los Patarinos. Entonces su pensamiento fué contra la dominica: «¡Abajo el hipócrita Niccolo y su Santa Catalina!», gritaron. Después de lo cual escalaron la costa San Giorgio, calle estrecha entre altas fachadas de piedra y murallas de las que se desborda el follaje de los jardines. «¿Dónde está la hechicera?», rugían. «Si la encontramos la hacemos pedazos.»

La encontraron. Se hallaba en el jardincillo inmediato a su casa, que hoy todavía se halla dispuesto en terraza sobre la altura y desde el cual se dominan Florencia, el campanile de Giotto y Santa Maria Novella. La encontraron allí, rodeada de las *Mantellatas* y de sus amigos Neri,

Barduccio y Ser Cristófano di Gano. Contemplaban reunidos la ciudad que, a los ojos de Catalina, se hallaba oscurecida por nubes de demonios. La banda salvaje invadió el jardín y, como su Maestro en Getsemaní, la Sienesa avanzó sola valerosamente a su encuentro. «Pero mi eterno Esposo me ha defraudado—cuenta Catalina en una carta a Raimundo acerca de este motín—. Lloro porque la multitud de mis pecados es tan grande que no he podido merecer derramar mi sangre para dar la vida y la luz a esos pobres ciegos y reconciliar al hijo (Italia) con el padre (el Papa). Mi sangre no ha cimentado una piedra en el cuerpo místico de la Santa Iglesia. Parecía como si las manos del que quería herir estuviesen atadas. Yo decía: «Soy yo, tomadme y dejad a los que me acompañan.» Pero esas palabras eran como puñaladas que le atravesaban el corazón. ¡Oh Padre mío! estremeceos en vos mismo de viva alegría, pues nunca he disfrutado semejantes misterios con tanto consuelo. Era la dulzura de la verdad, la alegría de una conciencia libre y pura; era el perfume de la dulce Providencia de Dios; era la aurora de los tiempos nuevos, la era de los mártires anunciada como sabéis por la Eterna Verdad. La lengua no bastaría para expresar la felicidad que inundaba mi alma. Y me parece haber contraído para con mi Creador tan grandes obligaciones, que si entregase mi cuerpo a las llamas sería poco, en cambio de las inmensas gracias que hemos recibido yo, mis hijos y mis hijas amadas.

Os digo todo esto, no para afligiros, sino para que experimentéis, por el contrario, una dulce y santa alegría

y para que vos y yo empecemos a sentir mi imperfección, porque mis pecados me han privado de tan gran bien. ¡Cuán dichosa hubiese sido mi alma si hubiese podido derramar mi sangre por la dulce esposa, con amor de sangre y por la salvación de las almas. Nada quiero añadir; Cristófano os hablará de otras cosas. Quiero solamente encargaros que supliquéis al Cristo de la tierra que no se retrase la paz a causa de lo que ha sucedido. Que la haga, por el contrario, apresuradamente, para poder ocuparse de las cosas importantes que debe realizar por el honor de Dios y la reforma de la Iglesia. Conjuradle en nombre de la misericordia a que obre prontamente, porque es el único medio de poner término a las innumerables ofensas que se hacen a Dios. Pedidle que tenga piedad y compasión de esas almas que viven en profundas tinieblas. Decidle que me abra pronto la puerta de mi cárcel, porque si no se hace la paz, me parece imposible alejarme de aquí, y, sin embargo, quisiera ir a Roma, gustar la sangre de los mártires, visitar a Su Santidad y encontrarme a vuestro lado para participaros los admirables prodigios que Dios ha operado en estos últimos tiempos, para regocijar nuestro espíritu, para embriagar nuestro corazón y aumentar nuestra esperanza a la luz de la santa Fe.»

Tal es el relato de Catalina referente al instante en que se encontró más cerca que nunca de conseguir el supremo fin de sus ardientes deseos, de ser semejante a aquella santa Lucía que «llena de amor ofreció valerosamente su cuerpo en sacrificio» y a la que, recientemente,

el día de su fiesta en el último diciembre, Catalina acababa de pedir la gracia de ser «inmolada por nuestro dulce Salvador.» En la biografía de la virgen Sienesa, Raimundo, siguiendo el relato de Cristófano de Guidini, describe detalladamente esta dramática escena, añadiendo: «Pero, aunque la sedición se apagó, la santa virgen y sus compañeros no estaban seguros. Fué tan grande el temor que se apoderó de los habitantes de la ciudad, que ninguno de ellos se atrevía a abrirle su casa... Por fin encontraron un hombre piadoso y valiente que los recibió sin recelo, secretamente, sin embargo, a causa del pueblo y de los revolucionarios. Y al cabo de algunos días la *Mamma*, sus hijos y sus hijas espirituales abandonaron la ciudad, pero no su territorio, para ir a un lugar solitario donde vivían varios eremitas.»

«El hombre piadoso y valiente» de que habla aquí Raimundo de Capua, y que en una hora crítica dió hospitalidad a Catalina, era el sastre Francesco di Pippino de San Miniato, cuya humilde vivienda, situada en el mercado de cereales, era un abrigo seguro para la Sienesa. Y por el «lugar solitario» se entiende generalmente Vallumbrosa. Allí, en el valle del Casentino, Catalina pudo vivir durante algún tiempo aquella vida monástica que le era tan querida, respirar el aire vivo y fresco de los Altos Apeninos y gustar la paz saludable de los bosques de la montaña. Respetuosamente se detendría ante el abeto gigante que se dice plantó San Juan Gualberto, el apóstol de la paz, que el Viernes Santo se reconcilió con el matador de su hermano, lo que el crucifijo de la capilla

que se levantaba a orilla del camino, aprobó con una inclinación de cabeza... Y ciertamente debió dirigir su mirada hacia el Alverne, la montaña donde siglo y medio antes recibiera San Francisco de Asís «el sello de Cristo».

Una carta de la Santa en esta época lleva la dirección: «A Monna Pavola en Fiesole.» No parece imposible que Catalina, antes o después de su retiro cerca de los Camaldulenses, haya pasado algún tiempo en la pequeña ciudad tan graciosamente asentada sobre una suave colina. Nos complacemos en representárnosla vagando en oración por los bosques que se extienden hacia Settignano o ascendiendo por los senderos bajo los olivos, húmedos del rocío matutino, para ir a misa a la severa y noble catedral o a la capillita de la ermita de Santa María delle Fiori, que se levantaba en su tiempo donde hoy se encuentra la iglesia de los Frailes Menores.

En todo caso, pronto estuvo de regreso en Florencia, donde se había restablecido la paz. Desde allí escribió su primera carta al Papa Urbano, cuyo conocimiento personal hizo en Aviñón, cuando era aún Arzobispo de Acerenza.

Como entrada en materia le predica su riguroso evangelio: «Solamente se halla firme en la caridad el que está dispuesto a morir por el amor de Dios y la salvación de las almas, porque está despojado de todo amor de sí mismo, mientras que quien permanece en el amor propio, no está dispuesto a dar su vida, y no sólo no la da, sino que parece que no quiere sufrir el menor trabajo, porque siempre teme perder la existencia y el bienestar. Así to-

das sus acciones son imperfectas y corrompidas, porque el sentimiento que le lleva a realizarlas es reprensible y se obra por el sentimiento.»

Nadie puede, por tanto, cumplir plenamente el propio deber sin una total renuncia. El que teme el desprecio de los demás estará siempre inclinado a hacer demasiadas concesiones, o, como decía Catalina en su pintoresco lenguaje, «a verter bálsamo sobre la llaga, en vez de cauterizarla». Ahora bien, las iniquidades de la época son de tal naturaleza que sólo el hierro candente puede curarlas. Echando mano de sus recuerdos de Aviñón la Santa traza un lúgubre cuadro de la decadencia de la cristiandad y en particular de los vicios del clero: «Se conducen como carreteros; echan los dados con sus manos consagradas; especulan con la sangre de Cristo y emplean este dinero en provecho de sus hijos ilegítimos.» Los siervos de Dios ven todo esto con terror y con asco, se hallan a punto de morir de dolor y, sin embargo, no pueden morir; su esperanza descansa ahora en Urbano, esperan de él que se rodee de hombres santos que no teman la muerte. Después Catalina intercede con insistencia en favor de los florentinos: «Perdonadles, *Babbo mio*—dice—, y veréis cómo encontraréis en ellos mejores hijos que los demás. De buena gana me iría de aquí... Concededme esta gracia a mí, pobre y miserable, que llego a vos y llamo a vuestra puerta; y cuando se firme la paz, levantad la bandera de la Santa Cruz contra los infieles.»

Esta carta encontró a Urbano en Tívoli, donde se

hallaba acompañado de sus cuatro Cardenales italianos, al paso que la oposición se reunía en Anagni. Comprendió que la paz no podía dilatarse. En la tarde del domingo 18 de julio el mensajero del Papa entró en Florencia a caballo, llevando en la mano una rama de olivo, y pronto se oyó en toda la ciudad: «La rama de olivo acaba de llegar; es la paz.» Las potentes campanas del Palazzo Vecchio se echaron a vuelo y se fijó la rama de olivo en una de las ventanas del Ayuntamiento para que todos pudieran contemplarla. La plaza se hallaba cubierta de una multitud llena de alegría; los consejeros se asomaron al balcón y leyeron el acta pontificia; por la noche se iluminó la ciudad. En el colmo de la alegría, Catalina escribió aquella misma noche a Sano di Maco y a sus demás discípulos que quedaron en Siena: «Queridísimo hijo: los cojos andan, los sordos oyen, los ciegos ven, los mudos hablan y gritan en voz alta: ¡la paz, la paz, la paz!» Y desliza en la carta una hoja de la bendita rama de olivo «llegada el sábado por la noche, una hora después del *Angelus*.»

Pero esta paz, como toda paz, en la Edad Media, fué de corta duración. Dos días después, el martes 20 de julio, estalló la terrible insurrección de trabajadores conocida con el nombre de *Tumulto dei Ciompi*. Eran (usando una expresión moderna) los obreros no sindicados que, careciendo en Florencia de todo derecho de ciudadanía, se sublevaron y recorrieron la ciudad para incendiarla y saquearla. La anarquía duró tres días; cuantos pudieron huyeron de Florencia; el Palazzo Vecchio

cayó en poder de las turbas. Por último, un cardador de lana, Michele di Lando, restableció el orden y la paz en la ciudad, ejerciendo una autoridad dictatorial.

La paz entre la República y la Santa Sede se terminó definitivamente en 28 de julio. Los florentinos hubieron de pagar una multa de 250.000 florines, derogar todas las leyes anticlericales y restituir a las iglesias y monasterios cuantos bienes les habían arrebatado. A su vez se levantó el entredicho el 23 de octubre, y el Obispo de Volterra y el franciscano Francesco da Orvieto recibieron del Papa plenos poderes para levantar la excomunión a la ciudad.

Antes Catalina había emprendido el regreso a Siena. Salió de Florencia el 2 de agosto. ¿Con qué proyectos? Lo sabemos por la carta que dirigió, a su vuelta, a los Priores de la ciudad y al *gonfaloniero* de la Justicia, en la cual se dice: «Mi intención era visitaros y celebrar con vosotros las fiestas de la santa paz por la que durante tanto tiempo he trabajado, y pensaba regresar en seguida a Siena...

Pero parece ahora que el demonio ha suscitado tantos odios injustificados contra mí, que no he querido exponerme a ser causa de nuevas iniquidades. He partido con la gracia de Dios... Consolada porque había realizado la misión que me había impuesto al llegar a vuestra ciudad, consistente en no abandonaros hasta que os viese como buenos hijos en paz con su padre, aunque hubiese de perder la vida.»

VIII

Catalina volvió a su ciudad natal en los primeros días de agosto, disfrutando un momento de reposo después del rudo período de Florencia.

Durante la cálida estación estival acompañó a Lisa «su cuñada según la carne y su hermana en Cristo», en la granja de *La Canonica*, cerca de San Rocco en Pilli. Para ir a ella se sale de Siena por la Porta San Marco; se atraviesan las colinas sobre las que se levantan Santa Bonda y la antiquísima abadía de San Eugenio; se pasa por la pequeña ciudad de Costalpino; se toma a la izquierda el camino que conduce a la *Montagnuola*, la cadena de montañas bajas que separa la comarca de Siena de la Maremma toscana. Se deja atrás la iglesia de la Grotta, con su fachada románica; sobre una eminencia, detrás de una cortina de negros cipreses, se alza la población de Montecchio, con su aspecto de fuerte, y sin cesar se ofrece una amplia perspectiva sobre el paisaje cubierto de viñas y de olivos plateados que se extiende hasta la doble ondulación del Monte Amiata, que la distancia hace parecer azul. Nada queda de la granja de Lisa Benincasa: una *fattoria* moderna ocupa su lugar. Pero en la

muralla que bordea el camino se halla empotrado un busto de mayólica que representa a Catalina: la cabellera oscura se halla adornada con una corona verde y abajo se leen estos versos:

«Santa Caterina da Siena, vergine,
Tu che questo sulo un giorno
Possedendo calcasti, ora dal Cielo
Rendilo pur di ogni dovizia adorno.»

«Catalina de Siena, virgen santa; tú que en otro tiempo hollaste esta tierra que te pertenecía, obtén ahora del Cielo que se vea colmada de todos los dones de Dios.»

Cabe dudar que Catalina pasease por estos lugares con sentimientos de propietaria; en todo caso, otra cosa sabemos de los sentimientos que la animaron durante su estancia en San Rocco. Afligida por sus habituales dolores, dice Caffarini, permaneció acostada un día y una noche. Por la mañana se arrastró hasta la iglesia, situada sobre una colina al otro lado de la ciudad, bastante lejos de *La Canonica*. Pero se detuvo delante de la puerta, abrumada por el sentimiento profundo de culpabilidad que atormentaba tan amargamente a su alma. Le parecía de nuevo que todo el mal que se cometía en el mundo, y principalmente el cisma amenazador—que no dudaba se produciría—procedía de *sus* faltas. No había cumplido con su deber; hubiera debido hablar de otro modo, escribir más largo y de una manera más apremiante y, sobre todo, rezar con mayor

ardor y fervor. No había echado bastantes sufrimientos, lágrimas y sacrificios en la balanza de la justicia divina, y he aquí que el otro platillo, el platillo de las tinieblas, pesaba más que éste, y el demonio reía y se burlaba de su Señor crucificado. Abrumada de dolor, Catalina se dejó caer en el dintel de la puerta verde de la iglesia: «Señor—gimió—, no soy digna de entrar bajo tu techo; no soy digna de recibir tu cuerpo sagrado sobre mis labios inútiles y sobre mi lengua que no ha predicado tu causa. *¡Io miserabile cagion d'ogni male! ¡Peccavi, Domine, miserere mei!*».

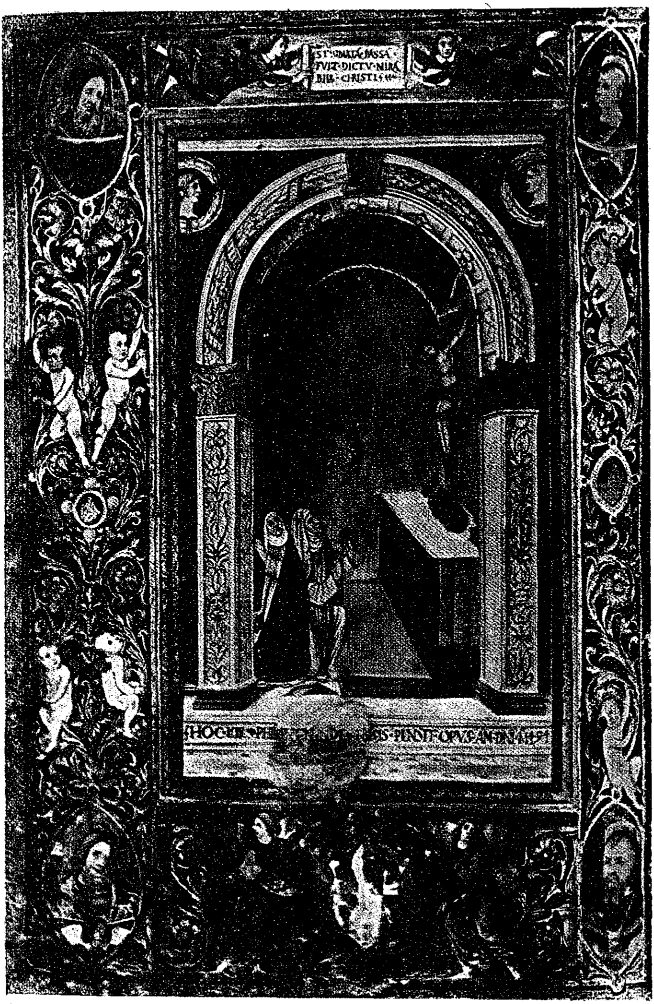
Pero mientras se humillaba tan profundamente se sintió de pronto como inundada de fuego—¿era un baño de llamas o bien de sangre ardiente?—y purificada por las llamas o por la sangre, se adelantó al altar y recibió el Cuerpo de Jesucristo.

Tal vez fué el mismo día en que escribió a Monna Lodovica Tolomei di Granello la carta del 27 de agosto, en que dice: «Me preguntáis dónde y cómo encontraréis la caridad tan apetecible. Os contestaré en dos palabras que el amor sólo del amor puede proceder y que sin la luz no es posible encontrarle, porque caminando sin luz caminaremos por donde no está y andaremos así en tinieblas.

«Es, pues, menester, alejar de nosotros cuanto nos priva de la luz, es decir, el amor propio, el cual es una nube que nos impide ver lo que en verdad debemos amar. El amor propio es una nube que nos impulsa a amar en las tinieblas y fuera de Dios, no con amor razona-

ble, sino con amor sensual. Bueno es disipar esa nube y arrojarla mediante el odio y el desprecio a la carne, a la ley de la carne, que siempre combate contra el espíritu y conduce a ese amor culpable y desordenado. Y cuando el ojo de la inteligencia se halla iluminado por la luz de la fe, se fija en el amor inefable que Dios nos ha demostrado por medio del dulce Verbo encarnado, su único Hijo. Ese dulce y tierno Verbo, el Cordero sin mancilla, nos lo ha mostrado con su sangre, y el alma se embriaga con esta sangre, considerando el ardor amoroso con que ha sido derramada. Por esa sangre, el alma conoce la vida eterna y ve cómo Dios, para llevarnos al fin para que hemos sido creados, permite que el mundo, el demonio y nuestra carne rebelde nos atormenten sin tregua, únicamente para que nuestro corazón, en vez de colocar su fin en el mundo y la sensualidad, se eleve por encima de las crueles espinas de este mundo, por encima de los efímeros placeres que parecen aceradas espinas y pasan como el viento.»

A medida que la vida de Catalina se acerca a su término, los sentimientos fundamentales—que eran también sus pensamientos fundamentales, puesto que su existencia se halla basada en la experiencia—se marcan cada vez más. No pasará más de un mes sin que dé ya a su filosofía su definitiva expresión en un libro, que sus discípulos llaman sencillamente *il libro*—el Libro—y que constituye su testamento espiritual. Y es curioso ver cómo esta virgen consagrada a Dios, que no ha vivido en el mundo, conoce a fondo la vida del mundo y



Bibliot. Municipal.—Siena. *Filippo Corbizzi.*

acierta a pintarla exactamente. Sólo un alma absolutamente sincera es capaz de ello; y he aquí una nueva prueba del estrecho parentesco existente entre la santidad y el genio: ambos se fundan en el puro amor a la verdad. Como Santa y como poetisa, Catalina proclama lo que todos los poetas y los ascetas han confesado y predicado siempre: *¡tutto passa!* Los pétalos de rosa se marchitan y sólo quedan las espinas punzantes. Más aún, la hermosura de las mismas rosas es como un dardo que produce en el alma un dolor agudo, la envenena y la llena de sombría inquietud. En nuestros días, como en tiempo de Catalina, el labrador musita entre las cepas de los viñedos de San Rocco, en Pilli:

«¡Amore, amor! Perchè si loda l'amore?
L'e una catena che non ha mai fine;
l'e una carcere oscura e una prigione.»

«¡Amor, amor! Todos hablan del amor, todos entonan sus alabanzas. ¿Por qué? El amor es una cadena, una cadena sin fin; es una celda de prisión, una oscura prisión.»

Catalina cantaba también, cuando andaba rápidamente, como de ordinario, el largo camino que conduce desde Siena a San Rocco, cantaba con una voz tan límpida—refiere Caffarini—, que las hermanas que la acompañaban estaban maravilladas y experimentaban en cierto modo la impresión de que la Santa se había cambiado en otra persona. Pero no cantaba melancólicos *stornelli* sobre los dolores del amor humano; eran himnos, *Laude*, salmos, cánticos piadosos. Ella, que tenía entrada franca

en Santa Bonda, no podía dejar de conocer los *Laude* de Colombini. Y conocerlos era amarlos. A ejemplo de los Jesuatos, ha debido cantar: «Amado Jesucristo: el que te ama, teniéndote en su corazón, te desea; no se sacia jamás de mirarte. Voy a través del mundo cantando y regocijándome por tu amor.»

«Diletto Giesu Cristo, chi ben t'ama
avendoti nel core si ti brama,
te sempre contemplando non si sfama:
Cantare e giubilar vo' per tuo amore.»

William Flete recuerda que Catalina entonaba con frecuencia un cántico que empezaba así: «Soy Esposa de Dios, Esposa de Dios, porque soy virgen», que lo cantaba en latín, al paso que cantaba en italiano este villancico de Navidad, que ella misma compuso:

Angeluzzo piccolino
che en Belleem è nato
non ti paia cosi fantino
ch'è gle re incoronato.

Querido Angelito
nacido en Belén,
aquí en la tierra eres un niño;
pero en el Cielo Rey coronado.

Como Francisco de Asís, Catalina era un juglar de Dios; era poeta como él, pero su poesía se hallaba llena de un carácter más rico, más variado, de un espíritu más

profundo y menos sencillo. Poseía, sobre todo, el don esencial del poeta: crear la imagen perfecta, la imagen que, con la precisión de una fórmula química o matemática, expresa la verdad. Sus cartas abundan en semejantes imágenes; las que han sido anteriormente citadas contienen más de una (por ejemplo, en su carta a los presos de Siena, la comparación entre Cristo y un caballero bien armado). Con frecuencia sus comparaciones son humorísticas, como cuando califica al breviario de esposa del sacerdote, porque acostumbra a pasearse con él bajo el brazo. Hablando de las tentaciones, declara que sucede con ellas como con las moscas en una cocina: que no se acercan a la cazuela en ebullición. Muy lindamente compara el corazón con una lámpara, estrecha por abajo, ancha por arriba—estrecha en lo que se refiere al egoísmo; pero ampliamente abierta al amor de Dios—; el aceite que mantiene la llama de la lámpara es la humildad, la paciencia, la dulzura. Alimentada por este aceite, la lámpara derrama en el alma la luz del conocimiento de sí mismo; pero precisa que sea sostenida por la mano del temor del Señor. La virtud se parece a una flor; pero cuando las flores están mucho tiempo en el agua, apestan en vez de exhalar un suave perfume, y esto sucede igualmente cuando la virtud quiere desarrollarse en un medio mundano. El alma es como una ciudad o un castillo: a la puerta vigila el perro guardián de la conciencia, que ladra a los enemigos. ¿Cuáles son el alimento y la bebida de ese perro? Bebe sangre y come fuego: la sangre de Cristo y el fuego del Espíritu Santo. Ca-

talina emplea una serie de imágenes relativas a la sangre de Cristo: el baño de sangre mata la polilla del pecado; la sangre da nuevos colores al rostro pálido de Adán; la sangre mana del costado de Cristo como el agua de la fuente, o se vende en la *bottega* que hay en medio del puente que conduce al cielo. La llaga del costado de Cristo es también una *bottega* siempre abierta o una celda donde el alma se refugia y aprende a conocer a Dios y a sí misma. Como para Angela de Foligno y Enrique de Suso, el crucifijo es para Catalina el libro de vida, el gran libro abierto, cuyas cinco rojas iniciales son las sangrientas llagas de Cristo y en el que todos pueden adquirir la ciencia del amor de Dios y del odio al pecado. La cruz es nuestro bastón en el camino del cielo; pero es también (¡qué original imagen!) el asador en que el Cordero pascual de la nueva alianza fué asado sobre el fuego de la pasión, o el caballo en el cual Cristo combatió al antiguo enemigo. Jesús es una rosa encantadora que dió fruto en la cruz, y, según un juego de palabras, los tres clavos se convierten en las llaves del cielo (*chiovi, chiavi*). El cuerpo de Cristo es un tonel de vino, que se probó el día de la Circuncisión y al que pusieron un grifo cuando Longinos lo traspasó con una lanza. En la persona de Cristo, Dios bajó a la tierra como en un carro de fuego. Dios es el fuego que llena la nave del alma de una carga de fuego y sangre. La ciudad del alma debe entregarse a ese fuego sagrado y ser presa de sus llamas purificadoras.

El alma es una ciudad, un jardín o una viña. La *ciudad*

tiene tres puertas: las tres potencias del alma, de las que sólo la voluntad nos pertenece del todo, porque se halla guardada por el libre albedrío. Sin el consentimiento de este centinela, ni los demonios ni criatura alguna pueden atravesar esta puerta, y mientras permanece inviolada, el alma es dueña de sí misma. Ante esta puerta está el perro de la conciencia, que con sus ladridos despierta la razón adormecida. En el jardín o vergel el libre albedrío es también el jardinero. Como buen jardinero, se emplea en remover el terreno de los sentimientos, en arrancar las malas hierbas, en cortar las zarzas y en plantar flores olorosas. Alrededor de la *viña* se alza una muralla en la que se abre una sola puerta: la de la voluntad. El corazón está puesto, como una fuente, en medio de la viña. ¡Cuán repulsivas son muchas almas incultas que se asemejan a un bosque donde crecen en libertad las hierbas venenosas, las malezas del orgullo y de la cólera, los sarmientos salvajes de la impaciencia! los frutos que producen son tan amargos, que nadie puede probarlos. La viña se hace silvestre, el vergel se convierte en un prado donde pastarán animales inmundos.

A veces, las imágenes usadas por Catalina pueden parecer afectadas, como la comparación repetida sin cesar entre Cristo crucificado y el cordero asado, o como cuando dice: «Debemos tener los dientes de la paciencia en la boca del deseo.» Pero, generalmente, son finas y profundas, como cuando, aludiendo a una expresión de San Pablo, declara que el acta de acusación levantada contra la humanidad pecadora fué para siempre clavada fuer-

temente a la cruz, y que «el documento era de piel de cordero». Los herejes quieren interpretar por sí solos el Apocalipsis de San Juan y todas las Escrituras; «pero las eternas verdades—dice Catalina—son como estrellas que se distinguen mejor desde las profundidades del pozo de la humildad». A los que «estudian siempre, sin llegar nunca al conocimiento de la Verdad», los califica de «hojas que mueve el viento», expresión que resume designando sencillamente a las personas de esta clase con el nombre de *uomini da vento*. El amor que se inflama en presencia del Maestro y se derrama, a ejemplo de el de Simón Pedro, en solemnes promesas, no es frecuentemente más que fuego de paja, que se extingue al primer soplo y del que no subsiste más que humo negro. Así ocurre con la paja y el árbol seco; pero cuando el árbol verde, que es el espíritu convencido, se abrasa, derrama lágrimas de devoción, como podemos verlo por la noche, cuando encendemos el fuego con leña verde...

Como lo atestiguan muchas de estas expresiones, Catalina estaba versada en las Sagradas Escrituras. Las leía en latín, como lo vemos en una carta de Caffarini, donde explica la diferencia que existe entre los dos términos *ablattatus* (destetado de la leche materna) y *adlattatus*, que aplica a los fieles que chupan la gracia de Dios, como el recién nacido chupa la leche de su madre. Y las leía tales como la Iglesia las coloca en manos de sus hijos: en su libro de misa y en su breviario. Dicho pasaje (donde, en realidad, debe leerse *ablactatus*) se halla, por

ejemplo, sacado del salmo 130 de la Vulgata, y figura entre los salmos de las vísperas del miércoles. Catalina conocía el Nuevo Testamento por las Epístolas y los Evangelios de los domingos y días festivos. Caffarini le alude a la parábola de las vírgenes prudentes y las vírgenes locas, «como la conocéis por el Evangelio de las fiestas de los confesores y de las vírgenes».

En varias ocasiones cita las propias palabras del Maestro: «el que se humilla será ensalzado», «tener tanto de fe como un grano de mostaza», «cuando me haya elevado de la tierra todo lo atraeré a mí», «hay varias mansiones en la casa de mi Padre», «habitaré entre vosotros».

Conoce los textos relativos al camino estrecho, la puerta angosta, el testimonio que Jesús se rinde a sí propio de ser el camino, la verdad y la vida, la luz del mundo, la fuente en que pueden venir a beber las almas sedientas; ha oído sus lamentaciones sobre Jerusalén; conoce las parábolas de la cizaña sembrada entre el trigo; del servidor infiel; del gran festín; «la parábola del talento sepultado en la tierra, es decir, en el deseo de las cosas terrenas—explica ella espiritualmente—; recordaba con frecuencia la dulce manera de obrar del Salvador con Zaqueo, con el publicano, con la cananea. Sabía que un ciego no puede llevar a otro ciego y en qué señal se conocen los verdaderos discípulos de Cristo. Esta frase de Jesús: «El que habiendo puesto la mano en el arado mira para atrás, no sirve para el Reino de los Cielos», produce sobre ella impresión profunda. Tales palabras recuerdan otras de que gustaba igualmente Catalina: «Dejad a los

muertos enterrar a los muertos.» Veía aquí la condenación de todo sentimentalismo, de toda enfermiza vuelta atrás, de todo retorno a un pasado que no es sino tristeza y pecado y que amamos, sin embargo, porque es nuestro. «Mi vida, en el bien o en el mal; mi propia vida y ninguna cosa más.» Canta, bella, pero falsamente, el poeta. (Ernesto Hello ha escrito sobre esto un terrible y penetrante capítulo: *Dejad a los muertos enterrar a los muertos.*) No detenerse entre los muertos, no desear bajar al valle de las sombras, no mirar tras de sí; antes bien, valerosamente, poner mano en el arado y hundir la reja en la tierra dorada, bajo el sol matinal, tamizado por el follaje húmedo, por el rocío de los olivos, tales eran para Catalina el ideal, el deber, la vida. Por eso leemos sin cesar en sus cartas: «No estéis inactivos, no os volváis, no dejéis el arado», o también—y el que haya visto a un obrero mirar su herramienta con aire pensativo comprenderá su pensamiento—: «No volváis la cabeza para mirar el arado.»

Y en esta voluntad de caminar siempre adelante se siente en estrecho parentesco con San Pablo, el Vaso de elección, el Vaso «lleno de fuego»—como el incensario ante el altar—, con Pablo, tan ardientemente enamorado de Cristo; Pablo, portaestandarte de la Cruz; Pablo, que ha enseñado a Catalina que la vida es un *palio,* una carrera: *Paoluccio,* «mi Pablito», como le llamaba familiar y tiernamente. En él halla la ciencia de la salvación, porque «él se mira en el ojo de Dios»; aprende de él a despojarse de Adán para vestirse de Cristo, a for-

marse a semejanza de Jesús, a gloriarse sólo en la cruz. Como él, sabe que los sufrimientos del presente no pueden compararse con los esplendores del porvenir; como él, se halla transportada de alegría, porque nada puede separarla de su maestro: ni el hambre, ni la sed, ni las persecuciones, ni el fuego, ni la espada, ni las cosas presentes, ni las futuras, «mientras yo no lo consienta».

De los Padres de la Iglesia, Catalina nombra sencillamente a *Agustino*—como acostumbra a escribirlo—, Jerónimo, Gregorio Magno y a veces Bernardo de Claraval. Habla de Santo Tomás de Aquino, el gran filósofo dominico—a quien ha visto ocupar un puesto de honor en el fresco de Andrea di Firenze, en la *Cappella degli Spagnuoli*, en Florencia, cediéndole la preferencia Moisés, David, Pablo y Juan—, pero seguramente no ha leído sus obras. La semejanza que entre ambos puede notarse proviene de la identidad de sus pensamientos fundamentales. Santo Tomás dice: «Los hombres conciben diferentemente las cosas según sus disposiciones. Aquel cuya conciencia es recta, las ve como en realidad son. Aquel cuya conciencia está falseada, las comprende confusa y erróneamente.» Como se ve, es la doctrina de Catalina sobre el fundamento ético del conocimiento, sobre el conocimiento de la verdad como función de conciencia. «Cada cual tiene la inteligencia de las cosas según sus capacidades», dice en el *Diálogo*, y por «capacidad» entiende la disposición moral, la voluntad pura y sin reserva, de aceptar la verdad.

Catalina, ¿ha conocido a Dante? El 30 de enero que

siguió a su muerte, uno de sus hijos espirituales, Bonagiunta di Grazia, escribió a Neri de Landoccio, que vivía entonces en Siena, cerca de la Puerta San Maurizio; en su carta se encontraba esta frase: «Si puedes enviarme el fragmento de Dante—*quello pezzo del Dante*—que he dejado allá, te ruego que me lo mandes.» Neri di Pagliaresi era poeta y, como vemos por esta carta, su amigo le prestó una obra de Dante, uno de los cantos de la *Divina Comedia*, o bien la *Vita Nuova*. Es verosímil, igualmente, que en el círculo de Catalina se leyeran frecuentemente en voz alta los versos del célebre florentino, como en nuestros días la juventud toscana sabe recitar de memoria largos trozos de Dante.

Es posible que alguna de estas reminiscencias o alguna imagen que la impresionara haya quedado grabada en la memoria de Catalina, y al escribir se haya deslizado después de su pluma. Por ejemplo, encontramos en una y otro la parábola de la leña verde a la que el fuego hace llorar; pero la Sienesa ha visto esto con tanta frecuencia con sus propios ojos, que no ha necesitado tomar de nadie su comparación.

Porque, en realidad, Catalina era poetisa. Ella, que oía a los cuervos graznar: *¡cras, cras!*, ¡mañana, mañana!, como el perezoso; ella, que veía cómo la llave de la puerta del paraíso enmohecida por el pecado, recobraba su lustre con la sangre de Cristo, y que sabe que se debe bajar la cabeza humildemente para entrar por aquella puerta, poseía un tesoro suficiente en su propia fantasía. Era una comparación que empleaba con frecuencia

la de que el hombre, el alma, es un árbol. Un árbol de amor, un *arbore d'amore.* «¡Oh, hija querida!—escribe en una carta a Benedetta Salimbeni—. ¿No ves que somos un árbol de amor, puesto que fuimos creados por amor?... Y Dios ha dado a este árbol un jardinero para cultivarlo, que es el libre albedrío... Este árbol posee la razón de que puede servirse el libre albedrío, posee el ojo de la inteligencia que conoce y ve la verdad cuando no se halla oscurecido por la nube del amor propio. Con esta luz, el jardinero ve dónde debe plantarse el árbol, porque si no lo viese y no gozase de esa dulce facultad de la inteligencia, podría excusarse y decir: «Era libre, pero me era imposible ver dónde debía plantar mi árbol, si arriba o abajo.» Pero no puede decirlo, porque tiene inteligencia—*intelletto*—que descubre y razón—*razione*—que fija el alma en el amor al bien y mediante la cual el alma puede ingertarse en el árbol de vida, Cristo, el dulce Jesús. Debe, pues, plantar su árbol allí donde el ojo de la inteligencia ha descubierto el lugar y la tierra más favorables para hacerle producir frutos de vida. Queridísima hija, si el jardinero, el libre albedrío planta el árbol donde debe ser plantado, es decir, en el valle de la verdadera obediencia y no en la montaña del orgullo, produce entonces las flores olorosas de las virtudes y, sobre todo, la flor, bella entre todas, de la gloria del nombre de Dios... Esta flor Dios la quiere para sí, pero quiere que el fruto sea para nosotros, porque no necesita nuestros frutos. Es Aquel que es, mientras nosotros somos los que no son

y, por consiguiente, nosotros necesitamos de El. No existimos por nosotros mismos, sino por El. Nos ha dado el ser y toda la gracia añadida al ser. Y como la eterna y soberana voluntad ve que el hombre no vive de flores sino de frutos—porque la flor nos hacía morir y el fruto nos hace vivir—, toma para sí la flor y nos deja el fruto. Y si, en su ignorancia, la criatura quiere alimentarse con flores, es decir, si quiere para sí la gloria y la alabanza que sólo se deben a Dios, se priva de la gracia y se da la muerte eterna. Pero si nuestro árbol se halla plantado en buen sitio crece de tal modo, que la cima del árbol, es decir, la afección del alma, no se ve desde la tierra porque se halla unida a Dios infinito por el amor.»

En estas líneas, ya el poeta que hay en Catalina cede el puesto al pensador, si es posible establecer una distinción entre los dos, ya que la poesía no es en Catalina sino la forma natural de su filosofía.

Predica, en efecto, una filosofía que le es propia, proviniente de un conocimiento profundo de la humanidad, «infusa, no adquirida», como dice Pío II en su Bula de Canonización. La esencia del alma, nos enseña Catalina, es el amor o la voluntad. La voluntad puede elegir entre dos vías: la exterior y la interior. Por la exterior, la voluntad se apega al amor de las criaturas, al mundo, a la carne; es el egoísmo, el amor propio sensual. Por la interior, la voluntad se desarrolla en el amor de Dios y del prójimo, en la renuncia, en el olvido propio, en el sacrificio, y éste es el verdadero amor, el único que,

propiamente hablando, sea digno de este nombre. Esas dos tendencias de la voluntad van a parar, por dos caminos diferentes, a dos mundos opuestos. El egoísmo conduce a la turbación, a las tinieblas, a las pasiones, a una impaciencia e inquietud perpetuas; en otros términos, conduce al infierno; mientras los frutos del verdadero amor son la paz, la luz, la alegría, es decir, el cielo.

La elección entre esos dos caminos se haría *a priori* —porque ¿quién es el que no desea ser dichoso?—si el juicio humano fuese imparcial y recto. Pero, como la voluntad, el amor es la facultad primordial del hombre, mientras la inteligencia no es sino un instrumento, ésta depende necesariamente de aquélla. De otro modo, el conocimiento de la verdad depende de la tendencia de voluntad del que la busca. Una cualidad moral es al mismo tiempo una facultad intelectual, de donde resulta una doble afinidad psicológica; el egoísmo tiene antipatía hacia la verdad, simpatía por la ilusión y a la inversa.

Catalina explica que el amor propio, como una nube, oscurece el ojo de la inteligencia, de suerte que el egoísmo se halla incapacitado para reconocer la verdad. Para Catalina, distinguir la verdad de la mentira no es sólo una operación intelectual, sino principalmente una operación moral que resulta imposible cuando se carece de ciertas facultades morales. No se conoce más que lo que uno es digno de conocer. *Corde intelligitur.*

Como modalidad del espíritu inaccesible a la verdad,

el *egoísmo* es sinónimo de *orgullo*. Su antítesis es la humildad que, destruyendo los obstáculos suscitados por el yo, hace apta al alma para conocer la verdad. Mientras el hombre se complace en el amor propio, está *condenado*, en el sentido literal de la palabra, condenado a vivir sin felicidad, sin luz y sin alegría. La salvación consiste en pasar de esta existencia que lleva el hombre carnal a la vida en la verdad, a la única vida que merece el esfuerzo de ser vivida. Y este cambio lo trae consigo la experiencia, la experiencia amarga de la vanidad de todas las cosas. *Tutto passa come il vento*: «todo pasa como el viento». Y: *tanto si perde con dolore quanto si possiede con amore*: «con dolor se pierde, aquello que se poseía con amor». Este es, en efecto, el punto débil de toda filosofía panteísta. A este punto vulnerable se dirigen siempre los ataques de Catalina cuando quiere convertir a los adoradores de este mundo. «Todo desaparecerá—les dice—, y ¿qué os quedará sino un puñado de hojas secas?» Si Catalina Benincasa hubiese vivido en el siglo XIX, habría dado la razón a su compatriota cuando, abrumado por «la inmensa vanidad de todas las cosas», decía a su corazón:

Non val cossa nessuna
i moti tuoi, nè di sospiri è degna
la terra. Amaro e noia
la vita, altro mai nulla; e fango è il mondo?

Para Catalina, como para Leopardi, la vida presente, en sí y por sí misma considerada, es sólo «tinieblas

y amargura»; le parecía «asquerosa y sombría», «llena de hediondez e inmundicia».

Pero aquí termina la concordancia de ideas entre la Sienesa y el poeta de Recanati. Esa miserable existencia no es para el hombre la única eventualidad. Por encima de todas esas cosas pasajeras, que se ajan y corrompen, hay algo eterno e imperecedero, que es siempre verde: lo que llama la *vita durabile*, la vida que no tendrá fin. Ahora bien, sólo una cosa se necesita para entrar en esta vida: la conversión. La voluntad del hombre puede cambiar y desasirse del mundo. En el mismo instante, su mirada deja de hallarse oscurecida por la bruma que se levanta de los pantanos del yo; el ojo de la inteligencia se hace límpido y, en medio de este ojo, se halla, según la expresión de Catalina, «la pupila de la fe». Porque, en su opinión, existe tan poca diferencia entre la fe y el conocimiento que, para ella, la fe es sencillamente la perfección del conocimiento, una convicción que nace espontáneamente desde que el alma no tiene interés en negar. Somos incrédulos por egoísmo. Vencido el egoísmo, encontramos naturalmente la fe, porque hemos dejado de ser ciegos y vemos. *Corde creditur.*

Y ¿qué ve entonces el alma emancipada? Dos cosas —contesta Catalina—: se ve a sí misma y ve a Dios. Ha penetrado en la celda del conocimiento de sí misma, que es, a la vez, la celda del conocimiento de Dios. Allí se encuentra ante el «doble abismo», como decía Angela de Foligno; allí se ve a sí misma como *lo que no es*, mientras ve a Dios como *Aquel que es* y a quien el hombre

debe todo su ser. De este modo, el hombre reconoce que no es sino criatura, lo que constituye la base de toda la filosofía cristiana; no se considera, en el sentido panteísta, como parte del gran todo, ni, en sentido monista, como parte de la gran Nada, sino como criatura que, literalmente, es deudora de todo al Señor. Según Catalina, la creación es el más insigne beneficio de Dios, aquel de que todos proceden.

A ese beneficio de la creación se agrega la segunda gran obra de Dios: la redención. La creación debe despertar nuestro reconocimiento; la redención, nuestro amor. La cruz se alza en la celda del conocimiento de sí mismo; en esta celda «hallamos la sangre». La encarnación del Verbo, la pasión, la muerte en la cruz, atestiguan el amor que el Ser eterno tiene a sus criaturas. De la cruz está suspenso aquel a quien su amor y no los tres clavos retienen en ella fijo fuertemente: Cristo, *il Pazzo d'amore*. Derrama con ardor su sangre, y en este baño de sangre muere el hombre antiguo y renace el hombre nuevo. Esta nueva vida brota en un sentimiento que Catalina compara con una hoja de dos filos, uno de los cuales es el amor a Dios, que nos ha salvado, y a cuanto le es agradable; otro, el odio a lo que le desagrada, en particular el Yo, la carne, el Mundo. Por un lado, el amor a Dios, el amor al prójimo, el celo por la salvación de las almas; por otro, el odio a sí mismo, el odio al yo, el odio al mundo. Con ese cuchillo debe ser podada la viña del alma. Provisto de ese arma, el hombre regenerado emprende una santa lucha a

muerte con Adán, que antes era el hijo de la tierra. Esos dos sentimientos, como dos ángeles vestidos de blanco, velan al borde de la tumba del hombre viejo.

Pero no podemos vivir sin amor. El ascetismo y las penitencias no bastan. El fuego sólo puede ser apagado por el fuego; el amor al siglo sólo puede ser vencido por un nuevo, más profundo y eterno amor. Y cuando se plantea la elección entre esos dos amores es inconcevible en realidad que elijamos el menor. ¡Es tan fácil conocer en sus frutos lo que uno y otro valen! El amor propio nos hace crueles, impacientes, insoportables a nosotros mismos y a los demás; es pueril y se lamenta; está inclinado siempre a quejarse; es temeroso y se estremece si se mueve una hoja. Se apega desesperadamente a las criaturas y a las cosas terrestres y vive por eso con perpetuo temor de perderlas; es para el alma como un incesante e intolerable tormento porque es idéntico al «gusano que no muere» y al «fuego que nunca se apaga». Esa clase de amor no sólo no proporciona ninguna fuerza, sino que nos priva de las que poseemos, y es tan miserable y vil que arrastra al hombre a la esclavitud, haciendo de él un siervo de las cosas perecederas y despojándole de su grandeza y dignidad. Este es el amor que da la muerte; el tenebroso amor que conduce al pecado, «porque no podemos amar nada fuera de Dios sin que engendremos la muerte. Es preciso que amemos en El y por El».

A este *amor mortale, amor tenebroso*, Catalina opone el verdadero amor, que no se busca a sí mismo, sino la

gloria de Dios, que emancipa del temor a los hombres y fortifica el alma, que nos inspira el desprecio a nosotros mismos, el horror al mundo, el amor a la cruz. Este amor verdadero, que nos reviste de la voluntad de Dios, toma por divisa: «A Dios, el honor; al prójimo, el amor; el odio y el desprecio para mí.» Y el alma gusta así el cielo por anticipado. Despójate de tu voluntad propia y tendrás paz. En el seno de la tribulación estaremos tranquilos, nada temeremos, nada, en medio de los peligros. Ser siervos de Dios es ser amos. «El que posee la fe—dice en una de sus cartas—es libre y no esclavo de su propia sensualidad, puesto que la ha pisoteado, despreciado e inmolado con la espada del odio y del amor; es decir, el odio al vicio y el amor a Cristo. En esta dulce servidumbre es el alma reina y señora, porque no se busca por sí misma, sino por Dios, y ama al prójimo en Dios y sin tener para nada en cuenta su provecho personal.

»¿Qué lengua acertaría a expresar la paz de que disfruta el alma creyente? No quiere esto decir que se halle al abrigo de las olas y de las tempestades del mar, pero su voluntad permanece serena porque se halla unida a la dulce voluntad de Dios. La tempestad equivale para ella a la calma, porque no se preocupa en modo alguno por su suerte. Sirve a su creador en la guerra y en la paz; la guerra y la paz le son igualmente queridas, porque ve, a la luz de la fe, que ambas proceden del mismo amor...

»Siervos de Dios, reinamos en esta vida por la gracia y triunfamos del mundo, de la carne y del demonio.

Estamos fijos por los vínculos de la caridad y de una verdadera y santa paciencia en la humildad y la mansedumbre. Y llegará un día en que reinaremos en la vida que no tendrá fin.

»Valor, amados hijos, corred esta carrera; cualquiera que sea de entre vosotros quien obtenga el premio, todos lo habréis alcanzado, ya que vuestros corazones se funden en uno. Y, para poder correr mejor, apagad vuestra sed, embriagaos en la sangre de Cristo.»

Después, en otra carta, Catalina condensa toda su filosofía en este himno a la gloria de la preciosa sangre:

«Con su sangre ha lavado la faz de nuestra alma; por la sangre que derramó con tan ardiente amor y verdadera paciencia, nos ha hecho renacer a la vida de la gracia; la sangre cubrió nuestra desnudez, vistiéndonos de gracia; el calor de la sangre derritió el hielo y calentó la tibieza del hombre; las tinieblas se disiparon en la sangre y la luz se abrió camino. El amor propio fué aniquilado en la sangre; tan cierto es, que el alma que ve que es amada hasta el derramamiento de sangre se siente impulsada a salir del miserable amor de sí misma para amar al Redentor que ha dado su vida con semejante ardor, buscando ansiosamente la muerte ignominiosa de la cruz. Nos basta con quererlo, para que la sangre de Cristo sea nuestra bebida y su carne nuestro alimento; el hambre del hombre no puede saciarse de ninguna otra manera, y sólo la sangre puede saciar su sed. Si el hombre poseyese el mundo entero, no bastaría ésta para saciarle, puesto que las cosas del mundo son inferiores

a él. No puede satisfacerse más que con la sangre, porque la sangre se halla impregnada de la divinidad eterna del ser infinito, cuya naturaleza es superior a la del hombre.»

La sangre y el fuego: he aquí los dos términos en que se resume el mensaje que Catalina trae al mundo. La salvación consiste en beber la sangre, en bañarse en la sangre, en perecer en las llamas. Todas las preocupaciones egoístas y mundanas, todos los sentimientos terrenos o puramente naturales se desvanecen en la sangre. El fuego consume el árbol seco de nuestra voluntad propia, la madera verde de nuestra naturaleza sensible y cuanto en el alma no se conforma con la «dulce voluntad de Dios». En el fuego somos trabajados a semejanza de Cristo, hasta que no hagamos más que uno con El, uno con el fuego, para que se cumpla aquella palabra de Cristo que no figura en el Evangelio; pero que Catalina sabe haber sido pronunciada por El: «Yo soy el fuego y vosotros las chispas.»

Esta es la médula del Cristianismo: «Nos vemos privados de Jesús en la medida en que estamos apegados a nosotros mismos.» Para ir al cielo, no hay más camino que éste: «perderse a sí mismo», «buscar el amor de Dios, la salvación de las almas, la paz de los Estados». Y «yo, miserable mujer, no estoy en el mundo para otra cosa».

IX

En los alrededores de Siena se eleva una multitud de pequeñas iglesias y capillitas, situadas a veces en medio de un campo de olivos, cuyo follaje gris de plata se inclina sobre la fachada que, con sus dos pilares lisos, que sostienen un frontón triangular, recuerda un templo antiguo, un pequeño santuario pagano dedicado a las divinidades de los campos. O bien una de ellas se encuentra situada en la cima de un cerro redondo; su pared encalada se destaca sobre una espesa cortina de negros cipreses y, si nos sentamos al sol, en la hierba seca por el invierno, al pie de la iglesia, gozamos de una vasta perspectiva sobre la campiña. Se ven aquí y allá granjas rodeadas de pilas de heno en forma de colmenas; abajo, en el valle, un puente que atraviesa el Tressa; a lo lejos, pequeñas colinas, coronadas por cipreses; después, completamente al fondo, el desierto, amarillo, ondulante, inmóvil, de la *Creta* y las líneas azules de Monte Oliveto, de Santa Fiora y de Monte Amiata. A veces también, una tarde descubrimos una iglesia de este género, de la que oímos, a corta distancia, en nuestro paseo, sonar las campanas, esas campanitas italianas, tan pintorescamen-

te suspendidas de sus campanarios y cuyas voces argentinas hacen oir un llamamiento maravillosamente penetrante, precipitado, apresurado, como si fuese la hora undécima: «Ven, ven, ven en seguida.» Entonces emprendemos un camino que trepa entre tapias, desde las que se ve a trechos el interior de jardines plantados de higueras, de nísperos y de olivos; bajo esos árboles, crecen habas y limoneros de grandes hojas; después, la carretera se bifurca de pronto, arrancando de ella un camino enlosado, a cuyo término suenan las campanas. En lo alto de la colina aparece una iglesita rosa pálido; cerca de la capilla se encuentran una casa rectoral, blanqueada, con sus persianas verdes, medio oculta por un emparrado, y un cementerio abandonado, cercado por una tapia; en uno de los rincones del cementerio se eleva un enorme ciprés. Y nos sentamos en el muro bajo, para contemplar a nuestros pies los olivos en los campos y, si es precisamente un día de primavera, las hojas oscuras del año pasado, forman manchas de un verde oscuro en el follaje argentado que brilla al sol, salpicado de humildes florecitas amarillas.

En semejantes lugares se abandona uno a sueños eremíticos. ¡Ah, vivir aquí, lejos de todo, lejos de las alegrías del mundo y de los placeres de la vista que turban el alma; vivir tranquila y sencillamente, oir la misa temprano, de mañana, en la pequeña capilla; trabajar solitaria y asiduamente todo el día; tomar en la mano el rosario, a la hora difícil en que el cielo flamea y se abrasa como oro y sangre y en que el inmenso valle

azulado por el crepúsculo se parece a una copa llena de violetas, mientras un fuego dorado se enciende a lo lejos en la montaña y se eleva una voz de los campos en sombra, entonando un quejumbroso *stornello*, en que *dolore* rima con *amore*, *canto* con *pianto*...

Así sueña un hijo del siglo XX; pero el hombre de la Edad Media no se contentaba con soñar. En el siglo XVI toda la comarca de Siena se hallaba poblada de ermitaños, y el Gobierno se complacía en encargarse de su subsistencia. Una verdadera colonia de ermitaños se hallaba instalada entre la Porta Camollia y la puerta exterior del mismo nombre. Fuera de la puerta Tufi, vivían los citados *Apostolini*. Después de la muerte de Catalina de Siena su discípulo, Neri di Pagliaresi, se retiró a la ermita de Agromagio, en las cercanías de Florencia. Fra Santi da Teramo, que en tiempos fué amigo de Giovanni Colombini y del santo cartujo de Maggiano, Pietro Pietroni, era ermitaño en vida de Catalina. No sabemos dónde se encontraba la ermita de Fra Santi. ¿Acaso fuera de la puerta Tufi, donde un cuarto de siglo más tarde San Bernardino intentó hacerse ermitaño, renunciando después de un solo día de ensayo? ¿Quizá se hallaba situado entre los cipreses, en la colina de Buccianino, no lejos de la Cartuja, donde Dom Pietro Pietroni había llevado hasta la muerte una vida de oración y de penitencia y donde sufrió en la hora de su tránsito los tormentos infernales que habrían correspondido al gran pecador Boccacio? Lo ignoramos. Pero sabemos que, en octubre de 1378, Catalina escribió un

libro acerca de los caminos de la salvación—*il Libro*— en la ermita de Fra Santi.

Ser Cristófano Guidini escribe en sus *Memorias* a propósito de esta obra maestra literaria de Catalina: «Dicha sierva de Cristo realizó además una obra digna de notarse; a saber: dictó un libro del tamaño de un Misal cuando se hallaba sumida en el éxtasis y había perdido el uso de todos sus sentidos, excepto el de la palabra. Dios Padre hablaba con ella y ella le contestaba, le interrogaba y hasta repetía las palabras que acababan de dirigírsele, a la vez que hacía preguntas, todo en italiano... Hablaba y otro escribía, ya Ser Barduccio Canigiani, ya Neri di Landoccio. Cuando se cuentan estas cosas cuesta trabajo creerlas, pero los que las oyeron y escribieron son de otra opinión, y yo formo parte de estos últimos.»

Stéfano nos asegura que fué uno de aquellos a quienes Catalina dictó su libro; también lo tradujo al latín, para que pudiese ser leído por todo el orbe católico.

Y, como ha demostrado el Padre Hurtaud en el prólogo de la traducción francesa de esta importante obra —cuatrocientas páginas en la nueva edición italiana—, fué escrito en el espacio de cinco días—entre el 9 y el 13 de octubre de 1378—. No es esto imposible ni milagroso. Nietzsche, por ejemplo, compuso la segunda parte de *Also sprach Zarathurstra* en diez días, del 26 de junio al 6 de julio de 1883. Y Catalina no tenía que tomar la pluma: sólo tenía que dictar, y sabemos que su palabra se parecía a un rápido río.

La propia Catalina ha referido, en una carta a Raimundo de Capua, cómo compuso este libro, del que da un breve resumen. En primer lugar, da gracias al amigo ausente por una agradable y gozosa carta que ha recibido de él, precisamente el día de San Francisco de Asís (4 de octubre). Hablando luego de sí en tercera persona, según su costumbre, continúa:

«Y, por un efecto de la divina gracia, experimentó un deseo más grande y una alegría sobrenatural; esperaba la mañana para ir a misa; era el día de la Virgen. Cuando llegó la hora del santo sacrificio, arrodillóse en su sitio acostumbrado, conociéndose a sí propia y avergonzándose ante Dios de su imperfección; por el ardor de su deseo se elevaba sobre sí misma, fijaba el ojo de la inteligencia en la Verdad eterna y le dirigía cuatro súplicas, ofreciéndose a sí propia y a su Padre espiritual en servicio de la esposa de la Verdad.

»E imploraba, ante todo, la reforma de la Santa Iglesia.» Entonces Dios, dejándose vencer por sus lágrimas y deseos, le decía: «Ve, hija mía, cómo el vicio y el amor propio han manchado su faz; cómo la hinchan el orgullo y la avaricia de los que comen en su seno. Pero recoge tus lágrimas y tus sudores que manan de la fuente de tu amor para conmigo, a fin de que laves esa faz, porque te aseguro que su belleza le será devuelta, no por la espada, la violencia y la guerra, sino por la paz, las humildes y perseverantes oraciones, los sudores y las lágrimas de sus servidores. Así realizaré tu deseo y nunca mi Providencia te faltará.»

Y, aun cuando se incluía en esta súplica la salvación del mundo entero, la oración de Catalina entraba en mayores detalles, implorando por todos y cada uno. Dios le revelaba entonces con qué inmenso amor había criado al hombre, y decía: «Mira, hija mía, cómo todos me ofenden con toda clase de pecados, y principalmente con ese abominable y miserable amor de sí propios, con el que han envenenado el mundo entero. Vosotros, que sois mis siervos, poned remedio con vuestras incesantes plegarias, a fin de apagar la cólera del juicio de Dios. Sabe que nadie puede escaparse. Abre el ojo de tu inteligencia y mira mi mano.» Y alzando la mirada vió el globo terráqueo encerrado en la mano de Dios. Y repetía: «Quiero que sepas que nadie puede sustraérseme; todos me pertenecen por la justicia o por la misericordia; y, porque de mí proceden, los amo de una manera inefable y de ellos tendré misericordia por la mediación de mis siervos.»

Entonces crecía el fuego de su deseo; se sentía a la vez alegre y triste (*beata e dolorosa*), y daba gracias al Señor comprendiendo que le había revelado los defectos de las criaturas para que en lo sucesivo fuese más fiel y celosa. El ardor del santo amor crecía en ella de manera que despreciaba el sudor que inundaba su cuerpo, porque hubiera querido que fuese un sudor de sangre. Se decía a sí propia: «Alma mía, has disipado toda tu vida y por eso han caído tantos males sobre el mundo y sobre la Santa Iglesia... Quiero ahora que los repares con sudores sangrientos.» Entonces aquel alma, excitada por

sus santos deseos, se elevaba más arriba y contemplaba con el ojo de la inteligencia la caridad divina. Y entonces Catalina vió el Puente, el único que pasando por encima del río del mundo conduce a la orilla de la vida...

Refiérese en la antigua leyenda de San Galgano, uno de los patronos de Siena (el otro era San Ansano), que siendo adolescente tuvo una visión. Apareciósele el Arcángel San Miguel y le dijo: «Sígueme.» Con esto Galgano se levantó lleno de inmensa alegría y vivo temor y siguió los pasos del Angel hasta llegar a la orilla de un río, sobre el que se hallaba tendido un puente. Y este puente era tan largo, que no podía pasarse sin gran esfuerzo. Bajo el puente había un molino, cuya rueda, moviéndose sin cesar, le representó, a lo que le pareció en la visión, las cosas terrenas sujetas a un cambio perpetuo y continuamente arrastradas por el torrente; esas cosas fugitivas, frívolas y perecederas. Después, habiendo pasado el puente, llegó a una hermosa pradera cubierta de flores.

San Galgano murió en 1181, y su leyenda hízose popular en Siena. No ofrece duda que Catalina oyera referir con frecuencia lo que hoy se cuenta en Siena y, sobre todo, en Chiusdino, aldea natal de Galgano.

Esa imagen de la visión del Santo: el puente difícil de pasar; el agua moviendo la rueda del molino (la rueda que emplea ya el Apóstol Santiago simbolizando la vida temporal sujeta a perpetua mudanza); después, más allá del puente, el hermoso paraíso con sus praderas sembradas de flores, debe haber causado viva impresión en

el espíritu de Catalina. La repite, la transforma; pero la idea fundamental sigue siendo la misma: el puente de la salvación y el río del mundo, de ondas fugitivas (prescinde del molino, pues el agua es un símbolo suficiente de caducidad). Este es el pensamiento principal de su libro. Y coincide con una antigua fórmula cristiana: la de tres pasos o vías en la vida de piedad: *vía purgativa,* desasimiento de las cosas terrestres; *vía iluminativa,* iluminación del alma; *vía unitiva,* unión con Dios por amor eterno. Ya encontramos esos tres grados del desprendimiento del yo y del mundo en los neoplatónicos, y más tarde en Dionisio Areopagita, el cual les da a esas ideas la forma bajo la que se incorporan a la mística cristiana. Las hallamos en San Basilio y más tarde en Bernardo de Claraval. Este último describe los tres pasos como tres besos: el beso en los pies, el beso en la boca, el beso en la llaga del corazón de Jesús, *osculum pedum, oris, et cordis.* San Buenaventura expone la misma doctrina figurando tres pares de alas en los Serafines y la encontramos en forma de leyenda en el capítulo XLVIII de las *Florecillas,* donde fray Juan de Alvernia recibe el permiso de besar primero los pies de Jesús, luego sus manos y, por último, su pecho, «y de la boca de fray Juan, que había bebido de la fuente de la sabiduría divina en el santo pecho del Salvador, salían maravillosas y celestiales palabras que convertían a todos los corazones en quienes caían y producían grandes frutos en las almas».

La mística dominicana alemana se halla impregnada de estos pensamientos, que Enrique de Suso formula en

estas tres frases que sirven de epígrafe a las tres partes de este libro: *Entbildet werden von der Welt, gleichgebildet werden mit Gott, überbilder werden in die Gottheit.* Es la antigua doctrina de San Pablo: «No tener nada de común con este mundo; antes bien, formarse a semejanza de Cristo para participar en la vida eterna de Dios.» Es la doctrina de San Juan Evangelista: «No améis el mundo ni las cosas del mundo.» Es la austera frase del Maestro: «Toma tu cruz y sígueme.» El mundo es el ancho camino de la muerte; la cruz, la puerta estrecha de la vida, la escalera de sangrientos peldaños. He aquí las condiciones; no existen otras. Tal es el ideal monástico, el ideal de la vida del claustro, y, por tanto, el ideal cristiano. El monje es el cristiano perfecto. Cuanto no lleva a la celda, lleva al mundo; lo que no es *claustrum*, es *sæculum*. Y Jesús no «ruega por el mundo». Hay que vivir, pues, en el mundo, como «los que no están en él», como «peregrinos y viajeros». «No tenemos en este mundo mansión permanente; marchamos hacia la que nos está prometida». Nuestra casa—o nuestra «ciudad», como dice la *Vulgata*—es la Jerusalén celestial: *Civitas Dei.*

Hay dos ciudades, dos caminos, dos amores que, cada uno por su lado, van a parar a su ciudad respectiva: el amor propio y la caridad, el falso y sombrío amor y el verdadero amor. Como en todas sus cartas, como en su testamento espiritual (*documentum spirituale*), que dictó el 7 de enero de 1376 a su amigo y discípulo, el inglés William Flete de Lecceto, la Sienesa insiste en el *Diálogo* en esta gran verdad que fué la base de su vida. «El am

propio—dicen las notas escritas por el inglés al dictado de Catalina—es la causa de todo mal y la ruina de todo bien... El hombre bien dispuesto espiritualmente, ama a Dios solamente y por su amor desea con ardor la salvación de las almas. Todas sus facultades se dirigen a este fin. Juzga todo según la voluntad del Señor (es decir, colocándose en un punto de vista divino) y no según la de los hombres. Si se halla privado de algún consuelo, piensa enseguida: «Esto me sucede por la permisión de Dios, por su Providencia, y, mandándome toda clase de pruebas, no quiere ni busca más que una cosa: mi santificación.» Y este pensamiento convierte la amargura en suavidad.»

Catalina añade en la carta a Raimundo donde se desenvuelve el pensamiento fundamental del *Diálogo:*

«Pero mi tercera súplica fué por la salvación de vuestra alma. Y el Eterno respondió a ella diciéndome: «Quiero, hija mía, que se aplique con cuidado para conseguirla. Pero ni él ni tú, ni nadie podréis nada sin sufrir las numerosas persecuciones que yo permitiré. Dile que si desea sinceramente el honor de mi nombre, debe igualmente desear sufrir y perseverar en el sufrimiento con verdadera paciencia. En esta señal reconoceré si él y mis demás siervos buscan mi honor verdaderamente. Entonces será mi hijo querido y descansará en el seno de mi único hijo, porque este es el puente que he construído a fin de que todos podáis llegar a recibir y gustar el fruto de nuestra labor.

»Sabed, hijitos míos, que el camino ha sido roto por

la desobediencia de Adán, y que nadie podía cumplir su fin, lo que era opuesto a mi voluntad, que creó al hombre a mi imagen y semejanza para que alcanzase la vida eterna y me poseyese a mí, que soy la alegría suprema y la eterna bondad. Esa falta hizo nacer espinas y cardos y ocasionó numerosas tribulaciones que son como río que mueve sus aguas sin cesar. Por eso os he dado mi hijo como un puente para que paséis ese río sin ahogaros. Abre el ojo de tu inteligencia y considera que se extiende desde el cielo a la tierra; por tanto, no podía ser construído por los hombres, porque con tierra no se podía hacerlo bastante alto para alcanzar el cielo...

»Hace falta, pues, que paséis por ese puente buscando la gloria de mi nombre en la salvación de las almas, sufriendo valerosamente todas las adversidades y siguiendo las huellas de mi dulce y tierno Verbo. Sois mis obreros, a quienes he enviado a trabajar en la viña de la Santa Iglesia, porque quiero usar de misericordia para con el mundo. Pero no paséis por debajo del puente, porque no es este el camino de la verdad. ¿Sabes tú quienes pasan por debajo del puente? Los pecadores y los culpables. Es preciso que oréis por ellos, que lloréis por ellos, que trabajéis por ellos, porque están sumergidos en las tinieblas del pecado mortal. Siguen el curso del río y caen en la eterna condenación... Hay quienes, llenos de temor, se acercan a la orilla y salen del estado de pecado... Y si son vigilantes y no se duermen en el amor de sí mismos, se agarran al puente y empiezan a subir a él practicando la virtud. Pero si siguen dominados por el amor propio

y la negligencia, sumidos en su noche, no pueden perseverar, y cuando el viento sopla del lado opuesto vuelven al lugar de donde venían, como vuelve el perro a su vómito.

»Después de haber visto las diversas maneras como las almas se ahogaban, se decía a sí misma: «Quiero ver ahora a los que caminan por el puente de Cristo crucificado.» Y veía a muchos que andaban sin la menor dificultad, porque no les fatigaba el peso de su voluntad propia; éstos eran los verdaderos hijos de Dios, que, habiendo renunciado a sí mismos, aspiraban únicamente a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. Animados por este sentimiento, habían hollado los cardos que ya no les podían dañar y el río corría a sus pies, es decir, no prestaban atención a las espinas de las tribulaciones y sufrían con igual paciencia la prosperidad tan peligrosa para el alma y que da la muerte a quien a ella se abandona con desordenado amor. Despreciaban la prosperidad como un veneno y no querían más que alegrarse con Cristo en la cruz, pues a El únicamente buscaban.

»Otros adelantaban con más lentitud. ¿Por qué? Porque su mirada se iba, no tras de Jesucristo crucificado, sino tras de los consuelos que en él hallaban, y por eso su amor era imperfecto... Cuando no ven al que aman y no experimentan ningún consuelo y llegan los ataques y las tentaciones del demonio o de las criaturas; cuando padecen con las flaquezas de su corazón..., entonces vacilan y desfallecen y se apartan del camino de Cristo crucificado, porque en Cristo crucificado han querido seguir al

Padre y gustar en El la abundancia de los consuelos, porque en el Padre no reside el dolor, sino en el Hijo. Pero la Verdad eterna ha declarado: «Nadie puede venir a mí más que por mi Hijo único; El ha preparado el camino que debéis seguir; es el camino, la verdad y la vida... Así reconocen la verdad, y después de haberla conocido y practicado obtienen de este modo la vida perdurable.» El otro camino se halla sembrado de penas, porque la voluntad propia, ya espiritual, ya temporal, es la causa de nuestros tormentos. El que se ve despojado de su voluntad se halla exento de penas y dolores...

»A otros veía que empezaban a subir, es decir, a conocer sus faltas; pero sólo por temor al castigo que sigue a la falta; en el fondo habían abandonado el pecado por temor al castigo, que es un temor servil. Pero veía a muchos pasar del temor servil al temor de Dios, del primer grado al segundo y al tercero. Había también muchos que, por negligencia, se sentaban a la entrada del puente y permanecían allí afligidos. Por estos últimos decía la dulce Verdad: «Ves, hija mía, cuán imposible es que los que no adelantan en la práctica de la virtud no se vuelvan atrás. La razón es que el alma no puede vivir sin amor y que se aplica a conocer y servir más y más lo que ama. Y sin conocerse a sí misma no llegará jamás a conocer la profundidad y abundancia de mi caridad, y no conociéndome no puede amarme, y no amándome prescinde de servirme. Por eso está privada de mí, y como no puede existir sin amor, vuelve a su miserable yo. Estos hacen como el perro, que vomita después de haber comido:

come después lo que ha vomitado y se alimenta con sus inmundicias. Estas almas tibias han vomitado igualmente sus pecados en la santa confesión, por temor al castigo, y han manifestado el deseo de tomar el camino de la verdad; pero como no adelantan, retroceden. Mirando lo que han vomitado, no ven el castigo, sino el placer sensual que les hace perder el temor, y tragan su vómito, alimentando sus sentimientos y deseos con sus propias inmundicias...»

Este retrato de las almas en que la buena semilla cae como en suelo pedregoso y se agosta rápidamente, alude principalmente a los malos pastores: «Son como moscas que ya se posan en una flor olorosa, ya en excrementos malolientes... Estos dejan el altar y sumergen su alma y su cuerpo en tan gran impureza, que los mismos demonios sienten asco ante tan lastimoso pecado.»

Esos infortunados caen, pues, desde el puente salvador en el agua sin fondo y en el mundo engañoso. Apagan la luz de su razón y se dejan sólo guiar por sus sentidos—por esos *five unsatiated senses*, cuyo poder temía el heroico espíritu de Carlyle—. «Hacen como el ciego, que sólo con el tacto, el gusto y el sonido de la voz quiere juzgar en bien o en mal, según su débil e imperfecto conocimiento, no queriendo fiarse del que posee la luz, y quiere en su locura guiarse por su mano; pero el tacto le engaña, pues no puede distinguir el color. El gusto le engaña igualmente, porque no ve el animal inmundo que está sobre su alimento. El oído, seducido por la armonía de los sonidos, no ve al que canta y no se da cuenta

de que el cantor puede darle la muerte. Así hacen los ciegos privados de la luz de la razón: tocan con la mano de los sentidos los placeres del mundo, que les parecen apetecibles, y no comprenden que las alegrías mundanas son un vestido tejido de espinas... Y el alma, seducida por los dulces sonidos de la lira, se precipita en la tumba, donde, cargada con los temores del pecado, es presa de sus enemigos. Los que están ciegos por el amor de sí mismos, apoyándose en sus propias fuerzas y en su propia ciencia, huyen de mí, que soy su camino y su guía, su vida y su luz. Quien camina por mí no puede andar en el error y las tinieblas. No esperan en mí, que no quiero más que su santificación y que no permito nada que no sea por amor. Soy para ellos un escándalo y, sin embargo, los soporto con paciencia, los sufro porque los amo. Me persiguen sin cesar con la impaciencia, el odio, las murmuraciones y numerosas infidelidades; y quieren, en la ceguedad de su espíritu, penetrar mis juicios secretos, que son justos e inspirados por el amor. No conociéndose a sí propios, ven mal, porque el que verdaderamente no se conoce a sí mismo no puede conocerme verdaderamente ni conocer mi justicia.»

La tercera súplica de Catalina había sido por Raimundo y la salvación de su alma. Aun tenía que presentar una cuarta demanda. Había un hombre a quien había sucedido lo que acaba de describirse: había salido del río y se había colocado a la entrada del puente; después se había vuelto atrás, y sumergiéndose en sí mismo y en su pecado, había caído en las aguas y se veía arrastrado a su perdi-

ción. Ignoramos quién era aquél por el que Catalina intercedió en particular con tanto amor. ¿Era tal vez el infortunado discípulo del otoño último, el suicida de Monte Amiata?

Es poco probable, porque el consuelo que la voz del Cielo trajo a la Santa, fué que, a pesar de todo, aquel alma se salvaría, «porque no ha dejado de venerar y amar a mi dulcísima Madre María». Catalina recibió así en su oración respuesta a las cuatro preguntas que la obsesionaban. Después sonó como un supremo llamamiento en los oídos de la hija de Lapa: «¡Concibe y da a luz! Da a luz una raza de hombres que aborrezcan el pecado y me amen con un amor que desfallezca y muera!» Y desfallecida y moribunda, la Santa traza las últimas líneas de la carta: «¡Oh, amadísimo y dulcísimo Padre! Viendo y oyendo así a la dulce Verdad Primera, me parecía que mi corazón iba a romperse. Muero sin poder morir. Tened compasión de una pobre mujer que sufre cruelmente al ver tanto como se ofende a Dios, y no tiene nadie con quien desahogar su corazón; pero el Espíritu Santo me consuela y en su clemencia ha venido en mi auxilio, ayudándome a escribiros.»

El *Libro* fué escrito bajo el imperio de los mismos pensamientos en esa tempestad de pasión por el honor de Dios. Su contenido es idéntico al de la carta; pero más detallado, más copioso, enriquecido con todas las experiencias adquiridas por Catalina en los últimos años. Esta obra se divide en diferentes tratados: una introducción del capítulo I al capítulo VIII, des-

pués el *Tratado de la discreción* (IX-LXIV), el *Tratado de la oración* (LXX-CXXXIV), el *Tratado de la Providencia* (CXXXV-CLIII), el *Tratado de la Obediencia* (CLIV-CLXVII). Esa división no es la primitiva: reemplazó a otra, de la que quedan pocas huellas. En algún sitio habla Catalina, por ejemplo, del *Tratado de la Resurrección*, y en una carta alude al *Tratado de las Lágrimas*.

La división, por lo demás, tiene poca importancia: la obra entera, como la carta dirigida a Raimundo, es el desarrollo de un solo pensamiento y de un solo sentimiento. Los primeros capítulos nos llevan a la iglesia un sábado por la mañana. Catalina ha recibido la triste noticia del cisma (la elección de Clemente VII en Fondi, el 20 de septiembre de 1378), y durante la misa formula cuatro plegarias, por sí misma, por la Iglesia, por la paz entre los cristianos y por el mismo desconocido cuya salvación eterna tanto la preocupaba. Sus súplicas se elevan también a Dios por Raimundo: «Siempre presentaba al padre de su alma ante el trono de la Bondad celestial.»

Esas plegarias, que son interrogaciones, se exponen durante los dos primeros capítulos del libro: ella misma, la Iglesia, la cristiandad, su confesor, ese alma aislada, ¿hallarán gracia ante Dios? Luego todo el libro no es más que una amplia promesa de gracia de la Santísima Trinidad. Gracia para Catalina, si, conociendo a Dios y a sí misma, se sirve de la espada de dos filos del santo amor y del santo odio y no deja el arado para mirar hacia atrás. Gracia para el mundo, al que Dios ha dado a Cristo,

puente que al Cielo conduce, por cuyo medio podemos caminar sobre las aguas de la muerte. Gracia para la Iglesia si, convirtiéndose sus sacerdotes, viven de una manera digna de su vocación. Gracia para todos por la misericordiosa Providencia de Dios. Y el libro termina con una gran oración de acción de gracias, un himno de alabanza al Dios que «enloqueció de amor por sus criaturas»:

«¡Oh, abismo! ¡Oh, divinidad eterna, océano sin fondo!; ¿podías darme más que a Ti mismo? Eres el fuego que arde sin extinguirse. Eres el fuego que disipa todas las frialdades, funde todo hielo, ilumina toda oscuridad; su luz me ha hecho conocer la verdad. Tú eres la Luz sobre toda luz; esa luz comunica al ojo de la inteligencia una claridad sobrenatural tan abundante y perfecta, que la luz de la fe se nos hace absolutamente clara, esa fe con la que veo que mi alma posee la vida, y en esta claridad te recibo a Ti, que eres la Luz. Por la luz de la fe poseo la sabiduría; por la sabiduría del Verbo, tu Hijo; mediante la luz de la fe, espero y no desfallezco en el camino. Esta luz me indica la ruta y sin ella andaría en tinieblas. Por eso te he suplicado, eterno Padre, que me ilumines con la luz de la santa fe. Esa luz es verdaderamente un océano, porque abisma el alma en Ti, océano de paz, Trinidad eterna. El agua de este mar no está enturbiada... Es transparente y deja ver lo que oculta en sus profundidades... Es un espejo, y contemplando ese espejo sostenido por la mano del amor, me contemplo a mí misma en Ti, yo, tu criatura, y te contemplo a Ti en mí

en virtud de la unión que tu Divinidad ha contraído con nuestra humanidad. En esta luz te conozco y estás presente en mi espíritu, tú, Bien supremo e infinito.

«¡Oh, bien superior a todo bien! ¡Bien que realiza la felicidad! ¡Bien incomprensible! ¡Bien inestimable! ¡Belleza que aventaja a toda belleza! ¡Sabiduría que excede a toda sabiduría! Tú, pan de los ángeles, en el ardor de tu amor, te has dado a los hombres. Eres el vestido que cubre toda desnudez, el alimento que por su suavidad alegra a cuantos tienen hambre. Porque eres dulce sin sombra de amargura.

»¡Oh, Trinidad eterna! En la luz que Tú me has dado y que he recibido con la santa fe, he conocido el camino de la perfección. Tú me lo has enseñado para que te sirva en la luz y no en las tinieblas, para que sea un modelo de virtuosa y santa vida y renuncie a esta existencia miserable, en la que hasta aquí, y por mi culpa, te he servido entre tinieblas. No conocía tu verdad y por eso no la he amado. ¿Y por qué te desconocía? Porque no te veía a la gloriosa luz de la santa fe, porque la nube del amor propio oscurecía mi espíritu. Y Tú, Trinidad eterna, con tu luz, has disipado estas tinieblas. ¿Quién, pues, podrá elevarse hasta tu altura para darte gracias por tus esplendideces divinas y por el inmenso beneficio que me has concedido con esa doctrina de vida que Tú misma me has enseñado?...

»¡Responde Tú, Señor, a tantos beneficios! Tú, que has dado, da gracias a Ti mismo, derramando en mí una luz sobrenatural para que esa luz pueda decirte mi recono-

cimiento. Vísteme, Verdad eterna, vísteme de Ti misma para que pase esta vida mortal en la verdadera obediencia y en la luz de la santa fe con que embriagas mi alma nuevamente.»

Calló Catalina e hízose un sepulcral silencio en la ermita de Fra Santi. La pluma no rasgueaba ya sobre el pergamino, en el que seguía con dificultad las palabras extáticas de la vidente. Esta se hallaba de rodillas, con el rostro resplandeciente. Los discípulos se acercaron a ella y rociaron su cara con agua bendita y volvió en sí, exhalando un profundo y débil suspiro, un «gracias a Dios», *¡Deo gratias!*...

—*¡Amen!*—contestaron los discípulos—. Y el secretario escribió para terminar:

—*Deo gratias. Amen.*

X

«Me has escrito y he entendido por tu carta que padecías y que tu sufrimiento no es pequeño... Abandonarías de buen grado tu convento para ir a Roma. Abandona totalmente ese deseo a la voluntad de tu celestial Esposo, y si es para tu salvación y su honra, te procurará el medio de realizarlo de un modo que no podrás prever y nunca hubieras imaginado. Déjale el cuidado de todo, renúnciate a ti misma, piérdete sobre la cruz y te encontrarás plenamente...

«No durmamos más, salgamos del sueño de la negligencia, gimamos con humildes y continuas preces sobre el cuerpo místico de la Santa Iglesia y sobre el Vicario de Cristo. No dejemos nunca de rogar por él, a fin de que reciba la luz y la fuerza necesarias para resistir a los demonios encarnados que se aman a sí mismos y quieren corromper nuestra fe; ha llegado el tiempo de llorar. Por lo que a mi venida se refiere, ruega a la eterna y soberana bondad de Dios que haga lo que sea útil para su honor y la salvación de las almas, sobre todo ahora que voy a Roma para realizar la voluntad de Cristo cru-

cificado y de su Vicario. No sé el camino que tomaré.»

Esta carta, enviada por Catalina a sor Daniela, una de sus discípulas de Orvieto data de octubre o noviembre de 1378. Unas líneas del 4 de noviembre al sastre de Florencia, Francesco di Pippino, nos dejan ver a la Sienesa ocupada de sus preparativos de marcha: «Mediante la bondad de Dios pienso salir para Roma por orden del Santo Padre a mediados del presente mes, poco más o menos, e iré por el camino real... Os ruego, Francisco, que por amor de Cristo crucificado llevéis a su dirección las cartas adjuntas. Id, pues, en busca de Monna Pavola (en Fiésole) y decidle que me comunique si no ha obtenido lo que deseaba de la Corte Pontificia; me ocuparé de ella como de mi propia madre... Ved a Niccolo, el mendigo de Romagna, y anunciadle que me voy... Barduccio Canigiani (que escribe la carta por encargo de Catalina) os ruega entreguéis la suya a su padre y hermanos y les digáis que pueden confiaros lo que quieran para enviárnoslo; lo podéis remitir o traerlo vos mismo, si venís por aquí.»

El Papa, pues—como lo demuestran claramente las cartas citadas más arriba—, deseaba la presencia de Catalina en Roma, deseo que coincidía con el de la Sienesa: «Si las cosas se realizasen a mi gusto, no estaría aquí más tiempo—dice al final de una carta dirigida a Urbano—; he hablado bastante; ahora tengo ganas de lanzarme al campo de batalla para combatir a vuestro lado hasta la muerte por la causa de la verdad». Habla aquí un espíritu guerrero semejante al que más tarde animó a

Juana de Arco, y que era necesario en la época que atravesaba el mundo.

El gran cisma estalló el 20 de septiembre (*venti settembre*, fecha que, cinco siglos después, fué también crítica en la historia de la Iglesia). Los Cardenales hostiles a Urbano, que preferían ver volver la Santa Sede a Aviñón, se reunieron en Fondi, donde eligieron Papa al Cardenal Roberto de Ginebra. Roberto tomó el nombre de Clemente VII y fué coronado solemnemente en la Catedral de Fondi. En lo sucesivo el mundo católico se dividirá en dos campos enemigos: Urbanistas y Clementistas. Del lado del antipapa se hallaban, en primer lugar, Francia (entonces bajo el reinado de Carlos V), el hermano del monarca francés, Luis de Anjou, Juana de Nápoles, Saboya, Piamonte y el ducado de Monferrato. El resto de Italia era del partido de Urbano, como el nuevo emperador alemán Wenceslao (Carlos IV había muerto el mismo día de la elección del antipapa). Baviera, Luxemburgo, el Arzobispo de Mayenza y Escocia optaron por Clemente. En tanto que Inglaterra (bajo Ricardo), Flandes, el rey Luis de Hungría y Colonia eran positivamente urbanistas, Pedro IV de Aragón y Enrique V de Castilla permanecieron neutrales.

Catalina, desde Florencia y luego desde Siena, hizo lo posible para alejar el cisma. Escribió al Cardenal Pedro de Luna, a quien conociera en Aviñón, y con su energía acostumbrada le denunció el amor propio como la causa de aquellos acontecimientos, como de todo mal. «Quiero, carísimo Padre, que seáis una columna inconmovible

que no haga vacilar ninguna persecución... Pero si no os despojáis del amor a vos mismo, seréis débil y vuestra debilidad reducirá a nada vuestras acciones... Me han dicho que acaba de surgir la discordia entre el Cristo de la tierra y sus discípulos, y os conjuro por la sangre de Cristo a que no os apartéis de la virtud ni de vuestro jefe... Sed un hombre y una columna que no vacila.»

A la sazón Pedro de Luna pertenecía aún al partido de Urbano. Catalina experimentó después el dolor de asistir a su deserción y de verle convertirse en el principal apoyo de Clemente. No se dirigió a él por entonces; pero, en cambio, escribió una carta fulminante a los tres Cardenales italianos que tomaron parte: Orsini, Corsini y Brossano. «La verdad—declara—es que el Papa Urbano VI es el verdadero Pontífice regularmente elegido, no por influencia del temor, sino por inspiración divina más que por vuestra humana inteligencia... Habéis declarado vosotros mismos que tal era la verdad..., y ahora pretendéis desmentir esa verdad y hacernos creer lo contrario, diciendo que habéis elegido al Papa Urbano por temor. No es así, y quien lo pretendiera (os hablo sin respeto, porque no sois dignos de respeto) mentiría descaradamente, porque el que quiera, puede ver al que habéis elegido por temor, a saber, el Cardenal de San Pedro» (Tebaldeschi).

«¿Y quién me prueba que habéis elegido regularmente a Messer Bartolommeo Arzobispo de Bari, de modo que ahora sea el Papa Urbano VI? Lo que me lo prueba es su coronación, a la que habéis procedido con gran so-

lemnidad, son los homenajes que le habéis presentado, los favores que le habéis pedido y de que os aprovechasteis. Todo esto no lo podéis negar sin mentira.»

Y ahora Catalina da suelta a toda su indignación:

«¡Oh, insensatos, dignos de mil muertes, sois como ciegos que no ven su propio mal... Os declaráis embusteros e idólatras. Si lo que decís es verdad (que no lo es, mas supongámoslo), os habéis burlado de nosotros cuando decíais que era Papa; le habéis prestado pérfidamente vuestro acatamiento y adoraciones y habéis practicado la simonía, procurándoos sus favores, que usábais ilegítimamente. He aquí los hechos tales como son. Ahora que han elegido un antipapa, os ponéis a su lado, asistiendo a la elección de un demonio por otros demonios.» Los Cardenales italianos son aún más culpables que los extranjeros, «porque, humanamente hablando, el Cristo de la tierra es un italiano, y vosotros sois italianos, de modo que no os hallabáis movidos por el patriotismo, como los transalpinos. Vuestra manera de proceder no tiene otro motivo que el amor propio».

En una carta a Juana de Nápoles, Catalina repite los mismos argumentos: «Han revestido con la capa pluvial de San Pedro a Messer di Santo Pietro—dice—, pero él mismo ha reconocido que no era Papa y que el Papa elegido era Messer Bartolommeo, Arzobispo de Bari.» De otro modo, ¿por qué haber procedido de nuevo a la elección, a la coronación, a la prestación de juramento de fidelidad? ¿Por qué anunciarnos a «las ovejas» que Urbano VI era el verdadero Pontífice? Cata-

lina recuerda a la reina de Nápoles su fidelidad a la Iglesia y le previene que sólo en el seno de la Iglesia adquieren los creyentes una sana doctrina y la verdadera vida. Pero Juana ha perdido el gusto para los alimentos sanos; prefiere «la doctrina, las costumbres y la iniquidad de los egoístas, porque, si así no fuera, lejos de juntaros con ellos, de ellos os alejaríais». La Santa escribe al conde de Fondi y le declara sin rodeos que si no puede discernir la verdad, esto procede de que el odio y la cólera oscurecen su inteligencia. «¿Cómo os atrevéis a hacer lo que hacéis?—exclama atrevidamente—. Sabéis con seguridad en vuestro corazón que Urbano es el legítimo Papa; quien dice lo contrario, es un hereje condenado por Dios; no es un creyente católico, sino un renegado que traiciona su fe.»

Y en otra carta posterior a Juana de Nápoles, Catalina exclama: «¿Quién es el hombre elegido como antipapa? ¿Un santo? No: un culpable, un demonio, que realiza, por tanto, el oficio del demonio.»

No había olvidado, como tampoco nadie en Italia, que dos años antes el Cardenal de Ginebra, antipapa actual, entonces legado pontificio, había devastado la Romaña con sus hordas inglesas y bretonas. No se había olvidado de Cesena.

Catalina ansiaba pelear contra estos demonios humanos. «He sabido—escribió a Urbano—que esos demonios encarnados han dado a luz un Anticristo que se levanta frente a vos, Cristo de la tierra... Adelante, Padre Santo, id al combate sin temor.»

También Urbano deseaba vivamente la presencia de Catalina, a su lado, suplicándola, en carta a Raimundo, que viniera. Entonces ocurrió un hecho muy humano, muy femenino: que, en el último instante, Catalina vacila y comienza a temer las habladurías del pueblo de Siena. Ella, que se ha presentado ante el Papa y los Cardenales; ella, que fué sin temor al encuentro de los asesinos de Florencia, se inquieta de lo que se dirá en Siena si la deja nuevamente. Porque la Santa, a cuya puerta llamó Gregorio XI en Génova una noche de incertidumbre, no ha dejado de ser, para las comadres que viven en la Costa San Antonio, Catalina di Lapa, la hermana de los tintoreros arruinados, que tuvieron que establecerse en Florencia por no acertar en Siena a librarse de apuros... La joven haría mejor, ciertamente, en gobernar la casa de sus hermanos que en vagar sin tregua, por Pisa, por Aviñón, Dios sabe por dónde... Además, esos viajes deben resultar muy caros, ya que siempre va acompañada de una escolta numerosa, compuesta de otras mujeres insensatas y de los señores secretarios que lleva a todas partes consigo... ¡Debe constituir un disgusto tan grande para la familia Maconi que el joven Dom Stéfano esté siempre colgado de a falda de la *Benincasa!* Los chicos le silban a su paso. Y Monna Rabe Tolomei escribió una carta severa a la joven cuando ésta vivía con los Salimbeni en su *Rocca* e hizo regresar a su hijo Matteo... Tales debieron ser las habladurías, tales son hoy en Siena cuando una joven obra de modo distinto que las demás. Cata-

lina lo sabía y quería defenderse. Escribió a Raimundo: «Padre: varios burgueses de la población, sus mujeres y algunas *Mantellatas* se escandalizan de los viajes, demasiado frecuentes a lo que parece, que he efectuado hasta ahora aquí y allá, y declaran que no es decoroso para una virgen que quiere servir a Dios viajar con tanta frecuencia. Y, aunque estoy convencida de que no he sido culpable en este punto, porque siempre que me he puesto en camino ha sido para obedecer a Dios y a su representante y por la salvación de las almas, no quiero ser deliberadamente piedra de escándalo para nadie, por lo que no puedo resolverme a marchar. Pero si el Vicario de Cristo quiere absolutamente que vaya, cúmplase su voluntad y no la mía. Si es así, procurad que me notifique su voluntad por escrito, para que los que se escandalizan reconozcan que no emprendo ese viaje por mi gusto.»

Catalina recibió de Roma la orden categórica que esperaba y se puso en camino. Provisionalmente dejó en Siena a su anciana madre, en la casa de la Vía Romana, donde se había instalado después de abandonar la Vía dei Tintori. También Stéfano se quedó, siendo reemplazado en la intimidad de la virgen por Barduccio Canigiani, «mi dulce hijo Barduccio», como lo llamaba tiernamente Catalina. Fueron con ella, sus fieles compañeras Alessia, Cecca, Lisa, Giovanna di Capo y sus amigos Neri di Landoccio, Gabriele Piccolomini, el dominico Fra Bartolommeo de Domenici, Messer Giovanni Tantucci y Fra Santi, en cuya ermita había dic-

tado el *Diálogo*. «Otros muchos la hubieran seguido si no les prohibiera», escribe Raimundo.

Así salieron de Siena por la Porta Romana por última vez, pero Catalina lo ignoraba. Era a mediados de noviembre, y suponemos que los peregrinos sieneses que iban a Roma eligieron un día soleado para emprender su viaje. En los campos, los labradores cogen las maduras aceitunas negras; rústicos carros, con los montantes de mimbre, suben lentamente hacia Siena, tirados por grandes bueyes blancos de potentes cuernos; a lo lejos azulea el Monte Amiata. Allá abajo, a la izquierda, más allá de la Porta San Viene, se alza la Cartuja de Maggiano; allí, el discípulo y amigo de la dominica, el piadoso Dom Pietro di Viva, trabaja en el jardincillo contiguo a la casa. *¡O beata solitudo!* Arriba, en la colina, hállase la vieja iglesia de San Mamiliano y, más adelante, al otro lado de la carretera, el convento de Belén... Después, Catalina pasó por delante de San Lazzaro, donde, en otro tiempo, en su juventud—¡ha pasado tanto tiempo y está, sin embargo, tan cerca!—cuidó a la malvada Cecca y, cuando murió, la enterró con sus propias manos, esas manos que están traspasadas ahora noche y día por los dolores de las llagas de Jesús... Allí está situada Santa Bonda, donde tantas veces ha rezado ante la tumba de Giovanni Colombini, en el claustro de la iglesia y en el que un día, en el éxtasis, gustó las suavidades infinitamente profundas del amor celeste... Más lejos, sobre la altura inmediata, álzase el castillo de Belcaro, donde se dispone todo para

su nuevo convento; como están descontentos de ella en muchos puntos, la censuran porque se toma poco interés por esta cuestión; por eso escribió desde Florencia a Sano di Maco «y a sus demás hijos en Siena» que «los buenos hijos trabajan más faltándoles su madre para poder enseñarle lo que han hecho en su ausencia».

Y he aquí que los viajeros pasan por delante de la pequeña hostería de la Coroncina «del rosario», llamada así porque cuando el verdugo y sus hombres llegan con los que han de ser ejecutados, empiezan a rezar el rosario por los moribundos, lo que dura justamente el tiempo necesario para llegar al *Albergaccio*, «la mala hostería», donde el condenado a muerte pasa su última noche. El *Albergaccio* se halla a la izquierda de la carretera; en una de sus habitaciones, Niccolo Toldo durmió su último sueño o, más bien, veló toda la noche en oración... Desde allí se les lleva unos centenares de pasos más lejos, al lugar de la ejecución, en la colina de la derecha, el *Pecorile*... Allí arriba lo esperó Catalina cierta mañana de Primavera, mientras nuestra hermana la alondra cantaba en el cielo azul y todas las florecillas de abril salpicaban la hierba nueva. Allí, arrodillándose junto al tajo, se inclinó sobre sus jóvenes cabellos negros y le dijo al oído: «Dulce hermano mío, pronto te hallarás asentado al eterno banquete». Le había tomado la cabeza entre sus manos para que no cayese en la cesta del verdugo; había cerrado los ojos cuando el hacha brilló en el aire; pero oyó el ruido del acero cortando huesos y cartílagos. «Quiero», murmuraban sus labios, y sus ma-

nos se crispaban fuertemente, ¡oh!, fuertemente... Después, sintió un chorro de sangre caliente y, cuando abrió los ojos, la cabeza lívida yacía entre sus manos y su blanca túnica estaba cubierta de sangre como la hierba de flores... *¡Fratello mio dolce!*

El camino bajaba después hacia Malamerenda; ya no se veían las torres de Siena; delante de los viajeros se extendía el inmenso desierto amarillo y soleado, azuleaban a lo lejos Monte Amiata, Monte Cetona, Radicofani y abajo, detrás de todas las montañas azules, se encontraba Roma, «donde la Cristiandad se moría». Catalina apretó el paso, de suerte que los demás la seguían con trabajo. «Tengo hambre—la oían gemir—; muero y, sin embargo, no puedo morir.» La llama de vida y la llama de muerte la consumían: el hambre de las almas, el deseo de ofrecer la existencia en holocausto por la Esposa, que es la Santa Iglesia.

El camino—Vía Francigena—conducía de Siena a San Quirico, y Catalina volvió a ver el valle de Orcia. Es probable que, según su reciente promesa, visitase a su hermana Daniela en Orvieto. Y el 28 de noviembre de 1378, el primer domingo de Adviento, llegó a Roma, donde, por breve tiempo, se reunió con Raimundo de Capua. En una carta dirigida a principios del año siguiente a Neri di Landoccio, en Roma, Maconi, de Siena, le da recuerdos para la *Nonna*—es decir Lapa—, que, por tanto, debió reunirse con su hija en la Ciudad Eterna.

Catalina tuvo en seguida una audiencia con el Santo Padre. Messer Lando di Francesco Ungaro, que, según

los viejos registros, recibió del Tesoro de Siena la suma de 126 liras como gratificación de la estancia de un mes en Roma, adonde fué enviado para obtener la rendición de Talamona, escribió a su Gobierno: «Catarina di Monna Lapa ha llegado aquí, y nuestro Señor Messire el Papa la ha visto y oído con placer; pero ¿qué la ha pedido? Se ignora; sólo se sabe que la ha recibido con alegría.»

Lo que pidió Urbano a Catalina es que se encargase de una misión política en Nápoles. La había recibido en audiencia pública, rodeada de Cardenales. Al hablar Catalina produjo en ellos gran impresión, por su fe y su valor. «Esta mujercita—*donnicciuola*—nos avergüenza a todos—dijo Urbano cuando ella calló—. Tememos y nos alarmamos, mientras que ella, que por naturaleza pertenece al sexo débil, no experimenta temor alguno y nos alienta.» Y prosigue con entusiasmo: «¿Qué puede temer el Vicario de Cristo cuando Cristo Omnipotente está con él? Cristo es más fuerte que el mundo, y es imposible que traicione a su Santa Iglesia.»

Urbano, como otros, experimentó el sentimiento de la presencia de Cristo en esta mujercita, presencia casi, puede decirse, tan real como la de la Hostia en el Tabernáculo. Con ella a su lado, como un ángel custodio, se lanzaría al combate. Catalina se hallaba dispuesta a ir a Nápoles como fué a Florencia. Sin embargo, el Soberano Pontífice, no queriendo que fuese sola, deseaba agregarle otra Catalina, Santa Karin de Vadstena, hija de Santa Brígida, que contaba cuarenta y seis años. Karin conocía a Nápoles y a la reina Juana; estuvo allá

nueve años antes con su madre; después se detuvo de nuevo, en 1372 y 1373, al ir y volver de Tierra Santa. Karin conocía a Juana; se acordaba de las miradas concupiscentes que la soberana dirigía a su hermano Karl; recordaba que Brígida hubiese preferido ver a su hijo muerto, primero que en los brazos de una mujer frívola; recordaba cómo repentinamente, según lo deseara su madre, la fiebre se apoderó de Karl y se lo llevó y de que lo habían enterrado allá abajo, a orillas del golfo azul. Karin no quería por nada del mundo volver a ver los ojos deslumbradores de la reina Juana, desafiar la sonrisa cruel de sus labios voluptuosos. Ella, virginal esposa del señor Eggert, temía la venganza que de ella y de la virgen Sienesa pudiera tomar aquella mujer malvada y sensual.

Y Raimundo dió la razón a Karin; también él temía la malicia de Juana, y se estremecía ante el pensamiento de ver a su amiga regresar a Roma envilecida y deshonrada. Vió a Urbano y le aconsejó que abandonase su proyecto. Cuando Catalina conoció esta gestión dijo: «Si Inés, Margarita, Catalina y las demás Vírgenes hubiesen sido tan pusilánimes no habrían conquistado la palma del martirio. Todas las vírgenes prudentes tienen un Esposo poderoso que las defienda y las proteja. Tales vacilaciones más proceden de una falta de fe que de una virtud prudente.»

Sin embargo, se decidió que Catalina quedase en Roma. Primeramente se instaló en una habitación de la *Contrada di Colonna*, al pie del monte Pincio; después, «cerca de Santo Biagio, entre el Campo di Fiori y Santo

Eustachio», en la vía di Papa (actualmente vía Santa Chiara), no lejos del convento dominicano de Santa Maria sopra Minerva, del que Raimundo era prior. Era variable la importancia de la casa; el número de los convidados jamás era inferior a diez y seis hombres y ocho mujeres, y a veces este número se elevaba a treinta o cuarenta, pues la casa de Catalina era el punto de cita de los sieneses que acudían a Roma. Les obtenía en el Vaticano cuanto deseaban (audiencias, concesiones de indulgencias, etc.) y les ofrecía la hospitalidad y el cubierto. «Aunque no tuviese bienes temporales—escribe Caffarini—poseía todas las cosas», según la frase del Apóstol. Y como su corazón estaba lleno de una confianza sin límites en la Providencia, el Maestro proveía por mil prodigiosas maneras a sus necesidades y a las de todos sus hijos en Cristo. Hasta cuando reinaba el hambre y se sentaban a la mesa treinta, cuarenta o más, no carecían de nada; y nada sobraba cuando su número disminuía, lo que era para todos motivo de asombro. Dios proveía a sus necesidades, ya con limosnas, ya por otros medios; así Catalina acostumbraba a decir con santa confianza y fe viva: «Aunque tuviese cinco mil convidados, no dudaría de que mi Esposo vendría en mi auxilio.» Y esto lo experimentábamos sin cesar. Pero para que hubiese orden en todo y que cada una de sus compañeras tuviese tiempo de hacer sus piadosas peregrinaciones y ganar indulgencias en las iglesias de Roma, esta virgen sabia acordó que cada una por turno vacaría durante una semana al servicio de la cocina y de la mesa. Si durante ese período

llegaba a faltar pan, vino u otro alimento indispensable, dicha compañera se hallaba encargada de prevenir a Catalina para que se los procurase, ya pidiendo limosna ella misma o ya enviando a alguien a pedirla.

«Pues bien; aconteció una vez—dice la *Legenda minor*—que una de sus compañeras, llamada Giovanna di Capo, se olvidó de avisar a Catalina que se había acabado el pan, y no pensó en ello hasta el momento de sentarse a la mesa. Entonces, confusa y triste, hubo de confesar que no había pan en la casa. «Dios te perdone, hermana—dijo Catalina—; ¿cómo hemos llegado a tal extremo?» Y la reprendió severamente; después de lo cual le preguntó: «¿No hay nada de pan?» La hermana contestó: «Sí, hay algo; pero tan poco, que es como si nada.» Catalina repuso entonces: «Di a toda la familia que se siente a la mesa y coma lo poco que nos queda hasta que Dios nos asista de otro modo.» Y habiendo dicho esto, se retiró para orar.

»La familia, hambrienta a causa de largo ayuno, se sentó a la mesa con placer. Todos comieron de aquel poco de pan antes y después de la sopa, y quedaron satisfechos, y siempre había pan en la mesa, con lo que estaban maravillados. Se preguntaban entre sí, cuando alguien dijo que Catalina estaba rezando con fervor. Entonces comprendieron claramente que aquella maravillosa multiplicación del pan era un efecto de la intercesión de Catalina, porque no sólo hubo pan suficiente para la primera mesa (la de los hombres, que comían aparte, los primeros), sino para la de las mujeres, y aún se distribuyó con profusión entre los pobres.»

IX

Urbano tenía a Catalina a su lado. Desde Santa María en Transtevere, donde se había refugiado al abandonar el Vaticano, demasiado próximo al castillo de los Angeles, siempre amenazador, lanzó una Bula de excomunión contra los «hijos de perdición». Esta Bula, fechada en 29 de noviembre de 1378, anatematizaba a Roberto de Ginebra y a los Cardenales de Amiens, de Marmoutier, de Sant Eustachio, al Patriarca de Constantinopla, al Arzobispo de Cosenza y a otros varios Prelados; al conde de Fondi, defensor del cisma; a los tres jefes de los ejércitos cismáticos: los *condottieri* Juan de Malestroit, Bernardo de La Salle y Silvestre Budes. En cambio, los tres Cardenales italianos residentes en Tagliacozzo: Brossano, Corsini y Orsini, son llamados «reverendos hermanos e hijos amadísimos». Tampoco se incluye a Pedro de Luna.

Había que hacer una última tentativa para recuperar a los dos grandes apóstatas: Nápoles y Francia.

El proyecto de enviar a Catalina a la reina Juana había sido abandonado por el Papa; pero no por ella. El 18 de setiembre del siguiente año Bartolommeo de Dominici escribe que varias veces su *Mamma* ha manifes-

tado el deseo de marchar a Nápoles; «pero no parece que ésta sea la voluntad de Dios y tampoco ha consentido su Vicario; no hay que pensar en esto por ahora». En esta época envió allá a dos de sus discípulos para que influyesen sobre Juana, Neri di Landoccio y el presbítero Lisolo (¿Eligio?) desconocido. Apoyaba su misión sosteniendo correspondencia con numerosas damas aristocráticas de la corte napolitana: la condesa Juana de Aquino, casada con el conde Sanseverini de Miledo, Terranova y Belcastro; Monna Lariella, casada con Francisco Caracciolo; Monna Catarina Dentice; Monna Catella; Monna Cecia.

Además se dirigieron otras cartas al cartujo Dom Cristófano, de la célebre Cartuja de San Martino, que domina a Nápoles, a «Madonna Pentella, mujer casada de Nápoles», cuyo esposo tenía como querida a una esclava de la casa; a «Peronella, hija de Masello Pepe», a «tres mujeres piadosas de Nápoles», a «una dama de honor de la Reina», quizás a la mujer del chambelán Giacomo Arcucci.

Neri fué a Nápoles y Raimundo de Capua a Francia. Apenas Catalina había hallado en Roma a su padre espiritual, a su director y amigo, hubo de decirle adiós, y esta vez para siempre. «Algún tiempo después el Soberano Pontífice estimó conveniente enviarme a Francia—escribe Raimundo—; pensaba que esta legación decidiría al rey Carlos, que lo era entonces de Francia, a renunciar al cisma, cuyo primer sostén había sido; vana esperanza, porque su corazón era más duro que el de Faraón. In-

formado de las intenciones del Padre Santo, hablé de ello con Catalina, y aunque la costara privarse de mi presencia, no vaciló en aconsejarme que obedeciera las órdenes del Papa. Entre otras cosas, me dijo: «Padre, tened por cierto que ese Pontífice es realmente el Vicario de Cristo, digan lo que quieran los cismáticos que le calumnian, y quiero que defendáis y proclaméis esa verdad como proclamáis y defendéis la misma fe católica.» Esa seguridad de una verdad que ya conocía me confirmó de tal modo en mi resolución de sostenerla contra los esfuerzos de los cismáticos, que no me he cansado hasta este día (hacia 1395) de defender al verdadero Pontífice, y el recuerdo de estas palabras de Catalina me ha consolado siempre en mis pruebas y angustias. Asentí a sus deseos e incliné la cabeza bajo el yugo de la obediencia.»

Siguióse a esto la última entrevista de Raimundo y de Catalina. ¡Tan frecuentes habían sido, se había dado tan imperfecta cuenta de su sentido, que muchas veces habíase dormido mientras ella hablaba. Pero ésta era la última. Lo llevó a una esquina de la habitación, donde nadie podía oirlos, y hablaba, hablaba, hablaba... Veía cara a cara aquel rostro pálido, del que conocía cada rasgo, cada arruga, hasta las ligeras huellas de viruela en la blanca piel. Y hablaba, hablaba siempre con sus grandes ojos radiantes; sus labios delgados movíanse sin cesar, pronunciando hermosas y fuertes palabras; de tiempo en tiempo le tomaba la mano y sonreía con aquella sonrisa luminosa que ninguno de sus discípulos pudo olvidar... Aquella sonrisa de la que sólo quedan algunos dientes

diseminados en la mandíbula de la calavera que se conserva detrás de una verja dorada sobre el altar de la capilla de Sodoma, en San Domenico...

«Y después que hubimos conversado durante varias horas—escribe Raimundo—, terminó diciéndome: «Id ahora a trabajar en la obra de Dios; creo que en esta vida no nos hablaremos ya largamente como acabamos de hacerlo.» Esta predicción se cumplió... Por este mismo motivo pienso que, queriendo darme un último adiós, me acompañó hasta la galera donde debía embarcarme; en cuanto empezamos a alejarnos de la orilla, se arrodilló, y llorando, hizo con la mano la señal de la cruz. Y me pareció que esto quería decir: «Protéjate en la tierra, ¡oh hijo mío!, este signo de la santísima Cruz; no volverás a ver a tu madre.»

Además de Raimundo, se hallaban entre los enviados de Urbano, el Obispo de Valence, Guillermo de la Voulte, así como el mariscal de la Corte Pontificia, Giacomo di Ceva. A pesar de las galeras enemigas que cruzaban el Mediterráneo, llegaron primeramente a Pisa, luego a Génova, desde donde prosiguieron su viaje por tierra. Pero en Ventimiglia advirtieron a Raimundo que no podían continuar su camino sin exponerse a un peligro de muerte. «Habríamos caído un poco más allá en una emboscada preparada por los pérfidos cismáticos, que querían atentar contra mi vida», refiere él mismo. Autorizado por el Padre Santo, Raimundo se instaló en Génova, para predicar allí contra los cismáticos, pero Catalina se contristó con la pusilanimidad del domini-

co. «No sois aún digno de combatir en el campo de batalla—le escribió—; os habéis quedado atrás como un niño; habéis huído voluntariamente del peligro, y os habéis regocijado por ello. ¡Oh, mal padrecito (*cattivello padre mio*), ¡qué dicha para vuestra alma y para la mía si con vuestra sangre hubierais cimentado una piedra de la Santa Iglesia... Tenemos motivo para llorar considerando que nuestra escasa virtud nos ha privado de tan gran bien.

»Perdamos nuestros dientes de leche y tengamos en su lugar los dientes sólidos del odio y del amor. Vistámonos la coraza de la caridad y el escudo de la santa fe, y corramos como hombres al campo de batalla; mantengámonos firmes con una cruz delante y otra detrás, para que nos sea imposible huir... y para que Dios nos conceda esta gracia a vos, a mí y a los demás, empecemos desde hoy a rogarle con lágrimas y con un dulce y ansioso deseo... Sumergíos en la sangre de Cristo crucificado, bañaos en esa sangre, hartaos de esa sangre, embriagaos con esa sangre, vestíos de esa sangre, llorad sobre vos mismo en esa sangre, alegraos en esa sangre, creced y fortificaos en esa sangre, curaos de vuestra debilidad y ceguera con la sangre del Cordero sin mancilla... No digo más.»

En el aislamiento espiritual en que se halló después de la marcha de Raimundo, Catalina dedicó todos sus esfuerzos a realizar el segundo de los dos grandes proyectos de su existencia: la cruzada. Había conseguido su primer objetivo: el Papa había vuelto a Roma. Tratábase ahora del «dulce misterio de la santa cruzada».

Y fué una cruzada dirigida, no contra Mahoma, sino contra el antipapa; no contra la Media Luna, sino contra Lucifer, el astro caído. Fué una cruzada espiritual sin otras armas que la palabra, la pluma, la oración y el ayuno. De tiempo atrás, Catalina anhelaba que el Papa se rodease, ante todo, de una guardia de siervos de Dios, *servi Dei.* Como el Apóstol, comprendía que «debemos combatir, no contra la carne y la sangre, sino contra los ejércitos espirituales del Maligno». El plan de Catalina consistía en rodear el trono de Urbano de una legión de Santos. Su existencia le había puesto en relación con todos los hombres eminentes de la época, desde el punto de vista religioso; ahora los llama y los emplaza en la Ciudad Santa.

El Papa entra en sus puntos de mira. Ella le había escrito una vez: «Vuestra fe y vuestra esperanza no deben fundarse en los socorros humanos, sino únicamente en Dios, que nunca os faltará.» Y Urbano decide seguir el consejo de Catalina. En una Bula del 13 de diciembre de 1378 reclama el concurso de los fieles, declarando que tiene más confianza en las oraciones y lágrimas de los justos que en la fuerza armada y la sabiduría de los hombres, y que, a ejemplo de San Pedro sobre las olas, sólo espera la salvación de la mano del Señor. Ejemplares de esta Bula, acompañados de una carta de Catalina, fueron repartidos en Italia a los «siervos de Dios» durante los días anteriores a Navidad. Es el levantamiento de las tropas selectas de la Iglesia. «Los siervos de Dios deben salir de su retiro para predicar la verdad y sufrir

por defenderla, porque ha llegado la hora de hacerlo. Venid, venid y no tardéis.» «Prescindid de lo demás; ha llegado la hora de perderse a sí mismo y de no tener otra preocupación que la de contribuir a la gloria de Dios con grandes trabajos.» Esto proclaman las cartas de Catalina a Giovanni delle Celle, al prior de Gorgona, Dom Bartolommeo Serafini, a Stefano Maconi, a Fra Tommaso di Nacci Caffarini. Habla en sus cartas como si el día del Juicio se acercase. «El que está en el tejado no baje para buscar algo en su casa», recomienda Jesús en el Evangelio; «el que esté en los campos, no se vuelva para tomar sus vestidos». Tampoco a los ojos de Catalina existen ya los intereses temporales; sólo una cosa es necesaria: «morir de la muerte que da al alma la vida de la gracia», «morir por amor en los brazos de la Esposa, que es la Iglesia»: *spasimato in questa dolce sposa...*

Catalina escribió a sus amigos de Lecceto, al fraile agustino inglés William Flete y a su compañero de Orden, Antonio da Nizza. Les da a entender que ha llegado la hora de poner en práctica el cristianismo; la hora de «salir de la selva» donde se sientan para rezar «numerosos salmos y numerosos padrenuestros;» la hora «de renunciarse a sí mismos y de lanzarse al campo de batalla». «Por lo demás, si no pueden pasarse sin ella, encontrarán en Roma una «selva y un monte tallar».

Escribe a los ermitaños de Monte Luco, cerca de Spoleto; al cartujo Dom Pietro de Milano; después, otra vez, a Stéfano Maconi, y nuevamente a Lecceto a Rai-

mundo, que entonces se hallaba en Pisa, y al que por un instante ha deseado ver «volver a este jardín para ayudar a extirpar los cardos». «Los mártires de Roma os llaman», grita a todos ellos; «corta tus lazos, no los desates —ordena a Maconi, retenido en su hogar por consideraciones familiares—, no vaciles, obra prontamente, firmemente porque nuestro dulce Señor gusta poco de las palabras y mucho de los actos»; y como para conformarse con este principio, corta su carta exclamando: «Calla, pues, alma mía, y deja de divagar.»

Otros discípulos, como Raimundo, le causaban vivas decepciones, en particular su sabio amigo William Flete, *bachelor of arts* de la Universidad de Cambridge. Después de la muerte de la Santa, gemía sentimentalmente: «¿Dónde te encontraré ahora, santísima madre; cuál es el lugar de la selva o la orilla del lago donde comes el cordero pascual con tus discípulos?»

Pero mientras vivió, cuando hubiera podido verla tan sólo con ir a Roma, prefirió estar en su bosque, a la orilla del lago, sentado con sus libros en una roca, rezando o estudiando a su sabor. Profundamente lastimada, Catalina escribió al amigo del inglés, Antonio da Nizza: «De la carta de Fray William se deduce que ni él ni vos vendréis. No tengo por qué contestarle, pero me sorprende dolorosamente su simpleza, que sirve tan poco al honor de Dios y a la edificación del prójimo.» William Flete se había excusado con pretexto de que rezaría mejor en Lecceto, al paso que el ruido de Roma le distraería. «Parece—contesta irónicamente la Sienesa—que Dios

se encuentra únicamente en la selva y no en otros lugares donde acaso se necesita más de El.» Esto decidió a Fray Antonio y se reunió con Catalina en Roma. En cambio, Flete continuó donde estaba. Intentó, sin embargo, por sus cartas y sus tratados, influir sobre su patria, y la adquisición de Inglaterra a la causa de Urbano se debe en gran parte al sabio ermitaño de la *Selva del Lago* en las cercanías de Siena.

Entretanto se acercaba Navidad, la primera Navidad de Catalina en Roma. Siempre le había gustado hacer regalos a sus amigos. En su juventud, cuando era desconocida y carecía de influencia, había de contentarse con ramos y cruces de flores, que hacía por sí misma; ahora, que podía más, obsequiaba a sus amigos con las indulgencias y favores de la Iglesia. Pensó igualmente en el Papa. Urbano recibió de aguinaldo cinco naranjas doradas por su mano, y el gracioso presente iba acompañado de estas líneas ingeniosas: «Sed un árbol de amor injertado en el árbol de la vida, Cristo-Jesús. De este árbol nacerá, como una flor en vuestra voluntad, el pensamiento de las virtudes, y su fruto madurará en el hambre del honor de Dios y de la salvación de vuestro rebaño. Ese fruto parece primero amargo, cuando se prueba con la boca del santo deseo; pero se endulza cuando el alma se halla resuelta a sufrir hasta la muerte por Cristo crucificado y por el amor al bien. He observado esto con frecuencia en la naranja, que es puesta en agua para quitarla su acidez; después se la azucara y se la cubre de oro por fuera. ¿Dónde ha quedado la acidez?

En el agua y en el fuego. Así acontece, Santísimo Padre, con el alma que concibe el amor de la virtud. Los principios se le hacen amargos, porque es aún imperfecta. El remedio está en la sangre de Cristo crucificado, que os da el agua de la gracia, ese agua que nos purificará del amor propio, amargo y sensual, que llena el alma de tristeza.

»Y como la sangre no existe nunca sin el fuego (puesto que ha sido derramada por el fuego del amor), puede decirse en verdad que el fuego y el agua le quitan su amargor y vacían el alma del amor propio, que antes contenía, y la llenan de fuerza, mediante la perseverancia y la paciencia, endulzadas por la miel de una humildad profunda... Lleno así el fruto, se cubre de oro el exterior; este oro es el oro de la pureza, el oro deslumbrador de la caridad que se manifiesta en una verdadera paciencia al servicio del prójimo, sufriéndole siempre con gran ternura de corazón, y no sintiendo sino el dulce amargor de la ofensa hecha a Dios y el daño inferido a las almas.»

XII

«¡Oh, Padre eterno! ¿Cómo ha sido posible que nos crearas? Me asombro de ello y sólo descubro un motivo: que te has visto compelido a ello por el ardor de tu amor, aunque preveías las ofensas que te inferiríamos. Ese ardor te movía a hacerlo, y, aunque vieras claramente todo el mal que perpetraría la criatura contra tu bondad infinita, cerraste los ojos; hasta tal punto estabas enamorado locamente de la belleza de la criatura que de Ti mismo habías sacado y colocado en el mundo, después de formarla a tu imagen y semejanza. Tú, Verdad eterna, me has hecho conocer tu verdad y me has revelado que, lejos de fijarte en el ultraje que habíamos de hacerte, tu mirada se apartó de él para considerar sólo la belleza de tu criatura...

»Perseveraste en tu amor, pues eres un hogar de amor y estás loco de amor por tu criatura. A causa de mis pecados, no te he visto nunca como eres; pero, dulce amor mío, concédeme la gracia de verter mi sangre por el honor de tu nombre y de despojarme de mí misma. Recibe, Padre Eterno, al que me ha dispensado el cuerpo adorable y la preciosa sangre de tu hijo. Despójale de sí mismo,

desásele de sí mismo para revestirle de tu eterna voluntad. Unele a Ti por un nudo que nunca se deshaga, a fin de que pueda ser una planta olorosa en el jardín de la Santa Iglesia... Padre infinitamente bueno, danos tu eterna y dulce bendición y purifica la paz de nuestra alma en la sangre de tu Hijo. ¡Amor, Amor, yo te pido la muerte!»

El 18 de febrero de 1379, en Roma, oyeron los discípulos salir de labios de Catalina esta oración, que uno de ellos, Neri o Barduccio, escribió seguidamente. Lo que la Santa imploraba en favor del sacerdote que acababa de darle la Comunión era lo que pedía para sí: ser despojada del hombre antiguo y vestida del hombre nuevo. Tal es, desde San Pablo hasta nuestros días, la esencia del Cristianismo, el Camino estrecho, la Puerta estrecha, la Cruz. Y sólo el que ha tomado la cruz puede pedir la muerte para coronar su amor. Amor, amor, yo te pido la muerte.

Pero la hora de la muerte no había llegado aún para Catalina; su cuerpo continuaba viviendo, aunque sintiese morir su corazón. Era aún la vida sobre la tierra; y la vida era el trabajo y este trabajo consistía en una correspondencia cada vez más extensa e importante. La casa de la Sienesa, situada al pie del monte Pincio, se convirtió en uno de los centros de la política eclesiástica de su tiempo. Por la mañana, en cuanto Catalina había oído misa, recibido la Santa Eucaristía y cumplido sus rezos, venía el momento de la correspondencia. Paseando por su cuarto, deteniéndose, prosiguiendo su marcha, dictaba

sin buscar nunca las palabras, y el secretario seguía con fatiga aquel fluir precipitado de su lengua. Parece como si esta mujercita hubiese comprendido la urgencia de que su voluntad se cumpliera: *Premit hora*. A veces—refiere Francesco de Vanni Malavolti—dictaba varias cartas a la vez; así recuerda un día en que Neri, Stéfano, Maconi y él mismo, sentados en la misma habitación, escribían cada uno por su lado. «Uno de nosotros escribía una carta que debía entregarse al difunto Papa Gregorio XI; el segundo escribía otra carta a Messer Bernabó, señor entonces de Milán, y el tercero a un noble caballero cuyo nombre no recuerdo.

»Dictaba ya a uno, ya a otro, ya ocultando el rostro entre las manos, ya mirando al cielo con los brazos en cruz, ya entrando en éxtasis sin dejar de dictar. Ocurrió entonces que pronunció algunas frases dirigidas a uno solo de nosotros, y que escribíamos los tres, creyendo cada uno que a él iban destinadas. Sin embargo, cuando nos dimos cuenta de ello, nos pareció que nos habíamos equivocado y preguntamos a cuál de nosotros se dirigían dichas palabras. Pero ella contestó amablemente: «No os apuréis, queridos hijos, porque esto ha pasado por obra del Espíritu Santo. Una vez terminadas estas cartas, veremos cómo esas frases concuerdan con las demás y obraremos en consecuencia.» Como se ha dicho, esas diversas misivas se dirigían a diferentes personas y trataban de asuntos distintos. Pues es de notar que cuando leímos de nuevo las palabras mencionadas se adaptaban al conjunto tan perfectamente, que ninguna de

las cartas habría estado completa sin ellas; lo que atestigua claramente la acción del Espíritu Santo en el alma de esta virgen.»

Para los que se hallan familiarizados con las cartas de Santa Catalina y con sus repeticiones incesantes, el hecho referido por Francesco Malavolti no es necesariamente sobrenatural. Un caso análogo al mencionado se repitió el 6 de mayo de 1379, mientras la Santa dictaba cuatro cartas—probablemente a la vez—, para el *condottiero* Alberico da Balbiano, para Juana de Nápoles, para el Rey de Francia y, por último, para los gobernadores de Roma, *ai Signori Banderesi e quattro buoni uomini mantenitori della Republica di Roma*. Según las apostillas de los viejos manuscritos, estas cartas fueron «compuestas en éxtasis».

Las cartas a los tres Cardenales que allá en Tagliacozzo titubearon entre Urbano y Clemente, y la de la reina Juana de Nápoles, citadas en un capítulo anterior, datan de los primeros meses del año 1379. Vista en conjunto, la causa de Urbano, parecía marchar bien. Inglaterra, el gobierno romano, Luis de Anjou, Rey de Hungría y de Polonia, se ponían a su lado. Catalina recibía igualmente noticias satisfactorias de Siena: «No pienso—escribía el 14 de febrero a Neri, Ser Aristófano de Gaus—que haya nadie en esta ciudad que deje de tener por cierto que el Papa Urbano es el verdadero pastor de la Santa Iglesia, y si viniesen emisarios del antipapa, no serían oídos.»

El lugar de reunión, el punto de cita de los urbanistas, de los que eran los más celosos los discípulos de Catalina,

era la *Compagnia della Vergine Maria dello Spedale*, que tenía una capilla en los subterráneos del hospital de la Scala. «Todos los hermanos te saludan—dice más allá la misma carta—; di a nuestra *Mamma* que anhelamos nos proporcione un lugar que respetemos por causa suya y, gracias al cual, nos reuniremos en memoria suya. Pídele que nos escriba algunas veces y no olvide a sus ovejas extraviadas.» Al día siguiente Stéfano Maconi escribe una larga carta dirigida a Neri di Landoccio di Pagliaresi (porque nunca escribían directamente a Catalina), pero que en realidad iba destinada enteramente a la Santa:

«Alabados sean Jesús crucificado y su dulcísima Madre María.

»Hermano amadísimo en Cristo: Las dos cartas que me has escrito después de tu salida de Siena me han causado gran alegría. He experimentado en mi alma inmenso consuelo y no me he contentado con releerlas una o dos veces solamente. Lo que me escribes sobre nuestra venerable y dulce *Mamma* no me sorprende en modo alguno y no tengo sobre el caso la menor duda, pues estoy dispuesto a creer cosas mucho más asombrosas que las que me dices. Sé y confieso aquí que nuestra *Mamma* es una prodigiosa *Mamma*, y tengo la firme confianza de que cada día me llevará a reconocer con mayor evidencia y confesar con mayor energía que es una verdadera *Mamma*.

»Las otras grandes y buenas noticias que me das de la exaltación de la Santa Iglesia y del legítimo sucesor de San Pedro, el Papa Urbano VI, verdadero Cristo en la

tierra, me producen el efecto de un bálsamo que dulcifica las heridas que he sufrido y sufro. Pero, aunque ha constituído un gran alivio para mí el conocimiento de estos sucesos, no me hallaré enteramente bien hasta que no me siente a los pies de mi amadísima *Mamma*.»

Tan profundo es el sentimiento que experimenta Stéfano por Catalina, que hasta los acontecimientos políticos de la Iglesia tienen sólo un interés secundario a sus ojos; lo que le ocupa es principalmente su *dilettisima Mamma*, su *benignissima Mamma*. Mientras no se vea sus pies, los ardientes deseos que le consumen no serán ahogados, consolados sus pesares, colmado el sentimiento de vacío que experimenta al despertarse todos los días. Sus cartas representan sólo un calmante; bajo el bálsamo, la llaga quema siempre, duele cada pulsación. No hay más que un solo remedio para sus penas: hallarse a su lado, poder contemplar su rostro, el menor de cuyos rasgos le es querido y familiar; besar respetuosamente la orla de su blanca túnica. Catalina es para Stéfano la única razón de la existencia; sólo ella hace la vida digna de ser vivida, y sólo valen las cosas en la medida que a ella le interesan. Por eso procura proporcionarle todos los datos políticos que deseaba y los envía a Neri para que éste se los comunique. Da una buena noticia: la opinión de Siena es unánime en favor de Urbano contra «el antidemonio de Fondi» (como llama Stéfano con alguna confusión de ideas y de palabras a Clemente, elegido en Fondi). El Nuncio de Urbano, el Obispo de Narni, Giacomo di Sozzino, ha sido muy bien recibido en Siena.

Stéfano y su amigo Pietro Bellanti (aquel por quien Maconi conoció a Catalina) le ofrecieron sus respetos. El enviado del antipapa, Alderigo Interminelli, ha estado en Pisa, según se dice, pero el Consejo de Siena ha ordenado que no lo dejen entrar. Y si hubiese entrado por sus puertas su suerte hubiera sido terrible, porque habría sido apedreado en la calle por los chiquillos. Tan cierto es, que «nuestra pobrecita ciudad» (*questa nostra cittá tapinella*) está muy bien inclinada...

«No te digo más esta vez sino que te ruego, dulcísimo hermano, que no me olvides, antes bien, que pidas a Dios para mí con particular solicitud la gracia de desprenderme del mundo corrompido para que cumpla siempre su voluntad del modo que le sea más agradable. Y dos cosas me demostrarán que te acuerdas de mí: una, si me encomiendas frecuentemente a nuestra venerable, dulce y suave *Mamma*, y te pido lo hagas inmediatamente, antes de dejar esta carta, para no olvidarlo; la otra, si me escribes, con frecuencia y lo más posible...»

Después de los saludos para los amigos comunes, la carta termina así: «Escrita en Siena, el 15 de enero de 1378 (para nosotros 1379, pues el año sienés empezaba el 25 de marzo) por tu indigno e inútil hermano Stéfano solitario (*soletto*) y pobre de toda virtud.»

No en vano en nombre propio y en el de sus demás discípulos acudía Stéfano al corazón maternal de Catalina. Las ocho cartas que ella le escribió, como las que dirigió a Neri, son cortas, sin duda, pero llenas de bondad y prudencia. Fiel a sus principios, procura apartar al

joven sienés de las consideraciones a que se siente inclinado. «Hace falta—le insinúa—comer el pan duro y mohoso de las tribulaciones.» «Dios se burla de nosotros a fin de llevarnos adonde le place.» «Cuando las medicinas agradables y el bálsamo de los consuelos no bastan, cauteriza la llaga con fuego para evitar que se corrompa.» Le predica, como a sus demás discípulos, la perseverancia en la lucha entablada entre la carne y el espíritu: «debe existir implacable enemistad entre la razón y los sentidos, porque los sentidos se rebelan contra la gracia, nos privan de Dios y nos retienen en la amargura perpetua de la vida terrenal». Precisa renunciar al mundo y correr hacia Dios, que «nos espera con los brazos abiertos». Tales son las cartas a Maconi. Y en una larga carta a los «Hermanos de la *Compagnia della Vergine*, del hospital de Siena», desenvuelve una vez más, pensando en todos sus discípulos, su doctrina acerca del cultivo de la vid: en primer lugar, la viña de nuestra alma; después, la viña del amor al prójimo y, por último, la de la Iglesia. Sólo el que cuida bien la primera de estas tres viñas se preocupa de cultivar las otras dos, porque, como dice Catalina con fina psicología: «El que ha renunciado a la luz de la fe (nótese la justeza de esta expresión: *renunziò al lume*) se encuentra sin fuerzas, sin moderación, sin prudencia; se ha hecho injusto; funda su esperanza en sí propio y cree en sí mismo con fe muerta; su confianza descansa en las criaturas y no en el Creador; no posee bondad ni amor, pues habiendo abandonado a Dios, se ha enamorado de su pobre yo;

ha sido cruel para sí y, por tanto, no puede ser bueno para los demás.

Como siempre, la Sienesa va al fondo de las cosas. Hay en la vida dos grandes corrientes: por un lado, el amor a Dios, la fe, el amor al prójimo, el celo, la paz; por otro, el egoísmo, la incredulidad, la indiferencia para los demás, el espíritu del mundo, la vida atormentada. Existen el reino de Adán y el reino de Cristo. Catalina se halla en el mundo para introducir a los hijos de Adán por la puerta de la Cruz en la paz de Cristo.

Ese mismo ardor de sentimiento inflama la oración que los discípulos recogieron de boca de su *Mamma* el día de Carnaval, 22 de febrero de 1379. Doce años antes había celebrado en tal día sus místicos desposorios con Jesús. (¡Doce años sólo! ¡Parecían tan largos! ¡Habían ocurrido tantas cosas en el curso de esos años!) Cabe imaginar que, para Catalina, ese día era un día memorable. ¿Era posible que no se dirigiera su pensamiento hacia la celdilla de la casa de Fontebranda, hacia lo sucedido aquel martes de Carnaval de 1367? Y, en medio del Carnaval romano, la Esposa de Cristo rezó como lo hiciera en Siena en su juventud: «¡Oh, Dios Eterno, Padre misericordioso y compasivo, ten piedad de nosotros y obra en nosotros misericordiosamente, porque somos ciegos faltos de luz y yo, miserable, más que ningún otro. Por eso he sido siempre cruel para mí misma...

»¡Oh, dulce y suave luz, principio y fundamento de nuestra salud; por tu luz nos has dado la luz y esa luz

penetra en cada una de las almas que abre la puerta de tu voluntad, porque esta es la puerta del alma; una vez abierta, la luz afluye como el sol que llama en la ventana cerrada y, una vez abierta, penetra en la casa. Conviene también que el alma tenga voluntad de conocerte y mediante esa voluntad abra el ojo de la inteligencia; entonces, Tú, verdadero sol, penetras en el alma que con tu presencia iluminas. Y, cuando has entrado, ¿qué haces dentro del alma, misericordiosa luz? Disipas las tinieblas que en ella reinan y le das la luz; secas la humedad del amor propio y el fuego de la caridad derrama calor en la habitación. Haces libre al corazón, porque en tu luz reconoce cuán grande es la libertad que le has proporcionado arrancándola a la servidumbre del demonio, en que la humanidad cayera por su crueldad. Aborrezca el corazón en lo sucesivo la causa de esa crueldad, es decir, la complacencia en nuestra propia sensualidad y tenga piedad, por el contrario, de la pobre razón, y se muestre cruel con su naturaleza sensual. Concentre en sí mismo todas las potencias del alma y aparte su recuerdo de todas las miserias del mundo y de sus vanos placeres para recordar únicamente tus beneficios. Después, vuelva a cerrar la puerta de la voluntad de modo que no ame sino a Ti sobre todas las cosas y a todas las cosas en Ti según tu voluntad y desee únicamente seguirte. Entonces el alma sentirá verdadera piedad de sí misma y de su prójimo y se hallará dispuesta a inmolar su cuerpo por la salvación de las almas.»

En estas palabras, como en todas las que salían de boca

de Catalina que nos han sido conservadas, admiramos su sed de verdad, que no admite ninguna fórmula vaga. La afinidad que existe entre la fe y el deseo de vivir, entre la incredulidad y el deseo de morir se afirma implacablemente. Tenemos que elegir entre la caridad y la crueldad. El que elige la fe, elige la vida; el que la rehusa, se condena a muerte. La incredulidad es un acto de crueldad para consigo mismo—mato mi alma *sabiendo* que la mato y *consintiéndolo,* consintiendo plenamente en mi mal deseo, mi deseo de desdicha y de muerte. Y no amándome a mí mismo no puedo amar a otros y pertenezco a la raza de *aquel* que es el No-Amor.

La fe es la condición indispensable para adquirir ese amor que salva al alma del reino de la muerte, y esta fe—como siempre sucede con Catalina—tiene por artículo principal *la fe en la Sangre.* El Dios de la Naturaleza, el Soberano único y omnipotente que ahoga como gatos a los seres humanos en las aguas del diluvio y nos aplasta con sus temblores de tierra como un niño destruye un hormiguero, *ese Dios* no despierta apenas amor, porque no lo comprendemos. Pero hay otro Dios que vemos con el ojo de la fe, si éste no se halla oscurecido por la nube del amor propio—porque el amor propio prefiere no verlo—: el Dios de la cruz, el Dios que ha sufrido por sus criaturas, el Dios en quien únicamente se halla la salvación.

«¿Qué Padre—exclama Catalina en una de sus oraciones—ha entregado nunca a su propio hijo a la muer-

te por su esclavo? Tú sólo Padre Eterno, Tú sólo has vestido a tu Verbo con nuestra carne, y nuestra carne ha soportado el dolor, y gustamos sus frutos, si por tu gracia seguimos el camino que Tú mismo has seguido.» Y el beneficio de la venida de Cristo abruma en su grandeza el alma de la vidente; el dogma de la Redención, testimonio casi increíble de la Esencia de Dios, la llena de confusión, de vergüenza, considerando su propia debilidad, su tibieza en la renuncia de sí misma. «Me refugio en Ti y me acuso a mí misma, Verdad eterna. Obre tu justicia sobre mí, que soy cruel para mi alma y sobrado complaciente para mi propia sensualidad. He pecado, Señor, ten piedad de mí. ¡Oh piadosa crueldad que pisoteas la sensualidad en este mundo a fin de exaltar al alma en la eternidad!...

»Te ruego inculques ese sentimiento a todas las criaturas, particularmente a las que me has confiado y que amo especialmente. Hazlos caritativos, para que posean esa preciosa crueldad con la que exterminen su voluntad perversa. Esa misericordiosa crueldad es, en verdad, la que nos enseñaste cuando dijiste: «El que viene a mí y no aborrece padre, madre, esposa, hijos, hermanos, hermanas y hasta su propia alma, no puede ser mi discípulo.» Esta última condición parece la más difícil de satisfacer, pues los hijos del mundo cumplen con frecuencia las demás, aunque no por amor a la virtud...

»¡Oh, Verdad eterna, Perfume, sobre todo perfume, Munificencia sobre toda munificencia, Bondad sobre

toda bondad, Justicia sobre toda justicia, Tú das a cada uno según sus obras. Por eso permites que el hombre injusto no pueda sufrirse a sí mismo. Deseando las alegrías y las riquezas del mundo, desea cosas inferiores a él, porque todas las cosas creadas son inferiores al hombre; han sido creadas para él, pero no para que se convierta en su esclavo. Tú solo eres más grande que nosotros; hacia Ti, pues, debemos aspirar; a Ti debemos procurar servir. Y en tu justicia haces desde aquí gustar al justo la vida eterna mediante la paz y la tranquilidad del alma que proceden de haber colocado su amor en Ti, que eres la paz suprema y eterna. Eres la eterna e infinita bondad, que nadie puede conocer y comprender más que en el grado en que Tú lo permites. Y lo permites según que nosotros disponemos para recibirte, el navío de nuestra alma. ¡Oh, dulcísimo Amor! No te he amado nunca durante todos los días de mi vida, no te he amado nunca. Te recomiendo a mis hijos e hijas, a quienes has cargado sobre mis hombros. ¡Ay, debo despertarlos y yo duermo! Padre dulcísimo y misericordioso, despiértalos, para que la mirada de su inteligencia se fije en Ti para siempre. *Peccavi, Domine, miserere mei.* ¡Oh, Dios, ven en nuestra ayuda. Señor, apresúrate a socorrernos!»

La Cuaresma, que empieza el miércoles de Ceniza, fué especialmente en 1379 época de ferviente oración para Catalina. «¡Oh, Sangre eterna!—dice en una oración transcrita el 1.° de marzo—. ¡Oh dulcísima Sangre! Tú fortificas el alma y la iluminas con tu virtud; ella

participa de la naturaleza de los ángeles y se olvida de lo que no seas Tú... Yo, miserable, no te he seguido nunca, Verdad eterna, y por eso estoy tan débil que sucumbo en las menores tribulaciones.» Dos días después suplica en su oración que, así como la luz de arriba se derrama como un rosario sobre el alma, las oraciones de los justos caigan sobre el mundo como rocío de paz. El día de la Anunciación, implora a María con fervor: «Eres el libro en que está escrita la regla de nuestra vida—dice aludiendo al instante en que la Virgen de Nazareth consintió en que el Verbo eterno encarnase en su seno y pronunció el gran consentimiento —: Hágase en mí según tu palabra», esa aquiesciencia que el Eterno espera a las puertas de tu alma y de la mía... ¡Oh, María! Bendita seas entre todas las mujeres *in sæculum sæculi*, porque en ese día nos has dado el pan de tu harina, amasado y cocido por la caridad.» Volviendo a la doctrina fundamental que le había enseñado Jesús en los primeros tiempos de su soledad, la Sienesa exclama: «¡Oh, Verdad, Verdad, ¿qué soy yo para que me hagas conocer tu verdad? Soy la que no es. Por consiguiente, es tu verdad la que sabe, habla y realiza todas las cosas, porque yo no soy. ¡Oh Divinidad, Divinidad, que eres amor! ¿Qué puedo decir de tu verdad? Tú, que eres la verdad, dices la verdad, porque yo no puedo decirla; yo que no digo sino tinieblas porque no te he seguido hasta la cruz para recoger sus frutos; he seguido las tinieblas y he gustado de las tinieblas. Nos hemos cegado a nosotros mismos poniendo delante de

nuestros ojos la nube de la frialdad y del húmedo amor propio. Por eso no podemos conocerte ni conocer ningún verdadero bien. Llamamos bien al mal y mal al bien, y así somos ignorantes e ingratos. Es peor para nosotros perder la luz, porque hemos conocido la verdad, pues un creyente a medias es peor que un incrédulo. Señor, así son los que profanan el fruto de tu cruz, que es tu sangre, pues en lugar de seguirte a Ti, Cristo crucificado, menosprecian tu sangre, principalmente los que se rebelan contra tu despensero que posee las llaves de la despensa donde se halla la piadosa reserva de tu sangre y de la de los mártires. Pero la sangre de éstos sólo vale por la tuya. Esas rebeliones y pecados proceden de la pérdida de la luz de la verdad que adquirieron por la fe. Pero esto es incomprensible para los insensatos que sólo juzgan por la corteza... ¡Oh, hombre insensato! Dios te ha hecho hombre. ¿Por qué rebajarte al nivel de la bestia? No sólo te detienes en la apariencia sino que te envileces hasta la nada y juzgas como los animales. ¿Ignoras que los hombres carnales están condenados a los eternos castigos? Por esos castigos, el hombre queda reducido a la nada, no en cuanto al ser, sino en lo relativo a la gracia. Porque la gracia es la perfección de la naturaleza y los que no llegan a la perfección podemos decir que se han convertido en nada.»

En Roma, la Cuaresma—marzo y abril—coincide con la primavera, y Catalina, como sus amigos y amigas, seguiría seguramente la costumbre romana de visitar

todos los días, durante el tiempo de penitencia, una de las iglesias llamadas «Iglesias de las estaciones». En la Edad Media, cada día de la Cuaresma se designaba una iglesia, a la que el clero parroquial romano acudía en solemne procesión para celebrar el oficio divino. Esas iglesias se llamaban *Estaciones* (*stationes*) y su nombre se hallaba indicado en el misal romano. En nuestro tiempo, semejante costumbre no está en vigor. Sin embargo, durante los días de la Estación visten todavía esas iglesias traje de fiesta: las columnas se hallan vestidas de encarnado, las losas de mosaico sembradas de hierba y el acre perfume de la hollada verdura se confunde con el dulce perfume del incienso que se eleva hacia el altar, donde un Cardenal u otro Prelado canta la misa mayor. Catalina hizo seguramente esas peregrinaciones. El Miércoles de Ceniza se va a Santa María in Cosmedin, cerca del antiguo templo de Vesta, y se sube después al monte Aventino para entrar en Santa Sabina. Santa Sabina es la iglesia matriz de los Dominicos de Roma; en el convento inmediato se enseña la celda donde «Santo Domingo, San Francisco y Angel, el Carmelita, pasaban noches enteras hablando de las cosas relativas al reino de Dios». Catalina ha podido aquí evocar especialmente el recuerdo del amado padre de su alma; aquí, más que antes, entró en íntima relación con la vida del santo; aquí pudo rezar donde rezara, besar el suelo por él hollado; en el jardín se detuvo frente al naranjo que el Español plantara con sus manos y pensó en el alma humana, «árbol de amor» plantado

en buena tierra, floreciendo deliciosamente para Dios, y dando útiles frutos para el hombre...

Y cada día de Cuaresma ha visitado a otros santos lugares. Habrá ido a San Giorgio in Velabro, «en el pantano», situada bajo el Forum Boarium, al lado del templo de Jano, que no es tal, sino un arco de triunfo erigido por los banqueros de Roma en honor de Septimio Severo y de sus hijos, del cual hizo borrar el rencoroso Caracalla el nombre de su hermano Geta.

Otra vez el intento de los piadosos peregrinos habrá sido visitar San Gregorio Magno, donde se hallaba en tiempos la mansión paterna del gran Pontífice; donde se veneraba su habitación como más tarde se debía venerar la de Catalina en Siena. Pero entonces ella estaba allí, viva todavía, arrodillada en las losas de mosaico de la Basílica; vida ardiente y radiante en medio de las tinieblas de la existencia. Al lado de la iglesia hay un claustro perteneciente a la Orden de los Camaldulenses y en el jardín de este claustro se elevan tres capillas. Consérvase en una de ellas la mesa de mármol donde Gregorio servía diariamente la comida de doce pobres; unas cruces grabadas en el mármol indican sus doce puestos. Cierto día llegó el pobre número trece y Gregorio acogió igualmente a ese huésped desconocido. Pero cuando el extranjero recibió su ración de manos del caritativo Pontífice, desplegó unas grandes alas doradas: era un ángel.

La Sienesa y su familia espiritual han debido visitar odos esos viejos santuarios de Roma. Debieron estar

en Santa Pudenziana, Santa Prassede, San Cosme e Damiano, San Lorenzo *fuori le mura*. Se detendrían en San Clemente y alzarían los ojos hacia el mosaico del ábside que representa a la cruz como el árbol de vida donde florece la verdadera viña; y esa frase, que aparece con tanta frecuencia en las cartas de Catalina, «injerto en el árbol de vida», resonaría seguramente en sus oídos. En los brazos de la cruz descansan doce palomas, que son los doce apóstoles. También la Sienesa quería que las almas apostólicas sólo descansaran en el duro lecho de la cruz...

En San Sixto, allá abajo, en la Vía Appia, Catalina seguiría nuevamente las huellas del «dulce Español», porque allí está situado el monasterio fundado por el propio Santo Domingo. Un fresco, pintado sin duda poco después de la muerte de Catalina, atestigua aún su paso por estos lugares. Un día, a fines de Cuaresma, cuando la primavera reverdecía las oscuras paredes del recinto Aureliano, iría cerca de la Puerta Latina a la antigua iglesia *San Giovanni ante Portam Latinam;* vería el sitio donde en tiempo de Domiciano sufrió San Juan el tormento del aceite hirviendo y, no pudiendo morir, fué retirado vivo de aquel baño de muerte. También ella entonces habría suspirado: «¡Muero sin poder morir!» *¡Muoio e non posso morire!*

Había motivos para gemir, porque los miembros del partido contrario combatían siempre con rabia contra el «sumiller de la sangre», contra el verdadero hospedero de la *Bottega* puesta en mitad del puente de la vida.

El castillo del Angel desafiaba siempre a los romanos fieles al Papa. Un ejército clementista, mandado por un pariente de Roberto de Ginebra, Luis de Montjoie, se adelantaba hacia Roma, y el 17 de abril de 1379, el Antipapa promulgó una Bula, en cuya virtud cedía en feudo la mayor parte de los Estados pontificios al duque Luis de Anjou—el amigo de Catalina en Villeneuve-les-Avignon—invitándole a tomar posesión de ellos en seguida.

Hallábase entonces al servicio de Urbano el *condottiero* Alberigo de Balbiano. El fin de abril trajo dos grandes victorias para la causa pontificia; el castillo del Angel capituló el 27; el 30, Alberigo derrotó al ejército clementista cerca de Marino en los montes Albanos e hizo prisioneros a sus mismos jefes, Montjoie, Silvestre Budes y Bernardo de la Salle. Los romanos victoriosos invadieron el castillo del Angel, arrasando sus torres amenazadoras, y Urbano, que pudo ya entrar en el Vaticano, siguió descalzo la procesión de acción de gracias que se dirigió desde Santa María Trastevere a San Pedro.

Bajo la impresión de estos grandes y felices acontecimientos, Catalina escribió cuatro importantes cartas —una a Alberigo da Balbiano y a su *Compagnia di San Giorgio* para felicitarles por su éxito; una al Gobierno romano (compuesto de siete *Banderesi*, uno por cada *rioni* de Roma y de cuatro prohombres); una a Juana de Nápoles, y otra a Carlos V de Francia—. Explica a los guerreros pontificios que pelean el buen com-

bate: «el amo a quien servís es Cristo crucificado»; pueden, pues, ir a la lucha «con pura conciencia por la defensa de nuestra fe, de la Santa Iglesia y del Vicario de Jesucristo».

Catalina exhorta a la reina de Nápoles a compadecerse de su alma. El egoísmo es, en realidad, lo contrario del egoísmo, puesto que cuando creemos amarnos a nosotros mismos nos convertimos en nuestros mayores enemigos: «¡Cuán feliz sería mi alma—exclama la Sienesa—si pudiese ir a encontraros y dar mi vida por devolveros el cielo y la tierra que habéis perdido; por quitaros el arma de la crueldad con la que os habéis matado a vos misma y daros, en cambio, el arma de la piedad que mata el vicio; es decir, para ayudaros a revestiros del santo temor de Dios y del amor a la verdad y a uniros a su dulce voluntad!»

Al Gobierno romano predica la gratitud. «Dios ha hecho lo que no podíais hacer con toda vuestra sagacidad humana—dice a los gobernadores—; ha derramado sobre nosotros, que estábamos en tan gran peligro, las miradas de su misericordia, y a El debemos atribuir nuestra salvación. Nuestro Padre, el Papa Urbano VI, nos da el ejemplo y, para atestiguar que reconoce que esta gracia procede de Dios, se ha humillado con un acto que nadie había realizado de tiempo inmemorial, siguiendo descalzo una procesión. Caminemos, pues, sobre las huellas de nuestro Padre, carísimos hijos; es decir, reconozcamos que esto procede de Dios y no de nosotros. Quiero también que os mostréis reconocidos

hacia los miembros de la compañía (*Compagnia di San Giorgio*) que ha sido el instrumento del Señor y que les asistáis en lo posible, sobre todo a los pobres heridos.»

El senador romano Giovanni Cenci, que había desempeñado una función preponderante en la capitulación del castillo del Angel, había caído en el olvido, ahora que no se necesitaba de él. Catalina censura tal proceder: «Paréceme que somos bien ingratos con Giovanni Cenci, que con tanto celo y fidelidad y con tan leal corazón lo ha abandonado todo, únicamente por ser agradable a Dios y servirnos libertándonos del azote que era para nosotros el castillo del Angel... Y ahora no sólo no se le demuestra ninguna gratitud y no se le dan siquiera las gracias, sino que la ingratitud y la envidia mueven a las gentes a lanzar contra él el veneno de las calumnias. Deseo que obréis de otro modo con quien tan gran servicio os ha prestado; seguir obrando así sería ofender a Dios y perjudicarnos a nosotros mismos.»

Por último, expone al rey de Francia su doctrina acerca del amor propio, considerado como principio de todo mal. «De tal modo corrompe el gusto del alma, que las cosas buenas parecen malas y las malas buenas.» Así el amor propio nos hace injustos, nos lleva a servir a las criaturas en consideración a sus dádivas y favores, con deseo de salario; álzase contra Dios y la Iglesia su órgano terrestre. Catalina teme que Carlos se deje guiar por el amor propio. «Paréceme, según he sabido—seguía con inmenso interés cuanto ocurría en Europa—,

que empezáis a dejaros llevar por los consejos perniciosos de los hijos de las tinieblas; y ya sabéis que si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo... Me asombra que un católico como vos, que quiere temer a Dios y obrar como valiente, se deje llevar como un niño y no vea el riesgo a que se expone, así como a los demás, dejando entoldar la santa luz de la santísima Fe por los consejos de los que son manifiestamente miembros del demonio y árboles corrompidos... Abrid los ojos y considerad que mienten descaradamente...» Reitera después todos los argumentos en pro de la legitimidad de la elección de Urbano, e insiste de nuevo en la razón psicológica de que los Cardenales no habrían prestado acatamiento ni hubieran demandado favores a un Papa que no creyeran lo fuese de derecho. «Han permanecido en la verdad—declara—mientras no ha pensado en corregir sus vicios; en cuanto lo hizo, se rebelaron contra él.» Y ahora perseveran en su error «endurecidos como demonios».

Esta carta, con alternativas de temor y de esperanza, termina indicando a Carlos que puede pedir consejo a la Sorbona. «Allí tenéis la fuente de toda ciencia.» «Perdonadme haya hablado tanto; hubiera preferido deciros esto de viva voz a hacerlo por carta.» Como lo demuestran estas líneas, la virgen acariciaba el proyecto de ir a París en persona. Semejante viaje no se realizó; tal vez sus tentativas hubieran sido vanas.

La Universidad de París, que en un principio se había puesto del lado de Urbano, se pronunció, el 30

de mayo, en favor de Clemente. Y Carlos V murió al año siguiente, partidario siempre del cisma, dejando, sin embargo, entrever que se inclinaría ante la autoridad del próximo Concilio general. Es probable que, a instigación de Catalina, Urbano invitase otra vez a Raimundo a que intentase una misión en Francia. Desde Génova, donde vivía, el dominico debía ir por mar a Barcelona y pasar desde allí la frontera; se redactaron, con respecto a este viaje, instrucciones detalladas que aún se conservan en los Archivos del Vaticano. En este momento llegó la noticia de que, a petición de Pedro de Luna, ahora partidario de Clemente, el rey de Aragón había hecho detener a dos legados de Urbano en España. Y, flaqueando nuevamente el valor de Raimundo, continuó donde se encontraba.

Gran trabajo costó a Catalina consolarse de esta nueva caída del discípulo, de esta nueva negación contra el Maestro. Le reprocha severamente su poca fe, haciendo uso de su propia persona, según costumbre, cual si fuese ella culpable: «Nuestro amor es la medida de nuestra fe y nuestra fe la medida de nuestro amor—escribe—. El que ama es siempre fiel al amado y le sirve fielmente hasta la muerte. En esto conozco que no amo verdaderamente a Dios y a las criaturas por Dios, porque, si así fuera, le sería fiel hasta el punto de que moriría mil veces al día si pudiera y fuera preciso... Mi fe no desfallecería y me tendría por cierta de que Dios sería mi defensor y protector como lo era de los mártires gloriosos que iban alegres al suplicio. Si tuviera fe,

nada temería, sabiendo que Dios será para mí también lo que ha sido para ellos; pero, como no le amo, no confío en El verdaderamente; el temor que experimento me revela cuán tibio es mi amor y cuán oscurecida se halla en mí la luz de la fe por mi presunción y mis infedelidades a mi Creador. Confiésolo y no lo niego: esa raíz no se ha extirpado aún en mi alma, y esto impide las obras que Dios quiere que realice y las veda llegar al fin útil y glorioso que El desea. ¡Ay, ay! ¡Señor, desgraciada de mí, miserable! ¿Seré siempre lo mismo en todo lugar, en toda ocasión? ¿Cerraré así para siempre con mi infidelidad el camino de tu Providencia? Sí, seguramente, si en tu misericordia no me aniquilas para volver a crearme. Pues bien, Señor, aniquílame, rompe este corazón tan duro, para que no sea yo un instrumento de que Tú no puedas servirte.» El reproche dirigido aquí a Raimundo no es un reproche que Catalina se dirija sólo por fórmula a sí misma. También ella se halla a punto de desesperar a la vista de su propia flaqueza. Al cabo de tantos años pasados en la penitencia y en la oración, también ella debe repetir la antigua y amarga confesión: «No hago todo el bien que apetezco.» También ella debe experimentar cuán difícil es a la carne y a la sangre creer realmente, sinceramente. Porque si es *verdadero*, verdadero como la luz del sol y la de las estrellas, como el Océano y la tempestad; si es verdadero como la misma tierra y como las rocas, que Dios omnipotente se ha hecho hombre, ha sufrido, ha muerto por nosotros, por nuestra salvación, ¿puede

haber sitio en el alma humana más que para esa inmensa cruz sangrienta? En tal caso, es necesario que todo corazón se convierta en un Gólgota y que no encante a la vista otra flor que las cinco rosas encarnadas abiertas en el jardín del cuerpo de Cristo. Entonces ningún amor es lícito que no sea el de este Esposo de sangre. «Pose su mano atravesada bajo mi cabeza y abráceme fuertemente su mano ensangrentada.» Tal vez la poesía cristiana no ha expresado jamás nada más profundo al proclamar la dureza del frívolo corazón humano ante un tan grande, exigente y total amor. Parece como si en este gemido desesperado se exhalase la más íntima confesión de la experiencia cristiana: «No podemos. Supera a nuestras fuerzas.»

Pero Catalina quiere resistir; quiere hasta el fin realizar su ideal. Quiere la cruz para sí y para los demás. En una carta en que Raimundo le comunicaba su nueva decisión, insinuaba el temor de que lo abandonase y de que aquel *amore stretto particolare*, el vínculo particular que tan estrechamente les uniera hasta entonces quedase roto. Ella contesta: «Según colijo de vuestra carta, habéis tenido que luchar con muchas dificultades; os ha parecido, por vuestra propia culpa y por artificio del demonio, que se os imponía una carga harto pesada y os ha parecido equivocadamente que os había juzgado temerariamente a mi medida y por eso os preguntáis si mi afecto y mi bondad para con vos ha disminuído... Pero ¿cómo habéis podido creer que apeteciese sino la vida de vuestra alma? ¿Dónde está la fe

que os animaba?... Habéis sabido encontrar el medio de arrojar vuestra carga a tierra... Si hubierais sido fiel, no habríais vacilado y no tendríais por qué temer ahora la opinión de Dios y la mía; antes bien, como hijo celoso y obediente, habríais hecho cuanto hubiera estado en vuestra mano. Y si no os hubierais podido mantener en pie, os habríais arrastrado; si no hubierais podido viajar como un dominico, lo habríais hecho como un peregrino; si no teníais dinero, habríais pedido limosna. Esa obediencia fiel hubiese sido más eficaz para Dios y los hombres que toda la prudencia humana. Mis pecados lo han impedido.»

Después le excita de nuevo a morir místicamente:

«Renunciad a vos mismo, renunciad a todas las alegrías y consuelos propiamente dichos. Nos hemos ofrecido como muertos en el jardín de la Santa Iglesia; nos hemos ofrecido al Cristo de la tierra, que es el dueño de ese jardín. Obremos, pues, como muertos. Un muerto no siente ni oye... Esforzaos, pues, por daros muerte con la espada del odio y del amor, para no oir las injurias, los ultrajes y los reproches con que os abruman los perseguidores de la Santa Iglesia... Vuestros ojos no verán ya cosas que parezcan imposibles, sino que verán a la luz de la fe que lo podemos todo en Cristo crucificado y que nunca Dios nos impone cargas más pesadas que las que podemos llevar... Amando el dolor, perderemos nuestra sensibilidad cruel, moriremos y luego viviremos como muertos en ese jardín. ¡Oh, si viese esto, cuán dichosa sería mi alma! Querá-

moslo o no, dulcísimo padre, el tiempo actual nos invita a morir. No viváis, pues... Habéis sido un hombre prometiendo, no os portéis como mujer cuando se trata de cumplir lo prometido.»

Poco a poco, Catalina se reconcilió con la idea de la flaqueza de Raimundo; ella, por otra parte, debió producirse, según los decretos divinos, *non senza misterio*. Le escribió su última carta. Y en una que dirigió de Roma a Neri di Landoccio, fechada en 3 de diciembre de 1379, dice en tono de alegre charla: «Tenemos buenas noticias de Fray Raimundo; está bien y trabaja con ardor por la Santa Iglesia. Es vicario de la provincia de Génova y pronto tomará el título de Doctor en Teología.»

Catalina comprendió al fin que el puesto de Raimundo era en el valle, en los viñedos, en medio de los demás obreros y que no se hallaba en su puesto en la alta soledad sobre las cumbres heladas de la total renuncia.

XIII

En Siena, en el sitio donde se alza actualmente la Academia de Bellas Artes, en la vía delle Belle Arti, se hallaba, en el siglo XIV, la casa de los Hermanos de la Misericordia. Cuantos han visitado Siena recordarán a los hermanos de negra capucha que, en el crepúsculo, con una gran cruz y con antorchas encendidas, llevan a los muertos por las calles oscuras hasta el cementerio de la Misericordia, fuera de la Porta Tufi, donde los frailes de Oliveto poseían en tiempos un monasterio y donde, durante la peste de 1348, sucumbió Bernardo Tolomei, víctima de su cristiana caridad.

El origen de la Cofradía de la Misericordia se remonta al siglo XIII; un piadoso caballero de Siena, Andrea Gallerani, la había fundado hacia 1240, prescribiendo a los hermanos la doble tarea de cuidar a los enfermos y enterrar a los muertos. Muerto Gallerani, el hospital fué propiedad del Estado, correspondiendo al Gobierno el nombramiento de rector, que en tiempo de Catalina era Matteo de Cenni Fazi, su buen amigo y discípulo, de quien hemos hablado. A causa de las dificultades con que tropezó en su familia Stéfano Maconi, por su celoso

catalinismo, hubo Messer Matteo de brindarle hospitalidad; así que Stéfano poseía en los Hermanos de la Misericordia una habitación que podía ocupar noche y día, estando considerado como de la casa.

Helo aquí un día de junio de 1379 (el 22) sentado en su cuarto, dispuesto a escribir a Neri Pagliaresi y a «la demás familia de Roma».

«Carísimo hermano en Jesucristo: He recibido ayer tu carta del día de la Ascensión, que contiene muchas y excelentes noticias relativas al verdadero sucesor de San Pedro, al verdadero representante de Cristo, el Papa, y referentes a la derrota de ese antidemonio, de la que me he alegrado y alegro. Aunque desde hace varios días sé lo que me anuncias, me parece que siento una alegría nueva. De lo que me comunicas respecto de algunos grandes señores a quienes se creía lo contrario de lo que son, la mayoría, por lo menos, ruego a la Bondad Divina que ilumine sus corazones, como también los de los demás, a fin de que la verdad no se oscurezca en ellos y no sean causa de que se oscurezca en los demás; ruego igualmente a Dios para que nos evite el cisma y las divisiones entre cristianos.»

La Ascensión cayó este año el 14 de mayo. Las buenas noticias que Neri comunica a sus amigos de Siena son, ante todo, la capitulación del castillo del Angel y la victoria de Marino. Pero había más. Después de la victoria de Marino, Clemente se resolvió a pedir ayuda a Juana de Nápoles, la que le hizo una buena acogida, cediéndole como residencia el *Castello dell'Ovo*.

Sin embargo, el Arzobispo de Nápoles era del partido de Urbano, y el pueblo compartía sus opiniones. A consecuencia de una cuestión entre urbanistas y clementistas, que tuvo lugar en la calle, habiendo un gentilhombre saltado un ojo a un carpintero que hablaba en favor de Urbano contra la reina, la población de Nápoles se levantó en seguida contra Clemente, y la multitud furiosa se lanzó en dirección al mar, hacia el *Castello dell'Ovo*, lanzando gritos salvajes: «¡Muera Clemente! ¡Muera el Anticristo! ¡Viva el Papa Urbano!» Espantado Clemente, se apresuró a huir de Nápoles (el 13 de mayo) y Juana envió a Roma un embajador para proclamar su sumisión al Papa Urbano. El 22 de mayo, Clemente dejó definitivamente Italia, para fijarse en Aviñón, adonde llegó el 20 de junio.

Tratábase para Urbano de proseguir su victoria; dos cosas necesitaba para ello: soldados y dinero, o, más exactamente, sólo necesitaba una cosa: dinero, porque tener dinero era tener soldados. También en este terreno trató Catalina de prestarle auxilio; se dirige, en primer término, a su ciudad natal.

En una carta a los «Señores defensores» (*I Signori defensori*) les recuerda la benevolencia del Padre Santo. Les ha levantado la excomunión, y, por su intervención, Siena recibió, en vez de Pisa, el puerto de Talamona. El Papa, sin embargo, no ha entrado en posesión de la cantidad fijada entonces (ocho mil florines), por lo que Catalina escribe: «Os conjuro en nombre de Cristo crucificado a que no dejéis al Cristo terrestre contentarse

con vanas frases; antes bien, recompensadle con actos lo que ha hecho por vosotros.» Para apoyar su demanda, dirigió al mismo tiempo una carta a la *Compagnia della Vergine*. En una señal, dice, se conocen los buenos obreros de la viña: en que sostienen espiritual y temporalmente al Papa Urbano; «espiritualmente, con humildes plegarias; temporalmente, contribuyendo con todo vuestro poder a que el Gobierno venga en su auxilio, lo que es estricta justicia. ¿No veis que prestándole asistencia trabajaremos en nuestra propia salvación? ¿Amaremos tan poco nuestra fe que no estaremos dispuestos a defenderla y exponer por ella nuestra vida? ¿Seremos tan ingratos, después de haber recibido tantos beneficios del Señor y de su Vicario? ¿Y no sabemos que la ingratitud ciega en nosotros la fuente de la piedad?»

Maconi contesta así, en nombre de la Compañía de que formaba parte:

«Insisto—escribe—en que, por lo que sé y puedo juzgar, de cada diez personas, nueve están por Urbano, y que se pueden señalar con el dedo como bandidos y ladrones el reducido número de los que no optan por su causa. En lo espiritual, obedecerán a Urbano como a su verdadero pastor; pero en lo temporal se excusan con su gran pobreza y la miseria a que se ven reducidos.» Para defenderse contra las depredaciones de los lansquenetes errantes, Siena, Lucca, Perusa y Florencia hubieron de entregar a John Hawkwood y a Lucio di Lando una suma considerable. Y Stéfano excusa a su

ciudad natal diciendo: «Los soldados perciben seis mil florines de oro y, sin embargo, antes de ayer reclamaron quince mil, lo que no impide que haya saqueos, ya en la Maremma, ya en otra comarca. No digo esto para disculparnos. Por lo demás, he hablado varias veces de esto con los miembros del Gobierno, ya en el Concejo, ya en otros sitios; hasta les he apuntado que podríamos dar en prenda algunas propiedades del Municipio, y que si nos es imposible enviar soldados en gran número podríamos enviar algunos, por lo menos, pues el Santo Padre se daría por satisfecho viendo que hacíamos lo que podíamos.»

Stéfano refiere después los pequeños incidentes de la ciudad, haciendo alusión a «la aventura del arcipreste» —aventura que nadie conoce ya—, «a la piel de cabra curtida» que ha proporcionado a Neri y que el hijo del maestro ebanista Francesco del Tonghio se ha encargado de llevar a Roma; espera que reunirá las cualidades apetecidas; y termina con mil saludos. «Messer Matteo acaba precisamente de entrar y, cuando supo a quién escribía, me encargó que te rogase dijeras a nuestra *Mamma* que la ha escrito una larga carta. Si tuviese tiempo, te contaría, por lo demás, una historia que te agradaría mucho... Messer Matteo se moría de risa oyéndola.»

Todavía hoy los toscanos se distinguen contando anécdotas entretenidas, y es sensible que no conozcamos la historia que tanto hacía reir en Siena por junio de 1379 en la casa de la Misericordia y que hizo reir también a su digno rector...

Pero, después de haber hablado de cosas serias y de las que no lo son, suspira desde el fondo de su corazón: «Saluda de mi parte a Pietro (di Giovanni Venturi) y a Francesco (Malavolti), como a los demás miembros de la pequeña familia; mis pecados han sido la causa de que no haya sido hallado digno de reunirme con ellos, pero con el corazón estoy a vuestro lado... Muy fácilmente soportaría las fatigas de un viaje si Dios me concediese sentarme de nuevo a los pies de nuestra venerable *Mamma.*»

Sucedía con Siena como con otras poblaciones bien dispuestas para el Santo Padre. Habían prometido, pero les parecía difícil cumplir su palabra. Este fué el caso de Perusa, adonde Catalina dirigió un mensaje con Neri di Landoccio a los «Señores Prebostes del pueblo y Municipio de Perusa».

En estas líneas, la virgen procura demostrar cómo «el temor de Dios sirve lo mismo para la vida presente». Sostener al Papa es, en realidad, sostener a los propios perusinos. «¿Cómo? Voy a decíroslo. Como podéis observarlo, los tiempos son tales que debemos esperar grandes tribulaciones y especialmente las que han de caer sobre nuestro país con la venida de los grandes Señores. (Piensa, sin duda, en Luis de Anjou, enviado por Clemente; en Luis de Hungría y en su primo Carlos de Durazzo, a quien se había dirigido Urbano pidiendo refuerzos.) A consecuencia de nuestras numerosas faltas y de la desunión que entre nosotros reina, somos frágiles como el vidrio. Si nos separamos de

nuestro Padre y se niega a apoyarnos, nos exponemos al peligro involuntariamente. Procuremos apoyarle, a fin de que en las horas de peligro nos auxilie. Es evidente para vosotros (porque no sois más tontos que los demás) que los brazos de la Iglesia pueden debilitarse, pero no romperse, y que adquiere nuevo vigor que beneficia a los que en ella descansan.» Florencia tardaba igualmente en socorrer a Urbano; repróchalo severamente Catalina en una larga carta a los «Señores Priores de artes y al gonfaloniero de la justicia del pueblo y del Municipio de Florencia». Una vez más predica un Evangelio político que es el mismo que su Evangelio religioso: el amor propio, principio de todo mal. Si el egoísta es súbdito, desobedece; si se halla en las alturas, es injusto o realiza la justicia según su fantasía, porque sus motivos son puramente personales, y le impulsan a desnaturalizar la justicia, ya para vengarse de sus enemigos, ya para ajustarse a los deseos de sus amigos, ya para velar por su propio interés. «De donde resulta que la santa justicia flaquea siempre y los amos se convierten en tiranos. Los súbditos no se alimentan con justicia y caridad fraterna en el seno de la comunidad, sino cada uno busca su bienestar mediante la perfidia y la mentira, sin preocuparse del bien público. Todos tienden al poder por su propia ventaja y no por el buen estado y régimen de la ciudad.»

Il buono stato e reggimento della città—el «buen régimen», que Ambrogio Lorenzetti pintara en la pared de la «Sala de los Nueve» del Ayuntamiento de Siena—es el

asunto de que trata también la carta de Catalina a Messer Andreasso Cavalcobuoj, senador en Siena en esta época. «Carísimo hermano: no os durmáis—dice dirigiéndose al alto magistrado—, antes bien sacudid el sueño. Volvamos en nosotros y no esperemos un tiempo más oportuno, porque el tiempo no espera. El tiempo es más rápido de lo que podemos imaginar y quisiera que rompiésemos los lazos que nos atan. Porque el que está atado no puede andar; y es preciso que andemos por el camino de la virtud siguiendo la doctrina de Cristo crucificado; El es el camino, la Verdad, la Vida; el que le sigue no anda entre tinieblas, sino por la luz. Por consiguiente, hay que caminar por esta dulce y recta vía. Mas ¿cómo cortaremos nuestros lazos? Con la espada del odio al vicio y del amor a la virtud cortaremos esos lazos, y con la confesión los echaremos lejos de nosotros.» Y, libertados así de las cadenas del pecado, debemos emplearnos en el servicio de la Iglesia, «lo que es muy agradable a Dios, sobre todo en nuestros días, en que la aflicción de la Iglesia es tan grande... Pero guardaos de asistir a las preces canónicas y a la misa mientras no os sea permitido».

Como indica esta última observación, Siena no estaba aún libre del entredicho; arreglar esta cuestión era uno de los motivos de la presencia en la República del legado pontificio Giacomo di Sozzino Tolomei. Algunas personas piadosas, que no podían prescindir del oficio, habían acudido a diversos artificios. Así Stéfano Maconi y otros varios miembros del círculo habían lo-

grado se les admitiera *pro forma* entre la escolta del legado que, exceptuada del entredicho, podía asistir a la misa del Prelado. Catalina condenaba esa aplicación del principio de que el fin justifica los medios. «Si lo hubiese sabido, no habríais procedido así—escribe a Stéfano—, sino que habríais esperado la paz, humilde y pacientemente... A mí me parece que la expresión «formando parte de su casa» no puede convenir más que a los que realmente se hallan a su servicio.»

«Si no me engaño—dice en la misma carta—, la aurora aparece ya, y dentro de poco lucirá la claridad del día; pronto se levantará el sol.» Durante algún tiempo, la victoria pareció favorecer la causa de Urbano: primero, capituló Marino, y Giordano Arsini se sometió al Soberano Pontífice. Es cierto que la conversión de Juana de Nápoles fué de corta duración; pero el rey de Polonia y de Hungría se adelantaba ya y Carlos de Durazzo, que había casado con la sobrina de Juana, Margarita, se disponía a la conquista de las dos Sicilias. Entonces Neri, que había regresado de Perusa en compañía del sacerdote Lisolo, fué enviado a Nápoles por Catalina con un último llamamiento a Juana. El tono de esta misiva es más enérgico que nunca. Dice a la reina sensual y apasionada, que el cuerpo es «un saco lleno de podredumbre que hiede por todas partes», «un instrumento que no produce otro sonido que el del pecado». ¡Ay! ¿Por qué Juana no lo reconoce? Está ciega, y porque está ciega ha preferido servir al falso Papa. Son tal para cual. ¿No ve las calamidades que ha

suscitado en el mundo? ¿No ve las luchas desencadenadas entre los soldados de Urbano, que llevan en su escudo una rosa encarnada, y los clementistas, cuyo emblema es una rosa blanca? ¡Ay, cuán desgraciada es mi alma! ¿No veis que todos hemos sido creados por la rosa purísima de la eterna voluntad de Dios y devueltos a la vida de la gracia por la rosa escarlata de la sangre de Cristo, en el que hemos sido purificados mediante el santo bautismo e introducidos en el jardín de la Iglesia Santa? Ni vos ni nadie ha proporcionado a la humanidad ese baño de rosa; sólo nuestra madre la Santa Iglesia puede hacerlo por la mano del que tiene las llaves de la sangre: el Papa Urbano VI.»

Catalina recuerda a Juana su reciente sumisión, seguida por la defección actual. «Es para mí un dolor tan grande que me sería imposible llevar en esta vida una más pesada cruz. ¡Y cuando pienso que he recibido una carta vuestra donde confesabais que el Papa Urbano era el verdadero Pontífice y que queríais obedecerle! Y ahora veo lo contrario.» Catalina continúa largamente oprimiendo el corazón de esta frívola soberana. Le recuerda la fama que tendrá si muere en la herejía; la amenaza con la muerte. «La muerte acecha a todos, pero sobre todo a los que han pasado de la edad de la juventud. Nadie puede sustraerse a la muerte, nadie puede defenderse contra ella; la sentencia de muerte está pronunciada sobre nosotros desde que fuimos concebidos en el seno materno; es una deuda que todos debemos pagar. Pero nuestra muerte no se asemeja a la de los animales,

Hemos sido creados a imagen de Dios, y, aunque el cuerpo perezca, el alma no muere en cuanto al ser, pero puede perder la vida de la gracia si se halla en pecado mortal... Sed, pues, misericordiosa y no cruel para vos misma; Dios os llama, no tardéis en contestarle para que no oigáis un día estas duras palabras: «No te has acordado de mí durante la vida y yo no me acuerdo de ti en la muerte.»

La carta de Catalina no tuvo efecto alguno o no produjo sino una impresión pasajera. El alma inquieta de Juana, que durante mucho tiempo se había mostrado vacilante, encontró al fin su equilibrio. Había tomado partido; quería pertenecer al mundo de la carne, de las pasiones, de los placeres, en que había vivido generalmente y que tan vivos y ardientes goces le proporcionara. Aún no había terminado la existencia; su cuarto esposo, Otton de Brunswick, vivía, la amaba, venía de camino con un ejército para traerle socorro. Juana despidió a los discípulos de Catalina sin contestar siquiera a la carta de la Sienesa. ¡Había pasado el tiempo en que las santas le impresionaban!

En el mes de abril del año siguiente, Urbano pronunció excomunión mayor contra la reina de Nápoles, relevó a sus súbditos del juramento de fidelidad y cedió su reino a Carlos de Durazzo. Luis de Anjou, retenido en Francia por sus funciones de tutor del joven Carlos VI, no podía acudir en su ayuda; Otton de Brunswick fué derrotado y hecho prisionero, al paso que Carlos de Durazzo era coronado en San Pedro en junio de 1381 rey

de Nápoles y Jerusalén. En julio del siguiente año, Juana moría en Castello di Muro, sin haber tenido derecho a derramar su sangre, ahogada entre los colchones de aquel lecho cuyas alegrías fueron para ella las alegrías supremas...

Pero Catalina, viendo volver a sus mensajeros que no habían podido cumplir su misión, se levantó también contra Juana. Entonces escribió al rey Luis de Hungría y de Polonia invitándole a sacar la espada por Urbano. «¿Sufriréis que el Anticristo y una mujer arruinen nuestra fe y nos arrojen en las tinieblas y la confusión?» La que la Santa había llamado hasta aquí *Carissima e reverenda madre* es ahora una *femmina*.

Así transcurrió el año. Se acercaba el Adviento. Catalina tuvo la alegría de ver aquel otoño a uno de sus discípulos, el pintor Andrea di Vanni, autor del retrato de la Santa que decora la pared de la *Cappella delle Volte*, convertido en Capitán del Pueblo en Siena. Le escribió recordándole los deberes inherentes a los altos cargos: las violentas tempestades de las tentaciones menudean en las cumbres mientras la calma reina en el valle de la humildad. Le predica la comunión frecuente y le recomienda que no se abstenga de ella con pretexto de no ser digno; sólo los que se imaginan serlo son, en realidad, indignos, y van a la sagrada Mesa con la capa del orgullo. «Te excito, carísimo hijo, en tu posición presente, a que hagas justicia a chicos y grandes, sin establecer distinción entre el rico y el pobre, tratando a cada uno según sus méritos, como lo exige la santa jus-

ticia templada por la misericordia. Estoy convencida de que obrarás así y te exhorto a que lo hagas. En este período del Adviento y de Navidad te invito a acudir al pesebre donde reposa el humilde Cordero. Allí encontrarás a María, extranjera y desterrada, en tan gran pobreza que carece de pañales decorosos para cubrir al Hijo de Dios y de fuego para calentar al que es el mismo fuego; unos animales calientan al niño con su aliento. ¡Cómo hemos de avergonzarnos de nuestro orgullo viendo a Dios tan profundamente humillado!»

Este mismo otoño, viajando Stéfano por los alrededores de Siena, fué hecho prisionero por las tropas de John Hawkwood y sólo se salvó invocando a Catalina, cuyo nombre inspiraba siempre al gran inglés un respeto tal vez supersticioso. Naturalmente, se lo refirió a su *Mamma*, quien le contestó: «Me escribes que fuiste hecho prisionero durante el día. Luego, por operación del Espíritu Santo, se hizo la aurora en el corazón de esos demonios encarnados y te dieron libertad. Piensa, querido hijo, que mientras perdures en la noche del verdadero conocimiento de ti mismo no estarás nunca cautivo; pero si tu pasión se viese seducida por el día del amor propio o si tu alma quisiera entrar en el día del conocimiento de Dios sin haber pasado por la noche del conocimiento de sí misma, caería rápidamente en poder de sus enemigos. En seguida se vería dominada por la presunción, el orgullo, las pasiones, las delicias del mundo y de la carne. Quiero, pues, que descanses entre el día y la noche en el conocimiento de ti mismo en Dios y de Dios en ti...

Quiero, carísimo hijo, que tomes fuerzas en el tiempo de la aurora porque pronto saldrá el sol... Barduccio, tu negligente hermano (el joven Canigiani a quien dicta Catalina) dice que importa que vengas pronto; tiene algo que hacer en que tú podrías ayudarle y que le parece imposible realizar si no es contigo.»

XIV

«El tiempo de la aurora», sí; pero para Catalina era el del crepúsculo. «En tu naturaleza, eterno Dios, reconozco mi propia naturaleza—dice en una de sus oraciones de esta época—; y ¿qué es mi naturaleza? Mi naturaleza es fuego.» Ese fuego interior la consumía por días, de modo que, según Caffarini, «su piel descansaba sobre los huesos, su estómago no toleraba alimento alguno, a punto que no podía ingerir ni un vaso de agua fresca. Parecía como si ardiese interiormente; su aliento os daba en el rostro como el calor de un horno.» Se había convertido por completo en brasas y llamas; unos meses más, y quedaría convertida en cenizas.

El año 1380 trajo nuevos peligros para Urbano. «La antigua serpiente—escribe Raimundo—sembró la discordia entre el Papa y el pueblo romano, hasta el punto de que el pueblo llegó a amenazar de muerte al Pontífice. Cuando la virgen de Siena lo supo, experimentó profunda pena, y recurriendo a la oración, según su costumbre, suplicó a su Esposo no consintiese semejante delito.»

Poseemos muchas de las oraciones salidas en esta época de labios de Catalina y que fueron escritas por sus discípulos. Por la mañana del día de Año Nuevo, el Cardenal Niccolo Caracciolo, admirador antes de Santa Brígida y ahora de Catalina, la impulsó a que orase por el Papa: «Te suplico hoy, dulce Amor mío, Dios eterno, que uses de misericordia con este mundo y lo ilumines para que reconozca a tu Vicario, al cual te suplico concedas tu luz para que el mundo le siga... Manifiesta, pues, en él tu virtud para que su viril corazón se consuma de ardientes aspiraciones y sus actos, inspirados en tu bondad, atraigan el mundo hacia él. Ilumina a sus adversarios, cuyos corazones incircuncisos resisten al Espíritu Santo y se rebelan contra su poder. Llámalos, excítalos, ¡oh, Amor inapreciable!, y permite en este día de gracia que su endurecimiento quede vencido, que tornen a Ti a fin de que no perezcan. Y, ya que tanto te han ofendido, Dios de suprema clemencia, castiga en mí sus pecados. *He aquí mi cuerpo*, que he recibido de Ti y que te ofrezco para que sea el yunque en que aplastes sus iniquidades... Sea hoy desterrado todo amor propio de tus enemigos, de tu Vicario y de nosotros para que todos podamos perdonarles cuando hayas quebrantado su dureza. Para que se humillen y obedezcan a Nuestro Señor, *te ofrezco mi vida* ahora y después cuando te plazca, por tu gloria, suplicándote humildemente por la virtud de tu pasión que purifiques a tu Esposa de sus antiguos vicios... No esperes más, Dios verdadero; sé que golpearás tanto tiempo en

la madera torcida de tus enemigos que al fin se enderezará. Pero apresúrate, ¡oh, Trinidad eterna!, porque no te es difícil conseguir algo de algo, a Ti que todo lo sacaste de la nada.»

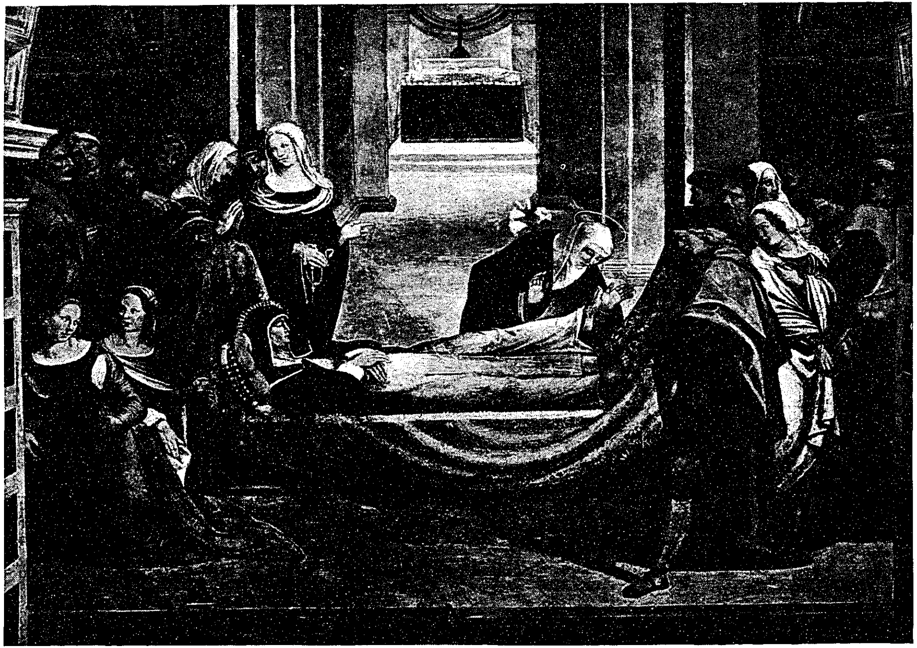
Era Catalina—escribió William Flete después de la muerte de la Santa—como una mansa mula que llevaba sin resistencia el peso de los pecados de la Iglesia, como en su juventud había llevado desde la puerta de la casa hasta el granero los pesados sacos de trigo. Y esta intención de llevar la carga de los demás, de pagar por los pecadores y por la Iglesia, revistió poco a poco una forma precisa. Diariamente se dirigía a San Pedro para rezar ante la tumba del Apóstol. San Pedro era entonces la vieja basílica cuya fachada vemos en el fondo del «Incendio del Borgo», y sobre su pórtico Catalina contemplaba el mosaico de Giotto que ha sido conservado en la nueva portada y que representa la *Navicella*, la nave de la Iglesia, la barca de Pedro. El pensamiento de Catalina se concentraba en este símbolo, era la carga que pretendía llevar: ¡La *Navicella*! Esta palabra se repite sin cesar en la oración que rezó el día de la fiesta de la cátedra de San Pedro (18 de enero).

Y así llegó el domingo de Sexagésima, que este año cayó en 29 de enero. Durante su oración, vió Catalina «a Roma entera llena de demonios» que excitaban al pueblo contra el Papa y que después cayeron sobre ella lanzando terribles gritos y diciendo: «¡Maldita, te opones siempre a nosotros, pero nos vengaremos y te haremos morir entre tormentos horribles!» Pero, mientras

rezaba con fervor, el Señor le contestó: «Renuncia a esto, hija mía; deja a ese pueblo perverso cometer el grave pecado que medita, para que mi justicia pueda castigarlos como merecen, pueda abrirse la tierra y tragarlos vivos el infierno.» «Púsose entonces a rezar con mayor ardor y pasó varios días y varias noches sin dormir; estaba tan triste, tan agotada, que daba lástima verla arrastrarse hasta la capilla, sin poderse tener sobre sus piernas; cuando se levantaba, volvía a caer sobre sí misma, y si Dios no hubiese ceñido su cuerpo como con un círculo de hierro, se habría deshecho y roto.»

En una de estas noches de desolación, Catalina se ofreció como yunque al martillo de Dios. Al paso que antes, refiere Raimundo, no podía, a causa de sus diversos achaques y dolores, levantarse para ir a misa antes de las nueve, oía ahora misa y comulgaba temprano, recorría en seguida con su paso habitualmente rápido la larga distancia que separa la vía di Papa de San Pedro para rezar. Podemos representárnosla de rodillas ante la verja de la tumba del Apóstol a través de la cual Francisco de Asís, en el primer impulso de su piedad demostrativa, arrojó su dinero a puñados.

Hela allí, arrodillada; pequeña de apariencia y delgada, vestida de blanco; sus dos grandes ojos brillan con vivo resplandor; sus labios finos y su pequeña boca prominente se mueven débilmente para rezar, como el follaje que estremece ligero soplo. Sus manos flacas, cruzadas con fervor, semejan la llama inmóvil de un cirio; su silueta es blanca, resplandeciente e inflamada como una antorcha



G. del Pacchia. Siena.—Casa de Santa Catalina.

bendita. A su lado están arrodilladas sus amigas, rezando como ella, pero fijando a la vez continuamente la ansiosa mirada en su amada madre espiritual, *la dolce venerabile Mamma*. Y de pronto la ven caer como abrumada por inmensa carga, derrumbarse como edificio que cae arruinado. Quieren levantarla, pero es casi imposible; se halla como paralizada, porque Jesús ha puesto sobre sus débiles hombros de doncella la *Navicella*, el bajel de la Iglesia y todos los pecados que lleva a bordo. La llevan a su casa, flaqueando bajo el peso de la carga que la ha impuesto su Esposo y que en adelante pesará sobre ella como un yugo, como la pesada mano con que el esposo inclina la nuca de la esposa; pero ella lo ama doblemente por su fuerza y porque su amor la doma y le permite sufrir. *¡Gesu dolce, Gesu amore!*

Esto ocurrió—refiere Barduccio Canigiani en el relato que hizo de la muerte de Catalina—el domingo de Sexagésima, a la hora de Vísperas. «A partir de este momento no recuperó la salud. El lunes siguiente me dictó una nueva carta por la noche y entonces se vió acometida de un acceso tan terrible que todos la lloramos por muerta. Permaneció mucho tiempo sin dar señales de vida. Después volvió en sí, se levantó y no se hubiera creído que era ella la que acababa de hallarse en tal estado.»

La carta dictada a Barduccio para Urbano es muy breve y traduce el cansancio y el esfuerzo. Una vez más —la última—Catalina quiere aconsejar y guiar a su *dolce Babbo, Cristo in terra*. Le cita el ejemplo de Grego-

rio Magno y le desea la inteligencia y la prudencia «siempre necesarias, y más en nuestro tiempo». Le aconseja oponga la dulzura a los romanos sublevados. «Sabéis que vuestros hijos los romanos se dejan atraer más fácilmente por la dulzura que por la fuerza o la dureza de las palabras. Sabéis cuán necesario es para la Santa Iglesia y para vos que conservéis a ese pueblo en la obediencia y el respeto hacia Vuestra Santidad, porque en esto reside el principio de nuestra fe.» Exhorta después al Soberano Pontífice a poner toda su confianza en Dios; la Providencia velará por la nave de la Iglesia, que es también la nave del Papa: *la Navicella della Santa Chiesa e della Santità Vestra.* «Sed siempre un hombre valeroso, animado del santo temor de Dios, siempre ejemplar en vuestra conducta, palabras y actos. Que todo en vos resplandezca ante Dios y ante los hombres como una luz puesta en el candelabro de la Iglesia, en el que deben fijarse las miradas de todo el pueblo cristiano.»

Le recuerda, por último, las ruinas que un mal gobierno pontificio ha ocasionado en Italia y le pone en guardia contra «los gobernantes perversos, por culpa de los cuales ha sufrido la Iglesia persecución. Pero sé que no lo ignoráis. Vea Vuestra Santidad ahora lo que hay que hacer. Tened valor; Dios no deshechará vuestra buena voluntad y las oraciones de vuestros siervos. No tigo más. Permaneced en el santo y dulce amor de Dios. Os pido humildemente vuestra bendición».

Tales fueron las últimas palabras de Catalina a un

hombre que se convirtió después de su muerte en uno de los tiranos más sanguinarios que haya conocido la historia. Su energía se trocó en inflexibilidad; su firmeza, en dureza; su falta de atenciones, en crueldad. Cuando, en 1385, descubrió una conspiración entre los Cardenales, los culpables fueron torturados y, mientras se hallaban tendidos en el potro, el Pontífice se paseaba por delante de la ventana de la cámara del tormento rezando su breviario, acompañado por los lamentos de los atormentados. Uno de esos Cardenales, que era inglés, se salvó por mediación de Ricardo II. En cuanto a los demás, Urbano los hizo arrojar al mar o ahogar, y sepultar sus cadáveres en cal viva. Cuatro años después murió en el Vaticano, medio loco, abandonado de todos, aborrecido y detestado como pocos hombres lo fueron.

Pero tan terrorífico porvenir estaba velado a los ojos de Catalina. En una oración emocionante ofreció de nuevo su vida en holocausto por la salvación de la Iglesia. Fué probablemente Barduccio quien ese lunes por la noche, 30 de enero, anotó «ciertas palabras que pronunció durante la oración subsiguiente a la crisis en que toda la familia la lloró por muerta»: «¡Oh Dios eterno, Dueño buenísimo que sacaste nuestro cuerpo del barro de la tierra! ¡Oh dulcísimo amor! Después de haberlo formado con un elemento tan vil, has puesto en él un gran tesoro que es el alma hecha a tu imagen. ¡Oh Dios eterno! Tú eres el maestro que hace y deshace; rompe, pues, el vaso de mi cuerpo y hazlo de nuevo según te plazca. A Ti, Padre Eterno,

ofrezco de nuevo mi vida por tu dulce Esposa; arráncame de mi cuerpo y vuélveme a mi cuerpo cuantas veces quiera tu bondad, cada vez con más dolor que la anterior, para que pueda ver la reforma de tu dulce Esposa, la Santa Iglesia.

»Te encomiendo a tu Esposa, Dios Eterno; te encomiendo también a mis hijos e hijas amadísimos, suplicándote, Eterno Padre, si place a tu bondad y misericordia hacerme salir de mi cuerpo para no volver más a él, que no los dejes huérfanos, antes bien los visites con tu gracia concediéndoles la verdadera y perfecta luz, a fin de que vivan como muertos. Uneles con el vínculo de la caridad para que mueran de amor en esa dulce Esposa. Ruégote, Padre Eterno, que ninguno se vaya de mis manos; perdónanos nuestras iniquidades y perdóname mi negligencia y culpable ignorancia para con tu Iglesia al no haber realizado todo lo que hubiera podido hacer. *¡Peccavi, Domine, miserere mei!*»

Che muoiano spasimati in questa dolce Sposa. «Mueran de amor en esta dulce Esposa.» He aquí lo que Catalina deseaba a sus discípulos y que se realizó respecto de ella. «A partir de este instante—refiere Barduccio Canigiani—vinieron a probar su cuerpo nuevas enfermedades y tormentos. Pero desde que empezó la Cuaresma se entregó a la oración con tal fervor que los humildes suspiros, las lágrimas amargas que de su corazón salían nos hacían el efecto de un milagro. Tal era el ardor de su plegaria, que una hora pasada en oración agotaba su pobre cuerpecito como dos días seguidos de oración

hubieran agotado a otro. Todas las mañanas después de la Comunión se hallaba en tal estado, que los que no la conocieran la hubieran tenido por muerta. La llevaban como si así fuera a su estrecha cama baja, pero se levantaba una o dos horas después e íbamos a San Pedro, que dista una milla, donde se pasaba rezando hasta Vísperas, volviendo a su casa tan agotada que parecía una difunta.»

La pluma fiel de Barduccio ha apuntado algunas de las preces balbucidas por Catalina durante esos éxtasis cotidianos después de la Comunión. Invoca sin cesar el socorro de Dios por la Iglesia, por el Papa, por el advenimiento de la reforma. Y en varias oraciones se humilla, se acusa a sí misma: «¡Oh Trinidad eterna, he pecado todos los días de mi vida! Alma miserable, ¿te has acordado alguna vez de tu Dios? No, seguramente, pues si así hubiera sido, te habrías consumido en la hoguera de su amor. Dios Eterno, estoy enferma, dame la salud; estoy muerta, dame la vida; danos a todos tu propia voz para que podamos hacernos oir por Ti... Te imploro por el mundo entero y en particular por tu Vicario y sus columnas (los Cardenales) y por aquellos que me has confiado y a quienes amo con especial amor. Estoy enferma; pero quisiera verles sanos; soy imperfecta, pero los quisiera perfectos; estoy muerta, pero quisiera verlos vivir con la vida de la gracia...» Después, dirigiendo su mirada sobre sí misma, expresa de nuevo en términos penetrantes el sentimiento fundamental de toda vida cristiana: la conciencia del pecado, que crece con la luz

de lo alto y que puede, en cierto modo, llevarnos al borde del abismo de la desesperación, porque cuanto más nos acercamos al ideal más éste parece alejarse. «¡Oh, Dios Eterno! ¡Eres la vida y yo la muerte!—dice Catalina retorciéndose como entre llamas en la sobrenatural claridad del conocimiento de sí misma—. Eres la sabiduría; yo, la ignorancia; eres la luz; yo, las tinieblas. Tú el infinito; yo, limitada. Eres la misma rectitud; yo, un árbol torcido. ¿Quién alcanzará tu suprema altitud, oh, Dios Eterno?»

En esta larga serie de éxtasis se le aparecen los dos reinos en que se reparte la existencia y entre los que se abre un abismo infranqueable: el reino de la luz, cercado por la tapia de la Fe, y, en cuanto de él se sale, el mundo de las tinieblas, del egoísmo, en que el hombre torna al estado animal. Y la vidente observa con espanto que las tinieblas ejercen siempre su poder sobre ella, que no deja de ser la hija de Adán, la hija de Eva vestida con pieles de animales «que aderezó el propio Señor y que dió a los que arrojó del Paraíso», «el vestido dañino, maloliente de mi perversa voluntad». Y otra vez busca un refugio en la invocación de su pequeñez. «Soy la que no es; Tú eres el que es. Comunícate a mí a fin de que pueda cantar tus alabanzas.»

En una larga carta a Raimundo de Capua—la última—Catalina ha sintetizado cuantos fenómenos espirituales se produjeron en estas importantes semanas entre el domingo de Sexagésima y el 15 de febrero, en que la carta aparece escrita:

«Padre mío, Padre mío y dulcísimo hijo, Dios ha operado desde el nuevo año hasta aquí tan prodigiosos misterios que la lengua no acierta a expresarlos. Pero dejemos el tiempo remoto y hablemos del domingo de Sexagésima, en que se produjeron los hechos de que brevemente voy a hablaros. Paréceme que nunca había llevado tan pesada carga. Era tan grande el dolor que experimentaba en el corazón, que desgarraba mi túnica y me agitaba en la capilla como una persona fuera de sí, y si alguien hubiese querido sujetarme me habría matado en el acto. Llegó luego el lunes y por la noche fuí impulsada a escribir al Cristo de la tierra y a los tres Cardenales; me hice, pues, subir a mi *studio*. Pero cuando hube escrito al Cristo de la tierra, me fué imposible continuar; tanto era lo que padecía.

»Poco tiempo después empezaron los ataques de los demonios, que me causaron tal espanto que estuve a punto de volverme loca. Se ensañaban conmigo como si yo, miserable gusano de la tierra, hubiese sido la causa de que hayan perdido lo que poseían en la Santa Iglesia. Y era tan grande el terror que acompañaba a mis sufrimientos corporales, que quise escaparme del *studio* para irme a la capilla, como si aquella habitación tuviese alguna parte en mis penas.

»Me levanté, pues, y, no pudiendo andar, me apoyé en mi hijo Barduccio; pero en seguida fuí derribada y, cuando estuve en tierra, experimenté la impresión de que mi alma había abandonado el cuerpo, no como la otra vez (es decir, cuando su muerte mística en 1370),

porque entonces mi alma gustó de la dicha de los bienaventurados participando con ellos en el goce del Bien supremo. Mientras que ahora mi alma parecía hallarse aislada; tenía la impresión de estar fuera de mi cuerpo y ese cuerpo me parecía ser de otro. Y viendo mi alma la inquietud del que me acompañaba (Barduccio, se sobrentiende) quise decirle: «hijo mío, nada temas»; pero no pude mover la lengua ni ninguno de mis miembros, como si mi cuerpo estuviese falto de vida. Dejé, pues, mi cuerpo donde estaba y mi inteligencia fijó su mirada en el abismo de la Trinidad. Mi memoria estaba llena del recuerdo de las necesidades de la Santa Iglesia y de todo el pueblo cristiano; invoqué a Dios, y le pedí con confianza su auxilio, ofreciéndole mis vehementes deseos y haciéndole violencia por la sangre del Cordero y por los padecimientos de Cristo y de todos los santos. Y le supliqué con tanta instancia que me pareció imposible que rechazase mi petición.

»Le rogué después por todos vosotros, suplicándole realizase en vosotros su voluntad y mis deseos. Le supliqué luego que me preservase de la eterna condenación. Y permanecí así tanto tiempo que la familia (quiere decir sus amigos y discípulos) me lloraba como muerta. Sin embargo, los demonios y sus tentaciones se habían desvanecido, y el humilde Cordero de Dios vino a ofrecerse a mi alma diciendo: «No dudes que cumpliré tus deseos y los de mis demás siervos; quiero que veas que soy un buen alfarero que deshace sus vasos y los vuelve a hacer a su gusto. Conozco una y otra tarea

y por eso, tomando el vaso de tu cuerpo, lo modelo de nuevo para que sea distinto de lo que fué en el jardín de la Santa Iglesia.»

»Y la verdad eterna me atraía a sí con numerosas y suaves palabras que aquí omito. Mi cuerpo empezó a respirar, indicando así que el alma había vuelto a su vaso. Estaba llena de admiración, pero experimentaba en el corazón un dolor tan vivo que todavía lo siento. Me vi privada de toda alegría y consuelo e imposibilitada de tomar alimento. Cuando me llevaron a la habitación de arriba, me pareció llena de demonios que empezaron de nuevo a darme la batalla: la más terrible que haya sufrido, pues querían hacerme creer que en mi cuerpo residía un espíritu impuro en vez del que antes lo ocupaba. No rehusé la lucha, pero imploré con insistencia el auxilio divino, diciendo: «*Deus in adjutorium meum intende, Domine ad adjuvandum me festina.* Has consentido que me vea sola en este combate sin la asistencia de mi Padre espiritual (es decir Raimundo), del que he sido privada por mi ingratitud.» Dos días y dos noches transcurrieron en medio de estas tempestades, pero mi alma y mi deseo, no sufriendo ya nada, permanecían siempre vueltos hacia el Señor, al paso que mi cuerpo seguía inerte. El día de la Candelaria quise oir misa; entonces todos los misterios se renovaron en mí: Dios me mostró el gran peligro que amenazaba, porque Roma se hallaba a punto de sublevarse; no se oían sino injurias e imprecaciones; pero Dios ha derramado un bálsamo sobre sus corazones y todo

terminará bien. Dios me ordenó también que durante el santo tiempo de Cuaresma ofreciese las oraciones de toda la familia e hiciese celebrar la misa a intención de la Santa Iglesia. Debía, además, asistir todas las madrugadas al Santo Sacrificio, lo que, como sabéis, era imposible para mí; pero obedeciéndole, todo se hace posible. Y se apoderó de mí tan violentamente ese deseo, que la memoria no podía retener, ni la inteligencia comprender ni la voluntad apetecer otra cosa.

»No por eso prescindo de las cosas de este mundo; pero mi vida transcurre en el cielo entre los elegidos del paraíso. Mi alma no quiere ni puede compartir su felicidad, pero sí puede participar del hambre que experimentaban cuando eran viajeros y peregrinos en esta tierra. En ese y en otros sentimientos que no acierto a expresar se consume y transcurre mi vida en esa dulce Esposa. Los mártires han derramado su sangre por mí; yo me inmolo de esta manera: Pido al Maestro que me deje pronto ver la redención de mi pueblo. Por la mañana, a las nueve, después de misa, salgo de casa, y veríais entonces a una muerta entrar en San Pedro. Entro en la *Navicella* de la Santa Iglesia para trabajar orando y estoy hasta la hora de Vísperas; quisiera no dejar este lugar noche y día hasta que no viese a este pueblo reconciliarse con su Padre. Mi cuerpo no toma alimento alguno, ni siquiera una gota de agua; mis sufrimientos son más intensos que nunca y mi vida pende sólo de un hilo. Ignoro lo que la Bondad divina quiera hacer conmigo, pero tengo el presentimiento de que Cristo

quiere consumar mi martirio para hacerme resucitar con El y poner término a mis miserias y a las angustias de mi deseo. O bien acaso continúe afligiendo mi cuerpo. Le he suplicado y le suplico que haga en mí su voluntad y no os deje huérfanos (a vosotros y a los demás), sino que os mantenga sin cesar en la vía de la verdad, lo cual hará, estoy convencida de ello. Ahora, cuando sepáis que Dios ha derramado sobre mí su mirada misericordiosa, os suplico, ¡oh Padre e hijo mío!, que renovéis vuestra vida y muráis a todo otro sentimiento para lanzaros por completo en la *Navicella* de la Santa Iglesia. Sed siempre reservado en vuestras relaciones. Poco podréis disfrutar de vuestra celda, pero llevad siempre con vos la celda de vuestro corazón y entrad en ella, porque mientras estemos allí encerrados el enemigo no puede hacernos daño y todo lo que emprendemos se regula según la voluntad de Dios. Os pido igualmente que maduréis vuestro corazón con una santa prudencia, que vuestra vida sea ejemplar a los ojos de los hijos del mundo y desemejante en todo a la suya. Os suplico sigáis practicando con los necesitados la generosidad de que siempre disteis pruebas. Abrazad la pobreza voluntaria con una nueva buena voluntad y con una humildad perfecta. Sea cual fuere la situación o el estado a que Dios os lleve, sepultaos más profundamente en el valle de la humildad y sentaos con alegría a la mesa de la cruz para tomar vuestro alimento. Besad como a una madre a la humilde fiel y perseverante oración; velad, a menos de estar absolutamente impedido;

decid misa todos los días. Huid de las conversaciones inútiles y frívolas y sed grave en vuestras palabras y conducta. Rechazad toda ternura hacia vos mismo y todo temor servil, porque la Iglesia no necesita de los que se hallan animados por esos sentimientos, sino de personas crueles para consigo mismas y que se apiaden de ella.

»Esto os encargo. Os pido también, así como a Fra Bartolommeo (de Dominici), a Fra Tommaso (della Fonte) y al «Maestro» (Giovanni Terzo Tantucci), que cuiden del Libro (el *Diálogo*) y de los escritos que de mí halléis, para hacer de ellos lo que os parezca más útil para la gloria de Dios; aconsejaos en este punto de Messer Tommaso Buonconti, de Pisa. Ha sido para mí un consuelo escribir esas cosas.

»Os ruego, además, que seáis en lo posible el pastor de mi familia y la conservéis en los vínculos de la caridad y de la unión perfecta para que no se vea dispersa como las ovejas sin pastor. Espero poder hacer por ellos y por vos después de mi muerte igual que durante mi vida. Suplicaré a la eterna Verdad que derrame sobre vosotros la plenitud de las gracias y de los dones que hubiera derramado en mi alma, a fin de que seáis como llamas en un candelero. Os ruego supliquéis al eterno Esposo que hasta el fin me haga cumplir generosamente con mi deber y me perdone la multitud de mis pecados. Y vos, perdonadme la desobediencia, la falta de respeto en que he incurrido para con vos, el trabajo y los pesares que haya podido causaros y el escaso celo que he demostrado por la salvación de nosotros dos. Os pido

vuestra bendición. Rogad y haced rogar mucho por mí por amor de Cristo crucificado. Perdonadme si os escribo cosas amargas; no las escribo por afligiros, sino porque dudo y no sé a la verdad lo que Dios, en su bondad, hará conmigo; quiero haber cumplido con mi deber.

»No os aflijáis porque nos hallemos corporalmente separados uno de otro. Hubiese sido ciertamente para mí un inmenso consuelo teneros aquí, pero es de un consuelo mayor veros trabajar por la Santa Iglesia y os convido ahora a trabajar con más celo que nunca, porque nunca la necesidad ha sido mayor. Ocurra lo que quiera, no abandonéis vuestro puesto sin la autorización de nuestro señor el Papa; alegraos en Cristo el dulce Jesús. Nada más os digo. Permaneced en el santo y dulce amor de Dios, dulce Jesús, Jesús amor mío.»

Aquí se termina la carta del 15 de febrero. Pero Catalina no ha escrito aún todo su testamento para Raimundo y, como dice, quiere realizar su deber hasta el fin. Al día siguiente vuelve a dictar a Barduccio. Primeramente, inculca a Raimundo el artículo de fe que más esencial había llegado a ser para ella: la fe en la Iglesia. Su evangelio se resume en esta idea: únicamente la Iglesia proporciona la luz y, por tanto, la paz. *Extra ecclesiam nulla salus;* para Catalina, esta vieja sentencia no constituye sólo un dogma, una doctrina: es una experiencia, un hecho reconocido. «Nadie puede—dicta a Barduccio—complacerse en la hermosura de Dios, en el abismo de la Trinidad, sin la asistencia de esa dulce Esposa, pues

nos es preciso a todos pasar por la puerta de Jesús crucificado, la cual no se halla en parte alguna fuera de la Iglesia. Esta Esposa da la vida porque hay tanta vida en ella que nadie puede exterminarla; da la luz y la fuerza, y nadie puede debilitarla ni oscurecerla, y yo veo que su fruto, lejos de faltar, aumenta siempre.»

La Iglesia es, pues, desde el punto de vista intelectual y moral, el centro de la existencia; es la solución del enigma de la vida y su valor absoluto y esencial. En este mundo de relatividades es lo único positivo. Merece, pues, que se viva, se pelee y se muera por ella; esto se impone, «puesto que el fruto de la sangre, es decir, la salvación, sólo pertenece a los que lo compran con el tesoro del amor.»

»Mi dolor y el ardor de mi deseo aumentaban y yo clamaba en presencia de Dios: «¿Qué puedo hacer?» Y me respondía en su clemencia: «Ofrece de nuevo tu vida y no te concedas descanso alguno; te he elegido con este fin a ti y a cuantos te siguen y seguirán.» Transcurrió el día y, cuando llegó la noche, mi corazón se sintió atraído de tal modo por la fuerza del amor, que no pude resistirla y tuve que ir a la Iglesia. Experimenté una impresión parecida a cuando otra vez estuve en la agonía y me postré reprochándome amargamente por haber servido con demasiada ignorancia y negligencia a la Esposa de Cristo, siendo causa de que sus demás siervos hubiesen procedido del mismo modo. Y cuando me desperté, llena el alma de ese sentimiento, Dios me colocó en su presencia de un modo nuevo (por más que

estoy siempre en ella ya que encierra todo en sí), como si la memoria, la inteligencia y la voluntad no tuvieran ya nada que hacer en el cuerpo. Y esa verdad se reflejaba en mi espíritu con claridad tan grande que todos los misterios de la Santa Iglesia, así como todas las gracias pasadas y presentes que recibí en mi existencia, se renovaron en mí y viví de nuevo el día de mis desposorios con Dios. Y el ardor crecía en mí cada vez más y todas mis preocupaciones se resumían en ésta: ¿qué puedo hacer para ofrecerme a Dios en holocausto por la Santa Iglesia y para librar de la ignorancia y la negligencia los que me ha confiado el Salvador? Entonces los demonios se desencadenaban contra mí, queriendo refrenar la violencia de mi deseo. Golpeaban sobre la envoltura de mi alma, pero mi deseo se encendía más y clamaba: «¡Oh Dios eterno! Acepta el sacrificio de mi vida por el cuerpo místico de la Santa Iglesia. No puedo darte sino lo que tú me has dado, toma el corazón (aquel corazón que un día le diera Cristo en cambio del suyo y que por eso no se atreve a llamar *mi* corazón), toma ese corazón y oprímelo sobre la faz de la Esposa.»

»Entonces el Eterno, mirándome con benignidad, tomó mi corazón y lo apretó contra la Santa Iglesia. Lo tomó con tanta violencia que si, para impedir que el vaso de mi cuerpo se rompiese, no lo hubiese ceñido con su fuerza, habría pasado de la vida a la muerte. Los demonios redoblaban su furor como si hubiesen sufrido insoportable dolor; se esforzaban por asustarme y me

amenazaban con impedirme que rezase y me ofreciese en sacrificio. Pero el infierno no puede prevalecer contra el poder de la humildad y la luz de la santa fe. Me recogí, pues, más aún y luché como con un hierro candente, y oí en presencia de la Majestad Divina palabras y promesas infinitamente dulces que me llenaron de alegría. Todo esto ocurrió en tan gran misterio, que mi lengua no puede decir más. Y ahora añado sólo: gracias, gracias sean dadas al Dios soberano y eterno que nos ha colocado en el campo de batalla para luchar como valientes caballeros por su Esposa con el escudo de la santa fe. Hemos conseguido la victoria y el campo nos pertenece, porque el demonio, que antes reinaba sobre el género humano, ha sido vencido, no por la fuerea de la humanidad, sino por el poder de Dios. Sí, venceremos al demonio, no por el sufrimiento de nuestros cuerpos, sino por el fuego de la divina e inefable caridad. *Deo gratias. Amen. Gesu dolce, Gesu amore.*»

XV

Pasó febrero, vino marzo; de nuevo se sucedieron la Cuaresma y la primavera. Pero Catalina no podía hacer, como el año anterior, las peregrinaciones de las «Estaciones» con su familia; no debía ya más, apoyada en su «hijo Barduccio», subir desde Santa María in Cosmedin a Santa Sabina y San Alessio; ya no vería más, desde Santa Prisca, del otro lado del valle que separa las dos alturas del monte Aventino, florecer los melocotoneros en torno de las viejas paredes de San Sabba. Durante las ocho últimas semanas que le quedaban de vida, vióse obligada a guardar cama, escribe Caffarini, y sus dolores eran tales que milagrosamente los resistía. «Pero con su gran corazón todo lo sufría gozosamente y de buen grado. Nunca salió de sus labios la menor queja y sus tormentos le parecían cosa liviana. Nunca tampoco se le oyó pronunciar palabras superfluas; todas ellas se referían al honor de Dios o al bien del prójimo y aunque, como hemos dicho, se vió afligida por crueles dolores, su rostro, como la cara de un ángel, resplandecía de santo y piadoso júbilo.» Barduccio Canigiani confirma este testimonio; él la vió, en medio de sus padecimien-

tos, alzar los ojos al cielo mientras sus labios, quemados por la fiebre, balbucían débilmente: «*¡Grazie, grazie!*» Padecía seguramente por el Esposo y por la Esposa.

Nadie podía poner en duda la proximidad del fin. «Corrió por Roma el rumor—escribe Tommaso di Petra—de que, aunque sana de espíritu, Catalina de Siena, cuyo cuerpo se hallaba aniquilado, yacía en el último extremo.» El protonotario pontificio, que había visto a la Santa en Aviñón y acababa de reanudar en Roma su conocimiento con ella, se apresuró a acudir a su lado. «La hallé tendida en una dura tabla en una habitación dispuesta a modo de capilla en la casa de Paola del Ferro y la hablé claramente: «*Mamma*—dije—, parece que vuestro divino Esposo os llama a sí. ¿Habéis pensado en tomar vuestras últimas disposiciones antes de partir?» Catalina pareció creer que el hombre de ley hablaba de un testamento jurídico. «¿Qué disposiciones habré de tomar yo, pobre mujer, que nada poseo?», contestó. Pero pronto comprendió que era un testamento espiritual lo que le pedían cuantos se complacían en llamarla «madre de millares y millares de almas», un testamento espiritual semejante al que San Francisco había dejado a sus discípulos y Giovanni Colombini a los suyos. Consintió en ello y, en presencia de toda la familia, Tommaso pudo apuntar las últimas voluntades de su madre. En esta ocasión suprema empezó por sentar sólidamente el principio fundamental de su existencia y de su doctrima. «Desde un principio había ya comprendido—decía—que si queremos entregarnos to-

talmente a Dios y poseerlo plenamente, es necesario, ante todo, emancipar el corazón y los sentimientos de todo amor sensitivo hacia las criaturas y las cosas creadas y no amar sino a Dios. Porque el corazón no puede entregarse realmente a Dios si no está libre, abierto, sin reserva, ni doblez. Y declaró que, habiéndose esforzado desde un principio en poner esto por obra, resolvió ir a Cristo por el camino del dolor.»

Para ella no había más que la vía dolorosa, esa vía que no se puede seguir sin una fe inquebrantable. No es posible darlo todo, sino aceptando como verdad indubitable que existe quien nos devolverá el ciento por uno, quien nos dará ese *centuplum* prometido en el Evangelio, *quel dolce cento* que prometía igualmente Catalina a sus discípulos. Por eso el testamento continúa más adelante:

«Ella dijo, además, que había abierto el ojo de su inteligencia a la luz de la santa fe.» Es preciso quedar ciego a las alegrías del mundo para encontrarse en estado de recorrer el camino de dolores; ahora bien: únicamente la luz de la santísima fe puede deslumbrarnos hasta el punto de producirnos esa santa ceguera.

«Se encontraba plena y sinceramente convencida de que cuanto había acontecido a ella o a los demás emanaba de Dios y procedía, no de odio, sino del inmenso amor que profesa hacia sus criaturas. En estos pensamientos concibió aquella santa, amorosa y pronta obediencia a la voluntad del Altísimo y de sus superiores, considerando que las órdenes de estos últimos procedían de Dios,

encaminadas ya a su salvación, ya al crecimiento de la virtud en su alma... Y añadió: Por la misericordia de Dios, no he pecado nunca en esta materia.

»Después dió a entender que Dios la había hecho ver que no podía alcanzar la perfección ni adquirir la menor virtud sin el auxilio de una humilde, fiel y continua oración. La oración es una madre que concibe y alimenta en el alma todas las virtudes; sin ella, todas se debilitan y son de corta duración. Con vivas instancias nos invitó a dedicarnos a la oración, que dividió en oral y mental. Debemos, dijo, practicar en horas determinadas la oración oral y debemos orar mentalmente sin cesar, procurando siempre conocernos mejor y conocer mejor la infinita bondad de Dios con respecto a nosotros.»

Y ahora viene en el testamento un párrafo de gran importancia. Los que han frecuentado los círculos piadosos han podido observar hasta qué punto la manía de criticar impera en ellos. El esfuerzo moral parece de antemano dirigido al exterior, hacia los demás, más bien que al interior, contra los defectos personales; nos apresuramos caritativamente a extraer la paja del ojo del prójimo y entre el rumor de las oraciones y el murmullo de un reclinatorio a otro se oye aún como en el tiempo del Evangelio: «He aquí un hombre que gusta de comer buena carne y de beber vino, amigo de los publicanos y de los pecadores», o bien: «No come ni bebe; se halla poseído del demonio.»

Rara vez la grandeza moral de Catalina se manifiesta de modo tan claro como aquí.

«Afirmó además—prosigue el viejo relato—que para adquirir la pureza de espíritu es absolutamente indispensable abstenerse de todo juicio acerca del prójimo, así como de comentarios inútiles sobre sus actos. Nunca se debe considerar en las criaturas otra cosa que la voluntad de Dios. No debemos, por *ningún* pretexto, juzgar las acciones de las criaturas y sus motivos, declara con energía. Aunque viéramos actos que sabemos son pecado en realidad, debemos abstenernos de juzgarlos; antes bien, debemos experimentar una sincera y santa compasión, que ofreceremos a Dios mediante una oración piadosa y humilde.»

Libre de la triste manía de escandalizarse, Catalina lo estaba también de sentimientos de rencor y de venganza. Realizaba el precepto: «Amaos los unos a los otros», y quería enseñar a sus discípulos a hacer lo propio. Decía que, a despecho de las persecuciones, de los ataques, de las calumnias, de la injusticia, de la malicia, ya en palabras o en obras, cuyos efectos hubo de sufrir, siempre pensó que el que así hablaba o procedía lo hacía por caridad para con ella por celo de la salvación de su alma. Así daba gracias a la infinita bondad del Todopoderoso que le había concedido luz suficiente para librarse de inclinación tan funesta como la de juzgar al prójimo.

«Dijo, por último, que, poniendo en la dulce Providencia su esperanza y su confianza, invitaba a los demás a imitarla... Después prosiguió: «También vosotros habéis recibido tantas pruebas a este respecto, que vues-

tros corazones se ablandarían aunque fueran más duros que la piedra. Hijos míos, amad, pues, a esa dulce Providencia que no abandona nunca al que espera en ella y vela particularmente sobre vosotros.»

Como última exhortación, les dirigió las palabras de Jesús en el Evangelio de San Juan: «En esto conoceré que sois mis discípulos: si os amáis los unos a los otros.» Después de lo cual les habló de la reforma de la Iglesia, asegurando que desde hacía siete años—es decir, a partir de 1373, fecha de sus primeras cartas políticas—esa ambición había sido su pasión dominante y la causa principal de sus sufrimientos. «En este momento parece como si mi dulce Creador permitiese a los demonios atormentarme y afligirme como hizo con Job en otro tiempo. No recuerdo haber sufrido nunca tan suaves dolores como ahora. Alabada sea su bondad infinita, que me concede soportarlos y perseverar por el honor de su nombre en esta dulce Esposa. Paréceme ahora que mi dulce Esposo quiere que mi alma sea arrancada de su tenebrosa prisión y vuelva a su Creador. No estoy segura de ello, pero tengo el presentimiento de que así será.» Luego añade con una viva energía: «Estad ciertos, carísimos y dulcísimos hijos, que muero ahora, porque he inmolado y ofrecido mi vida por la Iglesia santa, lo que considero como una gracia particular. No os entristezcáis por ello; antes bien, experimentad una particular alegría pensando que dejaré este lugar de dolor para descansar en aquel océano de paz que es Dios Eterno y unirme a mi dulce Esposo. Os prometo que

permaneceré con vosotros y que os seré más útil allá arriba que cuanto lo haya podido ser en este mundo, porque habré dejado las tinieblas para entrar en la perpetua luz.» Y por último: «No dejo de someter por esto mi vida y mi muerte a la voluntad de mi Creador. Si ve que puedo aún ser útil a alguien en este mundo, no me niego al trabajo ni al sufrimiento; estoy dispuesta a dar mi vida mil veces al día, cada vez en mayores torturas, si fuera posible, por el honor de su nombre y la salvación del prójimo.»

Catalina calló. Tommaso di Petra apuntó las últimas frases. En el silencio del cuarto de la enferma los discípulos lloraban, gemían las amigas. ¡Qué bien la conocían en esas ardientes palabras, que no eran frases vacías y vanas, sino vividas todos los días de su vida! Era la misma que en su primera juventud deseaba ser colocada como una piedra en el camino del infierno y hasta sufrir la eterna condenación con tal de que los demás hombres se salvaran. Era siempre la madre cuyo amor no tiene límites, cuya energía y abnegación ante el sufrimiento son infinitos; era *la Mujer* en la belleza más pura, más ardiente, más profunda de la naturaleza femenina, el holocausto voluntario sobre el altar de la vida, el cordero inmaculado del sacrificio, inmolado desde el principio del mundo en el jardín del paraíso; aquella cuya beatitud consiste en darse a sí misma, en humillarse, en aniquilarse, la Esposa que «no es» ante el Amado, el único que «es»...

«Cuando hubo terminado esas exhortaciones dirigi-

das a todos—refiere Caffarini—, llamó a sus discípulos uno después de otro para decirles lo que le parecía mejor para ellos después de su muerte. Demostró a los unos que la voluntad divina estribaba para ellos en que se sometieran a la disciplina monástica y vistiesen el hábito de alguna Orden religiosa. Así ordenó a Stéfano, en virtud de santa obediencia, que entrase en la Orden de los Cartujos; a Francesco Malavolti, que se retirase a Monte Oliveto. A otros, que se hiciesen ermitaños; a otros más, que abrazasen la carrera eclesiástica. Las *Mantellatas* recibieron como madre a la hermana Alessia. A los hombres los envió al Padre Raimundo para que los dirigiera.»

Entre los destinados por Catalina a la vida solitaria, estaba Neri di Landoccio. Al notario Ser Cristofano di Gano Guidini aconsejó que se hiciera hermano sirviente en el hospital de Siena, bajo la regla de San Agustín. «Y cada uno de nosotros—dice el viejo relato—recibió respetuosamente sus órdenes. En seguida nos suplicó humildemente le perdonásemos si no había sido un modelo para nosotros durante su vida y no había rogado por nosotros tanto como hubiera podido y debido hacerlo y si no había cuidado de nuestras necesidades como era su deber; después nos pidió perdón también por las penas, desagrados y amarguras que nos hubiera causado. Decía: «Lo he hecho por ignorancia, porque ante Dios confieso que siempre he tenido y tengo el ardiente deseo de vuestra perfección y de vuestra salvación.» Todos llorábamos y, según su costum-

bre, dió a cada uno su bendición particular en nombre de Cristo.»

Entre los discípulos presentes en esta ocasión, Caffarini cita a Stéfano Maconi. Al fin se había emancipado —como le ordenara Catalina—; al fin había comprendido lo que quería decir cuando le escribía que «los padres de un hombre pueden ser sus mayores enemigos.» Dice la leyenda que, estando en Siena orando en la capilla de la Cofradía de la *Scala,* oyó una voz que le decía: «Marcha a Roma; no vaciles más; la muerte de tu *Mamma* se acerca.» Partió y llegó todavía a tiempo. Se hallaba entonces en el último extremo, refiere él mismo, «y reveló a cada uno lo que debía hacer después de su muerte. Entonces, volviéndose a mí, me señaló con el dedo y dijo: «Te ordeno, en nombre de Dios y de la santa obediencia, que entres en la Orden de los Cartujos, que es aquella para la que Dios te ha elegido y llamado...» «Cuando me intimó esta orden—prosigue Stéfano más adelante—, (entonces hacía ya tiempo que llevaba la cogulla blanca y residía en la Cartuja de Pavía como general de su Orden, lo que ocurría en octubre de 1411), debo confesar que pensaba tan poco en entrar en los Cartujos como en cualquier otro instituto. Pero en cuanto ella pasó de la vida a la muerte prendió en mi corazón un deseo tan vivo de realizar su voluntad que aunque el mundo entero me hubiese resistido, hubiera sido en vano... No es esta la hora ni el lugar de referir cuanto Catalina ha hecho y hace aún por uno de sus hijos, aunque sea tan indigno e inútil; pero

no puedo callar que después de Dios y de la bienaventurada Virgen María, debo más a la dulce virgen Catalina que a ninguna otra criatura y a ella le atribuyo todo el bien que pueda haber en mí».

Stéfano escribió una carta al dictado a Catalina, último servicio que le fuera dado prestarla. La carta iba dirigida a Fray Bartolommeo de Dominici; no ha llegado hasta nosotros, pero probablemente contenía una excitación para que viniese a Roma. El llegó el Sábado Santo, 24 de marzo, por la noche, y acudió en seguida a la casa de la Via di Papa. El espectáculo que se ofreció a su vista le llenó de espanto. Catalina descansaba sobre un lecho de tablas rodeado de cuatro tablones, de modo que parecía ya hallarse tendida en su ataúd. «Me acerqué a su cama pensando que podría hablar con ella. Me acerqué, y vi su pobre cuerpecito tan delgado que habrían podido contarse los huesos y sus nervios. Su color era tan oscuro, que parecía quemada por el sol...»

El dominico oyó la confesión de Catalina, teniendo que inclinarse por completo sobre la moribunda para poder percibir un débil murmurio. «Estoy bien, gracias a Dios», contestó cuando la preguntó por su salud. Al día siguiente, 25 de marzo, era el día de Pascua y trigésimotercero aniversario de su natalicio. Fray Bartolommeo dijo misa en su cuarto, y, mediante un supremo y sobrehumano esfuerzo, la Santa pudo dejar su lecho para acercarse al altar, donde recibió la Hostia consagrada. Durante los días que el dominico pasó todavía en Roma

se sentó con frecuencia junto al lecho de muerte de Catalina, que, en sus conversaciones con el amigo de su juventud, pareció recobrar algo de su antigua energía. Aún tuvo bastantes ánimos para enviarlo a Siena y para suplicarle que asistiese a Raimundo de Capua, quien —según lo presentía— sería nombrado no mucho después Ministro general de la Orden Dominicana.

XVI

LA MUERTE

(Carta de Barduccio Canigiani a Sor Catalina Petriboni, del convento de San Piero, en Monticelli, cerca de Florencia):

«Así se consumió su cuerpo hasta el domingo que antecede al día de la Ascensión, de suerte que tenía el aspecto con que se usa pintar un cadáver. No me refiero al rostro, que se asemejaba siempre al de un ángel y cuya sola vista nos llenaba de recogimiento, sino al resto del cuerpo y de los miembros, de los que sólo se veían los huesos cubiertos por la piel arrugada. De cintura abajo estaba inflexible y no podía moverse de un lado a otro.

Así transcurrió la noche anterior al domingo ya mencionado, y dos horas antes del alba se operó en ella tan gran cambio que creímos había llegado su fin. Entonces se reunió toda la familia, y ella dió a entender a los que estaban a su lado que deseaba recibir la santa absolución de sus faltas y la remisión de las penas merecidas por ellas; se la otorgó Messer Giovanni Terzo. Después, sus fuerzas le fueron abandonando y no advertimos en ella otro movimiento que una respiración

débil y fatigosa. Pareció prudente darle la Extremaunción, que le fué administrada por nuestro amigo, el Abad de San Antonio, mientras yacía privada de conocimiento. Pero, después de haber recibido este sacramento, cambió de aspecto e hizo movimientos diversos con la cabeza y los brazos; parecía sufrir violentos ataques de los espíritus infernales. Esa penosa lucha se prolongó por espacio de hora y media, y al cabo de tres cuartos de hora empezó a exclamar: «*Peccavi, Domine, miserere mei*», lo que repitió, creo, hasta sesenta veces, y cada vez levantaba el brazo derecho y lo dejaba caer pesadamente sobre su lecho. Después dijo otras tantas veces, pero sin levantar el brazo: «*Sancte Deus, miserere mei.*»

»Pasó el resto del tiempo indicado expresándose humildemente del mismo modo, después de lo cual su rostro se metamorfoseó completamente y, si se había ensombrecido momentáneamente, volvió a ser como el de un ángel; los ojos, hasta entonces empañados y llenos de lágrimas, adquirieron tan gozoso resplandor que nos fué imposible dudar que, sublimándose a la superficie de un océano sin fondo, había sido devuelta a sí misma; lo que dulcificó nuestro pesar, puesto que nosotros, sus hijos y sus hijas, que la rodeábamos, estábamos profundamente abatidos.

»Apoyándose en el pecho de Alessia, pudo Catalina incorporarse, y, con alguna ayuda, consiguió sentarse, sostenida siempre por Alessia. Entretanto habíamos puesto enfrente de ella un altar portátil, lleno de reliquias

y con varias imágenes de santos. Pero su mirada buscaba únicamente el crucifijo que se hallaba en el centro y se puso a rezarle, traduciendo así en palabras su profundo sentimiento de la Bondad Divina.

»Mientras rezaba, se acusaba de sus pecados en general y en particular: «¡Oh Trinidad eterna! Confieso que te he ofendido indignamente con mi negligencia, mi ignorancia, mi ingratitud, mi desobediencia y mis otros defectos. ¡Miserable de mí! No he observado tus mandamientos, los que has impuesto a todos y los que, en tu bondad, me has dado especialmente. ¡Cuán miserable soy!» Y, mientras hablaba de este modo, se golpeaba el pecho como cuando se reza el *Confiteor*, y añadía: «No he observado el mandamiento que me habías dado de buscar siempre tu honor y ofrecer mis trabajos para el bien del prójimo. Por el contrario, he faltado a mi deber cuando más se necesitaba de mí. ¡Oh, Dios mío! ¿No me ordenaste que no me cuidase de mí para nada, que no considerase más que el honor de tu nombre y la salvación de las almas, encontrando sólo satisfacción en alimentarme en la Mesa de la Santa Cruz? En lugar de hacerlo, me apegué a mi propio consuelo. Me has invitado a unirme a Ti sólo con santos, amorosos y ardientes deseos, con lágrimas, con humildes y continuas oraciones por la salvación del mundo entero y por la reforma de la Iglesia, y Tú me has prometido que entonces, compadeciéndote del mundo, concederías a tu Esposa un nuevo esplendor. Pero yo, miserable, no he correspondido a lo que esperabas, he seguido durmien-

do tranquilamente en el lecho de la negligencia. ¡Cuán desdichada soy! Me has confiado la dirección de varias almas y me has enviado tan crecido número de hijos y de hijas para que los amase con amor de predilección y los condujese a Ti por el camino de la vida. Pero no he sido para ellos sino un espejo de la flaqueza humana; no he cuidado de ellos; no los he auxiliado mediante humildes y continuas plegarias ante tu Faz; no les he dado bastante buen ejemplo; no les he guiado con las lecciones de saludable doctrina. ¡Cuán miserable soy! ¡Con cuán poco respeto he acogido tus innumerables beneficios, así como los suaves sufrimientos y tribulaciones con que quisiste, en tu misericordia, colmar mi frágil cuerpo! Y no los he soportado con la ardiente voluntad y el amor encendido con que Tú me los enviabas. ¡Ay, ay! ¡Amor mío! Desde mi más tierna infancia me elegiste por Esposa y no te he sido bastante fiel. Te he sido infiel, porque, en vez de estar únicamente ocupada de Ti solo y de tus inmensos beneficios, mi espíritu tenía otros pensamientos. ¡No te amaba a Ti solo con todas mis fuerzas!»

»Esta pura paloma se acusaba así y más aún... Luego, volviéndose hacia el sacerdote, díjole: «Por amor de Cristo, perdonadme todos los pecados de que acabo de confesarme a la faz de Dios y de todos los que no recuerdo.» Después pidió de nuevo la absolución Papal, diciendo que se le había concedido dos veces, una primero por el Papa Gregorio y después por el Papa Urbano, lo que declaró como persona sedienta de la san-

gre de Cristo. Diéronsela como deseaba y, con los ojos fijos en el crucifijo, se puso a adorarlo con extremada devoción, pronunciando palabras tan profundas que no fuí digno de comprender, sin duda a causa de mis pecados, y además porque no podía con mi dolor. Su pecho se hallaba tan oprimido que profería con dificultad las palabras y apenas las percibíamos poniendo la oreja junto a sus labios.

»Poco después se volvió hacia algunos de sus hijos que no estaban antes allí, indicándoles lo que debían hacer después de su muerte, y les pidió perdón por la escasa solicitud demostrada por su salvación. Después dirigió algunas palabras a Lucio (un discípulo romano), después a otro, luego a mí y prosiguió su oración.

»¡Ah, si hubieseis podido admirar con cuánto respeto y humildad rogó a su afligida madre que le diese su bendición, la cual recibió varias veces! Fué para Lapa un amargo consuelo. ¡Cuán conmovedor resultaba ver a aquella madre encomendarse a su hija bendita suplicándole le alcanzase de Dios la gracia de no rebelarse contra su santa voluntad! Entretanto, Catalina seguía rezando, y, cuando se acercó su fin, oró particularmente por la Iglesia católica, por la que declaraba dar su vida. Intercedió igualmente por el Papa Urbano VI, en quien reconocía al legítimo Pastor, e invitó a sus hijos a sacrificar, si era necesario, la vida por esta verdad.

»Después exhortó a sus hijos e hijas amados que el Señor le confiara a que se amasen mutuamente, y se servía de muchas de las palabras pronunciadas por el

Salvador al encomendar a sus discípulos al Padre; y pedía por nosotros con tanto ardor que, no ya nuestros corazones, sino las piedras habrían estado a punto de romperse. Por último, hizo la señal de la cruz para bendecirnos a todos y prosiguió rezando hasta que suspiró: «Me llamas, ¡oh, Señor!, heme aquí. Voy a Ti, no por mis méritos, sino gracias únicamente a tu misericordia que por tu sangre imploro.» Después de lo cual exclamó varias veces: «¡Sangre! ¡Sangre!» Luego, a ejemplo del Salvador, terminó diciendo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.» Entonces, con la fisonomía radiante como la de un ángel, inclinó dulcemente la cabeza y entregó su espíritu. Su tránsito ocurrió dicho domingo (29 de abril), hacia la hora séptima, pero no la enterramos hasta las completas del martes (es decir, hacia el crepúsculo). No había rastro alguno de mal olor y su cuerpo permaneció intacto y oloroso; sus brazos, su cuello y sus piernas conservaron su elasticidad como si aún viviera. Durante esos tres días, el cadáver fué visitado por el pueblo, que afluía para verlo, y los que podían tocarlo se consideraban felices. Dios obró también numerosos milagros por entonces, y su tumba es visitada por los fieles como las tumbas de los demás santos que existen en Roma.»

XVII

Raimundo de Capua hallábase a la sazón en Génova preparándose para ir por mar a Pisa y después a Bolonia, donde los Dominicos debían celebrar su capítulo anual. De acuerdo con los demás hermanos que debían del mismo modo ir allá, había alquilado una embarcación y esperaba ahora un viento favorable para ponerse en camino. La mañana de la muerte de Catalina bajó precisamente a la iglesia para ofrecer el Santo Sacrificio, porque la Orden Dominicana conmemora el 29 de abril a uno de sus mayores santos: el Beato Pedro Mártir. Después de decir misa, Raimundo volvió a su cuarto para preparar su equipaje, y en su camino pasó, como de costumbre, por delante de un fresco de la Madonna, a la que saludó (según costumbre también), deteniéndose un instante delante de la imagen para rezar un Avemaría. Tal vez esta mañana rezó Raimundo con más fervor que de ordinario. Le preocupaban su próximo viaje y los peligros que le amenazaban en el camino, especialmente sobre el mar, entre Génova y Bocca d'Arno: la tempestad, las galeras enemigas, el

naufragio, el cautiverio... De pronto oyó una voz que, sin emitir sonido alguno exterior, se alzaba en su alma, y la voz decía inteligible y distintamente: «Nada temas. Estoy aquí por ti. Estoy en el cielo por ti. Te protegeré, te defenderé. Tranquilízate, nada temas. Estoy a tu lado.»

Raimundo no comprendió al pronto; tal vez, pensó que la Madona quería consolarle... Pero cuando supo que Catalina había expirado a la misma hora, comprendió que era ella quien desde el cielo había querido confortar y reanimar a su pusilánime amigo, a su querido hijo y Padre espiritual, «que le fué dado por su dulce Madre María».

Raimundo sobrevivió diez y nueve años a su *Mamma*; murió en Nuremberg el 5 de octubre de 1399. Antes que él (el 22 de agosto de 1390), había desaparecido Tommaso della Fonte, precedido por el joven Barduccio Canigiani. Poco después de la muerte de Catalina éste se vió atacado de consunción; para que respirase mejor aire, Raimundo lo envió a Siena, donde murió el 9 de diciembre de 1382. Obedeciendo a Catalina, Francesco Malavolti se hizo religioso en Monte Oliveto; pero, inconstante como siempre, cambió después de orden, y murió, en 1415, en la Abadía benedictina de San Miliano, en Sassoferrato. Neri di Landoccio se retiró por de pronto a la ermita de San Luca d'Agromaggio, próxima a Florencia; después, cerca de la Porta Nuova de Siena; allí rezaba, escribía, leía a Dante y se consolaba en las horas difíciles con el recuerdo de la promesa de eterna beatitud que le hiciera Catalina cuan-

do estaba en Lucca. Vivió hasta el 12 de marzo de 1406, y fué enterrado en el cementerio de la Misericordia, fuera de la Porta Tufi. Luego de la muerte de su mujer Cristofano di Gano abandonó sus funciones de notario para dedicar su persona y bienes a Santa María della Scala, de que llegó a ser administrador; se ocupó de literatura; escribió sus memorias y una biografía de Giovanni Colombini. Stéfano Maconi tomó el hábito de los Cartujos en 19 de marzo de 1381, en la Cartuja de Pontignano, en las cercanías de Siena. Más tarde, fué elegido prior de la espléndida Cartuja que había hecho construir en Pavía Gian Galeazzo Visconti, y en ella murió, de edad avanzada, el 7 de agosto de 1424. Tommaso Caffarini sobrevivió a los demás miembros de la «familia», y él fué quien, reuniendo en el convento dominicano de Venecia todos los testimonios relativos a la vida de la ilustre Sienesa, formó la base de su proceso de canonización y publicó un *Suplemento* a la leyenda de Raimundo y una edición abreviada y personalmente modificada. Este fiel obrero de la gloria de Catalina murió en 1434.

Así, pues, se dispersaron los discípulos por el mundo al dejar el fúnebre lecho de la Vía di Papa. Envejecieron, sus cabellos se tornaron grises, después blancos y se inclinaron hacia la tumba y la eternidad. La época en que habían conocido a Catalina se esfumó cada vez más en la lejanía. De la última primavera de aquella época había transcurrido un año, luego dos, luego cinco, y diez, y veinte... Finalmente, hubo medio siglo entre el

presente y aquel domingo de abril en que oyeron caer de sus labios el supremo *¡Sangre, Sangre!*

Pero la recordaban siempre. Su sonrisa había iluminado su común juventud; la veían cerrando los ojos; la veían *aliquantulum subridens,* como lo han dicho muchas veces en los libros que dedicaban a su memoria. Sus manos femeninas, a la vez dulces y enérgicas, habían moldeado su destino; una indicación de ella les había mostrado el camino, enviando al uno al convento de Accona, bajo Chiusure, en la silvestre comarca de la *creta;* llevando al otro a la soledad en medio del robledal de Pontignano, a la modesta habitación de los Cartujos con sus tres celdas encaladas: *Oratorium, Dormitorium, Laboratorium.* Para Messer Matteo, en la casa de los Hermanos de la Misericordia; para ser Cristofano di Gano Guidini, inclinado sobre sus libros de cuentas o bien sobre el lecho de los enfermos, en el hospital de la Scala; para Neri di Pagliaresi, en la ermita de Agromagio; para Fra Tommaso Caffarini, junto a los canales de Venecia, en las estrechas y sombrías *calle,* bajo los puentes arqueados, a lo largo de los muelles; para todos ellos, en todas partes y durante el tiempo que vivieron, Catalina fué y siguió siendo la *Unica,* aquélla a la que sólo encontramos una vez en la vida y a la que nunca podemos olvidar. Por eso encabezaban las cartas que entre sí cambiaban con las palabras: *nella santa memoria,* «en su santa memoria»...

Y más de una vez, sin duda, les ha acontecido lo que a Raimundo de Capua ante el fresco del convento de

Génova: en las horas de duda, en las horas sombrías, en las horas de angustia y de tristeza, profunda, han percibido la voz familiar y querida, dulce y tierna como la de una madre o una hermana que les decía en voz baja: «Nada temas, estoy a tu lado. *¡Io son qui per te!*» De uno de ellos por lo menos, de Barduccio, sabemos que, hallándose tísico en Siena y en su lecho de muerte, se le vió de pronto volver la vista al cielo y sonreir. «Así rindió el espíritu, sonriendo de gozo—escribe Raimundo—, y esa sonrisa continuó en su boca aun después de su muerte.» «Estoy persuadido—prosigue el dominico—de que esa sonrisa procedía de que durante su agonía vió salir a su encuentro a aquélla a quien durante su vida terrestre había amado con amor tan puro y verdadero.»

Así Dante es recibido por Beatriz en el límite del Purgatorio y del Paraíso. Ella se inclina desde su carro triunfal y murmura dulcemente con la voz de los antiguos días: «¡Mírame, soy Beatriz! *¡Guardami ben; ben son, ben son Beatrice!*»

EPILOGO

Raimundo de Capua fué elegido Ministro general de la Orden Dominicana el 12 de mayo de 1380 en el Capítulo de Bolonia, al que tanto había repugnado asistir. Aprovechóse de su alta dignidad para realizar un deseo que muchos compartieron con él: restituir a Siena, si no el cuerpo inanimado de la Virgen, por lo menos su cabeza. A su regreso a Roma, en 1383, provisto de la autorización del Padre Santo, hizo abrir el sepulcro de Catalina y separar su cabeza, que entregó a dos Hermanos que iban a ir a Siena, y que eran Fra Tommaso della Fonte y Fra Ambrogio Sansedoni. Aún se conserva en Siena, en la casa de Santa Catalina, la bolsa de seda en que los dos dominicos llevaron su carga sagrada durante el largo trayecto que separa la Ciudad Eterna de su patria.

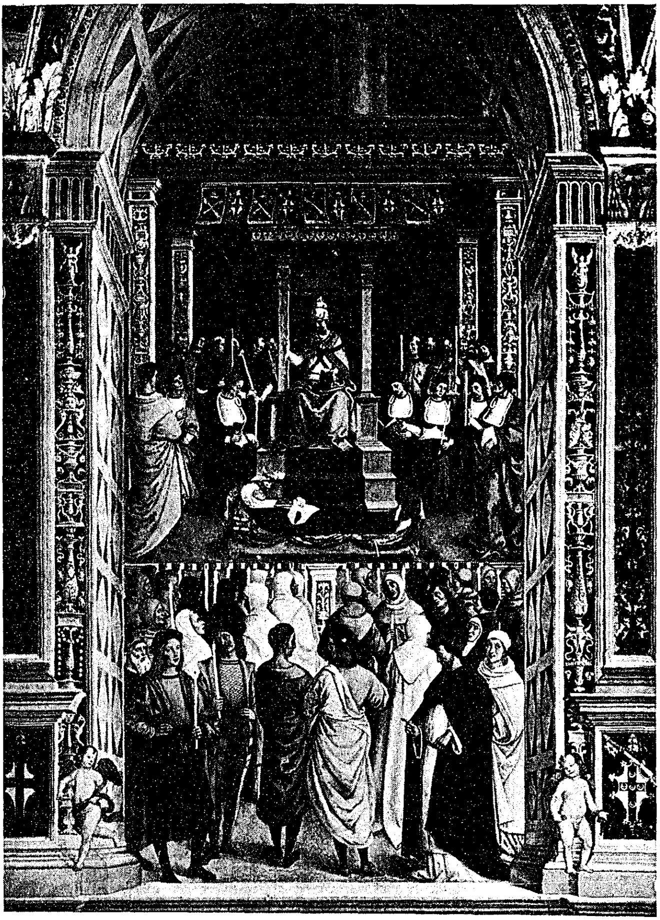
Pero no era aún ésta la entrada triunfal de Catalina en la ciudad que tanto murmurara contra ella. Había llegado secretamente; nadie sabía que su cabeza, encerrada en un relicario de cobre dorado, estuviera en la sacristía de San Domenico. En la primavera siguiente, Raimundo llegó a Siena a fin de organizarlo todo para la traslación

solemne de la preciosa reliquia. El 23 de abril comenzó en San Domenico una serie de sermones en honor suyo, y el domingo 11 de mayo se anunció en el púlpito que la procesión se verificaría el jueves siguiente. El Gobierno de Siena decretó que la fiesta se celebraría con gran solemnidad, invitando a todos los Obispos, Abades y demás Prelados residentes en sus estados para que tomaran parte en ella. De sus discípulos se hallaron presentes, además de Raimundo, Tommaso della Fonte, Bartolommeo di Dominici, Neri di Landoccio, Caffarini, Messer Matteo, Ser Cristofano, Stéfano Maconi, que acudió desde su cartuja de Pontignano.

La víspera, por la tarde, la reliquia fué trasladada con gran misterio al hospicio de leprosos de San Lazzaro, que se levanta en la Vía Romana; el camino que tantas veces viera a Catalina acudir presurosa hacia los enfermos debía ser testigo de su triunfo; era preciso que por última vez los olivos pudieran saludarla con sus ramas. *Benedicta quae venit...*

Después llegó la aurora del 5 de mayo... Las calles estaban cubiertas de flores y de verdura; de todas las ventanas pendían ricos tapices. Quemábanse hierbas olorosas en todo el recorrido del cortejo. El pueblo se hallaba reunido entre la Puerta Romana y la *Croce del Travaglio,* en lo que es ahora la Vía Ricasoli y en la actual Vía Cavour, que conduce hasta el Arco di Malavolti y a San Domenico.

Había mucho que admirar; muchas cosas despertaban el entusiasmo... A la cabeza iban doscientas niñas, ves-



Pinturicchio. *Siena. — Catedral: Biblioteca Piccolomini.*

tidas de blanco; después, doscientos muchachos con trajes de pajes resplandecientes de colores, relucientes de oro, brillantes de pedrería... Y esos cuatrocientos niños llevaban todos, en la mano, ramos de azucenas y de rosas en recuerdo de los ramos que Catalina acostumbraba a coger en su jardín...

Luego venían todas las corporaciones y todas las *Contrade*, con banderas y antorchas encendidas. Todas las cofradías, los hermanos blancos, grises, con sus capuchas y sus rosarios, haciendo ruido de cadenas, con cirios encendidos, a menos que a veces los apagara la brisa fresca de la mañana de mayo.

Venía después el gran Crucifijo, escoltado por todos los ermitaños de los Estados Sieneses, ostentando sus grandes barbas, graves, con los pies descalzos, vestidos de estameña; el Estado cuida de su mantenimiento para que, libres de todo cuidado material, recen, ayunen, hagan penitencia por nosotros, tan pecadores... Detrás, largas hileras de religiosos: en primera línea, los Dominicos, puesto que Catalina fué de los suyos; luego, los Franciscanos, los Olivetanos, los Benedictinos, los Agustinos, los Cartujos, los Camaldulenses; después, los sacerdotes todos de la ciudad, con la estola sobre el blanco sobrepelliz; he aquí, también, el capítulo de la catedral, con todos sus canónigos, joviales o ascéticos, rubicundos o pálidos...

El cortejo se hace cada vez más majestuoso porque ahora pasan todos los Abades mitrados llevando en sus manos el báculo abacial, en el que se apoyan ligeramente,

mientras avanzan con paso mesurado... Siguen los Obispos, con sus mitras resplandecientes de pedrería, con la cruz pectoral fulgurante de piedras preciosas y el macizo anillo episcopal destacándose sobre el guante de seda. Y he aquí que allá abajo, al volver la calle, se ve surgir el dosel, el dosel bajo el cual se lleva en triunfo la cabeza de Catalina. Va precedido de una multitud de monaguillos que llevan cirios, cuyas numerosas llamas de oro se asemejan a un parterre de flores; los incensarios suben y bajan, suben y bajan, lanzando olorosas nubes azules... Las campanas de Siena comienzan a tañer como en un éxtasis: hablan, gritan sus innumerables vocecillas jubilosas... Escuchad, es el bordón, es el *Campanone*, que se pone en movimiento. ¡Cómo retumba, cómo retumba! Parece como si un martillo golpease la bóveda celeste... *Il Campanone* suena y todos empezamos a llorar...

Porque he aquí, he aquí, he aquí el dosel; y lo que bajo él resplandece es el relicario, es la *Santa Testa*, la misma *Santa* que vuelve. Es Catalina. ¡De rodillas! ¡De rodillas! A la derecha del dosel camina nuestro Obispo, y el Dominico de la izquierda es el Ministro general de la Orden. ¡Es Raimundo de Capua! Miradle..., llora ¡Y también el Obispo llora!

Y allí, justamente detrás del dosel, justamente detrás de los que llevan el relicario, en la primera fila de las *Mantellatas*, con blanca túnica cubierta por el negro manto, esa pequeñita, delgadísima y menuda viejecita, casi doblada. Mirad: ¡Sus manos se juntan con tanto

fervor! Sus ojos, sin apartarse un solo momento, miran fijamente el oro y el resplandor que la preceden; sus labios; flacos y violáceos, se mueven para rezar; y de sus ojos enrojecidos las lágrimas corren sin cesar por su cara marchita...

¡Pero si es Lapa! ¡Es la madre de Catalina, que pronto cumplirá noventa años! ¡Es ella! He aquí, en persona, a la que dió a luz a la Santa. ¡Oh, Lapa! ¡Dichosa Lapa! Y todos nosotros estamos de rodillas, y a través de nuestras lágrimas vemos pasar el dosel, y los cirios, y el incienso, y al Obispo, y a Raimundo, y a Lapa, la bendita Lapa, *Lapa beata.* ¡Bendita Lapa entre todas las mujeres; bendito el fruto de tus entrañas: Catalina!

APÉNDICES

I. Las fuentes. II. Texto inédito sacado del «Supplementum» de Caffarini.

I. LAS FUENTES

A. *Sus escritos*

I. *Sus cartas.*—Apenas murió Catalina, sus discípulos empezaron a coleccionar sus cartas. Sabemos que el notario Ser Cristófano di Gano Guidini tenía una colección de ellas. Cuando Caffarini fué a Siena, en 1398, las hizo copiar y ordenó las cartas en dos volúmenes. El primero contenía ciento cincuenta y cinco cartas, dirigidas todas a eclesiásticos; el segundo, ciento treinta y nueve, dirigidas todas a seglares (v. el *Supplementum* de Caffarini, Ms. T. 1, 2, en la Bibl. Munic. de Siena, f. 182.) Estéfano Maconi, prior de la Cartuja de Pontignano, cerca de Siena hizo otra colección; de ésta proceden, sin duda, cinco, y tal vez seis de las siete cartas catalinianas que poseemos originales. Cuatro de estas cartas se hallan en la Biblioteca Municipal de Siena; la quinta, en Siena igualmente, en la sacristía de la iglesia de la Cofradía de San Nicolás y Santa Lucía. Ninguna de estas siete cartas es de mano de Catalina; las cinco de Siena fueron escritas por Barduccio Canigiani, último secretario de la Santa. En la carta que hay en San Nicolás y Santa Lucía se llama a sí propio *il tuo negligente fratello Barduccio.* Como la letra de estas cartas es sumamente parecida a la de las cartas de la Biblioteca Municipal, está fuera de duda que esas cartas han sido escritas también por Barduccio. Las cinco han sido impresas en la edición de Tommaseo y llevan los números 319, 320, 329, 332 y 365. Una comparación entre los textos y la edición de Tommaseo evidenciará los defectos de ésta. Todas las cartas en cuestión han sido dirigidas a Estéfano Maconi; la conservada en San Nicolás lleva aún el nombre del destinatario: *Stéfano dicurrado de Maconi in Siena.*

La sexta carta, cuyo original tenemos, se encuentra en Oxford, en la iglesia de los Padres Jesuítas (*Saint Aloysius'Church*) y ha sido edi-

tada en 1914 por Roberto Fawtier (*Mélanges d'Archeologie et d'Histoire de l'Ecole française de Rome*, t. XXXIV; también con el título de *Catheriniana*, Roma, Imprenta Cuggiani, 1914). La carta a Messer Iacomo di Viva, en la *Costarda de Barbieri*, en Siena, ocupa las páginas 31 y 32 de dicha publicación; en una breve noticia, el editor hace notar que «la letra de ese documento se parece sensiblemente a la de la carta conservada en la Cofradía de Santa Lucía de Siena», es decir, a la de Barduccio Canigiani (*Catheriniana*, p. 6). La carta está fechada así: *Ex Carthusia III Kal Maji*, sin indicación de año. ¿En qué cartuja había fechado Catalina esta carta, escrita precisamente el 29 de abril, día en que en el año 1380 había de morir? Catalina estaba en relaciones personales y epistolares con varios conventos de cartujos: Maggiano, Belriguardo y Pontignano, junto a Siena; Cervaja, cerca de Génova; Calci, al lado de Pisa, y la cartuja de la isla de Gorgona. Cerca de la cartuja de Calci pasó parte del tiempo que estuvo en Pisa, en 1375. Pero como la carta está escrita por Barduccio Canigiani, y Catalina no conoció a este último hasta 1377, hay que descartar esta solución.

Desde el 28 de noviembre de 1378, Catalina se instaló en Roma, y sólo nos queda como fecha posible el 29 de abril de 1378. Este día, Catalina se hallaba en Florencia, en su casa de la Costa de San Giorgio, donde permaneció hasta el 2 de agosto. Y nada sabemos de su estancia en una cartuja en esta época.

Hay que buscar otra explicación de la fecha misteriosa. El destinatario de la carta—Messer Iacomo di Viva, que vivía en Siena, en la *Costarda de Barbieri* (es decir, en la calle en cuesta por la que entran para la carrera del *Palio* los caballos de Berbería)—tenía relaciones con los cartujos. Tenemos una carta de Catalina a Fray Niccolo de Nanni, fraile olivetano, y a *Dom Pietro di Giovanni di Viva*, fraile en la cartuja de Maggiano, cerca de Siena (donde vivió y murió el gran amigo del Beato Colombini, Dom Pietro Petroni). Esos dos corresponsales de Catalina usan el mismo nombre de familia; perteneciendo ambos al grupo de los amigos de la Santa, debían conocerse. Cabe imaginar que dicha carta haya pasado del poder de Messer Iacomo al del cartujo y que después esta carta haya sido dada como piadoso recuerdo a algún peregrino que quisiera poseer alguna reliquia de la Santa. De

mismo modo la carta conservada en Santa Lucía ha debido pasar a poder de la Cofradía. Semejante regalo debió verificarse el 29 de abril. Y he ahí reconstituída una escena de la vida piadosa en el siglo XIV: un *Caterinato*, cuyo nombre desconocemos, sale por la Porta Romana o la Porta Pispini para ir a la Cartuja de Maggiano (fundada en 1313 por el Cardenal Riccardo Petroni). Es recibido por los Padres y oye religiosamente cuanto se le refiere de las santas almas que aquí vivieron y de sus piadosos visitantes: un Colombini, un Giovachino Ciani, una Benincasa. Y, como recuerdo de su visita, le regalan por último una carta de Catalina al hermano de Dom Pietro di Viva (del que sabemos era prior de la Cartuja en 1380), y el fraile le anota la fecha: *Ex Carthusia III Kal Maji* «del convento visitado por la Santa y en el aniversario de su muerte»—*nella santa memoria*—, como escribía con frecuencia el también cartujo Estéfano Maconi.

La séptima carta original se halla en los Padres Dominicos de San Rocco, cerca de Acireale (Sicilia); lleva la fecha *a dì III di Decembre* 1379 y ha sido escrita, como las demás, por Barduccio Canigiani y dirigida a Neri di Landoccio, durante la estancia de éste en Nápoles, «en la casa de Tomasino, cerca de Santo Alo» (Eligio). La primera parte de esta carta se encuentra en la edición de Tommaseo (núm. 192); la carta ha sido editada íntegramente y estudiada por M. l'Abbé Motzo en sus *Memorie Domenicane*, vol. XXIX (1912), páginas 275-278.

Entre los principales manuscritos que contienen colecciones más o menos completas de las cartas de la Santa colocaremos en primer lugar el Ms. de la Casanatense B 92, que contiene cuarenta y siete cartas copiadas por Barduccio Canigiani, el manuscrito XXXVIII, 130 de la Magliabecchiana de Florencia y los Mss. 56-60 de la Palatina, también de Florencia. El manuscrito núm. 57 de la Palatina es una copia del siglo XV de la colección de Estéfano Maconi y contiene, no sólo las diez cartas publicadas por Tommaseo (núm. 148=Tommaseo, 329; 149=Tomm., 222; 150=Tomm., 205; 152=Tomm., 368; 156=Tomm., 368; 153=Tomm., 324; 154=Tomm., 320; 155=Tomm., 365; 156=Tomm., 195; 157=Tomm., 319; 158=Tomm., 369), sino también una carta inédita signada con el núm. 151. El Ms. 56 de la Palatina contiene en las rúbricas curiosos detalles.

Este manuscrito y otros muchos han sido utilizados por Matilda Fiorilli para la edición crítica que preparaba para los *Scrittori d'Italia* de Laterza (Bari); cuantos se dedican a los estudios catalinianos esperan este trabajo con impaciencia.

La primera edición impresa de las cartas de la Santa es la de Bolonia (1492). Sólo contiene treinta y una cartas. Viene luego la edición Aldine de 1500, que contiene trescientas sesenta y ocho cartas; la edición de Gigli (vols. II y III de las *Opere di Santa Caterina,* Siena, 1713), y la edición moderna de Tommaseo (4 vols., Firenze, 1860), reimpresa por Piero Misciatelli (*L'Epistolario di Santa Caterina.* Siena, 1912 sq.). Gigli se ha servido, para su edición del manuscrito T. III, 3, de la Biblioteca Municipal de Siena, que no es más que un volumen de la famosa colección de escritos de la Santa, hecha en Venecia antes de 141 por un tal Nicolao Guidiccioni de Lucca, muy devoto de la Santa sienesa. Esa colección constaba de catorce tomos y contenía el *Diálogo* en italiano y latín; cinco tomos de cartas de la Santa; la leyenda escrita por el B. Raimundo en latín y traducida al italiano; el *Sermo in reverentiam* de William Flete, las oraciones de la Santa, las poesías escritas en su honor por Anastasio de Montalcino, Neri di Landoccio, Jacopo da Montepulciano y Ser Cristófano di Gano Guidini, y—por fin—el Proceso de Venecia (véase más adelante). El rico comerciante luquense domiciliado en Venecia guardaba cuidadosamente este tesoro *in quadam sua capsa recondita,* y toda la colección se hallaba *ben ligata et tabulata et de carte edina et quasi per omnia de eadem et simili ac competenti lictera* (*Depositio* de Tommaso Caffarini en el Proceso de Venecia. Cod. Marcian. f. 19, col. 2-f. 20, col. 1).

Después del Proceso de Venecia, en que esta colección se adujo como prueba, los preciosos manuscritos fueron confiados a la Orden Dominicana, y Caffarini hizo transportar los catorce tomos al convento de San Domenico en Siena. (Supp. de Tantucci, Siena, 1765, *avvertimento* al lector, pp. 9 y 13.) Gigli pudo servirse de ella para su edición de las cartas; de allí fué transportada cuando fué suprimido el convento a la Biblioteca Municipal de Siena, de la que constituye hoy el principal tesoro. En el apéndice de su libro *Saint Catherine of Siena* (Londres, 1907), Edmundo Gardner ha publicado algunas car-

tas desconocidas hasta aquí y ha dado mejores textos de otras varias (pp. 407-422). Análogas publicaciones han sido llevadas a cabo por el sacerdote Bachisio Motzo (*Alcune lettere di S. Caterina da Siena in parte inedite* en *Boll. Senese di Storia Patria* XVIII (p. 369) y por R. Fawtier (*Catheriniana*, pp. 7-33).

II. *El Diálogo.*—«Os ruego cuidéis del *Libro* y de los demás escritos que encontraréis después de mi muerte. Vos y Bartolommeo (de Dominici) y Fray Tommaso (Caffarini) y el Maestro (Giovanni Terzo) y haced de ellos lo que os parezca mejor para la gloria de Dios con ayuda de Messer Tommaso (Buonconti, de Pisa).»

Así se expresa Catalina en la carta a Raimundo de Capua, que es como su testamento (Tommaseo, IV, 489-490). Aun sin esta recomendación, los discípulos no hubieran dejado perecer ese libro que se llamaba *El Libro*, pequeñito, pero que era la obra maestra doctrinal de la Sienesa. Pronto el original italiano fué traducido al latín; tres de sus discípulos se encargaron de este trabajo: Cristófano di Gano Guidini, Estéfano Maconi, Raimundo de Capua. Como ha hecho notar el Padre Hurtaud en su sabia introducción a la traducción francesa del *Diálogo* publicada por él (París, 1913), es probable que Maconi y Ser Cristófano colaborasen, de suerte que tenemos *dos* traducciones latinas: la de Raimundo (impresa en Brescia en 1496, en Colonia, en 1553, etc.) y la de Maconi-Guidini. En cuanto al texto italiano, ha sido impreso con frecuencia (Bolonia, 1472; Nápoles, 1478; Venecia, 1494; por Gigli en el cuarto tomo de las *Opere di Santa Caterina*. Siena, 1727, y, recientemente, por Matilda Fiorilli, en la serie *Scrittori d'Italia*, Bari, 1912). Esas dos ediciones modernas han sido publicadas sobre el manuscrito sienés, T. II, 9, escrito por Estéfano Maconi y procedente de la Cartuja de Pontignano (1).

El *Diálogo*, como las cartas de la Santa, han despertado a veces sensibilidades con harta facilidad alarmadas o pudores demasiado suscep-

(1) Para una bibliografía completa, el lector debe consultar la recopilada por el sabio Grottanelli para la *Storia di Santa Caterina da Siena*, por Alfonso Capecelatro (Florencia, 1863), o bien otra más confusa, pero muy completa, de la Condesa de Flavigny (*Sainte Catherine de Sienne*, nouvelle édition, Paris, 1895, pp. 603-658). Indicaciones más breves se encuentran en Gardner (*S. Cath. of Siena*, London, 1907, pp. 423-428).

tibles. Los biógrafos y traductores de la Santa han sufrido las consecuencias (1).

III. *Oraciones, últimas palabras de la Santa, etc.*—Las oraciones y *ultime parole* de Catalina anotadas por los discípulos que asistieron a sus éxtasis y a su muerte se hallan contenidas en el manuscrito T. II, 7 de la Biblioteca Municipal de Siena y forman parte de la gran colección Guidiccioni.

Fueron publicadas en la edición Aldine de las cartas y en el cuarto tomo de las *Opere*, editadas por Gigli. Véase también Grottanelli: *Preghiera, ultime parole e tránsito di S. Caterina, scritti di Barduccio Canigiani* (Turín, 1865). Los Bolandos han publicado una traducción latina de ese documento (A. SS. Abril III, pp. 959-961). Pero entramos ya con este documento en el segundo grupo de las fuentes.

B. *Las biografías*

I. *Singularia et mira sanctae Catharinae Senensis.*—He aquí cuál fué, según Quétif y Edsard (I, 696), el título de la primera biografía de nuestra Santa, obra de su primer confesor, Fray Tommaso della Fonte. «Catarina—nos dice Caffarini—si per motivo di obbedienza, si per aver sicurezza di non errare, di tutto l'accadutole ne rese consapevole il suo confessore, che in piú fogli lasció registrato quanto di mano in mano succedeva di sopranaturale alla sua di Dio favorita penitente.» (*Supplimento*, P. I., Tr. 2, § 5, núm. 5). Según el mismo autor, el buen hermano Tommaso era «rozzo d'ingegno», a punto que apenas sabía leer y escribir (*ib.* P. III, Tr. VI, § I, n. I); por eso le vemos dictar a otro hermano sus noticias sobre Catalina. Sus *quaderni* han sido uti-

(1) Generalmente se ha atribuído a Santa Catalina una obra titulada *Dialogus brevis consummatam continens perfectionem.* No hemos visto el texto original italiano; las traducciones italianas que existen se han hecho ante un texto latino hallado en la Biblioteca Vaticana. Como dice muy bien el P. Hurtaud: «Este opúsculo... no se menciona en ninguna parte, ni en los escritos de Catalina, ni en los de sus discípulos, ni en los testimonios de Venecia. No tiene, además, ni el estilo, ni el color, ni el acento, ni la llama devorante de las cartas o del *Diálogo*» (C. l., c. I, página LXXIV).

lizados por el biógrafo oficial de la Santa, el beato Raimundo de Capua, que los menciona con frecuencia: («Io, per veritá, trovo pieni i quademi scritti di Fra Tommaso suo confessore», «ritrovai negli scritti di Fra Tommaso primo suo confessore.» *Leg. maj.* II, VI, 12; II, VIII, 4). Pero hojeando el *Supplementum* de Caffarini es como podemos formarnos idea de lo que era la obra del excelente y rudo primer confesor de la Santa. En efecto, esta obra ha debido componerse—como el actual *Supplementum*—de una serie de pequeñas notas, diríase de «sucesos» escritos al día. Y por eso no hay que colocar en primer lugar como fuente para la biografía de Catalina la Leyenda de Raimundo de Capua, sino más bien la obra que nos ocupa.

II. *El Supplementum de fray Tommaso Nacci Caffarini.*—«Quoniam tot et tanta de virgine supradicta meas pervenerunt ad manus utpote tam ipsius virginis legenda quam venerandurs Magister Raymundus generalis ordinis praedicatorum composuit quam etiam dictae virginis liber quam scribentibus pluribus ipsa in sua volgari et in quodam abstractione constituta dictavit quam etiam libri epistolarum suarum modo prefato et intervenientibus scriptoribus diversis ad omnis utriusque sexus, status et conditionis personas per virginem directas... ac etiam plures quaterni per primum confessorem dictae virginis de gestis ejusdem virginis transcripti.» (Ms. T. 12 de la Bibl. Mun. de Siena, f. 4.) Así indica Caffarini las fuentes de ese grueso tomo que calificó modestamente de *suplemento* a la Leyenda oficial de Raimundo de Capua, pero que es en realidad la biografía más rica en rasgos originales que de la gran Sienesa poseemos. Esto se comprende fácilmente, porque a cada momento hallamos en esta obra las notas transmitidas por Tommaso della Fonte («ut reperi in scripturis primi hujus virginis confessoris». Ms. citado, fol. 53).

Desgraciadamente, no poseemos aún ninguna edición de tan importante obra, y la traducción italiana de Ambrosio Tantucci (Siena 1760) no es más que un resumen que trata el texto original con excesiva libertad. Me he visto, pues, obligado a recurrir al manuscrito sienés, fechado en 1416 (v. la fecha f. 182: «usque in presens, hoc est usque ad annum 1416»), es decir, escrito en una época en que el autor vivía aún (Caffarini murió en 1434). En espera de una publicación total, he se-

gregado de tan importante obra un tratado que me parece ofrecer un interés especial y que hace comprender lo que eran los *quaderni* del buen Fray Tommaso della Fonte. Es el *Tractatus quartus* de la segunda parte, que se halla más adelante.

III. *La Legenda major*, de Raimundo de Capua.—Natural era que la biografía de la Santa se confiara al que había sido el director e íntimo amigo de Catalina durante la última y más importante época de su vida. Además, el sabio dominico no escribía por primera vez como hagiógrafo; durante su estancia en Montepulciano (1363-1366), había compuesto una vida de la Beata Inés († 20 de abril de 1317) que aún hace autoridad, y se le atribuye igualmente una vida del Beato Papa Benedicto XI, muerto en Perusa en 1304.

Raimundo, nombrado Maestro General de la Orden de Santo Domingo en 1380, no aceptó el encargo de escribir la vida de su *Mamma* hasta cuatro años después, y lo hizo a regañadientes. Su salud era débil; se hallaba abrumado por el trabajo emprendido para la reforma de la Orden Dominicana y disponía de poco tiempo. Era, además, un trabajador concienzudo—le vemos después de cada capítulo de su biografía indicar escrupulosamente las fuentes en que ha bebido—: «Tutte le cose che in questo capitolo si contengono, sono state a me riferite da Lapa, sua madre; ed in qualche parte... ne sono stato informato dalla santa vergine stessa e di una certa Lisa, sua cognata, ch'ancor vive»; L. I, c. II, núm. 8. «Le cose che sonosi raccontate in questo capitolo io le intesi da Lapa madre di Caterina e da Lisa moglie d'un suo fratello, e degli altri che allora erano nella sua casa»; L, I, c. IV, n. 7. «In quanto... alla visione di S. Domenico, il confessore di lei, che mi precedette in tempo, ed io l'udimmo da lei medesima»; L, I, c. V, n. 5. «Alcune (cose) io vidi e scopersi da me medesimo e particolarmente cio, che appartiene al dono singolare della sua astinenza»; L, I, c. VI, n. II. «Queste cose, che ho scritte la maggior parte ho trovate scritte in diversi luoghi d'Italia ed alcune an corché poche, le ho intese, ricercandole, da persone antiche dell'uno e l'altro sesso, degne di fede, cioé da frati predicatori e dalle esorelle della penitenza di San Domenico»; L. I, c. VIII, n. 2. «Tutte quelle cose ch'io scrivo, o Caterina stessa me le confessó, o io le ho trovate negli scritti di Fr. Tommaso, suo

primo confessore»; L. II, c. IV, n. 16. (Cito estos textos según la hermosa traducción italiana del carónigo Bernardino Pecci, *accademico intronato* en Siena, editada por Girolamo Gigli como el primer tomo de las *Opere della seráfica Santa Caterina da Siena;* Siena, 1707.)

El resultado de tan concienzudo procedimiento era que el trabajo avanzaba lentamente. Por doquiera se esperaba su aparición con impaciencia; «aunque el Maestro General esté muy ocupado—escribe en 1391 Caffarini a Neri Pagliaresi—, le he importunado continuamente todos los días, ofreciéndome a ayudarle con todas mis fuerzas para la terminación de la Leyenda. Gracias a esa insistencia hemos empezado a corregir lo que está hecho de la segunda parte y lo hemos continuado, él dictando, yo escribiendo. Pero cuando contábamos con terminar en cuatro o seis días, el maestro ha tenido que marchar a Pisa y luego a Roma, llevándolo todo consigo, así que es de temer no se termine en plazo largo. Mientras esté en Italia, sería conveniente insistirle a fin de que lo termine antes de partir. (*Lettere dei discépoli*, ed. Grottanelli, Bologna, 1868, p. 328. Véase también la carta de Estéfano Maconi a Pagliaresi: «Poi acomiatandoci dal maestro Raimondo, *sollicitata prima la santa leggenda*», ibid., p. 320.) Esta colaboración entre Raimundo de Capua y Caffarini tuvo lugar en Génova, en los primeros días de febrero de 1391. El 18 de junio del año siguiente Raimundo escribe en Roma a Gabriele Piccolomini: «Os prevengo que hasta aquí he trabajado con toda solicitud en escribir la Leyenda de nuestra Santa Madre Catalina. La primera y la segunda parte se han terminado, gracias a Dios; grandes y numerosos asuntos me han impedido componer la tercera; pero, Dios mediante, lo haré en cuanto me vea libre.» (Ibid., p. 336).

Sin embargo, Raimundo no terminó hasta 1395 la tercera parte de su obra, de la que dejó en Venecia una copia (en el convento de dominicos de S. Giovanni e Paolo), llevando consigo el tomo original para que se pudiesen sacar copias en todas partes.

Después de la muerte de Raimundo—ocurrida en Nuremberg, el 5 de octubre de 1399—, este precioso manuscrito fué llevado a Italia por Fray Tomás de Nocera, y, desgraciadamente, se ha perdido. (Véase Jacinto M. Cormier: *Le B. Raymond de Capouoe*, Roma,

1902, y *B. Raymundi Capuani Opuscula et litterae*. Romae, 1895.)

Dada la alta autoridad de su autor, la *Leyenda* de Raimundo se extendió por doquiera y adquirió generalmente el nombre de *Legenda major*. La primera edición impresa se halla fechada en Colonia en 1553.

Existen dos versiones italianas del original latino, una hecha por Neri di Landoccio en colaboración con un *scriptor* desconocido, natural de Piacenza (el trabajo de Neri alcanza hasta el cuarto capítulo de la segunda parte); otra que es por completo la obra del piacentino (Véase Auvray: *Les deux versions italiennes de la Légende de S. Cath. de Sienne*. París, 1910.) La primera de estas versiones (que data de 1399) fué impresa en Florencia en 1477, la segunda, en Milán, en 1489.

IV. *El Proceso de Venecia.*—Venecia fué desde un principio el centro de lo que llamaré el *catalinismo*. Hasta 1434 vivió en Venecia, en el convento de los santos Giovanni y Paolo, Fra Tommaso di Antonio Nacci Caffarini, que dedicaba sus esfuerzos todos a la propaganda del culto y la doctrina de la Santa Sienesa.

Por más que la Iglesia no se hubiese pronunciado aún sobre la santidad de Santa Catalina, los dominicos celebraban todos los años en su iglesia el aniversario de su muerte, y el propio Caffarini enseñaba desde el púlpito a los fieles los escritos de la Santa, como una reliquia.

Los dominicos fueron denunciados, y el Obispo de Castello—a cuya diócesis pertenecía Venecia—fué encargado de instruir el proceso.

Aprovecharon los dominicos la ocasión para preparar el proceso canónico necesario para la canonización de Catalina, y así el infatigable Caffarini pudo reunir y deponer ante el Obispo Francesco Bembo, asistido del notario apostólico Francesco Viviani, una serie de testimonios en favor de la santidad de la Sienesa. El proceso empezó el 26 de mayo de 1411, y entre los deponentes encontramos casi todo el grupo de los *caterinati*: Estéfano Maconi, Bartolommeo di Dominici, Francesco Malavolti, William Flete, Neri di Landoccio, Tommaso Petra, Giovanni delle Celle, etc., etc. Desgraciadamente, este *Processus contestationum super sanctitatem et doctrinam Catharinae de Senis* sólo fué editado en parte (por Marténe y Durand en el sexto tomo de su *Amplissima collectio*, París, 1729, edición hecha ante una copia in-

completa del manuscrito sienés, T. I, 3). Por ejemplo, el importante testimonio de Francesco Malavolti no se encuentra en él. He podido utilizar ese documento en el manuscrito XX, v. 10 de la Casanatense en Roma; más tarde, Lazzareschi lo ha publicado según el excelente *Codex Marcianus* 2.977, que no es sino una copia auténtica del original del Proceso, tal como éste se conservaba en los archivos del Obispo de Castello. (Véase Eugenio Lazzareschi: *S. Caterina da Siena* in *Val d'Orcia*, Firenze, 1915, pp. 78-85.)

Otras dos declaraciones inéditas (de Fr. Agostino da Pisa y de Fr. Baronto da Pisa han sido editadas por Lazzareschi en el apéndice a la obra *S. Caterina da Siena ed i Pisani*, por Niccolo Zuchelli y Eugenio Lazzareschi, Florencia, 1917, pp. 125-127). Se halla en preparación una edición completa del Proceso, por el R. P. Taurisano, O. Pr.

V. *La Leggenda minore.*—La actividad de Caffarini por la glorificación de Catalina no se agotó con el *Supplementum* y el Proceso. Para dar a conocer al gran público la vida y virtudes de la Santa, compiló una pequeña bibliografía de ella, fundada en la *Leyenda* de Raimundo; pero con muchos rasgos personales.

El original latino fué traducido por el mismo Caffarini entre 1414 y 1422. Estéfano Maconi hizo de ella otra versión. El texto latino fué impreso en Colonia, en 1553, y, según un manuscrito de la Biblioteca Nacional de Florencia, por R. Fawtier (la *Legende mineure de St. Cath. de Sienne*, Rome, 1913). La traducción de Maconi es la publicada por Grottanelli (*Leggenda minore di S. Cat. da Siena*, Bologna, 1868).

Un compendio ulterior emprendido por el propio Caffarini, es la *Legenda minima* editada en el *Sanctuarium* de Mombritius (nouv. éd. París, 1910, I, pp. 297-322). Igualmente, a instancia del fiel y celoso *caterinato* Fray Maximino de Salerno, emprendió, en 1417, su leyenda *valde abbreviata* de la Santa (véase el Ms. T. 2 de la Bibl. Mun. de Siena, donde dicha leyenda ocupa los ff. 193-224).

VI. *Las fuentes menores.*—*a)* La carta citada de Barduccio Canigiani sobre la muerte de Catalina. Gigli y Grottanelli han publicado el texto original en el tomo IV de las *Opere* de la Santa, Turín, 1865. Hay una traducción latina en los A. SS. April. III, pp. 959-961.

b) *Epistola Domni Stephani*, es decir, la declaración de Maconi en

el proceso de Venecia. Editada en los A. SS l. c. pp. 961-967 y fol. II-VII de la edición Aldina de las cartas de la Santa.

c) Los escritos de William Flete sobre Catalina: 1) *Sermo in reverentiam B. Caterine de Senis, compositus in a D.* 1382.—2) *Narratio fr. Guglielmi de spirituali doctrina oraculo vive vocis beate Katerine habita in anno* 1376, *die* 7 *januarii.*—3) *Epistola ejusdem fr. Guglielmi ad Mag. Raimundum de virtutibus B. Katerine.* Estas tres obras han sido editadas según el Ms. sienés T. II, 7, por Fawtier, que ha publicado también una reducción hecha por Maconi del segundo. Véase *Catheriniana,* Rome, 1914, pp. 86-93.)

d) *Memoriale di me Cristofano Gano notaio da Siena... di certe mie cose,* los recuerdos de Ser Cristófano Guidini, publicados por Milanessi en *Arch. Stor. ital.,* 1843, p. 29 sq.

e) *Lettere dei discepoli di S. Caterina,* editadas por Grottanelli, Bolonia, 1868.

f) Las poesías de los discípulos en honor de Santa Catalina y, sobre todo: 1) *Uno capitolo in rima fatto per Anastagio di Monte Alcino in laude et riverentia di S. Cat. da Siena... vivendo ancora lei ne la presente vita.* (Impreso, p. ej., en la edición de 1480 del *Diálogo,* f. 213 b a f. 216 a).—2) *Uno capitolo in rima fatto per Jacobo da Montepulciano in reverentia de la predetta vergine santa Catherina essendo essa gia passata al cielo.* (ibid., f. 220 b a f. 223 a).—3) *Uno capitolo in rima fatto per Raynerio de Pagliaresi da Siena, discipulo di Santa Catherina* (ibid., f. 216 a a 220 b).—4) *Laude ad honore de la serafica Santa Catharina da Siena composta per Raynerio sopradetto* (ibid., f. 223). Véanse también las ediciones hechas por Grottanelli de las dos poesías en honor de Catalina, por Jacopo del Pecora (Siena, 1859), y de una *lauda* atribuída a Caffarini (Siena, 29 de abril de 1863.)

II. TEXTO INEDITO DE CAFFARINI

Texto inédito de Tommaso di Nacci Caffarini (Manuscrito T. I, 2 de la Biblioteca Municipal de Siena). *Pars II, Tractatus IV.*

QUARTUS TRACTATUS de quibusdum ut supra per me recollectis specialem mentionem facientibus de impetratione certarum gratiarum tam corporalium quam spiritualium per virginem tam pro se quam pro aliis obtentarum, etiam vitae corporalis. Et de certis specialibus gratiis a quibusdam personis a virgine modo imperativo reportatis. Necnon et de efficacia suae attractivae conditionis. Et distinguitur iste tractatus in XXV articulis ad diversa capitula 2æ partis (sc. *Legendae majoris*) aptabilibus.

Quantum ad primum. Quadam vice virgo perdiderat unum annulum in quo erat salvatoris imago et non poterat reperire qua de causa dolebat quia non erat suus. Cum autem orasset ad dominum statim illum reperit in manibus suis.

Item 2.° Quoniam virgo volebat loqui vel confiteri, semper in principio ipsa tacebat. Et cum confessor ab ea peteret quod faceret cum sic tacebat, respondit quod rogabat sponsum suum dominum Jesum Christum ut loqueretur ea quae sunt ad gloriam et laudem Dei. Et sic erat quod ipsa erat attendens in locutionibus et nunquam loquebatur de factis aliorum, primo semper de deo et de virtutibus.

Item 3.° Aliquando in tanto se reperiebat fervore quod non solum non curabat de comestione sua vel potatione seu dormitione nec sentiebat frigus sive calorem, sed etiam multum rogabat Deum ut daret sibi istam gratiam ut semper hic cruciaretur pro amore suo. Et ita erat quod semper delectabatur cum aliquid recipiebat adversum.

Item 4.° Cum multum aliquando a demonibus infestata fuisset, in tantum ut sibi aliquando dicerent: Miserrima, non poteris de ma-

nibus nostris evadere, tunc ipsa prosternebat se in oratione, dicens: Domine Jesu, adjuva me quoniam sponsa tua sum, et semper in te speravi. Et statim recesserunt cum magna confussione, et ipsa remansit cum magna consolatione et dulcedine cum sponso suo Jesu Christo. Et ita multoties contingebat.

Item 5.° Cum semel multas pateretur tentationes, in tantum quod quasi deficiebat, portavit lagenam aquae per totam domum, et erat magnum frigus. Sudans tunc propter anxietatem laboris, tandem prosternens se in oratione, liberata est et habuit magnam consolationem de deo suo. Nec possent faciliter enarrari, quae et quanta passa sit seu portaverit pro sponso suo. Nec unquam potuit separari ab amore suo quem ipsa semper habebat in corde, quo ipsa semper ardebat, et nunquam consumebatur, sed semper augmentabatur ejus fervor.

Item 6.° Cum semel stetisset in oratione per magnum spatium, in tantum quod volens surgere, quasi attracta non posset, genibus deficientibus. Timens ne mater sua turbaretur, oravit ad dominum quod sibi provideret. Et ecce venit super eam lux una quae circumdedit eam et tetigit genua sua, et statim liberata est.

Item 7.° Aliquando petivit virgo in oratione sua a domino quod nunquam in oratione sive in orando tediaretur. Et obtinuit. Et ideo in illa semper delectabatur.

Item 8.° Quodam semel petivit a deo, qualiter aliquando anima devota videtur sibi esse derelicta ab eo ipso et divinis consolationibus privata. Quam dominus exaudiens et sibi satisfacere volens dixi: Ego facio sicut in passione Christi. Nam Christus videbatur tunc totus derelictus, cum tamen divinitas esset secum. Item aliquando ego sic facio in animabus michi devotis quod derelinquo eas, quamvis semper cum eis sim. Et hoc facio ut exercitent se et conserventur in humilitate, videantque qualiter sine me nihil possunt facere.

Item 9.° Cum semel rogavit eam confessor suus quod deum oraret pro peccatis suis, et ipsa respondit sibi quod libenter. Contigit autem, ut ipso existente in cella absque alio exercitio recepit unam contritionem cum multis lacrimis et spirituali dulcedine. Postea contigit quod audiret a virgine, quomodo tali die rogaverit pro eo, et reperit qualiter in illa hora in qua virgo oraverat, dictam gratiam receperat. Et con-

fessori dixit multoties, quod quidquid ipsa volebat, a deo recipiebat.

Item 10.° Cum semel virgo rogabat Deum in ecclesia pro quodam germano suo, sperans quod faceret sibi gratiam, imo erat certa, ut diceret deo: Ego non recedam hinc, donec tu michi facias gratiam pro eo. Et statim cum fiducia magna surrexit et venit ad domum suam et invenit praefatum in camera plorantem peccata sua, et postea confessus est et communicavit, de quo virgo recepit admirabilem consolationem, et regratiata est Deo de tanta gratia.

Item 11.° Cum quidam frater Bartholomeus de Senis, qui fuit secundus virginis confessor, se reperiret quondam semel cum primo supradicto confessore cum virgine, et ipsi virgini referret qualiter erat totus accidia plenus et caput esset sibi grave et fumositatibus plenum, illa sibi compatiens manus suas extendit ad dicti caput et dixit: Ego nolo quod hic sit amplius aliquid! et levans oculos ad coelum dixit, ipso fratre audiente: Domine, ego nolo, quod amplius remaneat aliquid, et quasi cum manu pretendit, se tunc facere signum crucis. Et statim taliter se sensit totum mente et corpore expeditum, ac si nunquam scivisset ac probasset, quid esset accidia aut capitis dolor.

Item 12.° Cum semel cognata virginis esset in partu et in maxima pena, voluit cognata quod virgo staret cum ea, quia sperabat in ea et voluit etiam, quod personae venirent sicut est consuetudo. Et virgo stabat ibi corporaliter sed mentaliter erat in coelo, ubi semper conversabatur, et petebat gratiam pro ea. Et videbatur sibi stare personaliter coram Deo et quod Dominus daret sibi gratiam quam ipsa petebat. Et statim peperit unum filium masculum quasi cum nulla pena, qui postea fuit religiosus et diem salutis clausit extremum.

Item 13.° Cum semel virgo tenuisset ad baptismum filium unius pauperculae mulieris propter amorem Christi, accidit quod ipsa mulier perdidit lac nec poterat ipsum nutrire. Et nesciens quid facere deberet, recommendavit se virgini, ut virgo dominum precaretur, quatenus sibi providere deberet in tali nativitate. At virgo misericordia et caritate commota dixit, quod libenter. Et ponens se in oratione cum multis lacrimis dominum precata est, ut praefatae nativitati dignaretur providere, misericordia sua. Et statim facta oratione, dominus sua misericordia tantam lactis habundantiam contulit mulieri praefatae, quod

nutrivit filium suum ad votum. Et ita exaudiebat dominus orationes suas.

Item 14.° Cum semel supradicta cognata virginis venisset ad partum et parere coepisset, rogavit praefatam Christi ancillam, ut secum staret, tenebatque eam, ne ab ipsa discederet, quasi prophetans, nesciens quid diceret, esse virginem tunc eam sibi necessariam. Nam multum in ea confidebat quia cognoscebat eam et conversabatur cum ea. Ipsa tamen ex praefata devotione, tum quasi previdens quod futurum erat, acquievit eidem. Cum ergo pareret, praesentibus pluribus dominabus, peperit sic ut medium exiret tantum. Et sic cum non posset egredi puer, in periculo mortis se videns, praefata domina Lysa, virginis cognata, cum puero quem parere non poterat, eidem famulae Christi se, devotione qua potuit, recommendavit. Ipsa virgo, periculum videns et ab aliis se secedens, aliquantulum levavit mentem et oculos ad coelum et cum lacrimis dixit: Rogo te, Deus meus, ut eruas istam a periculo isto. Ista rogo et hoc volo, ut eam modo liberes. Statimque vidit totam trinitatem assistentem sibi, annuens ipsam fore exauditam. Propter quod oratione completa statim illa peperit, post spatium quo fere diceretur bis pater noster, cum tamen nulla spes esset apud parentes, quod posset evadere, et ita etiam postmodum dicta Lysa confessa est, quod verum nulla spes erat sibi naturaliter evadendi. Cum igitur puerum peperisset, nec lac ipsa haberet unde puerum alere posset, iterum virgo de hoc rogavit dominum suum, et statim tantam lactis habuit habundantiam, ut evidenter cognosceret, hoc sibi contigisse miraculose, sicut erat. Unde hoc ipsum domina Lysa per omnia confirmavit, firmiter credens, totum habuisse meritis orationum virginis almae et sponso suo acceptae per omnia.

Item 15.° Quodam semel virgo retulit confessori, quod cum sua genitrix infirmata fuisset ad mortem, tandem mortua est. Quod videns virgo levavit oculos ad coelum et dixit: Domine, hoc non est illud quod promiseras michi, scilicet quod omnes de domo ista salvarentur. Nam ista mater mea mortua est non confessa. Et ideo rogo, ut reddas eam michi, et hoc volo, et nunquam recedam hinc, nisi reddas eam michi. Et post, parvum temporis spatium commotum est valde corpus matris ejus, rediitque anima et revixit. Fuerunt autem praesen-

tes praefatae mortis testes quam plures dominae quae omnes ipsam vere mortuam indicaverunt. Addens virgo confessori et dixit, quod quando ipsa ab ea hoc petenti, narrabat, nunquam se tantum sicut nunc humiliabat et plus suam recognoscebat miseriam.

Item 16.° Cum semel virgo esset in villa, accidit quod venit magna pluvia cum grandinibus et erat tempestas magna. Quod videns se posuit in oratione, et statim recessit de vineis et de locis illis, nec aliquid in partibus illis dampni fecit. Cui miraculo ejus genitrix fuit praesens.

Item 17.° Cum quaedam de Senis ordinis de poenitentia beati Dominici dicta soror Francischa Marci habens infirmitatem quandam quam mulieres habere aliquando consueverant, et habens devotionem ad virginem, in tantum quod se eidem subjecerat atque commiserat, accessit ad eam, dicens sibi infirmitatem suam. Virgo autem in ipsam respiciens dixit: Nolo quod cogites amplius de ista infirmitate et sibi mandavit quod plus non haberet eam. Et ita factum est. Et plus: quod tempore quo occurrere sibi solebat dicta infirmitas, occurrebat sibi gaudium et consolatio spiritualis. Et sic quamplures utriusque sexus et status liberavit virgo per istum modum.

Item 18.° Cum semel primus confessor virginis multum pateretur in capite, in tantum quod non poterat oculos levare, idipsum virgo cognoscens dixit eidem: Quid habetis vos? Et ille: Sic. Tunc illa cepit caput suum. Et statim sensit se plenarie liberatum, prout etiam ipsemet de se refert in scriptis suis.

Item 19.° Cum quaedam appellata Gemma soror de poenitentia beati Dominici de Senis magnam devotionem haberet ad virginem in tantum quod eidem se in cunctis subjiceret, contigit semel ipsam apud virginem querulari, qualiter ipsa non faciebat nisi dormire, et maxime cum vellet orare et aliquid facere secundum deum. Cui virgo: Soror mea, tu deciperis, et ideo facias tibi vim et de cetero vigiles et invenies consolationes dei etc. Tunc dicta soror cepit vigilare, et in nocte sequenti sibi contigit in oculo sinistro quaedam infirmitas, et erat totus rubeus et inflatus et quasi videre de illo non poterat. Et dixit virgini: Ecce quod ego propter verba tua sum de oculo infirmata, sicut vides. Cui virgo: Accipe de cicerbita et ponas super oculum. Quo audito

nibus nostris evadere, tunc ipsa prosternebat se in oratione, dicens: Domine Jesu, adjuva me quoniam sponsa tua sum, et semper in te speravi. Et statim recesserunt cum magna confussione, et ipsa remansit cum magna consolatione et dulcedine cum sponso suo Jesu Christo. Et ita multoties contingebat.

Item 5.° Cum semel multas pateretur tentationes, in tantum quod quasi deficiebat, portavit lagenam aquae per totam domum, et erat magnum frigus. Sudans tunc propter anxietatem laboris, tandem prosternens se in oratione, liberata est et habuit magnam consolationem de deo suo. Nec possent faciliter enarrari, quae et quanta passa sit seu portaverit pro sponso suo. Nec unquam potuit separari ab amore suo quem ipsa semper habebat in corde, quo ipsa semper ardebat, et nunquam consumebatur, sed semper augmentabatur ejus fervor.

Item 6.° Cum semel stetisset in oratione per magnum spatium, in tantum quod volens surgere, quasi attracta non posset, genibus deficientibus. Timens ne mater sua turbaretur, oravit ad dominum quod sibi provideret. Et ecce venit super eam lux una quae circumdedit eam et tetigit genua sua, et statim liberata est.

Item 7.° Aliquando petivit virgo in oratione sua a domino quod nunquam in oratione sive in orando tediaretur. Et obtinuit. Et ideo in illa semper delectabatur.

Item 8.° Quodam semel petivit a deo, qualiter aliquando anima devota videtur sibi esse derelicta ab eo ipso et divinis consolationibus privata. Quam dominus exaudiens et sibi satisfacere volens dixi: Ego facio sicut in passione Christi. Nam Christus videbatur tunc totus derelictus, cum tamen divinitas esset secum. Item aliquando ego sic facio in animabus michi devotis quod derelinquo eas, quamvis semper cum eis sim. Et hoc facio ut exercitent se et conserventur in humilitate, videantque qualiter sine me nihil possunt facere.

Item 9.° Cum semel rogavit eam confessor suus quod deum oraret pro peccatis suis, et ipsa respondit sibi quod libenter. Contigit autem, ut ipso existente in cella absque alio exercitio recepit unam contritionem cum multis lacrimis et spirituali dulcedine. Postea contigit quod audiret a virgine, quomodo tali die rogaverit pro eo, et reperit qualiter in illa hora in qua virgo oraverat, dictam gratiam receperat. Et con-

fessori dixit multoties, quod quidquid ipsa volebat, a deo recipiebat.

Item 10.° Cum semel virgo rogabat Deum in ecclesia pro quodam germano suo, sperans quod faceret sibi gratiam, imo erat certa, ut diceret deo: Ego non recedam hinc, donec tu michi facias gratiam pro eo. Et statim cum fiducia magna surrexit et venit ad domum suam et invenit praefatum in camera plorantem peccata sua, et postea confessus est et communicavit, de quo virgo recepit admirabilem consolationem, et regratiata est Deo de tanta gratia.

Item 11.° Cum quidam frater Bartholomeus de Senis, qui fuit secundus virginis confessor, se reperiret quondam semel cum primo supradicto confessore cum virgine, et ipsi virgini referret qualiter erat totus accidia plenus et caput esset sibi grave et fumositatibus plenum, illa sibi compatiens manus suas extendit ad dicti caput et dixit: Ego nolo quod hic sit amplius aliquid! et levans oculos ad coelum dixit, ipso fratre audiente: Domine, ego nolo, quod amplius remaneat aliquid, et quasi cum manu pretendit, se tunc facere signum crucis. Et statim taliter se sensit totum mente et corpore expeditum, ac si nunquam scivisset ac probasset, quid esset accidia aut capitis dolor.

Item 12.° Cum semel cognata virginis esset in partu et in maxima pena, voluit cognata quod virgo staret cum ea, quia sperabat in ea et voluit etiam, quod personae venirent sicut est consuetudo. Et virgo stabat ibi corporaliter sed mentaliter erat in coelo, ubi semper conversabatur, et petebat gratiam pro ea. Et videbatur sibi stare personaliter coram Deo et quod Dominus daret sibi gratiam quam ipsa petebat. Et statim peperit unum filium masculum quasi cum nulla pena, qui postea fuit religiosus et diem salutis clausit extremum.

Item 13.° Cum semel virgo tenuisset ad baptismum filium unius pauperculae mulieris propter amorem Christi, accidit quod ipsa mulier perdidit lac nec poterat ipsum nutrire. Et nesciens quid facere deberet, recommendavit se virgini, ut virgo dominum precaretur, quatenus sibi providere deberet in tali nativitate. At virgo misericordia et caritate commota dixit, quod libenter. Et ponens se in oratione cum multis lacrimis dominum precata est, ut praefatae nativitati dignaretur providere, misericordia sua. Et statim facta oratione, dominus sua misericordia tantam lactis habundantiam contulit mulieri praefatae, quod

nutrivit filium suum ad votum. Et ita exaudiebat dominus orationes suas.

Item 14.° Cum semel supradicta cognata virginis venisset ad partum et parere coepisset, rogavit praefatam Christi ancillam, ut secum staret, tenebatque eam, ne ab ipsa discederet, quasi prophetans, nesciens quid diceret, esse virginem tunc eam sibi necessariam. Nam multum in ea confidebat quia cognoscebat eam et conversabatur cum ea. Ipsa tamen ex praefata devotione, tum quasi previdens quod futurum erat, acquievit eidem. Cum ergo pareret, praesentibus pluribus dominabus, peperit sic ut medium exiret tantum. Et sic cum non posset egredi puer, in periculo mortis se videns, praefata domina Lysa, virginis cognata, cum puero quem parere non poterat, eidem famulae Christi se, devotione qua potuit, recommendavit. Ipsa virgo, periculum videns et ab aliis se secedens, aliquantulum levavit mentem et oculos ad coelum et cum lacrimis dixit: Rogo te, Deus meus, ut eruas istam a periculo isto. Ista rogo et hoc volo, ut eam modo liberes. Statimque vidit totam trinitatem assistentem sibi, annuens ipsam fore exauditam. Propter quod oratione completa statim illa peperit, post spatium quo fere diceretur bis pater noster, cum tamen nulla spes esset apud parentes, quod posset evadere, et ita etiam postmodum dicta Lysa confessa est, quod verum nulla spes erat sibi naturaliter evadendi. Cum igitur puerum peperisset, nec lac ipsa haberet unde puerum alere posset, iterum virgo de hoc rogavit dominum suum, et statim tantam lactis habuit habundantiam, ut evidenter cognosceret, hoc sibi contigisse miraculose, sicut erat. Unde hoc ipsum domina Lysa per omnia confirmavit, firmiter credens, totum habuisse meritis orationum virginis almae et sponso suo acceptae per omnia.

Item 15.° Quodam semel virgo retulit confessori, quod cum sua genitrix infirmata fuisset ad mortem, tandem mortua est. Quod videns virgo levavit oculos ad coelum et dixit: Domine, hoc non est illud quod promiseras michi, scilicet quod omnes de domo ista salvarentur. Nam ista mater mea mortua est non confessa. Et ideo rogo, ut reddas eam michi, et hoc volo, et nunquam recedam hinc, nisi reddas eam michi. Et post, parvum temporis spatium commotum est valde corpus matris ejus, rediitque anima et revixit. Fuerunt autem praesen-

tes praefatae mortis testes quam plures dominae quae omnes ipsam vere mortuam indicaverunt. Addens virgo confessori et dixit, quod quando ipsa ab ea hoc petenti, narrabat, nunquam se tantum sicut nunc humiliabat et plus suam recognoscebat miseriam.

Item 16.° Cum semel virgo esset in villa, accidit quod venit magna pluvia cum grandinibus et erat tempestas magna. Quod videns se posuit in oratione, et statim recessit de vineis et de locis illis, nec aliquid in partibus illis dampni fecit. Cui miraculo ejus genitrix fuit praesens.

Item 17.° Cum quaedam de Senis ordinis de poenitentia beati Dominici dicta soror Francischa Marci habens infirmitatem quandam quam mulieres habere aliquando consueverant, et habens devotionem ad virginem, in tantum quod se eidem subjecerat atque commiserat, accessit ad eam, dicens sibi infirmitatem suam. Virgo autem in ipsam respiciens dixit: Nolo quod cogites amplius de ista infirmitate et sibi mandavit quod plus non haberet eam. Et ita factum est. Et plus: quod tempore quo occurrere sibi solebat dicta infirmitas, occurrebat sibi gaudium et consolatio spiritualis. Et sic quamplures utriusque sexus et status liberavit virgo per istum modum.

Item 18.° Cum semel primus confessor virginis multum pateretur in capite, in tantum quod non poterat oculos levare, idipsum virgo cognoscens dixit eidem: Quid habetis vos? Et ille: Sic. Tunc illa cepit caput suum. Et statim sensit se plenarie liberatum, prout etiam ipsemet de se refert in scriptis suis.

Item 19.° Cum quaedam appellata Gemma soror de poenitentia beati Dominici de Senis magnam devotionem haberet ad virginem in tantum quod eidem se in cunctis subjiceret, contigit semel ipsam apud virginem querulari, qualiter ipsa non faciebat nisi dormire, et maxime cum vellet orare et aliquid facere secundum deum. Cui virgo: Soror mea, tu deciperis, et ideo facias tibi vim et de cetero vigiles et invenies consolationes dei etc. Tunc dicta soror cepit vigilare, et in nocte sequenti sibi contigit in oculo sinistro quaedam infirmitas, et erat totus rubeus et inflatus et quasi videre de illo non poterat. Et dixit virgini: Ecce quod ego propter verba tua sum de oculo infirmata, sicut vides. Cui virgo: Accipe de cicerbita et ponas super oculum. Quo audito

soror habuit de illa, sed habens majorem fidem ad virginem quam ad virtutem herbe voluit, quod virgo ipsam tangeret. Quod virgo advertens accepit et postea reddidit sibi dicens: Ponas super oculum. Posuit, et statim facta positione plenariam sanitatem recepit.

Item 20.° Habuit dicta soror referre virginis confessori, quoniam quandocumque habebat aliquam temptationem vel tribulationem vel cogitationes malas vel tedium, statim quod respiciebat in eam liberabatur ab omnibus supradictis.

Item 21.° Cum quodam semel dicta soror erat multum attediata et afflicta et non inveniebat requiem neque pacem mentis, propter quod accessit ad domum virginis et non potuit sibi loqui quia erat clausa in cella sua in abstractione mentis, et sic non erat in statu quod sibi aperire valeret. Unde ipsa ex hoc retrocessit et rediit ad domum suam. Et tantum habuit gaudium et dulcedinem de domino, quantum unquam alias habuisset. Alio autem die rediens ad virginem dixit ei: Qualiter heri michi non aperuisti, quando veni? Et ipsa dixit: Non cures, quia rogavi pro te. Et invenit, qualiter in illa hora fuit, quod gaudium supradictum recepit.

Item 22.° Quaedam domina narravit dicto confessori, quod quandocumque respiciebat virginem, ex devotione plorabat et similiter consolabatur et devotionem singularem sentiebat.

Item 23.° Consimiliter dicto confessori narravit, quod cum cogitabat de virgine, non erat ita tristis quin statim sentiret se totam consolatam et letam et cum precipua devotione mentis.

Item 24.° Erat totaliter attractiva, ita qualiter de omni sexu statu et conditione personas inmutabat in bonum et attrahebat ad Deum prout patuit per effectum.

Item 25.° Cum quaedam socia virginis conquesta pluries fuisset cum confessore et cum virgine, qualiter multum dormiebat, semel virgini dixit: Ego non facio nisi dormire. Roges deum quod ego non tantum dormiam. Cui virgo respondit, dicens: Ego mando tibi quod non dormias tantum. Et cum reciperet illud verbum quasi sibi dictum, adeo mirabiliter secutum est quod ipsa ex tunc dormire non poterat, etiam cum vellet et conaretur, cum ante sompno resistere non valeret. Et etiam recepit multas alias gratias a virgine, unde postea faciebat de

corpore suo quicquid volebat, propter quod ex tunc singulariter commisit se virgini, dicens: Facias quicquid vis de me, nec volo reddere rationem de me. Quicquid enim dices michi, faciam. Et exinde quando videbat eam tremebat ex reverentia quam habebat ad ipsam. Quia etiam aliquando dicebat sibi cogitationes suas, quas habebat in corde

ÍNDICE

INDICE

LIBRO PRIMERO

LA SOLEDAD

I

II

III

IV

II

III

IV

V

VI

VI

VII

VIII

IX

X

NIHIL OBSTAT

Dr. Gregorio Sancho Pradilla, Censor.

IMPRIMASE

Madrid 27 de febrero de 1924.

Dr. Antonio García, Vic. Gen.

BIBLIOTECA D· GRANDES CONVERTIDO

VOLUNTAD

BX 4700 .C4J6	Jorgensen Santa Catalina de Siena. 077815
MAR 9 '32 MAR 15 '32	E. S. Larson 3652 Herndon St.
	2- 11987